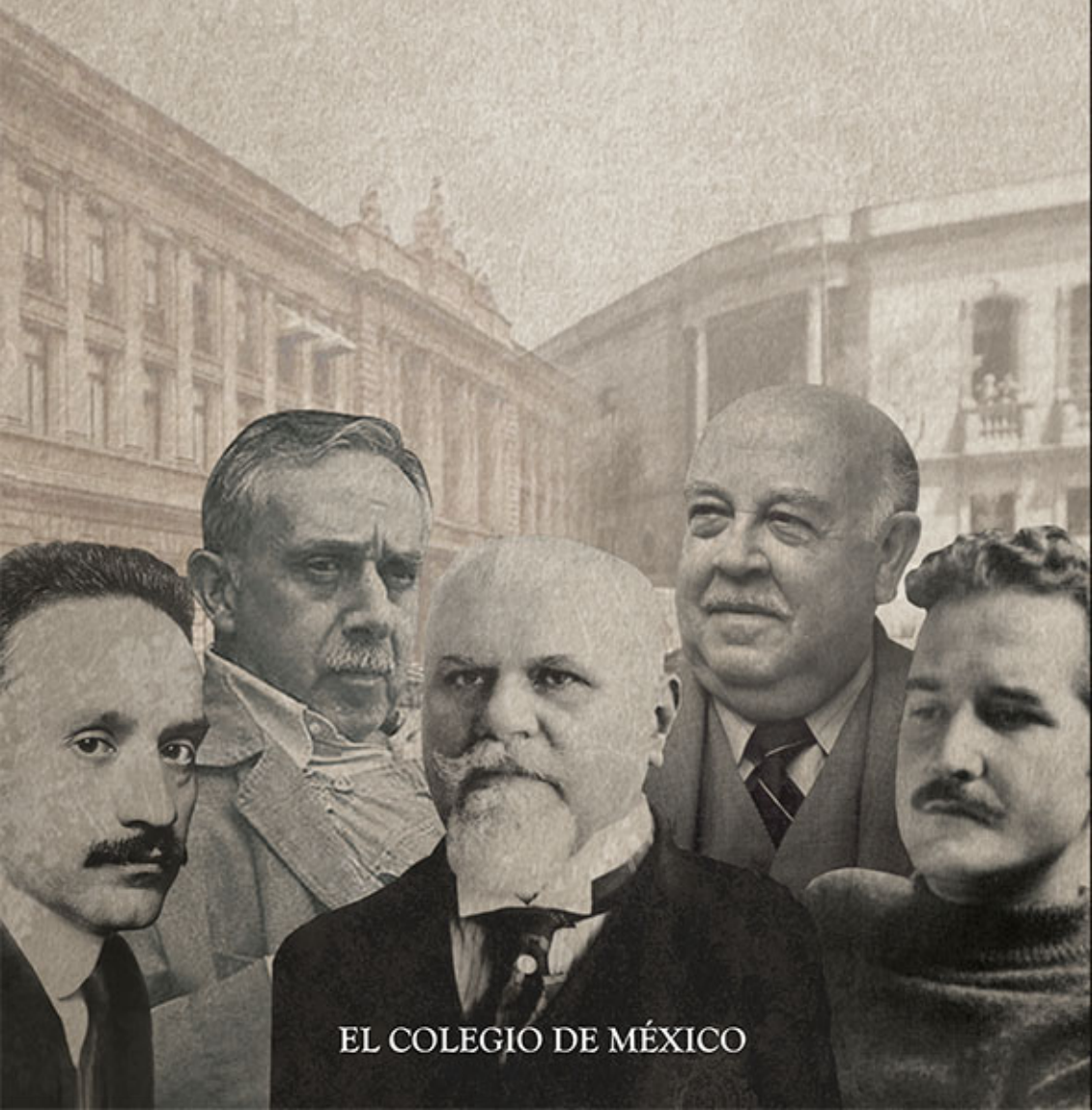


# Autores, editoriales, instituciones y libros

## Estudios de historia intelectual

Javier Garciadiego



EL COLEGIO DE MÉXICO







AUTORES, EDITORIALES,  
INSTITUCIONES Y LIBROS.  
ESTUDIOS DE HISTORIA INTELECTUAL







AUTORES, EDITORIALES,  
INSTITUCIONES Y LIBROS.  
ESTUDIOS DE HISTORIA INTELECTUAL

*Javier Garciadiego*



EL COLEGIO DE MÉXICO



972.082

G2169a

Garciadiego Dantan, Javier, 1951-

Autores, editoriales, instituciones y libros. Estudios de historia intelectual / Javier Garciadiego Dantan -- 1a. ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, 2015.

407 p. ; 22 cm

ISBN 978-607-462-793-0

1. Política y cultura -- México -- Historia -- Siglo xx. 2. Política y cultura -- México -- Historia -- Siglo xix. 3. Intelectuales -- México -- Historia -- Siglo xx. 4. Educación pública -- México -- Historia -- Siglo xx. 5. México -- Historia -- Revolución, 1910-1920. 6. Casa de España en México. 7. Sierra, Justo, 1848-1912 -- Influencia. 8. Vasconcelos, José, 1881-1959 -- Influencia. 9. Reyes, Alfonso, 1889-1959 -- Influencia. 10. Ímaz, Eugenio, 1900-1951 -- Influencia. 11. Fuentes, Carlos, 1928-2012. I. t.

Primera edición, 2015

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D.F.

[www.colmex.mx](http://www.colmex.mx)

ISBN 978-607-462-793-0

Impreso en México



## ÍNDICE

Nota previa	9
1. La educación pública entre el Porfiriato y la Revolución: de Justo Sierra a Vasconcelos	11
2. Los intelectuales y la Revolución mexicana: protagonistas, testigos y críticos	51
3. La prensa durante la Revolución mexicana	91
4. Vasconcelos y los libros: editor y bibliotecario	121
5. El apolíneo Alfonso Reyes y el dionisiaco José Vasconcelos: encuentros y desencuentros	159
6. Alfonso Reyes y España: exilio, diplomacia y literatura	205
7. Alfonso Reyes en la Argentina: desencuentros diplomáticos y amistades literarias	229
8. Alfonso Reyes y La Casa de España	255
9. Alfonso Reyes, helenista mexicano	293



10. Eugenio Ímaz, el Sócrates del exilio. Breve semblanza biográfica	325
11. Alfonso Reyes y Carlos Fuentes. Afinidades personales, deslindes generacionales y diferencias literarias	355



## NOTA PREVIA

Compilo aquí la mayoría de los textos que he escrito\* durante los últimos diez años, aproximadamente, sobre el tema genéricamente conocido como historia cultural, aunque algunos de ellos sería más correcto agruparlos bajo el tema de historia político-cultural.

Muchos de ellos habían permanecido inéditos (textos 1, 5, 6, 7 y 9) o habían sido publicados en ediciones de difícil acceso en México (2 a 4, 8, 10 y 11). El propósito de publicarlos unidos es, además de ofrecerlos con una coherencia temática y cronológica —el siglo xx mexicano—, rescatar unos y hacer accesibles los otros.

\* Aprovecho para agradecer la ayuda prestada por María del Rayo González y Ulises Martínez, mis colaboradores de siempre, así como a un grupo diverso de talentosos ayudantes: Mario Caballero, Sara Canales, Karina Flores, Karen Hernández, Rafael Hernández, Brenda López, Fernando López, Aníbal Peña, Diana Rojas, Omar Urbina, Israel Urióstegui y Fernando Velázquez.







1  
LA EDUCACIÓN PÚBLICA  
ENTRE EL PORFIRIATO Y LA REVOLUCIÓN:  
DE JUSTO SIERRA A VASCONCELOS\*

*En recuerdo de Alonso Lujambio,  
quien tuvo parecidos sueños y afanes*

I

Desde que México comenzó su vida de país independiente se expresaron diferentes ideas respecto a la importancia de la educación y a la mejor manera de fomentarla. Con todo, fue hasta 1833 y 1834, durante el periodo gubernamental de Valentín Gómez Farías, cuando se creó la primera institución educativa, la Dirección General de Instrucción Pública, con atribuciones sobre el Distrito y los Territorios federales y con un proyecto tendiente a sustraer la educación de las manos del clero, que la había controlado a lo largo del periodo novohispano.<sup>1</sup> Sin embargo, dada la derrota del grupo encabezado por Gómez Farías, esta propuesta tuvo una efímera existencia,

\* Este ensayo es el resultado de la refundición de dos textos previos: “La creación de la Secretaría de Educación Pública, de Justo Sierra a Vasconcelos”, en *La educación pública: patrimonio social de México. Vol. I. El devenir histórico*, México, Secretaría de Educación Pública–Fondo de Cultura Económica, 2011, pp. 155-172, y “La Secretaría de Educación Pública, la primera institución revolucionaria”, en *Secretaría de Educación Pública. Fortaleza del espíritu de México*, en prensa.

<sup>1</sup> La propuesta educativa de Gómez Farías también preveía privilegiar la instrucción elemental y fundar varias escuelas normales. Para una introducción a su proyecto educativo véase *Gómez Farías y la reforma educativa de 1833*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1933; véase también Dorothy Tanck de Estrada, “Ilustración y liberalismo en el programa de educación primaria de Valentín Gómez Farías”, *Historia Mexicana*, 132, abril-junio de 1984, pp. 463-508.



con magros resultados. Dominado el gobierno central por los conservadores durante las siguientes dos décadas, y aquejado el país por un grave desorden político y administrativo, la Dirección de Instrucción Pública quedó en manos de la Compañía Lancasteriana,<sup>2</sup> pues el gobierno carecía de los recursos económicos y de la estructura administrativa necesaria para asumir dicha función.<sup>3</sup> Sobre todo, en tanto dominado por ideologías conservadoras, el gobierno carecía de la voluntad de modernizar y secularizar la educación.

Los siguientes años fueron aún más dramáticos: la guerra con Estados Unidos, la rebelión de Ayutla, la Guerra de Reforma y la Intervención francesa imposibilitaron cualquier mejora en la educación nacional.<sup>4</sup> Fue hasta el triunfo definitivo del grupo liberal y de la restauración de la República, hacia 1867, cuando pudieron tomarse algunas medidas benéficas para la educación. Para comenzar, Gabino Barreda<sup>5</sup>

<sup>2</sup> La Compañía Lancasteriana nació en la Ciudad de México en febrero de 1822, con la finalidad de impulsar la educación elemental de la niñez en la capital del país, con un método que consistía en que los alumnos compartieran los conocimientos adquiridos, por lo que los estudiantes más adelantados impartían clases a los principiantes. Véase Dorothy Tanck de Estrada, “Las escuelas lancasterianas en la Ciudad de México: 1822-1842”, *Historia Mexicana*, 88, abril-junio de 1973, pp. 494-513.

<sup>3</sup> El estudio ‘clásico’ sobre la historia de la educación en México es el de Josefina Vázquez, *Nacionalismo y educación*, México, El Colegio de México, 1970. El estudio sintético más actualizado es *Historia Mínima. La educación en México*, Dorothy Tanck (coord.), México, El Colegio de México, 2010, elaborado por las expertas Pilar Gonzalbo, Dorothy Tanck, Anne Staples, Engracia Loyo, Cecilia Greaves, Josefina Zoraida Vázquez, y por Pablo Escalante. También debe ser consultado *Historia de la educación pública en México*, Fernando Solana, Raúl Cardiel Reyes y Raúl Bolaños (coords.), México, Secretaría de Educación Pública-Fondo de Cultura Económica, 1981, y *Tendencias educativas oficiales en México*, 5 vols., Ernesto Meneses (coord.), México, Centro de Estudios Educativos-Universidad Iberoamericana, 1983-1997.

<sup>4</sup> Raúl Bolaños, “Orígenes de la educación pública en México”, en *Historia de la educación pública en México*, pp. 11-40.

<sup>5</sup> El poblano Gabino Barreda realizó estudios en el Colegio de San Ildefonso, en el Colegio de Minería y en la Escuela de Medicina. Durante el gobier-



redactó las Leyes Orgánicas de Instrucción Pública, que pretendían organizar la educación nacional, y fundó la Escuela Nacional Preparatoria, que buscaría que las siguientes generaciones recibieran una enseñanza científica.<sup>6</sup> Sobre todo, la derrota definitiva del bando conservador permitió hacer cambios radicales en materia educativa. Así, durante el último tercio del siglo XIX liberales y positivistas polemizaron sobre la materia, pues si bien ambos afirmaban que la educación debía ser laica, los primeros eran más radicales al respecto: demandaban la prohibición de cualquier enseñanza religiosa y pugnaban por una educación que formara ciudadanos, mientras que los segundos exigían una educación científica que formara profesionistas.<sup>7</sup>

## II

La débil situación de la educación en México se ilustra claramente por el hecho de que al finalizar el siglo XIX aún no se había plantea-

no de Juárez participó en la comisión organizada por Antonio Martínez de Castro para reorientar la educación pública, trabajo que culminó con la postulación de la ley del 2 de diciembre de 1867 con la que se implantó la enseñanza elemental, obligatoria y gratuita, sin instrucción religiosa. Fue fundador y profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, e introductor del positivismo como filosofía pedagógica, corriente de pensamiento que conoció directamente de Augusto Comte durante los estudios de especialización que hizo en París.

<sup>6</sup> Martín Quirarte, *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México—Ediciones del Centenario de la Escuela Nacional Preparatoria, 1970; Clementina Díaz de Ovando, *La Escuela Nacional Preparatoria: los afanes y los días, 1867-1910*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, y Lilia Estela Romo *et al.*, *La Escuela Nacional Preparatoria: raíz y corazón de la Universidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

<sup>7</sup> Leopoldo Zea, *Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1956, y *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968; y Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Editorial Vuelta, 1991.



do debidamente la creación de un ministerio dedicado a los asuntos educativos. En efecto, hasta los años cincuenta los distintos gobiernos se habían estructurado con base en cuatro secretarías (Relaciones Exteriores y Exteriores, Guerra y Marina, Justicia y Hacienda). A partir del último gobierno de Antonio López de Santa Anna, entre 1853 y 1855, aumentó a seis el número de ministerios. En dicho gobierno apareció por primera vez la instrucción pública, pero formando parte, significativamente, de la Secretaría de Justicia, Negocios Eclesiásticos e Instrucción Pública. El aumento se dio al separar en dos la Secretaría de Relaciones Exteriores e Interiores, por lo que este ramo pasó a llamarse Gobernación, y por la creación del ministerio de Fomento. Sin embargo, luego de la caída de Santa Anna el ramo educativo desapareció, pues la Secretaría quedó limitada a dos funciones prioritarias: Justicia y Negocios Eclesiásticos. Comprensiblemente, a partir del triunfo definitivo de los liberales, y en particular del gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada, entre 1872 y 1876, este ministerio se nombró de Justicia e Instrucción Pública, desapareciendo el ramo de los Negocios Eclesiásticos. Esto es, tuvieron que pasar cincuenta años para que el gobierno mexicano aceptara que la educación era una prioridad gubernamental.<sup>8</sup>

Con Porfirio Díaz llegó a la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública el abogado nacido en Mérida Joaquín Baranda,<sup>9</sup> cuya gestión privilegió la educación primaria. Dado que estaba muy disminuida la oposición conservadora, Baranda pensó que ya había llegado el momento de uniformar la enseñanza primaria en todo el país. Para lograrlo convocó a varios congresos educativos, ilustrati-

<sup>8</sup> Es de señalarse que en el gobierno del ilustrado Maximiliano el gabinete se componía de nueve carteras, una de las cuales era la de Instrucción Pública y Cultos.

<sup>9</sup> En realidad llegó durante el cuatrienio de Manuel González, en 1882, pero permaneció en el puesto por los siguientes veinte años, con cinco administraciones de Díaz. Uno de sus colaboradores principales fue Joaquín Casasús, latinista —traductor de Horacio, Virgilio y Catulo— y financiero, campo en el que llegó a ser subsecretario de Hacienda.



vamente los primeros en la historia mexicana. Su gestión ha sido muy elogiada: se le ha llamado “cruzada educativa” y se le considera “única” dentro de la historia de la educación de nuestro siglo XIX. Por ejemplo, en el Primer Congreso de Instrucción Pública, de 1889, Baranda expresó la necesidad de uniformar la legislación y los reglamentos de educación del país; asimismo, insistió en que convenía establecer “un sistema nacional de educación, teniendo por principio la homogeneidad de la instrucción primaria obligatoria, gratuita y laica”.<sup>10</sup>

El proyecto de establecer “un sistema nacional de educación” no se interrumpió con la renuncia de Baranda al gabinete en 1901. Al contrario, en su lugar fue designado el abogado Justino Fernández, antes director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, quien de inmediato nombró como subsecretario del ramo de Instrucción a Justo Sierra, abogado, escritor y educador yucateco que acababa de rebasar la edad de los cincuenta años<sup>11</sup> y que tenía cierta experiencia política, como diputado al Congreso Nacional durante varios años y como magistrado de la Suprema Corte de Justicia. Más que abogado o político, Sierra era un auténtico educador, para muchos el más importante en la historia de México.

El proyecto de Sierra fue expresado en el llamado ‘plan unitario de educación’, que abarcaba desde la enseñanza a los párvulos hasta la educación preparatoria y profesional.<sup>12</sup> Para afinar su proyecto con el concurso del mayor número de expertos, se aprovechó del

<sup>10</sup> Mílada Bazant, *Historia de la educación durante el Porfiriato*, México, El Colegio de México, 1993, pp. 19-26.

<sup>11</sup> En realidad Justo Sierra había nacido en Campeche, en 1848, pues su familia se había refugiado allí, luego de huir de una Mérida amenazada por la ‘guerra de castas’. Luego de regresar a Yucatán se trasladó a la Ciudad de México, donde estudió la carrera de Derecho en El Colegio de San Ildefonso.

<sup>12</sup> Cfr. Justo Sierra, *Obras completas, VIII, La educación nacional (artículos, actuaciones y documentos)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948, pp. 347-351, y Bazant, *Historia de la educación durante el Porfiriato*, pp. 36-38.



Consejo Superior de Educación, creado entonces para sustituir a la Junta Directiva de Instrucción Pública, que tenía más bien una función administrativa. En cambio, el Consejo estaría formado por intelectuales expertos y no por funcionarios; tendría un carácter consultivo y ayudaría al subsecretario Sierra a “elaborar las disposiciones necesarias para hacer más eficaz la educación nacional y a coordinar a las instituciones dedicadas a funciones educativas”.<sup>13</sup>

Justo Sierra tenía un proyecto muy ambicioso para la educación del país: primero, quería que se encargara de ella un organismo autónomo, no dependiente de la Secretaría de Justicia; segundo, pretendía que se ocupara de todos los niveles educativos; tercero, aspiraba a que tuviera alcance nacional. En realidad su proyecto lo venía elaborando desde hacía mucho tiempo: en 1883, siendo diputado, propuso la desaparición del Ministerio de Justicia e Instrucción, pues el primer ramo podía pasar a la Secretaría de Gobernación y el segundo resultaba inútil, ya que sólo tenía jurisdicción en el Distrito y los Territorios federales. Desde entonces el joven diputado —tenía 35 años— advirtió que las secretarías a cargo de una labor específica lograban atender más adecuadamente dicha función. Así, la educación nacional enfrentaba dificultades insuperables por carecer de un organismo promotor y responsable exclusivo. Posteriormente, en 1896, volvió a recomendar la creación de un ministerio autónomo dedicado a la instrucción, pero no fue atendida su propuesta, alegándose que la negativa se debía a dificultades económicas, pues el presupuesto gubernamental estaba ya comprometido con otros sectores.<sup>14</sup> Finalmente la idea de Sierra fue aceptada en 1905, pues

<sup>13</sup> Consúltense el Fondo Consejo Superior de Educación Pública, cajas 1-9, en el Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (en adelante AHUNAM).

<sup>14</sup> Justo Sierra, *Obras completas*, XVII, *Correspondencia con José Yves Limantour*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. En particular véanse las cartas de Sierra a Limantour, 25 de noviembre de 1902 y 29 de marzo de 1904, en pp. 73 y 119-122. En una carta posterior, de mediados de noviembre de 1906, Limantour le decía a Sierra, en forma por



la propuso desde la alta posición de subsecretario del ramo<sup>15</sup> y porque el gobierno contaba con una mayor solvencia económica.<sup>16</sup>

La creación de la Secretaría de Instrucción, entre abril y mayo de 1905, puede ser vista desde dos perspectivas: como una fundación tardía, luego de 25 años en el poder, prueba del desinterés de Porfirio Díaz por la educación; o como una fundación madura, hecha una vez que había crecido considerablemente el sector, como prueba de la atención que Díaz le había puesto al tema educativo.<sup>17</sup> En efecto, para 1905 la educación en el país había mejorado notablemente: las escuelas estaban mejor organizadas e instaladas, los métodos y temas de estudio se habían modernizado y el gobierno se había esforzado en mejorar la capacidad de los docentes; sobre todo, mucho se había avanzado en la uniformidad de la instrucción impartida; además, el gobierno tenía ya cierta capacidad —piénsese en los ferrocarriles— para realizar sus labores de inspección en casi todo el país. Sin embargo, había un porcentaje abrumador de analfabetos, 83%, y en muchas regiones rurales del país se carecía

demás cariñosa, que asignarle el presupuesto que solicitaba era “obra de romanos”: “no es usted justo, no obstante que así lo han bautizado, en dejarme la ingrata labor de escudriñar los rincones de ese *Mare Magnum* que se llama presupuesto”. Cfr. *ibid.*, p. 231.

<sup>15</sup> Para un análisis de su vida y obra véase Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*, 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986. Véase también Charles A. Hale (introd., selec. y notas), *Justo Sierra: un liberal del Porfiriato*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997. Un primer ensayo biográfico fue el de Agustín Yáñez, *Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1950.

<sup>16</sup> En este sentido la creación de la Secretaría de Instrucción en 1905 debe ser vista como afortunada, pues luego el país padeció serios problemas económicos, primero por la reforma monetaria de 1905, con la adopción del patrón oro con circulación de monedas de plata, y luego con la crisis internacional de 1907 y 1908.

<sup>17</sup> Durante el Porfiriato se duplicó el presupuesto gubernamental para el sector educativo, pasando de 3 a 7 por ciento.



de instalaciones educativas. En otras palabras, se había mejorado, sobre todo “en la parte teórica e ideológica”,<sup>18</sup> pero faltaba diversificar geográficamente la oferta educativa y elevar la matrícula escolar en todos los niveles.<sup>19</sup> Éstos eran los mayores retos de la nueva dependencia gubernamental.

En 1905 el proyecto educativo de Justo Sierra ya estaba maduro, producto de muchos años de reflexión sobre el tema. También debe decirse que era un proyecto amplio, comprehensivo, pues abarcaba casi todos los aspectos y facetas del ámbito educativo, aunque reducido éste a su elemento instructivo. En síntesis, aspiraba a promover la instrucción desde el nivel inicial, de párvulos, hasta el grado terminal, el profesional, pasando por los niveles de primaria—elemental o superior— y preparatoria. Sierra también se distinguió por la importancia que asignaba a los estudios magisteriales, a la Escuela Normal, pues estaba convencido de que la instrucción debía ser responsabilidad de profesionales. Es más, hizo todo lo que estuvo a su alcance para mejorar las aptitudes de los normalistas, convencido de que éstos debían recibir una formación adecuada, que les permitiera llegar a ser buenos maestros. Miembro del grupo de los *Científicos* y afín a la ideología dominante durante el Porfiriato, Sierra tenía como principal objetivo el desarrollo del país, para mejorar así su porvenir material. Esto explica su respaldo a la enseñanza industrial, a las escuelas técnicas, imprescindibles para el desarrollo de la nación. Como integrante del gobierno porfirista, Sierra era un hombre moderno, por lo que también buscó que los planes de estudio, textos y programas escolares estuvieran actualizados.

<sup>18</sup> Bazant, *Historia de la educación durante el Porfiriato*, pp. 41-48.

<sup>19</sup> La disparidad de las matrículas demuestra que la pirámide educativa estaba aún incompleta: en 1900 había 12 000 escuelas públicas de primaria, con 700 000 alumnos, pero había sólo 33 escuelas preparatorias o equivalentes; recuérdese que aún no se contaba con una universidad y que los estudios profesionales se hacían en escuelas de leyes, medicina e ingeniería, aunque varias capitales estatales carecían de este tipo de instituciones.



Como complemento de la creación de la Secretaría de Instrucción Pública,<sup>20</sup> en 1908 Sierra logró que se promulgara la ley que reglamentaría todo el ámbito educativo. Sus compromisos y objetivos son dignos de consideración. Para comenzar, la educación debía desarrollar, en todos sus niveles, “el amor a la patria mexicana”; asimismo, debía ser “un factor de desarrollo”. En dicha ley se dispuso que la instrucción que se impartiera en el país fuera uniforme, homogénea, para que en un futuro se superaran las desigualdades regionales. También se buscaba que en la instrucción mexicana hubiera articulación, y no solamente continuidad, entre sus progresivos niveles. Finalmente, Sierra deseaba una educación integral, con elementos físicos, intelectuales y morales.<sup>21</sup>

Sin embargo, pese a su innata capacidad como educador y a sus destrezas organizativas —las que se confirman con la creación de un sistema completo, que vino a alcanzar su último peldaño con la inauguración de la Universidad Nacional en septiembre de 1910—, y pese al mérito de haber sido quien hizo de la educación un asunto prioritario, ya no secundario, lo cierto es que el campo de acción que se otorgó a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes se limitaba al Distrito Federal y a los Territorios. Claro está que Sierra conocía la necesidad de que se extendiera a los estados su modelo educativo, pues sabía que en esta materia era urgente una integración nacional. Las condiciones políticas prevalecientes, o una percepción distorsionada de las mismas, impidieron la federalización de la enseñanza, aunque en los hechos Sierra logró que el Congreso le otorgara al Ejecutivo, o sea a la Secretaría de Instrucción, “facultades extraordinarias [...] para legislar en materia de enseñanza”.<sup>22</sup> Aun así, el legado de Justo Sierra es inconmensurable: su labor fue muy be-

<sup>20</sup> Para conocer el pensamiento educativo de Sierra debe consultarse el tomo VIII de sus *Obras completas* y el libro de Claude Dumas citado en la nota 15. También véanse los estudios de Zea y Hale citados en la nota 7.

<sup>21</sup> Ley del 15 de agosto de 1908, en *Diario Oficial*, pp. 712-714.

<sup>22</sup> Por ejemplo, “Informe rendido a las Cámaras respecto del uso que el Ejecutivo hizo de la autorización que le fue concedida en 12 de octubre de



néfica para el país. Por eso es el único porfirista que goza de buen prestigio. Se dice que Madero lloró en su ceremonia luctuosa,<sup>23</sup> y es difícil imaginarlo llorando por cualquier otro funcionario porfirista.

### III

La Secretaría de Instrucción Pública de Justo Sierra tuvo pocos años de trabajo estable. Apenas un lustro después de fundada estalló el proceso revolucionario; para colmo, esta dependencia fue una de las que sufrió los mayores cambios. Para comenzar, en sus últimos momentos en el poder Díaz hizo ajustes en su gabinete: redujo el número de colaboradores del grupo *científico*, buscando con ello complacer los reclamos públicos. Sin embargo, Sierra no fue remplazado por su sucesor natural, el subsecretario Ezequiel Chávez,<sup>24</sup> sino por Jorge Vera Estañol, profesor de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, perteneciente a la siguiente generación y, sobre todo, miembro de otro grupo político.<sup>25</sup> Posteriormente, en

---

1901 para legislar en materia de enseñanza” o el “Informe rendido a las Cámaras acerca del uso que hizo el Ejecutivo de la facultad que se le concedió para legislar en materia de enseñanza en 26 de noviembre de 1902” y el “Informe rendido a las Cámaras acerca del uso que hizo el Ejecutivo de la facultad que se le concedió para legislar en materia de enseñanza en 5 de diciembre de 1903”. Cfr. Sierra, *Obras completas*, VIII, pp. 347-355 y 357-359.

<sup>23</sup> Yáñez, *Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas...*, pp. 214-215.

<sup>24</sup> Aunque abogado, Ezequiel Chávez, originario de Aguascalientes, se dedicó a la pedagogía. Inició su carrera docente desde temprana edad. En 1888 fue aceptada su propuesta para reorganizar las escuelas primarias y la Escuela Nacional Preparatoria. Fundó la Escuela Nacional de Maestros y, siendo subsecretario de Instrucción Pública bajo el ministerio de Justo Sierra, participó activamente en la fundación de la Escuela de Altos Estudios y en la creación de la Universidad Nacional. Luego fue director de la primera y rector de la segunda en dos ocasiones.

<sup>25</sup> El abogado Jorge Vera Estañol, nacido en la Ciudad de México, fue egresado de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, de la que también fue pro-



la segunda mitad de 1911, durante la presidencia interina de Francisco León de la Barra, como secretario de Instrucción Pública se nombró al doctor Francisco Vázquez Gómez, exreyista que trató de modificar al máximo, a pesar de sus restricciones temporales, lo hecho por el *científico* Justo Sierra.<sup>26</sup>

Si bien Madero asumió la presidencia con un gran aprecio por la labor de Sierra y designó como secretario de Instrucción Pública a Miguel Díaz Lombardo, apreciable profesor de la Escuela de Jurisprudencia, una pronta crisis en su gabinete lo obligó a sustituirlo por José María Pino Suárez, quien además ocupaba el puesto de vicepresidente del país, por lo que se padeció una previsible desatención a los asuntos educativos. Paradójicamente, luego del derrocamiento de Madero a manos de Victoriano Huerta la Secretaría de Instrucción pasó por una buena etapa.<sup>27</sup> La doble explicación es simple: concentrado Huerta en los urgentes problemas militares y políticos, permitió a sus secretarios del ramo actuar con apreciable independencia, sobre todo al que más duró en el puesto, el notable tribuno y talentoso escritor neoleonés Nemesio García Naranjo;<sup>28</sup>

fesor. Estuvo al frente del ministerio de Instrucción Pública en el último gabinete de Porfirio Díaz —entre marzo y mayo de 1911— y en el de Victoriano Huerta —de febrero a junio de 1913—. Durante la administración maderista apoyó la creación de la Escuela Libre de Derecho. En 1914, tras la caída de Huerta, salió del país rumbo a Europa; posteriormente radicó en Estados Unidos.

<sup>26</sup> Francisco Vázquez Gómez, *Memorias políticas, 1909-1913*, México, Imprenta Mundial, 1933, y Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad durante la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México—Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

<sup>27</sup> Una excepción sería la siguiente: desde mediados de 1911 se había dado gran impulso a la Instrucción Rudimentaria, impartida a la población analfabeta que habitara en zonas rurales. Con el estallido de la lucha, el gobierno de Huerta perdió el control del campo, por lo que dejó de impartirse este tipo de instrucción.

<sup>28</sup> Los otros secretarios fueron, además de Jorge Vera Estañol, Manuel Garza Aldape, José María Lozano y Eduardo Tamariz y Sánchez. Véase Nemesio



además, la lucha se daba en el campo, mientras que las poblaciones grandes y las ciudades se mantuvieron tranquilas hasta mediados de 1914.

Los peores años del decenio para el sector comenzaron después de la caída de Huerta, cuando el movimiento revolucionario se escindió en dos bandos, el constitucionalista y el convencionista. En el primero, Carranza designó como su secretario de Instrucción a Félix F. Palavicini, ingeniero agrimensor tabasqueño pero de tiempo atrás dedicado a las labores periodísticas y pedagógicas. Según alega él mismo, durante su gestión se dio preferencia “a la enseñanza de la Lengua Nacional, las Matemáticas, la Geografía y la Historia Patria”, y se introdujo la más “avanzada ideología pedagógica”. Por otra parte, Palavicini era partidario de la desaparición de su propio ministerio, argumentando que “no se podía federalizar la enseñanza”, a causa del firme respeto que los constitucionalistas tenían por la soberanía de los estados.<sup>29</sup> Más que esto, Carranza estaba firmemente convencido de que lo más benéfico para la educación primaria era que ésta fuera controlada por los municipios. Su argumento tenía un doble origen: su propia experiencia como presidente municipal de Cuatro Ciénegas en las postrimerías del siglo xix, o como gobernador de Coahuila durante la presidencia de Madero,<sup>30</sup> y el razonable éxito que había tenido la educación municipalizada en esa entidad. Por su parte, el secretario Palavicini alegaba que, en tanto demócrata, era contrario a la centralización de la educación. Poniendo como ejemplo los sistemas de Suiza y Esta-

---

García Naranjo, *Memorias* [t. vii]. *Mis andanzas con el general Huerta*, Monterrey, Talleres de “El Porvenir”, s/f, y Garciadiego, *Rudos contra científicos...*, pp. 233-268.

<sup>29</sup> Cfr. Félix F. Palavicini, *Mi vida revolucionaria*, México, Ediciones Botas, 1937, pp. 213-215.

<sup>30</sup> Luis Barrón, *Carranza: el último reformista porfiriano*, México, Tusquets, 2009, pp. 115-152. Como gobernador, Carranza reconoció el control de la educación por los municipios, tanto en términos financieros como en lo relativo a las contrataciones o ceses de los profesores.



dos Unidos, Palavicini anunció que se entregaría la enseñanza primaria a los municipios.<sup>31</sup>

Por lo que respecta al bando convencionista, los responsables de la ‘cartera’ fueron varios, dependiendo de los diferentes gobiernos, todos ellos efímeros: con Eulalio Gutiérrez estuvo José Vasconcelos; con Roque González Garza estuvieron Ramón López Velarde y Joaquín Ramos Roa, y con Francisco Lagos Cházaro, el profesor rural zapatista Otilio Montaña.<sup>32</sup> Los problemas no se limitaron al enorme número de responsables, la brevedad de sus mandatos o las diferencias de sus proyectos, pues mientras Vasconcelos era un firme creyente de que el sector educativo debía estar centralizado, Ramos Roa era partidario de su dispersión municipalista. Al margen de estas diferencias, el año de 1915 fue el peor del decenio para la Ciudad de México, que fue dominada por varias facciones durante ese lapso,<sup>33</sup> padeciéndose la entrada y salida de los respectivos ejércitos. Era previsible que las actividades educativas sufrieran muchísimas interrupciones. Sobre todo, la educación padeció severas

<sup>31</sup> Esta determinación se había expresado desde el decreto de diciembre de 1914, expedido por Carranza durante su estancia en Veracruz, el cual sostenía que las autoridades municipales de todo el país “*impulsarían el desarrollo y el funcionamiento de la enseñanza primaria*”. Véase Engracia Loyo, *Gobiernos revolucionarios y educación popular en México, 1911-1928*, México, El Colegio de México, 1999, p. 113.

<sup>32</sup> En realidad, Montaña sólo ocupó la secretaría durante mes y medio, del 15 de junio al 29 de julio de 1915, quedando el resto del tiempo, hasta mediados de octubre, sin titular, lo que confirma la crisis del ramo durante ese año.

<sup>33</sup> De hecho, Carranza huyó rumbo a Veracruz desde noviembre de 1914; además, durante febrero de 1915 la capital estuvo dominada por fuerzas de Álvaro Obregón. A partir de agosto fue dominada definitivamente por los constitucionalistas. Al dirigirse a Veracruz a finales de 1914, Carranza se llevó consigo a los principales funcionarios educativos, comenzando por Palavicini, y ordenó que se cerraran las instalaciones educativas. Obviamente éstas fueron reabiertas tan pronto la ciudad fue dominada por los convencionistas, pero es indiscutible que las actividades educativas fueron muy irregulares durante todo ese tiempo.



mermas presupuestales, pues tanto los constitucionalistas como los convencionalistas destinaron la mayor parte de sus recursos al renglón militar.

Con el triunfo del constitucionalismo comenzó a aclararse el panorama político, pero no necesariamente mejoró la situación educativa nacional. Carranza convocó a un Congreso Constituyente, en el que se acordó que el nuevo texto constitucional suprimiera la Secretaría de Instrucción. De hecho, el “desmantelamiento” de ésta comenzó desde que triunfó el constitucionalismo, a finales de 1915 y principios de 1916, con la creación de la Dirección General de Educación Pública, a cuyo frente quedó el profesor y revolucionario tamaulipeco Andrés Osuna.<sup>34</sup> Otro antecedente de la desaparición de la secretaría fue la departamentalización de los servicios educativos: en efecto, desde 1915 y 1916 comenzaron a operar, con notable autonomía, la Dirección de Educación Primaria, Preparatoria y Normal; la Dirección de Enseñanza Técnica y Universitaria, la Dirección de Bellas Artes y el Departamento Universitario.<sup>35</sup>

La desaparición formal de la secretaría fue una decisión tomada por el Congreso Constituyente en su sesión del 31 de enero de 1917,<sup>36</sup> misma que fue apuntalada por la promulgación de la Ley Orgánica de la Dirección General de Educación Pública, de

<sup>34</sup> Andrés Osuna Hinojosa nació en Ciudad Mier, Tamaulipas, y estudió en la Escuela Normal Nocturna de Monterrey. En 1913 se opuso al gobierno de Victoriano Huerta, para lo que se incorporó a las órdenes de Venustiano Carranza. De 1915 a 1918 ocupó la Dirección General de Educación Pública, y también fue contrario a la existencia de una secretaría nacional para la educación. En 1918 se le nombró gobernador provisional de su estado natal. En 1920 apoyó la campaña presidencial de Ignacio Bonillas. Años después fue director general de Educación Pública en Coahuila y Nuevo León.

<sup>35</sup> Loyola, *Gobiernos revolucionarios y educación popular en México...*, p. 45.

<sup>36</sup> Cfr. *Diario de los Debates del Congreso Constituyente 1916-1917*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1960, t. II, pp. 1162-1163.



abril de 1917,<sup>37</sup> apenas dos semanas antes de que Carranza iniciara su presidencia constitucional. Al margen de que el respeto a los municipios y al federalismo sean principios políticos incuestionables, lo cierto es que las consecuencias de dicha desaparición fueron muy negativas, pues pospuso la conformación de un sistema educativo nacional y provocó un retroceso en este ámbito, ya que los ayuntamientos carecían de recursos suficientes para solventar las demandas locales de educación primaria: hubo muchos casos en los que se tuvieron que cerrar escuelas; en otros, los profesores padecieron restricciones salariales, como en el Distrito Federal, donde incluso organizaron un movimiento huelguístico en 1919.<sup>38</sup> Otra consecuencia negativa era el peligro de que los docentes no fueran designados por su capacidad profesional sino por su ascendencia social y política local.<sup>39</sup> Sobre todo, responsabilizar de la instruc-

<sup>37</sup> Cfr. capítulos vi y xi de la Ley de Organización del Distrito y Territorios Federales del 13 de abril de 1917, en *Diario Oficial. Órgano del Gobierno Provisional de la República Mexicana*, 14 de abril de 1917, pp. 414-419.

<sup>38</sup> Gabriela Cano, *La huelga de 1919 (del mayo rojo a la concepción apostólica del magisterio)*, tesis de licenciatura en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984. La huelga estalló porque en mayo de 1919 la Secretaría de Hacienda anunció que ya no pagaría los sueldos magisteriales y que los profesores debían gestionar sus salarios con los ayuntamientos respectivos. Ante la incapacidad financiera de la Ciudad de México, numerosos profesores se declararon en huelga, por cierto brevemente. La generalizada incapacidad financiera de los ayuntamientos explica que la Liga de Profesores fuera partidaria de una educación centralizada en el gobierno federal.

<sup>39</sup> En el Congreso Constituyente de 1917 el diputado Esteban B. Calderón, representante por el estado de Jalisco, atinadamente señaló: “no por eso vamos a creer que todos los gobiernos de los Estados de la República deban encomendar la dirección técnica y vigilancia especial a los ayuntamientos, que no son idóneos en un setenta por ciento, para resolver estas cuestiones. Los mismos maestros de instrucción, acaso haya alguna excepción, pero a la mayoría no les gustaría quedar a las órdenes directas del municipio, por la sencilla razón de que los maestros tendrían muchos amos y año por año cambiarían éstos, que son seis, ocho, diez, todos los que forman la corporación



ción a los ayuntamientos iba en contra del proyecto de unificación educativa anhelado por Justo Sierra.<sup>40</sup> Por ejemplo, dejaron de organizarse los congresos nacionales que buscaban homogeneizar la educación del país y que se remontaban a los años en que Joaquín Baranda encabezaba la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, en pleno Porfiriato. Ahora comenzaron a organizarse congresos pedagógicos estatales.<sup>41</sup> El retroceso era notable, pero el riesgo era mayor: ahondar las diferencias regionales que ya asolaban al país.

La desintegración y discontinuidad eran evidentes: la instrucción primaria quedaría bajo la responsabilidad de los ayuntamientos, la enseñanza media superior dependería de los gobiernos estatales y la de nivel profesional sería coordinada por el Departamento Universitario, dependiente del Ejecutivo nacional.<sup>42</sup> Para resolver el problema de la disminución de instituciones de educación primaria, Carranza propuso una reforma al recién promulgado artículo 3º constitucional, garantizando la libertad de enseñanza para que sirviera de estímulo al establecimiento de escuelas particulares. Sin embargo, su iniciativa fue desechada; puede concluirse que durante su mandato, y como consecuencia de la desaparición de la secretaría, la educación nacional enfrentó situaciones auténticamente críticas.

Hoy resulta obvio que el proyecto carrancista fue erróneo<sup>43</sup> y que los argumentos en su favor eran equívocos. Esto es, se tomaron argu-

---

edilicia. Si el maestro quisiera estar bien con todos, necesitaría gastar servilismo [...] Por eso señores, creo firmemente que el personal docente debe depender, para su propia garantía, de un centro directivo, que sería en el Estado la Dirección de Instrucción Pública". Cfr. *Diario de los Debates*, pp. 1133-1134.

<sup>40</sup> Loyo, *Gobiernos revolucionarios y educación popular en México...*, pp. 113-117.

<sup>41</sup> Los hubo en Veracruz, Yucatán, Coahuila, Guanajuato, Sonora e Hidalgo.

<sup>42</sup> Leonardo Gómez Navas, "La Revolución mexicana y la educación popular", en *Historia de la educación pública en México*, pp. 116-156.

<sup>43</sup> La idea de la municipalización de la educación y de la desaparición de la Secretaría de Instrucción no fue ni originaria ni exclusiva de Carranza. Recuérdese que a finales de 1912 ya lo había discutido el secretario Pino



mentos políticos pero no educativos, como considerar al municipio la célula básica de la democracia; se consideraron experiencias regionales exitosas, como Coahuila, mas no se analizaron las condiciones del resto del país; por último, se pensó en sistemas educativos internacionales,<sup>44</sup> pero sin calibrar las particulares condiciones del nuestro. Acaso sea una exageración decir que el proyecto carrancista fue más dañino para la educación que la propia violencia que se padeció durante el decenio. En síntesis, no puede negarse que la situación del sector educativo mexicano en 1920 era peor que desoladora.

#### IV

En 1920, al ser derrocado Venustiano Carranza por una amplia coalición de revolucionarios encabezada por la facción sonorenses —Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Adolfo de la Huerta y Salvador Alvarado, entre otros—, comenzó una nueva etapa del proceso revolucionario mexicano. Para ser más precisos, inició entonces el periodo de los gobiernos posrevolucionarios. En efecto, ese año acabó la lucha entre los principales grupos revolucionarios —constitucionalistas, villistas y zapatistas—, conflicto que implicaba obvias diferencias de clase social. A partir de 1920 se impuso un único Estado posrevolucionario, encabezado por las clases medias revolucionarias e integrado con amplios soportes sociales. En lugar de seguir combatiendo a villistas y zapatistas, así como a otros grupos de rebeldes

Suárez. Además, también era partidario de la municipalización de la educación quien fuera ministro de Instrucción Pública del gobierno de la Convención, Joaquín Ramos Roa. Por último, la decisión respecto a desaparecer la secretaría fue tomada abrumadoramente por los diputados constituyentes de 1917. Al respecto véase Ignacio Marván Laborde, *Nueva edición del Diario de Debates del Congreso Constituyente de 1916-1917*, México, Suprema Corte de Justicia de la Nación, 2006, t. III, pp. 2649-2650.

<sup>44</sup> Tanto Palavicini como Andrés Osuna solían poner como ejemplos los sistemas educativos de Estados Unidos y de algunos países europeos.



regionales, todos ellos fueron incorporados, en diferentes niveles y con distintos grados de poder, al nuevo aparato gubernamental. Comenzó entonces la aplicación de las primeras reformas sociales y se crearon las primeras instituciones del Estado posrevolucionario.

Entre éstas, una de las primeras, y sin lugar a dudas la más emblemática y trascendental, fue la nueva Secretaría de Educación Pública, creada en septiembre de 1921. La explicación de la celeridad de su fundación es incontrovertible. Prácticamente todas las facciones revolucionarias habían asignado a la educación pública un papel fundamental en la redención auténtica de los mexicanos y en todo progreso patrio. Así, ya fueran los artículos 10, 11 y 12 del Programa del Partido Liberal, de 1906, el más acabado y completo de los reclamos antiporfiristas;<sup>45</sup> o el artículo 12 del Programa de Reformas Político-Sociales de la Revolución aprobado por la Soberana Convención Revolucionaria<sup>46</sup> o el célebre artículo 3º de la Constitución de 1917,<sup>47</sup> resulta indiscutible que en todas las principales propuestas programáticas de los diferentes grupos de revolucionarios, la educación era una instancia fundamental para construir

<sup>45</sup> El grupo de liberales, encabezado por Ricardo Flores Magón, exigía la “multiplicación de escuelas primarias”, “impartir enseñanza netamente laica” y “declarar obligatoria la instrucción hasta la edad de catorce años”. Consúltense *Planes políticos y otros documentos*, Manuel González Ramírez (pról.), México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 20. Véase también *La Revolución mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*, Javier Garcíadiego (estudio introductorio, selec. y notas), México, Universidad Nacional Autónoma de México (Biblioteca del Estudiante Universitario, 138), 2003, p. 61.

<sup>46</sup> Dicho artículo señala que era necesario “atender a las ingentes necesidades de educación e instrucción laica que se hacen sentir en nuestro medio”. Cfr. *Planes políticos...*, p. 124.

<sup>47</sup> Recuérdese el destacado papel que tuvo en la discusión de este artículo Francisco J. Múgica, hijo, significativamente, de un apreciado maestro michoacano. Además, puede decirse que entre los constituyentes de 1916 había 18 profesores. Cfr. E.V. Niemeyer, *Revolución en Querétaro. El Congreso Constituyente Mexicano de 1916-1917*, México, Instituto de Investigaciones Legislativas, 1993, p. 57.



un México más justo. Efectivamente, la importancia de la educación para los revolucionarios se confirma con dos hechos tan entrañables como significativos: la influencia ideológica que tuvo el profesor rural Otilio Montaña entre los zapatistas<sup>48</sup> y el interés del casi analfabeta Pancho Villa por instalar una escuela en Canutillo, su lugar de retiro al deponer las armas en 1920.<sup>49</sup>

El derrocamiento de Carranza también dio lugar a que volvieran al país los exiliados anticarrancistas. Uno de éstos fue José Vasconcelos, a quien se invitó a ser rector de la Universidad Nacional.<sup>50</sup> Vasconcelos no aceptó el puesto sólo como un digno regreso a México, sino que lo asumió con la firme convicción de mejorar el sistema educativo en su conjunto. Como buen ateneísta,<sup>51</sup> estaba convencido de que la mejoría del país no sólo dependía de varias reformas sociopolíticas; para él eran igualmente importantes las reformas educativas, cultura-

<sup>48</sup> Antes de 1910 Otilio Montaña era director de la escuela de Villa de Ayala, Morelos; redactó el Plan de Ayala y durante el gobierno convencionalista de Francisco Lagos Cházaro ocupó la cartera de Instrucción, del 15 de junio al 29 de julio de 1915. Cfr. *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, 8 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1990-1994, t. iv, pp. 556-559. Véase también Juan Salazar Pérez, *Gral. Otilio Montaña*, Cuernavaca, Ediciones del Gobierno del Estado Libre y Soberano de Morelos (Cuadernos Morelenses), 1982.

<sup>49</sup> Villa asumió como “una de las prioridades” la edificación de la escuela de Canutillo, la que contaba con cinco profesores y 300 alumnos; también instaló una escuela nocturna para instruir a los trabajadores. En efecto, para Villa lo que México necesitaba “por encima de todo” eran escuelas. Véase Friedrich Katz, *Pancho Villa*, 2 tt., México, Era, 1998, t. 2, p. 332.

<sup>50</sup> Su nombramiento como jefe del Departamento Universitario y de Bellas Artes está fechado el 5 de junio de 1920. En el comunicado se asienta que equivalía al de rector de la Universidad. Cfr. AHUNAM, Fondo Expedientes de Personal, núm. 20/131/1723, ff. 5-6.

<sup>51</sup> Recordemos que José Vasconcelos fue miembro del Ateneo de la Juventud, sin duda el más importante de los grupos culturales que operaron al final del Porfiriato y para los que el problema educativo nacional era prioritario. El Ateneo fue fundado en 1909 y su breve existencia (hasta 1914) no se corresponde con su prolongada y benéfica influencia educativa y cultural.



les y morales. Si bien había tenido sólo una breve experiencia de funcionario educativo, como director de la Escuela Nacional Preparatoria con Carranza, puesto que apenas conservó unas semanas,<sup>52</sup> y como secretario de Instrucción Pública de Eulalio Gutiérrez, de noviembre de 1914 a enero de 1915, es evidente que Vasconcelos reflexionaba permanentemente sobre cómo mejorar la educación nacional.<sup>53</sup> De hecho, desde que había sido miembro del gabinete de Gutiérrez había planeado ampliar las facultades de esa Secretaría de Instrucción Pública creada por Sierra, limitada al Distrito Federal y a los Territorios, para lo cual buscó la asesoría de Ezequiel Chávez, el principal colaborador de Sierra. Sin embargo, la debilidad del gobierno de Eulalio Gutiérrez<sup>54</sup> hizo que Vasconcelos no sólo renunciara al puesto sino hasta que saliera huyendo del país, a principios de 1915.

Desde que llegó a la rectoría, a mediados de 1920, Vasconcelos hizo evidente sus posturas y proyectos. Para comenzar, era un decidido enemigo de la política educativa carrancista, al grado de afirmar que

---

Véase Fernando Curiel, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

<sup>52</sup> Vasconcelos tuvo el puesto de director interino de la Escuela Nacional Preparatoria desde el 1 de septiembre de 1914, quedando “insubsistente” a partir del primer día de octubre. Cfr. AHUNAM, Fondo Expedientes de Personal, núm. 20/131/1723, f. 1.

<sup>53</sup> Joaquín Cárdenas, *José Vasconcelos: caudillo cultural*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2008. Para aquellas experiencias como director de la Preparatoria y en el gabinete de Gutiérrez, véase la segunda entrega de sus *Memorias*, titulada *La tormenta*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982. Véanse también Vito Alessio Robles, *Mis andanzas con nuestro Ulises*, México, Botas, 1938, e I Bar-Lewaw Mulstock, *José Vasconcelos. Vida y obra*, México, Clásica Selecta Editora Librera, 1965.

<sup>54</sup> El coahuilense Eulalio Gutiérrez fue minero en Concepción del Oro, Zacatecas. Antiporfirista desde 1900, participó en el levantamiento liberal de Jiménez en 1906; posteriormente, se adhirió al antirreeleccionismo y tras el cuartelazo de Victoriano Huerta se levantó en armas como constitucionalista. Ante la derrota del huertismo y la inminente lucha de facciones, se incorporó a los trabajos de la Convención de la que resultó electo presidente. Cfr. Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, exp. XI/111/1-95.



había recibido un “montón de ruinas de lo que antes fuera un ministerio que comenzaba a encauzar la educación pública por las sendas de la cultura moderna”.<sup>55</sup> De otra parte, Vasconcelos presumía ser un “alma activa”, y desde un principio reconoció que aceptaba la rectoría de la Universidad Nacional, pues desde allí podría constituir “un ministerio federal de Educación Pública”, para lo que se requería transformar “radicalmente” la ley que regía al sector. Más aún, Vasconcelos presumía saber “que el país entero desea ver establecido el Ministerio”, por lo que se comprometió a que durante “varios meses” elaboraría “un sólido proyecto de ley federal de Educación Pública”, dedicándole “todas sus fuerzas”. Lo dijo sin ambages: “de esta Universidad debe salir la ley que dé forma al Ministerio de Educación Pública Federal que todo el país espera con ansia”. Desde el día que llegó a la rectoría habló de un ‘parteaguas’ histórico-educativo: había acabado la etapa violenta —“los días de extravío”, la llama—, cuando se cerraron escuelas y se persiguió “a los sabios”; ahora, con él, se apoyaría a los intelectuales y artistas, “a condición de que el saber y el arte sirvan para mejorar la condición de los hombres”. Asimismo, desde un principio Vasconcelos anunció cuál sería la base de su proceder, su método de acción: “mover el espíritu público y animarlo de ardor evangélico”.<sup>56</sup>

## V

¿Cómo diseñó Vasconcelos la naturaleza del nuevo ministerio?  
¿Quiénes participaron en la elaboración del proyecto? ¿Cuál fue su

<sup>55</sup> El tercer tomo de su autobiografía, *El desastre*, toma su título de la situación en la que encontró el sector educativo a su regreso al país. Obviamente, el título de *El desastre* alude también al destino de la educación nacional luego de que él perdiera su conducción por su rompimiento con Álvaro Obregón y con Plutarco Elías Calles.

<sup>56</sup> “Discurso con motivo de la toma de posesión del cargo de Rector de la Universidad Nacional de México”, en José Vasconcelos, *Discursos, 1920-1950*, México, Ediciones Botas, 1950, pp. 7-12.



estrategia política? ¿Cuál fue el procedimiento jurídico? ¿Qué obstáculos enfrentó? ¿Con cuáles apoyos contó?

Para comenzar su tarea educadora en el México posrevolucionario, Vasconcelos integró un equipo que representaba a los mejores elementos, de diferentes tendencias ideológicas y de diversas generaciones. Había viejos sierristas, como el ya mencionado Ezequiel Chávez;<sup>57</sup> positivistas como Enrique O. Aragón; obviamente varios de sus compañeros ateneístas, como Antonio Caso, Julio Torri y el dominicano Pedro Henríquez Ureña, vecindado en México desde principios del siglo xx,<sup>58</sup> o bien Mariano Silva y Aceves, quien por un tiempo fue su secretario particular. También contó con colaboradores más jóvenes: unos habían sido miembros del grupo de *Los Siete Sabios*, sin duda la vanguardia de la generación universitaria de 1915, para quienes la reconstrucción posrevolucionaria de México debía hacerse con técnica y conocimientos profesionales. Así se explica que Manuel Gómez Morin o Vicente Lombardo Toledano encabezaran la Escuela de Jurisprudencia y la Nacional Preparatoria, respectivamente, durante los años del ministerio de Vasconcelos. Éste tuvo incluso colaboradores más jóvenes, como Jaime Torres Bodet, que años después formaría parte del grupo de los *Contemporáneos*. Más que ecléctico, fue un equipo plural. El diseño de secretaría vasconcelista fue, previsiblemente, muy ambicioso. Sin embargo, no debe ser visto como un proyecto utópico, sino como un ideal, como un compromiso histórico del Estado mexicano. Desde entonces se dijo que difícilmente podía haber un empeño gubernamental con propósitos más bellos.<sup>59</sup>

Con el riesgo de hacer parecer esquemático un proyecto tan completo y complejo, debe decirse que Vasconcelos asentaba la educación en tres ejes: lo estrictamente instructivo, lo relativo a los libros y

<sup>57</sup> Ezequiel Chávez propuso un anteproyecto de ministerio con demasiados ecos sierristas, por lo que fue de poco provecho.

<sup>58</sup> Consúltase Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

<sup>59</sup> Cfr. *El Demócrata*, 30 de julio de 1920.



los asuntos culturales y artísticos.<sup>60</sup> En cuanto a los asuntos docentes y escolares, Vasconcelos sabía que se requería una reorganización de todas las instancias educativas y una modernización radical del tipo de enseñanza que se impartía en México. Sin embargo, el cambio debía ser institucional, ideológico y personal: nuevos métodos, nuevos propósitos, nueva actitud, con mucho mayor compromiso de docentes y funcionarios, con “ardor evangélico”, como lo definió Vasconcelos, quien estaba convencido de que el nuevo rumbo requería de un mando único: más que un profeta, se requería un caudillo.<sup>61</sup>

La organización constitucional del país le imponía límites, por lo que Vasconcelos tuvo que aceptar que en su oficina se definiría la naturaleza pedagógica e ideológica de la enseñanza por impartirse, pero dando responsabilidades administrativas a los docentes y funcionarios regionales. En otras palabras, Vasconcelos reconocía el papel de las autoridades estatales y locales sobre las instalaciones educativas existentes. A contrapelo de su carácter autoritario, pero en consonancia con su naturaleza caudillista, también convocó a la participación de la sociedad civil en el proceso educativo a través de consejos educativos tripartitos, conformados por autoridades, profesores y padres de familia, desde el ámbito local hasta el nacional, pasando por los consejos distritales y estatales. Es más, Vasconcelos dijo añorar el día en que estos consejos pudieran tomar el control de toda la labor educativa, independizándola del Poder Ejecutivo.<sup>62</sup>

A sus críticos —“espíritus apocados”, los llamó— les dijo que su proyecto no era utópico sino ambicioso, aunque reconoció que su amplitud obligaba a que fuera un proyecto “de construcción paula-

<sup>60</sup> Cfr. Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925): educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

<sup>61</sup> Cfr. “Discurso con motivo de la toma de posesión...”, p. 12; véase también Cárdenas, *José Vasconcelos: caudillo cultural*.

<sup>62</sup> Véase el *Proyecto de ley para la creación de una Secretaría de Educación Pública Federal, presentado por el Ejecutivo de la Unión a la XXIX Legislatura*, México, Universidad Nacional, 1920, p. 23.



rina”. Así, el caudillo Vasconcelos actuaba como un hombre de Estado, diseñando y creando una institución que tendría que irse modificando conforme a las necesidades y evolución del país, pero cambiando también a la par que se modificaran los instrumentos pedagógicos y los principios artísticos y culturales. Al plantear así su creación, la Secretaría quedó como su mayor legado y la educación, como el principal reto nacional. En realidad, su creación rebasaba el plano educativo, entendiendo por éste los asuntos instructivos y culturales, pues su verdadero objetivo tenía una gran dimensión social: para Vasconcelos, la educación era la mejor forma de lograr la “redención” de los numerosos sectores populares del país.<sup>63</sup>

En efecto, hacer un breve recuento de los años propiamente vasconcelistas de la secretaría es un reto imposible de cumplir. El inicio puede fecharse a finales de octubre de 1920, menos de medio año después de haber asumido la rectoría, cuando se presentó ante la Cámara de Diputados el *Proyecto de ley para la creación de una Secretaría de Educación Pública Federal*.<sup>64</sup> Jurídica y políticamente, la propuesta implicaba que antes de expedir la ley constitutiva de la nueva dependencia tenía que reformarse la Constitución en dos sentidos: modificar el artículo transitorio 14, que disponía desde 1917 su desaparición, así como ampliar el artículo 73 para conceder al Congreso facultades en materia educativa. Para conquistar el apoyo de senadores y diputados —federales y locales—, Vasconcelos aseguró que su proyecto no pretendía lesionar la soberanía de los estados sino que sólo buscaba organizar las labores educativas con una perspectiva nacional; esto es, integrar el país, disminuir las desigualdades regionales y las disparidades sociales. Su compromiso fue claro: su proyecto nacional respetaría las particularidades locales y regionales, y el gobierno central haría una labor “protectora pero no autoritaria”.<sup>65</sup>

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 24. Véase también Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila...*, pp. 61-62.

<sup>64</sup> *Proyecto de ley para la creación...*

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 22.



Para que su proyecto fuera aceptado por los legisladores, el intelectual Vasconcelos tuvo que hacer política. Se sabe que con ese propósito realizó varias giras, entre marzo y abril de 1921, a diversos estados de la República acompañado por algunos de sus colaboradores, también intelectuales, como Jaime Torres Bodet —secretario particular—, el pintor Roberto Montenegro, Carlos Pellicer y Joaquín Méndez Rivas.<sup>66</sup> Obviamente, para conseguir el apoyo de toda la clase política nacional fue indispensable el apoyo de su compañero de gabinete el secretario de Gobernación, Plutarco Elías Calles, con el que todavía tenía una amistosa relación.<sup>67</sup> También fue muy favorecedor que un número apreciable de diputados federales y locales fueran originalmente profesores. Así, su proyecto fue aprobado casi sin enmiendas a mediados de septiembre;<sup>68</sup> comenzó sus labores la secretaría el mes siguiente, el 12 de octubre;<sup>69</sup> éstas se iniciaron en sus oficinas universitarias ante la falta de instalaciones propias y adecuadas.

<sup>66</sup> El poeta Méndez Rivas fue uno de los estudiantes que participaron en la “fundación” de la Escuela Libre de Derecho; más tarde dirigió la Biblioteca Nacional e impartió clases en la Universidad Nacional Autónoma de México. Cfr. *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, México, Porrúa, 1995, t. 3, p. 2194. Respecto a dichas giras véase el “Prólogo” de José Vasconcelos a *El desastre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, t. II, pp. 11-18.

<sup>67</sup> Aunque la relación entre Vasconcelos y Calles nunca fue estrecha, éste llegó a declarar, tras la crítica que hiciera el ministro de Educación al gobierno dictatorial de Venezuela, que “se hacía solidario” con la “actitud” de Vasconcelos. Cfr. *ibid.*, pp. 27-33.

<sup>68</sup> *Diario de Debates de la Cámara de Diputados*, Legislatura XXIX, 13 de septiembre de 1921. Cfr. <[cronica.diputados.gob.mx/DeDebates/29/2do/Ord/](http://cronica.diputados.gob.mx/DeDebates/29/2do/Ord/)>.

<sup>69</sup> El presidente Obregón firmó el decreto de creación de la secretaría el 29 de septiembre, y el 10 de octubre designó oficialmente a Vasconcelos como su primer responsable. La ceremonia inaugural fue el día 12. Contra lo previsto, fue un festejo escueto, sin un discurso inaugural de Vasconcelos en el que fijara sus propósitos y anunciara sus procedimientos. Cfr. *El Demócrata*, 11 y 13 de octubre; *El Universal*, 11 y 13 de octubre, y *Excelsior*, 13 de octubre de 1921.



Para acometer debidamente su gestión, se decidió que la sede del nuevo ministerio fuera el viejo convento de La Encarnación, cuyo acondicionamiento fue hecho y concluido hacia mediados de 1922 por el ingeniero Federico Méndez Rivas.<sup>70</sup> Desde un principio el edificio fue engalanado con notables obras artísticas. Sin embargo, debe señalarse que sus admirables murales y frescos, esculturas y relieves, no sólo embellecían el inmueble sino que estaban llenos de significado. Por ejemplo, considérese que Vasconcelos se propuso construir una institución cuya obra reflejara “los caracteres de una cultura autóctona hispanoamericana”. Asimismo, entre los símbolos decorativos de la nueva secretaría se encuentran “una joven que danza” representando a Grecia, “madre ilustre de la civilización europea de la que somos vástagos”; España está materializada con una carabela “que unió este continente con el resto de mundo”, una cruz y “el nombre de Las Casas”; igualmente, encontramos una figura azteca que encarna el “arte refinado de los indígenas” y a Quetzalcóatl mismo, “primer educador de esta zona del mundo”; para complementar la concepción de Vasconcelos, se incorporó, también, la figura de Buda “como una sugestión de que en esta tierra y en esta estirpe indoibérica se han de juntar el Oriente y el Occidente, el Norte y el Sur [...] para combinarse y confundirse en una nueva cultura amorosa y sintética”.<sup>71</sup>

Como se ha señalado, el proyecto educativo de Vasconcelos se estructuró sobre tres ejes: lo instructivo, o escolar; los asuntos bi-

<sup>70</sup> Federico Méndez Rivas, hermano de Joaquín, había recibido educación militar en el antiguo Colegio de Chapultepec. Cfr. Vasconcelos, *El desastre*, p. 23. Véase también la “Presentación” de José E. Iturriaga a Guillermo Tovar de Teresa, *La ciudad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido*, 2 tt., México, Vuelta, t. I, 1990, p. xv.

<sup>71</sup> Consúltase “Discurso pronunciado en el acto de la inauguración del nuevo edificio de la Secretaría”, en José Vasconcelos, *Discursos...*, *op. cit.*, pp. 39-40. Véase también Alicia Azuela, “El conjunto escultórico de la Secretaría de Educación Pública”, en *Diego Rivera y los murales de la Secretaría de Educación Pública*, México, Secretaría de Educación Pública, 2003, pp. 50-67.



bibliográficos, y las propuestas artísticas y culturales. El primer reto abarcaba desde la reparación y construcción de escuelas hasta el diseño —fundamental labor siempre laboriosa y polémica— de los planes y programas de estudio, pasando por un entrañable tema para Vasconcelos: la actualización y el mejoramiento académico de los docentes, programa para el que diseñó una revista con el simple pero ilustrativo título de *El Maestro*.<sup>72</sup> Contra lo que pudiera pensarse, Vasconcelos, además de un intelectual, también fue un educador pragmático. Sus resultados cuantitativos lo demuestran. Para comenzar, logró negociar buenos presupuestos para el sector educativo, a pesar de la difícil situación económica del país, luego de padecer diez años de violencia destructiva. Con dichos recursos Vasconcelos pudo lograr que el número de escuelas pasara, entre 1920 y 1923, de 8 161 a 13 847. Un similar porcentaje de crecimiento se dio en los rubros de profesores y alumnos, pues en el mismo lapso de tiempo pasaron de 17 206 a 26 065 y de 679 897 a 1 044 539, respectivamente.<sup>73</sup> En términos cualitativos, hubo un crecimiento notable en el número de escuelas rurales<sup>74</sup> y de párvulos, así como de escuelas técnicas e industriales; por lo que se refiere a estas últimas, es obvio que el filósofo Vasconcelos era miembro del equipo de gobierno de Álvaro Obregón, especialmente comprometido con la reconstrucción y el crecimiento económico del país.<sup>75</sup> Aunque también aumentó el número de planteles preparatorianos y universitarios en pro-

<sup>72</sup> *El Maestro* contenía temas pedagógicos y culturales, así como noticias bibliográficas; además, incluía noticias nacionales e internacionales, así como tres secciones fijas, con artículos de historia, literatura y temas infantiles; por último, en cada número se reproducían textos de grandes escritores y pensadores. Su tiraje regular era de 60 000 ejemplares, aunque hubo casos que alcanzaron los 75 000. Se publicaron 17 números.

<sup>73</sup> Cfr. Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila...*, p. 166.

<sup>74</sup> Vasconcelos fue de los primeros en preocuparse, y ocuparse, por la educación de los niños y jóvenes indígenas. Véase Engracia Loyo, “La educación del pueblo”, en *Historia mínima. La educación en México*, pp. 154-187.

<sup>75</sup> *Tendencias educativas oficiales...*, vol. 2, pp. 277-278 y 293.



vincia, sus viejos amigos ateneístas, como Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, dejaron de colaborar con Vasconcelos, pues consideraban que había desatendido la educación superior debido a su apoyo a la educación básica y rural.<sup>76</sup>

## VI

Respecto al segundo eje del proyecto vasconcelista, la política bibliográfica, más que un legado institucional es ya parte de la leyenda cultural del país.<sup>77</sup> Para comenzar, debe decirse que dicha política tuvo dos ingredientes: uno, práctico, concreto; el otro, desmedido, visionario. Otra característica de su proyecto bibliográfico es que se basaba en una estrategia calendarizada e integral: incluía desde la edición de libros hasta la construcción de bibliotecas. En efecto, desde la creación de la secretaría ésta incluía una Dirección de Bibliotecas, la que estuvo encabezada, sucesivamente, por Julio Torri, de gran cultura literaria pero con evidentes carencias organizativas, Carlos Pellicer y Jaime Torres Bodet, quien apenas rebasaba los veinte años.<sup>78</sup> La principal característica del

<sup>76</sup> Véase carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 4 de enero de 1922, en la que le dice “Tú, como yo, representamos la enseñanza superior junto a Vasconcelos: no porque no nos interese la enseñanza elemental, sino porque él ha cogido ya esa parte del problema con tanto calor, que ni tú ni yo tenemos nada que sugerirle en ese orden”. Cfr. *Epistolario íntimo (1906-1946)*, Juan Jacobo de Lara (recop.), República Dominicana, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1983, t. 3, pp. 199-203.

<sup>77</sup> Este apartado está basado en mi ensayo “Vasconcelos y los libros: editor y bibliotecario”, en *Entre paradojas: a 50 años de los libros de texto gratuitos*, Rebeca Barriga Villanueva (ed.), México, El Colegio de México, 2011, pp. 65-94.

<sup>78</sup> En rigor, Julio Torri comenzó su labor en la Dirección de Bibliotecas Populares y Ambulantes, todavía en la Universidad Nacional. Cfr. Guadalupe Quintana Pali, Cristina Gil y Guadalupe Tolosa, *Las bibliotecas públicas en México: 1910-1940*, México, Secretaría de Educación Pública, 1988, p. 134.



proyecto era la estratificación jerárquica de los distintos tipos de bibliotecas. Aunque con una terminología imprecisa que no siempre coincidió con la realidad, se dispuso la creación de bibliotecas ambulantes, rurales, obreras, populares, técnicas, escolares, profesionales y públicas.<sup>79</sup> Comprensiblemente, las diferenciaba su ubicación geográfica, el local que las alojaba y el perfil social de sus potenciales lectores, así como el número y la naturaleza de sus fondos bibliográficos.

Facilitar el acceso a los libros no sólo dependía de la creación de nuevas bibliotecas. También fue decisivo ampliar los horarios de las ya existentes. Paralelamente, tenía que prepararse al mayor número posible de bibliotecarios. La ‘red’ de bibliotecas que pretendieron construir Vasconcelos y su equipo abarcaba desde bibliotecas pequeñas pero pertinentes, movilizables por todo lo largo y ancho del país, incluso a “lomo de burro” las que estuvieran dirigidas a pequeñas comunidades rurales,<sup>80</sup> hasta la que Vasconcelos definió como “la biblioteca de la nación”, obligada “a guardar y dar a leer todo lo que se edita”. Congruente con su proyecto educativo-cultural, su edificio debía albergar una galería de pintura y escultura, así como una sala de conciertos.<sup>81</sup>

Como sucedió con sus proyectos más ambiciosos, los logros no alcanzaron las expectativas originales, resultado explicable tanto por lo corto del periodo que estuvo Vasconcelos en el país como por la situación económica del mismo. Consciente de las divergentes estadísticas, una ‘fuente’ asegura que entre 1921 y 1924 se crearon 2 426 bibliotecas: ambulantes, obreras, escolares, públicas, y dos recintos de apreciables dimensiones y amplitud temática: las biblio-

<sup>79</sup> Para algunas variantes terminológicas véase Enrique Krauze, “Vasconcelos: libros, aulas, artes”, *Letras libres*, 139, julio de 2010, pp. 40-45.

<sup>80</sup> Cfr. Jaime Torres Bodet, “Informe que rinde el Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública”, *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, 2, 1922, pp. 160-161. Véase también Quintana Pali, Gil y Tolosa, *Las bibliotecas públicas...*, p. 163.

<sup>81</sup> Véase *ibid.*, p. 165.



tecas Cervantes e Iberoamericana, ambas en la zona central de la Ciudad de México.<sup>82</sup>

Intelectual antes que educador y educador antes que funcionario, Vasconcelos —al igual que sus colaboradores— puso enorme atención en los autores y títulos que debían conformar cada una de sus propuestas bibliográficas. Asimismo, su preocupación por los presupuestos, los aspectos físicos de las instalaciones y los procesos clasificatorios era mucho menor que su atención al tipo de libros que debían ofrecerse. Era comprensible: él y sus colaboradores eran escritores antes que bibliotecarios. Todavía hoy nos admira la insistente dirección del propio Vasconcelos en el proceso selectivo de los libros. La explicación es sencilla: más que ser un promotor de la lectura, estaba convencido de que su destino vital era ser el guía espiritual del país en esa su época de renovación posrevolucionaria. Así, sus preferencias se convirtieron en decisiones gubernamentales.<sup>83</sup>

Igual que en el caso de las bibliotecas, Vasconcelos desarrolló una política integral respecto a los libros. Para comenzar, en México había pocas empresas editoriales,<sup>84</sup> que no se daban abasto para satisfacer la abultada e inusual demanda gubernamental. Por lo mismo, tuvieron que hacerse compras masivas en España, aunque la situación del erario no lo recomendara.<sup>85</sup> Más aún, se optó por la solución menos onerosa, que fue la adquisición por parte del gobierno

<sup>82</sup> Véase *Boletín de la Secretaría de Educación Pública 1923-1924*, 5 y 6, p. 320. Quintana Pali, Gil y Tolosa, *Las bibliotecas públicas...*, pp. 135 y 169. Un reconocido experto en Vasconcelos llega a otras cifras, más bien cercanas a las 2 000 bibliotecas. Cfr. Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila...*, pp. 517 y 520.

<sup>83</sup> Según Enrique Krauze, las decisiones bibliográficas de la Secretaría de Educación Pública reflejaban “los gustos místicos del ministro”. Cfr. Krauze, “Vasconcelos: libros, aulas...”, p. 40.

<sup>84</sup> Pienso en las casas editoriales de Porrúa, la viuda de Bouret, Cvltura y Botas.

<sup>85</sup> Entre los autores que se adquirieron en España destacaban Romain Rolland y León Tolstoi, ambos de los preferidos de Vasconcelos. Véase carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 17 de septiembre de 1920, en *La amis-*



de la maquinaria adecuada para establecer su propio taller impresor.<sup>86</sup> Por ende, además de cuáles debían ser los autores clásicos impresos por el gobierno, también tenían que escogerse sus libros pertinentes y las traducciones adecuadas; tal labor se le encomendó a Julio Torri.<sup>87</sup> La complejidad del proyecto puede enunciarse en for-

*tad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes, 1916-1959*, Claude Fell (comp. y notas), México, El Colegio Nacional, 1995, pp. 52-53. Su aprecio por la obra de Rolland lo hizo público en una carta que dirigió al propio escritor y pacifista, fechada 4 de febrero de 1924: “también hemos procurado llenar nuestras bibliotecas con sus libros, sintiendo que de esa manera purificamos el ambiente y levantamos el nivel de la Nación”. Es más, en dicha carta le confesó que “en el largo periodo de tiempo que anduve perseguido y desterrado, calumniado y pobre, fue en su *Jean Christophe* donde muchas veces encontré aliento”. Cfr. *Boletín de la Secretaría de Educación Pública, 1923-1924*, pp. 723-724. En cuanto a Tolstoi, Vasconcelos lo consideraba el fundamento de toda educación moral, y admiraba que, a pesar de su condición de aristócrata, hubiera decidido ponerse al servicio de su pueblo. Es más, Vasconcelos dijo a su amigo Alfonso Reyes que lo que el país necesitaba era que los intelectuales asumieran esa conducta “tolstoyana”. Cfr. Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 16 de septiembre de 1920, en *La amistad en el dolor...*, pp. 49-51. Consúltense también Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila...*, pp. 34-35, y cartas de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 7 de junio y 17 de septiembre de 1920. En una de ellas le comentó haber nombrado a Henríquez Ureña “agente de compras en España”, lo que evitaría ser víctima “del judaísmo de las casas locales”. Cfr. *La amistad en el dolor...*, pp. 39-40 y 52-53.

<sup>86</sup> Además de que por decreto presidencial del 13 de enero de 1921 los Talleres Gráficos de la Nación pasaron a depender de la Universidad, la Secretaría de Educación Pública adquirió en Estados Unidos un taller para realizar la impresión y publicación de los libros; dicho taller fue inaugurado por el presidente Obregón en abril de 1923. Cfr. Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila...*, p. 485.

<sup>87</sup> Véase carta de Julio Torri a Alfonso Reyes, 22 de abril de 1921, en la que señala: “desgraciadamente yo estoy abrumado de trabajo: me dieron el empleo que tú no aceptaste, de Director del Departamento Editorial”, en Julio Torri, *Epistolarios*, Serge I. Zaitzeff (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, pp. 150-151.



ma sencilla: si el país carecía de bibliotecas, tenían que construirse; si también había carencia de libros, tendrían que adquirirse o imprimirse. Obviamente, era un proyecto fácil de explicar pero muy difícil de llevar a cabo.

De manera errónea, suele reducirse la política editorial de Vasconcelos a la impresión masiva de clásicos, los célebres ‘libros verdes’. En realidad, éstos fueron sólo una parte de un amplio plan editorial, el que debía corresponder a las necesidades bibliotecarias y al proyecto educativo en su conjunto. Así, se imprimirían libros infantiles, para mujeres, escolares y técnicos, además de los ya mencionados ‘clásicos verdes’ y de la revista *El Maestro*. Para difundir dicha labor editorial se publicó un boletín bibliográfico, *El Libro y el Pueblo*. Llama la atención la congruencia de los ejes educativos y bibliográficos, pues se imprimieron y distribuyeron libros para escolares, niños, jóvenes y adultos en busca de una formación literaria; para hombres y mujeres, campesinos, obreros y clases medias, así como libros formativos y recreativos.<sup>88</sup> En cuanto a los ‘clásicos verdes’ y a las *Lecturas clásicas para niños*, es notable la visión ecuménica que se tuvo al incluir libros o textos representativos de la cultura occidental junto con obras relevantes de la tradición asiática. Su mérito se duplica al saberse la edad de los responsables: jóvenes de pocos años,<sup>89</sup> diez de los cuales pertenecían a la década revolucionaria. Un último motivo de admiración: el país estaba gobernado por militares revolucionarios, todos ellos con baja escolaridad.

<sup>88</sup> Véase Engracia Loyo, “La lectura en México, 1920-1940”, en *Historia de la lectura en México*, México, El Colegio de México–Ediciones del Ermitaño, 1988, pp. 243-294.

<sup>89</sup> Entre otros, Julio Torri, Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, José Gorostiza, Francisco Monterde y Palma Guillén, así como la chilena Gabriela Mistral, invitada por Vasconcelos para que colaborara en las labores educativas mexicanas. Cfr. Luis Mario Schneider, *Gabriela Mistral, itinerario veracruzano*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1991.



## VII

El tercer componente del proyecto, el artístico y cultural, tenía dos vertientes, una escolar y otra de difusión, ambas coordinadas por el Departamento de Bellas Artes, a cuyo frente Vasconcelos nombró a su antiguo compañero del Ateneo, el poeta Ricardo Gómez Robelo.<sup>90</sup> Su primera responsabilidad era la integración y supervisión de la enseñanza de canto y dibujo<sup>91</sup> en los programas escolares. Por otra parte, el Departamento de Bellas Artes debía coordinar las labores de las instituciones culturales ya existentes, como los conservatorios de Música, el Museo Nacional y la Academia de Bellas Artes.

En cuanto a las labores de difusión en los campos de la pintura y la música, destacaron las Escuelas de Pintura al Aire Libre, implantadas por el regiomontano Alfredo Ramos Martínez,<sup>92</sup> recién llegado de una larga experiencia parisina, en la que había entrado en contacto directo con la corriente ‘impresionista’, la que le resultó de enorme valor para su lucha contra el academicismo decimonónico todavía imperante en México. Otro colaborador en el proyecto artístico vasconceliano fue el pintor Adolfo Best,<sup>93</sup> cuyo método se implantó en las clases de dibujo, tanto en los cursos de escolaridad oficial como en las clases nocturnas de dibujo y pintura. Son numerosos los testimonios sobre la popularidad de las clases noc-

<sup>90</sup> Ricardo Gómez Robelo también fue colaborador de *Savia Moderna* y de la revista *El Maestro*. Cfr. *Diccionario Porrúa...*, 1995, t. 2, p. 1512.

<sup>91</sup> En rigor, también debía velar por la práctica de la gimnasia en las escuelas. Como es bien sabido, Vasconcelos daba mucha importancia al deporte como parte de una educación integral.

<sup>92</sup> Ramos Martínez fue alumno de la Escuela de Bellas Artes, de la que más tarde también sería director. Realizó murales en el edificio de la Escuela Normal y en el Scripps College en Estados Unidos. Cfr. *Diccionario Porrúa...*, 1995, t. 4, pp. 2887 y 2888.

<sup>93</sup> Adolfo Best Maugard fue estudioso de “los diseños decorativos de las artes populares” y autor del *Método de dibujo. Tradición, resurgimiento y evolución del arte mexicano*. Cfr. *Diccionario Porrúa...*, 1995, t. 1, p. 430.



turnas y dominicales de dibujo, con gran afluencia tanto de niños como de adultos.<sup>94</sup>

Por lo que se refiere a la música, Vasconcelos reconoce haber contado con el apoyo de dos hombres “extraordinarios”, con una “asombrosa” capacidad y disposición para el trabajo. Uno fue el compositor Julián Carrillo;<sup>95</sup> el otro, el pianista y violinista Joaquín Beristáin,<sup>96</sup> quien desde la Dirección de Cultura Estética se encargó de una doble misión: coordinar la enseñanza del solfeo y del canto en las escuelas, así como promover los orfeones populares y la constitución de grupos de baile folklórico. La difusión de la música muestra otra de las características de la labor educativa, bibliográfica y cultural de Vasconcelos: fue de alcance nacional, nunca restringida a la capital del país; en efecto, los orfeones se propagaron “por toda la República” y la Orquesta del Conservatorio —años después nuestra Sinfónica Nacional—, una vez reorganizada, pudo presentarse en las mayores ciudades del país después de los diez años de violencia revolucionaria. Como bien lo dijera Vasconcelos, su mayor ambición era “descentralizar la cultura”, para lo que se establecieron “centros de creación y difusión [...] en distintas regiones” del país.<sup>97</sup>

<sup>94</sup> Véase Vasconcelos, *El desastre*, especialmente el capítulo “El personal”, pp. 58-68.

<sup>95</sup> Cfr. *ibid.*, p. 66. El potosino Julián Carrillo estudió en el Conservatorio Nacional de la Ciudad de México y gracias a una beca concedida en 1899 también pudo hacerlo en los de Leipzig en Alemania y Gante en Bélgica. Posteriormente, se desempeñó como inspector general de Música, director del Conservatorio Nacional y profesor de composición. Cfr. *Diccionario histórico y biográfico...*, t. VI, p. 45. Véase también Dolores Carrillo (pról. y relato), *Julián Carrillo. Testimonio de una vida*, San Luis Potosí, Comité Organizador “San Luis 400”, 1992.

<sup>96</sup> Véase Vasconcelos, *El desastre*, capítulo “El personal”, p. 66.

<sup>97</sup> Piénsese que Julián Carrillo se empeñó en que Guadalajara y Monterrey tuvieran su propia orquesta sinfónica. Cfr. *idem*.



## VIII

¿Cuáles fueron las semejanzas y diferencias entre el proyecto de Vasconcelos y el de Justo Sierra? ¿Es factible una comparación? Entre la secretaría de Sierra y la de Vasconcelos no hubo una continuidad plena. La primera se llamó de Instrucción y la segunda, de Educación. Conforme a su denominación, la primera tenía como objetivo la instrucción; esto es, se reducía a coordinar los aspectos meramente docentes: profesores, alumnos, escuelas, aulas y planes. La secretaría de Vasconcelos era mucho más ambiciosa, pues la educación implica la instrucción, pero abarca otros elementos: artísticos, culturales y hasta morales. La simple diferencia etimológica es clara: instrucción es un “caudal de conocimientos adquiridos”, mientras que la educación implica la “crianza, enseñanza y doctrina que se da a los niños y a los jóvenes”, y equivale también a “cortesía” y “urbanidad”. La diferencia lexicográfica entre instructor y educador, así como entre instruir y educar, es aún más honda y pronunciada: la primera consiste en “proporcionar a alguien conocimientos”; la segunda, en “desarrollar la inteligencia y formar el carácter y el juicio de una persona”.<sup>98</sup>

Otra diferencia entre la Secretaría de Instrucción de Sierra y la de Educación de Vasconcelos, seguramente la más importante de todas, consistía en sus divergencias históricas y, por ende, sociopolíticas e ideológicas: la primera fue una secretaría porfiriana, mientras que la segunda era posrevolucionaria. Durante esos diez intensos años de 1910 a 1920, México había pasado por un proceso de transformación incomparable, resumible en que los sectores populares consiguieron acrecentar notablemente su importancia en la vida pública del país. Así, el proyecto de Vasconcelos tenía un mucho ma-

<sup>98</sup> Consúltese el *Diccionario de la lengua española*, en <[www.rae.es](http://www.rae.es)>. Véase también *Diccionario del español de México*, 2 vols., Luis Fernando Lara (dir.), México, El Colegio de México, 2010, pp. 679 y 962.



yor compromiso social. Además, la de Sierra fue la secretaría de un gobierno que vivía sus estertores, mientras que la de Vasconcelos era la de un nuevo Estado, joven e impulsivo, que nacía con la urgencia de definir y mostrar su nueva identidad, su propia cultura.

Además de las diferencias históricas entre los tiempos y contextos porfirianos y revolucionarios, las diferencias biográficas y psicológicas entre Sierra y Vasconcelos no pueden ser minimizadas. Sierra era miembro de una familia distinguida del sureste del país; Vasconcelos, no. Además, Sierra provenía de una estable, prolongada y protagónica actividad política durante el largo gobierno de Porfirio Díaz.<sup>99</sup> En cambio, Vasconcelos provenía de una azarosa vida política revolucionaria, pues luego de Madero sus relaciones con Venustiano Carranza fueron peor que malas: Vasconcelos optó por la facción convencionista, cuya derrota lo llevó al exilio. Al llegar al gabinete, Sierra tenía cinco años de experiencia en el ramo, aunque casi treinta en el sector; la de Vasconcelos, en cambio, se reducía a poco más de un año en la rectoría, a su efímera estancia al frente de la Escuela Nacional Preparatoria a mediados de 1914—en la caótica situación del cambio de gobierno entre el huertismo y el constitucionalismo— y a su tarea como secretario de Instrucción del fantasmal gobierno de Eulalio Gutiérrez.

Más aún, mientras el compromiso educativo de Sierra era gubernamental, el de Vasconcelos era crítico y se remontaba a sus años del Ateneo, cuando ese grupo estudiantil irrumpió en la vida intelectual del país oponiéndose al dominio del positivismo en la educación nacional, meramente instructiva, sin mayor atención a las humanidades, la cultura y el arte, y mucho menos a las nuevas corrientes y posturas filosóficas. Desde entonces Vasconcelos tenía parte de su proyecto educativo; la otra parte se la dio la Revolución, con su compromiso social y el nuevo arte mexicano. Como miem-

<sup>99</sup> En efecto, su vida pública se remonta a 1871, cuando en diciembre de ese año fue nombrado diputado suplente de Chicontepec, Veracruz. Cfr. Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo...*, t. I, p. 98.



bro del grupo *científico*, Sierra se interesó mucho en la enseñanza industrial y en las escuelas técnicas; como porfirista, intentó poner orden en el sistema educativo, homogeneizarlo y centralizarlo. Como revolucionario, Vasconcelos se ocupó de la educación básica y rural, comenzando por la alfabetización del mayor número de mexicanos; como miembro del gabinete de Obregón, fue un caudillo educativo y cultural.<sup>100</sup>

A pesar de lo breve de su gestión al frente del ministerio,<sup>101</sup> Vasconcelos fue mucho más que el creador de la primera institución revolucionaria, la Secretaría de Educación Pública. Nos dejó un doble legado: por un lado, sitios y espacios artísticos de enorme valor, por lo que se define culturalmente el país. Por ejemplo, el propio edificio del ministerio inició una propuesta arquitectónica, pero también histórica, política e ideológica: la recuperación de edificios novohispanos y religiosos, lastimados por el cambio de uso que tuvieron en la segunda mitad del siglo XIX y por el desuso que padecieron en el decenio revolucionario, y su adecuación para los nuevos retos del país, con un Estado laico y revolucionario.<sup>102</sup> Junto con la recuperación de esos edificios, debemos a Vasconcelos la idea de cubrirlos de arte, no sólo de murales; recuérdese que el convento de San Pedro y San Pablo fue el primer edificio, de los naciona-

<sup>100</sup> La última frase es un eco del conocido libro de Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1976.

<sup>101</sup> Los motivos expuestos por Vasconcelos para renunciar a la Secretaría de Educación Pública fueron varios: su oposición a los acuerdos de Bucareli que el gobierno había aceptado; su rechazo al asesinato del senador Francisco Field Jurado que, desde su punto de vista, el gobierno había solapado; su preferencia por Adolfo de la Huerta frente a Plutarco Elías Calles como sucesor de Obregón. Más aún, y quizá más importante, Vasconcelos renunció porque decidió contender por la gubernatura de Oaxaca, su estado natal. Sobre todo, renunció porque padeció recortes presupuestales a la llegada de Alberto J. Pani a la Secretaría de Hacienda, a finales de la presidencia de Obregón.

<sup>102</sup> Véase Tovar de Teresa, *La ciudad de los Palacios...*



lizados durante el proceso desamortizador de la Reforma, en el que se pintó un mural,<sup>103</sup> confluencia de géneros y de discursos artísticos que prosiguieron en el edificio de la Escuela Nacional Preparatoria y en el del propio ministerio.<sup>104</sup>

Su otro legado no por inmaterial es menos real; consiste en el ejemplo y retos que dejó a todos los educadores mexicanos posteriores a él, y no sólo a los secretarios del ramo. Gracias a Vasconcelos el Estado mexicano ha tenido siempre un grave compromiso en lo que se refiere a producción editorial y a difusión cultural. De otra parte, todos los profesores tendrán —tendremos— que asumir su oficio y cumplir sus tareas con dos elementos imprescindibles: pasión y capacitación.

Cualquier comparación entre Sierra y Vasconcelos sería temeraria. Es preferible señalar que son los principales educadores del México moderno.<sup>105</sup> Entre ambos hubo complementariedad y continuidad. No en balde Vasconcelos se asesoró de Ezequiel Chávez, el principal colaborador de Sierra. Sin embargo, es inevitable encontrar sus particularidades y diferencias, sus aciertos y errores. Para comenzar, vivieron distintos contextos históricos: Sierra, el estable y plácido Porfiriato; Vasconcelos, la violenta y proteica Revolución. Por ende, Sierra pudo disponer, auténticamente, de un par de decenios para construir su sistema educativo. En cambio, los tiempos revolucionarios eran mucho más cortos, lo que obligó a Vasconcelos a actuar con prisas y premuras. Finalmente positivista, el proyecto educativo de Sierra daba prioridad a los aspectos instructivos y pedagógicos. En cambio, el ateneísta Vasconcelos dio igual im-

<sup>103</sup> Para mediados de 1920 el convento de San Pedro y San Pablo era un edificio castrense, cuya recuperación estuvo a cargo de Roberto Montenegro y Jorge Enciso. Véase Jean Charlot, *El renacimiento del muralismo mexicano, 1920-1925*, México, Domés, 1985, p. 123.

<sup>104</sup> La bibliografía sobre el muralismo mexicano posrevolucionario es inagotable. Para este trabajo resulta revelador el “Discurso pronunciado en el acto de la inauguración...”, pp. 36-42.

<sup>105</sup> En caso de pasar de dupla a terna, el otro sería Jaime Torres Bodet.



portancia a los elementos artísticos y culturales. Como buen porfirista, para Sierra la educación tenía como objetivo el desarrollo del país.<sup>106</sup> Como buen revolucionario, Vasconcelos veía el fomento a la educación como un acto de justicia social; en particular, como buen maderista, Vasconcelos veía en la educación la única posibilidad de crear ciudadanos. Sí: fueron diferentes, pero complementarios. Ojalá su ejemplo y su legado sirvan para diseñar el proyecto educativo del México del siglo xxi.

<sup>106</sup> El proyecto de Vasconcelos también contemplaba fomentar la educación técnica, para que los mexicanos fueran productivos y contribuyeran “a la transformación económica del país”. Cfr. *Tendencias educativas oficiales...*, vol. 2, p. 293.







## LOS INTELECTUALES Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA: PROTAGONISTAS, TESTIGOS Y CRÍTICOS\*

*En memoria de Eduardo Blanquel  
y Arnaldo Córdova, iniciadores de los estudios  
sobre los precursores y los intelectuales  
de la Revolución; y para Enrique Krauze,  
iniciador de los estudios sobre los intelectuales  
reconstructores y posrevolucionarios*

### LA GRAN TRADICIÓN

La historia de los intelectuales mexicanos durante la Revolución que se desarrolló en los primeros decenios del siglo xx contrasta radicalmente con la de la intelectualidad mexicana en los otros periodos de su historia, a su vez larga y compleja, con características que la distinguen de las otras tradiciones intelectuales latinoamericanas. Su primera diferencia proviene del nivel de desarrollo alcanzado por la civilización mesoamericana prehispánica, que se desarrolló a lo largo de cerca de tres mil años, durante los que se pasó de una sociedad teocrática, en la que el gobernante y el sacerdote eran una misma persona, a una sociedad mucho más compleja, en la que el gobernante contaba con consejeros en asuntos cosmológicos, religiosos, climáticos, agrícolas, históricos, políticos y militares; ade-

\* Versión completa del texto que fue publicado en forma abreviada en *Historia de los intelectuales en América Latina II*, Carlos Altamirano (ed.), Buenos Aires, Katz Editores, 2010, pp. 31-44. Entre otros criterios editoriales, entonces se dispuso que el ensayo no llevara notas ‘de pie de página’. Hoy las introduzco para beneficio de los lectores y como un acto de justicia con el trabajo de mis antecesores y de los actuales miembros del gremio.



más, al final del periodo había cronistas y poetas cercanos a la corte del mandatario, o sea un grupo social bien diferenciado que podía ser catalogado como compuesto por intelectuales.<sup>1</sup>

La conquista española dio lugar al surgimiento y desarrollo de varios tipos de intelectuales, concentrados en una de las pocas ciudades plenamente consolidadas del continente, que no sólo era una capital virreinal sino que además se había asentado en el mismo sitio en el que estaba Tenochtitlán, la capital del llamado imperio azteca. Esta doble naturaleza explica que en la vieja Ciudad de México, capital de la Nueva España, hubiera consejeros gubernamentales, geógrafos, soldados memoriosos —como Bernal Díaz del Castillo (1492-1585)— que escribieron sobre sus aventuras, cronistas que registraron las actividades evangelizadoras de las diversas órdenes religiosas —franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas—, humanistas hispanos —casi todos religiosos— que se interesaron por las culturas y razas aborígenes, como Bernardino de Sahagún (1499-1590), e incluso intelectuales mestizos vinculados a las antiguas comunidades originarias y dedicados a rescatar, preservar, defender y elogiar su valor cultural. También se contó con escritores como Bernardo de Balbuena (1562-1627), Juan Ruiz de Alarcón (1580-1639), Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) y sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695),<sup>2</sup> vinculados a la corte virreinal o a la amplia estructura eclesiástica novohispana. La existencia de todos ellos fue posible gracias a las instituciones creadas en la capital del virreinato más importante de América, principalmente

<sup>1</sup> Sin lugar a dudas el estudioso más reconocido del tema es Miguel León-Portilla; además de revisar su clásica obra *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, Ángel Ma. Garibay K. (pról.), México, Instituto Indigenista Interamericano, 1956, deberían consultarse sus *Obras completas*, a la fecha en proceso de publicación por la Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio Nacional; hasta principios de 2015 han aparecido 13 volúmenes.

<sup>2</sup> Difícilmente puede encontrarse una obra más interesante y polémica que la de Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.



universidades, colegios y seminarios.<sup>3</sup> Resulta incuestionable que el apreciable desarrollo de instituciones educativas y culturales explica el enorme número de intelectuales novohispanos, siempre mayor que en el resto del continente.

Dentro del largo periodo colonial hubo cuando menos tres momentos con características culturales claramente diferenciables. Si el siglo xvi fue el del descubrimiento mutuo de las dos civilizaciones y el de la llamada 'conquista espiritual', el siglo xvii fue el del desarrollo de los intelectuales barrocos, con muchos rasgos sincréticos;<sup>4</sup> asimismo, los intelectuales *ilustrados* destacaron en la segunda mitad del xviii. Fue entonces cuando aparecieron letrados y científicos como Diego José Abad (1727-1779) y José Antonio de Alzate (1737-1799), ambos vinculados a las instituciones creadas durante el periodo dominado por la dinastía borbónica.<sup>5</sup> Otra novedad, ligeramente posterior pero acorde con los tiempos que se vivían, fue la aparición de intelectuales dedicados a argumentar que la Nueva España era ya una nación madura, con una historia propia y un futuro promisorio, que merecía vivir de manera autónoma: la obra del jesuita Francisco Xavier Clavijero (1731-1787) dominó aquellas propuestas de manera incontrovertible.<sup>6</sup>

<sup>3</sup> Aunque publicado hace varias décadas, todavía es útil el libro de Julio Jiménez Rueda; consúltense los dos tomos de su obra *Historia de la cultura en México*, México, Editorial Cvltura, 1950 y 1957.

<sup>4</sup> Cfr. Robert Ricard, *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*, México, Jus-Editorial Polis, 1947; José M. Gallagos Rocafull, *El pensamiento mexicano en los siglos xvi y xvii*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1951.

<sup>5</sup> Para el periodo *ilustrado* véase Dorothy Tanck de Estrada, *La Ilustración y la educación en la Nueva España*, México, Secretaría de Educación Pública-Ediciones El Caballito, 1985.

<sup>6</sup> La bibliografía sobre Clavijero es muy abundante: véase Charles E. Ronan, *Francisco Javier Clavijero, S. J. (1731-1787), figure of the mexican enlightenment: his life and works*, Roma-Chicago, Institutum Historicum S.I.-Loyola University Press, 1977.



México obtuvo su Independencia a principios del siglo XIX, y la historia de sus intelectuales fue especialmente compleja a lo largo de toda esa centuria. Al principio discutían si convenía o no la independencia, y si ésta debía ser temporal o definitiva. Eran intelectuales cuya principal ocupación era la política; algunos incluso fueron consejeros de jefes militares y políticos independentistas, como fray Servando Teresa de Mier (1765-1827)<sup>7</sup> o Carlos María de Bustamante (1774-1848), ambos de vidas pletóricas de vicisitudes.<sup>8</sup> Una vez lograda la independencia las polémicas pretendieron definir el tipo de país que se deseaba: para unos, los llamados conservadores, México, aunque autónomo, debía ser fiel a sus principios y tradiciones; en cambio, según los liberales, o progresistas, debía aprovecharse la independencia para lograr cambios de rumbo más profundos. La principal confrontación se dio entre las propuestas de Lucas Alamán (1792-1853) y de José María Luis Mora (1794-1850):<sup>9</sup> conservador el primero, el segundo liberal; uno era miembro de una rica familia de mineros y fue el intelectual más cercano a los caudillos militares criollos Anastasio Bustamante (1780-1853)

<sup>7</sup> Otra obra de lectura instructiva y apasionante es la de Christopher Domínguez Michael, *Vida de fray Servando*, México, Era-Instituto Nacional de Antropología e Historia-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2004.

<sup>8</sup> Consúltense Juan Antonio Ortega y Medina, "El historiador don Carlos María de Bustamante. Ante la conciencia histórica mexicana", *Anuario de Historia. Facultad de Filosofía y Letras*, año III, 1963, pp. 11-58, y Ernesto Lemoine, *Carlos María de Bustamante y su "apologética historia" de la Revolución de 1810*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Colección Argumentos, 6), 1984.

<sup>9</sup> Sobre Alamán véase José C. Valadés, *Alamán. Estadista e historiador*, México, Antigua Librería Robredo-José Porrúa e Hijos, 1938, y Moisés González Navarro, *El pensamiento político de Lucas Alamán*, México, El Colegio de México, 1952. El reputado historiador norteamericano Eric Van Young promete publicar pronto su esperada biografía de Alamán. Sobre Mora el libro recomendado es el de Charles A. Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora (1821-1853)*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1972.



y Antonio López de Santa Anna (1794-1876); el otro lo fue del efímero presidente reformista y anticlerical Valentín Gómez Farías (1781-1858). Aunque de menor influencia por lo breve del mandato de Vicente Guerrero, también debe considerarse al polémico federalista extremo que fue Lorenzo de Zavala (1788-1836).<sup>10</sup>

La historia de los intelectuales mexicanos de mediados del siglo XIX se caracterizó por la confrontación entre liberales y conservadores, aunque en varias ocasiones pudieron incidir en el debate algunos intelectuales caracterizables como ‘moderados’. Los temas que motivaron la confrontación fueron, entre otros, el papel de la religión y de la Iglesia católica; la forma ideal de gobierno, república o monárquica, y de ser República, si federal o centralista. En efecto, durante esos años se discutió el modelo estatal por seguir, ya fuera el novedoso sistema norteamericano o la conocida tradición hispánica; también se polemizó sobre la política como actividad restringida a una minoría, o la propuesta de una sociedad crecientemente participativa en la vida pública. Los intelectuales decimonónicos mexicanos acostumbraron debatir a través de la prensa, y la mayoría de ellos actuó en política y escribió sobre la historia del país, buscando en el pasado justificaciones a su diagnóstico del presente y a su propuesta de futuro. Las suyas fueron obras más reflexivas que narrativas, esencialmente moralistas, sobre todo de moral pública.<sup>11</sup>

Poco antes de 1870 la facción conservadora fue derrotada en términos políticos, militares y culturales. Fue de tal magnitud su debacle, que puede cuestionarse la existencia de cualquier grupo

<sup>10</sup> Véase María de la Luz Parceró, *Lorenzo de Zavala. Fuente y origen de la Reforma liberal en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1969.

<sup>11</sup> La obra de referencia es la de Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, 3 tt., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957-1961. Sobre los intelectuales del bando contrario véase Alfonso Noriega, *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972.



de intelectuales conservadores de envergadura durante el último tercio del siglo XIX. Desaparecida la corriente conservadora desaparecieron también los grandes debates ideológicos. Además, al contarse por primera vez con un régimen gubernamental estable, aparecieron nuevos intelectuales, de distinto talante, más constructores que polemistas; esto es, con diferentes objetivos y actividades. Todos eran liberales, por lo que las diferencias que habrían de darse entre ellos se enmarcarían en la confrontación entre liberales clásicos y liberales positivistas.<sup>12</sup>

El prolongado gobierno de Porfirio Díaz (1830-1915), que duró de 1877 a 1911, con una breve interrupción de cuatro años, se apoyó estrechamente en estos últimos pero sin romper del todo con los primeros, a pesar de no poner en práctica ni los principios jacobinos ni los procedimientos democráticos. El grupo más amplio, cohesionado e influyente de intelectuales fue el de los *Científicos*, compuesto por algunas decenas de profesionistas formados en las escuelas universitarias nacionales y seguidores todos ellos de las doctrinas positivistas comteanas. Incrustados en los aparatos gubernamental y educativo, aunque también en algunos círculos empresariales, fueron sumamente discretos en lo referente a su membresía e identidad, conscientes de que don Porfirio no toleraba otros protagonismos distintos al suyo. Atinados ideólogos, promotores del orden y el progreso antes que de la libertad y la democracia, sus objetivos eran múltiples: por un lado, civilizar al gobierno porfiriano, de origen militar; por el otro, modernizar el sistema educativo, dinamizar la economía y acrecentar las relaciones con Europa y Estados Unidos; por último, los *Científicos* elaboraron varios argumentos para justificar la dictadura porfirista:<sup>13</sup> para el ingeniero, intelectual y polemista profesional Francisco Bulnes (1847-1924), ésta fue dura pero benéfica; según Emilio Rabasa (1856-1930), que acaso llegó a

<sup>12</sup> Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, 1991.

<sup>13</sup> El clásico sobre el tema es Leopoldo Zea, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.



ser el mayor jurista de su tiempo, era producto del deficiente sistema político-constitucional precedente; para Justo Sierra (1848-1912), de rancia familia yucateca, jefe del sector educativo porfiriano y seguramente su intelectual más connotado, se trataba de una etapa necesaria pero temporal.<sup>14</sup> Por sus orígenes socioeconómicos, los *Científicos* pertenecían a la clase media urbana, pero su prolongada cercanía con las élites política y económica provocó que algunos terminaran incorporándose a la oligarquía porfiriana. Así, resulta comprensible que fueran liberal-conservadores.

De otra parte, a finales de la dictadura porfirista comenzaron a aparecer intelectuales críticos y opositores: la mayoría descendía de los liberales clásicos y estaban molestos por el alejamiento de Díaz de sus principios ideológicos originales y por sus complacencias con la Iglesia católica.<sup>15</sup> Asimismo, la creciente escisión en el interior del equipo gobernante entre *científicos* y *reyistas* dio lugar

<sup>14</sup> Sobre estos tres notables intelectuales porfiristas véanse Martín Quiarte, *Francisco Alonso de Bulnes*, México, Guajardo, 1963; George Lemus, *Francisco Bulnes. Su vida y sus obras*, México, Ediciones de Andrea, 1965, y Rogelio Jiménez Marce, *La pasión por la polémica. El debate sobre la Historia en la época de Francisco Bulnes*, México, Instituto Mora, 2003. Para Rabasa consúltese Charles A. Hale, *Emilio Rabasa y la supervivencia del liberalismo porfiriano. El hombre, su carrera y sus ideas, 1856-1930*, México, Fondo de Cultura Económica—Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2011. Sobre Sierra véanse Agustín Yáñez, *Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1950; Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*, 2 tt., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, y Carmen Sáez Pueyo, *Justo Sierra. Antecedentes del partido único en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México—Miguel Ángel Porrúa, 2001, para una perspectiva de Sierra como intelectual político. En cuanto a sus propias obras, deben consultarse Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, t. XII de sus *Obras completas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948, y de Rabasa, *La Constitución y la dictadura. Estudio sobre la organización política de México*, México, Revista de Revistas, 1912.

<sup>15</sup> Véase James D. Cockcroft, *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana (1900-1913)*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1971.



a la aparición de varios intelectuales vinculados a este último grupo, quienes criticaban el carácter oligárquico y dependiente del sistema porfirista, lo que atribuían al dominio del grupo *científico*. Su más importante exponente, Andrés Molina Enríquez (1868-1940), juez en un pueblo cercano a la ciudad de Toluca, fue explícito al señalar que el país padecía “grandes problemas”.<sup>16</sup>

De otra parte, la naciente industrialización dio lugar a la aparición del proletariado y, con éste, a la de intelectuales cercanos al socialismo o el anarquismo, como el hijo de un soldado oaxaqueño juarista, Ricardo Flores Magón (1873-1922), el más constante y radical de los intelectuales antiporfiristas, cuyas críticas fueron expresadas en su célebre periódico *Regeneración*, que empezó a publicarse en México en 1900 y que siguió editándose en Estados Unidos desde que se exilió en ese país en 1904, donde murió en prisión después de una vida plena de vicisitudes.<sup>17</sup> Al mismo tiempo, país católico por antonomasia, no fueron pocos los intelectuales que adaptaron a las condiciones rurales de México los principios de la encíclica *Rerum Novarum*, emitida por el papa León XIII (1810-1903) en 1891 para atenuar y resolver cristianamente —léase pacíficamente— los conflictos entre patrones y trabajadores, buscando que éstos no se afiliaran ni al socialismo ni al anarquismo. Con una industria magra pero con graves problemas agrarios, en México se buscó que la *Rerum Novarum* atenuara las diferencias

<sup>16</sup> Consúltese su clásica obra *Los grandes problemas nacionales*, aparecida originalmente en 1909, pero véase la edición de Era, prologada por Arnaldo Córdova y publicada en 1978.

<sup>17</sup> La bibliografía de y sobre Ricardo Flores Magón es inmensa. Consúltese Eduardo Blanquel, *Ricardo Flores Magón y la Revolución mexicana, y otros ensayos históricos*, Josefina Mac Gregor (pról., selección y ed.), México, El Colegio de México, 2008. Recientemente apareció el libro de Claudio Lomnitz, *The Return of Comrade Ricardo Flores Magón*, Nueva York, Zone Books, 2014. Es de reconocerse la admirable labor que está realizando Jacinto Barre-ra Bassols al editar sus *Obras completas*, de las que ya ha aparecido una decena de volúmenes publicados por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.



entre hacendados y campesinos.<sup>18</sup> Esta crítica de los católicos progresistas vino a sumarse a los otros reclamos que el catolicismo tenía contra el gobierno de Díaz: no derogación de los artículos jacobinos de la Constitución de 1857; adopción para la educación preparatoria y universitaria del modelo positivista, abiertamente anticatólico, y permisividad ante el crecimiento del protestantismo en el norte del país, vinculado al crecimiento de las colonias estadounidenses, asociadas a su vez al crecimiento de la inversión norteamericana. Las críticas tradicionales del catolicismo fueron expresadas en los periódicos *El País*, de Trinidad Sánchez Santos (1859-1912), y *El Tiempo*, de Victoriano Agüeros (1854-1911).<sup>19</sup>

Si la importancia de los intelectuales católicos no debe ser minimizada, la de los anarquistas y socialistas no debe ser exagerada.<sup>20</sup> En general, la relación de los intelectuales mexicanos de finales del siglo xix y principios del xx con Porfirio Díaz no fue áspera. Articulados de una u otra forma bajo la égida de Justo Sierra, los intelec-

<sup>18</sup> El principal estudioso del tema es Manuel Ceballos, como lo prueban sus obras “La encíclica ‘Rerum Novarum’ y los trabajadores católicos en la Ciudad de México (1891-1913)”, *Historia Mexicana*, 139, julio-septiembre de 1983, pp. 3-38; *Política, trabajo y religión: la alternativa católica en el mundo y la Iglesia de “Rerum Novarum”, 1822-1931*, México, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, 1990; *El catolicismo social: un tercero en discordia. Rerum Novarum, la “cuestión social” y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911)*, México, El Colegio de México, 1991, e *Historia de Rerum Novarum en México (1867-1931)*, 2 tt., México, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, 1991-1992.

<sup>19</sup> Véase *Obras selectas de D. Trinidad Sánchez Santos*, 2 tt., Octaviano Márquez (ed.), Puebla, s.e., 1945-1947, y María Teresa Bermúdez de Brauns, *Trinidad Sánchez Santos. Periodista de oposición*, Tlaxcala, Instituto Tlaxcalteca de la Cultura, 1985. Sobre todo consúltese Jorge Adame Goddard, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos, 1867-1914*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.

<sup>20</sup> Véanse Pedro Castro, *Soto y Gama: genio y figura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2002, y Gloria Villegas, *Antonio Díaz Soto y Gama, intelectual revolucionario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.



tuales se beneficiaron del crecimiento del aparato educativo, del desarrollo del periodismo moderno y de la estabilidad de un gobierno con crecientes solicitudes de profesionistas, imprescindibles para la notable modernización de la economía nacional. A los ideólogos porfiristas, panegiristas del orden y el progreso, como el director del principal periódico —*El Imparcial*—, el oaxaqueño Rafael Reyes Spíndola (1860-1922),<sup>21</sup> se sumaron los grandes educadores, como el médico y filósofo Porfirio Parra (1854-1912), el abogado director de *El Foro*, Pablo Macedo (1851-1918), y el filósofo Ezequiel Chávez (1868-1946), a los que deben agregarse varios escritores beneficiarios de algún puesto público, todos ellos defensores del sistema político y de su artífice don Porfirio: Salvador Díaz Mirón (1853-1928), Federico Gamboa (1864-1939)<sup>22</sup> y José López Portillo y Rojas (1850-1923) serían los mejores ejemplos, pero de ninguna manera los únicos. Sin embargo, el derrumbe del gobierno porfirista implicó el de sus intelectuales, muchos de los cuales tuvieron que padecer exilios prolongados o definitivos.<sup>23</sup> Otros, previsiblemente, sólo se reciclaron: aquí el mayor ejemplo sería José Juan Tablada, quien pasó de escribir panegíricos al dictador contrarrevolucionario Victoriano Huerta (1845-1916) a redactar elogios en honor del líder revolucionario Venustiano Carranza (1859-1920).<sup>24</sup>

<sup>21</sup> Clara Guadalupe García, *El Imparcial. Primer periódico moderno de México*, México, Centro de Estudios Históricos del Porfiriato, 2003.

<sup>22</sup> Acaso el principal testimonio de un intelectual porfirista fue el *Diario* de Gamboa, publicado en cinco volúmenes por Eusebio Gómez de la Puente entre 1907 y 1938. También apareció con el sello de Ediciones Botas en 1938 y 1939, y más tarde con el del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, de 1995 a 1996.

<sup>23</sup> Véase Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México—Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

<sup>24</sup> Desde hace años la Universidad Nacional Autónoma de México emprendió la publicación de las *Obras completas* de Tablada. A la fecha han aparecido diez volúmenes, entre los que deben consultarse los tomos 3, 9 y 10, que contienen sus escritos autobiográficos.



## LA GRAN TRANSFORMACIÓN

La Revolución mexicana fue un complejo proceso sociocultural y políticomilitar, caracterizado por violentos enfrentamientos entre las principales clases sociales del país y que se expresó mediante la lucha contra los aparatos militares y políticos del Antiguo Régimen, ya estuvieran encabezados por Porfirio Díaz o por Victoriano Huerta. Obviamente, también fue un proceso de renovación en los ámbitos culturales, educativos e intelectuales. La Revolución de 1910 ahondó las particularidades históricas de los intelectuales mexicanos frente a las de los otros países latinoamericanos. Como principal característica, puede decirse que los intelectuales mexicanos de la primera mitad del siglo xx no tuvieron que reflexionar sobre revoluciones ajenas —especialmente la soviética o la Guerra Civil española—, como lo hicieron obligadamente casi todos los intelectuales latinoamericanos. En cambio, tuvieron que diseñar, moldear y defender su propio proceso, lo que seguramente debilitó su perspectiva internacional.

Los primeros intelectuales de nuevo cuño identificados con la Revolución mexicana fueron algunos jóvenes vinculados al Ateneo de la Juventud, fundado en 1909, en las postrimerías del Porfiriato. En rigor, su identificación con la Revolución fue parcial y limitada: varios de los jóvenes ateneístas pertenecían a las élites porfirianas, como Alfonso Reyes (1889-1959), hijo del general Bernardo Reyes (1850-1913), quien fuera gobernador de Nuevo León, secretario de Guerra y serio aspirante a suceder a Díaz en la presidencia; además, las labores de los jóvenes ateneístas fueron auspiciadas y protegidas por las autoridades educativas porfiristas, comenzando por Justo Sierra; por último, cuando estalló la lucha revolucionaria casi todos los ateneístas repudiaron la violencia y prefirieron apoyar a los gobiernos de Díaz y Huerta.<sup>25</sup>

<sup>25</sup> Véase Nemesio García Naranjo, *Memorias*, 10 tt., Monterrey, N.L., Talleres “El Porvenir”, s.f.



Sin embargo, en otros sentidos el Ateneo sí puede ser identificado con el proceso revolucionario.<sup>26</sup> Por ejemplo, desafió al positivismo, corriente de pensamiento dominante durante esos años, al reivindicar otras formas posibles de conocimiento y el estudio de las humanidades; además, exigía un relevo generacional de los intelectuales porfiristas, todos envejecidos; asimismo, los ateneístas lograron hacer una intensa labor de difusión educativa y cultural, especialmente por medio de la Universidad Popular,<sup>27</sup> creada al efecto por ellos, lo que implicaba un tajante rompimiento con el elitismo de los intelectuales porfiristas, todos darwinistas sociales en tanto positivistas y evolucionistas; por último, no debe minimizarse que un puñado de ateneístas tuvo un destacado papel en el proceso revolucionario: el ingeniero Alberto J. Pani (1878-1955) fue un alto funcionario en casi todos los gobiernos revolucionarios; Isidro Fabela (1882-1964) fue el constructor de la política exterior<sup>28</sup> de Venustiano Carranza; Martín Luis Guzmán (1887-1976), hijo de un militar porfirista, fue uno de los mayores cronistas y novelistas de la primera mitad del siglo xx;<sup>29</sup> so-

<sup>26</sup> La bibliografía sobre el Ateneo es abundantísima. La ‘fuente’ original son las propias Conferencias del Centenario, editadas por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1962. El primer trabajo sobre el mítico grupo fue el de José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979. Los textos más recientes y recomendables son los de Fernando Curiel, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, y Susana Quintanilla, “Nosotros”. *La juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets, 2008.

<sup>27</sup> Véase Morelos Torres Aguilar, *Cultura y Revolución. La Universidad Popular Mexicana (Ciudad de México, 1912-1920)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

<sup>28</sup> Si bien pueden consultarse sus *Obras completas*, publicadas en 20 volúmenes por el Instituto Mexiquense de Cultura, del gobierno del Estado de México, en 1994, para una buena introducción a su labor diplomática véase Fernando Serrano Migallón, *Isidro Fabela y la diplomacia mexicana*, México, Porrúa, 1997.

<sup>29</sup> Fernando Curiel, *La querrela de Martín Luis Guzmán*, México, Oasis, 1987; véase también Susana Quintanilla, *A salto de mata: Martín Luis Guzmán*, México, Tusquets, 2008.



bre todo, José Vasconcelos (1882-1959), hijo de un burócrata porfirista, fue el animador de la política educativa de la Revolución y quien propició el nacionalismo cultural posrevolucionario, que define la identidad cultural del México del siglo xx.<sup>30</sup>

El gran cambio traído por la Revolución fue la aparición del intelectual de origen popular. Si bien antes había habido intelectuales de orígenes socioeconómicos bajos, éstos siempre habían actuado en el campo de la oposición. Ciertamente es que durante las luchas de Independencia y Reforma fueron protagonistas varios intelectuales ubicables en las clases medias. Sin embargo, fue hasta la Revolución cuando los intelectuales populares arribaron a las esferas del poder máximo y pudieron incidir en la definición de importantes decisiones gubernamentales. Así, el Plan de Ayala, bandera del ejército zapatista y fundamental para la definición de la política agraria revolucionaria, fue redactado por Otilio Montaña (1877-1917), humilde maestro rural en el pueblo morelense de Villa de Ayala.<sup>31</sup> Del mismo modo, para la elaboración de la política obrerista fueron decisivos los intelectuales vinculados a La Casa del Obrero Mundial, como el tipógrafo y sindicalista Rosendo Salazar (1888-1971), participante en el pacto entre los líderes obreros y los dirigentes de la Revolución mexicana, lo que les valió su posterior integración al nuevo aparato estatal y el logro de evidentes beneficios socioeconómicos.

El número de nuevos intelectuales aparecidos con la Revolución fue enorme. Prácticamente cada facción contaba con su pequeño

*mán en la Revolución mexicana*, México, Tusquets, 2009 y, de la misma autora, “A orillas de la Revolución: Martín Luis Guzmán en Madrid (1915)”, *Historia Mexicana*, 253, julio-septiembre de 2014, pp. 105-157.

<sup>30</sup> Para Vasconcelos deben citarse sus célebres y polémicas ‘Memorias’, publicadas originalmente en cuatro volúmenes por la Editorial Botas entre 1935 y 1939. Desde 1982 fueron reeditadas en dos tomos por el Fondo de Cultura Económica.

<sup>31</sup> Sobre Otilio Montaña véase Juan Salazar Pérez, *Gral. Otilio Montaña*, Cuernavaca, Ediciones del Gobierno del Estado Libre y Soberano de Morelos (Cuadernos Morelenses), 1982.



grupo de intelectuales, y cada cabecilla contaba con su intelectual de cabecera. Por ejemplo, Vasconcelos y Félix Palavicini (1881-1952) para Madero; Silvestre Terrazas (1873-1944) para Villa; Soto y Gama (1880-1967) y Montaña para Zapata, y Luis Cabrera (1876-1954) para Carranza.<sup>32</sup> Sus labores eran múltiples: redactaban los ‘planes’ y proclamas de sus jefes, respondían a los ajenos y analizaban la situación política nacional e internacional; eran responsables de las oficinas político-administrativas y dirigieron los muchísimos periódicos faccionales que circularon durante esos años. A su vez, la violencia y el protagonismo de los nuevos grupos y clases sociales dieron lugar al surgimiento de un nuevo arte, de una nueva cultura. En efecto, la Revolución produjo literatura, pintura y música inéditas, distintas a las anteriores. Acaso la ruptura pueda ubicarse con la significativa novela de Mariano Azuela (1873-1952) *Los de abajo*, publicada por ‘entregas’ en el diario *El Paso del Norte* (El Paso, Texas) entre octubre y diciembre de 1915.<sup>33</sup>

A mediados del decenio armado figuró otro grupo de intelectuales, tan importante como el Ateneo de la Juventud. Se le conoce como el de *Los Siete Sabios* y estaba compuesto por la élite de la generación estudiantil de 1915. Ellos alegaban, precisamente, que el año 1915 había sido el más violento y destructivo de toda la Revolución. En consecuencia, su objetivo no podía ser, como el de los ateneístas, dedicarse al cultivo de las humanidades y a la lectura colectiva de los ‘clásicos’ grecolatinos. El objetivo de *Los Siete Sabios*, y el de los llamados ‘resabios’, grupo más amplio de amigos que acompañaba y completaba a los siete originales, así como el de toda su generación, fue la reconstrucción del país, para lo cual diseñaron audaces políticas y crearon novedosas instituciones.

<sup>32</sup> Los ejemplos podrían multiplicarse pero también matizarse y precisarse. Por ejemplo, Palavicini también colaboró de manera significativa con Carranza.

<sup>33</sup> Cfr. Víctor Díaz Arciniega y Marisol Luna Chávez, *La comedia de la honradez. Las novelas de Mariano Azuela*, México, El Colegio Nacional, 2009. Véase en particular el capítulo III, “En la vanguardia”, pp. 203-290.



Por ejemplo, Alfonso Caso (1896-1970) fue, además de un arqueólogo muy destacado, el creador del indigenismo posrevolucionario,<sup>34</sup> tan distinto del indigenismo humanista y cristiano del siglo xvi, del indigenismo nacionalista del periodo de la 'Ilustración' o de los intereses científicos por los indígenas a finales del siglo xix.<sup>35</sup> Asimismo, Manuel Gómez Morin (1897-1972), hijo de un pequeño comerciante en un pueblo minero de la barranca tarahumara, en Chihuahua, fue el creador del Banco de México —institución que data de 1925, cuando se fundó para encabezar e impulsar la reconstrucción económica nacional— y el rector que consolidó la libertad de cátedra en la Universidad Nacional.<sup>36</sup> Por último, Vicente Lombardo Toledano (1894-1968), originario de una población de la sierra poblana —Teziutlán— y descendiente de inmigrantes italianos, fue el principal pensador marxista y el más importante dirigente obrero durante la primera mitad del siglo xx.<sup>37</sup> Las diferencias entre los ateneístas, o Generación del Centenario —léase 1910—, y *Los Siete Sabios*, o Generación de 1915, fueron profundas y radicales. No se explican por el breve espacio de tiempo contenido en cinco años, sino porque durante ese lapso hubo una revolución que transformó social, política y culturalmente a México. Sus diferencias fueron determinadas por el contexto histórico: si los

<sup>34</sup> Consúltase *Alfonso Caso: la comunidad indígena*, Gonzalo Aguirre Beltrán (pról.), México, Secretaría de Educación Pública (Sepsetentas, 8), 1971. Véanse también sus *Obras*, publicadas por El Colegio Nacional entre 2003 y 2007.

<sup>35</sup> Cfr. Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950.

<sup>36</sup> María Teresa Gómez Mont, *Manuel Gómez Morin, 1915-1939. La raíz y la simiente de un proyecto nacional*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008. Véanse los siete ensayos que le dedico en *Cultura y política en el México posrevolucionario*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2006, pp. 315-442.

<sup>37</sup> Sobre estos dos personajes véase la biografía paralela que les dedicó Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1976. Véase también la crónica de Luis Calderón Vega, *Los 7 sabios de México*, México, s/e., 1961.



primeros fueron unos humanistas diletantes, los segundos fueron intelectuales íntimamente comprometidos con la reconstrucción y la transformación del país: eran intelectuales ‘de pico y pala’.<sup>38</sup>

A diferencia de los intelectuales porfiristas, e incluso de los ateneístas, en tanto que ambos se dedicaron mayoritariamente a actividades académicas y culturales, los intelectuales de la Revolución actuaron en los ámbitos políticos. Los suyos no fueron tiempos de orden ni de autoridades consolidadas. Había que condenar, debatir y construir. Por ejemplo, en 1915 destacaron también otros intelectuales revolucionarios, los que se agruparon alrededor de la llamada Soberana Convención, asamblea que buscaba diseñar el nuevo Estado mexicano.<sup>39</sup> Sería inútil cuestionar que el potosino Antonio Díaz Soto y Gama, primero liberal y luego anarquista, con militancias en el magonismo y el zapatismo, fue el intelectual más influyente y protagónico de aquella aventura parlamentaria.<sup>40</sup> Lo mismo podría decirse del Congreso Constituyente de finales de 1916 y principios de 1917, la principal asamblea revolucionaria, en la que destacaron algunos intelectuales como Alfonso Cravioto (1883-1955), antes joven liberal antiporfirista, poeta y crítico de arte del grupo *Savia Moderna*, o como Félix F. Palavicini y Rafael Martínez de Escobar (1889-1927): tabasqueños ambos; el primero estudió ingeniería pero se dedicó al periodismo, destacando por haber fundado *El Universal*; el otro fue director de *El Demócrata*, también creado por esos años.<sup>41</sup> Obviamente, todos éstos pertenecían a la clase media pueblerina.

<sup>38</sup> Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*, México, Joaquín Mortiz, 1980.

<sup>39</sup> Felipe Ávila, *El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1991, y *Las corrientes revolucionarias y la Soberana Convención*, México, El Colegio de México–Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2014.

<sup>40</sup> Véanse las obras citadas en la nota 20.

<sup>41</sup> El tema del nuevo periodismo es fundamental. Al respecto consúltese Diego Arenas Guzmán, *El periodismo en la Revolución mexicana*, 2 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana,



La principal característica de los intelectuales de la Revolución mexicana, la que los diferencia de quienes los precedieron, consiste en que sus temas fueron radicalmente distintos. Mientras que los intelectuales porfiristas —piénsese en Federico Gamboa, Emilio Rabasa o Justo Sierra— buscaban el orden social y el progreso económico, la estabilidad política e integrar a México en el concierto de las naciones, los intelectuales revolucionarios —desde un Ricardo Flores Magón hasta un Vicente Lombardo Toledano, pasando por Otilio Montaño— encarnaron otros propósitos: la lucha de clases antes que el orden social, la justicia redistributiva sobre el progreso económico, el cambio político en lugar de la estabilidad y el nacionalismo defensivo antes que la simpatía internacional. En concreto, los intelectuales revolucionarios trajeron un nuevo arte, una nueva cultura, además de la educación de las clases bajas, el nacionalismo económico, el estatismo político, un nuevo jacobinismo, compromiso con la reforma agraria, el apoyo gubernamental a los derechos obreros y la simpatía con el indigenismo. A diferencia de los intelectuales del siglo xix, no tenían que crear un país nuevo. Para los intelectuales de la Revolución mexicana ya estaban saldados los debates del siglo xix. El país era una república federal, pero a ellos les correspondía hacer que fuera justo, democrático y nacionalista. Estaban convencidos de que con ellos comenzaba el siglo xx.

#### LA NUEVA CULTURA

Una gran aportación de los intelectuales de la Revolución fue la construcción de una cultura y de un aparato cultural identificado con los principios revolucionarios. José Vasconcelos fue el jefe indiscutido del proyecto. Miembro destacado del Ateneo de la Juven-

1966-1967. Véase también la autobiografía del propio Palavicini, *Mi vida revolucionaria*, México, Botas, 1937. Véase el capítulo que le dedico en este mismo libro, con el título “La prensa durante la Revolución mexicana”, pp. 91-119.



tud y efímero funcionario educativo hacia 1914 y 1915, Vasconcelos fue rector de la Universidad Nacional y fundador de la Secretaría de Educación Pública durante la presidencia de Álvaro Obregón (1880-1928), en la primera parte del decenio de los veinte. A diferencia del proyecto porfirista, cuando se buscó fomentar la mera instrucción, con Vasconcelos se pasó a la educación, concepto más amplio que incluye la formación cultural, artística, cívica y moral de los niños y jóvenes. Otra diferencia sustantiva estribaba en que durante el Porfiriato se pensó que la educación era un privilegio de las élites y las clases medias; en cambio, con Vasconcelos se ideó un sistema basado en la educación popular. En efecto, el proyecto de Vasconcelos comprendía desde una animada campaña alfabetizadora —“cruzada” la han llamado muchos— hasta un denodado esfuerzo por fomentar la alta cultura: permitió que algunos artistas pintaran grandes murales en varios de los principales edificios educativos y gubernamentales; editó y distribuyó masivamente a los ‘clásicos’ de la literatura mundial; alentó a los músicos y a los escritores; sobre todo, quiso hacer de los profesores el actor social fundamental en la renovación del país.<sup>42</sup>

La política educativa y cultural de Vasconcelos fue realizada, con una enorme motivación, por un amplio equipo que incluía a miembros de los principales grupos de intelectuales. El suyo fue un equipo unificador, no excluyente, que integró a diversas generaciones. Por ejemplo, entre los ateneístas colaboraron el filósofo Antonio Caso (1883-1946), rector de la Universidad Nacional; el humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), jefe del Departamento de Intercambio Universitario;<sup>43</sup> el escritor Julio Torri

<sup>42</sup> Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989. También debe revisarse el propio testimonio de Vasconcelos, entre autocrítico e insatisfecho, en el tercer volumen de sus ‘Memorias’: *El desastre*, México, Botas, 1938.

<sup>43</sup> Consúltese Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.



(1888-1970), como jefe del Departamento de Bibliotecas, y Ricardo Gómez Robelo (1884-1924) en el Departamento de Bellas Artes. De los miembros de la generación de 1915, Gómez Morin fue director de la Escuela de Jurisprudencia mientras Lombardo Toldano lo fue de la Preparatoria. Más aún, con Vasconcelos inició sus labores otro grupo célebre en la historia de la primera mitad del siglo xx mexicano, el de los *Contemporáneos*.<sup>44</sup> Así, el joven poeta Jaime Torres Bodet (1902-1974) fue secretario particular de Vasconcelos con apenas veinte años y luego encargado del Departamento de Bibliotecas a la salida de Julio Torri.<sup>45</sup>

La política educativa y cultural de Vasconcelos tuvo varios logros inmediatos, pero sobre todo sirvió como precedente, dejando un incomparable legado. Fue de tal magnitud su ejemplo y herencia, que bien puede asegurarse que la política educativa y cultural mexicana mantuvo un indudable influjo vasconcelista hasta por lo menos mediados del siglo xx, a través de varios de sus excompañeros ateneístas y de numerosos excolaboradores: Antonio Caso, Martín Luis Guzmán y Alfonso Reyes, todos ateneístas, llegarían a ser, respectivamente, el mayor filósofo del país, el fundador de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos<sup>46</sup> y el principal escritor mexicano en la primera mitad del siglo xx.<sup>47</sup> Asimismo, el potosino Antonio Castro Leal (1896-1981) y Daniel Cosío Villegas (1898-1976), ambos de la generación de 1915, fueron, respectivamente, rector de la Universidad Nacional y fundador del Fon-

<sup>44</sup> Véase Guillermo Sheridan, *Los contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

<sup>45</sup> Véase mi texto “Vasconcelos y los libros: editor y bibliotecario”, en este mismo volumen, pp. 121-158.

<sup>46</sup> Juan Hernández Luna, *La Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos (en el sexenio del presidente Adolfo López Mateos, 1959-1964)*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1986. Véase también *Entre paradojas: a 50 años de los libros de texto gratuitos*, Rebeca Barriga (coord.), México, El Colegio de México–Secretaría de Educación Pública–Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, 2011.

<sup>47</sup> Javier Garcíadiego, *Alfonso Reyes*, México, Planeta, 2009.



do de Cultura Económica.<sup>48</sup> Por último, su secretario Torres Bodet fue, con el tiempo, dos veces ministro de Educación Pública.<sup>49</sup>

Sin lugar a dudas, la relación del Estado mexicano posrevolucionario con los intelectuales tiene características únicas. Para comenzar, dicho Estado asumió como propia, imprescindible e impostergable, la función de fomentar una identidad nacional que definiera a México como un país nacionalista, justiciero y progresista, poseedor de una historia milenaria y de gran capacidad artística. Para ello creó diversas instituciones culturales como el Instituto Nacional de Antropología e Historia, INAH (1939), y el Instituto Nacional de Bellas Artes, INBA (1946), lo que facilitó la existencia de espacios laborales y recursos presupuestales, que a su vez facilitó que hubiera relaciones fluidas y abiertas con los intelectuales, y puede decirse que hasta mediados del siglo xx apenas hubo quienes fueran críticos radicales del gobierno, como por ejemplo Jorge Cuesta (1903-1942) y el izquierdista José Revueltas (1914-1976), ambos con posiciones ideológicas antagónicas.<sup>50</sup>

En tanto que el Estado posrevolucionario mexicano no fue totalitario, aunque tampoco democrático, con algunos rasgos autoritarios, los intelectuales pudieron mantener relaciones con los sucesivos gobiernos posrevolucionarios, de los que pudieron ser ideólogos,

<sup>48</sup> Véanse Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976; Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*, citada en la nota 38, y Gabriel Zaid, *Daniel Cosío Villegas. Imprenta y vida pública*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

<sup>49</sup> Una biografía reciente es la de Fernando Zertuche Muñoz, *Jaime Torres Bodet. Realidad y destino*, México, Secretaría de Educación Pública, 2011. También deben consultarse sus *Memorias*, publicadas en dos gruesos volúmenes por la Editorial Porrúa en 1981.

<sup>50</sup> Para Jorge Cuesta véanse sus propios textos, compilados en *Ensayos críticos*, María Stoope (introd.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991. Véase también Louis Panabière, *Itinerario de una disidencia. Jorge Cuesta [1903-1942]*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983. Para Revueltas, la espléndida biografía de Álvaro Ruiz Abreu, *José Revueltas: Los muros de la utopía*, México, Cal y Arena, 1992.



funcionarios y representantes diplomáticos, o simplemente beneficiarios de sus numerosos proyectos educativos y culturales.<sup>51</sup> Acaso quien mejor describió este paradójico aspecto del Estado mexicano fue Octavio Paz, quien lo definió como “el ogro filantrópico”.<sup>52</sup> En tanto que fue un aparato gubernamental con orígenes revolucionarios, mientras no se criticara radicalmente dicho proceso fundacional, el Estado mexicano tenía muchas posibilidades de coincidencia con los intelectuales, ya fuera por su amplia política educativa, su apoyo al arte nacionalista y comprometido, su generosa política social o su progresismo diplomático. Otro factor que posibilitó que se establecieran buenas relaciones fue su capacidad económica, sobre todo a partir de 1940. Si en los años inmediatamente posteriores a la lucha armada se había favorecido la creación de instituciones económicas, como el Banco de México (1925); militares, con las reformas de 1927 y 1928 hechas por Joaquín Amaro (1889-1952), y políticas, como la creación del Partido Nacional Revolucionario (1929), para el decenio de los cuarenta finalmente pudo financiarse la creación de instituciones culturales.<sup>53</sup>

Otro factor que explica la buena relación sostenida entre los intelectuales y los gobiernos de la primera mitad del siglo xx fue el hecho de que desde el triunfo de la Reforma liberal de mediados del siglo xix prácticamente habían desaparecido los intelectuales conservadores, por lo que en México fueron pocos los intelectuales que simpatizaron con las propuestas corporativistas y fascistas, tan so-

<sup>51</sup> Un análisis sociopolítico general del tema en Roderic Ai Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo xx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988. Sin duda la mayor síntesis sobre el tema, desde una perspectiva más culturalista, es la de Carlos Monsiváis, *Historia mínima de la cultura mexicana en el siglo xx*, México, El Colegio de México, 2010.

<sup>52</sup> Octavio Paz, *El ogro filantrópico. Historia y política, 1971-1978*, México, Joaquín Mortiz, 1979. También en el volumen 8 de sus *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

<sup>53</sup> La creación de la Secretaría de Educación Pública, en 1921, obedece a otro tipo de afanes, más social que cultural.



corridas en otros países hispanoamericanos por aquellos años. De hecho, cuando la Revolución revitalizó el jacobinismo demonónico provocó que la cultura católica pasara del aislamiento a la clandestinidad, y de ésta a la postración.<sup>54</sup> Un proceso semejante padecieron los intelectuales conservadores que no tenían en la defensa de la religión su principal motivación. La suya fue una crítica al proyecto social, político y económico posrevolucionario. Vencido militarmente el Antiguo Régimen, los intelectuales que habían apoyado a los gobiernos de Porfirio Díaz y de Victoriano Huerta sufrieron largos exilios. Tal fue el destino de Francisco Bulnes, Emilio Rabasa y Jorge Vera Estañol (1873-1958), secretario de Instrucción Pública tanto con Díaz como con Huerta; de los escritores Salvador Díaz Mirón y Federico Gamboa, o el del escritor y diplomático jalisciense Victoriano Salado Álvarez (1867-1931); del abogado, economista y escritor Toribio Esquivel Obregón (1861-1945), liberal en sus mocedades;<sup>55</sup> del neoleonés Nemesio García Naranjo (1883-1962), luego influyente periodista antirrevolucionario; de Carlos Pereyra (1871-1942), escritor e historiador, originalmente juarista y luego hispanista, y del jurista Rodolfo Reyes (1878-1954), que del antiporfirismo moderado pasó al huertis-

<sup>54</sup> Tal vez el intelectual católico más importante del siglo xx posrevolucionario fue el regiomontano Alfonso Junco, hijo del crítico, poeta y periodista tamaulipeco Celedonio Junco de la Vega. Alfonso Junco colaboró en publicaciones nacionales e internacionales como *Excelsior*, *El Universal*, *El Heraldo* y *Novedades*, así como en *ABC* de Madrid. Presidió el Instituto Hispano-Mexicano de Cultura, la Asociación Nacional de Periodistas y la Academia de Historia “Santa María de Guadalupe”. Fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua desde 1950 y director de la revista *Ábside* desde 1955 hasta su muerte, en 1974. Su figura debe asociarse al Vasconcelos tardío, el que se hizo crecientemente antirrevolucionario.

<sup>55</sup> Mónica Blanco, *Historia de una utopía. Toribio Esquivel Obregón (1864-1946)*, México, El Colegio de México–Universidad Nacional Autónoma de México, 2012. Véase también Alberto Vital, *Un porfirista de siempre. Victoriano Salado Álvarez (1867-1931)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México–Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2002.



mo.<sup>56</sup> Algunos de éstos jamás volvieron al país; otros regresaron sólo para sobrevivir en posiciones marginales, sobre todo en el ámbito académico<sup>57</sup> o en el periodismo, con posturas crecientemente conservadoras. Identificados primero como liberales, fueron contrarios a la Constitución de 1917.<sup>58</sup> Obviamente, también hubo un pequeño grupo de opositores conservadores de nuevo cuño, entre los que destacaron Manuel Herrera y Lasso (1890-1967), Felipe Tena Ramírez (1905-1994) y Gustavo R. Velasco (1903-1982), contrarios al autoritarismo antidemocrático los dos primeros y al estatismo económico el último.<sup>59</sup>

<sup>56</sup> Véanse las *Memorias* de Nemesio García Naranjo citadas en la nota 25; véanse también las memorias de Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas*, 2 vols., Madrid, Biblioteca Nueva, 1929-1930. Un tercer volumen fue editado en México por la Editorial Jus en 1948. De Carlos Pereyra véase *México falsificado*, 2 tt., México, Editorial Polis, 1949.

<sup>57</sup> Al menos Rabasa y Esquivel Obregón fueron destacados profesores de la Escuela Libre de Derecho —surgida en 1912 en contra de la política educativa de Madero— cuando regresaron al país en el decenio de los años veinte. Sobre la Libre de Derecho véase mi ensayo *Los orígenes de la Escuela Libre de Derecho*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006. Sobre todo, consúltense los trabajos de Jaime del Arenal, *Hombres e historia de la Escuela Libre de Derecho*, México, Escuela Libre de Derecho, 1999, y *Los juristas de la libertad. Bibliografía de abogados egresados de la Escuela Libre de Derecho (1913-2002)*, México, Escuela Libre de Derecho, 2002.

<sup>58</sup> Véase Jorge Vera Estañol, *Al margen de la Constitución de 1917*, Los Ángeles, Wayside Press, s.f.

<sup>59</sup> Para Herrera y Lasso véase su compilación: *Casa construida sobre roca: La Escuela Libre de Derecho y otros escritos*, Raquel Herrera Lasso y Jaime del Arenal (recop.), México, Escuela Libre de Derecho, 2002, así como *Estudios jurídicos: en homenaje a Manuel Herrera y Lasso, 1890-1990*, México, Escuela Libre de Derecho, 1990; para Tena Ramírez, véanse Jaime del Arenal, “Los años del estudiante Felipe Tena Ramírez en la Escuela Libre de Derecho”, *Revista de Investigaciones Jurídicas*, 19, 1995, pp. 343-382, y Felipe López Contreras, *Felipe Tena Ramírez. El juez del siglo XX*, México, Suprema Corte de Justicia de la Nación (Serie Jueces Ejemplares, 4), 2011. Gustavo R. Velasco es un personaje poco conocido. Véase su texto “El mayor peligro, el Estado” recientemente rescatado por José Antonio Aguilar Rivera en *La*



La relación entre el Estado posrevolucionario y los intelectuales mexicanos tuvo, dentro de sus lineamientos y tendencias generales, determinadas particularidades temporales. Al periodo dominado por el impulso y el influjo de José Vasconcelos, en los años veinte, correspondió la relación más intensa, y acaso sus mayores expresiones fueron la prioridad asignada a la educación pública, el fomento al muralismo y la aparición de una nueva expresión literaria, la llamada ‘novela de la Revolución mexicana’. Con todo, el nacionalismo cultural de Vasconcelos no debe de ser exagerado, pues también insistió en la urgencia de conocer a los clásicos de la literatura mundial, desde los griegos hasta Tolstoi (1828-1910). Dado que en los años veinte la economía nacional aún mostraba huellas profundas de la reciente destrucción sufrida, el país no estaba en condiciones de crear nuevas instituciones que exigieran instalaciones propias. La construcción de bibliotecas, museos, teatros y casas editoriales vendría años después, al recuperarse el crecimiento económico. Por lo pronto, además de algunas simples adaptaciones arquitectónicas, en aquellos años fue suficiente la imaginación de Vasconcelos y el talento de un grupo de artistas-ideólogos que plasmaron, en los coloridos murales que pintaron en los viejos y pétreos edificios coloniales nacionalizados durante la Reforma liberal del siglo XIX, una visión histórica de México coincidente con las propuestas revolucionarias gubernamentales y accesible a los sectores sociales populares, mayoritariamente analfabetas pero considerados como los principales protagonistas en la nueva visión histórica, que además tenía elementos e ingredientes legitimadores de los nuevos gobiernos.<sup>60</sup> Obviamente, la pintura mexi-

---

*espada y la pluma. Libertad y liberalismo en México 1821-2005*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, pp. 886-917. Su principal obra es *Libertad y abundancia*, México, Porrúa, 1958.

<sup>60</sup> Entre los primeros analistas del muralismo destacaron el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, con *México: pintura de hoy*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1964, y *Pintura contemporánea de México*, México, Era, 1974; la argentina Raquel Tibol, con su *Siqueiros: introductor*



cana posrevolucionaria no puede reducirse al muralismo: recuérdese el caso del Dr. Atl —Gerardo Murillo (1875-1964)—, pintor, escritor y político revolucionario, y compárense sus volcanes siempre en erupción con los plácidos volcanes ‘dormidos’ del porfirista José María Velasco (1840-1912).<sup>61</sup>

Junto con esa nueva pintura, la Revolución dio lugar al surgimiento de una nueva literatura. Dicho proceso puede ser sintetizado así: durante el Porfiriato el país buscó modernizarse y ser aceptado internacionalmente como un país ordenado y confiable. Su literatura tuvo los mismos afanes y estuvo dominada por escritores atentos a las novedades de la literatura europea, particularmente de la francesa, con Anatole France (1844-1924) y Emile Zola (1840-1902) como arquetipos. Dicha literatura tuvo una expresión propia y fue dominada por los escritores llamados ‘naturalistas’, como Federico Gamboa, y por los ‘modernistas’, como Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), el poeta nayarita Amado Nervo (1870-1919) y José Juan Tablada (1871-1945), atentos al progreso tecnológico, convencidos de las ventajas de lo urbano sobre lo rural y partidarios de la estabilidad y la placidez de la *belle époque*.<sup>62</sup> La caída del Antiguo Régimen y la construcción del nue-

*de realidades*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961, y Orozco, Rivera, Siqueiros, Tamayo, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, y el portugués Antonio Rodríguez y su libro clásico *El hombre en llamas. Historia de la pintura mural en México*, Londres, Thames and Hudson, 1970; Diego Rivera: *pintura mural*, Antonio Rodríguez (texto), México, Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, 1987. Entre los más jóvenes de los estudiosos de la pintura mural destacan Renato González Mello, *José Clemente Orozco: la pintura mural mexicana*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, y Alicia Azuela de la Cueva, *Arte y poder. Renacimiento artístico y revolución social, México, 1910-1945*, Zamora, El Colegio de Michoacán–Fondo de Cultura Económica, 2005.

<sup>61</sup> Cfr. Olga Sáenz, *El símbolo y la acción: vida y obra de Gerardo Murillo, Dr. Atl*, México, El Colegio Nacional, 2005.

<sup>62</sup> *Antología del Modernismo (1884-1921)*, 2 tt., José Emilio Pacheco (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1970.



vo Estado posrevolucionario motivaron el surgimiento de una nueva literatura, elaborada por una naciente generación de escritores. Confluyeron en este proceso algunos miembros del Ateneo de la Juventud, como José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, junto con escritores que se dedicaron a recrear las actividades de las diversas facciones revolucionarias, destacando sobre todo Mariano Azuela, así como el cronista militar Heriberto Frías (1870-1925), Rafael F. Muñoz (1899-1972), que fue admirador de Pancho Villa (1878-1923), y el maderista y carrancista Francisco L. Urquiza (1891-1969). A diferencia de los escritores ‘modernistas’, éstos privilegiaron temas vinculados a los escenarios rurales y a la violencia revolucionaria, con actores anónimos y colectivos. La suya fue una literatura épica.<sup>63</sup>

#### CRÍTICAS, DIVERGENCIAS Y RADICALISMO

Hacia finales del decenio de los años veinte sobrevinieron las primeras reacciones contra el proyecto educativo vasconcelista y contra el arte de la Revolución mexicana. Provenientes de nuevos intelectuales, dichas reacciones fueron coetáneas, pero tuvieron diferentes motivaciones. Ambas estuvieron determinadas por razones nacionales e internacionales: respecto al final de la época vasconcelista, es incuestionable que las constantes escisiones del grupo gobernante terminaron por expulsar a Vasconcelos de los círculos de poder y agriaron las posturas de los intelectuales y artistas de la época; asimismo, la gran crisis del capitalismo mundial de 1929 impactó severamente a todos los ámbitos intelectuales. Para comenzar, se cuestionó la educación culturalista propuesta por Vasconcelos y se propuso convertirla en una educación más práctica y de beneficios directos e inmediatos, en la que la prioridad fuera el

<sup>63</sup> Un análisis de esta nueva literatura en *La novela de la Revolución mexicana*, 2 tt., Antonio Castro Leal (ed.), México, Aguilar, 1960.



adiestramiento técnico.<sup>64</sup> El país estaba comprometido con la reconstrucción posrevolucionaria, recuperación seriamente amenazada por la crisis económica internacional de 1929, por lo que el imperativo educativo fue la instrucción técnica. Con ello, la edición gubernamental de ‘manuales’ sustituyó a la de los ‘clásicos’. El principal reorientador de la educación fue Moisés Sáenz (1888-1941), significativamente norteno de educación protestante.<sup>65</sup>

Por lo que se refiere a la nueva literatura, seguramente ésta resintió la transformación de la Revolución, de movimiento popular a gobierno. La épica de las batallas entre los diferentes grupos armados fue desplazada por las intrigas y las ambiciones de altos militares y políticos. Se pasó de los sectores populares a los núcleos cupulares y de los jefes locales a los generales enriquecidos. Pronto aparecerían las novelas del desencanto, en las que las masas no formaban ejércitos revolucionarios sino que reclamaban por la futilidad de su lucha. La novela más representativa de esta tendencia fue *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán, publicada originalmente en España en 1929, pues su autor había tenido que exiliarse debido a sus diferencias con Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles.<sup>66</sup> De otra parte, por esos años, finales de los veinte, surgió un nuevo grupo de escritores, los llamados *Contemporáneos*, quienes rechazaron el nacionalismo exacerbado del México revolucionario y el uso de la injusticia social y la violencia rural como únicos temas literarios. Los *Contemporáneos* deseaban vincularse con las vanguardias literarias mundiales, teniendo como prioridad la propia

<sup>64</sup> Aunque fue un proceso que duró algunos años, su culminación se dio en 1936, con la creación del Instituto Politécnico Nacional.

<sup>65</sup> Consúltense John A. Britton, “Moisés Sáenz: nacionalista mexicano”, *Historia Mexicana*, 85, julio-septiembre de 1972, pp. 77-97, y Raúl Mejía Zúñiga, *Moisés Sáenz. Educador de México*, México, Federación Editorial Mexicana, 1976.

<sup>66</sup> Una edición acompañada de varios estudios críticos es la preparada por Rafael Olea Franco para la Colección Archivos, de la UNESCO, publicada en Francia en 2002.



literatura. Ni la cultura ideologizada ni la solidaridad social serían aspiraciones de los cosmopolitas *contemporáneos*, aunque incluso en ese grupo, mayoritariamente apolítico, hubo miembros que gustosos asumieron varias responsabilidades públicas.<sup>67</sup> Entre estos últimos sobresalió Jaime Torres Bodet, mientras que entre los escritores esteticistas destacarían el poeta José Gorostiza (1901-1973), diplomático durante muchos años, y Xavier Villaurrutia (1903-1950). Dado que la actitud predominante fue la de los escritores circunscritos al oficio literario, sin compromisos mayores con el proceso político y sociocultural de la Revolución, puede asegurarse que se dio entonces el primer deslinde entre los principales intelectuales del momento y el Estado mexicano posrevolucionario. De cualquier modo, el grupo de los *Contemporáneos* fue leído apenas por un puñado de jóvenes. Su literatura fue criticada por elitista y por falta de nacionalismo. Su impacto inmediato fue menor. Además, dado que para sobrevivir varios de los *Contemporáneos* mantuvieron empleos menores en el aparato gubernamental, el deslinde nunca llegó a ser confrontación.

Lo que sí lo fue, y además grave e irreversible, fue el rompimiento de Vasconcelos con el aparato político y gubernamental. En efecto, el antiguo ateneísta y exsecretario de Educación Pública buscó la presidencia del país en 1929 con una candidatura independiente. Si bien los intelectuales de cierta edad e incluso sus excompañeros ataneístas no lo acompañaron en la aventura,<sup>68</sup> Vasconcelos fue apoyado sobre todo por jóvenes, algunos de los cuales se consolidarían como intelectuales años después. Si bien los resultados comiciales no lo favorecieron, gracias a las crónicas y testimonios de

<sup>67</sup> Consúltese Vicente Quirarte, *Perderse para reencontrarse: bitácora de Contemporáneos*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1985, y *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*, Rafael Olea Franco y Anthony Stanton (eds.), México, El Colegio de México, 1994; véase sobre todo la obra de Guillermo Sheridan citada en la nota 44.

<sup>68</sup> Véase el ensayo “El apolíneo Alfonso Reyes y el dionisiaco José Vasconcelos: encuentros y desencuentros”, en este mismo volumen, pp. 159-193.



sus colaboradores y simpatizantes, todos ellos escritores, con el tiempo pudo construirse la versión de que el resultado había sido un grosero fraude gubernamental.<sup>69</sup> Como quiera que haya sido, para el imaginario popular la gesta vasconcelista de 1929 es un antecedente directo de la lucha por la democracia en México, y desde entonces se hicieron indelebles una clara actitud antiintelectualista en la mayoría de los políticos profesionales mexicanos y una honda desconfianza de los intelectuales del país hacia los procesos electorales. Si bien algunos de los jóvenes vasconcelistas pudieron reciclarse y participar en el aparato político mexicano, como Adolfo López Mateos (1910-1969), que llegó a ser presidente del país, y como Andrés Henestrosa (1906-2008), varias veces diputado o senador, hubo otros que desde entonces y hasta el final de sus vidas serían periodistas de oposición, como Alejandro Gómez Arias (1906-1990) y Alfonso Taracena (1895-1995).<sup>70</sup>

El decenio de los años treinta tuvo para los intelectuales mexicanos características especiales. Las discusiones sobre el fascismo, nazismo o bolchevismo, luego de la gravísima crisis del capitalismo de 1929, estuvieron limitadas por la vigencia del propio proceso revolucionario mexicano. Consecuentemente, al margen de al-

<sup>69</sup> Véase mi texto “Vasconcelos y el mito del fraude en la campaña electoral de 1929”, *20/10. Memoria de las revoluciones en México*, 10, invierno de 2010, pp. 9-31. Obviamente, para analizar este asunto debe consultarse el tomo pertinente de las ‘Memorias’ del propio Vasconcelos: *El proconsulado*. También tienen que consultarse algunos de los espléndidos textos que dejaron varios jóvenes vasconcelistas, como Mauricio Magdaleno, *Las palabras perdidas*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1956; Salvador Azuela, *La aventura vasconcelista —1929—*, México, Diana, 1980, y Antonieta Rivas Mercado, *La campaña de Vasconcelos*, México, Oasis, 1981. La monografía clásica es la de John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1978.

<sup>70</sup> Cfr. Roderic Ai Camp, “La campaña presidencial de 1929 y el liderazgo político en México”, *Historia Mexicana*, 106, octubre-diciembre de 1977, pp. 231-259. Véase también Alejandro Gómez Arias con Víctor Díaz Arciniega, *Memoria personal de un país*, México, Grijalbo, 1990.



gunas pocas simpatías individuales, como fue el caso de Rubén Salazar Mallén (1905-1986), lo cierto es que el fascismo y el nazismo fueron mayoritariamente rechazados por los intelectuales y por el Estado mexicano, por considerarlas doctrinas reaccionarias.<sup>71</sup> Al contrario, México ofreció asilo a varios intelectuales antinazis<sup>72</sup> y luego incluso participó contra los países del Eje durante la Segunda Guerra Mundial. Asimismo, el bolchevismo fue visto como ajeno a nuestra idiosincrasia. Al respecto, recuérdese la principal singularidad de México: por haber tenido su propia Revolución, sus intelectuales reflexionaron sobre ésta, sin necesidad de añorar o especular sobre procesos ajenos.

El único proceso exterior con el que se involucró México fue con la Guerra Civil española y su consecuente exilio, de incalculables repercusiones en la vida intelectual mexicana. Podría argumentarse que los intelectuales españoles exiliados se desparramaron por varios países de América Latina. Sin embargo, la gran mayoría se estableció en México. No sólo eso: aquí se crearon instituciones para ellos, lo que les permitió permanecer juntos y así multiplicar sus actividades y su impacto. Al margen de los cientos de artistas de diversa índole, y de un número similar de profesores que vinieron a enriquecer a numerosas instituciones educativas mexicanas, desde la Universidad Nacional y el Instituto Politécnico hasta numerosos planteles de educación básica,<sup>73</sup> tres instituciones merecen una mención especial: La Casa de España, que luego cambió su nombre al de El Colegio de México, en donde comenzó a desa-

<sup>71</sup> Véase Jean Meyer, *El sinarquismo: ¿un fascismo mexicano? 1937-1947*, México, Joaquín Mortiz, 1979.

<sup>72</sup> *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX*, Pablo Yankelevich (coord.), México, Plaza y Valdés Editores-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002.

<sup>73</sup> Fernando Serrano Migallón, *La inteligencia peregrina: legado de los intelectuales del exilio republicano español en México*, México, El Colegio de México, 2009.



rollarse la investigación especializada y la educación de posgrado en ciencias sociales y humanidades;<sup>74</sup> la revista *Cuadernos Americanos*, dirigida por el intelectual mexicano Jesús Silva Herzog, muy cercano al gobierno cardenista, en la que colaboraron intelectuales exiliados españoles y latinoamericanos,<sup>75</sup> y el Fondo de Cultura Económica, creado en 1934 para fomentar el conocimiento riguroso de la economía ante la amenaza de otra crisis como la de 1929, pero que gracias a la llegada de los intelectuales españoles experimentó un cambio radical: dado que al país arribaron filósofos, historiadores, politólogos y sociólogos, y dado que años atrás habían estudiado sus posgrados y especializaciones en diversos países de Europa,<sup>76</sup> al llegar a México comenzaron a hacer numerosas traducciones para el Fondo, lo que hizo que pasara de ser una editorial de temas económicos a una de humanidades y ciencias sociales.<sup>77</sup> Para muchos, el Fondo de Cultura debió cambiar entonces la última parte de su nombre: de Económica a Ecuménica. El cambio no puede ser soslayado: implicó la introducción en México del pensamiento moderno, a través de la traducción de Marx, Max Weber, Heidegger y Keynes, entre muchos otros. Fue un paso más, también, en el alejamiento del nacionalismo revolucionario.

<sup>74</sup> Véanse Clara Lida, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988, y Clara Lida y José Antonio Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962*, México, El Colegio de México, 1990.

<sup>75</sup> Véanse las memorias de Jesús Silva Herzog: *Una vida en la vida de México y mis últimas andanzas, 1947-1972*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1993. Véase también *Setenta años de Cuadernos Americanos (1942-2012)*, Adalberto Santana (coord.), México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe-Cátedra del Exilio Español, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

<sup>76</sup> En efecto, una gran mayoría de los intelectuales españoles que se exiliaron en México habían sido antes ‘pensionados’ en Alemania, Francia o Inglaterra, gracias a la Junta para Ampliación de Estudios, fundada en 1907.

<sup>77</sup> Javier Garcíadiego, *El Fondo de Cultura Económica y la introducción del pensamiento moderno y universal al español*, México, Fondo de Cultura Económica, en prensa.



Es incuestionable: el fenómeno de los intelectuales mexicanos del siglo xx sólo puede entenderse con su triple contexto: la Revolución de 1910, el exilio republicano español y la Revolución cubana. A esta triple circunstancia correspondió una política interna progresista, sobre todo durante los años de la presidencia de Lázaro Cárdenas (1895-1970). Para comenzar, se impuso entonces una educación de orientación socialista y se aplicaron los principios jacobinos de la Constitución en el tema educativo.<sup>78</sup> En materia gráfica también hubo una evidente radicalización, pues al muralismo de José Clemente Orozco (1883-1949), Diego Rivera (1886-1957) y David Alfaro Siqueiros (1896-1974), veterano él mismo de la lucha armada, se agregó la obra del Taller de Gráfica Popular, con el liderazgo del grabador Leopoldo Méndez (1902-1969), hijo de un artesano.<sup>79</sup> La radicalización de los intelectuales, incluidos entre éstos los escritores y pintores, se confirma con la creación de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios en 1933.<sup>80</sup> Compreensiblemente, esta radicalización generó varias resistencias, polémicas notables y críticas acerbas. Por ejemplo, el filósofo Antonio Caso, miembro prominente del Ateneo, seguidor de las corrientes espirituales francesas y simpatizante del cristianismo como filosofía, polemizó con el principal ideólogo socialista, Vicente Lombardo Toledano.<sup>81</sup> Asimismo, el ensayista Jorge Cuesta (1903-1941) y el

<sup>78</sup> Cfr. Victoria Lerner, *La educación socialista*, México, El Colegio de México, 1979.

<sup>79</sup> Véase Francisco Reyes Palma, *Leopoldo Méndez. El oficio de grabar*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Era, 1994.

<sup>80</sup> Consúltase Lourdes Quintanilla, *Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980.

<sup>81</sup> La célebre polémica Caso-Lombardo, de 1933, puede consultarse en Antonio Caso, *Obras completas. I. Polémicas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1971. También véanse Juan Hernández Luna, "Polémica de Caso contra Lombardo sobre la Universidad", *Historia Mexicana*, 73, julio-septiembre de 1969, pp. 87-104, y Abelardo Villegas, *El pensamiento mexicano en el siglo xx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.



poeta y dramaturgo Salvador Novo (1904-1974), ambos *contemporáneos*, expresaron afiladas críticas contra el modelo de gobierno cardenista.<sup>82</sup> Igualmente significativo fue que uno de los principales intelectuales del decenio armado, Luis Cabrera (1876-1954), el asesor más cercano a Venustiano Carranza, se lanzara contra el radicalismo cardenista, acusándolo incluso de ‘comunista’: preso de una innegable nostalgia histórica, diferenció la revolución ‘de entonces’ de la ‘de ahora’.<sup>83</sup>

#### DEL MÉXICO REVOLUCIONARIO AL MÉXICO MODERNO

Luis Cabrera tenía razón: desde finales de los años treinta y principios de los cuarenta el país enfrentaba una disyuntiva, la que daría lugar a una nueva etapa histórica. Había un ‘entonces’ y surgía un ‘ahora’. En los intelectuales se reflejaría ese cambio. Comenzaron a desaparecer físicamente los intelectuales vinculados al proceso revolucionario y surgieron otros, determinados por el nuevo contexto histórico, evidente a partir de los años cuarenta. Entre los principales elementos y factores de la nueva etapa histórica destacan: internacionalmente, los países ‘aliados’ vencieron a los nazifascistas y los países comunistas quedaron aislados entre la Europa oriental y la Unión Soviética. México quedó bajo la esfera de influencia de Estados Unidos, que emergió de la Segunda Guerra Mundial como la indiscutible potencia planetaria; por lo que respecta a los asuntos nacionales, el año de 1940 fue un auténtico ‘parteaguas’, pues a partir de ese año se sucedieron gobiernos que hicieron de la moderación —luego se diría institucionalización— su principal directriz. Este cambio ideológico, de orientación más que de acento,

<sup>82</sup> Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, Empresas Editoriales, 1964.

<sup>83</sup> Véase Eugenia Meyer, *Luis Cabrera: teórico y crítico de la Revolución*, México, Secretaría de Educación Pública (Sepsetentas, 48), 1972.



estaba determinado por un simple proceso temporal y sustentado en un cambio estructural. En efecto, la Revolución se hacía más distante cada día, y México pasó de ser un país rural a uno urbano, de agrícola a industrial, por lo que ciertas polémicas ideológicas, las obras literarias épicas o ruralistas y la pintura de temática revolucionaria se tornaron anacrónicas.

Reduciendo el análisis al ámbito intelectual, 1940 también fue 'parteaguas' por la llegada de cientos de exiliados españoles, quienes cambiaron radicalmente los estilos y temas de los intelectuales mexicanos. A pesar de sus simpatías por su país de refugio y adopción, no podían involucrarse en debates ideológicos ajenos ni en producciones artísticas o literarias de corte nacionalista. La llegada de aquellos exiliados implicó el contacto de los locales con ideas y producciones artísticas españolas, por ende europeas, de temáticas 'clásicas' y 'universales'. Un ejemplo podría ser el intento del grupo *Hiperion*, compuesto entre otros por Emilio Uranga y Leopoldo Zea, quienes encabezados por el trasterrado José Gaos buscaron descubrir la naturaleza esencial del mexicano, como obvio resultado de una reflexión basada en el existencialismo, corriente en boga en ese entonces en Europa.<sup>84</sup> Sin proponérselo, el nacionalismo de los dos decenios anteriores fue sustituido por un cosmopolitismo creciente. Además, con los exiliados españoles aumentó la profesionalización de la vida intelectual. Eran los años de la segunda posguerra, de crecimiento económico, de moderación política y de cohesión social.

Los años de mediados del siglo xx se caracterizaron por la buena relación habida entre los intelectuales y artistas y el nuevo gobierno mexicano. En tanto que años de estabilidad política, progreso económico y reconciliación social, fue posible la fundación de varias instituciones culturales y educativas: además del INAH y el INBA, se crearon El Colegio de México y El Colegio Nacional, en 1940 y 1943,

<sup>84</sup> Véase Guillermo Hurtado, *El Hiperion*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.



respectivamente; se establecieron ‘los premios nacionales’<sup>85</sup> y se construyó la Ciudad Universitaria a mediados de los años cincuenta. El resultado fue una creciente profesionalización de la intelectualidad mexicana, cuya coincidencia con la moderación gubernamental era innegable; lo prueban los escritos de gente como José Iturriga,<sup>86</sup> la dirección de la revista *Tiempo* por Martín Luis Guzmán<sup>87</sup> o la colaboración gubernamental de Torres Bodet y de Agustín Yáñez.

Resultado de un notable proceso de profesionalización de las clases medias, aunado a un aumento de la urbanización y la modernización del país, a mediados de siglo aparecieron varios suplementos culturales, algunos de ellos hoy legendarios, en los que se hacía permanente crítica política y cultural. Identificados personalmente con Fernando Benítez (1912-2000), novelista, historiador y sobre todo cronista de las poblaciones indígenas de México, los más importantes y prestigiados fueron “México en la Cultura”, publicado de 1949 a 1961 en el periódico *Novedades*, y luego “La Cultura en México”, publicado de 1962 a 1971 en el semanario *Siempre!*,<sup>88</sup> aunque éste ya reflejaba una nueva postura, más radical y con otros intereses.

El siguiente periodo se caracterizaría por el divorcio entre los intelectuales y el gobierno. La causa fue, indiscutiblemente, la Revolución cubana,<sup>89</sup> pues a partir de su estallido la propia Revo-

<sup>85</sup> *Premio Nacional de Ciencias y Artes (1945-1990)*, Víctor Díaz Arciniega (ed. y comp.), México, Secretaría de Educación Pública-Fondo de Cultura Económica, 1991.

<sup>86</sup> Recientemente se hizo un buen acopio de sus múltiples escritos, entre los que destaca el que contiene el primer análisis sociológico riguroso del México de mediados de siglo. Cfr. *La estructura social y cultural de México*, México, Miguel Ángel Porrúa-LXI Legislatura de la Cámara de Diputados, 2012.

<sup>87</sup> Cfr. *Epigramática*, Ignacio Díaz Ruiz (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

<sup>88</sup> Víctor Manuel Camposeco, *México en la Cultura (1949-1961). Renovación literaria y testimonio crítico*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2015.

<sup>89</sup> La mejor forma de analizar la postura de los jóvenes intelectuales mexicanos en favor de la Revolución cubana, entre los que destacaban Enrique



lución mexicana fue vista como generadora de cambios tibios, a todas luces insuficientes e insatisfactorios, reclamo que era combatido por el único intelectual de fuste que sostenía que el mexicano era un proceso histórico exitoso, Jesús Reyes Heróles (1921-1985).<sup>90</sup> Sin embargo, el creciente autoritarismo era difícil de legitimar y, para colmo, en México tuvieron lugar entonces fuertes represiones al sector magisterial y a los ferrocarrileros. También hubo un caso notable de censura intelectual, cuando el director de la editorial gubernamental Fondo de Cultura Económica fue abruptamente cesado por haber publicado algunos libros incómodos,<sup>91</sup> lo que dio lugar a que un grupo de intelectuales creara Siglo Veintiuno Editores, que se caracterizaría por su apoyo a la publicación de textos marxistas y de numerosos libros críticos contra el sistema mexicano.

Aquel divorcio se personalizó con el encarcelamiento del pintor David Alfaro Siqueiros<sup>92</sup> y se agudizó severamente con la represión a los movimientos médico y estudiantil de los años sesenta,<sup>93</sup> re-

---

González Pedrero y Víctor Flores Olea, es revisando la revista *Política*, dirigida por Manuel Marcué Pardiñas, que se publicó de 1960 a 1967.

<sup>90</sup> A falta de unas 'memorias' suyas y de una biografía sobre él, consúltense sus *Obras completas*, 8 tt., México, Asociación de Estudios Históricos y Políticos Jesús Reyes Heróles-Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública, 1995-1999. Véase también *Homenaje a Jesús Reyes Heróles*, México, El Colegio de México (Jornadas, 158), 2011.

<sup>91</sup> Todavía se discute cuál fue el libro que provocó el despido de don Arnaldo Orfila, si el *Escucha, yanqui*, de Wright Mills, supuestamente objetado por la embajada americana, o *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis, que se alegó que denigraba a México por tratar de la pobreza en un barrio de la Ciudad de México. Cfr. Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica, 1934-1994*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

<sup>92</sup> Cfr. David Alfaro Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo (memorias)*, México, Grijalbo, 1977. Véase también Julio Scherer, *La piel y la entraña (Siqueiros)*, México, Era, 1965.

<sup>93</sup> Para el movimiento médico véase Ricardo Pozas Horcasitas, *La democracia en blanco. El movimiento médico en México, 1964-1965*, México, Siglo Veintiuno Editores-Universidad Nacional Autónoma de México, 1993. Por su parte, el movimiento estudiantil de 1968 ha generado una insondable



presión que trajo la radicalización de los intelectuales mexicanos, al grado de que el poeta Octavio Paz (1914-1998) renunciara a su puesto de embajador en la India.<sup>94</sup> El movimiento estudiantil de 1968, brutalmente reprimido al final, fue un auténtico ‘parteaguas’ en la relación entre intelectuales y gobierno, al agravarse la confrontación que había desde la Revolución cubana. Este profundo rompimiento intentó ser paliado durante la presidencia de Luis Echeverría (1922), quien buscó un reencuentro con el sector universitario y quien tomó una activa postura en el otorgamiento de asilo a muchísimos intelectuales y políticos sudamericanos. Sin embargo, el rechazo de Echeverría a cualquier crítica dio lugar al golpe al periódico *Excelsior* a mediados de 1976,<sup>95</sup> incluido su suplemento cultural, *Plural*, lo que dio lugar a un rompimiento mayor. Surgió entonces *Proceso*, un semanario de severa crítica política, encabezado por Julio Scherer (1926-2015).<sup>96</sup> Surgió también la revis-

literatura. Acaso la obra más acreditada sea todavía la de Sergio Zermeño, *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1978. Véanse también Luis González de Alba, *Los días y los años*, México, Era, 1971; Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral*, México, Era, 1971, y Gilberto Guevara Niebla, *La libertad nunca se olvida. Memoria del 68*, México, Cal y Arena, 2004.

<sup>94</sup> Una reciente biografía suya es la de Christopher Domínguez Michael, *Octavio Paz en su siglo*, México, Aguilar, 2014.

<sup>95</sup> Vicente Leñero, *Los periodistas*, México, Joaquín Mortiz, 1978. Si bien Echeverría estaba molesto contra la mayoría de los editorialistas de *Excelsior*, su encono mayor era contra Gastón García Cantú, quien, sin embargo, sería de los pocos en olvidar su postura crítica, para terminar siendo un funcionario cultural durante la presidencia de José López Portillo, cuando fue director del INAH. Cfr. Guillermo Fuentes García, *Gastón García Cantú. Recuerdo en breves trazos*, México, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales “Vicente Lombardo Toledano”, 2007. Véase también la larga entrevista que le concedió a Gabriel Careaga, en *Los intelectuales y el poder (conversaciones)*, México, Joaquín Mortiz, 1993.

<sup>96</sup> Julio Scherer falleció recientemente. *Proceso* publicó un número dedicado a su vida y obra. Cfr. *Proceso*, núm. 1993, 11 de enero de 2015. Véase también su obra *La tercera memoria*, México, Grijalbo, 2007.



ta *Vuelta*, de Octavio Paz. La diáspora de los periodistas que hacían *Excelsior* —muchos de ellos imbuidos del pensamiento vinculado a la Democracia Cristiana, al Concilio Vaticano II y hasta a la Teología de la Liberación, como Vicente Leñero (1933-2014), el ‘padre’ Enrique Maza y luego Carlos Castillo Peraza—<sup>97</sup> fue el inicio del actual periodismo mexicano, el que goza de una apreciable libertad de expresión, como lo prueba el contenido y estilo del diario *La Jornada*. Las figuras emblemáticas del intelectual crítico a lo largo de estos últimos años son, indudablemente, Carlos Monsiváis (1938-2010),<sup>98</sup> agudo analista sociocultural, y Miguel Ángel Granados Chapa (1942-2011), acucioso y severo crítico político.<sup>99</sup>

El siguiente corte histórico, mismo que se prolonga hasta nuestros días, data de finales de los ochenta y principios de los noventa. Internacionalmente, se caracteriza por el derrumbe del ‘socialismo real’ en la URSS y en la Europa del Este y por la permanente crisis cubana; nacionalmente, por haber entrado el país en un complejo y tardío proceso democratizador y por haber optado por un claro acercamiento, sobre todo económico, a Estados Unidos. Por lo que

<sup>97</sup> Sobre Leñero, recientemente fallecido, véase Danny J. Anderson, *Vicente Leñero. The Novelist as Critic*, Nueva York, Peter Lang Publishing, 1989; véase también el número que le dedicó la *Revista de la Universidad de México*, Nueva época, 131, enero de 2015. De Castillo Peraza consúltese una amplia compilación de sus escritos: *El porvenir posible. Obras selectas*, México, Fondo de Cultura Económica–Fundación Rafael Preciado Hernández, 2006.

<sup>98</sup> Véase *Carlos Monsiváis*, prologado por Emmanuel Carballo y publicado por Empresas Editoriales en 1966. Consúltense también Adolfo Castañón, *Nada mexicano me es ajeno. Seis papeles sobre Carlos Monsiváis*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2005, y *La conciencia imprescindible. Ensayos sobre Carlos Monsiváis*, Jezreel Salazar (introd. y comp.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2009.

<sup>99</sup> Véanse Humberto Musacchio, *Granados Chapa. Un periodista en contexto*, México, Planeta, 2010, y Silvia Cherem, *Por la izquierda. Medio siglo de historias en el periodismo contadas por Granados Chapa*, México, Khálida Editores, 2010.



se refiere a los intelectuales, se redujo el radicalismo y apareció un buen número de intelectuales realistas o liberales, como Héctor Aguilar Camín (1946) y Enrique Krauze (1947), quienes encabezaban a su respectivo grupo de simpatizantes.<sup>100</sup> Hasta la fecha publican sendas revistas político-culturales —*Nexos* y *Letras Libres*— y hacen uso de los medios masivos de comunicación, los que empezaron a tener algunos espacios y ciertas voces plurales y críticas. Pareciera que el principal punto a debate radica en la definición de la prioridad en nuestra vida pública: ¿política social o mejoría de nuestra democracia? Con todo, es evidente que incluso algunos intelectuales de ‘izquierda’ aceptaron la conveniencia de la democracia electoral, de una mayor flexibilidad económica y de un menor nacionalismo defensivo diplomático.<sup>101</sup>

Otro punto de polémica fue la rebelión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, a partir de 1994, con varios partidarios de las comunidades indígenas, de su organización política no institucionalizada y de sus culturas milenarias, así como de su lucha anticapitalista, entre los que destacan Arnaldo Córdova, Pablo González Casanova, Adolfo Gilly, Lorenzo Meyer, Carlos Montemayor, Elena Poniatowska, Enrique Semo, Javier Sicilia, Paco Ignacio Taibo II y Luis Villoro.<sup>102</sup> También su militancia en diferentes opciones

<sup>100</sup> Otro intelectual crítico de alto rango, aunque concentrado en los temas económicos, es Rolando Cordera. Lo mismo debería decirse de Gabriel Zaid, quien sostiene una postura radicalmente distinta ante nuestros problemas económicos. Cfr. Rolando Cordera y Carlos Tello, *México: la disputa por la nación. Perspectivas y opciones del desarrollo*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1981, y Gabriel Zaid, *La economía presidencial*, México, Vuelta, 1987.

<sup>101</sup> La modernización y transformación de algunos intelectuales ‘de izquierda’ puede ejemplificarse con los casos de Roger Bartra y Jorge Castañeda; respecto al primero véase Berenice Carrera, *Capitalismo y otredad: esbozo introductorio a la obra de Roger Bartra*, Bogotá, Ediciones Desde Abajo, 2013; para el segundo consúltese su reciente autobiografía, *Amarres perros*, México, Alfaguara, 2014.

<sup>102</sup> Cfr. Jaime Torres Guillén, *Dialéctica de la imaginación. Pablo González Casanova. Una biografía intelectual*, México, La Jornada Ediciones (Los



partidistas de ‘izquierda’, especialmente en el PRD, caracterizó el debate de los últimos años. Es evidente que para todos estos intelectuales contemporáneos el debate fundamental es si la Revolución mexicana es ya una referencia histórica y no un marco ideológico-político vigente.<sup>103</sup> Para mí, es claro que ya es centenaria: se le festeja como parte del pasado, lo que implica que ha perdido su vigor y cualquier futuro. También se cuestionan si el modelo socialista es todavía viable para el futuro. En efecto, las discusiones sobre nuestra realidad necesariamente la trascienden con varias preguntas: ¿Qué nos depara el siglo XXI? ¿Cuáles serán los referentes de los intelectuales mexicanos de mañana? ¿Cuáles serán sus características y posturas?

---

Nuestros), 2014; véase también el número 168 de la revista española *Anthropos*, septiembre-octubre de 1995, dedicada a Pablo González Casanova, con el subtítulo “Pensar la democracia y la sociedad. Una visión crítica desde Latinoamérica”. Para el caso de Elena Poniatowska, véase Michael K. Schuessler, *Elenísima. Ingenio y figura de Elena Poniatowska*, México, Diana, 2003. Respecto a Villoro véase Aurelia Valero Pie, “Diálogos entre filosofía e historia: Luis Villoro, 1922-2014”, *Historia Mexicana*, 254, octubre-diciembre de 2014, pp. 713-735.

<sup>103</sup> La vigencia de la ideología de la Revolución aún la sostienen políticos como Cuauhtémoc Cárdenas y Andrés Manuel López Obrador, cuyas candidaturas han recibido un nutrido apoyo intelectual. Lo mismo vale para el caso de Porfirio Muñoz Ledo, un intelectual en sí mismo.



3  
LA PRENSA  
DURANTE LA REVOLUCIÓN MEXICANA\*

*En memoria de Gastón García Cantú,  
extraordinario periodista,  
quien me inculcó la vocación histórica*

INTRODUCCIÓN

Desde el principio, la Revolución mexicana se desarrolló en dos escenarios diferentes: las ciudades y el campo. Sería falaz afirmar que el debate político e ideológico tuvo lugar sólo en las primeras, mientras que la lucha armada se llevó a cabo en el segundo. Sin embargo, es incuestionable que los periodistas y los periódicos generalmente desempeñaron el papel central en el debate político e ideológico.

Hay muchos ejemplos de lo anterior: las primeras críticas al gobierno de Porfirio Díaz, los reclamos de las facciones rivales dentro de la élite porfiriana y el desarrollo de los ideales democráticos que llevaron a la lucha de 1910 aparecieron en la prensa. Más tarde, el declive y la caída de Madero estuvieron estrechamente vinculados a su mala imagen en los periódicos. La lucha entre el

\* Quisiera hacer un reconocimiento al Departamento de Historia y al Programa de Estudios Mexicanos del Centro para Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chicago, que me dieron su apoyo para ser profesor visitante, bajo los auspicios de la Tinker Foundation, en la primavera y el verano de 1999. Con su respaldo y el del Taller de Historia Latinoamericana, se presentó entonces una versión de este ensayo, que fue publicada como *The Press and the Mexican Revolution*, Chicago, Center for Latin American Studies: Mexican Studies Program-University of Chicago (Working Paper Series, 5), 2000. La tradujo al castellano Sandra Luna.



gobierno de Victoriano Huerta y los rebeldes constitucionalistas tuvo lugar tanto en las grandes planicies del norte de México como en los periódicos, ya que ambos bandos usaron a la prensa como un vehículo propagandístico. Lo mismo puede decirse de la batalla entre el Ejército Constitucionalista de Venustiano Carranza y las fuerzas populares de Francisco Villa y Emiliano Zapata: estas tropas campesinas, generalmente iletradas, tuvieron a varios intelectuales urbanos cerca de sus caudillos, los cuales conocían muy bien la importancia de los medios.<sup>1</sup> Por último, el triunfo de la facción carrancista fue legitimado a través de los periódicos.

Este ensayo analiza el aspecto periodístico de la historia política e intelectual de la Revolución mexicana. Si bien los protagonistas fueron una multitud de periódicos y periodistas poco conocidos, su importancia es innegable.

#### LA DOMESTICACIÓN DE LA PRENSA

México experimentó un notable proceso de modernización entre 1880 y 1910, durante la dictadura de Porfirio Díaz. Entre otras cosas, el periodismo y la prensa se transformaron radicalmente en esa época. Hasta entonces había prevalecido un periodismo político-ideológico “extraordinariamente combativo” que expresaba las ideas políticas del siglo xix.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Para el caso de Francisco Villa, véase Friedrich Katz, *The Life and Times of Pancho Villa*, Stanford, Stanford University Press, 1998; para el de Emiliano Zapata, véase Samuel Frederick Brunk, *Emiliano Zapata!: Revolution and Betrayal in Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1995.

<sup>2</sup> María del Carmen Ruiz Castañeda *et al.*, *El periodismo en México, 450 años de historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, especialmente el capítulo xii, pp. 209-240, en particular p. 209. Para un breve pero agudo análisis del periodismo durante el periodo de Díaz, véase Moisés González Navarro, *El Porfiriato. La vida social*, México, Hermes, 1957, pp. 675-682. Probablemente la visión más reciente sea la de Florence Toussaint Alcaraz, *Escenario de la prensa en el Porfiriato*, México, Fundación Manuel Buendía, 1989.



Díaz consideró que en aras de la estabilidad era preciso reducir la politización de la población, para lo cual había que aplastar al periodismo combativo o crítico y acabar con el debate político-ideológico que durante los decenios anteriores se había escenificado en la prensa. Lo logró, en buena medida, otorgando subsidios y prebendas a los periódicos y periodistas que apoyaran a su gobierno, o reprimiendo y exiliando a los opositores, un método que se haría famoso como el de “pan o palo”. En 1883 reformó la Ley de Imprenta, eliminando el tribunal para los periodistas con el fin de que los presuntos crímenes contra la prensa sólo pudieran ser juzgados por un jurado especial. Algunos sostienen que don Porfirio no fue tal enemigo de la prensa y que bajo su régimen la represión sólo se aplicó de manera “espasmódica”, por ejemplo, durante sus campañas en busca de la reelección.<sup>3</sup>

Para legitimar su régimen, Díaz subsidió a aquellas publicaciones que trataban a su gobierno como históricamente apropiado; para 1888 casi 30 periódicos recibían apoyo financiero de su administración. Entre sus defensores más importantes estaban cuatro grandes periódicos: *La Libertad*, propiedad de Telésforo García y Justo Sierra, que desde 1878 elogiaba constantemente la estabilidad y condenaba todo riesgo de desorden;<sup>4</sup> *El Nacional*, fundado en 1880 por Mariano Riva Palacio, Francisco Sosa, Manuel Gutiérrez Nájera, Luis González Obregón y otros que, como Díaz, proponían una alianza entre católicos y liberales;<sup>5</sup> *El Partido Liberal*, establecido en 1885; y *El Universal*, fundado en 1888 por Rafael

<sup>3</sup> Stanley Ross (ed.), *Fuentes de la historia contemporánea de México. Periódicos y revistas*, vol. 1, México, El Colegio de México, 1965, p. xxi.

<sup>4</sup> Para un análisis de *La Libertad* y de Justo Sierra como periodista, véase Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo*, 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México (Nueva Biblioteca Mexicana, 113), 1992. Los escritos de Sierra fueron compilados por Agustín Yáñez para el cuarto volumen de sus *Obras completas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948 (reed.).

<sup>5</sup> Entre 1885 y 1900, este periódico dirigido por Trinidad Sánchez Santos se inclinó por la ortodoxia católica.



Reyes Spíndola y que luego habría de convertirse en un opositor moderado bajo la breve dirección de Ramón Prida.<sup>6</sup>

Una vez alcanzados el consenso y la legitimidad política, Díaz tendió a concentrar su apoyo en una sola publicación, *El Imparcial*, fundado también por Rafael Reyes Spíndola en 1896. Alrededor de esta fecha podemos ubicar los inicios de la modernidad del periodismo mexicano. Significativamente, en aquel año desaparecieron *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*, los dos principales representantes del viejo periodismo. *El Imparcial*, publicación sin sutilezas que oscilaba entre ser semioficial y furibundamente porfirista, no sólo enterró a la gran prensa doctrinaria, sino que impuso un nuevo estilo informativo y recreativo. El espacio estaba dedicado en su mayor parte a noticias extranjeras, anuncios comerciales, crónicas de “nota roja” y columnas “sociales”, mientras que el espacio destinado al análisis político era dramáticamente reducido.<sup>7</sup>

No obstante el afán de Díaz por controlar la prensa, durante su administración surgieron algunas publicaciones que se le oponían. Unas cuantas estaban bien consolidadas, como *El Tiempo*, de Victoriano Agüeros, y *El País*, propiedad de Trinidad Sánchez Santos. Ambos periódicos eran católicos, moderadamente críticos y absolutamente respetables.<sup>8</sup> Otros eran más agresivos, lo que les sig-

<sup>6</sup> Rafael Reyes Spíndola, oaxaqueño como Porfirio Díaz, era un abogado que de joven había desempeñado algunas labores políticas. Ramón Prida estudió en la Preparatoria y en la Escuela de Jurisprudencia durante los primeros años de la era positivista. Posteriormente, compró y dirigió *El Universal*, pero un año después fue procesado, encarcelado y más tarde exiliado.

<sup>7</sup> Respecto a *El Imparcial*, véase Blanca Aguilar Plata, “*El Imparcial*. Su oficio y su negocio”, *Revista Mexicana de Ciencia Política*, 109, julio-septiembre de 1982, pp. 77-101.

<sup>8</sup> Victoriano Agüeros era un experimentado periodista y un muy agudo editor y crítico literario. Desde 1871, antes de que cumpliera los veinte años, trabajó en periódicos conservadores bajo la guía de Anselmo de la Portilla. Trinidad Sánchez Santos trabajó para Agüeros entre 1883 y 1887; más tarde



nificó un constante conflicto con el gobierno. Entre éstos se incluían *El Diario del Hogar*, propiedad de Filomeno Mata, y *El Hijo del Ahuizote*, de Daniel Cabrera. Algunos otros podrían considerarse publicaciones satíricas marginales que contenían principalmente caricaturas. En la actualidad se cree comúnmente que los periódicos de este último tipo resultaron mucho más efectivos que la prensa opositora moderada.<sup>9</sup>

Hacia principios del siglo xx, la élite gubernamental estaba dividida en *Científicos* y seguidores de Bernardo Reyes, y el conflicto entre ambos grupos se expresaba en gran medida a través de las publicaciones que apoyaban a cada uno. En 1908, en una famosa entrevista con el periodista estadounidense James Creelman, Díaz prometió que las elecciones de 1910 iban a ser absolutamente libres, y las publicaciones políticas surgieron otra vez. Las más importantes fueron *El Debate*, respaldado por los *Científicos* y partidario de la reelección de Díaz; *El Partido Democrático y México Nuevo*, de tendencia reyista;<sup>10</sup> y *El Anti-Reeleccionista* y *El Constitucionalista*, ambos maderistas. Sin embargo, el imprevisto estallido de la lucha armada y la derrota de don Porfirio alteraron abruptamente el escenario de la prensa: algunas publicaciones desaparecieron y otras mudaron de ideología. Sobre todo, se dio un cambio radical en las relaciones entre el gobierno y la prensa, así como entre ésta y la sociedad.

dirigió *El Nacional* y *La Voz de México*, en sustitución de Aguilar y Marochó, su director. En 1899 fundó *El País*.

<sup>9</sup> *El Diario del Hogar*, fundado en 1881, no siempre estuvo del lado de la oposición; se volvió opositor en 1888, año de elecciones presidenciales. Acerca de este tipo de periódico, véase Florence Toussaint, “*Diario del Hogar*, de lo doméstico y lo político”, *Revista Mexicana de Ciencia Política*, op. cit., pp. 103-116. También véase Guadalupe Escamilla, “*El Hijo del Ahuizote*. Semanario feroz, padre de más de cuatro”, en *ibid.*, pp. 117-122.

<sup>10</sup> Una antología de *México Nuevo* fue publicada en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, tercera serie, 32-33, 1987.



## ¿DEBILIDAD O INGENUIDAD?

Es indiscutible que una de las causas del fracaso de Madero fue su política respecto a la prensa. Uno de los más prominentes periodistas de los años revolucionarios, Félix Palavicini, asegura que Madero no prestó atención a la prensa por no haber reconocido que es imposible gobernar sin estar en buenos términos con ella.<sup>11</sup> Es obvio, no obstante, que Madero conocía bien ese axioma; el problema consistió en que la prensa que le era favorable no fue capaz de contrarrestar a la que le era hostil y a esta última no logró controlarla. Es decir, su pecado no fue la ingenuidad sino la debilidad.

En efecto, desde que Madero comenzó a participar en política en su natal Coahuila, hacia 1904, utilizó a los periódicos como instrumentos imprescindibles en dicha actividad. Fue así que fundó *El Demócrata* para su campaña electoral en ese estado y lo reactivó a principios de 1909 para difundir las aspiraciones antirreeleccionistas y democráticas que propugnaba en su libro *La sucesión presidencial en 1910...*<sup>12</sup> Posteriormente, tras la organización del Centro Nacional Antirreeleccionista, promovió la creación de un órgano propagandístico oficial. Madero sin duda reconocía la importancia de los periódicos en toda contienda política y lo mismo creó órganos oficiales que apoyó a un gran número de publicaciones afines. En determinados momentos llegó a financiar periódicos publicados en Estados Unidos, como *Monitor Democrático*, de San Antonio, Texas, que fue subsidiado en la última parte de su campaña electoral contra Díaz.<sup>13</sup> Meses más tarde, durante la lucha armada contra el régimen porfirista, la prensa de Texas y prácticamente la de todo Estados Unidos se inclinaban por Madero.<sup>14</sup>

<sup>11</sup> Archivo Plutarco Elías Calles (en adelante APEC), gav. 51, exp. 26, 4302.

<sup>12</sup> Documentos Históricos de la Revolución Mexicana (en adelante DHRM), v. v, doc. 6, pp. 21-22.

<sup>13</sup> *Ibid.*, doc. 18, p. 51; doc. 27, p. 65.

<sup>14</sup> *Ibid.*, doc. 54, pp. 101-103; doc. 265, pp. 385-386.



La relación de Madero con la prensa mexicana —especialmente la de la Ciudad de México— fue muy distinta. Si la repolitización de la prensa había comenzado entre 1908 y 1909, el derrocamiento de Díaz de inmediato la intensificó. La mayoría de los periódicos y periodistas —como Heriberto Barrón y Juan Sánchez Azcona—<sup>15</sup> que habían sostenido posturas antiporfiristas apoyaron al nuevo gobierno y, de este modo, fueron beneficiados por él. Sin embargo, algunos periódicos porfiristas aprovecharon el nuevo clima de libertad para atacar a Madero y algunos políticos e intelectuales porfiristas que no hallaron cabida en la administración maderista buscaron en dichas publicaciones una plataforma para criticarla. Fue así como Francisco Bulnes creó *La Prensa*, Nemesio García Naranjo *La Tribuna* y Jesús Rábago *Mañana*.<sup>16</sup>

El gobierno maderista también fue criticado sostenidamente por los principales periódicos católicos, como *El Tiempo* y —sobre todo— *El País*, ambos de oposición moderada durante el Porfiriato.

<sup>15</sup> *México Nuevo y Diario del Hogar*. Heriberto Barrón, que se había dedicado al periodismo desde 1893, era un reyista destacado que se convirtió en maderista primero y en carrancista después. También fue director de *La República* y de *La Libertad*. Juan Sánchez Azcona fue otro experimentado político y periodista. Por ser su padre diplomático, estudió en Alemania y Francia. En 1894, poco después de volver a México, se inició en el periodismo. Tras una conflictiva confrontación con el gobierno, fundó en 1908 *El México Nuevo*. Cercano a Madero durante las elecciones y la lucha armada, volvió brevemente al ámbito periodístico con *Nueva Era*, pero luego se inclinó por la política y la diplomacia. Cfr. *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 8 vols., 1991, vol. II, pp. 798-800.

<sup>16</sup> *La Tribuna* se fundó en 1912, cuando, tras ser rechazado por los maderistas como candidato a la XXVI Legislatura, el pudiente católico Eduardo Tamariz ofreció su apoyo económico a García Naranjo. Cfr. Nemesio García Naranjo, *Memorias*, 10 vols., Monterrey, Talleres El Porvenir, s/f, vol. VI, pp. 241-242. Lo que más molestaba a Madero era la participación de García Naranjo en el periódico reeleccionista *El Debate*. Cfr. DHRM, vol. VII, doc. 690, p. 281.



to. El pleito entre Madero y *El País* fue sin duda encarnizado: al parecer, Sánchez Santos comenzó la campaña contra Gustavo Madero, hermano del presidente y su principal asesor político, al burlarse de su persona con epítetos como “ojo parado” y descalificando a su grupo como “la porra”. Al mismo tiempo, *El País* se rehusó a publicar todo comunicado o noticia oficial con el argumento de que eran tan inaceptablemente optimistas que movían a risa al lector.<sup>17</sup> Con todo, quizá los peores ataques al gobierno de Madero provinieron de la prensa marginal: *Regeneración* y otras publicaciones patrocinadas por los seguidores de Flores Magón que estaban en el exilio en Estados Unidos;<sup>18</sup> las sátiras y las caricaturas publicadas en *Multicolor*, de Mario Victoria, Ernesto García Cabral y Santiago R. de la Vega; así como *Tilín-Tilín*, de los Pruneda, y *Las Actualidades*, de Garrido Alfaro.<sup>19</sup>

Aunque lo intentó, la administración maderista fue incapaz de crear un bloque editorial para contrarrestar a la prensa opositora: fue esta incapacidad —no los supuestos pruritos ideológicos de Madero— su mayor impedimento. Una de las pocas publicaciones creadas para apoyar a su gobierno fue *Nueva Era*, dirigido al principio por los exreyistas Juan Sánchez Azcona y Jesús Urueta,<sup>20</sup>

<sup>17</sup> El periodo antimaderista de *El País*, de Sánchez Santos, puede verse en Manuel León Sánchez (comp.), *Editoriales de El País en 1910, 1911 y 1912*, México, Ediciones León Sánchez, 1923. Véase también DHRM, v. VII, doc. 686, pp. 265-276.

<sup>18</sup> Para la etapa antimaderista de *Regeneración*, véanse los tres volúmenes correspondientes a 1910, 1911 y 1912, respectivamente, en Ricardo Flores Magón, *Artículos políticos*, México, Ediciones Antorcha, 1980-1981.

<sup>19</sup> Véanse varias caricaturas antimaderistas en Salvador Pruneda, *La caricatura como arma política*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1958 (reimpr. 2003), pp. 359-454.

<sup>20</sup> Jesús Urueta era orador, más que periodista. Como muchos otros intelectuales revolucionarios, primero fue reyista, luego maderista y, finalmente, carrancista. Cfr. *Diccionario...*, vol. II, p. 601. Tras su muerte, sus textos políticos fueron compilados en *Pasquinadas y desenfados políticos*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1918.



y luego por Serapio Rendón y Querido Moheno, quien pronto se convirtió en antimaderista.<sup>21</sup> Para evitar ataques, el gobierno de Madero también adquirió periódicos ligados a otras facciones, como *El Diario*, exreyista, pero el desprestigio por el carácter mercenario de su cambio de ideología imposibilitó que esta publicación contribuyera a mejorar la imagen de Madero.

Asimismo, el régimen maderista intentó concertar una tregua con el principal periódico porfirista, *El Imparcial*. En efecto, desde un principio Madero buscó un arreglo con esta publicación, más que recurrir a “venganzas innobles”; no obstante lo anterior, Reyes Spíndola temía que el nuevo gobierno terminara por “hacerle la guerra”, suprimiendo el periódico u obligándolo a devolver el dinero que había obtenido por concepto de subsidios. Con todo, la única condición impuesta por Madero había sido que el periódico no se opusiera sistemáticamente a su gobierno ni que lo criticara “de mala fe”. A finales de 1912 se dio un importante acercamiento entre el gobierno y *El Imparcial*. Si bien la gente creía, erróneamente, que el primero había comprado la publicación, en realidad ésta había sido adquirida por Fernando Pimentel y Joaquín Casasús, quienes, pese a ser porfiristas, habían trabado amistad con el secretario de Finanzas, Ernesto Madero, tío del presidente. El acercamiento fue significativo: los editores permitieron la colaboración de maderistas como el exreyista Heriberto Barrón, lo que explica que el periódico perdiera su carácter abiertamente antimaderista. Para desgracia de Madero, el arreglo llegó demasiado tarde, a escasas semanas de su derrocamiento.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Querido Moheno había sido un líder estudiantil antiporfirista. En 1893 comenzó a escribir en *El Demócrata*, periódico en el que colaboraron otros jóvenes escritores, como Heriberto Frías y Heriberto Barrón. Luego trabajó como abogado y desde finales del Porfiriato comenzó a actuar en política, guardando posturas moderadamente críticas, lo que explica su tibia y efímero maderismo. Cfr. *Diccionario...*, vol. II, pp. 150-151.

<sup>22</sup> DHRM, v. VI, doc. 379, p. 222; v. VIII, doc. 985, pp. 288-289; doc. 1013, pp. 338-342; v. IX, doc. 1125, pp. 110-115.



La política de prensa de Madero no se limitó a tratar de seducir a *El Imparcial*; también tuvo ambiciones internacionales. Para comenzar, estableció buenas relaciones con algunos de los más importantes diarios estadounidenses, como *The New York Herald* y *The New York Sun*. Madero les otorgó beneficios financieros a cambio de que distribuyeran noticias sobre México y compró los derechos para reeditar noticias sobre Estados Unidos en México. Además, se subsidió a varios periódicos de la zona fronteriza, como *El Norte de Texas*, de El Paso, y se enviaron a Estados Unidos corresponsales de los principales periódicos promaderistas, como *La Nueva Era*, que lo hizo desde noviembre de 1911. Además, el experimentado político y periodista Heriberto Barrón fue enviado como director de la Agencia Comercial de México en Estados Unidos, más para realizar labores propagandísticas que para fomentar el intercambio comercial entre ambos países.<sup>23</sup>

A pesar de los esfuerzos de Madero, la mayoría de los periódicos estaba en su contra. Finalmente, contra lo aconsejado por su hermano Gustavo, no pudo o no quiso fundar un periódico comprometido con su causa. Éste podría haber sido económico, bien impreso, fácil de leer, breve y aparentemente independiente, con información abundante y confiable.<sup>24</sup> La actitud de la prensa hacia Madero varió de acuerdo con la situación política y militar en el país. Por ejemplo, durante la rebelión orozquista, entre marzo y septiembre de 1912, aunque la prensa estaba contra Orozco, los principales periódicos de la Ciudad de México lo apoyaron de manera indirecta debido al rechazo que éste manifestaba hacia los estadounidenses. Sin duda, esos meses fueron los peores momentos en el conflicto del presidente Madero con la prensa, a la que acusó de exagerar la fuerza y la importancia de Orozco, causando pánico

<sup>23</sup> Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores (en adelante AHSRE), Ramo Revolución, libro encuadrado (LE) 823, exp. 6, f. 29. Véase también DHRM, v. VI, doc. 367, pp. 192-194; doc. 432, pp. 317-319; v. VIII, doc. 885, pp. 111-112.

<sup>24</sup> *Ibid.*, v. VII, doc. 582, pp. 92-93; doc. 588, p. 99.



entre el pueblo, así como temor y desconfianza entre los grupos políticos. Sobre todo, Madero sostuvo que esas exageraciones alentaban las revueltas y dificultaban que los alzados en otras partes del país depusieran sus armas.<sup>25</sup>

Más que apoyar directamente al orozquismo,<sup>26</sup> los principales diarios capitalinos aprovecharon la rebelión para cuestionar la capacidad del gobierno. Éste finalmente entendió la provocación y modificó su actitud ante la prensa. Ciertamente, la relación de Madero con los periódicos y los periodistas era ambigua, volátil y reactiva. Estaba a favor de la prensa libre, siempre y cuando ésta no abusara de la generosidad del gobierno ni lo insultara o ridiculizara de manera gratuita. Aceptaba las críticas a su administración, siempre que fueran “serenas”, y no aprobaba que se ocultara la verdad, ni que se publicaran noticias falsas o exageradas. Sin embargo, fue ingenuo al creer que la solución consistía en concientizar a los periodistas y publicar boletines oficiales. Madero se oponía a sobornar a los periodistas y no buscaba comprar apoyo ni simpatías, comportamiento que consideraba “indigno y bochornoso”. Ya fuera que tolerara las falsas descripciones de la rebelión orozquista o que simplemente fuera débil, lo cierto es que más tarde decidió adoptar “medidas extremas” contra los periodistas que tuvieran el “malsano deseo de escándalo”, encarcelándolos bajo el Código Penal del Distrito Federal que sancionaba a quienes crearan alarma entre la población.<sup>27</sup>

No hay duda de que Madero también trató de frenar las actividades de la prensa, lo mismo legal que ilegalmente. De hecho, hubo varios alegatos de que atacaba la libertad de la prensa, aunque mu-

<sup>25</sup> *Ibid.*, docs. 628, pp. 164-166; doc. 686, pp. 265-276.

<sup>26</sup> Políticamente, los periódicos más importantes iban de moderados a conservadores. Las escasas críticas abiertas a Orozco pueden deberse a que su lucha se libraba lejos de la Ciudad de México. Recuérdense, en cambio, los duros ataques periodísticos contra los rebeldes zapatistas, que operaban en las inmediaciones mismas de la capital y para quienes “bandidos” era el menor de los epítetos recibidos.

<sup>27</sup> DHRM, v. VII, doc. 686, pp. 265-276.



chos de éstos provenían de políticos profundamente cínicos cuyos propios ataques contra la prensa durante el Porfiriato habían sido mucho más graves que los de Madero. A principios de 1912, éste expulsó del país a varios periodistas españoles; más tarde ese mismo año, luego de la rebelión de Félix Díaz, propuso una ley para controlar a la prensa, pero ésta tuvo que ser retirada debido a las muchas protestas en su contra. La censura y los pocos casos de agresión y encarcelamiento contra periodistas antimaderistas durante el golpe militar de febrero de 1913 parecen bastante comprensibles.<sup>28</sup>

Madero sobrevivió a la rebelión orozquista, pero no pudo resistir el cuartelazo a manos de Bernardo Reyes y Félix Díaz, mismo que Victoriano Huerta usaría más tarde en su provecho. ¿Cómo hubiera evolucionado la prensa mexicana de haber sobrevivido el gobierno de Madero, de no haberse convertido Huerta en el usurpador y de no haber ocurrido la revolución constitucionalista? Sin duda, los orígenes de la prensa mexicana moderna no se hallan en 1896, con la creación de *El Imparcial*, sino con el triunfo del constitucionalismo sobre Huerta y, más tarde, sobre los ejércitos convencionalistas. La tendencia despolitizada y justificativa impuesta por Díaz y la libertad en la época de Madero habrían de ser sustituidas por una nueva relación entre la prensa, el gobierno y la sociedad.

#### CARABINAS, SABLES Y MÁQUINAS DE ESCRIBIR

A continuación hubo un periodo de competencia entre las principales facciones revolucionarias contrincantes por ganar el apoyo periodístico para sus causas. Desde inicios de 1913 hasta mediados

<sup>28</sup> Nemesio García Naranjo fue atacado por Joaquín Bauche Alcalde, un conocido maderista ligado al vicepresidente Pino Suárez, a causa de sus artículos en *La Tribuna*. También fue agredido el caricaturista Ernesto García Cabral. José Luis Velasco, colaborador de García Naranjo, al igual que Vicente Garrido Alfaro, de *Las Actualidades*, y Carlos Toro, de *El País*, fueron acusados de agresiones contra Madero.



de 1914 los carrancistas y los huertistas fueron los principales contendientes, mientras que de esa última fecha hasta finales de 1915 o principios de 1916, la lucha fue entre los carrancistas y los villistas.

Con la dictadura de Huerta sobrevino un cambio radical en la prensa de la Ciudad de México. Desaparecieron las críticas al gobierno porque los principales periódicos maderistas que podrían haber criticado al huertismo —como *Diario del Hogar*, de Paulino Martínez— habían desaparecido y porque la mayoría de los periodistas antimaderistas respaldaron al gobierno usurpador, como se hizo evidente con el apoyo de la Asociación de Periodistas Metropolitanos a Félix Díaz. En efecto, el católico *El País* apoyó a Huerta,<sup>29</sup> como también lo hicieron *Multicolor*, *La Prensa*, de Francisco Bulnes y José Luis Velasco, y *Mañana*, de Jesús M. Rábago. Este último ingresó después a la política como secretario personal del propio Victoriano Huerta. A su vez, periódicos como *El Imparcial* encontraron fácil y pronto arreglo con el gobierno, dado que Huerta se mostraba más dispuesto que Madero a repartir subsidios y sobornos. Fue así que *El Imparcial* —dirigido desde finales de 1913 por Salvador Díaz Mirón, uno de los más destacados poetas del país— se convirtió en un firme partidario huertista.<sup>30</sup> Además, aprovechando la oportunidad que se les presentaba, reaparecieron varios periodistas contrarrevolucionarios, como Luis del Toro —exdirector de *El Debate*, combativo periódico reeleccionista y corralista—, para fundar nuevos periódicos que pusieron al servicio del dictador. Tal fue el caso de *El Independiente*, creado en febrero de 1913 y que pronto fue una de las publicaciones gobiernistas más serviles.

<sup>29</sup> Su anterior director, Trinidad Sánchez Santos, murió en 1912, luego de que el gobierno atentara contra su vida y fuera encarcelado brevemente. Véase su biografía, escrita por Luis Islas García, en la antología de Sánchez Santos publicada por Jus en 1945, pp. 11-118.

<sup>30</sup> Puede hallarse una muestra de los editoriales que escribió para *El Imparcial* en Salvador Díaz Mirón, *Prosa*, Leonardo Pasquel (ed.), México, Talleres Gráficos de la Nación (Biblioteca de Autores Veracruzanos), 1954, pp. 217-323.



Las principales características de la prensa bajo el régimen huertista fueron su ideología conservadora, su combatividad política, la capacidad intelectual de sus directores y su afán de lucro. En contraste con la anarquía que trae consigo toda revolución, esta prensa fue ideológicamente homogénea en todo momento. De entrada desacreditó la lucha contra Huerta, calificándola de “separatista”, y lo defendió con el argumento de que era el único capaz de pacificar al país: él habría de establecer y consolidar un gobierno disciplinado que devolvería a la nación a la senda del progreso. Políticamente, fue una prensa de arribistas y especuladores: al sobrevenir la escisión entre los usurpadores y los líderes golpistas, *El Noticioso Mexicano*, abiertamente felicista, prefirió cambiar de bando para estar más cerca del poder y del presupuesto federal, y terminó por volverse firmemente huertista. En lo que concierne a la capacidad intelectual de los líderes de la prensa huertista, además de personalidades literarias como Bulnes y Díaz Mirón, escritores como Carlos Díaz Dufoo y José Juan Tablada actuaron como directores de *El Imparcial* y del *Diario Oficial*, respectivamente.<sup>31</sup>

En cambio, la escasa prensa independiente o crítica que temporalmente pudo sobrevivir en la Ciudad de México tuvo una existencia precaria y riesgosa. Por ejemplo, después de la escisión entre Huerta y el Partido Católico Nacional, el órgano de éste —*La Nación*— sostuvo una posición opositorista moderada.<sup>32</sup> Después de 1913, *El Moderador* se volvió más cáustico. Aunque efímera, fue considerable la oposición de periódicos como *La Voz de Juárez*, de Paulino Martínez y Luis T. Navarro, y *El Voto*, de Heriberto Jara,

<sup>31</sup> *La Idea Libre*, periódico independiente, criticó a tan “ilustrísimos” intelectuales por glorificar a Huerta “quemando públicamente incienso a sus deformes y nauseabundos pies” y por callar “sus innumerables crímenes”. Cfr. DHRM, v. I, doc. 150, p. 361.

<sup>32</sup> El director de *La Nación*, Eduardo J. Correa, por decisión de los jerarcas del partido fue relevado debido a su antihuertismo. Véase el prólogo de Jean Meyer a Eduardo J. Correa, *El Partido Católico Nacional y sus directores*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 17.



quienes fueron perseguidos hasta ser obligados a refugiarse en la clandestinidad, dado el inminente y grave peligro de muerte que corrían. En las postrimerías del huertismo, cuando fue evidente la decadencia del dictador, comenzaron a surgir publicaciones abiertamente opositoras como *La Idea Libre* y *30-30*, cuyos títulos eran una clara alusión a la lucha revolucionaria.<sup>33</sup>

Ante la posibilidad de que Estados Unidos y las potencias europeas buscaran influir en sus respectivos movimientos, Huerta y Carranza se disputaron el apoyo de la prensa estadounidense cuando el segundo fue ganando fuerza cerca de la frontera con aquel país. Como consecuencia del creciente conflicto entre los gobiernos de Woodrow Wilson y Huerta, la prensa de Texas y de toda la Unión Americana se mostraron favorables a Carranza. Entre ellos estaban *El Progreso*, de Laredo, Texas; *El Mercurio*, de Nueva Orleans, y los principales periódicos de la Costa Este. En un intento por contrarrestar esta tendencia, los agentes diplomáticos de Huerta trataron de sobornar a otros periódicos, como *El Guardia del Bravo*, de Laredo, y *El Verbo Latino*, de Nueva Orleans, para que se pasaran del lado de su gobierno y lanzaran campañas contra sus enemigos. La competencia no se limitó a Estados Unidos; también se hizo presente en Europa, donde varios periódicos recibieron subvenciones de Huerta a través de instituciones bancarias interesadas en sostenerlo y de su aliado, el magnate petrolero inglés lord Cowdray. A su vez, agentes carrancistas trabajaron duro con periódicos de Londres, París, Viena y Roma para convencer a los bancos europeos y al propio Cowdray de retirar su apoyo al gobierno usurpador.<sup>34</sup>

Dados los resultados obtenidos, resulta obvio que don Venustiano, un político experimentado, dio enorme importancia a la pren-

<sup>33</sup> DHRM, v. I, doc. 150, pp. 360-366; doc. 152, pp. 367-372. De hecho, *30-30* no se creó entonces, sino que se refundó. Su director fue Diego Arenas Guzmán.

<sup>34</sup> DHRM, v. I, doc. 62, pp. 152-157; v. XIV, doc. 294, pp. 132-133; doc. 455, pp. 380-381; v. XV, doc. 551, pp. 126-131; v. XX, doc. 20, pp. 51-53.



sa y la manejó muy bien. La consideraba fundamental para proyectar una imagen favorable, para desprestigiar a sus enemigos y para convencer a la opinión pública de que la situación no sólo estaba bajo control, sino en proceso de franca mejoría y que él era la única opción.

Hombre atento a la historia, Carranza no estaba dispuesto a que él y su gobierno fueran desprestigiados, “como había ocurrido en los tiempos de Madero”.<sup>35</sup> Al margen del respaldo recibido por la prensa estadounidense, Carranza dispuso que se publicaran periódicos locales conforme avanzara el dominio político-militar de su ejército. Así, cuando logró establecer un sistema de gobierno en Sonora, a finales de 1913, fundó *El Constitucionalista*, órgano oficial de su movimiento, que se publicaba donde él fuera estableciendo su cuartel general en su avance hasta tomar la Ciudad de México y triunfar sobre Huerta en agosto de 1914.

Con la derrota de Huerta y la ocupación de la capital del país por las fuerzas carrancistas, la prensa se institucionalizó. Por un lado, Carranza incorporó a periódicos opositores, como *El Radical*, que había surgido durante la crisis final del huertismo y en el que escribían intelectuales y políticos veteranos del maderismo. Algunos de ellos, como Jesús Urueta, Alfonso Cravioto, Enrique Bordes, José Inés Novelo y los hermanos Zamora Plowes, eran periodistas experimentados. Por otra parte, Carranza de inmediato tomó decisiones políticas simbólicas: incautó los talleres de *El Imparcial*, que había apoyado a Díaz y a Huerta, para que se comenzara a publicar ahí mismo *El Liberal*, en el que participaron Jesús Urueta y otros colaboradores cercanos, como Gerzayn Ugarte, Ciro B. Ceballos y Luis Cabrera. Por último, Carranza pronto nombró a Alfredo Breceda —uno de sus asistentes más allegados— director general de la prensa revolucionaria, con el objetivo de unificar la orientación de todos los periódicos en favor de la Revolu-

<sup>35</sup> Archivo de la Defensa Nacional (en adelante AHDN), XI/481. 5/255, c. 126, ff. 85-86.



ción. Resulta evidente que Carranza no deseaba una prensa plural y crítica.<sup>36</sup>

Sin embargo, poco después del triunfo sobre Huerta estalló la pugna entre Carranza y las otras facciones revolucionarias (Villa y Zapata), por lo que se libró una nueva batalla periodística, ahora entre constitucionalistas y convencionistas. Durante más de un año, la prensa se vio influida por los acontecimientos políticos y militares, sobre todo el control de la Ciudad de México, que pasaba de un bando al otro. Durante este periodo de “guerra de facciones” prevaleció el interés por usar la prensa beligerante para fines propagandísticos. No en balde Rafael Martínez, uno de los periodistas carrancistas más importantes, afirmó que los principales instrumentos en la lucha eran “armas y periódicos”.<sup>37</sup>

Los villistas y los zapatistas carecían de políticos competentes, pero entendían el poder político de la prensa y buscaron usarla con propósitos de propaganda. Así lo demuestra la publicación de *Vida Nueva* y *El Sur* en las regiones que dominaron luego de derrotar a las fuerzas huertistas,<sup>38</sup> y el subsidio villista a *El Paso Morning Times*, que se publicaba en inglés en Texas con una sección en español abiertamente villista. Entre finales de 1914 y mediados de 1915, hubo varios periódicos convencionistas en general, así como algu-

<sup>36</sup> A Carranza también le preocupaba el suministro de papel, cuya importación alentó, dado que la producción nacional resultaba insuficiente.

<sup>37</sup> *El Demócrata*, 28 de noviembre de 1915. Rafael Martínez fue, en efecto, uno de los periodistas más importantes durante el decenio de 1910 a 1920. Como antiporfirista, colaboró en *El Demócrata*, de Madero, y, al triunfo del constitucionalismo, de manera estratégica organizó un periódico con el mismo nombre, amparado ya en su célebre seudónimo *Rip-Rip*.

<sup>38</sup> AHSRE, RR, LE 799, exp. 10, f. 2. *Vida Nueva* fue el periódico semioficial del villismo. Publicado en la ciudad de Chihuahua entre 1913 y 1915, fue auspiciado por Silvestre Terrazas, cuyo periódico *El Correo de Chihuahua* había sido la publicación opositorista más importante de la entidad años atrás. A su vez, en Morelos se publicó *El Eco del Sur* durante dos periodos: uno a finales de 1914 y otro entre 1915 y 1916; *El Sur* surgió en 1917. Véase *Diccionario...*, vol. II, p. 608; vol. IV, pp. 401, 657.



nos de filiación específicamente villista o zapatista. Tan pronto la Convención se estableció en Aguascalientes, se declaró soberana y tomó el control del gobierno. A fines de 1914, creó su periódico oficial, *La Convención*, dirigido por Heriberto Frías, un cronista de la campaña militar de don Porfirio que se había convertido en periodista de oposición en Sinaloa.<sup>39</sup>

Una vez dominada la Ciudad de México por los ejércitos y gobiernos convencionistas, durante la primera mitad de 1915, se crearon otros periódicos como plataformas de apoyo —no como órganos oficiales— de los diferentes grupos que conformaban el convencionismo. Entre ellos estaban *La Opinión*, editado por Joaquín Ramírez Cabañas, que circuló entre diciembre de 1914 y enero de 1915; *El Monitor*, publicado por Heriberto Frías hasta mayo de 1915; y *El Norte*, editado a partir de abril de 1915 por el anarcosindicalista Rafael Pérez Taylor.<sup>40</sup> Las escisiones entre los convencionistas fueron constantes y graves. Una vez que el grupo zapatista obtuvo el control del gobierno convencionista, a mediados de 1915, suprimió los periódicos de orientación villista y fundó uno propio, *El Renovador*. Éste pronto fue trasladado a Cuernavaca, donde Antonio Díaz Soto y Gama hizo aportaciones excepcionales.<sup>41</sup>

Desde luego, Carranza no ignoró el uso de la prensa en su lucha contra la Convención. En su disputa con villistas y zapatistas por el apoyo popular, la prensa carrancista pugnó por el cambio social y se caracterizó por su estilo propagandístico y didáctico. Contaba

<sup>39</sup> Heriberto Frías era un soldado porfirista con vocación de escritor. Mientras participaba en la campaña contra los habitantes de Tomóchic, en 1892, escribió una crónica espléndida, lo que le costó su salida del ejército. A partir de entonces se dedicó al periodismo y cobró fama como director de *El Correo de la Tarde*, de Mazatlán, el principal periódico opositorista en Sinaloa a finales del Porfiriato. Al respecto, véase la obra de Antonio Saborit, *Los doblados de Tomóchic*, México, Cal y Arena, 1994.

<sup>40</sup> Rafael Pérez Taylor tenía la experiencia de haber colaborado en el periódico maderista *Nueva Era*.

<sup>41</sup> *El Renovador* fue fundado por el tipógrafo Luis Méndez. Se publicó durante el periodo del gobierno convencionista-zapatista.



para ello con periodistas leales y capaces, así como con intelectuales agudos y flexibles. La guerra de prensa de Carranza se remonta a finales de 1914, con la fundación, en Veracruz, de *El Pueblo*, el periódico oficial del constitucionalismo. Incluía a colaboradores prestigiosos como Félix Palavicini, José Inés Novelo, Antonio Madero, Diego Arenas Guzmán y Gonzalo de la Parra. Casi al mismo tiempo se comenzó a publicar en Orizaba *La Vanguardia* —parteaguas en la historia del periodismo mexicano—, con ilustraciones de José Clemente Orozco y columnas escritas por el Dr. Atl, Manuel Becerra Acosta y Luis Castillo Ledón.<sup>42</sup> Poco después quedó clara la pretensión carrancista de ampliar y diversificar la prensa que tenían bajo su control, con la fundación de *La Prensa*, dirigida por Félix Palavicini.

El triunfo del constitucionalismo y su control definitivo de la capital del país trajo, desde mediados de 1915, cambios a la prensa y a la política de propaganda. Acaso el más importante fue la creación de periódicos con apoyo total del gobierno, pero a los que no se dio carácter oficial. El objetivo era obvio: enviar mensajes políticos sin tener que asumir responsabilidad directa por ellos. El caso extremo fue *El Demócrata*, encabezado por Rafael Martínez, quien tres años antes había propuesto a Madero crear un periódico independiente pero favorable. Otra innovación fue la creación de periódicos menores dirigidos por periodistas carrancistas de confianza. Su finalidad también era clara: transmitir mensajes políticos con absoluta legitimidad pero dirigidos a un universo de lectores más pequeño. Estos medios daban a conocer ciertas posturas, inquietudes y promesas gubernamentales, mas sin demasiado compromiso. Los mejores ejemplos de ellos son *El Mexicano*, también dirigido por Palavicini y, sobre todo, *La Discusión*, dirigido por Rafael Martínez, quien pugnaba por cambios sociales profundos.

<sup>42</sup> Respecto a la fundación de *El Pueblo*, véase Félix Palavicini, *Mi vida revolucionaria*, México, Ediciones Botas, 1937, pp. 255-258.



## MANIPULACIÓN Y PROFESIONALIZACIÓN

Los cambios experimentados por la prensa hacia 1916 y 1917 fueron de tal magnitud que puede afirmarse que esos años fueron el momento decisivo en el proceso de modernización del periodismo mexicano. La fundación de *El Universal*, en octubre de 1916, y de *Excelsior*, en marzo de 1917, hace de este periodo un punto de inflexión más importante que el de 1896, cuando se creó *El Imparcial*. La razón fue la promulgación de la Constitución de 1917 que garantizaba la libertad de prensa. Sin embargo, el proceso de modernización no fue apacible; por el contrario, la prensa fue uno de los asuntos prioritarios de Carranza por su carácter crucial en la lucha política revolucionaria.

Con la desaparición de los periódicos partidarios del *ancien régime*, Carranza basó su política de prensa en el periódico semioficial *El Pueblo*. Temeroso de que este órgano pudiera convertir a quien estuviera al frente en un rival, don Venustiano cuidó que siempre estuviera dirigido por periodistas experimentados y leales, carentes de carisma y fuerza política propia. Resulta obvio que Carranza quería que *El Pueblo* ofreciera más ideología y propaganda que información, por lo que lo encargó personalmente a Palavicini<sup>43</sup> y a otros intelectuales empleados en la Secretaría de Educación Pública, y no en la Secretaría de Gobernación.<sup>44</sup> Esta

<sup>43</sup> Sobre la actuación de Palavicini en *La Prensa* y *El Mexicano*, véase Francisco Tapia Ortega, "Cara y cruz de un periodista mexicano", *Revista Mexicana de Ciencia Política*, 109, pp. 123-134. Para una visión general de la evolución y las vicisitudes del periodismo mexicano durante el proceso revolucionario, véase el capítulo XIII de la obra editada por Ma. del Carmen Ruiz Castañeda citada en la nota 2, escrito por ella misma, así como el capítulo XIV, cuyo autor es Luis Reed.

<sup>44</sup> A mediados de 1916, *El Pueblo* era dirigido por José Inés Novelo, profesor y poeta que gozaba de gran influencia con Pino Suárez. Heriberto Barrón, quien se había encargado de la cobertura de prensa de Madero en Estados Unidos, pasó a ser su más cercano colaborador.



decisión provocó ineficiencia, conflictos y celos entre el grupo dirigente.<sup>45</sup> Cuando Palavicini inició su propio periódico, *El Universal*, don Venustiano decidió controlar a la prensa mediante un asistente personal y con el secretario de Gobernación. No fue sino hasta la entrada en vigor de la Constitución de 1917, y siendo ya presidente constitucional, cuando Carranza pudo —y se vio obligado a— encargar los asuntos de la prensa a un funcionario designado formalmente.<sup>46</sup>

Hacia mediados de 1916, Carranza decidió que no convenía agobiar a los periódicos semioficiales con la responsabilidad de representar ciertas posiciones políticas; por el contrario, resultaba más conveniente promover periódicos favorables, aparentemente independientes. Así, apoyó a *El Demócrata* y *El Universal*, al tiempo que buscó dar a *El Pueblo* una apariencia de mayor libertad.<sup>47</sup> Sin embargo, ante la fuerza de estos periódicos semiindependientes y la importancia que cobraba el joven *Excelsior*,<sup>48</sup> *El Pueblo* entró en una severa crisis. El gobierno le pidió a Heriberto Barrón que intentara rescatarlo, pero ya poco podía hacerse: *El Pueblo* necesitaba mayor autonomía administrativa y una reorganización total. Barrón sugirió que se designara a un nuevo gerente para mejorar el periódico en términos de información, edición y mercadotecnia.<sup>49</sup>

Otra característica de la actitud de Carranza respecto a la prensa fue su manera de hacer frente a los periódicos verdaderamente independientes. Un primer enfoque fue la competencia en el mercado. Para evitar competir con los periódicos más serios —todos los cuales eran ediciones matutinas—, la prensa opositora y radical

<sup>45</sup> Palavicini y sus colaboradores en la Secretaría de Instrucción Pública también controlaban *El Mexicano* y otros periódicos.

<sup>46</sup> APEC, gav. 51, exp. 26, 4302.

<sup>47</sup> DHRM, v. XVII, doc. 876, pp. 426-427.

<sup>48</sup> Véase Laura Navarrete Maya, *Excelsior en la vida nacional (1917-1925)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.

<sup>49</sup> Archivo Venustiano Carranza (en adelante AVC), c. 133, docs. 15125, 15150.



circulaba a mediodía o en la tarde. Por ello don Venustiano alentó una serie de periódicos vespertinos serios, “para obstaculizar la propaganda de las hojas impúdicas y chorreantes de cieno que actualmente se publican a la hora indicada”.<sup>50</sup>

Deseoso de proyectar la imagen de alguien respetuoso de las leyes, Carranza promulgó una ley contra los delitos de la prensa, mientras que el Congreso reglamentó los artículos 6º y 7º de la nueva Constitución. El primero consideraba delito el ataque contra la vida privada y la moral de una persona, publicar cualquier exposición “maliciosa [...] que tenga por objeto desprestigiar, ridiculizar o destruir las instituciones fundamentales del país”, así como “publicar noticias que adulteren los hechos, buscando perturbar la paz o la tranquilidad” del país. Si bien Carranza no pretendía criminalizar las críticas a los funcionarios o empleados públicos cuando éstas estuvieran bien documentadas y fueran respetuosas, sí se mostró inflexible en lo concerniente a las injurias. Obviamente, los peores castigos eran para quienes incitaban a la “anarquía” o la “rebelión”.<sup>51</sup> Don Venustiano y sus colaboradores también recurrieron a medidas extremas, incluso ilegales, contra los periódicos y periodistas que se mostraban reacios a entrar en cintura. La más famosa de esas medidas fueron los rudos viajes “de rectificación”, que consistían en enviar a los periodistas, bajo estrecha vigilancia, a constatar la falsedad o exageración de las notas que habían publicado. Así fueron llevados René Capistrán Garza y Agustín Arreola a Chihuahua, Alfonso Barrera Peniche a Tampico y Ruz Quijano a un lugar desconocido.<sup>52</sup>

<sup>50</sup> *Ibid.*, c. 118, doc. 13366.

<sup>51</sup> *Diario Oficial*, 12 de abril de 1917. La ley no fue promulgada como o cuando lo quería Carranza. Meses después se seguía discutiendo el asunto y eran muchos los políticos partidarios de la libertad de prensa, no tanto por el principio implícito como por obstaculizar el trabajo de gobierno de don Venustiano.

<sup>52</sup> AHDN, IX/481. 5/297/c. 142, ff. 68-69; AVC, c. 135, doc. 15481. *El Demócrata*, 26 de abril de 1918. Cfr. René Capistrán Garza, *Andanzas de un periodista*, México, Atisbos, 1958; Salvador Pruneda, *Periódicos y periodistas*, México, Editores de Revistas Ilustradas, 1975, pp. 57-58.



Las terribles condiciones físicas en que se daban y la amenaza que llevaban implícita dieron lugar a que estos viajes fueran vistos como secuestros o como una forma de cautiverio móvil.

Carranza también buscó mantener una campaña constante en la prensa estadounidense, mediante varios mecanismos. Éstos incluían la edición en la ciudad de Washington de una publicación oficial del gobierno mexicano —*The Mexican Review*— y el total financiamiento de periódicos, así como negociaciones diplomáticas para que el gobierno de Estados Unidos presionara a la prensa de ese país a fin de que le fuera favorable a México.<sup>53</sup> Sin embargo, poco podía hacerse. Por razones culturales y comerciales, incluso los “más sensibles” entre los periódicos estadounidenses guardaban una actitud “alarmista” respecto a México, al margen de sus tendencias políticas y era peor aún si tenían algún interés político o económico para atacar al gobierno de México. Un ejemplo fue la “violenta campaña de prensa” promovida por la Asociación Nacional para la Protección de los Intereses de los Estadounidenses en México, que consistió en “animar la obra de los rebeldes y en criticar acremente al gobierno carrancista con el objeto de provocar la intervención armada en México”.<sup>54</sup> La situación nacional era descrita de forma tan negativa que el gobierno llegó a expulsar del país al corresponsal de la Associated Press.<sup>55</sup>

Para Carranza, la campaña de prensa en Estados Unidos era imprescindible para contrarrestar a los periódicos publicados en ese país por el exilio mexicano, los cuales eran alarmistas, poco informativos y sumamente politizados. Por ejemplo, fue notable la competencia entre *El Paso Morning Times*, villista, y *El Paso del Norte*, carrancista. El primero resultaba especialmente dañino porque sus

<sup>53</sup> AHDN, XI/481. 5/99/ c. 46, ff. 54-60; c. 47, ff. 298-304. AHSRE, RR, LE 799, exp. 7. *The San Antonio Light*, 5 de mayo de 1917, en AVC, c. 112, doc. 12912.

<sup>54</sup> AHSRE, RR, LE 802, exp. 7, f. 57; LE 849, exp. 1, ff. 67-68. AVC, c. 135, doc. 15435. DHRM, v. XVII, doc. 803, pp. 296-298.

<sup>55</sup> *El Universal*, 18 de octubre de 1917.



artículos eran reproducidos por muchos periódicos en todo Estados Unidos, particularmente en los estados fronterizos de Nuevo México, Arizona y Texas.<sup>56</sup> Como solución a este problema, los carrancistas se propusieron fortalecer *El Paso del Norte*, que carecía de recursos y de una buena circulación. Buscaron, asimismo, impedir temporalmente la venta de otros periódicos en las poblaciones mexicanas de la frontera. Estas medidas no dieron resultado debido, sobre todo, a que hubiera sido extremadamente costoso competir con *El Paso Herald*, el periódico más influyente de esa ciudad. Además, el principal mercado de *El Paso Morning Times* no era Ciudad Juárez o alguna otra población chihuahuense sino Texas, donde, obviamente, era imposible impedir su circulación. El declive de la prensa villista, así como la del villismo en su conjunto, se dio cuando Villa se convirtió en enemigo de Estados Unidos.

También era necesario combatir las publicaciones de los exportiristas y exhuertistas que para entonces radicaban en Estados Unidos. La más importante de ellas fue el semanario *Revista Mexicana*, publicado entre 1915 y 1920 en San Antonio, Texas, por Nemesio García Naranjo, quien había sido director del antimaderista *La Tribuna* y después secretario de Instrucción Pública con Victoriano Huerta.<sup>57</sup> Otro importante órgano antirrevolucionario fue *El Herald de México*, publicado en Los Ángeles, California, por “los Científicos más prominentes” de la ciudad. Otros periódicos similares —como *La Crónica*, de San Francisco, dirigido por Joaquín Piña, exreportero de *El Imparcial*—, tuvieron menos éxito debido a que se publicaban en lugares con poblaciones mexicanas más pequeñas. Su fracaso también se debió a la declinante fuerza política de

<sup>56</sup> Agentes villistas también abrieron una oficina de información en Nueva York. AHDN, XI, 481. 5/76, c. 30. AHSRE, RR, LE 799, exp. 7, ff. 49-50; LE 800, exp. 3, ff. 10 y 15; LE 802, exp. 7, f. 108; LE 803, exp. 8, f. 2.

<sup>57</sup> Para García Naranjo, *La Tribuna* era más que un periódico: era el “cuartel general” de los mexicanos en el exilio, quienes lo habían recibido con “entusiasmo desbordante” debido a su “actitud combativa”. Cfr. García Naranjo, *Memorias*, vol. VIII, pp. 149-155, 223-228, 293-305.



los grupos que patrocinaban las publicaciones opositoras. Tal fue el caso de *El Nacional*, órgano del llamado Partido Nacionalista, publicado por “Velazco” a finales de 1916.<sup>58</sup>

Para contrarrestar a la prensa opositora y mejorar su imagen en Estados Unidos, el gobierno carrancista recurrió a diversas técnicas. Además de fundar y financiar varios periódicos gobiernistas, los agentes consulares tenían la misión de sostener una campaña propagandística permanente. Sin embargo, éstos afirmaban tener muchas dificultades para hacerlo por carecer de información oportuna y adecuada de México, lo que permitía a los periódicos estadounidenses aceptar o inventar y publicar “toda clase de noticias” y “cualquier rumor, por descabellado que parezca”. Los cónsules sostenían que desmentir esas notas era muy difícil, porque no podían “suplicar hospitalidad a los mismos periódicos que de continuo nos atacan”, y porque “negar una noticia nunca tiene el mismo alcance que la publicación de la noticia original”.<sup>59</sup>

Otra característica de la prensa mexicana bajo el carrancismo fue su hábil manejo de la política interior y de la exterior, si bien es evidente que Carranza tuvo mayor éxito en esta última. En efecto, a través de algunos periódicos favorables, aunque independientes en esencia, don Venustiano buscó criticar el militarismo y, en contraste, enaltecer las instituciones civiles, porque sinceramente prefería un gobierno civil y también porque buscaba frenar el creciente poder político de generales como Álvaro Obregón y Pablo González.

<sup>58</sup> AHSRE, RR, LE 799, exp. 17, f. 50; LE 803, exp. 9, ff. 3, 11; DHRM, v. xvii, doc. 733, p. 9. Este “Velazco” era, probablemente, José Luis Velasco, experimentado periodista contrarrevolucionario que no debe confundirse con don Ignacio Lozano, quien por entonces publicaba *La Prensa*, el periódico más importante de la comunidad mexicana-estadounidense de San Antonio, Texas. Cfr. Francine Medeiros, “*La Opinión*. A Mexican Exile Newspaper”, *Aztlán*, 11, 1, primavera de 1980, pp. 65-87.

<sup>59</sup> AHSRE, RR, LE 799, exp. 7, ff. 49-50; LE 802, exp. 7; LE 803, exp. 8, f. 50; DHRM, v. xiii, doc. 201, pp. 253-255. Hubo cónsules que buscaron, infructuosamente, que las autoridades locales estadounidenses prohibieran la publicación de periódicos anticarrancistas.



¿Alentó Carranza la campaña periodística contra los militares o simplemente la toleró para luego cosechar sus beneficios? Comoquiera que haya sido, la prensa carrancista tuvo que suavizar la campaña antimilitarista, la cual se mantuvo sólo en los periódicos independientes, como *Excelsior*. Sin duda, la fuerza política de los militares y la necesidad de contar con su colaboración para combatir los numerosos movimientos rebeldes que asolaban al país obligaron a Carranza a modificar o posponer esa estrategia: una fractura entre civiles y militares era demasiado riesgosa. Así, *El Nacional*, fundado a finales de 1915 por Gonzalo de la Parra, fue cerrado en marzo de 1917 debido a la tormenta política que provocó un editorial titulado “El privilegio de las águilas”.<sup>60</sup> Asimismo, *El Universal* se propuso denunciar los abusos del Ejército Constitucionalista, para ayudar a don Venustiano en sus esfuerzos por disciplinarlo. La actitud del periódico fue considerada como un ataque contra ciertos miembros del ejército, particularmente Obregón. Estuvo a punto de costarle la vida a Palavicini, su director, cuando Benjamín Hill, jefe de la guarnición de la Ciudad de México, echó mano de una estrategia común en el periodo revolucionario al pretender aplicarle una ley expedida en 1862 que imponía pena de muerte a quien atacara al ejército. El periodista se salvó al refugiarse en el domicilio del encargado de Negocios de Inglaterra.<sup>61</sup> Para evitar que los militares lo acusaran de complicidad, Carranza enfrió su relación con Palavicini.

<sup>60</sup> Gonzalo de la Parra era muy cercano a Palavicini, quien afirma que el artículo en cuestión apareció en *El Sol* y, si bien era “vehemente”, también era “oportuno”. Cfr. Palavicini, *Mi vida...*, pp. 401-402, 419-420. Para sus antecedentes, véase Gonzalo de la Parra, *De cómo se hizo revolucionario un hombre de buena fe*, México, s.e., 1915.

<sup>61</sup> Palavicini, *Mi vida...*, pp. 359-360, 398-435. Avalado por esa experiencia, y para no ser menos heroico que los militares, Palavicini afirma que en épocas de convulsión social y política era tan riesgoso ser soldado como periodista, pues unos y otros sostenían “combates del convencimiento [...] y la atracción popular”. Cfr. APEC, gav. 51, exp. 26, 4302.



Carranza pudo hacer un mejor manejo de la prensa en los asuntos de política exterior. Por aquellos años la Primera Guerra Mundial arrasaba Europa y ante ella México se declaró neutral. Don Venustiano hizo gala de su carácter como estadista al hacer un extraordinario malabarismo diplomático. No apoyó a Estados Unidos y a los Aliados, pero la actitud de *El Universal*, abiertamente favorable a éstos, lo protegía contra la acusación de serles contrario. Por el otro lado, *El Demócrata*, también ligado a su administración, era claramente germanófilo, lo que le daba ventaja ante Estados Unidos a cambio de modificar la orientación de dicho periódico. Las tendencias germanófilas de *El Demócrata* también tenían el objetivo político interno de obtener el apoyo de los numerosos mexicanos nacionalistas y antiestadounidenses.<sup>62</sup>

Carranza no podía ser acusado de favorecer a un determinado país en tanto *El Universal* y *El Demócrata* mantuvieran sus posturas opuestas; más aún, ello le permitía mantener una buena relación con quienquiera que fuera ganando. Dado que para 1917 podía anticiparse la victoria de los Aliados, la posición de *El Demócrata* debe entenderse sobre todo como un instrumento para ejercer presión sobre Estados Unidos. ¿Alentó Carranza las tendencias de ambos periódicos o simplemente las aprovechó a su favor? Se benefició tanto política como económicamente del hecho de contar con dos periódicos opuestos durante la guerra: dado que cada uno de ellos comenzó a recibir apoyo de la embajada o la comunidad de residentes extranjeros respectiva, pudo reducirse el financiamiento gubernamental que se les daba.<sup>63</sup>

<sup>62</sup> Ocasionalmente, la polémica estuvo a cargo de periódicos como *Cuarto Poder*, en apoyo de *El Universal*, y *Redención*, en apoyo de *El Demócrata*. Cfr. DHRM, v. XVII, doc. 845, pp. 372-374; doc. 859, pp. 402-404; doc. 861, pp. 405-406; doc. 864, pp. 411-412.

<sup>63</sup> Palavicini fue acusado constantemente de obtener financiamiento estadounidense, mientras que Rafael Martínez lo fue de recibirlo de los alemanes. Cfr. *ibid.*; Palavicini, *Mi vida...*, p. 369. Como muestras de estas acusaciones mutuas, véanse *El Universal*, 3, 11 y 14 de marzo; 25 de junio; 3, 11, 15 y 26 de agosto de 1918; y *El Demócrata*, 6 y 27 de mayo de 1918.



Por último, el acalorado debate también podía tomarse como prueba de la libertad de expresión que existía en México.

La relación entre el gobierno y estos periódicos no debe reducirse a un fácil control o una astuta manipulación por parte del primero. Las relaciones con *El Demócrata* no fueron muy conflictivas, pero *El Universal* sí criticó severamente la neutralidad del gobierno al atacar, no a Carranza, sino al secretario de Relaciones Exteriores, Cándido Aguilar. Debido a los problemas suscitados por sus ataques contra los militares, Palavicini tuvo que dejar *El Universal* entre 1917 y 1918. El gobierno asumió entonces su control, de manera indirecta, a través de dos de los más cercanos colaboradores de Carranza: Alfredo Breceda y Rafael Nieto, secretario de Hacienda.

Una vez concluida la guerra europea, y al ser inminente la sucesión presidencial, Carranza consideró necesario que Palavicini retomara la dirección del periódico para encabezar la campaña contra Obregón en caso de que éste decidiera buscar la presidencia.<sup>64</sup>

A pesar de todas las precauciones tomadas, Obregón llegó al poder, una nueva etapa histórica comenzó y la Revolución concluyó muy pronto. La prensa nuevamente habría de experimentar cambios profundos: aparecieron nuevos periódicos y su relación con el gobierno fue más estable. Durante la guerra revolucionaria, se fundaron varios periódicos: *Excelsior* y *El Universal* en la Ciudad de México, *El Informador* en Guadalajara, *El Mundo* en Tampico y *El Porvenir* en Monterrey. Es evidente que los años siguientes habrían de mejorar para el periodismo nacional<sup>65</sup> y que no se ha re-

<sup>64</sup> *El Demócrata*, 5 de mayo de 1917 y 5 de mayo de 1918; *El Universal*, 22 de junio y 12 de agosto de 1917; Palavicini, *Mi vida...*, pp. 355, 360-361, 369.

<sup>65</sup> Otras dos épocas determinantes para el periodismo mexicano son la segunda mitad de los treinta y principios de los cuarenta, cuando reapareció *La Prensa* y se fundaron *Novedades* y *El Nacional*. Asimismo, a mediados de los setenta y principios de los ochenta se transformó *Excelsior* y surgieron *Unomásuno*, *La Jornada* y el semanario *Proceso*.



petido un periodo tan complejo como el de la Revolución. La libertad de prensa que se disfrutó durante el maderismo, tan breve como inusitada, la alianza entre intelectuales de prestigio y Huerta, la competencia propagandística entre los distintos gobiernos y grupos sociales que se enfrentaron en los años revolucionarios y el debate periodístico en torno a la Primera Guerra Mundial son todos aspectos fascinantes de la historia de la Revolución mexicana. Sin duda, fueron decisivos en el resultado final de la Revolución.







## VASCONCELOS Y LOS LIBROS: EDITOR Y BIBLIOTECARIO\*

*Para Lorenza, una maestra  
como las quería Vasconcelos,  
y una maestra como las  
que México necesita*

### LA LECTURA COMO VOCACIÓN

José Vasconcelos participó a todo lo largo de la Revolución mexicana, pero su lucha no fue hecha con las armas. Su contribución tampoco fue política o ideológica. Su aportación fue cultural. Vasconcelos fue un hombre de letras: lector contumaz, prolífico autor, ambicioso editor y bibliotecario generoso. No son pocos los que señalan que el antecedente principal, aunque indirecto, del proyecto que llevó a la creación de los ‘libros de texto gratuitos’ fue el programa editorial de José Vasconcelos, personaje mítico y polémico, de notorios claroscuros. La afirmación tiene varios fundamentos: los creadores directos de los ‘libros de texto’, a mediados del siglo xx, fueron Jaime Torres Bodet, colaborador de Vasconcelos cuando éste fuera rector y secretario de Educación Pública, y Martín Luis Guzmán, su compañero en el Ateneo de la Juventud.<sup>1</sup>

\* Una primera versión de este ensayo fue publicada en *Entre paradojas: a 50 años de los libros de texto gratuitos*, Rebeca Barriga (ed.), México, El Colegio de México–Secretaría de Educación Pública–Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, 2011, pp. 65-94. Aquí se publica una versión notablemente enriquecida.

<sup>1</sup> Véase el libro de Juan Hernández Luna, *La Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos (En el sexenio de Adolfo López Mateos, 1959-1964)*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1986.



La afirmación podría ser exagerada, pues la antigua cercanía de Vasconcelos con Torres Bodet y con Guzmán no permite asegurar que a él corresponde la paternidad de este gran proyecto editorial del Estado mexicano. Por otra parte, la afirmación podría resultar parcial, pues en realidad Vasconcelos diseñó toda una política relativa a la lectura, que incluía campañas de alfabetización y construcción de bibliotecas, y no sólo edición de libros escolares.<sup>2</sup>

El que Vasconcelos tuviera todo un programa comprehensivo sobre los libros y la lectura dependió de su biografía,<sup>3</sup> aunque no deben menospreciarse ciertas influencias de otros educadores notables, como la atribuida al educador soviético Anatoli Lunacharski y como la aceptada por él respecto al escritor catalán Eugenio D'Ors.<sup>4</sup> Al margen de estas influencias, es un hecho que Vasconcelos fue siem-

<sup>2</sup> Para unos acercamientos a la política editorial de Vasconcelos véase Felipe Garrido, "Ulises y Prometeo. Vasconcelos y las prensas universitarias", en Álvaro Matute y Martha Donís (comps.), *José Vasconcelos: de su vida y su obra. Textos selectos de las Jornadas Vasconcelianas de 1982*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, pp. 179-199; Engracia Loyo, "La lectura en México, 1920-1940", en *Historia de la lectura en México*, México, El Colegio de México-Ediciones del Ermitaño, 1988, pp. 243-293, y Enrique Krauze, "Vasconcelos: libros, aulas, artes", *Letras Libres*, 139, julio de 2010, pp. 40-45. Obviamente, también debe consultarse la admirable obra de Claude Fell, *José Vasconcelos, los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, pp. 479-521.

<sup>3</sup> Véase su autobiografía en *Memorias*, 2 tt., México, Fondo de Cultura Económica, 1983-1984. La primera edición de sus memorias —*Ulises criollo, La tormenta, El desastre y El proconsulado*— apareció bajo el sello de la Editorial Botas entre 1935 y 1939. Consúltense también José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977; Enrique Krauze, "Pasión y contemplación en Vasconcelos", *Vuelta*, 78 y 79, mayo y junio de 1983, y Martha Robles, *Entre el poder y las letras. Vasconcelos en sus memorias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

<sup>4</sup> Vasconcelos, casi nunca modesto, reconoció la influencia de D'Ors en forma clara, al decir que "uno de los modelos que con más fidelidad imitamos fue el ideado por Eugenio D'Ors en sus bibliotecas de la Mancomuni-



pre un lector, desde niño, pero uno que padeció las pobreza de las empresas editoriales y de los repositorios bibliográficos del México de finales del siglo xix y principios del xx.<sup>5</sup> Por lo tanto, su proyecto en cuanto a edición de libros y a construcción de bibliotecas fue una respuesta a sus experiencias vitales, así como producto de un claro y atinado diagnóstico sobre la situación bibliotecaria y editorial del México posrevolucionario. También provenía su ambicioso plan de una doble convicción íntima: primero, que la Revolución tenía tantos compromisos agrarios y laborales como educativos; segundo, que la auténtica regeneración política y socioeconómica del país debía ser acompañada o precedida de una regeneración espiritual.

La familia de José Vasconcelos pertenecía a la clase media pueblerina, y el empleo del padre en el ramo de aduanas los obligó a llevar una vida itinerante. Sus primeras lecturas las hizo en su casa: por un lado, el *México a través de los siglos* y la *Geografía* y los *Atlas* de Antonio García Cubas, probablemente adquiridos por su padre; por el otro, libros católicos proporcionados por su madre: uno de ellos, *El genio del cristianismo*, de Chateaubriand, provocó “el acontecimiento libresco de todo aquel periodo de mi vida”.<sup>6</sup> En cuanto a bibliotecas escolares, su primer recuerdo se remonta al instituto donde estudió la primaria superior en Campeche, cuya biblioteca era un auténtico “santuario”. Su memoria no puede ser más expresiva: “entraba a ella con emoción”, pues “nunca había tenido a mi alcance tal número de libros”. Un Vasconcelos visionario prometió rotundamente: “desde entonces me quedó la idea de hacer, alguna vez, una biblioteca más grande”.<sup>7</sup>

dad catalana. Sus listas de obras nos sirvieron en muchos casos de base para formular las nuestras”. Cfr. José Vasconcelos, *Indología. Una interpretación de la cultura ibero-americana*, París, Agencia Mundial de Librería, s./f., p. 165.

<sup>5</sup> Vasconcelos reconoció que su pobreza y la de las bibliotecas mexicanas habían “contenido la avidez de su apetito” por los libros. Cfr. *Ulises criollo*, en *Memorias*, I, pp. 365-366.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 42 y 97.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 96.



Poco tiempo después, ya radicado en la Ciudad de México para estudiar la Preparatoria y la ‘carrera’ de Jurisprudencia, Vasconcelos utilizaría las bibliotecas de ambas escuelas, así como la Biblioteca Nacional, “mal adaptada” en la exiglesia de San Agustín.<sup>8</sup> Al estallar la Revolución Vasconcelos tuvo que radicarse en Estados Unidos, y fue entonces cuando pudo comparar las condiciones bibliográficas de ambos países, calibrando la atención que el gobierno y la sociedad norteamericana ponían en sus bibliotecas públicas: acervos ricos y actualizados, plurales en términos étnicos, ideológicos y religiosos, bien instalados. Dado que el estallido de la lucha maderista lo llevó a Nueva York y a Washington, ahí, “aprovechando que no tenía amigos ni dinero para diversiones”, se dedicó “con voracidad a la lectura”. Resulta comprensible que lo asombraran los cuantiosos fondos bibliográficos de la Biblioteca Pública de Nueva York y de la del Congreso en Washington, en la que asegura que encontró “todo lo que cita Menéndez Pelayo”; sin embargo, reconoce que fue en la biblioteca del barrio en que habitaba donde inició sus lecturas indostánicas. Su yanquifobia aflora en sus opiniones arquitectónicas: a la cúpula del Capitolio en Washington la consideró “ridícula”, y el obelisco, aunque altísimo, le parecía coronado por una “punta sin mensaje”. Significativamente, fue la Biblioteca del Congreso, por su “gran bóveda”, el único edificio público que le generó pensamientos “de ternura”.<sup>9</sup>

Pocos años después la derrota de la facción convencionista lo llevó a refugiarse, entre 1915 y 1920, en Texas y California. Toda proporción guardada, su opinión fue la misma. Según Vasconcelos, “el único lugar noble” en San Antonio era la biblioteca pública, la que tenía “unos diez mil volúmenes bien elegidos y cómodas salas de lectura”. La de Los Ángeles le pareció “muy superior” a la de San Antonio, y aunque “sin los esplendores de la de Nueva York”, resultaba “suficiente para el que no anda en busca de manuscritos

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 130.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 338 y 366, y *La tormenta*, en *Memorias*, t. p. 548.



raros”. La acertada valoración de la biblioteca californiana y el reiterado rechazo de Vasconcelos a los bibliófilos, quienes aprecian los libros “por fuera”, sin buscarles “el jugo”,<sup>10</sup> explicarían que luego, al ser secretario de Educación Pública, diera prioridad a la construcción de bibliotecas pequeñas pero funcionales, útiles.

#### REGRESO TRIUNFAL

Los acontecimientos históricos que lo llevaron del exilio a la rectoría y al gabinete pueden ser sintetizados brevemente. Sucedió que la disolución del primer mandato convencionista<sup>11</sup> lo obligó a salir del país y a convertirse en un activo crítico del gobierno de Venustiano Carranza. Cuando a mediados de 1920 éste fue derrocado por la revuelta de Agua Prieta, en favor de Álvaro Obregón, Vasconcelos fue invitado a regresar al país y a incorporarse a la administración provisional de Adolfo de la Huerta. Buscando los ‘aguaprietistas’ construir un gobierno que reconciliara a las principales facciones revolucionarias,<sup>12</sup> al exmaderista, exconstitucionalista y exconven-

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 518, 791 y 859.

<sup>11</sup> Recuérdese que Vasconcelos fue miembro del gabinete, obviamente en Instrucción Pública, del breve gobierno de Eulalio Gutiérrez, que duró de principios de noviembre de 1914 a mediados de enero de 1915. El director de la Biblioteca Nacional durante ese breve periodo fue Martín Luis Guzmán, su compañero del Ateneo y primer director, más de cuarenta años después, de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos.

<sup>12</sup> Véanse Javier Garciadiego, *La revuelta de Agua Prieta*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974 (tesis de licenciatura en Ciencia Política); Sonia Quiroz Flores, *De guerreros a generales (los primeros pasos hacia la institucionalización del ejército mexicano en el interinato de Adolfo de la Huerta)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982 (tesis de licenciatura en Historia), y Pedro Castro, *Adolfo de la Huerta y la Revolución mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana–Universidad Autónoma Metropolitana, 1992; *Adolfo de la Huerta. La integridad como arma de la revolución*, México, Universidad



cionista Vasconcelos se le ofreció la rectoría de la Universidad Nacional.<sup>13</sup> Desde ésta diseñó y construyó la Secretaría de Educación Pública, distinta a la de Instrucción Pública fundada en 1905 por Justo Sierra.<sup>14</sup>

Las divergencias entre ambas secretarías eran notables. A diferencia de la primera, cima del sistema educativo porfirista, dominado por el positivismo, el proyecto de Vasconcelos reflejaba sus afanes ateneístas y la experiencia revolucionaria vivida por el país, en la que él participó desde un principio. Eran dos las características esenciales de la nueva institución: primero, su compromiso social, expresado claramente en la ampliación de la oferta educativa a los sectores populares, la cruzada alfabetizadora y las labores de difusión cultural; segundo, el protagonismo que le otorgó a las actividades artísticas. Vasconcelos contemplaba tres procesos educativos paralelos y simultáneos: según él la Revolución no podía reducirse a la reforma agraria o al reconocimiento de las demandas obreras, puesto que también había una unánime exigencia para que la educación pública beneficiara a todos los sectores sociales del país y llegara a sus más recónditos lugares. De otra parte, Vasconcelos estaba convencido de que el arte y la cultura eran componentes inseparables de la educación, y de que difundir arte y cultura entre los sectores más desprotegidos de la sociedad los beneficiaría en forma directa e inmediata. Por último, también sabía que el Mé-

---

Autónoma Metropolitana—Siglo Veintiuno Editores, 1998, y *Adolfo de la Huerta*, México, Planeta DeAgostini, 2002.

<sup>13</sup> En rigor, y dado que la Universidad Nacional aún no era autónoma, el puesto era el de Jefe del Departamento Universitario y de Bellas Artes. En ausencia de una secretaría del ramo, dependía directamente del presidente del país.

<sup>14</sup> Para analizar la vida y obra de Justo Sierra véase Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*, 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986. Para las diferencias entre ambas secretarías véase mi libro *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México—Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.



xico posrevolucionario debería ser definido por una nueva identidad nacional, de país nacionalista y justiciero, identidad que sería más rápida y generalmente aceptada si se expresaba artísticamente. De allí la necesidad de elaborar una nueva pintura, una nueva música y una nueva literatura; de allí la exaltación de la artesanía popular.<sup>15</sup>

Las actividades de la Secretaría de Educación Pública de Vasconcelos se organizaron con base en tres ejes prioritarios:<sup>16</sup> los asuntos meramente instructivos, que abarcaban desde la construcción y reparación de escuelas hasta la relación con los profesores, pasando por el diseño de los planes y programas de estudio; el segundo elemento era el referente a los libros y las bibliotecas; el tercero tenía como objetivo propiciar la creación y difusión del arte y la cultura, tanto del arte mundial —no solamente occidental— como de las nuevas expresiones culturales mexicanas. La creación de un departamento exclusivo para los asuntos bibliotecarios era una necesidad impostergable porque el país carecía de sistema bibliotecario, “y sólo el Estado puede crearlo y mantenerlo”.<sup>17</sup>

El proyecto de Vasconcelos era clarísimo: no buscaba construir una gran biblioteca nacional sino ‘un sistema’ bibliotecario nacional, con presencia en todas las regiones del país y con bibliotecas útiles para todos, con materiales bibliográficos infantiles, escolares, técnicos, profesionales, académicos y literarios. El reto era mayúsculo, pues al iniciar su labor “no había, ni en la capital, una sola biblioteca moderna bien servida”. En efecto, Vasconcelos sabía

<sup>15</sup> La bibliografía sobre la cultura mexicana durante los inicios del periodo posrevolucionario —o sea los años veinte— es amplísima. La síntesis más reconocida es la de Carlos Monsiváis, *Historia mínima de la cultura mexicana en el siglo xx*, México, El Colegio de México, 2010.

<sup>16</sup> Tal vez el mejor análisis del proyecto y de las labores educativas de Vasconcelos sea el de Claude Fell citado en la nota 2.

<sup>17</sup> Para este tema consúltese el útil estudio de Guadalupe Quintana Pali *et al.*, *Las bibliotecas públicas en México: 1910-1940*, México, Secretaría de Educación Pública, 1988.



que la Biblioteca Nacional era rica en libros provenientes “de conventos y de coleccionistas coloniales”, pero “pobrísimos” en cuanto a libros modernos.<sup>18</sup> En algunas capitales estatales había una biblioteca pública con características semejantes, pero en la mayoría de ellas, y en todas las cabeceras municipales, la situación era peor. Previsiblemente, un país sin bibliotecas carecía de bibliotecarios, por lo que Vasconcelos percibió el riesgo de acometer la construcción del sistema que anhelaba con personal acaso esforzado pero incapacitado en términos técnicos. Para colmo, también se carecía de una producción bibliográfica suficiente y adecuada para nutrir las futuras bibliotecas, por lo que en principio los libros tendrían que adquirirse en el extranjero, a pesar de que las condiciones económicas del país eran muy adversas por los diez años de violencia apenas concluidos.

En rigor, Vasconcelos pudo contar con los bibliotecarios recientemente formados en la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivos, creada en 1916, durante la jefatura gubernamental de Venustiano Carranza. Sin embargo, era tal la confrontación entre Vasconcelos y don Venustiano, y tan reciente la formación de bibliotecarios, que fueron pocos los integrados a su proyecto. Entre éstos destacó Juana Manrique de Lara, impulsora de las bibliotecas infantiles y preocupada, como Vasconcelos, no solamente en el servicio bibliotecario sino también en la selección de los libros adecuados. Posteriormente Juana Manrique de Lara fue puesta como responsable de la Biblioteca Amado Nervo, la que por su esfuerzo y capacidad llegó a ser “una de las más concurridas por los lectores”. Manrique de Lara estaba convencida de que el proyecto de Vasconcelos funcionaría únicamente si a los bibliotecarios se les ofrecía una apropiada preparación profesional, pues sólo así superarían su condición de “simples guardadores y mozos de libros”.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> José Vasconcelos, *El desastre*, en *Memorias*, II, pp. 45-46.

<sup>19</sup> Cfr. Martha Alicia Añorve Guillén, “Propuestas de Juana Manrique de Lara a la política bibliotecaria de Vasconcelos”, *Investigación Bibliotecológica*, 20, 41, julio-diciembre de 2006, pp. 63-88.



VASCONCELOS ERA DE OAXACA,  
NO DE ALEJANDRÍA

Tan pronto Vasconcelos llegó a la rectoría, a mediados de 1920, creó la Dirección de Bibliotecas Populares y Ambulantes, la que puso a cargo de Julio Torri,<sup>20</sup> compañero suyo del Ateneo y hombre de refinada cultura literaria, aunque carente de facultades organizativas, por lo que luego de un año, y ya como Departamento de Bibliotecas de la nueva secretaría, fue sustituido por el poeta tabasqueño Carlos Pellicer.<sup>21</sup> Sin embargo, desde marzo de 1922 hasta el término de la presidencia de Obregón, a finales de 1924, el que se encargó de la Dirección de Bibliotecas fue Jaime Torres Bodet,<sup>22</sup> quien por entonces apenas contaba con veinte años de edad.

Torres Bodet no solamente fue uno de sus más cercanos colaboradores sino que su plan bibliotecario fue el que terminó por imponerse. La característica básica del sistema bibliotecario de Vasconcelos y Torres Bodet consistió en la jerarquización de diferentes tipos de bibliotecas. Las habría ambulantes, obreras, rurales, populares, técnicas, escolares, profesionales y públicas, aunque debe reconocerse que dicha terminología no fue rigurosa ni precisa, por lo que en ocasiones se incurrió en confusiones e imprecisiones. Además de la particular naturaleza de cada fondo bibliográfico, las diferenciaba el número de libros, su ubicación geográfica y el tipo

<sup>20</sup> Carta de Alfonso Reyes a Julio Torri, 5 de julio de 1920, en Julio Torri, *Epistolarios*, Serge I. Zaïtzeff (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, pp. 135-136.

<sup>21</sup> Véanse Quintana Pali *et al.*, *Las bibliotecas públicas...*, p. 127; Samuel Gordon, *Carlos Pellicer. Breve biografía literaria*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Ediciones del Equilibrista, 1997, p. 32, y *Correspondencia entre Carlos Pellicer y Germán Arciniegas, 1920-1974*, Serge I. Zaïtzeff (ed.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002, p. 90.

<sup>22</sup> Jaime Torres Bodet, *Tiempo de arena*, en *Memorias*, 2 tt., México, Porrúa, t. I, 1981, p. 96. Vicente Lombardo Toledano también colaboró en la política bibliotecaria de Vasconcelos.



de edificio o instalación que las albergara.<sup>23</sup> Multiplicar los servicios bibliotecarios no dependía únicamente de la construcción de nuevas bibliotecas. También se acudió a procedimientos más sencillos y directos, como ampliar los horarios o dar servicio al público lector los fines de semana.<sup>24</sup>

Las nuevas bibliotecas ‘ambulantes’ y ‘populares’ se pensaron como complementos indispensables para mejorar la educación de los habitantes de bajos ingresos de las poblaciones del país, que era uno de los principales compromisos de la Revolución. Se trataba de bibliotecas “pequeñas” pero con “acervos modernos”, lo que las alejaba del antiguo molde de las bibliotecas públicas, con enormes edificios como simples repositorios de libros. Las primeras serían pequeñas bibliotecas en movimiento a todo lo largo y ancho del país, con un doble destino, barrios urbanos o comunidades rurales; de hecho, algunos describen a las bibliotecas ‘ambulantes’ como acompañantes de las ‘misiones’ educativas impulsadas por el propio Vasconcelos.<sup>25</sup>

<sup>23</sup> Por ejemplo, Enrique Krauze habla de cinco tipos de bibliotecas. Cfr. “Vasconcelos: libros, aulas, artes”, p. 41. Lo mismo sostiene Claude Fell, y dice que éstas serían públicas, obreras, escolares, diversas y circulantes; es más, afirma que los cinco tipos de bibliotecas se diferenciarían por el número de libros que contendrían (12 volúmenes, 25, 50, 100 y más de 100), aunque no queda clara la correlación entre la tipología y el número de libros. Para analizar los libros que tendría cada una de estas bibliotecas, véase Quintana Pali *et al.*, *Las bibliotecas públicas...*, pp. 167-168. Consúltese también Fell, *José Vasconcelos...*, pp. 516-517. Por su parte, una reconocida estudiosa del tema sostiene que el objetivo de Vasconcelos era crear bibliotecas “de todo tipo” y en “distintos sitios”. Cfr. Loyo, “La lectura...”, p. 265.

<sup>24</sup> Quintana Pali *et al.*, *Las bibliotecas públicas...*, p. 126, y Fell, *José Vasconcelos...*, p. 513.

<sup>25</sup> Torres Bodet las describió como “una verdadera red de Bibliotecas Ambulantes, pequeños lotes de obras indispensables en cajas, cuyo peso es lo suficientemente ligero para que puedan ser llevadas a lomo de burro”. Cfr. Jaime Torres Bodet, “Informe que rinde el Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública”, *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, 2, México, Secretaría de Educación Pública, 1922, pp. 160-161, y Quintana Pali *et al.*, *Las bibliotecas públicas...*, p. 163.



A su vez, las ‘populares’ fueron modestas bibliotecas instaladas en pequeños espacios facilitados por ayuntamientos, sindicatos y sociedades mutualistas, así como en las instalaciones de muchas asociaciones civiles de diverso género. Obviamente, en la cúspide de la pirámide bibliotecaria estaría lo que Vasconcelos definió como la biblioteca de la nación, la Biblioteca Nacional,<sup>26</sup> la que debía ser el edificio público máximo y la que estaba obligada “a guardar y dar a leer todo lo que se edita, sin derecho de censura”. Su visión era comprehensiva: dicho edificio debía albergar una gran galería de pintura y escultura y una sala de conciertos.<sup>27</sup> Así, durante su gestión, también se fundaron dos bibliotecas de apreciables dimensiones, la ‘Cervantes’ y la ‘Iberoamericana’.<sup>28</sup>

Como sucedió con casi todos sus ambiciosos proyectos, los logros concretos difirieron de las ambiciones originales. En el caso de su sistema bibliotecario no cabe reclamo alguno, pues las condiciones económicas del país no permitieron que los avances fueran mayores. Aun así, las cifras de lo alcanzado no resultan despreciables. A pesar de que hay notables divergencias estadísticas, una cifra consigna que entre los años de 1921 y 1924 se establecieron 2 426 bibliotecas, clasificadas la mitad como ‘públicas’ y las otras como ‘obreras’, ‘escolares’ y ‘ambulantes’, a las que deben sumarse las 165 bibliotecas fundadas entre 1920 y 1921, durante el periodo de rector de Vasconcelos.<sup>29</sup>

<sup>26</sup> El director de la Biblioteca Nacional durante esos años fue el tabasqueño Manuel Mestre Ghigliazza, quien incursionó en la esfera política desde el periodismo de oposición y, más tarde, entre 1911 y 1913, en la gubernatura de su estado natal.

<sup>27</sup> Quintana Pali *et al.*, *Las bibliotecas públicas...*, p. 165.

<sup>28</sup> *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, 5-6, 1923-1924, p. 320.

<sup>29</sup> Quintana Pali *et al.*, *Las bibliotecas públicas...*, pp. 135 y 169. Véase también Fell, *José Vasconcelos...*, p. 517. Este autor advierte las diferentes cifras existentes en los informes presidenciales, los ‘boletines’ del ministerio, los recuerdos —casi siempre contradictorios— del propio Vasconcelos y los datos de Torres Bodet. Basado en éste, concluye que fueron 1 916 las bibliotecas creadas por Vasconcelos. Cfr. *ibid.*, p. 520.



## SELECCIÓN Y ADQUISICIÓN DE LOS LIBROS

Hombres de letras todos los involucrados en aquel proyecto bibliotecario, desde Vasconcelos hasta Torres Bodet pasando por Julio Torri y Carlos Pellicer, da la impresión de que se interesaron más en la selección de los libros que debían ofrecerse a los lectores que en la obtención de recursos económicos para llevar adelante su proyecto o en los ineludibles temas de las instalaciones físicas y de los procesos clasificatorios. Resulta comprensible: eran intelectuales, no políticos, y eran escritores, no bibliotecarios profesionales.

La creación de los diferentes tipos de bibliotecas y la selección de los libros supuestamente pertinentes fueron partes de un proceso indisoluble. Todavía hoy asombra la decisiva participación del propio Vasconcelos en el proceso de selección de los libros. El suyo fue un caso único en la historia de la lectura nacional, pues no se limitó a fomentar la lectura sino que insistió en determinar personalmente el contenido y la naturaleza de la lectura por promoverse. Más que un promotor de la lectura, se consideraba un ‘guía espiritual’. Esto explica que Vasconcelos fuera un lector que acostumbraba hacer evaluaciones contundentes —algunos dirían prejuiciadas y maniqueas— de sus lecturas,<sup>30</sup> y que como secretario convirtiera sus preferencias en decisiones gubernamentales. Bien se ha dicho que en las decisiones de la Secretaría de Educación Pública sobre qué publicar privaban “los gustos místicos del ministro”.<sup>31</sup>

Así como tenía abiertas preferencias incurría en rotundos rechazos, los que no se redujeron a escritores menores. Algunos juicios suyos parecen auténticas muestras de desatino. Por ejemplo, los es-

<sup>30</sup> Recuérdese su conocida división entre “Libros que leo sentado y libros que leo de pie”, en José Vasconcelos, *Divagaciones literarias*, México, Tip. de Murguía (Lectura Selecta), 1919, pp. 9-14. Vasconcelos distinguía así los libros según “las emociones que me causan”.

<sup>31</sup> Krauze, “Vasconcelos: libros, aulas, artes”, p. 40.



critores latinos le parecían mediocres, simples imitadores de los griegos; de Goethe repudiaba “su servilismo con los poderosos”;<sup>32</sup> de los ‘enciclopedistas’, en particular de Voltaire y Diderot, aunque también —equivocadamente— de Rousseau, aseguraba que “no se sacaba un verdadero filósofo”, pues eran pensadores “de ocurrencias”;<sup>33</sup> similar juicio le merecían los positivistas Comte y Spencer: “catalogadores de hechos [...] ninguno merecía el nombre de filósofo”. Sus rechazos no se limitaban a determinados autores; también repudiaba géneros literarios en conjunto: la novela, por ejemplo, le parecía difusa,<sup>34</sup> lo que explica que Stendhal y Flaubert le parecieran “poco menos que intolerables”. En cambio, sus preferencias eran igualmente parciales y explícitas: por ejemplo, la filosofía le parecía “un género que sólo con la maduración del alma precisa sus contornos”, y a la poesía la tenía por “irremplazable bálsamo” que “disipa y ennoblece la pena”, que “purifica”.<sup>35</sup>

Con estas concepciones cabal y definitivamente interiorizadas se dispuso Vasconcelos a elegir los libros que debían adquirir la Universidad Nacional, primero, y después la Secretaría de Educación Pública, para su programa bibliotecario. Tan pronto fue designado rector, a mediados de 1920, se empezaron a comprar “grandes cantidades de libros” en las pocas editoriales y librerías que había en el país: Porrúa, la de la viuda de Bouret, la editorial Cvltura; cuando

<sup>32</sup> En carta a Alfonso Reyes del 7 de marzo de 1916 Vasconcelos reconoció conservar su “antigoetismo”, porque “es una tontería soñar con la felicidad” o “aplaudir la vida”. Cfr. *La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes, 1916-1959*, Claude Fell (comp. y notas), México, El Colegio Nacional, 1995, p. 26. A pesar de su rechazo a Goethe como hombre, admiraba al menos su *Fausto* y su *Werther*, y el primero de éstos fue uno de los libros masivamente publicados durante su gestión.

<sup>33</sup> José Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, I, p. 380.

<sup>34</sup> Para Vasconcelos era “repulsivo inventar escenarios y descubrir minucias en el estilo de los muebles de una habitación”, al grado de considerarlo “una degradación del espíritu”. Cfr. *ibid.*, p. 303.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 188, 213 y 303, y José Vasconcelos, *La tormenta*, en *Memoria*, I, pp. 755 y 791.



mucho un par más, entre ellas la editorial y librería Botas,<sup>36</sup> aunque muchas adquisiciones tuvieron que hacerse en España, por la escasez de libros en México.<sup>37</sup> Es incuestionable que en tales compras se traslucían las preferencias literarias del propio Vasconcelos, pues sus autores favoritos, como Romain Rolland y León Tolstoi, “predominaban en las listas” de libros adquiridos, ya que los consideraba autores de obras “redentoras”.<sup>38</sup> También se compraron obras de escritores en lengua castellana. Al respecto recuérdese la veneración que Vasconcelos profesaba a los místicos y a los escritores considerados ‘clásicos’, como Cervantes y “el dulce” Lope de Vega. Entre los modernos apreciaba a José Enrique Rodó, Antonio Machado, Benito Pérez Galdós y Marcelino Menéndez y Pelayo, “la figura grande” en cuyas páginas reconoció su filiación ideológi-

<sup>36</sup> Véanse Quintana Pali *et al.*, *Las bibliotecas públicas...*, pp. 129-133, y Juana Zahar Vergara, *Historia de las librerías de la Ciudad de México. Una evocación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.

<sup>37</sup> Las deficiencias de la industria editorial en México, en Fell, *José Vasconcelos...*, pp. 480-484.

<sup>38</sup> Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 17 de septiembre de 1920, en *La amistad en el dolor...*, p. 52. También se adquirieron numerosos ejemplares de libros de Robert Louis Stevenson, Bernard Shaw y Oscar Wilde, entre otros. Su aprecio por la obra de Rolland lo hizo público en una carta que dirigió al propio escritor y pacifista, de fecha 4 de febrero de 1924: “también hemos procurado llenar nuestras bibliotecas con sus libros, sintiendo que de esa manera purificamos el ambiente y levantamos el nivel de la Nación”. Es más, en dicha carta le confesó que “en el largo periodo de tiempo que anduve perseguido y desterrado, calumniado y pobre, fue en su *Jean Cristophe* donde muchas veces encontré aliento”. Véase en *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, 5-6, pp. 723 y 724. Respecto a Tolstoi, Vasconcelos lo consideraba el fundamento de toda educación moral, y admiraba que a pesar de su condición de aristócrata hubiera decidido ponerse al servicio de su pueblo. Es más, Vasconcelos dijo a su amigo Reyes que lo que el país necesitaba era que los intelectuales asumieran esa conducta “tolstoyana”. Cfr. Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 16 de septiembre de 1920, en *La amistad en el dolor...*, p. 51. También en Fell, *José Vasconcelos...*, pp. 34-35.



ca y religiosa.<sup>39</sup> Por último, entre los autores mexicanos cuyas obras fueron adquiridas para las bibliotecas en proceso de creación destacaban sor Juana Inés de la Cruz, Ignacio M. Altamirano, Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón y Justo Sierra, así como Alfonso Reyes entre los contemporáneos.<sup>40</sup>

Obviamente, la totalidad de los autores adquiridos no se agota con los nombres antes mencionados. Tampoco sería correcto afirmar que Vasconcelos fue el único que participó en la elaboración de las listas de los autores y libros adecuados. También participaron en la selección varios de sus colaboradores, desde Gabriela Mistral hasta Jaime Torres Bodet, pasando por Julio Torri, lo mismo que otros excompañeros suyos del Ateneo, como Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, ambos radicados en España.<sup>41</sup> Para calcular el número de autores cuyas obras fueron adquiridas en largas cantidades, recuérdese que Torres Bodet había jerarquizado las bibliotecas por crearse según el número de ejemplares. Algunos libros deberían

<sup>39</sup> Vasconcelos señala que “un siglo de afrancesamiento y veinte años de yanquización” les había “impuesto” a los mexicanos de su generación el gusto por lo extraño, pero que después de la guerra cubano-española de 1898 reiniciaron la lectura de escritores en lengua española, lo que les producía “estremecimiento de patriotismo”. Cfr. José Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, I, p. 307.

<sup>40</sup> Carta de Jaime Torres Bodet, Jefe del Departamento de Bibliotecas, a Alfonso Reyes, 8 de noviembre de 1923, en la que le acusa recibo de su envío de “400 volúmenes de sus obras”. Véase *Casi oficios. Cartas cruzadas entre Jaime Torres Bodet y Alfonso Reyes, 1922-1959*, Fernando Curiel (ed.), México, El Colegio de México—El Colegio Nacional, 1994, p. 31. Como prueba de que desde 1921 se adquirirían libros de Alfonso Reyes para enviarlos a las bibliotecas de los estados, véase carta de Manuel Toussaint, secretario particular de Vasconcelos, a Alfonso Reyes, 9 de febrero de 1921, en *De casa a casa. Correspondencia entre Manuel Toussaint y Alfonso Reyes*, Serge I. Zaïtzeff (comp.), México, El Colegio Nacional, 1990, p. 27.

<sup>41</sup> Cartas de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 7 de junio y 17 de septiembre de 1920. En una de ellas le dice haber nombrado a Henríquez Ureña “agente de compras en España”, lo que evitaría ser víctima “del judaísmo de las casas locales”. Cfr. *La amistad en el dolor...*, pp. 39-40 y 52-53.



estar en todas las bibliotecas, y otros solamente en cierto número de ellas.<sup>42</sup> Recuérdese que desde un principio se les criticó por incluir a pocos autores mexicanos en las bibliotecas proyectadas.<sup>43</sup>

### LOS PROYECTOS EDITORIALES

La difícil situación económica que padecía el país después de diez años de lucha armada no permitía que todos los libros que debían de ofrecerse en venta a los lectores o depositarse en las bibliotecas fueran adquiridos mediante su compra. Como alternativa, Vasconcelos recomendó que se imprimiera en talleres propios el mayor número posible de ejemplares. Además, para abaratar el proceso editorial no habrían de pagarse derechos autorales ni de traducción. La selección de los autores que debían ser publicados y la ubicación de la traducción idónea fue responsabilidad de un grupo de talentosísimos jóvenes cercanos a Vasconcelos, pero en especial de Julio Torri.<sup>44</sup> Para que correspondiera con el nuevo sistema bibliotecario, se diseñó un complejo y comprehensivo programa editorial, que abarcaba libros infantiles, para mujeres, escolares y técnicos, culminando con una colección de ‘clásicos’ universales y con la revista *El Maestro*, de cultura general.<sup>45</sup>

Dado que no tenía la capacidad editorial para un proyecto de esa envergadura, la Secretaría de Educación tuvo que conformar los Talleres Gráficos de la Nación, por lo que primero tuvieron que comprarse —en Estados Unidos— una imprenta y maquinaria de

<sup>42</sup> La composición temática y autoral de cada uno de estos acervos puede apreciarse en Fell, *José Vasconcelos...*, pp. 516-517.

<sup>43</sup> *Ibid.*, pp. 486 y 517.

<sup>44</sup> Carta de Julio Torri a Alfonso Reyes, 22 de abril de 1921, donde afirma “desgraciadamente yo estoy abrumado de trabajo: me dieron el empleo que tú no aceptaste, de Director del Departamento Editorial”. Cfr. Torri, *Epistolarios*, pp. 150-151.

<sup>45</sup> Cfr. Fell, *José Vasconcelos...*, p. 499.



cosido de papel y de encuadernación. El reto lo justificaba: tenían que imprimirse más de un millón de libros, para luego ser distribuidos en las librerías, bibliotecas y centros de lectura.<sup>46</sup> El proyecto de Vasconcelos mostraba así su sencilla plenitud: dado que en el país había escasez de bibliotecas, había que construirlas; dado que había escasez de libros —y de compañías editoriales—, el gobierno tenía que adquirirlos o imprimirlos.

Los proyectos bibliográficos de Vasconcelos y de su grupo de colaboradores siguen siendo reconocidos a poco más de noventa años de haber sido realizados. Son admirables por la precisa concepción que tenían de la lectura: diversa por razones sociales y de género, y evolutiva por razones cronológicas; esto es, había que satisfacer las necesidades de lectura de los obreros y de las clases medias, de hombres y mujeres, de los niños, jóvenes y adultos; diversa también por sus objetivos, para lo que tenía que diferenciarse entre las lecturas escolares y profesionales y las lecturas meramente recreativas y formativas. Son sobre todo admirables sus proyectos editoriales por la visión ecuménica que tenían de las literaturas y las civilizaciones, pues fueron tomadas en cuenta las mayores obras de la cultura occidental y las principales obras de las tradiciones asiáticas. Son admirables también por la edad de quienes los llevaron a cabo: jóvenes de una precoz cultura literaria y de una no menos sorprendente madurez intelectual. Por último, dichos proyectos editoriales fueron realizados en condiciones económicas y políticas muy adversas: las de un país que apenas concluía un largo decenio de violencia y destrucción generalizadas, y cuya nueva clase gobernante tenía bajos niveles educativos. Sin embargo, su idoneidad consistía en que al final del decenio armado habían aparecido, junto con la penuria generalizada, dos exigencias inaplazables: mejorar la educación nacional y redefinir la identidad cultural del país.

<sup>46</sup> José Vasconcelos, *El desastre*, en *Memorias*, II, p. 47; Quintana Pali *et al.*, *José Vasconcelos...*, pp. 133-134, y Fell, *Las bibliotecas públicas...*, p. 485.



La simple enumeración de cada uno de aquellos proyectos bibliográficos sigue siendo aleccionadora: Las *Lecturas clásicas para niños* consistían en una amplia selección de fragmentos de obras cuya amplitud geográfica incluye el Oriente y el Occidente y cuyo arco temporal abarca desde los vedas y algunos textos bíblicos y griegos hasta escritos sobre las independencias hispanoamericanas. Éstas fueron seleccionadas por los entonces jóvenes Salvador Novo, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Bernardo Ortiz de Montellano, Francisco Monterde y Palma Guillén, además del propio Jaime Torres Bodet, y fueron ilustradas por Roberto Montenegro y Gabriel Fernández Ledezma.<sup>47</sup> A su vez, las *Lecturas para mujeres* fueron seleccionadas y anotadas por la chilena Gabriela Mistral, quien fue invitada por Vasconcelos a colaborar en su gestión educativa. El libro estaba organizado en cinco secciones: ‘Hogar’, ‘México y la América Española’, ‘Trabajo’, ‘Motivos Espirituales’ y ‘Naturaleza’, e incluía pasajes breves.<sup>48</sup> Entre los libros que servirían de texto escolar destacaron la *Historia Patria* y la *Historia General*, de Justo Sierra, con tirajes que rebasaron los 20 000 ejemplares.<sup>49</sup>

Según un notable estudioso del tema, la publicación más importante del ministerio vasconcelista fue la revista *El Maestro*, que apareció entre 1921 y 1923, con un tiraje que alcanzó los 60 000 ejemplares, distribuidos gratuitamente. Dirigida por Agustín Loera y Chávez y Enrique Monteverde, tenía dos propósitos: didáctico y cultural. Esto es, por un lado era un complemento de los “conocimientos adquiridos en la escuela [...] o en los centros de alfabe-

<sup>47</sup> Jaime Torres Bodet, *Tiempo de arena*, en *Memorias*, I, pp. 104-109.

<sup>48</sup> Respecto a la labor de Gabriela Mistral en nuestro país véanse *Gabriela Mistral en México. Premio Nobel de Literatura*, Guillermo Lagos Carmona (biografía y antología), México, Secretaría de Educación Pública, 1945, y Luis Mario Schneider, *Gabriela Mistral: itinerario veracruzano*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1991. Véase también Fell, *José Vasconcelos...*, p. 489.

<sup>49</sup> Tal parece que los nombres de las otras colecciones, además de la de los ‘clásicos verdes’, eran: ‘Tratados y Manuales’, ‘Textos para las Escuelas Primarias’ y ‘Folletos de Divulgación Literaria’.



tización”, con informaciones prácticas sobre asuntos de interés social, como la higiene; por el otro, incluía siempre una variada sección literaria, con poemas y cuentos de autores nacionales y extranjeros. En resumen, siempre tendría contenidos “nobles y útiles”.<sup>50</sup> Como colofón de la política editorial vasconcelista se publicó mensualmente *El libro y el pueblo*, dirigida personalmente por Jaime Torres Bodet, la que buscaba orientar a los lectores en la elección de los libros que debían leer.<sup>51</sup>

### LA COLECCIÓN ‘VERDE’

Difícilmente podrá encontrarse en toda nuestra historia cultural un proyecto editorial más trascendente —y a la vez más polémico— que el de los ‘clásicos’ universales de Vasconcelos, iniciado como rector de la Universidad Nacional y continuado siendo ya secretario de Educación Pública.<sup>52</sup> Cuestionada en sus objetivos, al ofrecer autores no fácilmente legibles a una población hambrienta y analfabeta, la colección ‘verde’ fue elogiada por su perspectiva ecuménica y criticada por su notoria desigualdad; alabada por su audacia editorial y rechazada por su falta de apego a la normatividad comercial y a los derechos laborales de los traductores. En efecto, la mítica colección de ‘clásicos’ fue un proyecto editorial de luces y sombras, pletórico de opacidades pero riquísimo en su na-

<sup>50</sup> *El Maestro* era una revista “constructiva”, contraria a la crítica negativa y al preciosismo literario, y estaba dividida en varias secciones: ‘Artículos editoriales’, ‘Pláticas instructivas’, ‘Sugestiones sociales’, ‘Conocimientos prácticos’, ‘Sección de los niños’, ‘Literatura’ y una sección dedicada a la pedagogía y la educación nacional.

<sup>51</sup> Fell, *José Vasconcelos...*, pp. 499-503 y 510-511. Participó en su dirección el hondureño Rafael Heliodoro Valle. En otras ‘fuentes’ se asegura que su circulación no rebasó los 5 000 lectores.

<sup>52</sup> Una prueba irrefutable de esta doble adscripción de la colección son los indistintos sellos editoriales y colofones.



turalidad y objetivos. Obviamente, su mayor problema, del que no terminaremos de lamentarnos, es que fue una colección inconclusa: hoy todavía nos preguntamos cuáles hubieran sido los escritores ‘clásicos’ incluidos de haberse completado la serie, y qué obras los hubieran representado. Después de esta gran incógnita, las demás dudas palidecen: ¿Quiénes hicieron la selección? ¿Cuáles fueron sus tirajes? ¿Dónde fueron distribuidos? ¿Cuántos se vendieron y cuántos fueron destinados a las bibliotecas públicas? Además de estas dudas, sigue vigente el gran cuestionamiento que desde un principio se le hizo: ¿para qué publicar tirajes tan abultados de ‘clásicos’ en un país con casi 80% de analfabetos?

Las respuestas a estas preguntas no pueden ser satisfactorias, pues la información de que se dispone es parcial y fragmentaria; peor aún, contradictoria. Para comenzar, sólo se publicaron 17 volúmenes, de doce autores. Las primeras preguntas son obvias: ¿pensaba Vasconcelos en cien autores o en cien volúmenes, de un número menor de autores? ¿Qué autores y libros conformaban la lista completa? ¿Por qué no aparecieron los 83 restantes? Para comenzar, debemos advertir que las listas debían tener el número 90 como límite, pues Vasconcelos siempre prometió que diez autores y títulos serían definidos por una especie de encuesta que organizaría el periódico *Excelsior*. Apenas se sabe que “quedaron en prensa” un *Romancero*, una *Antología iberoamericana* y un tomo de Lope de Vega, y que había la promesa de que luego aparecerían libros de Calderón de la Barca, Shakespeare, Ibsen, Bernard Shaw y la *Geografía Universal* de Eliseo Reclús.<sup>53</sup> Si a éstos se agrega el nombre de Benito Pérez Galdós, en ocasiones anunciado, y si se considera que a cada uno de éstos correspondería un tomo, a pesar de que fueron autores tan prolíficos, debe concluirse que faltaron por definirse 64 de los 90 volúmenes.

Respecto a los tirajes, Vasconcelos primero alardeó que repartiría “cien mil Homeros”, aunque en otra ocasión afirmó que los ti-

<sup>53</sup> Cfr. Vasconcelos, *Indología...*, pp. 166-168.



rajes fueron de 50 000, para luego volver a contradecirse aceptando que fueron de 25 000 para “la mayoría” de los títulos. En verdad, se sabe que los ‘clásicos verdes’ fueron impresos con tirajes diferenciados: por ejemplo, casi 40 000 para la *Iliada*, 15 000 para Esquilo, poco más de 6 000 para Goethe, y hay quien dice que sólo se imprimieron 800 ejemplares de Plotino.<sup>54</sup> El problema no es menor, pues del tamaño del tiraje dependía la naturaleza del proyecto: o fue una edición realmente masiva, dirigida a algunos sectores populares, o se trató más bien de una colección para los círculos preexistentes de lectores. Las contradicciones también caracterizaron lo asegurado sobre sus precios: dado que parte del tiraje se destinó a las diferentes bibliotecas creadas entonces, cuyo número máximo alcanzó los dos millares,<sup>55</sup> resulta obvio que la mayor parte de los ejemplares fueron vendidos. El problema es que al menos se conocen dos afirmaciones que les asignan precios distintos: un peso o 50 centavos. También se dijo que buena parte del tiraje fue repartido; esto es, que los libros ‘verdes’ fueron obsequiados, lo que obligaría a conocer el proceso por el que se definió a los beneficiarios.<sup>56</sup>

Pasemos a lo esencial. Si los autores y libros incluidos en la colección ‘verde’ revelan las preferencias de Vasconcelos, quien personalmente participó en las definiciones fundamentales de la colección, igualmente explícitas son sus ausencias. En términos cronológico-culturales la colección comienza con varios griegos —Homero, Esquilo, Eurípides, Platón y Plutarco—, por ser los “eternos maestros”, aunque llama la atención la ausencia de Aristóteles y de los historiadores Heródoto o Tucídides. Aunque es conocida la abierta simpatía de Vasconcelos por Platón y sus reservas respecto a

<sup>54</sup> Consúltase José Vasconcelos, *El desastre*, en *Memorias*, II, p. 47. Véase también Felipe Garrido, pp. 179-199.

<sup>55</sup> Véase la nota 29.

<sup>56</sup> Recuértese la afirmación de Vasconcelos de que “se vendían al precio de 50 centavos [...] aparte de los que se regalaban a bibliotecas y escuelas”. Cfr. José Vasconcelos, *Indología...*, p. 167.



Aristóteles,<sup>57</sup> es probable que éste fuera uno de los pensadores que estaban en la lista de elegidos pero que no pudieron ser publicados. Respecto a los historiadores, seguramente los marginó de la selección la severa idea que Vasconcelos tenía de su oficio: para él la historia era “odiosa”, un simple “amontonamiento de sucesos que no nos importan”.<sup>58</sup>

La exclusión de toda la literatura latina se aviene al desprecio que siempre le profesó Vasconcelos, por su supuesta falta de originalidad. En efecto, Vasconcelos era un hombre de filias y fobias: una de sus preferencias, imbuida desde su infancia por su madre, fue la literatura cristiana.<sup>59</sup> Seguramente esto explica la incorporación de *Los Evangelios*, a pesar de que el presidente Álvaro Obregón pertenecía a una de las facciones revolucionarias más abiertamente jacobinas, pues según Vasconcelos *Los Evangelios* enseñaban “la Suprema Ley” de la conducta humana. Las ausencias luego se prolongan por más de diez siglos, pues no se publicó ningún libro ubicable en la Edad Media, ni *La canción de Rolando*, el *Cid* o *Los Nibelungos*. Más aún, sólo un autor representa al periodo del surgimiento de las literaturas nacionales europeas: Dante, portador de un auténtico “mensaje celeste”.<sup>60</sup>

Es igualmente revelador que ningún autor del periodo ‘clásico’ europeo, de los siglos XVI y XVII, haya aparecido en la colección. La posición de Vasconcelos al respecto no fue clara: Cervantes, autor de un “libro sublime”, y Lope de Vega y Calderón de la Barca, fueron anunciados como futuros integrantes de la colección aunque

<sup>57</sup> En su libro *Historia del pensamiento filosófico*, México, Ediciones de la Universidad Nacional de México, 1937, Vasconcelos muestra sus preferencias por Platón sobre Aristóteles: si el primero era “la montaña desde donde se contemplan todos los rumbos de la tierra y el cielo”, el segundo era “el llano poblado de realidades”. Cfr. pp. 160-161.

<sup>58</sup> Vasconcelos, *El desastre*, en *Memorias*, II, p. 405.

<sup>59</sup> Cfr. *Ulises criollo*, en *Memorias*, I, p. 97.

<sup>60</sup> Véase la “Nota preliminar” de José Vasconcelos a la *Iliada*, México, Universidad Nacional de México, 1921, t. I, p. 8.



nunca aparecieron en ella, si bien el *Quijote* fue uno de los libros adquiridos en voluminosas compras en el mercado editorial español.<sup>61</sup> De otra parte, los franceses Corneille, Molière o Racine nunca fueron considerados en la selección, pues Vasconcelos los consideraba meros imitadores de Esquilo, Eurípides y Sófocles, por lo que, según él, terminaban produciendo “disgusto” en los lectores.<sup>62</sup> Se ignora también la ausencia de Montaigne, acaso por ser un autor caracterizado por la prudencia y la moderación, virtudes no apreciadas por Vasconcelos;<sup>63</sup> o la de Lafontaine, cuyas *Fábulas* son gratas y provechosas, aleccionadoras, características que debía apreciar el responsable de la educación nacional.

El caso más singular fue sin duda el de Shakespeare, considerado para ser publicado, aunque, según Vasconcelos, sólo “por condescendencia con la opinión corriente”.<sup>64</sup> Esta concesión acaso se refiere a las diferencias estéticas dentro del equipo seleccionador, pues Julio Torri sí era partidario de publicarlo.<sup>65</sup> Obviamente, no se trataba de un desconocimiento, pues es un hecho que Vasconcelos conocía de tiempo atrás a Shakespeare, pues lo había leído des-

<sup>61</sup> Se pensó que era preferible adquirir en España muchos ejemplares del *Quijote* que imprimirlos en México. Este caso también refleja las contradicciones informativas sobre la política editorial de Vasconcelos: si bien él aseguró que adquirió en España “cien mil” ejemplares en edición económica, parece que sólo se compró la mitad de esa cifra. Además, se tomó esa decisión luego de que la Universidad Nacional, siendo él el rector, “tuvo que renunciar, por falta de dinero, a publicar la edición ‘popular’ del *Quijote* que había creído poder realizar y difundir por sí sola”. Cfr. Vasconcelos, *El desastre*, en *Memorias*, II, p. 47, y Fell, *José Vasconcelos...*, p. 495.

<sup>62</sup> Vasconcelos, *El desastre*, en *Memorias*, II, p. 428.

<sup>63</sup> Enrique Krauze considera que para José Vasconcelos Montaigne era intrascendente. Cfr. *Redentores. Ideas y poder en América Latina*, México, Debate, 2011, p. 78.

<sup>64</sup> Véase la “Nota preliminar” de José Vasconcelos a la *Iliada*, p. 8.

<sup>65</sup> Véase carta de Julio Torri a Alfonso Reyes, 9 de junio de 1922, en la que señala que el gusto literario de Vasconcelos era “limitado”, en Torri, *Epistolarios*, p. 157.



de niño, cuando estudió en Eagle Pass.<sup>66</sup> Resulta poco creíble que la actitud de Vasconcelos respecto a Shakespeare fuera secuela de alguna yanquifobia, aunque llama la atención que no hubo ningún escritor de lengua inglesa entre los ‘verdes’, ni siquiera el cristianísimo John Milton. Tratándose de Vasconcelos, el rechazo a Shakespeare puede tener otros motivos. Dado que pretendía publicar libros “redentores”,<sup>67</sup> que enaltecieran el espíritu humano, que enriquecieran moralmente al lector, difícilmente tendría cabida en su propuesta ético-pedagógica un autor que se explaya en los peores defectos humanos, como los celos, en *Otelo*, la avaricia, en el *Mercader de Venecia*, la traición conyugal en *Hamlet*, la filial en el *Rey Lear*, o la ambición política en *Macbeth*. Sin embargo, en Shakespeare también se encuentran virtudes edificantes: en *Rey Lear* hay amor filial y lealtad política; en *Hamlet* hay diversas formas de lealtad, ya sea filial o entre amigos; en el *Mercader de Venecia* encontramos la amistad más sincera y en *Romeo y Julieta* el amor vence ancestrales odios familiares y vecinales.<sup>68</sup> Además, en la literatura griega, la preferida de Vasconcelos, son igualmente constantes las peores conductas, pues los dioses se comportan como simples seres humanos.

En cuanto a la literatura moderna, fue publicado Goethe, a pesar del rechazo que desde joven Vasconcelos le tenía; también fueron publicados Tolstoi y Romain Rolland, dos de sus autores favoritos, así como “el excelso” Tagore. Se sabe que también estaban contemporáneos Benito Pérez Galdós, “el último de los grandes”, los dramaturgos Henrik Ibsen y Bernard Shaw, así como algunos poetas y prosistas hispanoamericanos y mexicanos, pues Vasconcelos estaba convencido de que toda colección de ‘clásicos’ debía ser hecha desde una perspectiva histórico-geográfica, por lo que tenía que con-

<sup>66</sup> Véase Emmanuel Carballo, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, México, Empresas Editoriales, 1965, p. 34.

<sup>67</sup> Véase la “Nota preliminar” de Vasconcelos a la *Iliada*, p. 9.

<sup>68</sup> Enrique Krauze percibe también “un rechazo” de Vasconcelos hacia Shakespeare. Cfr. *Redentores...*, p. 79.



tener lo mejor de la cultura universal junto con un ingrediente de cultura nacional: no es lo mismo una colección de ‘clásicos’ universales hecha por y para mexicanos, que una colección hecha para cualquier otra nacionalidad.<sup>69</sup>

Al igual que por sus notables ausencias, la colección ‘verde’ fue criticada por tres cuestionables presencias: además de Tagore, sobraba el simplemente apreciable Agustín Rivera y Sanromán, un sacerdote liberal pueblerino, de Lagos de Moreno, Jalisco, incluido con su obra *Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España y sobre la Revolución de Independencia*. ¿Cómo explicar que don Agustín Rivera estuviera junto a Homero, Dante o Goethe?<sup>70</sup> Seguramente no era el escritor mexicano que merecía estar en esa compañía, teniendo a Ruiz de Alarcón, Sor Juana o Ramón López Velarde. La explicación es sencilla pero inaceptable: el suyo es el único volumen que contiene una nota editorial, la que escuetamente advierte que el libro se publicaba “por su reconocido mérito académico y por acuerdo expreso del C. Presidente de la República, Álvaro Obregón”.<sup>71</sup>

<sup>69</sup> Veinte años después de haber sido secretario de Educación Pública Vasconcelos propuso una lista de “los cien libros [más a propósito] para darnos la esencia del saber de todos los tiempos”. En esa ocasión señaló que deberían estar “los libros que nadie discute” y “los antepasados del idioma, de suerte que una lista para nosotros [es] necesariamente diferente de una lista norteamericana o una lista para franceses”. Cfr. José Vasconcelos, “Los cien libros”, *Todo*, 26 de octubre de 1944, pp. 9 y 58.

<sup>70</sup> Parece ser que en un principio el plan era publicar a Rivera en la colección ‘Tratados y Manuales’.

<sup>71</sup> El párroco y profesor Agustín Rivera y Sanromán (1824-1916) recibió su formación sacerdotal en los seminarios de Morelia y de Guadalajara. Realizó estudios de Derecho en la Universidad de la ciudad tapatía. Parte de su vida la dedicó a investigar y escribir profusamente sobre derecho civil, historia, literatura y filosofía, al grado de poder ser considerado un polígrafo. Es de notarse que fue el único intelectual mexicano que recibió el grado de Doctor *Honoris Causa* al fundarse la Universidad Nacional en 1910. Cfr. Mariano Azuela, *El padre Agustín Rivera*, México, Ediciones Botas, 1942. Acaso su mayor reconocimiento sea que Azuela haya escrito una biografía suya, aunque



Toda proporción guardada, por mucho, los ataques a la colección ‘verde’ se concentraron en Plotino, el neoplatonista alejandrino del siglo III, con sus *Enéadas*. Las críticas fueron numerosas e inmediatas. En un artículo periodístico se dijo que Plotino era un filósofo “de segundo orden”; en otro se afirmó que “no había dejado huella ninguna en el desarrollo filosófico de la humanidad”. Como respuesta, Vasconcelos dijo estar convencido de que tales críticas eran producto “de una falta absoluta de comprensión”. Obviamente la decisión de incluir a Plotino fue de Vasconcelos, pues le asignaba “una importancia capital” y sentía por él una simpatía especial; era, desde sus épocas juveniles, su “predilección más permanente”.<sup>72</sup> En una ocasión se refirió a él como “nuestro Padre Plotino”.<sup>73</sup>

La inclusión de Plotino implicaba una gran dificultad: su traducción. A pesar de que uno de los objetivos de la colección era traducir los ‘clásicos’ antiguos y modernos de sus lenguas originales al castellano, pues según Vasconcelos hasta entonces sólo podían ser leídos en inglés o francés, lo cierto es que prácticamente todas las obras elegidas estaban ya publicadas en nuestra lengua.<sup>74</sup> De hecho, de los 17 tomos publicados, excluyendo al del padre Rivera, sólo dos exigieron ser traducidos: Rabindranath Tagore, cuya

---

seguramente la escribió por ser su paisano. Su actividad intelectual está documentada en el *Catálogo Archivo Agustín Rivera y Sanromán. Biblioteca Nacional, 1547-1916*, 3 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007-2009.

<sup>72</sup> Cfr. Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976, p. 76; José Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, I, p. 268, y Fell, *José Vasconcelos...*, p. 491.

<sup>73</sup> Véase Krauze, “Pasión y contemplación en Vasconcelos”, p. 18.

<sup>74</sup> Por esos años ya circulaban profusamente dos colecciones de ‘clásicos’ antiguos y modernos traducidos al castellano: la de la Librería Hernando y la Universal Calpe. Según Vasconcelos, distribuir a los ‘clásicos’ en español era un acto patriota que abonaría al esfuerzo que debía hacerse por la renovación de la raza, entendiendo por ello a toda la América hispánica. Véase la “Nota preliminar” de Vasconcelos a la *Iliada*, pp. 5-6.



traducción fue hecha “en el Departamento Editorial”, y Plotino, traducido no del griego sino a partir de ediciones en francés e inglés por Daniel Cosío Villegas, Samuel Ramos y Eduardo Villaseñor, a quienes debe agregarse el propio Vasconcelos, quien alegó ser el traductor de algunos párrafos.<sup>75</sup> La traducción colectiva no fue una experiencia agradable, al grado de que uno de los colaboradores, Cosío Villegas, se quejó de Vasconcelos con Alfonso Reyes, pues les había prometido que se publicaría la obra completa, en tres volúmenes, y sólo apareció una “mala” antología.<sup>76</sup>

Así, la instancia fundamental pasó a ser la selección de las traducciones más adecuadas, responsabilidad que recayó en Julio Torri, aunque luego colaboró en ello Pedro Henríquez Ureña desde su regreso al país.<sup>77</sup> Llamó la atención de muchos lectores que no siempre se diera crédito a los traductores. De hecho, sólo en tres se consigna su nombre: además del ya mencionado caso de Tagore, se aceptó que Esquilo había sido traducido por don Fernando Segundo Brieva Salvatierra, y el *Fausto*, de Goethe, por J. Roviralta Borrrell, ambos españoles y cuyo trabajo había sido hecho para sendas compañías editoras de su país.<sup>78</sup> La explicación la dio el propio

<sup>75</sup> Cosío Villegas, *Memorias*, p. 80. Vasconcelos asegura que durante su estancia en Washington, hacia 1910, en la Biblioteca del Congreso emprendió unas traducciones de los textos “inteligibles de Plotino”. Cfr. Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, I, p. 366. Véase también *La tormenta*, en *ibid.*, p. 733.

<sup>76</sup> Véase carta de Daniel Cosío Villegas a Alfonso Reyes, 28 de diciembre de 1923, en *Testimonios de una amistad. Correspondencia Alfonso Reyes/Daniel Cosío Villegas (1922-1958)*, Alberto Enríquez Perea (comp. y notas), México, El Colegio de México, 1999, pp. 32-34.

<sup>77</sup> Cosío Villegas, *Memorias*, p. 76. Además de Torri y Henríquez Ureña, al equipo del Departamento Editorial se agregó José Clemente Orozco, quien era “el ilustrador principal”. Para Henríquez Ureña véase Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

<sup>78</sup> Véase carta de Julio Torri a Alfonso Reyes, 9 de junio de 1922, en Torri, *Epistolarios*, p. 157.



Torri: “no expresamos más visiblemente los nombres de los traductores, porque temimos [...] pleitos con las casas editoras, pues desgraciadamente con nuestras leyes romano-cartaginesas-yanquis, no está permitido el robo como el que perpetramos”.<sup>79</sup>

La idea de Vasconcelos y de sus colaboradores era hacer una colección de ‘clásicos’ accesible. Esto es, nunca pretendieron publicar ediciones eruditas, plagadas de notas ‘de pie de página’.<sup>80</sup> Tampoco serían ediciones con largos y prolijos prólogos, aunque casi todos los volúmenes incluyeron unas páginas introductoras, por cierto, artificialmente puestas como tales, pues originalmente habían sido escritas con otros propósitos. Destacaban el del primer volumen de Platón, consistente en un amplio estudio introductorio de Edward Zeller, profesor de la Universidad de Berlín, de influencia hegeliana y reconocido experto en la historia de la filosofía griega, y el del tomo de Dante, con el escrito del prestigiadísimo crítico e historiador de la literatura italiana, el na-

<sup>79</sup> *Idem*. Al menos se habrían evitado una demanda, pues Vasconcelos asegura que el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, adscrito a su secretaría particular, había obtenido del propio Romain Rolland la autorización para publicar sus *Vidas ejemplares*, o sea las biografías de Miguel Ángel, Beethoven y Tolstoi, publicadas en España con el título de *Vidas de hombres ilustres*, traducidas por Juan Ramón Jiménez. Cfr. Vasconcelos, *El desastre*, en *Memorias*, II, p. 256. En efecto, en una carta de Romain Rolland al propio Vasconcelos el primero aceptó haberse enterado con beneplácito de la publicación de sus biografías. Más aún, le anunció el envío de una *Vida de Mahatma Gandhi* por si acaso quisieran editarla. Lo que Rolland destacaba era que Gandhi fue “entre los héroes uno de los más grandes y de los más puros”. Cfr. *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, 5 y 6, p. 722. Por su parte, Vasconcelos le ofreció, el 4 de febrero de 1924, una disculpa a Rolland: “perdone usted que no le haya consultado antes de acordar la traducción de sus tres vidas: Tolstoy, Beethoven y Miguel Ángel. Es porque hemos trabajado con un apresuramiento febril que no permitía esperas, y en cambio sabía intuitivamente, que contaba con usted y que usted se alegraría con nuestro triunfo”. Cfr. *ibid.*, p. 725.

<sup>80</sup> Engracia Loyo dice que el objetivo era hacer libros no “herméticos”. Cfr. Loyo, “La lectura...”, p. 262.



politano Francesco de Sanctis, liberal, patriota y quien, como Vasconcelos, fue secretario de Educación de su país.<sup>81</sup> Obviamente, igual que en el caso de las traducciones, no se pagó por los derechos de los diversos prólogos.

Reitero, los ‘clásicos verdes’ fueron duramente criticados en diversos sectores. Para unos, dicha empresa era una de las “tantas locuras” de Vasconcelos, hecha, para colmo, “a todo vapor”.<sup>82</sup> Otros, sin embargo, percibieron inmediatamente su originalidad y su grandeza, y alegaron que antes de criticar a Vasconcelos por intentar popularizar lo que por definición no era popularizable, habría que apreciar su intento de poner “las más altas” obras literarias “al alcance” de los que quisieran conocerlas. Más aún, hubo quien asegurara que la violencia revolucionaria, y antes el positivismo porfirista, habían apartado a México de la gran corriente del pensamiento mundial —como si Comte o Spencer no fueran parte sustantiva de él—, por lo que los ‘clásicos verdes’ reinsertaban a México en la tradición intelectual occidental, a la que pertenecía desde la conquista española.<sup>83</sup> Para Vasconcelos no había duda: era importante que los mexicanos se nutrieran “con la esencia más alta del espíritu humano y no con desechos” o con “libros vulgares”, pues sólo así podrían crecer “libres del bastardaje mental”: “no hay mejor cura para la mediocridad” que la lectura “de los grandes modelos de todos los tiempos”. Por cierto, Vasconcelos varias veces insistió en que su oferta de lecturas “no era excluyente sino

<sup>81</sup> Entre otros prólogos y apéndices, traducidos del inglés o del francés, se encuentran: el de Andreu Lang para la *Iliada*, tomado de *Homero and the Study of Greek*; el de Maurice Croiset para la *Odisea*, obtenido de la colección “Páginas escogidas de los grandes escritores”; otro suyo para el tomo de Eurípides, procedente del *Manual de historia de la literatura griega*; uno más de Croiset para el tomo II de Plutarco, tomado del volumen V de la *Historia de la literatura griega*, y uno de Gilbert Murray para Platón, extraído de *A History of Ancient Greek Literature*.

<sup>82</sup> Cosío Villegas, *Memorias*, pp. 75-76.

<sup>83</sup> Véanse Torres Bodet, *Tiempo de arena*, en *Memorias*, I, pp. 96-99, y Cosío Villegas, *Memorias*, pp. 75-76.



orientadora”.<sup>84</sup> Acaso éste sea el punto más débil de la colección: en tanto hecha por el rector y luego secretario de Educación Pública, en las prensas oficiales y con recursos públicos, debió haber incluido a los autores y títulos que merecían especial atención en los programas oficiales de estudio. La colección no fue hecha por una editorial privada ni coordinada por un intelectual independiente.

Al margen de sus bondades señeras, es preciso reconocer que hubo una mala planeación de la colección, pues si su gestión como rector y secretario podía durar cuando mucho cuatro años, esto es 208 semanas, y si se habían prometido cien libros, tenía que publicarse, en promedio, uno cada quincena, meta prácticamente irrealizable dadas las condiciones económicas y bibliográficas del país y la carencia de virtudes administrativas en el equipo de Vasconcelos. Para colmo, éste no logró que el sucesor en el puesto diera continuidad al proyecto. Prueba de su ingenuidad política, Vasconcelos creyó que la colección iba a ser completada al término de su gestión.<sup>85</sup> Al contrario, al romper con el grupo gobernante condenó su proyecto a la desaparición e hizo a la colección vulnerable a la crítica de políticos, empresarios y periodistas. En efecto, varios diputados hicieron agrias críticas al proyecto, por considerarlo una imposición de criterios culturales no populares y por las erogaciones presupuestales que implicaba. Del mismo modo, Vito Alessio Robles, hermano de un influyente político obregonista,<sup>86</sup> pidió a Vasconcelos que suspendiera la edición de los ‘clásicos verdes’, inútiles en un país con 80% de analfabetos, y le propuso, en cambio, que se imprimieran millones de abecedarios. Con otro tipo de reclamos, los editores y

<sup>84</sup> José Vasconcelos, “De Robinsón a Odiseo. Pedagogía estructuralista”, en *Antología de textos sobre educación*, Silvia Molina (introd. y selec.), México, Fondo de Cultura Económica, 1981, pp. 118-120.

<sup>85</sup> Cfr. Fell, *José Vasconcelos...*, pp. 492-493.

<sup>86</sup> Miguel Alessio Robles se desempeñó en la secretaría particular de Adolfo de la Huerta y luego como secretario de Industria, Comercio y Trabajo en la administración de Álvaro Obregón, del 27 de febrero de 1922 al 22 de octubre de 1923.



libreros privados también se lanzaron contra la política editorial de Vasconcelos, alegando que el gobierno incurría en competencias desleales al distribuir gratuitamente libros o al venderlos a un precio inferior a su costo. La respuesta de Vasconcelos fue inequívoca: el gobierno seguiría “imprimiendo libros para regalarlos al pueblo”.<sup>87</sup>

Por lo general las críticas a los ‘clásicos verdes’ partían de una percepción equivocada: sobrestimaban el lugar de esa colección dentro del programa editorial de Vasconcelos, como si fuera el proyecto más importante, casi el único. Parece que se ignoraba que fueron muchos más los ‘manuales escolares’ y libros técnicos publicados entonces. Por ejemplo, puede calcularse que la cifra total de los 17 tomos publicados ascendió a poco más de 200 000 ejemplares, mientras que sólo del *Libro nacional de escritura-lectura* se publicó casi un millón de ejemplares, y que el tiraje de la *Historia patria* de Justo Sierra alcanzó los 100 000, y todo esto sin otorgar mayor crédito a las hiperbólicas cifras dadas por el propio Vasconcelos, quien aseguró que la Secretaría de Educación Pública había editado “un millón de libros elementales de lectura, medio millón de folletos educativos, más dos millones de cartillas para la enseñanza de las primeras letras”.<sup>88</sup>

Otro tipo de críticas reflejaba el nacionalismo revolucionario imperante: ¿por qué publicar libros de difícil lectura o carentes de aplicación inmediata, haciendo a un lado a los mejores escritores mexicanos?<sup>89</sup> Con todo, a pesar de las deficiencias reales y las invectivas interesadas, de las contradicciones respecto a precios y tirajes, y sobre todo, a pesar de haber sido una colección notoriamente inconclusa, los mexicanos profesamos un enorme cariño y respeto por los ‘clásicos verdes’, los que se cotizan en altos precios en las librerías

<sup>87</sup> Cfr. Fell, *José Vasconcelos...*, pp. 490, 495-496.

<sup>88</sup> Cfr. Vasconcelos, *Indología...*, p. 167.

<sup>89</sup> Al respecto véase *idem*; *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, 1, 1922, p. 177; *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, 5 y 6, p. 358, y Fell, *José Vasconcelos...*, pp. 486, 490-492. Es de señalarse que las colecciones de ‘clásicos’ publicadas por Lunacharski al triunfo de la Revolución soviética sí incluían a los grandes escritores rusos.



‘de segunda mano’. Al considerar varios intentos similares posteriores,<sup>90</sup> no puede dejar de reconocerse que Vasconcelos está en el origen de todos nuestros intentos por acercarnos a los libros ‘clásicos’.

#### DE EDITOR A BIBLIOTECARIO

Luego de renunciar a la Secretaría de Educación Pública a mediados de 1924, José Vasconcelos se dedicó a la política. Primero contendió por la gubernatura de Oaxaca, ese mismo año, y luego, en 1929, compitió contra Pascual Ortiz Rubio por la presidencia del país. En ambos comicios fue derrotado.<sup>91</sup> Comenzó entonces un largo exilio, el tercero en su agitada vida.<sup>92</sup> En 1940, poco después de regresar al país, fue nombrado director de la Biblioteca Nacional, y seis años después fue nombrado director de la Biblioteca de México, puesto que ocupó hasta su muerte.<sup>93</sup> El paso de secretario de Educación a director de biblioteca fue mayúsculo. Ahora ya no le correspondía diseñar y poner en práctica la política educativa y cultural del país.

<sup>90</sup> Pienso en las versiones resumidas de muchísimos autores ‘clásicos’ publicadas en la Biblioteca Enciclopédica Popular, benemérita a pesar de su pobreza tipográfica, y publicada, significativamente, durante los años en que el vasconcelista Torres Bodet estuvo al frente de la Secretaría de Educación Pública. Pienso en la reciente colección ‘Cien del Mundo’, publicada por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

<sup>91</sup> Javier Garciadiego, “Vasconcelos y el mito del fraude en la campaña electoral de 1929”, *20/10 Memoria de las Revoluciones de México*, 10, invierno de 2010, pp. 9-31.

<sup>92</sup> Primero se exilió, entre 1915 y 1920, por el triunfo de Carranza sobre la facción convencionista; su segundo exilio fue de principios de 1925 a finales de 1928, luego de su derrota electoral en Oaxaca; el tercero y último fue de finales de 1929, luego de su frustrada aspiración presidencial, a 1938, cuando regresó al país y se radicó en Sonora por poco tiempo, pasando luego al Distrito Federal.

<sup>93</sup> Véase el expediente de José Vasconcelos en el Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Personal, 20/131/1723.



Ahora sólo fue responsable, sucesivamente, de las dos principales bibliotecas públicas del país,<sup>94</sup> lo que le permitió terminar su vida alrededor de los libros, como lector, escritor y difusor de la lectura.

Un par de ideas básicas definieron su actuación como bibliotecario.<sup>95</sup> Y veinte años antes ya había sido consciente de que las instalaciones de la Biblioteca Nacional no eran las adecuadas, pues se trataba de un antiguo convento novohispano,<sup>96</sup> y lo mismo sucedió después con la Biblioteca de México, instalada en una vieja fábrica de tabacos de finales del siglo XVIII —La Ciudadela—. Por lo mismo, desde un principio se avocó a adecuar en lo posible dichas instalaciones. Obviamente, sus mayores preocupaciones fueron acrecentar el acervo y atraer un mayor número de lectores. Para Vasconcelos una biblioteca no debía ser “una bodega lóbrega de libros amontonados sin orden ni plan”, un sitio de mera conservación de libros, sino uno que fomentara la lectura, pues estaba convencido de que “la biblioteca complementa a la escuela, en muchos casos la sustituye y en todos los casos la supera”.<sup>97</sup> En efecto, Vasconcelos aseguraba que la labor de la escuela quedaba “anulada sin la biblioteca”, pues es en ésta “donde verdaderamente se

<sup>94</sup> Concatenación más que casualidad, al asumir Vasconcelos la dirección de la Biblioteca de México el secretario de Educación Pública era Jaime Torres Bodet, quien durante el ministerio de Vasconcelos había sido el jefe del Departamento de Bibliotecas: aunque con las funciones invertidas, queda claro que compartían proyecto y lealtades.

<sup>95</sup> Al respecto consúltese José Vasconcelos, “La Biblioteca de México: discurso inaugural”, *Biblioteca de México*, 41, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, septiembre-octubre de 1997, pp. 17-19. También véanse Linda Sametz de Walerstein, *Vasconcelos. El hombre del Libro. La época de oro de las bibliotecas*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, y VV. AA., *Vasconcelos bibliotecario: promotor, constructor y director de bibliotecas. Homenaje en los cincuenta años de su fallecimiento*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2009.

<sup>96</sup> Véase Rafael Carrasco Puente, *Historia de la Biblioteca Nacional de México*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1948.

<sup>97</sup> José Vasconcelos, *Proyecto de ley para la creación de una Secretaría de Educación Pública Federal*, México, Universidad Nacional, 1920, p. 15.



aprende, leyendo los grandes libros geniales y los pequeños libros útiles". Para él no había duda: "la biblioteca es más importante que la escuela, porque ninguna escuela puede tener la amplitud de datos, la libertad de orientaciones que se encuentra en cualquier colección bien hecha de libros".<sup>98</sup>

Como bibliotecario, Vasconcelos se mantuvo fiel a su ideal, consistente en privilegiar la lectura de los grandes autores, aunque es preciso preguntarse si seguía fiel a sus principios estéticos iniciales, o si se habían modificado sus radicales criterios originales. Significativamente, dispuso que en la Biblioteca de México se instalaran bustos de Homero, Esquilo, Sócrates, Platón, Aristóteles, Eurípides, Dante, Lope de Vega, Cervantes, Calderón de la Barca, Goethe y hasta Shakespeare, todos ellos publicados o propuestos para la colección 'verde',<sup>99</sup> aunque es notoria la ausencia de Plotino. En efecto, es indiscutible que para los decenios de 1940 y 1950 Vasconcelos no sólo había envejecido sino que se había hecho más flexible, menos rígido. Así, aceptaba que para los lectores principiantes "no sería prudente recomendarles un diálogo platónico", sino que lo conveniente era "recomendarles determinados textos, que aunque corrientes abren el apetito", como la novela policiaca. Posteriormente, el "mejor cebo para hacer caer en la repetición de la lectura" era el género del cuento, entre los que recomendaba a Maupassant, Chejov, Tolstoi, Poe, Kipling, Jack London y Horacio Quiroga.<sup>100</sup>

Si como secretario se dispuso a publicarlos, ya como bibliotecario apenas se atrevió a definir "los cien libros que es preciso leer

<sup>98</sup> José Vasconcelos, "La enseñanza de la lectura", *El Universal*, 7 de septiembre de 1925, p. 3.

<sup>99</sup> Todos éstos son los "pilares de la casa espiritual que es esta biblioteca". Cfr. José Vasconcelos, "La Biblioteca de México: discurso inaugural", en José Vasconcelos, *Discursos, 1920-1950*, México, Ediciones Botas, 1950, pp. 19 y 240, y VV. AA., *Vasconcelos bibliotecario...*

<sup>100</sup> José Vasconcelos, "Regale libros", *Novedades*, 22 de diciembre de 1944. Es de notarse que en esta ocasión ya recomienda la lectura de tres autores angloamericanos y de uno latinoamericano.



para darse cuenta de lo que es la sabiduría” y adquirir “la esencia del saber de todos los tiempos”. Seguramente lo hizo como resultado de la aparición de la colección *The Great Books*, impulsada por la Universidad de Chicago, de la que él había sido docente durante uno de sus exilios, entre 1926 y 1928.<sup>101</sup> ¿Cuántas similitudes había entre su nueva lista y el viejo proyecto de los ‘clásicos verdes’? ¿Cuántos autores aparecieron en ambos planes? ¿Cuántos aparecieron sólo en el primero? ¿Por qué fueron eliminados, sobre todo tratándose de Plotino?<sup>102</sup> ¿Cuántos aparecieron sólo en la segunda lista? ¿Por qué razón fueron incorporados? La comparación de ambas listas es imposible, pues nunca se contó con el proyecto completo de los libros ‘verdes’. De otra parte, sería erróneo pensar que la segunda lista, la de 1944, pudiera ser considerada como la versión finalmente completa del proyecto anterior, pues la segunda fue hecha veinte años después de su periodo como secretario y tiene notables características. Para comenzar, Vasconcelos acepta que cada pensador debía elaborar su propia lista, aunque aseguró que existían los libros “que nadie discute”. Además, aunque previene contra los criterios nacionalistas —“los temas nacionales deberán quedar excluidos de estas listas”—, reconoce que deben considerarse “los antepasados” de cada idioma; en nuestro caso, “los clásicos castellanos son para nosotros materia obligatoria”.<sup>103</sup>

<sup>101</sup> Recientemente acaban de publicarse por primera vez en castellano algunas de las conferencias impartidas por él en Chicago, con el título de *La otra raza cósmica*, Heriberto Yépez (trad. y notas), y Leonardo da Jandra (pról.), México, Editorial Almadía, 2010.

<sup>102</sup> Véase Vasconcelos, “Los cien libros”, pp. 9 y 58. La correlación con la célebre colección *The Great Books*, impulsada conjuntamente por la *Encyclopaedia Britannica* y la Universidad de Chicago, es hecha explícita por el propio Vasconcelos, pues al principio de su artículo alude al proyecto de lecturas impulsado en tiempo del rector Robert M. Hutchins, aunque Vasconcelos erróneamente lo llamaba Hutchinson.

<sup>103</sup> Recuérdese que Vasconcelos estaba convencido de que “entre nosotros raro es quien haya seguido la estela de los clásicos castellanos”. Cfr. Vasconcelos, *El proconsulado*, en *Memorias*, II, p. 748.



Otra característica de su segunda lista es que no se limitó a libros de filosofía y literatura, como en la primera, sino que incluyó libros sobre ciencia, de Aristóteles —“El Organum”—<sup>104</sup> y Euclides, o de Copérnico y Newton. Asimismo, acorde con su proceso de creciente religiosidad, para la segunda lista aumentó el número de libros cristianos, pues además de “Los cuatro Evangelios” ahora recomendó la lectura de “Siete libros de la Biblia”, “Las Epístolas” de San Pablo, “Las Florecillas” de San Francisco de Asís, “La Imitación, de Kempis” y un “resumen” de Santo Tomás, “de preferencia el de Etienne Gilson”. Vasconcelos volvió a incluir un texto no occidental: si antes había sido Tagore, ahora fue “Las Mil y Una Noches”. Además, ya incluyó un texto medieval: “La Chanson de Roland”. Congruente con su argumentación en cuanto a la obligatoriedad de los clásicos castellanos, en su nueva lista estaban “El Quijote”, “cinco” dramas de Lope de Vega y de Calderón, “El Monte Carmelo”, de San Juan de la Cruz, y “Las Moradas”, de Santa Teresa. También propuso más escritores modernos que en la colección ‘verde’, comenzando con Shakespeare y siguiendo con Luis de Camoens, además de Goethe, Balzac y Dostoievsky, lo que supone un tardío reconocimiento al género novelístico.

Asimismo, a pesar del mal concepto que en un principio tenía de la historia, en su lista de 1944 consignaba a Tucídides, a Teodore “Momsen”, por su “Historia Romana”, y a Denis Richet, así como a varios historiadores de temática mexicana: desde Bernal Díaz del Castillo y las *Cartas de relación*, de Hernán Cortés, hasta el sacerdote michoacano José Bravo Ugarte y el historiador conservador Carlos Pereyra, aunque significativamente no a Justo Sierra, liberal-positivista, de quien había hecho copiosas ediciones veinte años antes. Otras características de la segunda serie eran: incluía grandes ‘manuales’, como la historia de la literatura griega de Gilbert Murray y la “Historia de la Filosofía Antigua” de Rodolfo Mondolfo.

<sup>104</sup> Todos los títulos y autores reproducen la grafía de Vasconcelos, quien los escribió, como es obvio, descansando en su memoria.



También incluía libros de ciencias sociales, como la “Economía política” de Werner Sombart, la “Historia del materialismo” de Albert Lange, así como un “resumen de Marx”. Además, la lista contenía algunos ejemplos de filosofía moderna, como la de Alfred N. Whitehead, la “Psicología” de Paul Janet, “Los Grados del Saber”, de Jacques Maritain, y “Los datos inmediatos de la conciencia”, de Henri Bergson. Sobre todo, incluía algunos autores y libros de literatura hispanoamericana,<sup>105</sup> como Rubén Darío, “El Facundo”, “Doña Bárbara”<sup>106</sup> y “El Periquillo Sarniento”, única obra creativa de un mexicano, parquedad que ya le había generado varias críticas durante sus años como secretario de Educación.<sup>107</sup> Por último, en esta lista ya aparecieron autores angloparlantes, como Edgar Allan Poe, Walt Whitman, Jack London y Rudyard Kipling además de Shakespeare.<sup>108</sup>

Su segundo listado parte de una precisa definición de ‘clásico’, “que no es un libro griego o romano, sino una obra que por su mérito intrínseco es considerada como autoridad en algún ramo del

<sup>105</sup> Siguiendo a Giovanni Papini, señaló que América Latina era un subcontinente “torpe” que —“hay que confesarlo con toda honradez”— no había producido ningún libro “que justifique nuestra inclusión en la literatura universal”. Cfr. Carballo, *Diecinueve protagonistas...*, p. 24.

<sup>106</sup> También incluía la *Ifigenia*, de Teresa de la Parra, y *Las lanzas coloradas*, de Arturo Uslar Pietri.

<sup>107</sup> Es fácil advertir que en ninguno de los dos momentos incluyó las otras grandes novelas mexicanas del siglo xix o de principios del xx. Piénsese en Manuel Payno, Ignacio Altamirano, Luis G. Inclán, Guillermo Prieto y Federico Gamboa, entre otros. Tal vez se trate de otra de sus exageraciones contundentes, pero en una ocasión reconoció no haber leído de joven a ningún escritor nacional: “conservé una perfecta virginidad en cuestión de autores mexicanos. Salí de Jurisprudencia sin haber leído uno solo de ellos”. Véase Carballo, *Diecinueve protagonistas...*, p. 34. Lo cierto es que en ninguna de sus dos listas aparecieron Ruiz de Alarcón ni sor Juana, mucho menos Ramón López Velarde a quien tanto exaltó en el momento de su temprana muerte, en 1921.

<sup>108</sup> En otra ocasión mencionó a Herman Melville como autor de un libro auténticamente “sobresaliente”. Cfr. *ibid.*, p. 24.



saber humano por la opinión general ilustrada”.<sup>109</sup> Esto es, el bibliotecario maduro fue más pragmático que el exaltado secretario, quien había aspirado a que los mexicanos leyera “las cúspides del espíritu”.<sup>110</sup> Así, por su prolongada lucha en favor de la buena lectura, puede asegurarse que ningún educador mexicano tiene un mérito que se le iguale en cuanto a la construcción de bibliotecas y a la edición de libros. No es aventurado decir que de todos los esfuerzos en que se empeñó a lo largo de su fructífera vida, la publicación masiva, sistemática e imaginativa de libros fue la más importante, la de mayor legado. Por eso puede concluirse que si como político terminó siendo un Ulises, como educador encarnó a Prometeo, pues su mayor afán fue iluminar a su pueblo.<sup>111</sup>

<sup>109</sup> José Vasconcelos, “El libro”, *Todo*, 11 de julio de 1946, p. 12. Otra definición suya de ‘clásico’ sostenía que es “aquello que ha merecido el honor de la supervivencia entre una multitud de obras difuntas porque ya nadie las lee, nadie las recuerda”. Cfr. José Vasconcelos, “El gusto literario”, *Todo*, 18 de julio de 1946, p. 13. Otra definición de Vasconcelos consistía en decir que el libro ‘clásico’ es el que “debe servir de modelo”, “lo mejor de todas las épocas”. Véase *Lecturas clásicas para niños*, México, Departamento Editorial, Secretaría de Educación Pública, 1924, p. xii.

<sup>110</sup> Cfr. Vasconcelos, “La enseñanza de la lectura”, p. 3.

<sup>111</sup> Según Felipe Garrido, su política educativa fue “prometeica”, véase “Ulises y Prometeo...”, p. 186.



EL APOLÍNEO ALFONSO REYES  
Y EL DIONISIÁCO JOSÉ VASCONCELOS:  
ENCUENTROS Y DESENCUENTROS\*

*En recuerdo de José Emilio Pacheco,  
cuyo fantasma se encuentra algunas madrugadas  
con los de Alfonso Reyes y José Vasconcelos,  
en las calles de la colonia Condesa*

I. CONVIVENCIA TEMPRANA

Por unas cartas de septiembre de 1920 puede saberse que Alfonso Reyes a veces se sentía como un hermano menor de José Vasconcelos, y que éste, igualmente, en ocasiones veía a Reyes como hermano mayor, pues “muchas veces” le había debido “el vislumbre, la luz”. La identificación superaba la ascendencia: “menor o mayor, creo en tu hermandad”, le dijo Vasconcelos, para luego sentenciar: “no hay alma que yo sienta más afín de la mía que la tuya”.<sup>1</sup> ¿Fueron realmente fraternas las relaciones entre ambos?, ¿fueron más profundas que unos lazos simplemente amistosos?, ¿eran las suyas almas auténticamente afines?, ¿qué prevaleció entre ellos, los encuentros o los desencuentros?

El oaxaqueño Vasconcelos era siete años mayor que el regiomontano Reyes<sup>2</sup> y se conocieron en la Ciudad de México, en las postris-

\* Texto editado del discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, leído en el Museo Nacional de Arte el 9 de mayo de 2013. La versión completa será publicada por la propia Academia.

<sup>1</sup> Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 16 de septiembre de 1920, en *La amistad en el dolor: Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes, 1916-1959*, Claude Fell (comp. y notas), México, El Colegio Nacional, 1995, p. 50 (en adelante *Correspondencia: JV-AR*).

<sup>2</sup> Vasconcelos había nacido en 1882 y Reyes en 1889.



merías del gobierno porfiriano, cuando Vasconcelos se incorporó al Ateneo de la Juventud, con el que Reyes estaba involucrado desde sus prolegómenos: la revista *Savia Moderna* y la Sociedad de Conferencias.<sup>3</sup> Sus diferencias socioeconómicas eran enormes: el padre de Vasconcelos era un empleado aduanal de rango mediano, mientras que el de Reyes era uno de los hombres más influyentes del cerrado aparato gubernamental porfirista, en tanto secretario de Guerra y duradero gobernador de Nuevo León; más aún, el general Reyes era un auténtico ‘procónsul’ en el noreste del país.<sup>4</sup> Uno tuvo una infancia trashumante; el otro, una con todas las comodidades de su tiempo. Mientras que las lecturas infantiles y juveniles de Vasconcelos fueron hechas en textos de geografía e historia de México, y sobre todo en libros religiosos sugeridos por su muy católica madre, Reyes hizo las suyas en libros de literatura clásica y europea disponibles en ediciones bien ilustradas y mejor encuadradas de la biblioteca paterna. Uno creció en un ambiente familiar religioso; el otro, en uno plenamente liberal.<sup>5</sup> A pesar de sus diferencias cronológicas, sociales, geográficas e ideológicas, sus coincidencias intelectuales eran suficientes para justificar una rápida cercanía; en efecto, los igualaron sus afanes e intereses culturales.

Acicateado Vasconcelos por sus creencias religiosas y motivado Reyes por sus intereses humanísticos, compartieron el principio rector del Ateneo: el rechazo a la ya decadente filosofía positivista.

<sup>3</sup> Véanse Fernando Curiel, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, y Susana Quintanilla, “Nosotros”. *La juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets, 2008.

<sup>4</sup> Véanse Víctor Niemeyer, *El general Bernardo Reyes*, Monterrey, Gobierno del estado de Nuevo León–Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León (Col. Biblioteca de Nuevo León, 3), 1966; Josefina G. de Arellano, *Bernardo Reyes y el movimiento reyista en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Col. Científica, 131), 1982, y Artemio Benavides Hinojosa, *El general Bernardo Reyes. Vida de un liberal porfirista*, Monterrey, México, Ediciones Castillo, 1998.

<sup>5</sup> José Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 42, 44, 96-97, 267 y 268.



Sin embargo, si bien el Ateneo era una asociación que albergaba a casi un centenar de jóvenes intelectuales, en el seno del mismo se formó un reducido grupo compuesto por cuatro o cinco amigos que se reunían dos veces a la semana para hacer lecturas colectivas,<sup>6</sup> en voz alta y teatralizadas, seguidas de discusiones que les hacían pasar las noches “de claro en claro”. Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, así como Reyes y Vasconcelos, sostuvieron agrias polémicas en muchas de esas sesiones: Vasconcelos insistía en que también se leyeran y discutieran las enseñanzas de Buda y no sólo a los ‘clásicos’ grecolatinos, y reñía constantemente con Reyes por su afición a Goethe. Las diferencias eran mayores: Vasconcelos reclamaba que el pequeño núcleo del Ateneo estuviera dividido entre filósofos y hombres de letras, refiriéndose a Pedro Henríquez Ureña y a Reyes, quienes imponían al grupo una “dirección cultista”.<sup>7</sup>

Otro elemento de discordia fue la política: mientras Caso, Henríquez Ureña y Reyes estaban entregados al estudio, Vasconcelos “estaba francamente comprometido con los conspiradores” antiporfiristas, lo que aprovechó Reyes para solicitarle que cuando partiera a la lucha armada dejara a su cuidado su *Encyclopaedia Britannica*. Al despertarse una mañana y encontrar los numerosos volúmenes alineados junto a su cama, Reyes procedió a pasar entre los amigos

<sup>6</sup> Respecto al Ateneo, además de las obras citadas en la nota 3, deben consultarse José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979; Alfonso García Morales, *El Ateneo de México, 1906-1914. Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992, y Álvaro Matute, *El Ateneo de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

<sup>7</sup> Años después, en carta del 7 de marzo de 1916, Vasconcelos dijo a Reyes que conservaba su “antigoetismo”, pues “es una tontería soñar con la felicidad” y es un “engaño” aplaudir “a la vida”. Cfr. *Correspondencia: JV-AR*, p. 26. Véanse también Alfonso Reyes, *Pasado inmediato* [1941], en *Obras completas*, 26 tomos, México, Fondo de Cultura Económica, 1955-1993 (en adelante *OC*), xii, p. 212; Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, i, pp. 232-233 y 267, y Alfonso Reyes, *El suicida* [1917], en *OC*, iii, p. 302.



la contraseña convenida: “Mambrú se fue a la guerra”.<sup>8</sup> Con el triunfo de Madero y los antirreeleccionistas sobre Díaz, y con el regreso victorioso de Vasconcelos a la Ciudad de México, creció la influencia de éste dentro del Ateneo, al grado de ser electo como máximo dirigente de la asociación. Paulatinamente, ésta dejó de ser un “cenáculo de amantes de la cultura” para convertirse en un “círculo de amigos con vistas a la acción política”: se creó entonces la Universidad Popular<sup>9</sup> y se inició “la rehabilitación del pensamiento de la raza”. Como su padre estaba encarcelado por haberse alzado en armas contra el gobierno maderista, Reyes no estaba entre los que deseaban incorporarse al nuevo aparato político nacional.<sup>10</sup>

El derrocamiento de Madero y la consiguiente lucha contra el gobierno de Victoriano Huerta aumentarían el alejamiento. Reyes pronto se iría a París a trabajar en la legación huertista ante el gobierno francés, aunque fue cesado al triunfo revolucionario, por lo que tuvo que exiliarse en España. Por su parte, Vasconcelos colaboró en la lucha contra Huerta,<sup>11</sup> pero cuando sobrevino la guerra

<sup>8</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Pasado inmediato* [1941], en *OC*, xii, p. 212.

<sup>9</sup> Cfr. Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, i, p. 397; véanse también John S. Innes, “The Universidad Popular Mexicana”, *The Americas*, 30, 1, 30 de julio de 1973, pp. 110-122, y Morelos Torres Aguilar, *Cultura y Revolución. La Universidad Popular Mexicana (Ciudad de México, 1912-1920)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

<sup>10</sup> Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, i, p. 397. Entre 1911 y 1912 Reyes fue secretario de la Escuela Nacional de Altos Estudios. Para sus datos biográficos véase Javier Garciadiego, *Alfonso Reyes. Breve biografía*, México, Planeta, 2009. Contra lo que suele pensarse, en el Ateneo era una minoría notable la que simpatizaba con el régimen revolucionario; de hecho, además de Vasconcelos sólo seguían esa línea Isidro Fabela, Martín Luis Guzmán y Alberto J. Pani.

<sup>11</sup> La colaboración de Vasconcelos con el movimiento antihuertista dio lugar a que algunos ateneístas ironizaran al respecto. El propio Reyes se refirió a él como “feroz matasiete”. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Julio Torri, 9 de febrero de 1914, en Julio Torri, *Epistolarios*, Serge I. Zaïtzeff (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, pp. 58-59 (en adelante *Epistolarios: JT-AR*).



entre los dos principales bandos revolucionarios optó por el ‘convencionista’. El involucramiento de Vasconcelos en el proceso revolucionario, igual que el de Martín Luis Guzmán, dio lugar a que sus amigos ateneístas los consideraran “casos perdidos”.<sup>12</sup> Para colmo, al ser derrotado el convencionismo Vasconcelos se exilió en Estados Unidos, desde 1915 hasta 1920, pero al principio sus viejos compañeros nada sabían de su destino y ubicación.<sup>13</sup>

Aunque diferentes en cuanto a cobijo geográfico, ambiente político y contexto cultural, la derrota volvió a identificarlos. Indignado uno por el asesinato de Madero y dolido el otro por la injustificable muerte de su padre, pero vencidos ambos y rotas sus ilusiones juveniles, Vasconcelos reconoció con “remordimiento” haber sido “injusto” con Reyes, al censurarlo sin considerar que también éste sufría penas y enfrentaba obstáculos “como todos en épocas de crisis”. Generalmente comprensivo, Reyes le dijo que las olas los habían separado, llevando sus despojos a diferentes naufragios,<sup>14</sup> y presumió de que “algo de hierro” iba “ganando por dentro”.<sup>15</sup> Durante esos años fueron amigos “en el dolor”.<sup>16</sup>

<sup>12</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 18 de enero de 1915. Pude consultar la correspondencia entre éstos posterior a agosto de 1914 gracias a mi amigo y colega Adolfo Castañón, quien prepara su edición para ser coeditada por el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México.

<sup>13</sup> Véase la carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 19 de mayo de 1914, en Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, José Luis Martínez (ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 323-328 (en adelante *Correspondencia: AR-PHU*), y la de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 8 de febrero de 1915.

<sup>14</sup> Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 7 de marzo de 1916, y carta de Alfonso Reyes a José Vasconcelos, 6 de octubre de 1916, en *Correspondencia: JV-AR*, pp. 25, 26 y 31.

<sup>15</sup> Carta de Alfonso Reyes a José Vasconcelos, 12 de febrero de 1918, en *Historia documental de mis libros* [1955-1959], en *OC*, xxiv, pp. 225 y 226.

<sup>16</sup> Cfr. Alfonso Reyes, “Despedida a José Vasconcelos”, en *Reloj de sol* [*Simpatías y diferencias. Quinta Serie*] [1926], en *OC*, iv, p. 441: “cada vez que la vida se nos ponía dura —bien te acordarás— iba una carta del uno al otro,



## II. DOS ORILLAS, DOS EXILIOS

Los respectivos exilios tuvieron características distintas. Vasconcelos, en Estados Unidos, desempeñó empleos alejados de los ambientes intelectuales: promovió cursos comerciales por correspondencia y vendió “pantalones al por mayor hechos a máquina”. En Madrid, Reyes hizo traducciones, reseñas, notas bibliográficas, prólogos y artículos de periódico “al por menor, hechos también a máquina”.<sup>17</sup> La soledad intelectual que padecía Vasconcelos lo llevó a añorar, por sus “largas conversaciones”,<sup>18</sup> a sus viejos amigos del Ateneo, en especial a Antonio Caso, Martín Luis Guzmán y Reyes.

Por otra parte, Vasconcelos aprovechó las bibliotecas públicas norteamericanas para leer desde filosofía griega e hinduista, pasando por teoría musical y temas religiosos expuestos desde perspectivas católicas, protestantes, hebreas y budistas, hasta los “desvaríos indoctos de los teósofos” y yoguis, los que revisó “con ánimo de hallarles una brizna de verdad”. Además de leer intensamente, se puso a escribir: prácticamente rehízo su trabajo sobre Pitágoras y redactó los materiales que luego formarían *El monismo estético*. Vasconcelos reconoce que sólo en las bibliotecas norteamericanas hubiera podido preparar sus *Estudios indostánicos*, y a esa época se remonta su *Prometeo vencedor*, escrito “en tres días en una humilde casita de Redondo Beach”, cercana a Los Ángeles.<sup>19</sup>

---

buscando la simpatía en el dolor”. Claude Fell usó estas palabras para el título de la *Correspondencia* entre ambos que editó y anotó. Véase nota 1.

<sup>17</sup> Cfr. Alfonso Reyes, “Despedida a José Vasconcelos”, en *Reloj de sol [Simpatías y diferencias. Quinta Serie]* [1926], en *OC*, iv, p. 441.

<sup>18</sup> Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 24 de noviembre de 1916, en *Correspondencia: JV-AR*, p. 34.

<sup>19</sup> José Vasconcelos, *La tormenta*, en *Memorias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, i, pp. 733, 735, 749, 755-756, 803, 868 y 930. Sus lecturas musicales buscaban sustentar su nuevo descubrimiento: “el de la sinfonía como forma literaria”.



Durante su exilio estadounidense Vasconcelos padeció un severo y prolongado aislamiento intelectual. Si bien suena más a una de sus socorridas exageraciones, aseguró que llegó a estar “dos o tres años sin hablar con gente de razón” y que escribió mucho “sin poder leérselo a nadie”.<sup>20</sup> En cambio, el exilio español de Alfonso Reyes fue una enriquecedora aventura literaria e intelectual: convivió temporadas apreciables con Pedro Henríquez Ureña y Martín Luis Guzmán y conoció a casi todos los principales escritores españoles de su época, desde miembros de la generación del 98, como Unamuno, Valle-Inclán o Azorín, hasta a los jóvenes poetas del 27, con quienes haría grandes amistades, pasando por sus casi coetáneos Azaña y Ortega y Gasset, de la generación del 14;<sup>21</sup> también colaboró con el equipo de filólogos encabezado por Ramón Menéndez Pidal. Reyes escribió en los principales periódicos españoles y trabajó y publicó en prestigiadas empresas editoriales como Calpe y Calleja. Por si esto fuera poco, frecuentaba el Ateneo y la Residencia de Estudiantes, siendo en ambos muy bien recibido. Si bien no dejaba de ser un exilio, Reyes estaba cabal y fructíferamente integrado a la vida literaria española.<sup>22</sup>

Acaso lo más estimulante fue lo inesperado. En rigor, Reyes había llegado a mediados de 1913 a Francia, como segundo secretario de la legación, aunque no motivado por el empleo diplomático

<sup>20</sup> Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 16 de septiembre de 1920, en *Correspondencia: JV-AR*, p. 49.

<sup>21</sup> Véase mi ensayo, “La generación del 14 y México”, en *Ciencia y modernidad. Generación del 14*, España, Acción Cultural Española, 2014, pp. 219-227.

<sup>22</sup> Véanse Barbara Aponte, *Alfonso Reyes and Spain. His Dialogue with Unamuno, Valle Inclán, Ortega y Gasset, Jiménez and Gómez de la Serna*, Austin, University of Texas, 1972; Héctor Perea, *España en la obra de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, y Javier Garcíadiego, “Alfonso Reyes en España”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las primeras jornadas, celebradas en la Residencia de Estudiantes en noviembre de 1994*, Madrid, El Colegio de México–Residencia de Estudiantes, 1998, pp. 53-66.



sino por su deseo de vivir la experiencia cultural parisina. Para su sorpresa, ésta resultó peor que insatisfactoria. Para colmo, por el estallido de la Primera Guerra Mundial, en agosto de 1914, y por haber quedado desempleado el mismo mes por el triunfo revolucionario en México, tuvo que huir —con esposa e hijo— a la neutral España, donde por razones lingüísticas había más posibilidades laborales. Llegó pesimista, pues consideraba que Madrid era un “campo mediocre”. Su desánimo radicaba en su ignorancia: Reyes desconocía el proceso de renovación cultural y política que acababa de dar inicio en España como respuesta a la crisis de 1898. Fue de tal magnitud el proceso de cambio, que los cuatro primeros decenios del siglo xx español terminarían siendo conocidos como ‘la Edad de Plata’.<sup>23</sup>

Vasconcelos, en cambio, estaba tan desvinculado, y en un país donde aún no había interés por la cultura hispánica, que la única conferencia formal que pronunció durante esos años fue en Lima, durante un viaje comercial por Sudamérica. Su soledad explica que escribiera a Reyes con cierta regularidad, que anhelara ir a España para estar un tiempo con él y que le enviara sus escritos en busca de consejo. Las diferencias entre las condiciones de sus respectivos exilios eran tan grandes que Reyes se ofreció a buscarle editor en España a los manuscritos de Vasconcelos.<sup>24</sup>

Aunque con irregularidades atribuibles a ambas partes, entre Vasconcelos y Reyes hubo un apreciable intercambio intelectual durante esos años de mutuo pero distante y desigual exilio. Para comenzar, el oaxaqueño le envió al regiomontano el texto de la conferencia

<sup>23</sup> Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 19 de septiembre de 1914, en *Correspondencia: AR-PHU*, p. 478. Para el año en París de Reyes, véase Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México—Gobierno del Estado de Nuevo León, 1990. Respecto a la renovación cultural en España, véase José Carlos Mainer, *La edad de plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1983.

<sup>24</sup> Me refiero en particular al texto del *Pitágoras*, el que terminó Vasconcelos publicando en Cuba. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 28 de diciembre de 1915.



limeña, donde analizaba el pensamiento de los nuevos intelectuales mexicanos, y le anunció haber descubierto que la forma ideal de la escritura era el género sinfónico, “a imitación de la música”, construido “ya no con la lógica del silogismo sino con la ley estética”. A finales de 1919 le dijo que su libro *Estudios indostánicos*, hasta entonces su “mayor esfuerzo”, se lo dedicaría a él, a Caso y a Henríquez Ureña.<sup>25</sup> A pesar de sus reclamos porque Reyes difería y posponía sus respuestas, éste le dijo haber “devorado con emoción” su conferencia peruana.<sup>26</sup> Respecto al texto sobre la sinfonía como género literario, Reyes sintió que Vasconcelos repetía la tesis de Mallarmé sobre la confusión de las artes. Sin embargo, le encontraba aciertos: “difuso en la expresión” pero “hondo en el pensamiento”, hacía “pensar y vivir intensamente”. También le aseguró que sus *Divagaciones literarias* le habían producido “emociones muy intensas, de un orden superior a lo puramente literario”.<sup>27</sup>

Significativamente, Reyes repitió un par de veces que la lectura de las cartas o de los textos de Vasconcelos le producían “emociones intelectuales”. Reyes reconocía que los textos de Vasconcelos eran “muy

<sup>25</sup> Cartas de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 12 de agosto, 6 de septiembre y 24 de noviembre de 1916; 22 de diciembre de 1919, en *Correspondencia: JV-AR*, pp. 29, 30, 34 y 35. La prometida dedicatoria no apareció en el libro impreso.

<sup>26</sup> Carta de Alfonso Reyes a José Vasconcelos, 6 de octubre de 1916, en *ibid.*, p. 31. La conferencia le pareció “ditirámica, sentimental y sincera”, como se lo dijera a Henríquez Ureña en carta del 7 de octubre de 1916.

<sup>27</sup> Carta de Alfonso Reyes a José Vasconcelos, 23 de abril de 1920, en *Correspondencia: JV-AR*, p. 36. Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 30 de noviembre de 1917, en *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, Serge I. Zaïtzeff (estudio preliminar, comp. y notas), 3 vols., México, El Colegio Nacional, 1992-1993, I, p. 45 (en adelante *Correspondencia: AR-GE*). También consúltese Alfonso Reyes, *Páginas adicionales* [1958], en *OC*, VII, p. 470. Treinta años después de leído por primera vez, Reyes recordaría ese texto de Vasconcelos, mezcla de ensayo y poema en prosa, en el que probaba “la elasticidad de los géneros”. Cfr. Alfonso Reyes, *Apuntes para la teoría literaria* [1963], en *OC*, xv, p. 432.



declamatorios” y que en ocasiones estaban “anticuados de ideas” o que simplemente expresaban sus propios “desahogos”, a pesar de lo cual lo seducían. De hecho, a Reyes no sólo le gustaba el estilo de Vasconcelos, no obstante que era “caprichoso y rabioso al escribir”, sino que reconocía que “en el fondo” estaban “de acuerdo”.<sup>28</sup>

Como quiera que fuese, la ausencia de amigos y la carencia de ‘redes’ sociales permitieron a Vasconcelos concentrarse en su obra. Era tal su dedicación a la lectura y la escritura, que a principios de 1920 Vasconcelos creyó haber alcanzado la venturosa situación descrita por Eurípides, consistente en dominar al monstruo de las ambiciones políticas.<sup>29</sup> Estaba equivocado. Poco después volvería a ellas, como en otros tramos de su vida. En dicha ocasión intentó arrastrar consigo al propio Alfonso Reyes, aunque éste no lo permitió, pero reiniciaron así su ciclo de encuentros y desencuentros.

### III. APOYO EXPLÍCITO Y COOPERACIÓN FRUSTRADA

A mediados de 1920 el gobierno de Venustiano Carranza fue derrocado por una revuelta encabezada por los grupos revolucionarios sonorenses. El impacto en las vidas de Vasconcelos y Reyes fue inmediato y contundente: en el primero el cambio fue espectacular pero temporal; en el segundo fue permanente aunque menos drástico. Una semana después de la entrada de las fuerzas rebeldes a la capital, Genaro Estrada, quien mantenía informado a Reyes de las novedades literarias y políticas del país, le anunció que Vasconcelos sería rector

<sup>28</sup> Véanse las cartas entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes de los días 31 de marzo, 5 de agosto, 9 de noviembre de 1916, 4 de mayo de 1917, 27 de enero y 13 de agosto de 1919.

<sup>29</sup> José Vasconcelos, *La tormenta*, en *Memorias*, I, p. 859. Después de una estancia de diez días con Vasconcelos en su casa de San Diego, Henríquez Ureña aseguraba que Vasconcelos “estaba muy bien de salud y de espíritu”, pues se había liberado “de la política”. Cfr. Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de septiembre de 1918.



de la Universidad Nacional, que los antiguos ateneístas —Caso, Henríquez Ureña, Julio Torri y Mariano Silva y Aceves, entre otros— serían parte de su equipo y que él, Reyes, sería también llamado “para algo excelente”.<sup>30</sup> La Revolución había invertido la posición sociopolítica de ambos amigos, y el antiguo joven oligarca pasaba a depender del antes miembro de la clase media pueblerina, convertido ahora en miembro de la élite política nacional.

Aunque el anuncio fue erróneo, dos semanas después Reyes recibió aviso en Madrid —“de pronto, sin esperarlo”— de que se le reincorporaba al servicio diplomático con la categoría que tenía en 1914, de “segundo secretario”, disposición que aceptó pues enfrentaba serios problemas económicos.<sup>31</sup> Si bien Reyes reconocía no entender lo que estaba sucediendo en México, por lo que temía incurrir en una equivocación al aceptar dicho nombramiento, estaba feliz con su reinstalación y con el hecho de poder permanecer en Madrid, “donde tengo afectos y obras pendientes”. Como se lo dijo al propio Vasconcelos: “no pudieron hacer nada mejor conmigo”. Aun así, Reyes pronto solicitó que se le ascendiera a “primer secretario”, aunque advirtió que si esto no era oportuno, lo dejaran en la plaza recién recuperada.<sup>32</sup> Vasconcelos, ya como rector de la Universidad, buscó ayudar a su viejo amigo, proponiendo que se le ascendiera “en la primera oportunidad”.<sup>33</sup>

<sup>30</sup> Carta de Genaro Estrada a Alfonso Reyes, 27 de mayo de 1920, en *Correspondencia: AR-GE*, I, p. 98.

<sup>31</sup> Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 16 de junio de 1920, en *ibid.*, p. 99. Recuérdese que en 1913 había sido designado por el gobierno de Victoriano Huerta como segundo secretario de la legación en Francia, nombramiento que había sido desconocido con el triunfo del movimiento constitucionalista a mediados de 1914. Cfr. Javier Garciadiego, “Alfonso Reyes. Cosmopolitismo diplomático y universalismo literario”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998, pp. 190-223.

<sup>32</sup> Carta de Alfonso Reyes a José Vasconcelos, 26 de junio de 1920, en *Correspondencia: JV-AR*, p. 41.

<sup>33</sup> Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 27 de julio de 1920, en *ibid.*, p. 43.



Paradójicamente, al mismo tiempo que Vasconcelos informaba a Reyes que ya había iniciado gestiones para que se le promoviera, le anunció que se crearía “otra vez” la Secretaría de Instrucción Pública y que, de encargarse él de ella, le podría “ofrecer la subsecretaría”. Vasconcelos le precisó que el cambio no podría suceder antes de enero o febrero de 1921, pero le dijo que necesitaba saber si estaría dispuesto a colaborar. La respuesta de Reyes fue ambigua: se decía amenazado de sufrir “un sobresalto del corazón”, pues un día le anunciaban “una comisión en la Universidad” y al otro le ofrecían “algo subsecretarial”.<sup>34</sup>

En poco tiempo las posibilidades laborales de Reyes se fueron diluyendo. Para comenzar, el ascenso a “primer secretario” le fue negado, lo que explicó Vasconcelos por el “sinnúmero de compromisos políticos que hay después de una revolución”, aunque le aseguró que él se mantendría “pendiente para aprovechar la primera oportunidad favorable”. A pesar del fracaso en la gestión en favor de su amigo, Vasconcelos le reiteró “lo convenido”: antes de seis meses le ofrecería “en serio” la subsecretaría. Los argumentos de Vasconcelos eran halagadores pero preocupantes: lo invitaba a él, pues el resto de los compañeros ateneístas piensan que la vida es “un largo periodo de vacaciones”; de ellos “nadie trabaja”, le confesó Vasconcelos. Además argumentó que era preciso “cumplir una obra terrestre, una obra que prepare el camino para otros y nos permita seguir a nosotros mismos”.<sup>35</sup> Esta vez la respuesta de Reyes fue esperanzadora y directa: “el trabajo no me asusta ni me cansa”, le dijo; “llegaré fresco y sonriente, para echarle una manita”.<sup>36</sup>

La sencillez de la respuesta no permite suponer ingenuidad en Reyes, pues al mismo tiempo le pidió a Vasconcelos que le dijera,

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 43-44, y carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 26 de julio de 1920, en *Correspondencia: AR-GE*, I, p. 112.

<sup>35</sup> Cartas de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 12 de agosto, 16 y 17 de septiembre de 1920, en *Correspondencia: JV-AR*, pp. 45, 46, 50 y 53.

<sup>36</sup> Carta de Alfonso Reyes a José Vasconcelos, 26 de septiembre de 1920, en *ibid.*, p. 54.



“con toda precisión”, si los legisladores apoyaban su proyecto de recrear el ministerio de Instrucción Pública y si para su ofrecimiento de la subsecretaría contaba “con la anuencia del general Obregón”.<sup>37</sup> Conforme se acercaba la fecha prometida, Reyes se debatía “entre anhelos y dudas”. Sobre todo, se vio asediado por sus temores al rencor y a la maledicencia a causa de su familia. Como tantas veces, acudió a Genaro Estrada, a quien preguntó “si verdaderamente” el ofrecimiento de Vasconcelos llevaba “trazas de cumplirse” y si ya estaban “maduros” los tiempos para su regreso.<sup>38</sup> Sus dudas aumentaron con las advertencias que le hizo otro amigo de su entera confianza, Julio Torri, más sabio e intuitivo que experimentado, quien además conocía a Vasconcelos dado que también era un antiguo ateneísta. Su consejo era más que atendible: “haces bien en andar cauteloso. Si vienes, no quites tu casa de Madrid. Aún Pepe mismo sabe y dice que su destino es rodar. Así pues no hay que fiar mucho de su posición política. Hazte cuenta que vienes por un año, a cumplir tu deber”.<sup>39</sup>

Reyes no deseaba desairar o rechazar a Vasconcelos, pues sabía de su intercesión para recuperar su puesto diplomático.<sup>40</sup> A principios de 1921, fecha en la que debería hacerse efectivo el ofrecimiento original, su compromiso moral dejó de ser perentorio, pues Vasconcelos ya sólo le ofreció la jefatura del Departamento Editorial, aunque le asegurara que su llegada a dicho puesto sería “mientras se acostum-

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 56.

<sup>38</sup> Carta de Alfonso Reyes a José Vasconcelos, 5 de noviembre de 1920, en *ibid.*, p. 64, y carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 9 de diciembre de 1920, en *Correspondencia: AR-GE*, I, p. 130.

<sup>39</sup> Carta de Julio Torri a Alfonso Reyes, 26 de diciembre de 1920, en *Epistolarios: JT-AR*, pp. 142-143.

<sup>40</sup> Reyes sabía que Vasconcelos había intercedido para que le devolvieran “el cargo de segundo secretario” en la legación de Madrid; véase Alfonso Reyes, *Historia documental de mis libros* [1955-1959], en *OC*, xxiv, p. 271. Véase también Javier Garcíadiego, “Alfonso Reyes en España, años cómodos pero insatisfactorios”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas celebradas en El Colegio de México en noviembre de 1996*, México, El Colegio de México–Residencia de Estudiantes, 1999, pp. 348-349.



bra la gente” a verte como parte de la administración, “preparando de esta manera el terreno para la subsecretaría”.<sup>41</sup> Vasconcelos no sólo había disminuido su oferta, sino que empezó a poner pretextos como el de que “muchos políticos (con servicios a la causa)” deseaban la subsecretaría. A las pocas semanas Vasconcelos llegó a recomendar “definitivamente” a Reyes que permaneciera en Madrid, ahora que finalmente había sido ascendido al rango inmediatamente superior.<sup>42</sup>

Reyes advirtió en Vasconcelos el cambio de promesas y el intento de autojustificación, por lo que lo liberó de su compromiso, enfatizando que en realidad prefería permanecer lejos de México, pues temía “recibir un puntapié de algunos de esos monstruos que las turbulencias de nuestra vida han hecho surgir al plano de la cosa pública”.<sup>43</sup> Genaro Estrada fue mucho más claro al asegurarle que del nombramiento de subsecretario “ya no hay nada”. Ante esta meridiana transparencia, Reyes concluyó que no podía aceptar el segundo ofrecimiento “después de lo otro”. En su siguiente carta, Vasconcelos ya ni siquiera abordó el tema de las promesas laborales a Reyes y hasta insinuó que él estaba próximo a renunciar al puesto.<sup>44</sup>

<sup>41</sup> Cfr. Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 28 de enero de 1921, en *Correspondencia: JV-AR*, p. 67. Tal parece que los dobles ofrecimientos laborales eran una costumbre de Vasconcelos. En efecto, a Pedro Henríquez Ureña le ofreció, por esas fechas, la dirección de la colección de clásicos que publicarían la Universidad Nacional y la Secretaría de Educación Pública, los célebres libros ‘verdes’, y la jefatura “de intercambios universitarios”. Cfr. Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 19 de junio de 1921.

<sup>42</sup> Véase su expediente de ascenso a primer secretario, en Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Fondo Concentraciones, exp. 25-6-70, vol. I, ff. 90 y 95 (en adelante AHSRE, FC). Véanse también las cartas de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 28 de enero y 26 de febrero de 1921, en *Correspondencia: JV-AR*, pp. 67-68.

<sup>43</sup> Carta de Alfonso Reyes a José Vasconcelos, 25 de mayo de 1921, en *ibid.*, p. 71.

<sup>44</sup> Cartas de Genaro Estrada a Alfonso Reyes, agosto y 2 de septiembre de 1921, en *Correspondencia: GE-AR*, I, pp. 153 y 155; y carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 17 de marzo de 1922, en *Correspondencia. JV-AR*, p. 74.



Si algo faltaba para que Reyes se distanciara de Vasconcelos, sobrevino el fatal enfrentamiento entre éste y sus principales colaboradores ateneístas, Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña. La amistad no era suficiente para disfrutar con él de cierta estabilidad laboral. Así, para Reyes desaparecía el estímulo de trabajar en equipo con los viejos amigos de la juventud. El argumento de Vasconcelos fue que éstos no aportaban mucho y que sólo habían servido “para crear obstáculos”. Veía en Caso a “un personaje brillante pero sin médula” y estaba convencido de que Henríquez Ureña “no tenía fe en ningún ideal”, características que los hacían incompatibles con las condiciones que Vasconcelos requería en sus colaboradores.<sup>45</sup> En concreto, en agosto de 1923 Vasconcelos pidió la renuncia de Vicente Lombardo Toledano a la dirección de la Preparatoria, alegando que estaba involucrando a los estudiantes con la política sucesoria en favor de Plutarco Elías Calles. El conflicto tuvo una secuencia irremediable: dado que Lombardo era cuñado de Pedro Henríquez Ureña y de Alfonso Caso, el pleito abarcó a todo el grupo de amigos y colaboradores en la Secretaría de Educación Pública.<sup>46</sup> Alfonso Reyes seguramente agradeció no haber estado involucrado en este altercado, que provocó la ruptura definitiva del mítico grupo de su añorada juventud.<sup>47</sup> Henríquez Ureña se trasladó a Buenos Aires y jamás volvió a México;<sup>48</sup>

<sup>45</sup> Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 28 de noviembre de 1923, en *ibid.*, pp. 79-83.

<sup>46</sup> Un discípulo y colaborador de Caso asegura que el pleito se debió al escaso valor que Vasconcelos concedió a la educación superior durante su gestión como secretario de Educación. Cfr. Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976, p. 87. También se aseguró que el conflicto con Lombardo Toledano se debió a los celos que Vasconcelos padecía de los colaboradores eficientes. Cfr. Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 16 de agosto de 1923.

<sup>47</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 17 de noviembre de 1923.

<sup>48</sup> Para una biografía de Pedro Henríquez Ureña, véase Sonia Henríquez Ureña de Hlito, *Pedro Henríquez Ureña. Apuntes para una biografía*, México, Siglo XXI Editores, 1993; véase también Alfredo Roggiano, *Pedro Hen-*



Caso y Vasconcelos interrumpieron para siempre su diálogo filosófico.<sup>49</sup>

El proceso de redefinición de Vasconcelos fue intelectual y político. A partir del conflicto por la sucesión presidencial de 1924 se vio seriamente afectada su conducta como secretario de Educación Pública. De hecho, renunciaría a ésta a mediados de ese año. Con motivo de su salida del gabinete numerosos intelectuales y artistas le organizaron una despedida. Como orador principal fue designado Alfonso Reyes —quien se encontraba de paso por la Ciudad de México—,<sup>50</sup> seguramente por su “antigua amistad” y por no haber sido su colaborador directo en el ministerio. Aun así, la intervención de Reyes fue elogiosísima de “la magnitud y la honradez” de la labor educativa de Vasconcelos, la que consideró “la etapa más brillante” de su vida. Reyes se refirió a Vasconcelos como “caballero del alfabeto” y sembrador de “la buena semilla”, agradeciéndole haberse “dado todo” a la labor educativa.<sup>51</sup> Lo identificó con Justo Sierra por su “constante voluntad de bien” y calificó a ambos como “verdaderos creadores de nuestra nacionalidad”.

A pesar de que las de Reyes habían sido expresiones sinceras “de admiración y de afecto”,<sup>52</sup> Vasconcelos le reclamó haber mencionado el apoyo que su gestión había recibido del presidente Obregón. Como respuesta, Reyes alegó haber aludido a ese “pun-

---

*riquez Ureña en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

<sup>49</sup> José Vasconcelos, *El desastre*, en *Memorias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, II, pp. 139-164.

<sup>50</sup> Reyes había concluido su misión en España, por lo que se encontraba en México esperando instrucciones. Aunque parecía que sería enviado a Buenos Aires, lo cierto es que terminó siendo designado como ministro en París.

<sup>51</sup> Alfonso Reyes, “Despedida a José Vasconcelos”, en *Reloj de sol [Simpatías y diferencias. Quinta Serie]* [1926], en *OC*, IV, pp. 441-443.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 441. Consúltese Alfonso Reyes, *Historia documental de mis libros* [1955-1959], en *OC*, XXIV, p. 337. Véase también Alfonso Reyes, 6 de julio de 1924, *Diario I*, Alfonso Rangel Guerra (ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 31.



to neurálgico” porque creía que las relaciones entre el presidente y el secretario renunciante eran “perfectamente amistosas”, y buscó justificarse diciendo que estaba “desvinculado” de la política nacional y que ignoraba todo “lo que aquí pasaba”. Años después Vasconcelos atribuyó “intenciones insospechadas” a esas palabras,<sup>53</sup> por lo que resulta paradójico que ese discurso haya sido visto por Reyes como una oportunidad de reconciliación, pues estaba molesto con Vasconcelos por su pleito del año anterior con Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña.<sup>54</sup> El mayor quebranto a la amistad habría de darse pocos años después, cuando Vasconcelos pasó de educador a político opositorista.<sup>55</sup>

#### IV. APOYO SUBREPTICIO Y DISTANCIAMIENTO CRECIENTE

Después del paso de Vasconcelos por la Secretaría de Educación y de la gestión diplomática de Reyes en España, las relaciones entre ambos se complicarían dramáticamente y se caracterizarían por

<sup>53</sup> Según Vasconcelos, “en su discurso, concertado por el Gobierno, Reyes hizo la declaración de que si bien yo había prestado servicios a la República, debía yo reconocer que para ello se me habían dado facilidades sin mengua de mi libertad de pensamiento y de acción, lo que probaba la liberalidad del Gobierno”. Según él, esta observación era una manifestación de “canibalismo” intelectual. Cfr. Vasconcelos, *El desastre*, en *Memorias*, II, p. 260.

<sup>54</sup> Un conocido ‘alfonsista’ ha señalado que, ilustrativa y significativamente, su correspondencia con Vasconcelos había sido intensa entre 1916 y 1922, declinando a partir de 1923. Cfr. James Willis Robb, “Vasconcelos y Reyes: anverso y reverso de una medalla”, *Revista de la Universidad de México*, xxxix, 32, diciembre de 1983, pp. 13-14.

<sup>55</sup> A Reyes también le molestó muchísimo enterarse de que Vasconcelos había dañado económicamente a Pedro Henríquez Ureña en un proyecto para adquirir unos terrenos y construir sus casas. A Reyes le pareció una “fea historia” y prometió “reclamarle de veras”, aunque, a decir verdad, no le



grandes claroscuros: encuentros y desencuentros, solidaridad y confrontación. Las versiones difieren: Reyes rememora con cariño y nostalgia; Vasconcelos, con acritud y frialdad. No obstante su generosidad y tolerancia con Vasconcelos, Reyes sabía que su viejo amigo y reciente protector era un “megalómano” que no reconocía que tenía “el deber moral” de irse “depurando” para adquirir “valores sociales”; peor aún, lo sabía en el fondo ignorante y en casi todo momento “charlatán”, aunque reconocía que Vasconcelos era capaz de “admirables atisbos”; en síntesis, un ególatra desinteresado de “la verdad”.<sup>56</sup>

A principios de 1924 Reyes fue destinado a la legación en París;<sup>57</sup> meses más tarde Vasconcelos comenzó un periplo que lo llevaría por Europa y Sudamérica, aunque en sus planes estaba llegar a Constantinopla, Bagdad y la India.<sup>58</sup> Años después Vasconcelos consideró que ese destierro “voluntario” lo había pasado “muy contento”, en un estado “de tónica exaltación”. Parte de ese tiempo lo pasó en París, teniendo con Reyes un trato constante y cordial. Llegó a la capital francesa en noviembre de 1925, acompañado de su secretario Carlos Pellicer, para encontrarse con su familia.<sup>59</sup> Reyes dijo estar “encantado”: vivirían “a dos pasos” de la residencia diplomática, las familias se frecuentarían y Vasconcelos visitaría la lega-

---

sorprendió, pues reconocía que “Vasconcelos siempre puede darnos una sorpresa”. Cfr. Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de abril de 1925; carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 10 de junio de 1926.

<sup>56</sup> Cartas entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, 4 de diciembre de 1915, 26 de febrero y 25 de marzo de 1925.

<sup>57</sup> Sobre el periodo parisino de Reyes, entre 1924 y 1927, véase la obra de Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, citada en la nota 23. Véase sobre todo el volumen III de su *Diario*, prologado y anotado por Jorge Ruedas de la Serna, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

<sup>58</sup> Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 27 de junio de 1925, en *Correspondencia: JV-AR*, pp. 84 y 85.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 84. Véanse Vasconcelos, *El desastre*, en *Memorias*, II, p. 466, y Alfonso Reyes, *Historia documental de mis libros* [1955-1959], en *OC*, XXIV, p. 337.



ción para conversar. A su vez, éste consideraba que la legación gozaba de “brillo intelectual”, pues gracias a Reyes la visitaban “famosos escritores”.<sup>60</sup>

Durante el tiempo que Vasconcelos pasó en París hubo entre ellos muestras de solidaridad y momentos de tensión. Reyes lo encontró equilibrado,<sup>61</sup> “sencillo, fácil, simpático, humano”, pero también arbitrario, condición que en Vasconcelos parecía indeleble:<sup>62</sup> negaba lo que otros elogiaban de Europa y ensalzaba sólo lo que él percibía. Vasconcelos recordaría gratamente la primera lectura pública del poema dramático de Reyes, *Ifigenia cruel*: “Era su propia biografía, su posición vital, expresada bajo el velo del antiguo mito”, pues lo que buscaba Reyes —según Vasconcelos— era subrayar el derecho que tenía de “disponer del propio destino”, rompiendo con “las sombras de su pasado político familiar”. Por lo demás, el que Reyes formara parte del aparato diplomático posrevolucionario le parecía prueba suficiente para considerarlo “devoto callista”, aunque Reyes alegara que era representante diplomático del país, “por carrera y no por ‘política’”.<sup>63</sup>

Antes de dejar París Vasconcelos advirtió a Reyes que sólo regresaría a México “como enemigo del Gobierno” y cuando pudiera “ha-

<sup>60</sup> Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 12 de enero de 1926, en *Correspondencia: AR-GE*, I, p. 358. Según Vasconcelos, Reyes —“el ministro poeta”— era “uno de los pocos mexicanos que han logrado interesar a la crítica francesa con sus propias producciones y sus estudios de Góngora y de Mallarmé”. Cfr. Vasconcelos, *El desastre*, en *Memorias*, II, p. 466. Véase también Alfonso Reyes, 2 de noviembre de 1925, *Diario I*, p. 122.

<sup>61</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 19 de enero de 1926.

<sup>62</sup> Recuérdese que Reyes decía que Vasconcelos, gracias a sus recurrentes excelencias, tenía el derecho de ser “un poco arbitrario”. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 25 de mayo de 1923. Véase también carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 12 de enero de 1926, en *Correspondencia: AR-GE*, I, p. 358.

<sup>63</sup> Alfonso Reyes, 2 de noviembre de 1925, *Diario I*, pp. 214-215; Vasconcelos, *El desastre*, en *Memorias*, II, pp. 465-467, y Alfonso Reyes, *Historia documental de mis libros* [1955-1959], en *OC*, XXIV, p. 226.



cerle daño” a la “infame” dirigencia política nacional, lo que sucedería al finalizar el decenio. Sus biografías seguirían cruzándose, aunque con más momentos de confrontación que de simpatía. En comparación con las sostenidas en París, en Buenos Aires, donde Reyes fue embajador a partir de 1927<sup>64</sup> y donde Vasconcelos recalaría como exiliado, sus relaciones habrían de deteriorarse. El contexto político mexicano, dominado por la guerra cristera y por los afanes reeleccionistas de Obregón, propició las diferencias. De hecho, el embajador Reyes se vio obligado a informar a las autoridades sobre la actitud de Vasconcelos respecto al conflicto cristero.<sup>65</sup>

La amenaza de Vasconcelos contra el gobierno mexicano comenzaría a cumplirse en 1929, al regresar al país como candidato presidencial independiente. Su participación en la campaña presidencial de aquel año no sólo sería el mayor punto de inflexión en su relación con Reyes; fue el mayor punto de quiebre en toda su biografía, el parteaguas total, meridiano de un antes y un después.

En su *Diario* Reyes apenas registró una lacónica alusión sobre dicho proceso. Sin referencias a las campañas de los dos candidatos contendientes —el otro era Pascual Ortiz Rubio—, apenas consignó los resultados electorales: “ayer triunfa Ortiz Rubio contra Vasconcelos, habiendo choques: 16 muertos y 50 heridos”.<sup>66</sup> Su par-

<sup>64</sup> Véase Vasconcelos, *El desastre*, en *Memorias*, II, p. 473; véase también Javier Garciadiego, “Alfonso Reyes, embajador en Argentina”, en *Diplomacia y Revolución. Homenaje a Berta Ulloa*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 97-121.

<sup>65</sup> Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, abril de 1928; carta de Genaro Estrada a Alfonso Reyes, 21 de noviembre de 1928, en *Correspondencia: AR-GE*, II, pp. 115 y 166.

<sup>66</sup> Alfonso Reyes, 18 de noviembre de 1929, *Diario II*, Adolfo Castañón (ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 160. Hubo un tercer candidato, el general agrarista Pedro Rodríguez Triana, representante del Partido Comunista. Para el análisis de la elección de 1929 véase mi ensayo “Vasconcelos y el mito del fraude en la campaña electoral de 1929”, *20/10 Memoria de las revoluciones de México*, 10, invierno de 2010, pp. 9-31.



quedad no significaba falta de interés; Reyes siguió con atención toda la campaña, y sobre todo la conducta de Vasconcelos luego de decretarse su derrota.

Embajador en Brasil desde principios de 1930,<sup>67</sup> Reyes trató con franqueza el caso de Vasconcelos con su amiga Gabriela Mistral, una de las más fieles vasconcelistas, colaboradora cercana durante su gestión como secretario de Educación Pública.<sup>68</sup> Gabriela Mistral fue una vasconcelista reflexiva, no una exaltada, que dijo a Reyes que le parecía “una insensatez redonda” de Vasconcelos involucrarse en ese proceso electoral. Si bien reconocía que dicha aventura política era “una locura generosa”, advertía que ninguna “opinión letrada” apoyaba al exsecretario. Reyes reconoció que había “más de una razón para simpatizar” con su candidatura, pero es indudable que nunca quiso hacerse “ilusiones” al respecto. Como le dijera a otro amigo común, también ateneísta, Martín Luis Guzmán:

Deseo que México llegue a estar en condiciones de ser gobernado por los intelectuales, pero no me parecía llegado el momento. José hubiera sido la primera víctima, y la mayor víctima hubiera sido México.<sup>69</sup>

<sup>67</sup> Véase Alfonso Reyes, *Diario IV*, Alberto Enríquez Perea (ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 2013. Véanse también Fred P. Ellison, *Alfonso Reyes y el Brasil (un mexicano entre los cariocas)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000, y Alberto Enríquez Perea, *Alfonso Reyes en los albores del Estado nuevo brasileño (1930-1936)*, México, El Colegio Nacional, 2009.

<sup>68</sup> Para las labores educativas de Gabriela Mistral en México, véanse Guillermo Lagos Carmona, *Gabriela Mistral en México. Premio Nobel de Literatura*, México, Secretaría de Educación Pública, 1945, y Luis Mario Schneider, *Gabriela Mistral: itinerario veracruzano*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1991.

<sup>69</sup> Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán, 17 de mayo de 1930, en Guzmán/Reyes, *Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, Fernando Cuñiel (ed., pról., notas y apéndice documental), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 140 (en adelante *Correspondencia: MLG-AR*); véase también carta de Gabriela Mistral a Alfonso Reyes, 7 de febrero de 1929, en *Tan de usted. Epistolario de Gabriela Mistral con Alfonso Reyes*, Chile,



Pasadas las elecciones de 1929 Gabriela Mistral y Reyes intentaron ayudar a Vasconcelos, que se quedó sin ahorros y sin trabajo. Las opciones eran pocas: Vasconcelos no quería trabajar en Estados Unidos porque había hecho críticas contra el gobierno de ese país por su reconocimiento al triunfo de Ortiz Rubio, que él consideraba fraudulento. Tampoco era fácil que escribiera para algún periódico sudamericano, pues había atacado a sus presidentes “casi enfilados”. Aprovechando sus numerosos contactos en Argentina, Reyes buscó conseguirle alguna columna periodística, “a condición de que no escriba sobre su política personal ni tenga noticia de mi intervención”.<sup>70</sup>

Reyes estaba preocupado por “la actitud” que había tomado Vasconcelos después de las elecciones, “porque lo daña a él mismo y le hace daño a México”. Lo deseaba apaciguado de su “cólera” civil y vuelto “a sus verdaderos intereses espirituales”. Coincidió en esto Gabriela Mistral: creía “una por una” las injusticias cometidas por el gobierno mexicano durante la campaña electoral, pero más le dolía y enojaba ver a Vasconcelos “en estado de obsesión”, resuelto a “gastar su vida en Calles, lo cual es una tontería sin nombre”, sólo superable por la decisión de Vasconcelos de hacer “la crónica” del gobierno de Ortiz Rubio.<sup>71</sup>

El aspirante a presidente inició entonces otro exilio, de casi diez años de duración. En un primer momento escribió para *La Prensa*, de Buenos Aires, aparentemente sin saber de la gestión de Reyes.<sup>72</sup>

---

Universidad Católica de Chile, 1991, pp. 47-51 (en adelante *Epistolario: GM-AR*). Es explicable que Reyes no haya comentado el tema de la campaña electoral de 1929 con el más y mejor informado en política de sus amigos, Genaro Estrada, pues era un alto funcionario callista. Era público su apoyo a Ortiz Rubio, en cuyo gabinete ocuparía la cartera de Relaciones Exteriores.

<sup>70</sup> Carta de Gabriela Mistral a Alfonso Reyes, *ibid.*, p. 49, y Alfonso Reyes, 17 de marzo de 1930, *Diario II*, p. 177.

<sup>71</sup> Véanse carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán, 17 de mayo de 1930, en *Correspondencia: MLG-AR*, p. 140, y Alfonso Reyes, 17 de marzo de 1930, *Diario II*, p. 177. Véase también carta de Gabriela Mistral a Alfonso Reyes, 8 de abril de 1929, en *Epistolario: GM-AR*, pp. 53-54.

<sup>72</sup> Carta de Alfonso Reyes a Gabriela Mistral, 9 de enero de 1931, *ibid.*, p. 76.



Después se dedicó a escribir sus *Memorias*, primero como colaboraciones periodísticas y luego en forma de libro, publicándolas en México en Ediciones Botas, donde sus cuatro volúmenes serían un auténtico éxito editorial.<sup>73</sup> Se sabe que disgustaron a Reyes las menciones que de él hizo Vasconcelos. Esto explica que los siguientes años no se cruzaran carta alguna y que Vasconcelos apenas fuera mencionado en el *Diario* de Reyes del decenio que pasó como embajador en Brasil y en Argentina.<sup>74</sup>

## V. CONFLICTOS Y RECONCILIACIÓN

Comprensiblemente, sus vidas seguirían convergiendo, pues regresaron al país casi al mismo tiempo, a finales del gobierno de Lázaro Cárdenas, aunque desde distintos horizontes geográficos y con muy diferentes propósitos laborales y posiciones ideológicas. La coincidencia de su regreso sería superada por otra: ambos morirían en

<sup>73</sup> Carta de Genaro Estrada a Alfonso Reyes, 27 de junio de 1936, en *Correspondencia: AR-GE*, III, p. 296. Para el escritor y crítico Emmanuel Carballo, “las memorias de Vasconcelos, sobre todo el *Ulises*, fueron el *best-seller* histórico-literario más sorprendente de nuestros años treinta y cuarenta”. Cfr. Emmanuel Carballo, *Ulises criollo cumple sesenta años*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, p. 47.

<sup>74</sup> En efecto, Reyes volvió a ser embajador en Argentina en 1936. Para la segunda embajada de Reyes en Buenos Aires, consúltese *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires, 1936-1937*, Alberto Enríquez Perea (comp., introd. y notas), México, El Colegio de México–Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998. Para su carrera diplomática en general, véase mi ensayo “Alfonso Reyes. Cosmopolitismo diplomático y universalismo literario”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, citado en la nota 31. Sobre todo, véanse los propios textos de Reyes sobre la materia, en Víctor Díaz Arciniega, *Misión diplomática*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 2001, y Bernardo Sepúlveda, *Relaciones internacionales/Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica–Instituto de Estudios Tecnológicos de Monterrey, Cátedra Alfonso Reyes, 2010.



1959. Sus últimos veinte años incluirían espacios de convivencia, más difícil que placentera, una soterrada rivalidad y acaso una hermosa reconciliación final.

Después de casi un decenio sin verse<sup>75</sup> y de que en sus *Memorias* Vasconcelos dejara escapar algunas líneas, además de inexactas, “impropias” de su vieja amistad, a mediados de septiembre de 1939 Reyes buscó a Vasconcelos “para borrar inútiles disensiones”. Parecía que su reencuentro en México sería venturoso, pues Vasconcelos lo abrazó “con emoción”.<sup>76</sup> También restablecieron su relación epistolar, suspendida desde 1926, gracias a que Reyes le envió su ensayo de autobiografía generacional, *Pasado inmediato*.<sup>77</sup> La respuesta de Vasconcelos rebosaba buenos augurios: “siempre ha sido más lo que nos une —le dijo— que las pequeñas diferencias que alguna vez puedan haber existido entre nosotros por razones accidentales de política”.<sup>78</sup>

Sin embargo, la reconciliación era sólo un espejismo: ambos habían tomado derroteros intelectuales e ideológicos radicalmente diferentes. Reyes pronto descubrió que Vasconcelos estaba obsesionado con temas “de masones y judíos”, y que le disgustaba el asilo

<sup>75</sup> Siendo embajador en Brasil, Reyes hizo un breve viaje a Uruguay y a Argentina, donde se encontró brevemente con Vasconcelos. El encuentro está consignado en su *Diario*, pero no escribió comentario alguno. Cfr. Alfonso Reyes, 24 de noviembre de 1933, *Diario III*, p. 187.

<sup>76</sup> Alfonso Reyes, *Historia documental de mis libros* [1955-1959], en *OC*, t. xxiv, p. 226, y Alfonso Reyes, 14 de septiembre de 1939, *Diario*, cuaderno 7 [inédito].

<sup>77</sup> *Pasado inmediato* fue publicado en agosto de 1941. Había sido escrito para conmemorar el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, que había tenido lugar en 1910 durante los festejos por el Centenario de la Independencia. Obviamente, en él la figura de Vasconcelos era delineada con afecto.

<sup>78</sup> Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 5 de noviembre de 1941, en *Correspondencia: JV-AR*, p. 90. Reyes tenía una idea semejante, pues aseguró que su amistad con Vasconcelos había sido “inquebrantable” a pesar de los “inevitables vaivenes” en la vida de ambos. Cfr. “Adiós a Vasconcelos”, en *Las burlas veras* [1959], en *OC*, xxii, p. 834.



y apoyo otorgados, por el gobierno y por él mismo, a los intelectuales exiliados por el triunfo de Franco en la Guerra Civil española. La desilusión fue mayúscula: si Vasconcelos era antes “una fuerza de la naturaleza”, ahora le parecía “un pícaro astuto y disimulado” que hacía “gala de ignorancia y mala fe”.<sup>79</sup>

Las diferencias no sólo fueron intelectuales; también las hubo institucionales. Al regresar a México Vasconcelos abrió una escuela en el barrio de San Rafael, que se benefició de un apoyo económico que le dio el secretario de Educación, amigo suyo, Octavio Véjar Vázquez. El enojo de Reyes fue mayúsculo, al enterarse que se reduciría el subsidio a El Colegio de México para poder beneficiar a la escuela de Vasconcelos. La reacción de Reyes llegó a lo fisiológico: se le descompuso el estómago por la “villanía” del secretario Véjar, y el comportamiento de su viejo amigo le pareció “incalificable”.<sup>80</sup>

Los epítetos habrían de agudizarse. La distancia entre ambos habría de aumentar. Por ejemplo, en marzo de 1942 murió la esposa de Vasconcelos, Serafina Miranda, lo que dio lugar a que Reyes consignara en su *Diario* que ella era su mayor víctima, “privada y pública”, según lo reconocía el propio Vasconcelos, con “cinismo”, en sus libros autobiográficos. Dos años después, a mediados de 1944, Reyes anotó que Vasconcelos había publicado en *Novedades* un “estúpido artículo” contra la publicación, en el Fondo de Cultura Económica, del libro de James Frazer *La rama dorada*, en el que “equivoca todos los nombres”. Finalmente, el 27 de septiembre de 1945 Reyes consignó que ese día le había sido concedido el Premio Nacional de Literatura, señalando, sin dar la menor muestra de agradecimiento, que en la comisión premiadora estaba Vasconcelos.<sup>81</sup>

<sup>79</sup> Alfonso Reyes, 9 de diciembre de 1940, *Diario*, cuaderno 8 [inédito], y 24 de junio de 1944, cuaderno 9 [inédito].

<sup>80</sup> Alfonso Reyes, 9 de febrero de 1942, en *ibid.*

<sup>81</sup> Cfr. Alfonso Reyes, 22 de marzo de 1942; 24 de junio de 1944, *Diario*, cuaderno 9 [inédito] y 27 de septiembre de 1945, *Diario VI*, Víctor Díaz Arciniega (ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 2013, p. 3.



A mediados de 1948 estalló un movimiento opositor estudiantil en la UNAM que pretendía desconocer al rector Luis Garrido —recién designado por la Junta de Gobierno, de la que Reyes era miembro—, así como organizar un plebiscito entre los estudiantes para colocar como rector a Antonio Díaz Soto y Gama y para designar a nuevos directores en las escuelas y facultades, entre los que se mencionaba a Vasconcelos para la de Filosofía y Letras.<sup>82</sup> La tentativa le pareció ignominiosa, y la conducta del filósofo simplemente “excremencial”.<sup>83</sup> Otros enfrentamientos tuvieron lugar en El Colegio Nacional, del que ambos eran miembros fundadores desde 1943, al grado de que en el proceso de incorporación de Jesús Silva Herzog, la actitud de Vasconcelos fue vista por Reyes como propia de un “bribón”.<sup>84</sup> Por último, no asistió a la sesión en la que Reyes asumió la presidencia de la Academia de la Lengua, en 1957, con la excusa de que ya no le gustaba “salir de noche”.<sup>85</sup>

También tuvieron diferencias estrictamente literarias. Vasconcelos solía decir que él era un escritor de “ideas”, dando a entender que Reyes no lo era; también lo acusó de ser un escritor sin compromisos, a lo que éste replicaba que, efectivamente, no le gustaba escribir de “actualidades políticas”, pues eran “causas ajenas” a su destino; peor aún, Vasconcelos veía en Reyes una congénita “falta de garra para pensar y aun para vivir”, y en cambio lo percibía preocupado en exceso por la forma y el cumplimiento de las reglas de la prosodia, como un escritor “cultista”.<sup>86</sup> Vasconcelos alardeaba de

<sup>82</sup> Cfr. *El Nacional y Novedades*, 5 de junio de 1948.

<sup>83</sup> Alfonso Reyes, 4 de junio de 1948, *Diario VI*, p. 232.

<sup>84</sup> Alfonso Reyes, 16 de noviembre de 1948, en *ibid.*, p. 257.

<sup>85</sup> Cfr. Carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 18 de mayo de 1957, en *Correspondencia: JV-AR*, p. 99.

<sup>86</sup> Esta percepción de Reyes la mantuvo Vasconcelos a todo lo largo de su vida. Recuérdese que un año antes de morir así describió a Reyes en unas entrevistas que le hizo entonces un joven crítico. Véase Emmanuel Carballo, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, México, Empresas Editoriales, 1965, pp. 24-26; véanse también Alfonso Reyes, *Anecdo-*



abominar del estilo y afirmaba que “el estilismo” es un defecto que en realidad “padece el lector”.<sup>87</sup> Más aún, se reconocía responsable de la acusación hecha contra Reyes, “de que se queda siempre en las alturas del buen estilo y la erudición impecable”.<sup>88</sup>

Las respuestas de Reyes fueron siempre comedidas, para evitar cualquier fatal confrontación. No sólo negó rotundamente entretenerse “en hacer frases bonitas”, sino que alegó que para él el estilo no era una cobertura hermosa sino la expresión adecuada de un asunto. A pesar de su proverbial prudencia, Reyes también dirigió severos reparos a la obra de Vasconcelos. Desde sus primeros libros le sugirió que procurara “ser más claro” en la definición de sus ideas filosóficas; más aún, le urgíó a que pusiera “en orden sucesivo” sus ideas: “no las incrustes la una en la otra” —le dijo—, pues los párrafos resultan “confusos a fuerza de tratar de cosas totalmente distintas”; sobre todo, le advirtió que algunos textos suyos “ni siquiera parecen” escritos “en serio”.<sup>89</sup> Las críticas de Reyes no se limitaron a los textos iniciales de Vasconcelos. También se refirió a su obra más reconocida, los cuatro volúmenes memorialísticos, pues Reyes estaba convencido de que cuando el autor de una obra autobiográfica ha desempeñado papeles relevantes en la política o en la cultura, resulta difícil distinguir lo público de lo íntimo: así, en Vasconcelos “los motivos y pasiones del hombre privado y del público se enredan con aire de alegato y defensa”.<sup>90</sup>

Al final de sus vidas pasaron de los enconos a las ternuras. El parteaguas puede fecharse con exactitud. En los días navideños de

*tario* [1968], en *OC*, xxiii, pp. 405 y 406, y Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, I, pp. 233 y 303.

<sup>87</sup> Vasconcelos, *El desastre*, en *Memorias*, II, p. 354.

<sup>88</sup> Véase la obra de Willis Robb, “Vasconcelos y Reyes: anverso y reverso de una medalla”, p. 17, citada en la nota 54.

<sup>89</sup> Reyes, *Anecdótico* [1968], en *OC*, xxiii, p. 407. Carta de Alfonso Reyes a José Vasconcelos, 25 de mayo de 1921, en *Correspondencia: JV-AR*, p. 69.

<sup>90</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *El deslinde* [1944], en *OC*, xv, p. 90.



finales de 1952 y principios de 1953 Reyes envió a Vasconcelos su *Obra poética*, con una dedicatoria que lo cimbró y con la que reconoció estar “completamente de acuerdo”: “nada, ni tú mismo ni nadie —le puso—, podrá separarnos nunca”. Dos años después el soberbio Vasconcelos le pidió perdón por las “injusticias” expresadas en sus *Memorias*, con lo que Reyes quedó “conmovido”.<sup>91</sup>

En la vejez repitieron las alusiones a sus afinidades y naturaleza fraternal<sup>92</sup> y recuperaron las imágenes y anécdotas de la juventud; comprensiblemente, también volvieron ciertas añejas diferencias. Durante 1958 aparecieron en “México en la Cultura”, el suplemento del periódico *Novedades*, varios reportajes con los escritores más importantes de la primera mitad del siglo xx.<sup>93</sup> Obviamente, entre los entrevistados estaban Vasconcelos y Reyes, quienes incluso —se sabe— comentaron sus respectivas declaraciones. El primero insistió en que la literatura debía ser comprometida, de “protesta”, y recalcó que había “hombres de letras” y escritores de “ideas”, y que él era de los segundos. Aseguró que Reyes era un escritor “incompleto”; su sentencia final parecía definitiva: preocupado de la forma, nunca pudo escribir “un libro glorioso”.<sup>94</sup> Esta rotunda crítica, atinada en cierto sentido, fue vista por Reyes como una expresión más de las “miserias” de Vasconcelos.

Los últimos momentos de sus vidas posibilitaron la reconciliación final. Semanas antes de morir, Vasconcelos vertió algunos elogios en favor del general Bernardo Reyes. Su cambio de opinión en

<sup>91</sup> Alfonso Reyes, “Adiós a Vasconcelos”, en *Las burlas veras* [1959], en OC, xxii, p. 834. Véase también la entrada del 13 de septiembre de 1955 en *Diario*, cuaderno 13 [inédito].

<sup>92</sup> Recuérdese que, hacia 1916, ambos decían tener almas afines.

<sup>93</sup> Dichas entrevistas se convirtieron pronto en el imprescindible libro de Emmanuel Carballo, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana*, citado en la nota 86.

<sup>94</sup> *Ibid.*, pp. 21-26. Mariano Azuela calificó *Ulises criollo* como “nuestra mejor novela” y al propio Vasconcelos lo llamó “nuestro mayor novelista”. Cfr. José Joaquín Blanco, “La novela mexicana en las décadas del entretenimiento puro”, *Nexos*, xxix, 352, abril de 2007, p. 32.



un tema tan significativo para Reyes, pues Vasconcelos era un airado maderista, le pareció “el testamento de nuestra amistad” y la mejor prueba del “cariño para el hermano de su juventud”.<sup>95</sup> A los elogios a su padre respondió Reyes el 1 de julio de 1959, recordando una carta que Vasconcelos le había enviado hacía más de cuarenta años, a finales de 1916, en la que le vaticinaba que ambos, debido a sus trágicas condiciones de vida —recuérdese que entonces estaban exiliados—, morirían “con el corazón reventado”.<sup>96</sup> La profecía “ha comenzado a cumplirse” y “se cumplirá hasta el fin”, sentenció Reyes al día siguiente de la muerte de Vasconcelos. Reyes moriría seis meses después, cuatro días antes de que finalizara 1959, también por sus males cardíacos.

El recuento hecho entonces por Reyes es asombrosamente preciso: “la vida nos llevó y nos trajo de un lado a otro”, pero “en los días de mayor alejamiento, nos confesábamos siempre secretamente unidos”. Finalmente, y contra tantos escollos, su amistad terminó por vencer los “inevitables vaivenes de la existencia”. En su despedida Reyes escribió que Vasconcelos había sido un hombre “extraordinario, parecido a la tierra mexicana, lleno de cumbres y abismos”,

<sup>95</sup> Cfr. Reyes, “Adiós a Vasconcelos”, en *Las burlas veras* [1959], en OC, xxii, pp. 834-835, y 2 de enero de 1959, *Diario*, cuaderno 15 [inédito]. Se trata del artículo “El último libro de Alfonso Reyes”, publicado en *El Sol de Tampico* el 30 de mayo de 1959. Era una reseña al recién publicado *Parentalia*, primer libro de memoria de Reyes. En dicha reseña Vasconcelos reconoció que la figura “vigorosa y espléndida” del “caudillo civilizador y progresista” que había sido Bernardo Reyes, debía ser “reconocida como una de las creadoras” de la “civilización mexicana”. Artículo citado en la obra de Willis Robb, “Vasconcelos y Reyes: anverso y reverso de una medalla”, citada en la nota 54.

<sup>96</sup> Cfr. Reyes, “Adiós a Vasconcelos”, en *Las burlas veras* [1959], en OC, xxii, p. 834. Véase también carta de José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 24 de noviembre de 1916, en *Correspondencia: JV-AR*, p. 33. Al recordar Reyes aquella carta la alteró, dramatizándola. En el texto original Vasconcelos había vaticinado que ambos morirían “de ruptura de las venas del corazón”.



por lo que le dejaba “el sentimiento de una presencia imperiosa, que ni la muerte puede borrar”.<sup>97</sup> Con todo, la calidez de tan laudatoria despedida no debe ser exagerada, pues Reyes luego reconoció que tan sólo eran unas “palabritas sobre la historia de nuestra amistad”, redactadas sobre “pedido”.<sup>98</sup>

El educador y el civilizador renovaron en las postrimerías de sus vidas su intermitente diálogo, y sus avatares, siempre paralelos, convergieron en el momento de sus muertes. Esta última coincidencia fue luego atinadamente señalada por José Emilio Pacheco, quien imaginó un encuentro noctámbulo entre los fantasmas de Reyes y Vasconcelos en el barrio de Tacubaya: “Después de muertos seguimos juntos”, le dijo el primero: “nuestras calles hacen esquina”.<sup>99</sup>

## VI. EL APOLÍNEO Y EL DIONISÍACO

¿Fueron realmente afines las personalidades de Vasconcelos y Alfonso Reyes? ¿Fueron semejantes sus actitudes? En realidad, fueron coetáneos y convivieron en algunos tramos de sus vidas, al principio en el Ateneo y al final en El Colegio Nacional y en la Academia Mexicana de la Lengua. Sin embargo, sus trayectorias y conductas fueron divergentes; sus pensamientos y proyectos, rotundamente disímolos: mestizo mesoamericano Vasconcelos,<sup>100</sup> criollo norte-

<sup>97</sup> Reyes, “Adiós a Vasconcelos”, en *Las burlas veras* [1959], en *OC*, xxii, pp. 834-835.

<sup>98</sup> Cfr. Alfonso Reyes, 1 de julio de 1959, *Diario*, cuaderno 15 [inédito].

<sup>99</sup> José Emilio Pacheco, “Diálogo de los muertos”, *Proceso*, 164, 24 de diciembre de 1979, sección ‘Inventario’, p. 50. En este admirable texto, Pacheco reconstruye el diálogo que siempre sostuvieron Vasconcelos y Reyes, no mediante el método histórico sino gracias a la imaginación literaria.

<sup>100</sup> Curiosamente, por los años que de niño pasó en Sonora y Coahuila, Vasconcelos decía que él se consideraba norteño. En cambio, reconoció que su tierra natal, Oaxaca, la conoció a los veinticinco años. Cfr. Carballo, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana*, p. 24. Por su parte, el auténticamente norteño, el regiomontano Reyes, siempre definió a Vasconce-



ño Reyes; clasemediero el primero, miembro de la élite el segundo; si uno fue siempre religioso, el otro fue laico; si Vasconcelos fue creyente, Reyes fue agnóstico. En cuanto a sus respectivas personalidades, el primero fue, de su niñez a su vejez, apasionado, mientras que el otro fue siempre ecuánime; uno era iracundo, el otro, cordial; uno fue un vociferante contumaz, el otro, un gran conversador; uno impaciente, el otro tranquilo; uno maniqueo, el otro ponderado; Vasconcelos era soberbio,<sup>101</sup> Reyes modesto; éste era refinado, el otro “groserísimo”, sin “valores sociales”.<sup>102</sup> Al final, el oaxaqueño murió amargado, y el regiomontano, satisfecho; en efecto, después de sus fracasos políticos Vasconcelos vivió, más que enojado, indignado; en cambio, a pesar de su gran dolor filial,<sup>103</sup> Reyes vivió dolido pero resignado.

En términos políticos, Vasconcelos siempre apostrofó a los ‘mejoristas’, los consideraba tibios, mientras que Reyes fue, por convicción, uno de ellos:<sup>104</sup> Vasconcelos estaba presto a “inflamarse”<sup>105</sup> por los problemas políticos y sociales, Reyes tan sólo se preocupalos como “zapoteca”. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 4 de diciembre de 1915.

<sup>101</sup> Vasconcelos mismo lo confiesa: “antes que la lujuria conocí la soberbia. A los diez años ya me sentía solo y único y llamado a guiar”. Asimismo, recordaría a un perspicaz profesor de Jurisprudencia, Jacinto Pallares, quien descubrió su carácter presuntuoso y le compuso un epigrama: “en la pálida silueta de los cielos/se destaca tu figura, Vasconcelos”. Cfr. Vasconcelos, *Uli-ses criollo*, en *Memorias*, I, pp. 42 y 174.

<sup>102</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 4 de diciembre de 1915 y 27 de enero de 1919, y carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 18 de marzo de 1926.

<sup>103</sup> Su verdadero dolor por la muerte de su padre provenía de la nefasta intromisión de su hermano Rodolfo y, sobre todo, del hecho de que Reyes se negó a tratar siquiera de convencer a su padre de que abandonara toda actividad política luego del derrocamiento de don Porfirio.

<sup>104</sup> Cfr. Carta de José Vasconcelos a Teófilo Oléa y Leyva, 25 de abril de 1933, en *El amable duelo. Un maestro, una generación y un libro*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1999, pp. 23-26.

<sup>105</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 18 de marzo de 1926.



ba por ellos. El primero fue siempre crítico, incluso rebelde, mientras que el segundo fue disciplinado, complaciente con las autoridades, aunque los cartabones pueden llevarnos al error: recuérdese que mientras Vasconcelos llegó a exaltar al dictador Franco, Reyes fue un gran amigo de los republicanos españoles; recuérdese también que Vasconcelos tuvo expresiones antisemitas y pronazis,<sup>106</sup> mientras que Reyes fue siempre liberal y francófilo. Acaso coincidieron en su yanquifobia, la de Vasconcelos más rotunda y enfática, en términos culturales —léase religiosos— y políticos, mientras que la de Reyes se limitaba a un claro desinterés literario. En términos amorosos, el primero, siempre exhibicionista, hasta exageró sus experiencias,<sup>107</sup> mientras que el segundo fue muy discreto con sus infidelidades.<sup>108</sup>

Como hombres públicos, como creadores de instituciones, uno iba de prisa y el otro andaba pausado: uno hizo la Secretaría de Educación Pública, el otro, El Colegio de México, si bien uno dedicó la mitad de su vida adulta a cuidar su institución, mientras que el otro la abandonó poco después de crearla. Uno se preocupó por alfabetizar a los mexicanos, el otro, por ofrecerles posgrados. Las dimensiones de sus propósitos fueron ciertamente mayúsculas, pero

<sup>106</sup> Véanse *La revista “Timón” y José Vasconcelos*, Itzhak Bar-Lewaw M. (pról., notas y comentarios), México, Casa Edimex, 1971; del mismo autor, “La revista ‘Timón’ y la colaboración nazi de José Vasconcelos”, en *Actas del cuarto congreso internacional de hispanistas, agosto de 1971*, Salamanca, Asociación Internacional de Hispanistas–Universidad de Salamanca, 1982, 1, pp. 151-156, y Héctor Orestes Aguilar, “Ese olvidado nazi mexicano de nombre José Vasconcelos”, *Istor*, VIII, 30, otoño de 2007, pp. 148-157.

<sup>107</sup> Vasconcelos reconoció que era concupiscente: le gustaba “pecar a mi gusto”, pues “quería conocer el cielo y la tierra, el infierno y el purgatorio”. Cfr. Carballo, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana*, p. 25.

<sup>108</sup> En rigor, en varias ocasiones las confesó o presumió a sus amigos Genaro Estrada y Julio Torri, o las consignó veladamente en su *Diario*. Para una muy interesante versión sobre la vida amorosa y sexual de Reyes, desde la perspectiva de su esposa, Manuela Mota, véase Sandra Frid, *Reina de Reyes*, México, Planeta, 2014.



desiguales: uno buscó educar a todo el país, el otro, simplemente re-finarlo.<sup>109</sup> Además de diferencias en las proporciones de sus propósitos, también las hubo en sus contextos históricos: Vasconcelos hizo sus grandes aportaciones educativas durante un decenio eminentemente caudillista, mientras que a Reyes le tocó actuar en un México en el que la situación económica permitió la creación de instituciones culturales.

En términos intelectuales y literarios, uno se interesaba en el pensamiento oriental,<sup>110</sup> el otro era un cabal defensor y promotor de la tradición occidental. Coincidieron en que ninguno fue promotor o defensor del arte indígena. Uno se definía como filósofo y el otro decía no ser más que escritor;<sup>111</sup> uno se expresó mediante una prosa atropellada,<sup>112</sup> el otro, a través de una prosa y una poesía contenidas; uno pretendió construir grandes teorías, el otro prefería los escritos breves y gratos; uno se preocupaba por el ‘fondo’ de lo que escribía, el otro cuidaba el estilo; uno buscaba revelar y sacudir, el otro, persuadir. De otra parte, en las páginas de uno la madre es una figura decisiva y omnipresente, en las del otro lo es el padre. Uno leía y escribía en las bibliotecas públicas, el otro, en su ‘capilla’. Uno sólo aceptaba la lectura directa de los grandes

<sup>109</sup> Desde que Vasconcelos fue secretario de Educación, para Reyes y el resto de los ateneístas que colaboraron con él era claro que éste era contrario a la “alta cultura” y que sólo se afanaba por “la educación popular”. Véanse cartas de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 4 de enero de 1922 y 26 de febrero de 1925.

<sup>110</sup> Reyes señaló que Vasconcelos era “asiático”, pues en nuestro país disponemos de dos océanos; la mayoría ve al Atlántico, Vasconcelos miraba al Pacífico. Cfr. Alfonso Reyes, *Pasado inmediato* [1941], en *OC*, xii, pp. 205 y 206.

<sup>111</sup> Recuérdese que ya desde jóvenes, durante las conferencias impartidas por el grupo del Ateneo durante los festejos por el Centenario de la Independencia, en 1910, Vasconcelos habló sobre las ideas de Gabino Barreda, mientras que Reyes lo hizo sobre la poesía de Manuel José Othón.

<sup>112</sup> El mismo Vasconcelos reconocía escribir “de prisa, como un poseso”. Cfr. Carballo, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana*, p. 22.



libros;<sup>113</sup> el otro se erigió en su intermediario. Reyes dedicó los últimos años de su vida a editar sus obras completas, aspirando a la unidad, “ideal de toda carrera humana”, mientras que Vasconcelos los dedicó a hacer una edición expurgada, mutilada, de sus libros capitales. En los libros memoriosos de Vasconcelos él es el protagonista principal; en los de Reyes lo fueron su padre y sus amigos, mientras él conscientemente se ensombrecía.

Sobre todo, Vasconcelos llevó una vida intensa, mientras que la de Reyes fue más bien libresca, aunque ciertamente no estuvo exenta de dramatismo. Uno fue voluntarista y el otro, recatado. El primero fue dionisiaco, vivió inmerso en disparidades, contradicciones y excesos y fue amigo de la desmesura y fomentador de discordias. En cambio, el otro era apolíneo, amigo de la virtud y la belleza, de la simetría y la concordia.<sup>114</sup> Sí, fueron muy diferentes,<sup>115</sup> uno fue una “extraña mezcla de cosas grandes y mezquinas”,<sup>116</sup> el otro fue homogéneamente benéfico. Incluso podría decirse que fueron hasta antípodas. Sin embargo, compartieron tantos esfuerzos y sueños que parecen afines, incluso hermanos,<sup>117</sup> o cuando menos compañeros de un mítico grupo definidor.

<sup>113</sup> Es de sobra conocido el apoyo personal de Vasconcelos, su total compromiso, para que en México se publicara una colección de las obras ‘clásicas’ de la humanidad. Véase mi ensayo “Vasconcelos y los libros: editor y bibliotecario”, en este mismo volumen, pp. 121-158.

<sup>114</sup> Véase el proemio a las *Obras completas* de Alfonso Reyes, en *OC*, I, p. 8. Pedro Henríquez Ureña aseguró que Vasconcelos y Reyes habían sido los primeros lectores en México de Nietzsche, en particular de *El origen de la Tragedia*.

<sup>115</sup> Desde 1924, Reyes había señalado que eran diferentes, pero que por su formación conjunta contrajeron, “para siempre, los compromisos superiores de nuestra conducta”. Cfr. Alfonso Reyes, “Despedida a José Vasconcelos”, en *Reloj de Sol [Simpatías y diferencias. Quinta Serie]* [1926], en *OC*, IV, p. 441.

<sup>116</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 19 de abril de 1926.

<sup>117</sup> En un ejercicio similar a éste, un reconocido ‘alfonsista’ también concluyó que a pesar de sus diferencias “congeniaron y se complementaron en su obra literaria y educativa”. Cfr. Willis Robb, “Vasconcelos y Reyes: anverso y reverso de una medalla”, p. 13. Entre otras conclusiones, Robb señala



Al margen de tantos adjetivos que pueden ser reduccionistas y de comparaciones parcialmente forzadas: los dos fueron protagonistas de sus tiempos; primero Vasconcelos, durante los años revolucionarios, y luego Reyes, con los tiempos institucionales; los dos tuvieron horizontes que rebasaban las fronteras del país: uno fue “el maestro de América” y el otro “el mexicano universal”; los dos fueron adalides de la civilización y héroes de la educación y la cultura; los dos fueron constructores del México de hoy y de mañana.<sup>118</sup>

que Vasconcelos era apasionado, comprometido y vehemente, mientras que Reyes era ecuánime, escéptico y sereno; que uno denunciaba mientras el otro interrogaba; que uno era maniqueo y unilateral, mientras el otro era tolerante; uno se indignaba fácilmente, mientras el otro vivió siempre con sobriedad. Así, concluyó que eran el reverso y el anverso de una misma moneda. Cfr. *ibid.*, pp. 13-17. Además de esta comparación de sus personalidades, Robb hizo otra comparación entre ambos, estrictamente literaria. Cfr. James Willis Robb, “En el camino de Topilejo: José Vasconcelos y Alfonso Reyes”, *Armas y Letras. Revista de la Universidad de Nuevo León*, 4, 4, octubre-diciembre de 1961, pp. 7-23.

<sup>118</sup> Otra perspectiva paralela, llena de atinadas percepciones, es la de Martha Robles, “Reyes y Vasconcelos. Entre la concordia y el rayo”, *Universidad de México*, XLIV, 467, diciembre de 1989, pp. 24-26.

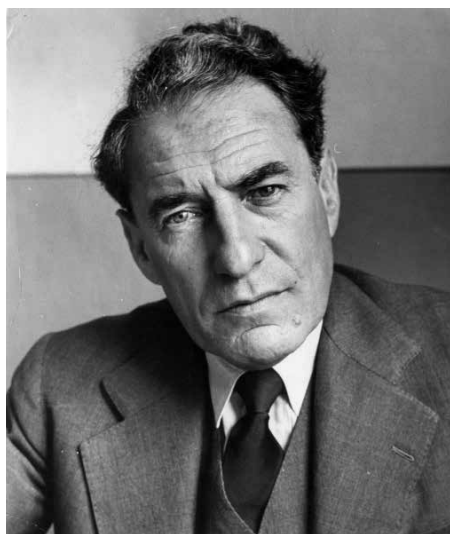








Justo Sierra (Fototeca INEHRM).



Martín Luis Guzmán (Fototeca INEHRM).





José Vasconcelos en la inauguración del edificio de la Secretaría de Educación Pública, 1921 (Fondo Sinafo-INAH).



Fachada del edificio que alberga a la Secretaría de Educación Pública (Fototeca INEHRM).





José Emilio Pacheco y Fernando Benítez (Fototeca INEHRM).



Daniel Cosío Villegas.



Carlos Monsiváis (Fototeca INEHRM).





Sábado 2 de Enero de 1993

LOS BUQUES QUE CONDUCE HERIDOS NO HAN LLEGADO AUN AL PUERTO DE NÁPOLES Y HAY TEMOR DE QUE LES HAYA OCURRIDO UN PERCANCE



Estado de Lázaro cerca de Colima

## VENEZUELA Y LOS EE. UU.

RECEIVED

MR. WILLIAM I. BUCHANAN EN TABLA NEGOCIACIONES  
EL PRESIDENTE GOMEZ MANIFIESTA DESEOS LLEGAR DE A UN PROM

EL AÑO NUEVO EN  
NUESTRA EMBAJADA

UNA AGRADEBLE REUNION

(Departamento de Relaciones Exteriores)  
Washington, D.C. 20520  
Embajada de Venezuela en Washington, D.C.

[illegible]

...aumentando el valor humano de  
...económico internacional en su  
...la Unión que una cosa es  
...de los Estados que el mundo ha  
...económico / lo está haciendo  
...que en estos días, cuando todos  
...de la Unión que una cosa es  
...de los Estados que el mundo ha  
...económico / lo está haciendo  
...que en estos días, cuando todos

1982-1983  
 1984-1985  
 1986-1987  
 1988-1989  
 1990-1991  
 1992-1993  
 1994-1995  
 1996-1997  
 1998-1999  
 2000-2001  
 2002-2003  
 2004-2005  
 2006-2007  
 2008-2009  
 2010-2011  
 2012-2013  
 2014-2015  
 2016-2017  
 2018-2019  
 2020-2021  
 2022-2023  
 2024-2025  
 2026-2027  
 2028-2029  
 2030-2031  
 2032-2033  
 2034-2035  
 2036-2037  
 2038-2039  
 2040-2041  
 2042-2043  
 2044-2045  
 2046-2047  
 2048-2049  
 2050-2051  
 2052-2053  
 2054-2055  
 2056-2057  
 2058-2059  
 2060-2061  
 2062-2063  
 2064-2065  
 2066-2067  
 2068-2069  
 2070-2071  
 2072-2073  
 2074-2075  
 2076-2077  
 2078-2079  
 2080-2081  
 2082-2083  
 2084-2085  
 2086-2087  
 2088-2089  
 2090-2091  
 2092-2093  
 2094-2095  
 2096-2097  
 2098-2099  
 2100-2101  
 2102-2103  
 2104-2105  
 2106-2107  
 2108-2109  
 2110-2111  
 2112-2113  
 2114-2115  
 2116-2117  
 2118-2119  
 2120-2121  
 2122-2123  
 2124-2125  
 2126-2127  
 2128-2129  
 2130-2131  
 2132-2133  
 2134-2135  
 2136-2137  
 2138-2139  
 2140-2141  
 2142-2143  
 2144-2145  
 2146-2147  
 2148-2149  
 2150-2151  
 2152-2153  
 2154-2155  
 2156-2157  
 2158-2159  
 2160-2161  
 2162-2163  
 2164-2165  
 2166-2167  
 2168-2169  
 2170-2171  
 2172-2173  
 2174-2175  
 2176-2177  
 2178-2179  
 2180-2181  
 2182-2183  
 2184-2185  
 2186-2187  
 2188-2189  
 2190-2191  
 2192-2193  
 2194-2195  
 2196-2197  
 2198-2199  
 2200-2201  
 2202-2203  
 2204-2205  
 2206-2207  
 2208-2209  
 2210-2211  
 2212-2213  
 2214-2215  
 2216-2217  
 2218-2219  
 2220-2221  
 2222-2223  
 2224-2225  
 2226-2227  
 2228-2229  
 2230-2231  
 2232-2233  
 2234-2235  
 2236-2237  
 2238-2239  
 2240-2241  
 2242-2243  
 2244-2245  
 2246-2247  
 2248-2249  
 2250-2251  
 2252-2253  
 2254-2255  
 2256-2257  
 2258-2259  
 2260-2261  
 2262-2263  
 2264-2265  
 2266-2267  
 2268-2269  
 2270-2271  
 2272-2273  
 2274-2275  
 2276-2277  
 2278-2279  
 2280-2281  
 2282-2283  
 2284-2285  
 2286-2287  
 2288-2289  
 2290-2291  
 2292-2293  
 2294-2295  
 2296-2297  
 2298-2299  
 2300-2301  
 2302-2303  
 2304-2305  
 2306-2307  
 2308-2309  
 2310-2311  
 2312-2313  
 2314-2315  
 2316-2317  
 2318-2319  
 2320-2321  
 2322-2323  
 2324-2325  
 2326-2327  
 2328-2329  
 2330-2331  
 2332-2333  
 2334-2335  
 2336-2337  
 2338-2339  
 2340-2341  
 2342-2343  
 2344-2345  
 2346-2347  
 2348-2349  
 2350-2351  
 2352-2353  
 2354-2355  
 2356-2357  
 2358-2359  
 2360-2361  
 2362-2363  
 2364-2365  
 2366-2367  
 2368-2369  
 2370-2371  
 2372-2373  
 2374-2375  
 2376-2377  
 2378-2379  
 2380-2381  
 2382-2383  
 2384-2385  
 2386-2387  
 2388-2389  
 2390-2391  
 2392-2393  
 2394-2395  
 2396-2397  
 2398-2399  
 2400-2401  
 2402-2403  
 2404-2405  
 2406-2407  
 2408-2409  
 2410-2411  
 2412-2413  
 2414-2415  
 2416-2417  
 2418-2419  
 2420-2421  
 2422-2423  
 2424-2425  
 2426-2427  
 2428-2429  
 2430-2431  
 2432-2433  
 2434-2435  
 2436-2437  
 2438-2439  
 2440-2441  
 2442-2443  
 2444-2445  
 2446-2447  
 2448-2449  
 2450-2451  
 2452-2453  
 2454-2455  
 2456-2457  
 2458-2459  
 2460-2461  
 2462-2463  
 2464-2465  
 2466-2467  
 2468-2469  
 2470-2471  
 2472-2473  
 2474-2475  
 2476-2477  
 2478-2479  
 2480-2481  
 2482-2483  
 2484-2485  
 2486-2487  
 2488-2489  
 2490-2491  
 2492-2493  
 2494-2495  
 2496-2497  
 2498-2499  
 2500-2501  
 2502-2503  
 2504-2505  
 2506-2507  
 2508-2509  
 2510-2511  
 2512-2513  
 2514-2515  
 2516-2517  
 2518-2519  
 2520-2521  
 2522-2523  
 2524-2525  
 2526-2527  
 2528-2529  
 2530-2531  
 2532-2533  
 2534-2535  
 2536-2537  
 2538-2539  
 2540-2541  
 2542-2543  
 2544-2545  
 2546-2547  
 2548-2549  
 2550-2551  
 2552-2553  
 2554-2555  
 2556-2557  
 2558-2559  
 2560-2561  
 2562-2563  
 2564-2565  
 256

[illegible]

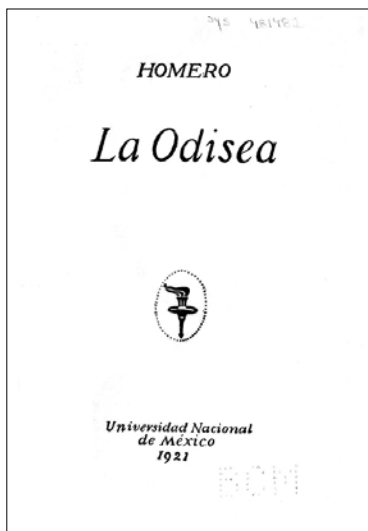
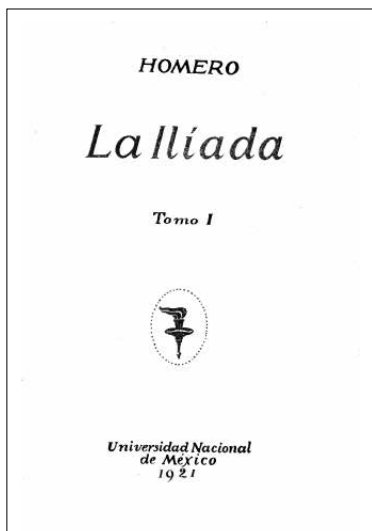










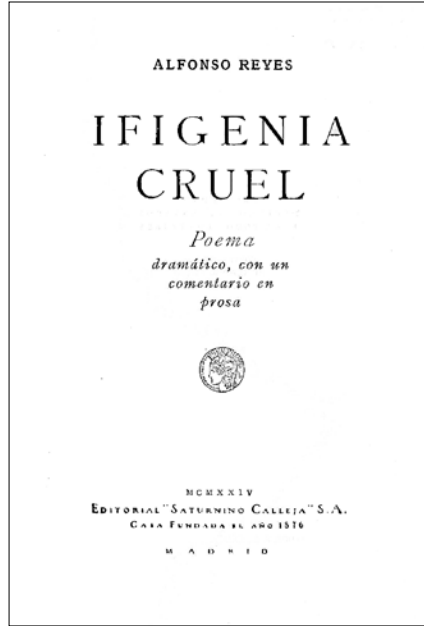


Portadillas de *La Iliada* y *La Odisea* de la colección “verde”.



Alfonso Reyes en Buenos Aires en 1927 (Archivo fotográfico de la Capilla Alfonsina).





Portadilla de la primera edición de *Ifigenia cruel*.



El Colegio de México, 1955 (Archivo fotográfico de la Capilla Alfonsina).





Alfonso Reyes acompañado de José Gaos  
(Archivo fotográfico de la Capilla Alfonsina).



Eugenio Ímaz.







ALFONSO REYES Y ESPAÑA:  
EXILIO, DIPLOMACIA Y LITERATURA\*

*Para Josefina Mac Gregor,  
admirable universitaria,  
notable colega y gran conocedora  
de los españoles durante la Revolución mexicana*

La profunda relación de Alfonso Reyes con España puede ser dividida en dos etapas: la primera se prolongó durante su estancia en Madrid entre 1914 y 1924. La segunda se inició quince años después, y duró hasta su muerte: me refiero a su trato cotidiano con los intelectuales exiliados con los que convivió en La Casa de España, luego El Colegio de México.

Si bien la relación de Reyes con España resultó esencial y definitiva, comenzó siendo meramente accidental: ni planeada ni deseada. En efecto, en 1914 Alfonso Reyes tuvo que radicarse en España. El proceso fue el siguiente: a mediados de 1913 había huido de la Revolución mexicana, la que le había arrancado la vida a su padre y tenía a su hermano Rodolfo inmiscuido en el régimen dictatorial

\* Publicado en Reyes, Borges, Gómez de la Serna. *Rutas trasatlánticas en el Madrid de los años veinte*, Julio Ortega (comp.), México, Grupo Editor Orfila Valentini–Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 2011, pp. 75-96. Este ensayo también es producto de la refundición de dos trabajos anteriores: “Alfonso Reyes en España”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las primeras jornadas, celebradas en la Residencia de Estudiantes en noviembre de 1994*, Madrid, El Colegio de México–Residencia de Estudiantes, 1998, pp. 53-66, y “Alfonso Reyes, diplomático en España. Años cómodos pero insatisfactorios”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas celebradas en El Colegio de México en noviembre de 1996*, México, El Colegio de México–Residencia de Estudiantes, 1999, pp. 341-367.



del general Victoriano Huerta. Miembro de una familia de la élite porfiriana, Alfonso Reyes obtuvo, por la deuda de Huerta con su padre y por la influencia de Rodolfo, ministro de Justicia en el gobierno de éste, el nombramiento de segundo secretario de la legación en París. Su objetivo era vivir en Francia. Educado en el positivismo, luego había sido atraído por el renacimiento de las filosofías espiritualistas, también francesas; además, entre las literaturas modernas su favorita era la francesa;<sup>1</sup> si se compara su actitud respecto a la española, sus escritos de 1909 y 1910 muestran que de una le interesaban Mallarmé y los poetas “parnasianos”, mientras que en la otra prefería remontarse a Diego de San Pedro y a Góngora.<sup>2</sup>

En contra de lo soñado por él, su paso por Francia resultó desilusionante: su situación emocional por la orfandad paterna era desastrosa; extrañaba a algunos de sus amigos del Ateneo de la Juventud; además, su bajo puesto en la legación lo obligó a pasar algunas estrecheces; el trabajo burocrático le resultó “raquítico”, “vacío”, “mezquino” y “repugnante”. Para colmo, las divisiones políticas y la pobreza cultural de los mexicanos en Francia —salvo excepciones como Diego Rivera y Ángel Zárraga— explican que le resultara insoportable la experiencia parisina.<sup>3</sup>

Pese a todo, ese año en París le permitió relacionarse con intelectuales y académicos hispanistas como Raymond Foulché-Delbosc, director de la *Revue Hispanique*, y con Ernest Martineche, profesor

<sup>1</sup> Su admiración por la cultura francesa ha sido meticulosamente expuesta en Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México, 1990. Sobre dicha influencia durante los años previos a su viaje a Europa, véanse pp. 59-70.

<sup>2</sup> Revísele el índice de su primer libro, *Cuestiones estéticas*, publicado por la editorial parisina Ollendorf en 1911.

<sup>3</sup> Véanse las cartas de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, del 28 de septiembre y 6 de noviembre de 1913, en *Correspondencia Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña*, José Luis Martínez (ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 196-199, 238. Respecto a la colonia mexicana en París, véase un recorte de *Le Gaulois*, 20 de abril de 1914, en Archivo Francisco León de la Barra (en adelante AFLB), impresos, carpeta 1, legajo 77.



de español en La Sorbona.<sup>4</sup> También se relacionó con algunos jóvenes escritores latinoamericanos, como los peruanos Ventura y Francisco García Calderón, con quienes desarrollaría una gran amistad.<sup>5</sup> A pesar de sus responsabilidades burocráticas, gracias a estos contactos pudo escribir varios artículos para revistas europeas o americanas, así como materiales que luego rescataría en sus libros *El plano oblicuo*, *El suicida* y *El cazador*.<sup>6</sup>

A pesar de que el declive político de su hermano Rodolfo, distanciado de Huerta desde las postrimerías de 1913, le ocasionó malos tratos de los otros empleados de la legación, y de que los representantes en París del grupo revolucionario lo rechazaban, Reyes se negaba a dejar Francia. Dos circunstancias lo obligaron a modificar sus planes. Por un lado, luego de ocupar la Ciudad de México y tomar el poder, en agosto de 1914, Venustiano Carranza procedió a cesar a todo el personal diplomático del gobierno huerista, decisión que dejó a Reyes sin salario ni membrete.<sup>7</sup> Al mismo tiempo estalló la guerra en Europa, y el acoso alemán pronto afectó seriamente la vida cotidiana de la capital francesa. El sueño devino pesadilla. Sin posibilidad de obtener recursos económicos su-

<sup>4</sup> Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, pp. 73-117. La correspondencia entre Reyes y Folché-Delbosc fue publicada en la revista *Ábside* durante varios números correspondientes a los años de 1955 a 1957.

<sup>5</sup> Francisco había prologado su primer libro, *Cuestiones estéticas*. Además del origen étnico y el interés por la literatura, se identificaban por sendas tragedias políticas familiares: los jóvenes García Calderón eran hijos de un alto político peruano.

<sup>6</sup> Aunque en su "Historia documental de mis libros" Reyes asegura que el trabajo en la legación lo absorbía (véase *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956-1982, xxiv, p. 163), en una carta a Julio Torri, del 19 de diciembre de 1913, le aseguró estar escribiendo ensayos breves "que es un contento"; véase Julio Torri, *Epistolarios*, Serge Zaitzeff (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 48.

<sup>7</sup> AFLB, impresos, carpeta 1, legajo 90. Carta a Henríquez Ureña del 14 de agosto de 1914, en *Correspondencia Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña*, p. 435.



ficientes, Reyes decidió abandonar París tan pronto comenzaron los bombardeos. España no era la mejor opción sino la única alternativa. Su hermano Rodolfo, exiliado político para entonces, se encontraba en San Sebastián, lo que aprovecharon Alfonso y los suyos para hospedarse con él un par de meses.<sup>8</sup>

Es incuestionable que Reyes no sentía mayor estima por España, pero por lo menos no había “estado de guerra”. El arribo resultó agrio y severo. Luego de permanecer varias semanas en San Sebastián, Alfonso partió a Madrid sin familia y sin dinero, padeciendo situaciones de auténtica picaresca, en pensiones vergonzosas y posadas insoportables. Finalmente pudo instalarse en un apartamento con su familia, aunque la adquisición de los muebles indispensables acabó con sus ahorros.<sup>9</sup>

Su estancia en Madrid tuvo diferente etapas, periodización originada en sus variadas condiciones laborales. La primera época, entre 1914 y 1915, se caracterizó por las dificultades económicas provocadas por el desplome de la fortuna familiar, por su cese como empleado diplomático y por la falta de un empleo estable o razonablemente pagado. Comprensiblemente, su círculo de amistades se reducía a sus viejos amigos mexicanos, como Jesús Acevedo, Martín Luis Guzmán y Ángel Zárraga, todos con similares condiciones y proyectos.<sup>10</sup> En resumen, Alfonso Reyes vivió entonces como un típico exiliado: estaba en España pero sin tener mayor contacto con los españoles; sobrevivir era un mérito.

<sup>8</sup> Sobre las razones y peripecias de su paso a San Sebastián, véase *ibid.*, 19 de septiembre de 1914, pp. 474-476.

<sup>9</sup> Fernando Curiel divide las distintas etapas de la estancia de Reyes en España a partir de sus distintos domicilios. Véanse *El cielo no se abre, semblanza documental de Alfonso Reyes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México—El Colegio Nacional, 1995, y *Medias palabras. Correspondencia Alfonso Reyes/Martín Luis Guzmán (1913-1959)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 46.

<sup>10</sup> Para su relación con Martín Luis Guzmán, véase el prólogo a la correspondencia entre ambos, en Curiel, *El cielo no se abre...*



Fue enorme su esfuerzo para que su situación empezara a cambiar. Por recomendación de Zárraga empezó a frecuentar el Ateneo, donde conoció a Enrique Díez-Canedo, desde entonces interesado por la literatura hispanoamericana; a Justo Gómez Ocerín y a José Moreno Villa, entre otros. La amistad con Díez-Canedo fue determinante, pues lo presentó al director de la editorial La Lectura, Acebal, quien le encargó una edición de Ruiz de Alarcón para su colección de “clásicos”. En La Lectura conoció a Juan Ramón Jiménez, quien quedó impresionado por los conocimientos del joven mexicano,<sup>11</sup> por lo que lo presentó al editor don Rafael Calleja, que inmediatamente le ofreció varios contratos. Es probable que fuera también Díez-Canedo quien lo llevara al semanario *España*, de Ortega y Gasset, lo que le sirvió no sólo para publicar crítica cinematográfica sino para colaborar después en otras empresas editoriales suyas, como *El Imparcial* y *El Sol*.<sup>12</sup>

A partir de la segunda mitad de 1916 cambió su inmensa pobreza por un extenuante trabajo. Para elaborar su edición de Ruiz de Alarcón para La Lectura comenzó a frecuentar la Biblioteca Nacional. Allí sesionaba la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos, presidida por don Ramón Menéndez Pidal, y al poco tiempo Reyes fue incorporado a dicho equipo de trabajo, encargándosele la bibliografía de la *Revista de Filología Española* —en colaboración con Antonio Solalinde—, así como diversos estudios

<sup>11</sup> Véase Juan Ramón Jiménez, *Espanoles de tres mundos*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pp. 92-93.

<sup>12</sup> Para sus relaciones con Díez-Canedo, Moreno Villa y Juan Ramón Jiménez, así como para sus tratos con Acebal y Calleja, véase Bárbara Apon- te Bockus, *The Spanish Friendships of Alfonso Reyes* (tesis doctoral en Filosofía), Austin, Texas, University of Texas, 1964, p. 643. Véanse también *España en la obra de Alfonso Reyes*, Alberto Enríquez Perea (comp., introd. y notas), México, Fondo de Cultura Económica, 1997, y Alfonso Reyes, “Marginalia”, *Obras completas*, xxii, pp. 386-387. Para su obra de crítico cinematográfico, consúltese Héctor Perea, *La caricia de las formas. Alfonso Reyes y el cine*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.



sobre literatura hispánica de los siglos xvi y xvii.<sup>13</sup> Asimismo, a finales de 1916 fue contratado por su viejo conocido parisino Foulché-Delbosc, para que lo ayudara en su edición de Góngora. Aunque éstas serían sus responsabilidades de mayor envergadura, siguió escribiendo incontables artículos para revistas y periódicos españoles y americanos. Por si todo esto no fuera suficiente, preparó una edición popular de Lope de Vega para la editorial inglesa Nelson, así como antologías de Gracián y de Quevedo para la Editorial Calleja. Desde entonces dejó de sufrir por la angustia de la manutención de su mujer e hijo. Ello fue su mayor timbre de orgullo.

La mejoría y la regularización de sus ingresos no fueron suficientes para hacer del todo satisfactorios sus siguientes años en España: su vida social era limitada y carecía de tiempo para escribir a su entera libertad. En efecto, la mayor parte de lo escrito por él fueron “artículos erudículos sin importancia ni elegancia”, debido a que Menéndez Pidal y sus colaboradores casi le convirtieron en una “máquina de técnica literario-histórica”.<sup>14</sup>

Más que la estabilidad laboral y la suficiencia económica, igualmente la diferencia satisfactoria fue que a partir de mediados de 1916 comenzó a ganarse la amistad y el reconocimiento de los intelectuales españoles. Por entonces Azorín le solicitó, previa recomendación de Américo Castro, la edición del *Peregrino*, de Lope de Vega, para una colección de la editorial inglesa Nelson. Igualmente importantes resultaron sus acercamientos a Ortega y Gasset y a Manuel Azaña, pues ambos encabezarían el florecimiento intelectual español de los primeros años del siglo. Lejos de cualquier falsa modestia, Reyes se ufanaba del hecho de que, si Juan Ruiz de

<sup>13</sup> Reyes fue recomendado al CEH por uno de sus miembros, Federico de Onís.

<sup>14</sup> Paradójicamente, muchos de estos artículos los rescató años después, cuando se convirtió en un académico profesional. Véanse sus *Capítulos de literatura española. Primera serie*, México, La Casa de España en México, 1939, y *Capítulos de literatura española. Segunda serie*, México, El Colegio de México, 1945. Ambos libros en *Obras completas*, vi.



Alarcón había conquistado a la “corte” durante el “siglo de oro”, él había hecho lo propio durante la “edad de plata”.<sup>15</sup>

Las pruebas más contundentes de su aceptación y su ascenso en el mundo intelectual español son el paso de crítico cinematográfico a autor y responsable de la sección semanal de “Historia y Geografía” de *El Sol*, a partir de finales de 1917; su elección como vicepresidente de la sección de Literatura del Ateneo, en junio de 1918, a pesar de ser extranjero y contertulio reciente, y su designación para ser quien fijara el texto del *Cantar de Mio Cid* que publicaría la Editorial Calpe en su Colección Universal.<sup>16</sup> Sobre todo, alcanzó la consolidación de su prestigio literario con la publicación de *Cartones de Madrid*, que contiene sus primeras impresiones sobre la ciudad y al que Azorín consideró un libro “exquisito”, con la “esencia de España”. Poco después aparecería *Visión de Anáhuac*, que fue saludado por Juan Ramón Jiménez como “una verdadera joya”.<sup>17</sup>

A pesar de tales éxitos, Reyes no estaba satisfecho con su situación. En varias ocasiones confesó a sus amigos de México que muy poco de lo que escribía era obra que él considerara propia y satisfactoria. Lo grave es que la queja no se reducía al tipo de trabajos que hacía; lo que más le atribulaba era reconocer íntimamente su falta de calidad. En una ocasión confesó a Pedro Henríquez Ureña que escribía en exceso, sin tiempo para corregir, y que la literatura se había convertido en un “trabajo forzado [...] para ganarme la vida”. Incluso aceptó que sus colaboraciones periodísticas eran

<sup>15</sup> El término, así como el mejor análisis de la historia cultural de España en los primeros decenios del siglo xx, en José Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1983.

<sup>16</sup> *El Sol*, 6 de diciembre de 1917 y 5 de junio de 1918. Azorín a Alfonso Reyes, 18 de septiembre de 1916, y Juan Ramón Jiménez a Alfonso Reyes, 22 de noviembre de 1916, en Aponte, *The Spanish Friendships...*, pp. 354, 413.

<sup>17</sup> Azorín a Alfonso Reyes, 2 de octubre de 1917, y Juan Ramón Jiménez a Alfonso Reyes, 5 de diciembre de 1918, en *ibid.*, pp. 357, 414.



“verdaderamente malas”.<sup>18</sup> Su enojo era doble: por sus labores periodísticas y contra la erudición filológica en historia literaria, del Centro de Estudios Históricos. Más que un problema laboral, lo era intelectual: estaba convencido de que se seguían “pistas falsas” y rechazaba que se aplicaran todavía métodos germánicos, ya en claro proceso de descrédito. Es indudable que Reyes prefería la literatura histórica a la “brutal severidad” de la historia científica en su vertiente filológica: si ésta descansaba en el “peso crítico”, la otra lo hacía en la “agilidad artística”.<sup>19</sup>

La solución surgió pronto. A finales de 1919 dejó de colaborar con Menéndez Pidal, sin ruptura que lo antecediera o explicara y a pesar de reconocer que dicho empleo le generaba “alguna ventaja editorial”, y al poco tiempo dejó de escribir semanalmente en *El Sol*.<sup>20</sup> Por esas fechas recibió una invitación a colaborar en la Comisión Histórica Mexicana para investigar en los archivos europeos, que por las vicisitudes revolucionarias había prácticamente desaparecido, hasta que don Luis G. Urbina lograra del gobierno carrancista la aprobación para reestablecer dicha Comisión, labor que fue confiada a don Francisco de Icaza.<sup>21</sup> La incorporación de

<sup>18</sup> Dado el severo autojuicio, resulta inexplicable que con ellas haya conformado después varios libros, como *Retratos reales e imaginarios* (1920), y las cinco series de *Simpatías y diferencias* (1921-1926). Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 4 de mayo de 1922, en Curiel, *El cielo no se abre...*, pp. 88-92.

<sup>19</sup> Alfonso Reyes a Julio Torri, 15 de noviembre de 1916, en *Epistolarios*, pp. 74-78. Recuérdese que desde sus años juveniles en México se había hecho lector de autores como Walter Pater.

<sup>20</sup> Alfonso Reyes, “Historia documental de mis libros”, p. 265. *El Sol*, 27 de marzo de 1919. Como en el caso de muchos de sus artículos periodísticos, con los materiales de corte erudito escritos entonces conformaría después sus reputadas obras *Cuestiones gongorinas* y *Capítulos de literatura española*.

<sup>21</sup> Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores (en adelante AHSRE), Fondo de Concentraciones (en adelante FC), 25-6-70 (1) ff. 53-54. La Comisión había sido fundada y encabezada por don Francisco del Paso y Troncoso cuya muerte, en 1916, agravó su situación. Véase Silvio Zavala,



Reyes permite varias explicaciones: conservaría estable, que no boyante, su economía familiar; se le facilitaría renovar el trato con mexicanos, que había perdido hacía aproximadamente tres años. Sobre todo, implicaba una preferencia intelectual, pues pasaría de la “enojosa” erudición filológica a la placentera historia literaria, pues De Icaza no simpatizaba con las posturas técnico-metodológicas del grupo de Menéndez Pidal, sino que prefería “procedimientos interpretativos”. Además, Reyes estaba agradecido con él, pues lo había ayudado cuando su forzado arribo a España, y le parecía ameno, generoso y auténticamente culto.<sup>22</sup>

Su incorporación a la Comisión implicaba convertirse en empleado del gobierno posrevolucionario, pues recibiría un salario de la administración carrancista. Por obvias razones, su decisión provocó un hondo cisma familiar. Su padre había muerto por balas de soldados maderistas, y el gobierno de Carranza mantenía a su hermano Rodolfo en el exilio. Así, su ingreso en dicha Comisión era, para Rodolfo, un desafío personal; peor aún, era una traición a la familia.<sup>23</sup> La explicación es compleja: a diferencia de su padre y hermano, Alfonso no repudiaba la Revolución. Si bien consideraba que eran excesivas las “crueldades inútiles”, veía la situación nacional con un esperanzador optimismo.<sup>24</sup> A diferencia de su hermano, nunca quiso quemar sus naves: aunque no deseaba precipi-

*Francisco del Paso y Troncoso. Su misión en Europa (1892-1916)*, México, Museo Nacional-Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad, 1938.

<sup>22</sup> El elogio de Reyes a De Icaza en “Pasado inmediato”, *Obras completas*, xii, pp. 227-228.

<sup>23</sup> La opinión que en México se tenía de Alfonso era radicalmente distinta a la que se tenía de Rodolfo. El primero era apreciado y no tenía impedimento para regresar al país. Todo lo contrario; en su ausencia había sido elegido miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, a finales de 1918, aunque no pudo leer su discurso de ingreso hasta mediados de 1924.

<sup>24</sup> Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 30 de noviembre de 1917, en *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, Serge Zaitzeff, (comp., introd. y notas), México, El Colegio Nacional, 1992, p. 44.



tar su regreso al país, estaba seguro de que algún día lo haría, razón por la cual rechazó la recomendación de sus amigos filólogos de que se nacionalizara español.<sup>25</sup>

A mediados de 1920 una rebelión en su patria distante transformó la vida de Alfonso Reyes. Entre abril y mayo el presidente Venustiano Carranza fue derrocado por un movimiento encabezado por Álvaro Obregón, Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles. En el gobierno resultante quedaron en altos puestos Miguel Alessio Robles, como secretario particular del nuevo presidente, y José Vasconcelos, como rector de la Universidad Nacional. Gracias a la intercesión de ambos<sup>26</sup> pudo Reyes volver al servicio diplomático nacional con el nivel que había tenido en Francia en 1913, de segundo secretario de legación, pero ahora asignado a Madrid. Así dejó de ser un exiliado político voluntario y pasó a ser un diplomático, un funcionario gubernamental.

La reintegración de Reyes al servicio diplomático implicaba varias ventajas. La primera era permanecer en Madrid, ciudad que había aprendido a apreciar y que ahora podría disfrutar, por sus mejores condiciones socioeconómicas, quedando atrás sus dos primeras etapas madrileñas: la de las serias dificultades económicas, que se prolongó desde su llegada —finales de 1914— hasta mediados de 1916, y la de la extenuante integración al mundo literario

<sup>25</sup> Rechazó tales propuestas, pues “yo no hubiera cambiado por nada mi destino de mexicano”, *Obras completas*, xxiv, p. 259.

<sup>26</sup> Para Miguel Alessio Robles, véase su artículo “La frase del cementerio de Galeana”, en *El Universal*, 23 de noviembre de 1934. Para Vasconcelos, la carta de éste a Alfonso Reyes, del 7 de junio de 1920, en *La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes*, Claude Fell (ed.), México, El Colegio Nacional, 1995, pp. 39-40. Según Julio Torri fue Vasconcelos quien convenció a Alessio Robles de que gestionara el nombramiento de Reyes. Cfr. Julio Torri a Alfonso Reyes, 26 de diciembre de 1920, en *Epistolarios*, p. 143. Alessio presume, en cambio, que intercedió por Reyes sin solicitarlo éste y sólo por saberlo “en circunstancias difíciles”; afirma también que lo hizo “en el acto” y que éste fue “el primer acuerdo” que De la Huerta giró a la Secretaría de Relaciones Exteriores.



local. Comenzaría ahora, también en mejores condiciones ideológico-políticas, la tercera etapa, la diplomática.

Dos hechos facilitaron su renacimiento como diplomático. Uno fue ya ser empleado del gobierno mexicano, en la Comisión Histórica Mexicana. El otro fue que no protestó por el derrocamiento de Carranza, como sí lo hicieron otros colaboradores de la Comisión<sup>27</sup> y casi la totalidad de los empleados de la legación, lo que forzó a reactivar ésta con distinto personal y de la manera más rápida y menos onerosa. La presencia de Reyes resultó muy oportuna: era muy apreciado en Madrid y contaba con la confianza de los nuevos gobernantes mexicanos.

Aceptar ser diplomático implicó asumir una muy distinta relación con su hermano. Con el triunfo “aguaprietista” se le presentó la esperada oportunidad liberadora, pues tenía dos pretextos para justificar su decisión: uno era que los nuevos gobernantes mexicanos prometían construir un gobierno conciliador, ajeno a los odios sociopolíticos del carrancismo; el otro, mucho más importante, era que la llegada de Vasconcelos a la Rectoría implicaba el triunfo de todo el grupo cultural al que pertenecía, su añorado Ateneo de la Juventud.<sup>28</sup> Su incorporación al aparato gubernamental no sólo significaba una considerable mejoría económica, motivo de felicidad y tranquilidad;<sup>29</sup> implicaba también su independencia perso-

<sup>27</sup> Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 16 de junio de 1920, en *Con leal franqueza...*, p. 99. La generosidad de Reyes con Urbina fue innegable: aceptó que si bien “politiqué un poco al principio”, no había sido su “culpa”, por lo que pidió que en México “le echaran tierra encima al negocio” y lo indultaran, otorgándole “un puesto pacífico”. Cartas de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 23 y 26 de junio de 1920, en *ibid.*, pp. 101, 103.

<sup>28</sup> La literatura sobre El Ateneo es amplia, diversa y confiable. La mayor novedad sobre el tema es el libro de Fernando Curiel, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001; véase también su obra anterior, *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

<sup>29</sup> Reyes confesó plenamente a su amigo Julio Torri el motivo de su felicidad inmediata: “ya supondrás que casi no lo quiero creer. ¿Tener yo seguro el



nal y su realización vocacional. Finalmente se desembarazaría del fardo político-familiar, que había sido agobiante. Ahora podía satisfacer un deseo postergado: anteponer su propio proyecto y el de sus compañeros y amigos, a las ambiciones de su padre y su hermano. Después de varios años de amargos rechazos, ahora podría ser un ateneísta útil a su país.

Desde un principio Reyes había utilizado su puesto diplomático para difundir en España la labor educativa de Vasconcelos, quien prometió hacerlo su subsecretario con la primera coyuntura favorable. Así se lo dijo a su amigo Julio Torri, ateneísta también: “Si Pepe me llama, no puedo decirle que no”. Torri, viejo amigo de ambos, lo puso sobre aviso, recomendándole que fuera cauteloso, pues “aun Pepe mismo sabe y dice que su destino es rodar”. Dado que a los pocos meses Reyes fue ascendido a primer secretario de la legación,<sup>30</sup> y ante la posposición y el cambio de los ofrecimientos de Vasconcelos, decidió permanecer en Madrid. Estaba temeroso de abandonar “por su sueño” esta ciudad. Además de sus temores por la personalidad de Vasconcelos, dudaba que ya hubiera suficiente madurez en el país como para que se le respetara y se le dejara desarrollar sus planes; sobre todo, le aterraba “recibir un puntapié de alguno de esos monstruos [...] que las turbulencias de nuestra vida han hecho surgir al plano de la cosa pública en México”.<sup>31</sup> Su postura era obvia: los fantasmas de la política familiar seguían determinando en buena medida su vida.

La labor diplomática de Reyes en España fue exitosa, y así lo reconocieron propios y extraños, aquí y allá. Para ello no sólo fueron determinantes su inteligencia, cultura y esmerada cortesía; también influyó el que viniera haciendo en España, desde hacía seis años, la mayor “labor mexicana”, y aseguraba ser “desde entonces [...] el

---

sustento después de seis años de continua lucha e indecisión diaria? No puedo creerlo”. Cfr. carta del 5 de julio de 1920, en *Epistolarios*, p. 136.

<sup>30</sup> Fue ascendido en enero de 1921. Cfr. AHSRE, FC, 25-6-70 (1) ff. 90, 95.

<sup>31</sup> José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 26 de febrero, p. 52, y Alfonso Reyes a Vasconcelos, 25 de mayo de 1921, p. 55, en *La amistad en el dolor...*



verdadero representante de México en estas tierras”.<sup>32</sup> No obstante el éxito, Reyes enfrentó los problemas típicos que aquejan a los diplomáticos. El mayor, obviamente, fue la desavenencia de intereses entre España y México. Lo incomodaron también la falta de apoyo logístico y administrativo por parte del gobierno mexicano, así como los usuales conflictos con superiores y subalternos. Por otro lado, Reyes tuvo la fortuna de contar siempre con el apoyo de su amigo Genaro Estrada, primero oficial mayor y luego subsecretario de Relaciones Exteriores.<sup>33</sup>

Las relaciones diplomáticas entre México y España estaban fatalmente afectadas por el proceso revolucionario que había tenido lugar en México entre 1910 y 1920.<sup>34</sup> Asimismo, estaban marcadas por el declive de la influencia de las potencias europeas en América luego de la Primera Guerra Mundial. Por último, estaban determinadas por las prioridades de España: Europa y Marruecos; en América sus atenciones principales estaban puestas en el Caribe recién perdido —Cuba y Puerto Rico— y en los extremos del continente, Estados Unidos y Argentina.

Por atinadas que fueran las diligencias de Reyes, España y México enfrentaban un problema insoluble: el reparto agrario, una de las principales banderas de la Revolución, provocó la airada oposición de numerosos terratenientes españoles. El gobierno mexicano

<sup>32</sup> Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 26 de junio de 1920, en *Con leal franqueza...*, p.102.

<sup>33</sup> Víctor Díaz Arciniega, “Reyes y Estrada, la urdimbre discreta”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, El Colegio de México, XLIV, 1, 1996, pp. 99-119.

<sup>34</sup> Una rigurosa revisión de las relaciones bilaterales entre ambos países durante el periodo revolucionario fue hecha por Josefina Mac Gregor, *México y España, del Porfiriato a la Revolución*, México, INEHRM, 1992, estudio que luego continuó en *Revolución y diplomacia: México y España, 1913-1917*, México, INEHRM, 2002. Asimismo, Lorenzo Meyer es autor de una historia sobre las relaciones entre ambos países durante buena parte del siglo xx. Cfr. *En el cactus y el olivo: las relaciones de México y España en el siglo xx*, México, Océano, 2001.



prefería empeñar su reducida capacidad de protección a favor de los terratenientes estadounidenses, por evidentes motivaciones diplomáticas y económicas. Es innegable que casi todas facciones revolucionarias habían dado muestras de hispanofobia, en la forma de una respuesta agrarista sostenida contra los terratenientes, capataces y comerciantes españoles.<sup>35</sup>

A principios de 1922 Reyes reconocía que necesitaba estudiar detenidamente el asunto de las expropiaciones y el reparto agrario, pues “todos los días” tenía que “librar un serio combate” con el ministro de Estado español. Sus labores se hicieron hasta “desagradables”, pues hubo momentos en que la relación bilateral quedó “prendida con alfileres”. Dado que valoraba en alto grado el “apoyo moral” que implicaba “la amistad de España”, Reyes llegó a sugerir que se transigiera “un poco con esos intereses que se han alarmado ante el desarrollo de nuestra política social”.<sup>36</sup> Su recomendación no se hizo pública, lo que evitó que se le reprochara ser un inadecuado representante y defensor de un gobierno revolucionario.

Otro motivo permanente de conflicto fue el tipo de personas que se destinaba a la legación en Madrid. Dichos problemas los tuvo con sus superiores y con sus subalternos, casi siempre inadecuados o indolentes. Como en París años antes, Reyes padeció un ambiente de discordias y envidias, aunque ahora, ya más maduro, no dejó que ello le incomodara más de lo debido. Claro que le molestó la conducta de amigos como Artemio de Valle Arizpe, quien “zumba chismes en torno de mi vida madrileña”; también se quejó del exhibicionismo y la cursilería de Antonio Mediz Bolio, quien discursaba sobre “la divina lengua de Cervantes y la Madre Patria”. También le resultó intolerable Juan Sánchez Azcona, quien lo forzaba a estar todo el día en la oficina. Más o menos al año del reingreso de Reyes al servicio diplomático llegó Miguel Alessio Robles como

<sup>35</sup> Véanse los estudios de Josefina Mac Gregor citados en la nota anterior.

<sup>36</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 16 de febrero y 14 de marzo de 1922, y 13 de enero de 1923, en *Con leal franqueza...*, pp. 182, 190-191, 231.



jefe de la legación. Alessio resultó un hombre “amable” y de “orden” pero con excesivo gusto por Sevilla, lo que hizo que Reyes permaneciera “de encargado de todo el tiempo” en Madrid.<sup>37</sup>

Después de Sánchez Azcona y de Alessio Robles quedó Reyes como encargado de negocios *ad interim*, por lo que las responsabilidades y labores se multiplicaron, no así su estatus. Pasó más de la mitad de su estancia diplomática en Madrid como primer secretario pero encargado de la legación. El problema, por tanto, fue menos el de sus superiores que el de la falta de apoyo y colaboradores, pues los “abundantes [...] asuntos”, agravados por una “creciente multitud de atenciones sociales”, los resolvía en una total “soledad”, sin un secretario “en quien reposar una parte del diario ajetreo”; por ello pasaba de debatirse con la mecanógrafa en el dictado de las notas a las visitas al ministro de Estado. Esta situación explica que cuando estuvo como encargado interino de la legación pidió que se le enviara un colaborador responsable para poder “descansar” de “las roñosidades burocráticas” y de las “materialidades de la oficina”, pudiendo él dedicarse a “algo que valga la pena” para mejorar “los problemas ya muy serios [...] de las relaciones hispano-mexicanas”.<sup>38</sup>

A pesar de todas las dificultades que enfrentó con superiores y subalternos, la laboriosidad y buen juicio de Reyes hicieron que la legación en España marchara “muy bien”. Incluso logró adquirir e instalar una residencia acorde “a la importancia de México”, lo que causó muy buen efecto en España, “como manifestación de la voluntad estable de México”. En tales éxitos influyó Genaro Estrada, su amigo y protector, quien había sido ascendido a subsecretario de Relaciones Exteriores.<sup>39</sup> Sin embargo, el precio que

<sup>37</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Julio Torri, 15 de julio de 1920, en *Epistolarios*, p. 137, y Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 26 de julio y 25 de octubre de 1920, en *Con leal franqueza...*, pp. 112, 125-127.

<sup>38</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 12 de julio de 1921, y 15 de septiembre de 1922, en *ibid.*, pp. 152, 206.

<sup>39</sup> AHSRE, Fondo Embajada de España (en adelante FEE), exp. 152. Cartas de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán, 15 de marzo de 1922, en *Medias*



pagó por sus esfuerzos laborales fue el abandono de su labor literaria. A diferencia de los años previos, cuando para sobrevivir tuvo que escribir de todo y sin descanso, sus años diplomáticos, estables y hasta cómodos, implicaron un abrupto declive en su producción de escritor. El cambio fue inmediato: a los pocos meses de haber ingresado a la burocracia diplomática reconocía no leer ni escribir “nada”.<sup>40</sup>

Resulta sorprendente que luego de su experiencia parisina haya creído que podría publicar primero varios libros con material acumulado, buscando descargarse de “cosas añejas”, para luego dedicarse “a las cosas nuevas que son demasiado ambiciosas”. Entre otros libros en proyecto, reconoce que soñaba “con mi *Ifigenia*” y con la continuación —que nunca escribiría— de *Visión de Anáhuac*. Se prometió también dejar de escribir “morralla articularil”, como lo había hecho durante “tantos años”, para concentrarse en nuevas obras.<sup>41</sup> Pronto vio desmentido su optimismo. Conforme ascendió en el escalafón aumentaron sus responsabilidades. Todo parece indicar que sólo podía escribir “novedades” durante las vacaciones veraniegas: así lo hizo en 1922 y 1923.<sup>42</sup> El dilema era claro: había obtenido estabilidad económica pero el compulsivo escritor “militante” y profesional de los años precedentes se había convertido en un escritor ocasional, al grado de aceptar que su actividad literaria estaba “casi anulada”.<sup>43</sup>

---

*palabras...*, p. 117. Genaro Estrada a Alfonso Reyes, 18 de abril de 1923, en *Con leal franqueza...*, p. 237.

<sup>40</sup> Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 25 de octubre de 1920, en *ibid.*, p. 126.

<sup>41</sup> *Ibid.*, 26 de junio y 1 de noviembre de 1920, y 6 de marzo de 1922, pp. 127, 189. Alfonso Reyes a Julio Torri, 30 de enero de 1921, en *Epistolarios*, pp. 102-103.

<sup>42</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 22 de febrero y 15 de septiembre de 1922, y 14 de agosto de 1923, en *Con leal franqueza...*, pp. 184, 207, 246.

<sup>43</sup> *Ibid.*, 16 de noviembre de 1923, p. 216, y Reyes, *Obras completas*, II, p. 45.



Su bibliografía nos dice que entre 1920 y 1924 publicó, principalmente, los *Retratos reales e imaginarios* y *El plano oblicuo*, en 1920; *El cazador*, en 1921; las cinco series de *Simpatías y diferencias*, a partir de este mismo año, así como una reedición, en 1923, de su *Visión de Anáhuac*, para concluir con *Calendario* en 1924. En términos genéricos, la mayor parte de esto era periodismo literario, pues *Retratos reales e imaginarios* y *Simpatías y diferencias* se hicieron con materiales de su página semanal de Historia y Geografía de *El Sol*, aunque también se incluyeron trabajos publicados en el periódico *España* y materiales anteriores publicados en revistas de España y América. Los temas, en todo caso, eran más de historia y política que de literatura, salvo el libro de cuentos *El plano oblicuo*. Seguramente por ello le parecía que casi todo era poco valioso. El enigma sigue insoluto: ¿por qué decidió publicarlo si “nada” de ello tenía “importancia”?<sup>44</sup> Dado que no lo hacía para obtener algunas pesetas, como lo tuvo que hacer durante sus primeros años en Madrid, cabe preguntarse si lo hizo por vanidad o si lo hizo para conservarse activo y vinculado al mundo literario.

Tal parece que su motivación para publicar regularmente fue impedir ser marginado del ambiente de los escritores. Reyes no sólo se quejaba del tiempo que le quitaba la rutina burocrática; lamentaba con más amargura la ignorancia y la estupidez de la gente que lo circundaba. Suspiraba por su bohemia literaria, “llena de buena compañía”. Obviamente, pronto se dio cuenta de que su cargo diplomático le impedía llevar el mismo trato que había tenido con la comunidad de escritores españoles. Sin mayor trato con sus verdaderos colegas, pronto se descubrió “casi sin amigos”, pues sus camaradas escritores “rajan del gobierno”, cuando se reúnen “en los cafés”, lo que le impedía “estar entre ellos”.<sup>45</sup> Para una persona tan

<sup>44</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 26 de junio y 1 de noviembre de 1920, en *Con leal franqueza...*, pp. 102, 127. Reyes, *Obras completas*, II, p. 41 y III, p. 15.

<sup>45</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 25 de octubre de 1920, y 17 de noviembre de 1922, en *Con leal franqueza...*, pp. 126, 220.



apreciada y querida en los círculos literarios, este cambio debió haber sido intensamente doloroso: para Alfonso Reyes, el gentil y jovial, el caballeroso y generoso, estar solo y “casi sin amigos” debe haber sido intolerable. Con todo, su situación no debe ser exagerada. Lo cierto es que son abundantes los testimonios de las buenas relaciones mantenidas con Azaña, Azorín, Juan Ramón Jiménez, Ramón Menéndez Pidal, José Moreno Villa y, además de muchos otros, Enrique Díez-Canedo, el “amigo perfecto”.<sup>46</sup>

Es innegable que por su carácter diplomático y su reciente solvencia económica cambiaron su actitud y ubicación con los escritores. Ahora ya no necesitaba ser “un galeote literario” sino que podía ser un protagonista de varias actividades y empresas literarias. Por ejemplo, costó la edición de *El plano oblicuo* y decidió aventurarse en la creación y el patrocinio de la revista *Índice*, con Díez-Canedo y Juan Ramón Jiménez, y en la colección Cuadernos Literarios, con Díez-Canedo y Moreno Villa, la que comenzó a circular precisamente cuando Reyes tuvo que salir de España, en 1924.<sup>47</sup> Fue invitado a ser miembro de sociedades como Los Amigos de Lope y el Club Góngora, ambas fundadas por Azorín, llegando a ser Reyes secretario de la segunda. Fue también el animador del homenaje a Mallarmé a 25 años de su fallecimiento. Si durante sus primeros años había escrito en numerosas publicaciones, ahora se permitió colaborar en las principales publicaciones del momento. Escribió para *La Pluma*, de Manuel Azaña y Cipriano Rivas Cherif, y fue anunciado como colaborador inicial de la *Revista de Occidente*, fundada entonces por José Ortega y Gasset.<sup>48</sup> Su trabajo de diplo-

<sup>46</sup> Además de la obra de Bárbara Aponte, Aurora Díez-Canedo está próxima a publicar el epistolario entre Reyes y su abuelo, previsiblemente riquísimo.

<sup>47</sup> Reyes, *Obras completas*, iv, p. 380, y xxiv, pp. 276, 315, 327-328.

<sup>48</sup> *El Sol*, 20 de julio de 1923. A diferencia de lo que sucedía con la mayoría de los escritores e intelectuales españoles de entonces, sus relaciones con Ortega y Gasset pronto se hicieron tensas, culminando con difundidos enfrentamientos y groserías desde los años veinte. Por ejemplo, en los círcu-



mático lo obligó a participar también en actividades culturales “hispanoamericanistas”, antes tan despreciadas por él.

Acaso lo más importante en su biografía es que, además de diplomático oficial, Alfonso Reyes fue el embajador de la nueva literatura española en México. Sin lugar a dudas el mayor mérito de su labor durante aquellos años fue introducir a su país la literatura española moderna. Llegó incluso a idear el plan de editar en México una revista que incluyera muestras de la buena literatura joven española, con autores como Enrique Díez-Canedo, Juan Ramón Jiménez, José Moreno Villa y Eugenio D’Ors, entre otros, pues aquí se les desconocía “del todo”.<sup>49</sup>

De otra parte, su larga ausencia de México, la disgregación de sus compañeros ateneístas y su dedicación a la literatura española hicieron que Reyes se desvinculara casi por completo del ambiente literario nacional. Resulta revelador que toda su producción bibliográfica de 1920 a 1924 fuera publicada en España, salvo *Retratos reales e imaginarios*, editado en México por Lectura Selecta, y *Huellas*, tomo que incluía su obra poética escrita entre 1906 y 1919, publicado por Ediciones Botas en 1922. Comprensiblemente, se le leyó poco y se le reseñó menos. Para su indignación, hubo comentarios y críticas que señalaban que era “más bien” un escritor español. Todo ello redujo en el país la estima que se le pudiera tener. Reyes pasó de la inquietud a la indignación: “¡si serán pendejos!”, exclamó.<sup>50</sup>

los literarios se supo que Ortega y Gasset se había burlado de la iniciativa de Reyes para homenajear a Mallarmé, alegando que a los españoles los “avergüenza” y “ruboriza [...] toda solemnidad”.

<sup>49</sup> Artículo de Azorín en el *ABC*, 28 de noviembre de 1923. Recorte en AHSRE, FC, 25-6-70 (1), f. 154. Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 12 de enero de 1921 y 11 de mayo de 1922, en *Con leal franqueza...*, pp. 138-139, 201.

<sup>50</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Julio Torri, 7 de diciembre de 1923, en *Epistolarios*, pp. 164-165, y Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 13 de enero y 8 de diciembre de 1923, en *Con leal franqueza...*, pp. 231, 232, 264. Reyes,



A finales de 1923 y principios de 1924 México sufrió una rebelión armada, de carácter preelectoral, encabezada por el candidato Adolfo de la Huerta y algunos destacados militares, quienes alegaron que el gobierno estaba haciendo una burda imposición de Plutarco Elías Calles. La rebelión tenía un obvio contenido social: si las masas campesinas y obreras apoyaron al gobierno establecido y a su opción sucesoria, algunos hacendados de las regiones donde hubo actividades rebeldes se solidarizaron con éstos, como sucedió en Puebla y Veracruz, donde algunos de los hacendados eran españoles. La rebelión delahuertista tuvo doble impacto en España: dado que la prensa local se había dedicado a criticar el proceso de reforma agraria de la Revolución mexicana, no fue sorpresa que ahora simpatizara con los rebeldes delahuertistas. Reyes se vio obligado a desmentir y a precisar informaciones y comentarios, a veces en forma “sobria y enérgica” y en ocasiones batiéndose para detener “en toda la línea” y contrarrestar la campaña emprendida por algunos españoles “interesados en la cuestión agraria de México”. Su objetivo fue exigir “el respeto que se le debe al pueblo que represento”.<sup>51</sup>

Como era previsible, la rebelión provocó efervescencia en el cuerpo diplomático estacionado en el extranjero, desinformado y con deseos de promoción o de regresar al país. En ese aspecto Reyes también se comportó “con absoluta lealtad, poniendo el deber y el sentimiento de la legalidad por encima de todo”.<sup>52</sup> La actividad de Reyes frente a la rebelión trajo una consecuencia inmediata: durante un par de meses se multiplicó su tarea diplomática, por lo que para leer y escribir tuvo que robarle “instantes al

---

*Obras completas*, xxiv, pp. 259-263. Uno de los críticos que lo consideraron como miembro de la literatura española fue Febronio Ortega Hernández, conocido simplemente como “Ortega”.

<sup>51</sup> Recorte de *España*, del 22 de diciembre de 1923, en AHSRE, FC, 25-6-70 (1) ff.155-156. *Ibid.*, FEE, exp. 204. Cartas de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 27 de diciembre de 1923, en *Con leal franqueza...*, p. 261.

<sup>52</sup> *Ibid.*, pp. 261-262.



descanso”.<sup>53</sup> También trajo una consecuencia definitoria. Dado que numerosos políticos importantes simpatizaron con el reclamo delahuertista, luego tuvieron que ser sustituidos entre quienes mostraron lealtad al grupo vencedor, dando lugar a un enorme proceso de ascensos y enroques que impactó también al cuerpo diplomático. Reyes fue uno de los que vio ampliado su horizonte, por lo que dejaría de ser simplemente el mejor enlace con España para convertirse en un auténtico diplomático de los gobiernos posrevolucionarios mexicanos.

La decisión vino a principios de 1924, cuando se le ordenó entregar la legación en Madrid y trasladarse a México para recibir nuevas instrucciones: mejoraría su puesto y nivel pero sería distinto el destino, seguramente inferior a Madrid, que terminó siendo su “paraíso”. Contra lo que temía, su estancia en México resultó gratificante, extenuante, pletórica de actividades. Mientras en la cancillería decidían entre destinarlo a América o Europa, a Obregón se le ocurrió enviarlo de nuevo a España, ahora como ministro plenipotenciario en misión especial. El asunto era “absolutamente secreto”: se deseaba ofrecer al rey de España la mediación de México ante los moros rebeldes en Marruecos. A pesar de que el ofrecimiento mexicano no era diplomáticamente viable, de lo que Reyes era consciente, su entrevista con Alfonso XIII fue muy cordial, aunque, como lo había previsto Reyes, el ofrecimiento fue obviamente rechazado.<sup>54</sup>

<sup>53</sup> Carta de Alfonso Reyes a Juan Ramón Jiménez, 20 de enero de 1924, en Aponte, *The Spanish Friendships...*, p. 424. La rebelión delahuertista tuvo otro impacto en su obra literaria: temeroso de que a causa de ella hubiera urgencias financieras y desórdenes administrativos, previó un inminente retraso en el pago de su salario, lo que lo obligó a posponer la publicación de su *Ifigenia cruel*, en *Índice*, colección financiada parcialmente por el propio Reyes, “a pesar de lo mucho que [...] me entusiasma la idea de tener mi tomo bellamente impreso”. Impedido de cualquier gasto suntuario en esas circunstancias, Reyes decidió iniciar su edición cuando pasara “este chubasco”. *Ibid.*, 15 de diciembre de 1923, p. 423.

<sup>54</sup> Reyes, *Diario*, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1969, pp. 59-62, 82-83.



Una vez concluida su misión ante Alfonso XIII Reyes abandonó España, trasladándose a París para recibir nuevas instrucciones. Aprovechó esa nueva estancia para acabar con algunos pendientes, uno de ellos amoroso, clave para poder “ser feliz con su recuerdo”. Es indudable, y Alfonso Reyes así lo entendía, que entonces terminaba toda “una época de su vida”.<sup>55</sup>

Después de España tuvo responsabilidades diplomáticas en Francia, Argentina y Brasil. La nostalgia por Madrid fue enorme, pero fue mayor el recuerdo de sus muchos amigos. Obviamente, mantuvo el trato literario: Reyes leería lo publicado por ellos, y se cuidó de enviarles sus novedades. Sin embargo, parecía que la diosa fortuna gobernaba su destino. Cerca de quince años después de haber abandonado Madrid una coyuntura como la que a él lo arrojó a España en 1914 lo puso otra vez en contacto con ella. Para comenzar, cuando estalló la Guerra Civil española, a mediados de 1936, Reyes se encontraba de embajador en Argentina. Desde allí hizo una activísima labor en favor del gobierno republicano, por convicción personal y en seguimiento de la política exterior mexicana. Su preocupación por el destino de sus amigos fue permanente.<sup>56</sup>

A finales de 1938 y principios de 1939 Reyes recibió instrucciones de trasladarse a México. Cuál no sería su sorpresa, digamos mejor su alborozo, cuando pocos meses después el presidente Cárdenas le encargó la dirección de La Casa de España, institución recién creada para dar alojamiento temporal a unos intelectuales españoles que habían sido invitados por el gobierno de México para

<sup>55</sup> *Ibid.*, pp. 83-84. Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 9 de noviembre de 1924, en *Con leal franqueza...*, p. 276.

<sup>56</sup> *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires, 1936-1937*, Alberto Enríquez Perea (comp., introd. y notas), México, El Colegio de México—Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998. En Buenos Aires se encontraba, desde 1936, grata coincidencia, su amigo Enrique Díez-Canedo como embajador español, por quien pudo mantenerse informado sobre las vicisitudes que por la Guerra Civil sufrían los amigos comunes.



que continuaran aquí su labor. La derrota del bando republicano hizo que el número de intelectuales españoles que buscaban cobijo en México aumentara notablemente.<sup>57</sup>

Para Alfonso Reyes dirigir La Casa de España, y luego su sucedáneo El Colegio de México, fue una oportunidad que le obsequió el destino para poder pagar una deuda moral que había venido arrastrando por más de veinte años. Desde un principio, Alfonso Reyes dijo que dirigir La Casa de España era un gran honor que le había deparado “la suerte”, puesto que a muchos de los intelectuales españoles que reencontró en México al término de la Guerra Civil los había conocido y apreciado “en medio de la labor compartida” de sus años madrileños. A partir de 1939 volvieron a compartir labores y esfuerzos, pero ahora en México. El exiliado y protegido de ayer pasó a ser el anfitrión y protector. En esta ocasión el destino fue atinado: Reyes no sólo conocía y estimaba a muchos de esos españoles, sino que compartía su ideología política y comprendía a cabalidad sus sentimientos de incertidumbre y vulnerabilidad. El beneficio fue mutuo. Gracias a haber dado cobijo a aquellos españoles pudo tener “contacto familiar y cercano con hombres de tan singulares prendas”. Gracias a ellos pudo tener, por el resto de su vida, un estrecho contacto con sus añorados amigos españoles, ahora “transterrados” a México.<sup>58</sup>

<sup>57</sup> Véase Clara Lida, *La Casa de España y El Colegio de México: memoria 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000.

<sup>58</sup> Consúltase *Alfonso Reyes en La Casa de España en México: 1939-1940*, Alberto Enríquez Perea (comp., introd. y notas), México, El Colegio Nacional, 2005.







ALFONSO REYES EN LA ARGENTINA:  
DESENCUENTROS DIPLOMÁTICOS  
Y AMISTADES LITERARIAS\*

*A mis amigos argentinos  
Judith Bokser, Horacio Crespo y Pablo Yankelevich,  
que estuvieron presentes*

Para comprender la relación entre Alfonso Reyes y Argentina se requiere recordar algunos antecedentes. Para comenzar, tiene que recordarse que Alfonso Reyes había nacido a finales del siglo XIX —en 1889 para ser precisos— en la industriosa ciudad de Monterrey, en el noreste de México, región de la que su padre, el general Bernardo Reyes, era el procónsul porfirista.<sup>1</sup> Hacia 1906, y habiendo

\* Texto inédito. Su versión original fue leída el 10 de noviembre de 2011 como discurso de aceptación del doctorado *Honoris Causa* que me otorgó la Universidad Nacional de General San Martín, en Buenos Aires, Argentina.

<sup>1</sup> El general Bernardo Reyes nació en Guadalajara, Jalisco, en 1850. Desde muy joven inició su carrera militar al luchar contra la Intervención francesa y colaboró en la pacificación del norte de México; como gobernador del estado de Nuevo León realizó importantes obras públicas. En 1900 fue incorporado al equipo presidencial de Porfirio Díaz como secretario de Guerra y Marina, pero a finales de 1902 fue excluido del gabinete y dejó de ser parte del grupo cercano de Díaz. Regresó entonces a gobernar Nuevo León. Por su lealtad al presidente, rechazó la propuesta de sus seguidores de lanzarse como candidato a la vicepresidencia en 1910, pues Díaz había determinado enviarlo a Europa para estudiar la organización y los sistemas de reclutamiento militar a fin de excluirlo de la contienda electoral. Luego del triunfo revolucionario de Francisco I. Madero, Reyes regresó a México en 1911 y fraguó una fracasada rebelión, por lo que fue encarcelado. Junto con Félix Díaz —también preso— organizó un nuevo levantamiento, mediante el que fue liberado por sus partidarios el 9 de febrero de 1913; sin embargo, durante un enfrentamiento en Palacio Nacional murió ese día, al dirigir los intentos por derrocar al presidente Madero.



hecho ya sus ‘pininos’ literarios,<sup>2</sup> el joven Alfonso Reyes se trasladó a la Ciudad de México para estudiar en la Escuela Nacional Preparatoria, que ya acusaba síntomas del envejecimiento que empezaba a padecer la pedagogía positivista.<sup>3</sup> Un par de años después ingresó a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, no por tener aspiraciones abogadiles sino por ser la única profesión accesible que tenía algunos vínculos con las ciencias sociales y las humanidades. Por lo demás, no eran pocos los escritores de entonces a los que un título de abogado les había ayudado a conseguir un puesto público o que habían hecho del servicio diplomático una posibilidad para desarrollar su carrera literaria.<sup>4</sup> Como podrán imaginarse, lo que Alfonso Reyes deseaba ser era escritor.

Junto a otros jóvenes con los que compartía aspiraciones y gustos, como Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos, a finales de 1909 participó en el Ateneo de la Juventud,<sup>5</sup> un cenáculo de aspirantes a filósofos y literatos que decidieron paliar juntos la aridez de sus estudios universitarios, debida ésta a la ausencia de cursos humanísticos. Sus actividades no se limitaron a las lecturas colectivas ni a la impartición de conferencias con temas

<sup>2</sup> En 1905 aparecieron publicados sus primeros poemas, “Nuevo Estribillo” y “La duda”, en los diarios *Los sucesos* y *El Espectador*, respectivamente. Para un breve recuento biográfico de Reyes, véase Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1976; también puede consultarse mi *Alfonso Reyes. Breve biografía*, México, Planeta, 2009.

<sup>3</sup> Alfonso Reyes, *Pasado inmediato*, en *Obras completas*, 26 tt., México, Fondo de Cultura Económica, 1955-1993, xii, pp. 173-278 (en adelante *OC*).

<sup>4</sup> El mayor ejemplo es Justo Sierra, abogado, funcionario y escritor, y modelo de todos los jóvenes intelectuales de principios del siglo xx; otro podría serlo José Vasconcelos.

<sup>5</sup> Antes, recién llegado a la capital, Reyes había formado parte del grupo que editaba la revista *Savia Moderna*. El Ateneo había tenido un antecedente directo en la Sociedad de Conferencias y Conciertos. Véanse Fernando Curiel, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, y Susana Quintanilla, *Nosotros: la juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets, 2008.



inéditos en la cultura nacional.<sup>6</sup> Futuros constructores de las principales instituciones educativas y culturales de México,<sup>7</sup> durante el año del Centenario de la Independencia nacional, los ateneístas fueron entusiastas colaboradores en la fundación de la Universidad Nacional y en la creación de la Escuela Nacional de Altos Estudios, la primera que ofrecía materias humanísticas y de ciencias sociales.<sup>8</sup>

El grupo del Ateneo estaba destinado a tener una vida breve. Al año de su fundación estalló la Revolución: algunos miembros simpatizaron con ésta, como Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Isidro Fabela y Alberto J. Pani; otros militarían en su contra, y los más —Reyes entre ellos— tratarían de mantenerse ajenos al conflicto, dedicándose a sus labores profesionales y a sus intereses intelectuales. El derrocamiento del gobierno del iniciador de la Revolución, Francisco I. Madero, fue un parteaguas en la vida de Reyes: su padre, líder del ‘golpe’ contrarrevolucionario, murió en el asalto al Palacio Nacional;<sup>9</sup> su hermano mayor, Rodolfo, sería ministro del gobierno usurpador.<sup>10</sup>

Adolorido por su inútil orfandad y abochornado por la postura política de su hermano, en 1913 Reyes aceptó un humilde puesto diplomático, segundo secretario de la legación en Francia, más para salir del país que por colaborar con el gobierno ilegítimo de Victo-

<sup>6</sup> Alfonso Reyes disertó acerca de “Los poemas rústicos de Manuel José Othón” en las célebres conferencias del Centenario.

<sup>7</sup> Pasado el tiempo, José Vasconcelos sería el creador de la Secretaría de Educación Pública, Alfonso Reyes fundaría y dirigiría El Colegio de México, Martín Luis Guzmán sería el creador de la Comisión de Libros de Texto Gratuitos y Antonio Caso llegó a ser rector de la Universidad Nacional. Salvo Guzmán, los otros tres participarían de la creación de El Colegio Nacional.

<sup>8</sup> Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México—Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

<sup>9</sup> La dolida versión del hijo escritor, *Oración del 9 de febrero*, redactada en 1930 pero conservada inédita durante su vida, en *OC*, xxiv, pp. 23-39.

<sup>10</sup> Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas*, 2 vols., Madrid, Biblioteca Nueva, 1929-1930.



riano Huerta. De cualquier modo, su estancia en París no fue prolongada. Al triunfar los revolucionarios fue inmediatamente cesado y el estallido de la Primera Guerra Mundial lo obligó a huir de Francia:<sup>11</sup> los cañoneos y el desempleo no permitían que París fuera una fiesta. Así, en la segunda mitad de 1914 buscó refugio en la neutral España, pero para sobrevivir tuvo que convertirse en un “galeote literario”: tradujo libros, editó algunos ‘clásicos’, escribió para la prensa y colaboró con el equipo de don Ramón Menéndez Pidal en la elaboración de notas eruditas para la *Revista de Filología Española*.<sup>12</sup>

Un cambio gubernamental en México le permitió, a mediados de 1920, dejar su condición de exiliado y recuperar su puesto diplomático.<sup>13</sup> Permaneció en Madrid hasta 1924 y luego trabajó en la legación de México en París, hasta 1927.<sup>14</sup>

Fue entonces cuando Reyes, quien tenía el rango de ministro, fue designado para encabezar la misión diplomática en Buenos Aires. Su nombramiento no estuvo exento de peculiaridades: a última hora el gobierno de México decidió elevar a embajada su representación en Argentina. Así, durante su travesía por el océano Atlántico Reyes pasó de ministro a embajador.<sup>15</sup>

<sup>11</sup> Véase Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México–Gobierno del Estado de Nuevo León, 1990.

<sup>12</sup> Javier Garcíadiego, “Alfonso Reyes y España: exilio, diplomacia y literatura”, en *Reyes, Borges, Gómez de la Serna: rutas trasatlánticas en el Madrid de los años veinte*, Julio Ortega (comp.), México, Grupo Editor Orfila Valentini–Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 2011, pp. 75-96. Véase también Fernando Curiel, *Cartas madrileñas. Homenaje a Alfonso Reyes*, Madrid, Asociación Cultural de Amistad Hispano-Mexicana, 1989, p. 13.

<sup>13</sup> Javier Garcíadiego, “Alfonso Reyes. Cosmopolitismo diplomático y universalismo literario”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998, pp. 190-223.

<sup>14</sup> Véase Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, citado en la nota 11.

<sup>15</sup> Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Fondo de Concentración, expediente 25-6-70, vol. 1, ff. 321, 327, 330, 337, 345-



Autor ya de varios títulos y con cerca de cuarenta años a cuestas, Alfonso Reyes fue recibido en Argentina con su doble carácter: como representante diplomático y como “embajador de los intelectuales mexicanos”.<sup>16</sup> De hecho, enviar como representante diplomático a un escritor tenía antecedentes, pues ya habían estado en Buenos Aires con ese carácter Amado Nervo, Luis G. Urbina y Enrique González Martínez.<sup>17</sup> Sin embargo, esta continuidad expresaba una triste realidad: eran reducidas las relaciones comerciales entre ambos países, y escaso el interés político.

¿Cuál fue la naturaleza de la misión diplomática de Alfonso Reyes? ¿Actuó más como escritor? ¿Pudo lograr también “resultados prácticos, intensificando el intercambio comercial”, el que según Reyes ofrecía “excelentes perspectivas” y “ventajosísimas condiciones”?<sup>18</sup> Hacer “obra práctica” no iba a ser fácil. Recuérdese que a su llegada declaró que lo que mejor conocía de Argentina era a sus escritores, comenzando por Leopoldo Lugones, a quien lo unía una

346, 375, 385-387, 390, 397, 402 y 404; vol. II, f. 31 (en adelante AHSRE, FC). El propio Reyes matiza la sorpresa al asegurar que se enteró de los cambios desde antes de embarcar, todavía en Nueva York, y que por telegrama enviado al barco en el que viajaba supo que el gobierno argentino le otorgaba el *agreement* de embajador; más aún, en su escala en Río de Janeiro recibió instrucciones de esperar en Buenos Aires las nuevas credenciales. Véanse las ‘entradas’ de su *Diario* de los días 10, 18 y 26 de junio de 1927, en Alfonso Reyes, *Diario II, 1927-1930*, Adolfo Castañón (ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 21-25 (en adelante AR, *Diario II*).

<sup>16</sup> La dualidad la subrayó la revista local *Babel*. El periódico *La Nación* también dijo que Reyes era “un diplomático eminente” y un “hombre de letras notable”. Véase María Cecilia Zuleta, “Alfonso Reyes y las relaciones México-Argentina: proyectos y realidades, 1926-1936”, *Historia Mexicana*, 180, abril-junio de 1996, p. 878.

<sup>17</sup> Véase Pablo Yankelevich, *Miradas australes: propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución mexicana en Río de la Plata, 1910-1930*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana–Secretaría de Relaciones Exteriores, 1997.

<sup>18</sup> Véase su discurso en la entrega de sus ‘cartas credenciales’, en AHSRE, FC, exp. 25-6-70, vol. II, ff. 167-169.



amistad “particularmente grata” desde los años en los que habían coincidido en París.<sup>19</sup>

Las dificultades que Reyes iba a encontrar no se limitaron a su novatez como embajador: para comenzar, la sede era inadecuada y el equipo de colaboradores acababa de padecer una prolongada acefalia, lo que generó conflictos entre ellos y la posposición de toda decisión hasta que llegara el representante definitivo; por ello eran más las inercias que las actividades. Lo peor fueron los problemas políticos internos en México y el desinterés de Argentina por incrementar sus relaciones políticas y sus tratos comerciales con México. El presidente Plutarco Elías Calles y el canciller Aarón Sáenz, también notable empresario, instaron a Reyes para que promoviera la creación de una línea de navegación directa entre México y el estuario del Río de la Plata.<sup>20</sup> El objetivo era librarse del monopolio estadounidense sobre el tráfico humano y mercantil, pues en ambos casos tenía que pasarse por Nueva York.<sup>21</sup> Argentina exportaría carne, cereales y huevo; y México vendería petróleo y henequén.

Además de intensificar el comercio entre los dos países, el gobierno mexicano buscó acrecentar sus relaciones políticas con Sudamérica, para lo que era prioritario mejorar las que tenía con Argentina. Sin embargo, el aumento de los flujos comerciales fue apenas perceptible, pues el intercambio mexicano estaba orientado hacia Estados Unidos y el de Argentina, hacia Inglaterra. En lo diplomático, los avances no fueron mayores. Todo parece indicar que el país austral no tenía mayor interés en fortalecer sus relaciones con México: designó embajador a Juan Lagos Mármol hasta mayo de 1928, casi un año después de que Reyes llegara a Buenos Aires. Para

<sup>19</sup> AHSRE, FC, exp. 25-6-70, vol. II, f. 59. Véase Ángel J. Battistessa, “Leopoldo Lugones y Alfonso Reyes. Documentos para la historia de una amistad”, *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, 155-156, enero-junio de 1975, pp. 9-37.

<sup>20</sup> Véase María Cecilia Zuleta, “Alfonso Reyes y las relaciones México-Argentina...”, pp. 867-905.

<sup>21</sup> También se dio el caso de que se vendiera garbanzo mexicano en Argentina a través de España.



colmo, Lagos Mármol sólo permaneció en México unos meses, pues regresó a Argentina a principios de 1929, ausencia que no fue remediada con un sustituto. Es más, acaso el traslado de Reyes a Brasil, en marzo de 1930, pueda ser visto como respuesta a la “prolongada ausencia del representante diplomático argentino”.<sup>22</sup>

Obviamente, la actitud de Argentina tenía dos razones atenuantes: privilegiaba sus relaciones con las potencias europeas, con Estados Unidos y con sus vecinos sudamericanos; además, los problemas político-militares que se sufrían en México por la guerra cristera<sup>23</sup> que asolaba a buena parte de su región occidental lo convertían en un país incómodo, sobre todo para una nación católica como Argentina,<sup>24</sup> lo que se reflejaba en las críticas a México de varios periódicos locales.<sup>25</sup> Los problemas por la guerra cristera se prolongaron a casi todo lo largo de la gestión de Reyes, pues el conflicto finalizó a mediados de 1929. Hubo momentos especialmente álgidos, en los que se alcanzaron “temperaturas de odio”. En efecto, a mediados de 1928 fueron notables las actividades de la Asociación Católica de la Juventud Ar-

<sup>22</sup> Carta de Genaro Estrada a Alfonso Reyes, 22 de mayo de 1928; cartas de Reyes a Estrada, 24 de diciembre de 1928 y 3 de marzo de 1930, en *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, 3 vols., Serge I. Zaitzeff (ed.), México, El Colegio Nacional, 1992-1993, II, pp. 130, 174 y 272 (en adelante *Correspondencia AR-GE*). Además de amigo de Reyes, el también escritor Estrada era subsecretario de Relaciones Exteriores.

<sup>23</sup> Consúltese la obra de Jean Meyer, *La cristiada*, 3 vols., México, Siglo Veintiuno Editores, 1973-1974.

<sup>24</sup> El carácter católico de Argentina provenía de la colonización española inicial y de la reciente inmigración española e italiana.

<sup>25</sup> Reyes se quejaba de que el gobierno mexicano era criticado “sistemáticamente”. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada [agosto o septiembre de 1927], en *Correspondencia AR-GE*, II, p. 54. Por otro lado, había periódicos que simpatizaban con la actitud secularizadora del gobierno y que rechazaban a los guerrilleros católicos. El principal ejemplo podría ser el periódico *Crítica*, de Natalio Botana. Véase también Miranda Lida, “La cuestión mexicana en el catolicismo argentino de la década de 1920”, en *Las naciones frente al conflicto religioso en México (1926-1929)*, Jean Meyer (comp.), México, Tusquets—Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2010, pp. 247-263.



gentina.<sup>26</sup> Si bien Reyes solicitó la intervención del canciller Ángel Gallardo, éste le contestó que “sería contraproducente que [...] tratara de hacer la menor presión”, pues además de que no eran actos ilegales, agravaría el problema al “malquistar” a sus críticos. En todo caso, para no enemistarse con el representante mexicano, Gallardo ofreció plantear el caso, a título personal, ante el arzobispo y el vicario. Como quiera que fuese, Reyes estaba convencido de que el gobierno argentino no había apoyado como debía a su par mexicano.<sup>27</sup>

Para desgracia de Reyes, la guerra cristera no fue el único conflicto que lo obligó a realizar diligentes esfuerzos apologeticos en la prensa local. Las cuestiones relativas a la sucesión presidencial de 1928 fueron especialmente contraproducentes para la imagen internacional de México: primero fueron muertos por balas gubernamentales los candidatos opositores Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez, ambos generales del ejército mexicano; luego sería asesinado por un fanático religioso el principal caudillo militar de la Revolución mexicana, el general Álvaro Obregón, dos semanas después de haber ganado las elecciones.<sup>28</sup> Para no dar más publicidad “al trágico suceso”, Reyes decidió no hacer declaración alguna, ni oficial ni a título personal. Su sentimiento era de dolor por partida doble: por su lado diplomático, estaba desconcertado y avergonzado por “la confusión de las cosas del país”; por el aspecto personal, quedó íntimamente apesadumbrado, pues el magnicidio le reavivó tristísimos recuerdos paternos que lastimaron su corazón, “lleno de cuarteaduras”.<sup>29</sup>

<sup>26</sup> Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 15 de noviembre de 1928, en *Correspondencia AR-GE*, II, p. 165.

<sup>27</sup> Aunque Reyes estaba convencido de que el gobierno argentino actuaba con indiferencia, él sólo se quejó verbalmente, “con el fin de que no quede constancia alguna de mis reclamaciones”. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 1 de junio de 1928, en *ibid.*, pp. 137-138; véase también Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, [agosto o septiembre de 1927], en *ibid.*, p. 54.

<sup>28</sup> John W. Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la revolución: 1919-1936*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

<sup>29</sup> Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 4 de agosto de 1928, en



Para contrarrestar semejante desprestigio, Reyes se dedicó a difundir los logros del proceso posrevolucionario mexicano, especialmente en los ámbitos de la educación y la cultura; también presumió de la “resurrección” de la agricultura nacional; sobre todo, anunció que pronto habría cambios promisorios en la esfera política,<sup>30</sup> con la creación de un partido que agrupara a los veteranos de la Revolución, para que éstos dejaran de aniquilarse entre ellos en cada proceso electoral.

Cualquier indicio de optimismo tuvo que ser matizado, pues en marzo de 1929 estalló una nueva rebelión, por parte de varios militares norteros contrarios a la creación de dicho partido, pues intuían que toda institucionalización de las contiendas políticas era contraria a los intereses del sector castrense. Consecuentemente, Reyes tuvo que volver a sus labores defensivas, al “combate de rectificación a la prensa”.<sup>31</sup> Sus tribulaciones no terminaron con el sometimiento de los militares levantiscos. Pronto comenzó una nueva contienda electoral, que tuvo como adversarios al ingeniero Pascual Ortiz Rubio, candidato gubernamental, y a José Vasconcelos, su viejo amigo ateneísta. El dilema de Reyes fue mayúsculo: por un lado estaba su carácter de funcionario gubernamental; por el otro, su deuda moral con Vasconcelos, a quien en buena medida debía su regreso a la vida diplomática. Su postura, por lo menos ambigua, provocó daños irreparables en su amistad con Vasconcelos, aunque mejoró la percepción que de él se tenía en la cancillería mexicana.<sup>32</sup>

*Correspondencia AR-GE*, II, p. 149. Véase también AR, *Diario II*, 17 de julio de 1928, p. 56.

<sup>30</sup> Cfr. AHSRE, FC, exp. 25-6-70, vol. III, f. 29. También consúltese AR, *Diario II*, 12 de diciembre de 1928, p. 80.

<sup>31</sup> Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 4 de abril de 1929, en *Correspondencia AR-GE*, II, pp. 199-200, y AR, *Diario II*, 3, 6 y 15 de marzo de 1929, pp. 109-110 y 114. Según Reyes, “casi toda la prensa manifestaba un vago y subrepticio deseo de ver triunfar ese incalificable pronunciamiento”.

<sup>32</sup> Véanse *La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes, 1916-1959*, Claude Fell (comp. y notas), México, El Colegio Nacional, 1995 (en adelante *Correspondencia JV-AR*), y mi texto “El apolíneo



Todos estos problemas explican que Reyes se haya sentido hastiado de las labores diplomáticas. Comenzó a resultarle insoportable “el hormigueo y zumbido de los estúpidos conflictos protocolares”, y el ambiente de las oficinas públicas empezó a parecerle idiotizante y “pestilente”.<sup>33</sup> Para su desgracia, no tenía alternativas: mantenerse como intelectual en el extranjero suponía volver a los esfuerzos y estrecheces de sus primeros años madrileños; volver a México no estaba en sus planes: tampoco ahí podría sobrevivir como escritor y carecía de la vocación para dedicarse a la abogacía. Sobre todo, en su país muchos políticos todavía lo seguían viendo como miembro de una familia contraria a la Revolución, por lo que no deseaba volver hasta que imperara el olvido y llegaran los tiempos de la reconciliación.<sup>34</sup>

En cambio, la diplomacia apenas le exigía tener una vida política periférica, con definiciones intermitentes. Además, en Argentina había alcanzado por primera vez el rango de embajador, comenzaba a tener la experiencia necesaria para solventar los problemas internacionales y sus modales —hoy legendarios— eran adecuadísimos para ese oficio. Sobre todo, la diplomacia era una labor que le permitía dedicarse, aunque fuese parcialmente, a la vida literaria. Lo que buscaba era que en México apreciaran “sus esfuerzos y logros” y dejaran de considerarlo un hombre ajeno al mundo terrenal, incapaz para la política. Buscando contrarrestar dicha percepción, Reyes alegó ser “un hombre muy serio”. Así, su sonrisa permanente era “para no dejarme habitar por malas pasiones, y por eso creen que soy un pajarito que canta en un techo”. No tenía dudas: “además de hacer versos” podía “trabajar como cualquiera”.<sup>35</sup>

---

Alfonso Reyes y el dionisiaco José Vasconcelos: encuentros y desencuentros”, en este mismo volumen, pp. 159-193.

<sup>33</sup> AR, *Diario II*, 19 de octubre de 1928, p. 63, y carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 13 de diciembre de 1929, en *Correspondencia AR-GE*, II, p. 252.

<sup>34</sup> Cfr. Carta de Alfonso Reyes a José Vasconcelos, 25 mayo 1921, en *Correspondencia JV-AR*, pp. 69-72.

<sup>35</sup> Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 24 de diciembre de 1928, en *Correspondencia AR-GE*, II, pp. 170-174.



Reyes enfrentaba otro problema que no puede ser minimizado: el económico, producto de su intensa actividad social. En efecto, su “afán por devolver a la representación mexicana el prestigio que había perdido” le causó la “ruina” financiera, al ceder parte de sus ahorros al acondicionamiento de la residencia-oficina y destinar parte de su salario a cumplir los muchos compromisos sociales que a diario tenía. No debe pensarse que incurría en el despilfarro; lo que buscaba era simplemente vivir y actuar con “decoro”. Con una metáfora muy apropiada para el entorno, Reyes se quejó de que su presupuesto era “muy estrecho para la anchura de estas pampas”.<sup>36</sup>

El peor daño que le causaban las labores diplomáticas y los compromisos sociales era el tiempo que consumían. Varios proyectos literarios se le quedaron “atrancados”. A pocos meses de su llegada reconoció que no leía ni escribía, sino que estaba dedicado “a lo accesorio”: “día hubo de tres actos a la misma hora, y a todos fui”. Este problema lo padeció a todo lo largo de su estancia en Buenos Aires, pues a finales de 1929 reconoció que por “falta de tiempo” se le morirían “adentro” todos los temas que se le ocurrían, ya fueran en prosa o en verso. Reyes llegó a padecer “una inmensa melancolía”, pues dedicaba la mayor parte de su tiempo a “mil sandeces obligatorias”.<sup>37</sup> En forma conmovedora y alarmante anotó: “vivo sin vivir en mí”.<sup>38</sup>

En realidad, su vida en Argentina debe ser vista como escindida: no era un simple diplomático profesional; más bien era un escritor con vocación universalista y un hombre que disfrutaba la cortesanía

<sup>36</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Genaro Estrada [¿agosto o septiembre? de 1927], 20 de septiembre, 17 de noviembre, 15 de diciembre de 1927, 24 de diciembre de 1928 y 19 de octubre de 1929, en *ibid.*, pp. 54-55, 63-64, 70, 72-73, 91, 170-171 y 242.

<sup>37</sup> Cfr. Cartas de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 17 de noviembre de 1927, y 9 de octubre de 1929, en *ibid.*, pp. 69-70 y 240. Véase también AR, *Diario II*, 12 de septiembre y 17 de diciembre de 1927; 5 de noviembre de 1928 y 30 de noviembre de 1929, pp. 36-37, 38-39, 67-69 y 161.

<sup>38</sup> Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 9 de octubre de 1929, en *Correspondencia AR-GE*, II, p. 240.



cultural y cosmopolita. Por lo mismo, dedicó todo el tiempo que pudo a actividades literarias e intelectuales. De hecho, el simple recuento de éstas resulta agotador: conferencias, lecturas de su obra, publicaciones y asistencia a círculos literarios. Su falta de productividad no debe ser exagerada, pues se dedicó a escribir en los veranos y en las numerosas madrugadas —recuérdese que padecía de crónicos insomnios— en las que “la musa me saca de la cama a puntapiés”. Se sabe que trabajó en una edición del *Polifemo* de Góngora, que inició su *Landrú-opereta* y que escribió muchos versos y algo de prosa: *Los siete sobre Deva* y el *Testimonio de Juan Peña*; sobre todo, dedicó muchos esfuerzos a Mallarmé: releerlo y escribir sobre él resultó una “gratisima compañía”. En cuanto a publicaciones, es de recordarse su *Fuga de Navidad*, “poemita en prosa” ilustrado por Norah Borges.<sup>39</sup>

Fiel a su personalidad y acorde con su concepción de la misión que llevaba, inmediatamente buscó relacionarse con el mayor número de escritores y grupos literarios argentinos. Al margen de éstos, al primero que buscó fue a Pedro Henríquez Ureña, dominicano que había pasado varios años en México, donde había sido su amigo y su guía intelectual.<sup>40</sup> Por lo que se refiere a los mayores es-

<sup>39</sup> AR, *Diario II*, 20 de diciembre de 1928; 3, 4, 6, y 16 de enero, 4 y 5 de febrero, 13 de marzo, 11 de abril, 3 de mayo, 16 de junio y 1 de diciembre de 1929, pp. 81-82, 86-90, 103-104, 112-113, 117-120, 133, 142 y 161. Quien se había ofrecido a imprimir su libro sobre Mallarmé era Francisco Colombo, el editor de Güiraldes, en San Antonio de Areco. Cfr. *ibid.*, 22 y 23 de octubre de 1928, pp. 63-66. *El culto a Mallarmé* interesó a la editorial argentina Proa, pero Reyes prefirió publicarlo en los *Cuadernos del Plata*, con el triste resultado de que no apareció en ninguna de las dos opciones. Véase, *ibid.*, 20 y 29 de noviembre de 1928; 16 de enero, 4 de febrero, 22 de marzo, 16 y 20 de abril de 1929, pp. 72-74, 76, 89-90, 103, 115, 120-122 y 123. De otra parte, se malogró su deseo de publicar la sexta serie de *Simpatías y diferencias*, que sería continuación de los cinco primeros tomos, productos de su periodo español, y cuyo título iba a elegir entre *Estrella del Sur* o *Fronteras*.

<sup>40</sup> Para su estancia en México véase Alfredo Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989. Para



critores argentinos, no pudo tener contacto con Ricardo Güiraldes, quien murió en París poco después de que Reyes llegara a Argentina, ni con José Ingenieros, fallecido en 1925.<sup>41</sup> Lugones, con quien decía tener una “grata” amistad, ya estaba alejado del ambiente literario. En cambio, pronto entró en contacto con Paul Groussac, con Ricardo Rojas, rector de la Universidad de Buenos Aires, y con Ricardo Molinari, “muchacho lleno de vocación”; asimismo, al poco tiempo se entendió con los jóvenes que editaban la revista *Martín Fierro*, así como con los que conformaban el grupo *Nosotros*.<sup>42</sup>

Entre los descubrimientos que hizo y las amistades que estableció destacan Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges.<sup>43</sup> La primera le pareció una “diosa colosal” “tentadora y tentacular, tan popular como el presidente de la República, y casi tan poderosa”.<sup>44</sup> De su

su periodo argentino véase *Pedro Henríquez Ureña y la Argentina*, Pedro Luis Barcia (comp.), Santo Domingo, Dirección General de la Feria del Libro, 2006; véase además Sonia Henríquez Ureña de Hlito, *Pedro Henríquez Ureña: apuntes para una biografía*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1993, y Enrique Zuleta Álvarez, *Pedro Henríquez Ureña y su tiempo. Vida de un hispanoamericano universal*, Buenos Aires, Catálogos, 1997. También consúltese Enrique Krauze, *Pedro Henríquez Ureña*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000.

<sup>41</sup> Ingenieros le parecía “un gran estimulador de la juventud hispanoamericana” y un hombre que “adivinó algunos anhelos de las nuevas generaciones”; además, “en fortunas y adversidades, fue un firme amigo de México”. Su obra es un caso “de sagacidad americana. Apenas llegaban a sus manos los instrumentos de la cultura europea, cuando ya se disponía a manejarlos, operando sobre las realidades de nuestros pueblos”. Para Reyes, Ingenieros era “un esfuerzo presuroso para, desde América, igualar el paso con el mundo”. Cfr. *La literatura argentina*, Buenos Aires, x, 1929, en *De viva voz*, OC, VIII, p. 119.

<sup>42</sup> Cfr. AHSRE, FC, exp. 25-6-70, vol. II, ff. 59, 83, 117-118. Véanse también cartas de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 13, 21 de julio, [agosto o septiembre?] de 1927; 9 de octubre de 1929, en *Correspondencia AR-GE*, II, pp. 35-36, 41, 56-57 y 237. AR, *Diario II*, 25 de agosto de 1927, pp. 35-36.

<sup>43</sup> También hizo una honda amistad con la poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou, a la que frecuentó por ser embajador concomitante en su país.

<sup>44</sup> Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 15 de diciembre de 1927, en *Correspondencia AR-GE*, II, pp. 93-94. AR, *Diario II*, 17 de octubre de 1927,



relación con el segundo quedaron numerosos testimonios, sobre todo del memorioso Borges.<sup>45</sup> Lo comenzó a tratar junto con los otros autores-editores de *Libra*, efímera revista con la que tanto se involucró e ilusionó Reyes. Le pareció, desde un principio, “el más inteligente”. La influencia que el mexicano tuvo en el joven Borges no puede minimizarse: los “sanos consejos” que le dio en sus constantes encuentros durante aquellos años ayudaron mucho a Borges, justo cuando “buscaba la salida de un estilo forzado y exageradamente elaborado”.<sup>46</sup>

El concepto de diplomacia literaria de Reyes no podía circunscribirse a su persona. Previsiblemente, intentó convertirse en un intermediario entre los escritores mexicanos y los argentinos. Sin embargo, los resultados fueron peor que desalentadores. Por ejemplo, obtuvo la promesa de que varios argentinos —Borges entre ellos— colaborarían con la revista mexicana *Contemporáneos*, pero fueron pocas las promesas cumplidas. Según Reyes esto se debió a que a los escritores jóvenes argentinos sólo les interesaba ser conocidos en su ciudad, en su país y en Europa. En reciprocidad, intentó que algu-

---

p. 37. La prolongada amistad entre ellos está documentada en *Cartas echadas. Correspondencia: 1927-1959. Alfonso Reyes/Victoria Ocampo*, Héctor Perea (ed.), México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1983 (en adelante *Correspondencia AR-VO*).

<sup>45</sup> Para la relación entre ambos escritores véase Donald A. Yates, “Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: una amistad literaria”, *Boletín de la Capilla Alfonsina*, 33 (enero-diciembre de 1978), pp. 47-55. Véase también James W. Robb, “Borges y Reyes: algunas simpatías y diferencias. Esbozo de una confrontación”, en James W. Robb, *Estudios sobre Alfonso Reyes*, Bogotá, Ediciones El Dorado, 1976, pp. 137-165. Sobre todo, consúltese Coral Aguirre, *Las cartas sobre la mesa. La relación Borges-Reyes*, Monterrey, Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León, 2009, y *Discreta efusión. Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes. Epistolario (1923-1959) y crónica de una amistad*, Carlos García (notas, ordenamiento y bibliografía), México, El Colegio de México—Bonilla Artigas Editores, 2010.

<sup>46</sup> Cfr. *Correspondencia AR-GE*, II, 9 de octubre de 1929, p. 237, y Donald A. Yates, “Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: una amistad literaria”, p. 47.



nos literatos mexicanos colaboraran con las revistas argentinas *Don Segundo Sombra* y *Libra*, proyecto que también obtuvo magros resultados. Descubrió que los escritores argentinos mantenían dos actitudes frente a la literatura mexicana: desinterés o rechazo.<sup>47</sup>

Su mayor esfuerzo de diplomacia literaria fue la creación de una colección titulada *Cuadernos del Plata*, proyecto que surgió a finales de 1928. Sucedió que varios de los escritores jóvenes lo instaron a que dejara una “huella” editorial en Argentina, como lo había hecho en España,<sup>48</sup> iniciando una revista. Reyes rechazó la idea de la publicación periódica, pues le fastidiaba el exceso de nombres y temas; además, como diplomático era inoportuno, ya que estaría obligado “a aceptar cosas malas” por sus muchos “compromisos” y a rechazar colaboraciones buenas “por audaces”. Así, optó por editar una serie de libros pequeños pero “elegantes”, con Evar Méndez como impresor, con escritos breves que uno “no se atreve a publicar aisladamente”, pero que “tampoco quiere mandar al revoltijo de las revistas” o a los libros misceláneos, donde aparecerían “confundidos con otras cosas”.<sup>49</sup>

<sup>47</sup> Nótese que Reyes era invitado a hablar o publicar sobre Góngora, Mallarmé o Valéry, no sobre literatura mexicana. Véanse cartas de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 24 de diciembre de 1928; 21 de enero, 3 de septiembre y 9 de octubre de 1929, en *Correspondencia AR-GE*, II, pp. 171-172, 184-185, 225-226 y 237. Véase también AR, *Diario II*, 17, 21 y 25 de enero de 1929, pp. 90-93 y 95-97. También logró que Juana de Ibarbourou enviara alguna colaboración a *Contemporáneos*. Para analizar quiénes y cuántos colaboraron, véase el útil índice de dicha revista, preparado por Guillermo Sheridan y publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1988.

<sup>48</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Diario II*, 5 de diciembre de 1928, pp. 77-78. En España había dirigido para La Lectura la colección ‘Cuadernos Literarios’ junto con Enrique Díez-Canedo y José Moreno Villa, “con el fin de dar salida a nombres nuevos”; entre otros, Manuel Azaña publicó ahí su primer libro. Asimismo, con Juan Ramón Jiménez, hizo la revista *Índice*, en la que publicaron “los más jóvenes”, como Dámaso Alonso, José Bergamín, García Lorca y Jorge Guillén. Véase también prólogo a “Las Vísperas de España”, en *OC*, II, p. 42.

<sup>49</sup> AR, *Diario II*, 4 y 5 de diciembre de 1928, pp. 77-80.



El principio básico de la colección era que sólo tendrían cabida escritores argentinos y mexicanos.<sup>50</sup> Entre los primeros pensó en Ricardo Güiraldes, Victoria Ocampo, Borges, Oliverio Girondo y Ricardo Molinari; entre los segundos, en Antonio Castro Leal, Genaro Estrada, Julio Torri y él mismo; obviamente, también pensó en Henríquez Ureña. La colección pronto pasó por cambios significativos. Para comenzar, Borges convenció a Reyes de que se acentuara el carácter argentino de los *Cuadernos del Plata*, incorporando a Macedonio Fernández, Estanislao del Campo, Ezequiel Martínez Estrada y Esteban Echeverría, además de una antología de viejas milongas. El dominio argentino de la serie se vio favorecido por la actitud de los mexicanos —Torri, Estrada y Castro Leal—, “inteligentes” pero “poco trabajadores”.<sup>51</sup>

Los tropiezos de la colección, a la que Reyes veía como “un profundo objeto diplomático” en tanto que buscaba concertar “voluntades literarias entre los dos polos de la raza”, dañaron profundamente su ánimo. A los pocos meses se distanció del editor, Evar Méndez, por el deficiente trabajo tipográfico. Le molestó también la parsimonia de sus connacionales y la “politiquilla literaria” de los escritores locales. No sólo suspendió su colaboración con los *Cuadernos del Plata* sino que dejó de colaborar con la revista *Libra*, que significativamente no volvió a aparecer. Para colmo, a principios de 1930 la embajada sufrió un atentado por parte de unos militantes comunistas, quedando Reyes muy dolido por el escaso apoyo oficial y periodístico, y por la poca solidaridad de los diplomáticos e intelectuales locales, muchos de los cuales alardeaban de su amistad.<sup>52</sup>

<sup>50</sup> Sin explicación alguna, Reyes decidió que también tendrían cabida escritores norteamericanos traducidos por escritores mexicanos como Salvador Novo y Bernardo Ortiz de Montellano, así como por el español Enrique Díez-Canedo.

<sup>51</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 21 de enero y 19 de octubre de 1929, en *Correspondencia AR-GE*, II, pp. 184 y 243, y AR, *Diario II*, 27 de enero de 1929, pp. 98-99. Véase también la carta de Genaro Estrada a Alfonso Reyes, 18 de enero de 1929, en *Correspondencia AR-GE*, II, p. 181.

<sup>52</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 21 de enero, 6 de septiem-



Ante tales y tantas desilusiones y quejas, resulta paradójico que Reyes haya protestado tan abiertamente cuando se le anunció su traslado a Brasil a finales de febrero de 1930. Su nuevo destino le pareció “notoriamente alejado de los principales centros de actividad diplomática y literaria”. A pesar de las diferencias que pudo haber tenido con funcionarios, periodistas y escritores argentinos, las despedidas fueron “tumultuosas y conmovedoras”. Durante una comida que le ofreció el grupo de la revista *Nosotros*, se dijo que al abandonar el país dejaba “un cúmulo de recuerdos que han de perpetuar por mucho tiempo en la memoria de su estadía entre nosotros”.<sup>53</sup> Los esfuerzos nemotécnicos no tuvieron que ser arduos, pues, contra las costumbres diplomáticas internacionales, a los seis años Reyes fue enviado de nuevo como embajador a la Argentina.

Desembarcó de regreso a Buenos Aires el 1 de julio de 1936, procedente de Río de Janeiro, siendo presidente Agustín P. Justo.<sup>54</sup> Si su estancia anterior había sido marcada por la guerra críster y por las violentas contiendas electorales mexicanas, en esta ocasión otro conflicto mayúsculo determinaría su desempeño diplomático. En efecto, apenas dos semanas después de su arribo estalló la Guerra Civil espa-

bre, 9, 31 de octubre y 13 de diciembre de 1929, en *Correspondencia AR-GE*, II, pp. 184, 227, 239, 247 y 253. Véase también AR, *Diario II*, 18 de octubre de 1928, 24 de julio de 1929; 8, 12-14 de enero, 1 de febrero de 1930, pp. 62, 145-146, 163-164 y 167-168.

<sup>53</sup> Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 3 de marzo de 1930, en *Correspondencia AR-GE*, II, p. 272. AR, *Diario II*, 6 y 24 de marzo, 2 de abril de 1930, pp. 171-174, 178 y 181. AHSRE, FC, exp. 25-6-70, vol. III, ff. 104 y 117. Para la embajada de Reyes en Brasil véase el tomo tercero de su *Diario*, editado y anotado por Jorge Ruedas de la Serna, publicado por el Fondo de Cultura Económica en 2011. Consúltense también Fred P. Ellison, *Alfonso Reyes y el Brasil (un mexicano entre los cariocas)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000, y Alberto Enríquez Perea, *Alfonso Reyes en los albores del Estado nuevo brasileño (1930-1936)*, México, El Colegio Nacional, 2009.

<sup>54</sup> Reyes había tenido un trato personal con Justo desde que fuera ministro de Guerra de Marcelo T. de Alvear, presidente durante la primera mitad de su embajada previa en Argentina.



ñola, sobre la que el presidente Lázaro Cárdenas asumió una postura diametralmente opuesta a la que tomaría el gobierno argentino. Por lo mismo, el tema de España generó varias desavenencias entre los dos países. Si bien es cierto que la postura mexicana fue aplaudida por diversas agrupaciones políticas locales, así como por numerosos ciudadanos españoles que radicaban en Argentina, las divergentes posturas gubernamentales generaron rispideces constantes.<sup>55</sup>

Mencionemos dichos problemas: los rumores propalados por la propia cancillería argentina, en septiembre de 1936, de una supuesta derrota del gobierno de Azaña; la reproducción en el periódico *Crisol* de una nota en la que se acusaba a la representación mexicana en Paraguay de ser un centro de propaganda comunista;<sup>56</sup> el rechazo mexicano a las presiones de varios países latinoamericanos contra el gobierno de Azaña, con la supervisión y la iniciativa argentina, alegándose que en Madrid no se estaba respetando el derecho de asilo,<sup>57</sup> y la postura de México en la III Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, que tuvo lugar en Buenos Aires en diciembre de 1936, en la que Reyes antagonizó con el canciller Carlos Saavedra Lamas.<sup>58</sup>

En su defensa del gobierno republicano español Reyes no se limitó a acatar las instrucciones del gobierno de Cárdenas. El suyo fue un

<sup>55</sup> Consúltase la rica antología documental titulada *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires 1936-1937*, Alberto Enríquez Perea (comp., introd. y notas), México, El Colegio de México–Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998. Véase también la antología hemerográfica *Alfonso Reyes en Argentina*, Eduardo Robledo Rincón (coord.), Buenos Aires, Eudeba, 1998.

<sup>56</sup> Para agravar la situación, el diplomático mexicano acusado de propalar ideas comunistas y de intervenir en la política interna paraguaya era su sobrino Bernardo, el hijo mayor de su hermano Rodolfo.

<sup>57</sup> Se referían a unos españoles contrarios al gobierno republicano que buscaron asilo en la embajada argentina en Madrid, al inicio del conflicto, cuando la capital todavía estaba bajo control republicano. El objetivo diplomático de Reyes era apoyar al gobierno español pero sin distanciarse de los países latinoamericanos.

<sup>58</sup> Cfr. *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires...*, pp. 125-130 y 135-150.



apoyo motivado por razones ideológicas y personales, pues implicaba el respaldo a un gobierno en el que estaban comprometidos muchos amigos cercanos de sus años madrileños, como el mismo Azaña y el embajador español ante Argentina, el poeta y crítico literario Enrique Díez-Canedo.<sup>59</sup> De hecho, desde México se le recomendó que actuara con cautela, a pesar de lo cual Reyes fue un activo defensor del gobierno de Azaña. En efecto, apoyó siempre al embajador español Díez-Canedo y llegó a escribir artículos periodísticos con seudónimo en favor de la causa republicana.<sup>60</sup> Otro ejemplo: su protagónica participación en un acto conmemorativo por el sexto aniversario de la Segunda República en España, que tuvo lugar en el Luna Park, con una asistencia de 50 mil personas y el que se prolongó por cinco horas a pesar del tiempo “borrascoso”. Según Reyes, “delirantes aclamaciones México [...] obligáronme improvisar discursos”. Él mismo aceptó que la guerra en España embargó su espíritu.<sup>61</sup> Asimismo, su alianza con los argentinos afines a esta causa fue abierta y constante. Por ejemplo, algunos profesores de la Universidad de Córdoba organizaron un homenaje al poeta Federico García Lorca al confirmarse la noticia de su asesinato, lo que originó la pérdida de sus cátedras, medida que llevó a Aníbal Ponce a solicitar asilo en México.<sup>62</sup> Reyes lo gestionó inmediatamente, haciendo una descripción muy positiva de los beneficios que Ponce podría aportar al país.<sup>63</sup>

<sup>59</sup> Enrique Díez-Canedo/Alfonso Reyes, *Correspondencia (1915-1943)*, Aurora Díez-Canedo (ed. y estudio introductorio), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011 (en adelante *Correspondencia EDC-AR*). Díez-Canedo llegó a Buenos Aires poco antes que Reyes, pero le fue encomendada otra función a principios de 1937.

<sup>60</sup> Véase la introducción de Alberto Enríquez Perea al texto *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires...*, p. 92.

<sup>61</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 5, 7 de noviembre de 1936 y 15 de abril de 1937.

<sup>62</sup> Ponce era víctima de la Ley de Represión contra el Comunismo, del senador Matías Sánchez Orondo, presidente de la Comisión de Cultura.

<sup>63</sup> Cfr. *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires...*, pp. 151-153, 160-162 y 164-166. Luego otros universitarios organizaron un acto de



Tan pronto recibió la solicitud de ayuda Reyes comenzó a hacer persuasivas diligencias ante el gobierno mexicano. Para comenzar, elaboró un elocuente retrato de Ponce, como “autorizado catedrático especialista en psicología”, como uno de los cuatro directores de El Colegio Libre de Estudios Superiores y hombre formado con José Ingenieros. Si bien Reyes no ocultó las filiaciones ideológicas y políticas de Ponce, abiertamente marxistas, atinadamente propuso que el caso no fuera considerado sólo por la Secretaría de Gobernación, sino que también lo analizara la Universidad Nacional “y demás centros o institutos que pudieran ofrecer un empleo al joven sabio perseguido”. Su alegato de Reyes fue contundente: “el giro que toman las cosas en el mundo hace que se piense en México como en un refugio natural de los intelectuales avanzados perseguidos en Sudamérica y en España”.<sup>64</sup> Para Reyes no había duda: “México estaba preparado para responder a la honrosa confianza que en él depositan tan eminentes personalidades, dignas de amparo y estímulo”.<sup>65</sup>

La brevedad de su segunda embajada en Argentina y su entrega a la causa española explican lo reducido de su producción literaria. De cualquier modo, aunque con menos asiduidad que en su primera estancia, Reyes frecuentó a sus amigos escritores, especialmente a Henríquez Ureña, Ramón Gómez de la Serna —recién desembarcado—,<sup>66</sup>

---

adhesión al gobierno de México. La represalia fue también la destitución del organizador, el doctor Gregorio Bermann, catedrático de medicina legal y psiquiatría. En dicho acto intervino el entonces joven Sergio Bagú.

<sup>64</sup> Véase *ibid.*, pp. 164 y 166. Vista a la distancia, es indiscutible que la propuesta de Reyes de proteger a Aníbal Ponce puede servir de antecedente de la política de asilo que luego favoreció a los intelectuales españoles. Véase Javier Garcíadiego, *Alfonso Reyes y La Casa de España*, México, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2009.

<sup>65</sup> Cfr. *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires...*, p. 166.

<sup>66</sup> Gómez de la Serna, “el escritor español”, a quien Reyes conocía desde sus años madrileños —en la ‘tertulia del Pombo’— llegó a finales de septiembre de 1936 a la Argentina, donde permanecería hasta su muerte en 1963. Cfr. *ibid.*, pp. 131-132.



Borges, al cuñado de éste, Guillermo de Torre<sup>67</sup> y a Victoria Ocampo; asimismo, restableció su amistad con el grupo de *Nosotros*, en particular con Roberto F. Giusti.<sup>68</sup> Sin embargo, el clima no era propicio para las relaciones literarias, pues el ámbito de los escritores se llenó de tensiones durante ese tiempo debido a la polarización de las actitudes ante el conflicto español: hubo muchos partidarios del bando republicano; hubo otros, igualmente numerosos, partidarios de los militares alzados. Mientras que expresaron su “viva simpatía por la causa de la República” y su indignación por la muerte de García Lorca —“salvajemente ultimado”— escritores e intelectuales como Enrique Amorim, Borges, Roberto F. Giusti, Alberto Gerchunoff, Henríquez Ureña, Alejandro Korn, Ricardo Molinari, Victoria Ocampo, María Rosa Oliver, Aníbal Ponce, Luis Reissig, Francisco Romero y Alfonsina Storni, entre otros, hubo quienes desde un principio expresaron su apoyo al bando franquista, como Manuel Gálvez, Juan Pablo Echagüe y Carlos Ibarguren, presidente del Pen Club argentino.<sup>69</sup>

La producción literaria de Reyes no sólo fue escueta. También se caracterizó por su claro contenido político. Al respecto destaca su

<sup>67</sup> Guillermo de Torre había nacido en España y se había casado con Nora Borges. Su correspondencia con Alfonso Reyes se encuentra publicada en *Las letras y la amistad. Correspondencia (1920-1958)*, Carlos García (ed.), Valencia, Pre-Textos, 2005.

<sup>68</sup> También fue muy amigo de Alfredo A. Bianchi. Al respecto véanse los *20 epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes*, Serge I. Zaïtzeff (comp.), México, El Colegio Nacional, 2008, y *Más epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes*, México, Serge I. Zaïtzeff (ed.), México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009. Para la correspondencia de Reyes con Roberto F. Giusti, véase *Una amistad porteña. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Roberto Giusti*, Serge I. Zaïtzeff (comp.), México, El Colegio Nacional, 2000.

<sup>69</sup> Véase el apartado ‘Argentina junto a España’ de la antología hecha por Enríquez Perea, *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires...*, pp. 289-290. Reyes polemizó con Ibarguren durante el XIV Congreso de la Federación Internacional de Pen Clubs, que tuvo lugar en Buenos Aires en 1936. Cfr. *ibid.*, pp. 55-62.



*Cantata en la tumba de Federico García Lorca*, la que escribió “como brota un quejido” y cuya lectura pública y puesta en escena dio lugar a una plena demostración de afecto para los gobiernos de Azaña y de Cárdenas. Según Reyes, hubo “verdaderas tempestades de clamores”. Obligado a agradecer las ovaciones desde su palco, “en la emoción —anota— se me fue la lengua”, aunque pudo evocar a García Lorca como “sombra que nos inspira para seguir combatiendo contra el mal”.<sup>70</sup>

Asimismo, días antes de regresar a México apareció en las Ediciones Sur, de Victoria Ocampo, su libro *Las vísperas de España*, que incluía materiales escritos durante sus años madrileños de 1914 a 1924<sup>71</sup> y que tenía como objetivo apoyar a sus viejos amigos españoles, pues “ninguno de sus actuales dolores puede serme ajeno”. Según Reyes, “la suerte” le había deparado el honor “de encarnar para la España nueva, la primera amistad del México nuevo”.<sup>72</sup> La ceremonia en la que se presentó el libro, y que sirvió como despedida de Reyes, resultó ser también un reconocimiento a la política internacional de México. No fue un acto literario sino uno auténticamente político: un banquete “de cerca de tres mil cubiertos”, presidido por los representantes diplomáticos de España y al que asistieron diputados y concejales argentinos, miembros de los centros republicanos españoles, “personalidades de connotada actividad democrática”, periodistas y “representantes de las letras”.<sup>73</sup>

<sup>70</sup> Fue declamada en junio en el Teatro Corrientes por Moni Hermelo, y el 23 de diciembre fue ‘puesta’ en el Teatro Swart por la compañía de la actriz española Margarita Xirgu, luego de la escenificación de *Bodas de Sangre*. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 6, 24 de diciembre de 1937. Véase también “*Cantata en la tumba de Federico García Lorca*”, en *OC*, x, p. 164.

<sup>71</sup> Incluía los “Cartones de Madrid”, “En ventanillo de Toledo”, las “Horas de Burgos”, “La saeta”, “Fuga de navidad”, “Fronteras”, “De servicio en Burdeos” y “Huelga”. Luego se reprodujo en *OC*, II, pp. 36-268.

<sup>72</sup> Cfr. “Prólogo” a *Las vísperas de España*, fechada el 14 de abril de 1937, sexto aniversario de la inauguración de la Segunda República, en *ibid.*, II, p. 43.

<sup>73</sup> El propio informe de Reyes, en *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires...*, pp. 210-211.



Según Reyes, las ovaciones fueron “atronadoras” y hasta tuvo “que firmar menús, que se vendían a un peso para las víctimas de la guerra”.<sup>74</sup> Obviamente, durante su segundo periodo en Argentina Reyes hizo enormes esfuerzos para perseverar en su obra de creación literaria, al grado de alquilar una “casita diminuta, con naranjos”, rumbo a San Isidro, donde se refugiaba los fines de semana para “escribir un poco”.<sup>75</sup> Asimismo, siguió disponiendo de páginas ya escritas para mantener su presencia bibliográfica: en 1936 apareció en México un nuevo poemario suyo titulado *Otra voz*; en 1937 apareció su libro *Tránsito de Amado Nervo* y reimprimió en Buenos Aires su *Discurso por Virgilio*, y a finales de 1938 concluyó la ordenación de los materiales que conformarían el libro *Aquellos días*, que entregó a la editorial chilena Ercilla.<sup>76</sup> Sobre todo, antes de su partida pudo finalmente concluir su *Mallarmé entre nosotros*, el que dejó al cuidado de Jorge Luis Borges y que fue publicado por la Editorial Destiempo, propiedad de Adolfo Bioy Casares, pocos meses después de su partida.<sup>77</sup>

A finales de noviembre de 1937, el gobierno mexicano decidió cerrar por un tiempo su embajada en Argentina, alegando razones económicas.<sup>78</sup> Tal vez había otras causas: acaso diferencias ideológicas irreconciliables, entre los dos países o hasta una censura al propio Reyes, a quien se acusaba de haber tenido un desempeño conflictivo, protagonista y dispendioso. Difícilmente éste podía

<sup>74</sup> Véase AR, *Diario*, cuaderno 6, 27 de diciembre de 1937.

<sup>75</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Enrique Díez-Canedo, 28 de julio y 30 de octubre de 1937, en *Correspondencia EDC-AR*, pp. 168 y 173.

<sup>76</sup> *Otra voz* fue editada por Fábula, propiedad del escritor tlaxcalteca Miguel Lira, y el *Discurso por Virgilio* reapareció en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, pp. 5-35. Véase AR, *Diario*, cuaderno 6, 17 de diciembre de 1937.

<sup>77</sup> Carta de Alfonso Reyes a Jorge Luis Borges, 8 de marzo de 1938, en *Discreta efusión. Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes...*, pp. 279-280. *Mallarmé entre nosotros* fue hecho en la imprenta de Francisco Colombo. Véase también AR, *Diario*, cuaderno 6, 2 de febrero y 16 de diciembre de 1937.

<sup>78</sup> AHSRE, FC, exp. 25-6-70, vol. IV, ff. 77, 79 y 97.



argüir haber tenido un desempeño diplomático exitoso: su abierta actitud en favor del gobierno republicano español pareció más una posición personal que una simple defensa de la política exterior mexicana. Sus roces con la cancillería argentina fueron constantes. Ni siquiera sus labores de diplomacia cultural resultaron exitosas, pues no pudo crear el Instituto Cultural Argentino-Mexicano, para el que creía contar “con la adhesión de unas veinte personalidades [...] de primer orden”.<sup>79</sup> Con su fino sentido del humor, Reyes se exculpó achacando los desaciertos a las condiciones de quienes trabajaban en la embajada mexicana. Según él, el representante obrero sólo se dedicaba “a las masas”; otro colaborador, reconocido glotón, se dedicaba “a las mesas”; uno muy conservador, “a las misas”; el agregado militar, “a las mozas”, y él, el embajador, “a las musas”.<sup>80</sup>

Al quedar disponible Reyes estuvo tentado a dar por terminada su carrera diplomática, para lo que llegó a considerar como posibilidades laborales a dos empresas editoriales argentinas, Sur y Losada, en las que podría coordinar una colección de ‘clásicos’ americanos y hacer labores de asesoramiento. Si bien eran tentadoras ambas alternativas, estaban basadas en ofertas vagas y poco viables,<sup>81</sup> por lo que decidió regresar a México, lo que hizo el 1 de enero de 1938. Meses después comenzó a dirigir La Casa de España, institución que luego se convertiría en El Colegio de México.

<sup>79</sup> Cfr. *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires...*, p. 113.

<sup>80</sup> Otra interpretación posible es que el supuesto colaborador glotón fuera, al contrario, un practicante asiduo del deporte, dedicado enteramente a las mesas... de tenis. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 12 de abril de 1928, en *Correspondencia AR-GE*, p. 116.

<sup>81</sup> Véanse las cartas intercambiadas entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, de 1, 10 y 14 de septiembre; 6, 20 y 21 de octubre de 1938 y 21 de febrero de 1939, en *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Epistolario íntimo, 1906-1946*, 3 vols., Juan Jacobo de Lara (comp.), Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1981-1983, III, pp. 445-455 y 459-461. Véase también carta de Alfonso Reyes a Victoria Ocampo, 15 de agosto de 1938, en *Correspondencia AR-VO*, pp. 60-61.



Su partida fue fiel reflejo de las vicisitudes de su gestión: no se presentó autoridad alguna a despedirlo, “ni del Protocolo”. En cambio, hubo “aclamaciones y aplausos” del público y “tristeza” entre los amigos. Reyes reconoció haberse ido “destrozado de emoción” pero con la “impresión profunda de cómo Buenos Aires responde bien”.<sup>82</sup> Alfonso Reyes nunca volvió a Argentina, pero conservó hasta su muerte numerosas amistades sincerísimas, como las de Victoria Ocampo,<sup>83</sup> Roberto F. Giusti,<sup>84</sup> Enrique Anderson Imbert,<sup>85</sup> Arturo Capdevila, Eduardo Mallea, Ricardo E. Molinari, María Rosa Oliver y Ricardo Rojas.<sup>86</sup> Sobre todo, mantuvo siempre el reconocimiento de Jorge Luis Borges,<sup>87</sup> quien lo consideraba un hombre “modesto”, un “lector copioso” y un autor que todo lo que publicó “estaba bien escrito”.<sup>88</sup> También apreciaba su “memoria infinita”, en la que “todo lo escuchado o leído” estaba presente, “en una suerte de mágica eternidad”, así como su cosmopolitismo intelectual y su fácil sociabilidad, pues según Borges, Reyes

<sup>82</sup> AR, *Diario*, cuaderno 6, 1 de enero de 1938.

<sup>83</sup> Precisamente, a Victoria Ocampo le dirigió su “primera” carta, el 13 de febrero de 1938, luego de su salida de Buenos Aires, en *Correspondencia AR-VO*, pp. 51-53.

<sup>84</sup> Cfr. *Una amistad porteña. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Roberto Giusti*, citada en la nota 68.

<sup>85</sup> Anderson Imbert publicó una nota sobre *Las vísperas de España*, en el núm. 40 de la revista *Sur*, y luego otra, en el número 62, a los *Capítulos de Literatura española*, y una más, en el número 202, a *Junta de Sombras*.

<sup>86</sup> Véanse los textos citados en la nota 68.

<sup>87</sup> Véase *Discreta efusión. Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes...*, citado en la nota 45; véase también José Emilio Pacheco, “Borges en México” y “Reyes por Borges”, en “Inventario”, *Diorama de la Cultura*, suplemento de *Excelsior*, 9 de diciembre de 1973.

<sup>88</sup> Conversaciones entre Borges y Bioy Casares, de los días 2 de noviembre de 1957, 19 de junio y 20 de agosto de 1968, en Adolfo Bioy Casares, *Borges*, Buenos Aires, Destino, 2006, pp. 387, 1214 y 1227.



Supo bien aquel arte que ninguno  
 Supo del todo, ni Simbad ni Ulises,  
 Que es pasar de un país a otros países  
 Y estar íntegramente en cada uno<sup>89</sup>

Un dato final confirma la honda comunión habida entre Reyes y numerosos escritores argentinos: el 12 de diciembre de 1959 Roberto F. Giusti le anunció que le había sido concedido por unanimidad el premio Alberdi-Sarmiento, instituido por el periódico *La Prensa* para un americano “que haya sostenido los principios de la democracia y servido los altos ideales de la cultura”. Desgraciadamente, Reyes no pudo aceptar dicho reconocimiento, pues le estaba ya prohibido viajar. Peor aún, murió una semana después de haber respondido a Giusti que nada podía halagarlo ni enorgullecerlo más que “el ofrecimiento de un premio que procede de la Argentina que tanto persiste en mis recuerdos y de aquellos a quienes sin duda alguna pongo en la cima de mi estimación literaria e intelectual”.<sup>90</sup>

<sup>89</sup> Jorge Luis Borges, “In memoriam a A. R.”, publicado originalmente en *La Nación* (Buenos Aires), 21 de febrero de 1960, y luego incluido en su libro *El Hacedor*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1960, pp. 81-83; Jorge Luis Borges, “Alfonso Reyes”, *Sur*, marzo-abril de 1960.

<sup>90</sup> El jurado estaba compuesto por Jorge Luis Borges, Arturo Capdevila, Roberto F. Giusti y Francisco Romero. Los anteriores galardonados habían sido Germán Arciniegas, el uruguayo Andrés Mesía Ramírez y Rómulo Gallegos. Véase cartas de Roberto F. Giusti a Alfonso Reyes, 12 de diciembre de 1959, y de Alfonso Reyes a Roberto F. Giusti, 18 de diciembre de 1959, en *Una amistad porteña. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Roberto Giusti*, pp. 87 y 89.



## ALFONSO REYES Y LA CASA DE ESPAÑA\*

*En homenaje a Alejandro Rossi: como Reyes,  
educador por medio de la escritura y la conversación*

## GENEROSIDAD CREATIVA

La historia de La Casa de España fue breve pero intensa. Un muy apretado resumen sostendría que fue una institución académica y cultural que surgió por un acto de generosidad que tenía aspiraciones limitadas y temporales pero que, transformada a poco de nacida, terminó por convertirse en un riguroso centro de docencia e investigación. Más que eso, La Casa de España se convirtió en un hito y un mito, y por lo mismo en una institución legendaria dentro de la historia intelectual de México y España.

A mediados de 1936 estalló la Guerra Civil española, por lo que la educación, la investigación científica y las actividades culturales quedaron amenazadas de que padecerían serios obstáculos para desenvolverse normalmente. A su vez, en México gobernaba el general Lázaro Cárdenas, cuya política exterior se distinguía en tanto progresista y su administración se caracterizaba por los beneficios otorgados

\* Este texto fue publicado en los Cuadernos de la Cátedra Raúl Rangel Frías, de la Universidad Autónoma de Nuevo León, 2009. Antes había aparecido con el título “La Casa en una nuez, o historia mínima de La Casa de España” —título deudor de sendos escritos de sus fundadores, Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas— en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las jornadas celebradas en España y México para conmemorar el septuagésimo aniversario de La Casa de España en México, 1938-2008*, James Valender y Gabriel Rojo (eds.), México, El Colegio de México–Residencia de Estudiantes, 2010, pp. 67-97.



a los obreros, los campesinos y la población indígena.<sup>1</sup> Por lo mismo, para comenzar debe decirse que la creación de La Casa de España fue un mentís a quienes veían en Cárdenas a un político indigenista e hispanófobo, limitado a un horizonte localista. Al contrario, debe aceptarse que Cárdenas era un estadista con una clara visión de los asuntos internacionales. Tampoco era un gobernante ayuno de ideas culturales, y su proyecto para la educación superior mexicana fue congruente con su visión de país, como lo demuestra la creación del Instituto Politécnico Nacional en 1936, con el objetivo de que los jóvenes de escasos recursos económicos cursaran ‘carreras’ tecnológicas,<sup>2</sup> estratégicas en aquellos tiempos en que el país iniciaba su industrialización.

Esta perspectiva sobre el gobierno cardenista permite reconocer que La Casa de España tuvo un doble origen, aparentemente contrapuesto: como ejemplo de diplomacia humanitaria y como argucia utilitaria en materia educativa. Su proceso fundacional no permite equívocos. Comenzó con Daniel Cosío Villegas, ‘encargado de negocios’ mexicanos en Portugal,<sup>3</sup> quien tenía información

<sup>1</sup> La bibliografía sobre la presidencia de Lázaro Cárdenas es abrumadora; entre los libros más reconocidos pueden consultarse a Arnaldo Córdoba, *La política de masas del cardenismo*, México, Era, 1974, y a Adolfo Gilly, *El cardenismo, una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994. Véase también el serio análisis de Alicia Hernández, *La mecánica cardenista*, México, El Colegio de México (*Historia de la Revolución mexicana, periodo 1934-1940*, 16), 1979. Recientemente apareció un breve adelanto de una obra muy esperada: Alan Knight, “Lázaro Cárdenas”, en Will Fowler (coord.), *Gobernantes mexicanos. II: 1911-2000*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, pp. 179-208.

<sup>2</sup> Muchos vieron en la creación del Politécnico una respuesta a la Universidad Nacional, que amparándose en su autonomía había rechazado la filosofía socialista propuesta por Cárdenas. Acaba de aparecer una extensa historia conmemorativa de esta institución. Cfr. Max Calvillo Velasco y Lourdes R. Ramírez Palacios, *Setenta años de historia del Instituto Politécnico Nacional*, 4 tt., México, Instituto Politécnico Nacional, 2006.

<sup>3</sup> Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976, pp. 156-168, y *Daniel Cosío Villegas y su misión en Portugal, 1936-1937*, Alberto Enríquez Perea (comp., introd. y notas), México, El Colegio de México,



contundente acerca del sombrío futuro del conflicto bélico en España. Dado que previó que la guerra sería sangrienta y prolongada,<sup>4</sup> pensó, acaso como resultado de sus conversaciones con el historiador medievalista Claudio Sánchez Albornoz, embajador español en Portugal, que México podría dar asilo temporal a algunos de los principales intelectuales españoles, para que continuaran aquí su labor hasta que concluyera la guerra y pudieran volver a su patria.<sup>5</sup>

Junto con la notable generosidad había otros ingredientes. Es incuestionable que Cosío Villegas deseaba que México se prestigiara con esa lección internacional de humanitarismo; por otro lado, desde un principio el astuto Cosío Villegas percibió el aspecto utilitario de su propuesta: de llegar tales intelectuales al país “nos ayudarían —aseguró— a levantar el nivel de nuestra cultura”. Era una oportunidad para contrarrestar que el incipiente aparato científico y universitario mexicano hubiera sido severamente afectado durante el decenio de la violencia revolucionaria.<sup>6</sup> En cambio, sin dificultades lingüísticas México se beneficiaría enormemente si obraba en favor de los intelectuales españoles, tal como varias universidades angloamericanas se habían beneficiado poco antes —argumentó Cosío Villegas— al haber acogido a varios sa-

1998. Véase también Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas, una biografía intelectual*, México, Joaquín Mortiz, 1980.

<sup>4</sup> Desde finales de 1936 Cosío Villegas estaba convencido de que los franquistas estaban “triunfando” y de que “no pasará mucho tiempo sin que su victoria se consume”. Cfr. Carta de Daniel Cosío Villegas a Luis Montes de Oca, director del Banco de México, 16 de octubre de 1936, en Archivo Histórico de El Colegio de México, Subsección Daniel Cosío Villegas, Subserie Creación de La Casa de España, caja 1, expediente 2, foja 1 (en adelante AHCM).

<sup>5</sup> José Luis Martín (coord.), *Claudio Sánchez-Albornoz. Embajador de España en Portugal (mayo-octubre de 1936)*, Salamanca, Fundación Sánchez-Albornoz, 1995.

<sup>6</sup> Cfr. Javier Garcíadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México—Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.



bios judío-europeos “expulsados por el hitlerismo”.<sup>7</sup> Cosío Villegas no propuso la creación de institución alguna; simplemente recomendó que algunos intelectuales y académicos españoles “desamparados” fueran incorporados a la Universidad Nacional como “gran refuerzo [...] por dos o tres años”. Atinadamente argumentó que debía aprovecharse que Argentina no abriría sus puertas a los intelectuales españoles por razones ideológicas.<sup>8</sup> La oportunidad era única, irrepetible.

#### EL VERDADERO FUNDADOR

Es incuestionable que la idea original de La Casa de España provino de Cosío Villegas, aunque luego el presidente Cárdenas, estadista pragmático, la hizo suya, modificándola y ajustándola a la coyuntura nacional. Al transformarse de sugerencia de un intelectual improvisado como diplomático —Cosío Villegas— en decisión presidencial, la propuesta se hizo factible, pues sólo una invitación del máximo nivel gubernamental generaría certidumbre entre los intelectuales españoles seleccionados, y sólo una decisión de esa magnitud orillaría a los funcionarios y burócratas mexicanos a actuar en forma acorde y expedita. Hábilmente, para obtener el apoyo presidencial a su propuesta, Cosío Villegas se valió de varios políticos mexicanos altamente apreciados por Cárdenas, como Isidro Fabela, Luis Montes de Oca y el general Francisco J. Múgica; sobre todo utilizó la mediación de Eduardo Villaseñor, por entonces subsecretario de Hacienda.<sup>9</sup> El aval de Cárdenas se obtuvo

<sup>7</sup> Carta de Daniel Cosío Villegas a Francisco J. Múgica, 30 de septiembre de 1936, en Clara Lida, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México (Jornadas, 113), 1988, pp. 26-27. Esta obra de Clara Lida es el principal estudio existente sobre La Casa de España.

<sup>8</sup> Carta de Cosío Villegas a Montes de Oca citada en la nota 4.

<sup>9</sup> Michoacano como Cárdenas, Eduardo Villaseñor fue poeta y escritor, aunque destacó como financiero. Al respecto afirmó que Cosío Villegas le



a finales de 1936,<sup>10</sup> y Cosío Villegas dedicó los siguientes meses a resolver los aspectos concretos de su propuesta: obtener la anuencia del gobierno español, elaborar la lista de los intelectuales españoles seleccionados, hacerles llegar la invitación, convencerlos de aceptarla, arreglar el traslado a México y conseguir su acomodo en este país.

El proceso no fue fácil. Las mayores dificultades fueron, primero, la situación bélica de España, que dificultaba cualquier tipo de comunicación; también fue difícil elaborar la lista definitiva de los que debían ser invitados, pues Cosío Villegas no conocía suficientemente el sector intelectual español, por lo que fue asesorado por colegas hasta ahora anónimos;<sup>11</sup> después, las dudas de algunos inte-

solicitó “que se sometiera al presidente Cárdenas la idea de crear en México un centro de estudios, aprovechando a los intelectuales españoles cuya labor fue interrumpida por la guerra civil”. Cfr. Eduardo Villaseñor, *Memorias-Testimonios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 157.

<sup>10</sup> Carta de Luis Montes de Oca a Daniel Cosío Villegas, 29 de diciembre de 1936, en la que le dice que el presidente Cárdenas lo autorizaba “para arreglar todo lo que sea conveniente con relación a la venida de un grupo selecto de intelectuales españoles”, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Creación CE, c. 1, exp. 2, f. 3.

<sup>11</sup> En la carta inicial de Cosío Villegas a Múgica, de finales de septiembre de 1936, se menciona a Claudio Sánchez Albornoz, su compañero de infortunio en Portugal; a Fernando de los Ríos, embajador español en Washington; al pedagogo Luis de Zulueta; a Gregorio Marañón; a Teófilo Hernando y a Enrique Díez-Canedo, crítico literario muy conocedor de la literatura latinoamericana y de la poesía francesa. En una carta dos semanas posterior y dirigida a Luis Montes de Oca, Cosío Villegas repitió los nombres de Sánchez Albornoz, Díez-Canedo, De los Ríos y Zulueta, pero agregó los de Américo Castro y de Ramón Menéndez Pidal, el primero historiador y el segundo filólogo. De todos éstos, sólo se radicó en México Enrique Díez-Canedo. Cfr. Lida, *La Casa de España en México*, pp. 32-33. Dos listas, una de mediados de octubre de 1936 y otra de finales de febrero de 1937, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Creación CE, c. 1, exp. 2, ff. 1 y 9-13. De otra parte, Cosío Villegas reconoce haber sido apoyado por el director del Instituto de Cooperación Intelectual de París y por José Castillejo, antiguo secretario de la Junta para la Ampliación de Estudios, quien desde el inicio de la guerra se radicó en Inglaterra. Cfr. AHCM, Subsección DCV, Subserie Creación CE, c. 1, exp. 2, f. 8.



lectuales españoles, quienes consideraron que aceptar la oferta mexicana era desertar de la lucha;<sup>12</sup> también fue complicado ubicarlos para hacerles llegar la invitación, y en varios casos fue peor que difícil.<sup>13</sup> Tampoco fue fácil convencer al gobierno republicano de prescindir de hombres que podrían rendirle buenos servicios en los ámbitos político, diplomático, educativo o cultural,<sup>14</sup> lo que seguramente explica el alto porcentaje de humanistas entre los autorizados oficialmente a viajar a México. Todo el proceso fue comprensiblemente difícil. Jamás vinieron algunos académicos marcados como invitados en los primeros listados, mientras que otros que no habían sido mencionados arribaron al poco tiempo. Consciente de que sería imposible convencer a todos los intelectuales que se deseaba traer, Cosío Villegas advirtió que los listados no eran rígidos.<sup>15</sup> En todo caso, resulta importante conocer los principales criterios que se utilizaron para la elaboración de las listas. Según Cosío Villegas, tres características eran imprescindibles: valor académico, virtudes cívicas y que los conocimientos del intelectual en cuestión fueran “de positiva utilidad” para México.<sup>16</sup>

<sup>12</sup> Entre otros, Ramón Menéndez Pidal, José Bergamín y Luis de Zulueta aseguraron querer resistir “hasta el último momento”.

<sup>13</sup> Los nombres de varios intelectuales españoles invitados “de los que no se ha recibido hasta ahora una respuesta”, en carta de Daniel Cosío Villegas a Eduardo Hay, secretario de Relaciones Exteriores, 12 de noviembre de 1938, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Gestiones Diplomáticas, c. 1, exp. 1, ff. 55-56.

<sup>14</sup> De entre la lista definitiva de los oficialmente invitados por el gobierno mexicano, fueron autorizados por el gobierno español para trasladarse a México los siguientes: Ramón Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás, Claudio Sánchez Albornoz, Dámaso Alonso, José Fernández Montesinos, José Gaos, Joaquín Xirau, Pío del Río Horteiga, Gonzalo Lafora, Teófilo Hernando, Enrique Díez-Canedo, Juan de la Encina, Adolfo Salazar y Jesús Bal y Gay. Cfr. Lida, *La Casa de España en México*, pp. 41-42.

<sup>15</sup> AHCM, Subsección DCV, Subserie Creación CE, c. 1, exp. 2, ff. 3 y 9-13.

<sup>16</sup> Cosío Villegas fue muy explícito en la segunda condición: no debía invitarse a gente de “conducta poco limpia”, pues “para suciedad, con la nues-



Estando Cosío Villegas fuera del país no podía agilizar ni supervisar los trámites que en México debían hacer un par de ministerios para obtener los recursos económicos necesarios y los imprescindibles visados.<sup>17</sup> Esto explica que el periodo de gestación haya durado casi dos años, pues hasta julio de 1938 se emitió el decreto que creaba La Casa de España en México, “para que sirva de centro de reunión y de trabajo a los profesores españoles que nuestro gobierno ha invitado”.<sup>18</sup> En el decreto original de creación se le llamó inicialmente “Centro Español de Estudios”, pero al hacerse público, a finales de agosto, ya se le dio el nombre definitivo,<sup>19</sup> el que la caracterizaría como una institución acogedora y familiar, adecuada a las condiciones de los españoles que se integrarían a ella, todos víctimas de la guerra, todos damnificados. Como quiera que fuese, nació con una naturaleza excluyente: sólo podían participar en ella los intelectuales españoles invitados por el gobierno mexicano.

En el anuncio de su creación se especificó que también se integrarían a ella tres intelectuales españoles que, por distintas razones, ya estaban en México: el poeta León Felipe, el crítico e historiador del arte José Moreno Villa y el jurista Luis Recaséns Siches,

tra basta”. Muy probablemente Cosío se refería al doctor Gregorio Marañón, al que sugirió como prospecto en su primera lista, para posteriormente corregir, asegurando que “su conducta ha llegado a pasar el límite de la decencia”.

<sup>17</sup> Carta de Daniel Cosío Villegas a Eduardo Hay, 5 de octubre de 1938, agradeciéndole las “diversas gestiones emprendidas por nuestras Misiones Diplomáticas en París y Londres para ultimar la invitación hecha [...] a varios intelectuales españoles”. Cfr. *ibid.*, Subserie GD, c.1, exp. 1, ff. 54-56.

<sup>18</sup> La mejor antología documental sobre este tema fue hecha por Alberto Enríquez Perea (comp.), *Alfonso Reyes en La Casa de España en México, 1939 y 1940*, México, El Colegio Nacional, 2005 (en adelante *ARLC*). Un reciente y muy confiable estudio sobre toda la problemática del exilio intelectual español es el de Fernando Serrano Migallón, *Inteligencia peregrina*, México, El Colegio de México, 2009.

<sup>19</sup> *Excelsior*, 20 de agosto de 1938.



así como otros “que más tarde se invite”, previsión que permitía el crecimiento del núcleo original de académicos con el que se fundó La Casa,<sup>20</sup> pero conservando la exclusividad para españoles en problemas a causa de la violencia. Sin contar a estos tres —León Felipe estaba casado con una mexicana y el estallido de la guerra civil lo sorprendió en Panamá;<sup>21</sup> Moreno Villa había llegado gracias a la invitación y las gestiones de Genaro Estrada,<sup>22</sup> y Recaséns había sido invitado por el Instituto Hispano Mexicano de Intercambio Universitario—,<sup>23</sup> el primero en arribar a México fue José Gaos,

<sup>20</sup> Desde un principio, al bosquejar las primeras listas de invitados, Cosío Villegas ya preveía que después tendrían que hacerse más invitaciones, pues “quedarán muchos [...] profesores” contra los que “la persecución será muchísimo mayor”. Cfr. Carta de Daniel Cosío Villegas a Luis Montes de Oca, 26 de febrero de 1937, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Creación CE, c. 1, exp. 2, ff. 9-13.

<sup>21</sup> Cfr. Luis Rius, *León Felipe, poeta de barro: biografía*, México, Colección Málaga, 1968.

<sup>22</sup> Genaro Estrada fue un sinaloense dedicado a la diplomacia, la literatura, la crítica de arte y la bibliofilia. Para su invitación a Moreno Villa véase su autobiografía, *Vida en claro*, México, El Colegio de México, 1944, pp. 243-259. Para su biografía véase Francisco Padilla Beltrán, *Genaro Estrada: la sabia virtud*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2006. Sus escritos han sido compilados en *Obras completas*, 2 vols., México, Siglo Veintiuno Editores, 1988. Su hermosa y provechosa amistad con Alfonso Reyes está plenamente documentada en *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, 3 vols., Serge I. Zaïtzeff (estudio preliminar, comp. y notas), México, El Colegio Nacional, 1992-1993.

<sup>23</sup> Fundado en 1925 por el rector de la Universidad Nacional, don Alfonso Pruneda, su “principal mira” era “traer a México exponentes de la cultura española”. Entre otros vinieron el político Fernando de los Ríos, el físico Blas Cabrera, el pedagogo Luis de Zulueta, los críticos literarios Américo Castro y Enrique Díez-Canedo; también apoyó el viaje de Luis Araquistáin y, en 1937, el del jurista Recaséns Siches. Para una breve explicación de su naturaleza, objetivos y logros, véase *ARLC*, pp. 138-145. El director en turno alegó ante Reyes que el Instituto Hispano Mexicano debía ser visto como un “antecesor” de La Casa de España. Cfr. Carta de Alejandro Quijano a Alfonso Reyes, 10 de junio de 1939, en p. 137.



profesor de filosofía y rector de la Universidad de Madrid hasta finales de 1936.<sup>24</sup>

Posteriormente llegó Enrique Díez-Canedo, ya conocido en México por una visita anterior —de 1932— y por ser el mayor especialista que había en España en literatura hispanoamericana.<sup>25</sup> Más tarde arribaron el crítico de arte Juan de la Encina, director del Museo de Arte Moderno;<sup>26</sup> el psiquiatra Gonzalo R. Lafora, cuya disciplina era poco conocida en México; el folklorista Jesús Bal y Gay;<sup>27</sup> el médico oncólogo Isaac Costero, y el bibliógrafo canario y gran latinista Agustín Millares Carlo.<sup>28</sup> A este grupo lo completaron el

<sup>24</sup> La joven historiadora Aurelia Valero prepara una biografía de Gaos como tesis doctoral para El Colegio de México. La extensa bibliografía de Gaos está siendo reunida por la Universidad Nacional Autónoma de México en un ambicioso proyecto de *Obras completas*, que alcanzará los 19 volúmenes, faltando por aparecer los tomos 1, 15 y 18. La bibliografía sobre Gaos es muy extensa: entre sus principales estudiosos destacan José Luis Abellán, Alan Guy, Andrés Lira, Álvaro Matute, Alfonso Rangel Guerra, Teresa Rodríguez de Lecea, Alejandro Rossi, Fernando Salmerón, Vera Yamuni, Leopoldo Zea y Antonio Zirión. Véase también el conmovedor recuerdo —en ocasiones severo— de Ángeles Gaos, *Una tarde con mi padre*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1999.

<sup>25</sup> Díez-Canedo destacó por su crítica literaria, sus traducciones y su poesía. En Madrid fue profesor de letras hispánicas en la Escuela de Idiomas y colaboró en el Centro de Estudios Históricos. Fue miembro de la Real Academia Española. Durante su breve exilio en México, pues murió en 1944, impartió clases en El Colegio de México y en la Universidad Nacional de México. Cfr. *El exilio español en México, 1939-1982*, México, Fondo de Cultura Económica-Salvat, 1982, pp. 762-763. Está próximo a publicarse su epistolario con Alfonso Reyes, editado por su nieta Aurora Díez-Canedo.

<sup>26</sup> VV. AA., *Juan de la Encina y el arte de su tiempo, 1883-1963*, España, Ministerio de Educación y Cultura, 1998.

<sup>27</sup> VV. AA., *Jesús Bal y Gay. Tientos y silencios, 1905-1993*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2005.

<sup>28</sup> Ascensión Hernández de León-Portilla, “Agustín Millares Carlo, polígrafo de España y América”, *Cuadernos Americanos*, 47, septiembre-octubre de 1994, pp. 76-100.



musicólogo Adolfo Salazar<sup>29</sup> y la filósofa María Zambrano.<sup>30</sup> Según las cifras de un muy ocurrente historiador, a este primer grupo de miembros de La Casa debería llamársele “los doce apóstoles”.<sup>31</sup> En otra ocasión los llamó “leones” y aseguró que llegaron a México “con muchísimas y muy valiosas experiencias”.<sup>32</sup>

### PRIMEROS PASOS

A La Casa de España no se le asignaron instalaciones, por lo que los recién llegados se reunían en un par de oficinas facilitadas por el Fondo de Cultura Económica, editorial dirigida por el propio Cosío Villegas.<sup>33</sup> La Casa de España tampoco tuvo programas docen-

<sup>29</sup> La principal estudiosa de Salazar, Consuelo Carredano, acaba de editar el primer volumen de sus cartas. Cfr. *Adolfo Salazar, epistolario. 1912-1958*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2008, pp. 329-506.

<sup>30</sup> María Zambrano permaneció poco tiempo en México, pues para 1940 ya se había radicado en Cuba. Véase su correspondencia con Alfonso Reyes, *Días de exilio, correspondencia entre María Zambrano y Alfonso Reyes, 1939-1959*, Alberto Enríquez Perea (comp., estudio preliminar y notas), México, El Colegio de México-Taurus, 2005.

<sup>31</sup> En la memoria oral de El Colegio esta denominación ha sido atribuida a don Luis González y González. Véase Lida, *La Casa de España en México*, p. 136. Para una breve biografía de los principales españoles exiliados en México, véase *El exilio español en México*, citado en la nota 25. También debe ser consultado Martí Soler, *La casa del éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México (1938-1947)*, México, El Colegio de México, 1999.

<sup>32</sup> Véase Luis González y González, “Historiadores del exilio”, en *Obras*, vi, México, El Colegio Nacional, 2002, pp. 361-370.

<sup>33</sup> En el “Informe sobre La Casa de España en México”, dirigido por Alfonso Reyes al presidente Lázaro Cárdenas, el 22 de marzo de 1939, se asegura que La Casa no poseía “oficina propia, ni local de sesiones para los patronos o de juntas para los profesores españoles contratados”. Cfr. AHCM, Subsección DCV, Subserie Informes sobre La Casa de España, c. 2, exp. 2, ff. 1-4. Para lo relacionado con el Fondo de Cultura Económica véanse las memorias de



tes propios, y fue contemplada como una instancia limitada a “distribuir” a sus miembros “entre nuestros institutos universitarios”.<sup>34</sup> Así, su obligación era impartir conferencias y cursos breves en la Universidad Nacional y en el Instituto Politécnico Nacional, así como en las instituciones de educación superior de provincia, siendo las más favorecidas la Universidad Nicolaita, en Morelia, y las universidades de Guadalajara y Guanajuato.<sup>35</sup> Como era previsible por su calidad intelectual y su disposición al trabajo, el resultado fue muy positivo.<sup>36</sup> Sin embargo, pronto se hizo necesario cierto tipo de directriz y coordinación.

Cosío y la biografía que le hizo Enrique Krauze, ambas citadas en la nota 3. Véase también Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica, 1934-1994*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

<sup>34</sup> Memorándum titulado “Antecedentes para la transformación de La Casa de España en México en Colegio de México”, sin autor ni fecha, en AHCM, Subsección DCV, Subserie De La Casa a El Colegio, c. 3, exp. 2, ff. 1-4.

<sup>35</sup> La especial atención prestada a la Universidad Nicolaita debe ser vista como una obvia deferencia al presidente Cárdenas, michoacano de cuna. Varios “informes de labores” que acreditan esta docencia itinerante, en *ARLC*, pp. 291-295, 312-314 y 324-330. Con el tiempo, Alfonso Reyes se mostró muy satisfecho de esa labor en las universidades de provincia, lo que implicaba un gran esfuerzo organizativo: “demostramos el movimiento andado. Se acabaron los recelos [...] Nos derramamos por la República en conferencias y cursillos. Conquistamos las plazas más reacias”, las que terminaron “disputándose a nuestros catedráticos”. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a José Loredó Aparicio (Valparaíso, Chile), 31 de octubre de 1940, en AHCM, Subsección Alfonso Reyes, Serie Correspondencia L-Q, c. 3, exp. 13, ff. 7-8. En una carta circular de Daniel Cosío Villegas a varias instituciones de educación superior, del 19 de octubre de 1938, les decía que “las instituciones de enseñanza superior de las provincias tienen derecho a participar de los beneficios” de La Casa. Cfr. AHCM, Subsección DCV, Subserie Creación CE, c. 1, exp. 3, ff. 1-8.

<sup>36</sup> Alfonso Reyes informó al licenciado Agustín Leñero, secretario particular del presidente Cárdenas, el 11 de enero de 1940, que a su llegada a La Casa las actividades en provincia se limitaban a las ciudades de Morelia, Guadalajara y Guanajuato, pero que en pocos meses se habían extendido a Puebla, San Luis Potosí, Monterrey y Saltillo, y que confiaba que en 1940 llegarían “a otras capitales”. Cfr. *ARLC*, pp. 339-340.



También se acordó que La Casa fuera dirigida por un patronato conformado por Eduardo Villaseñor, como “representante del gobierno”; por el rector Gustavo Baz, representante de la Universidad Nacional; por el doctor Enrique Arreguín, del Consejo Superior de Educación, y por el propio Daniel Cosío Villegas, autor de la iniciativa, director del Fondo de Cultura Económica y quien era el único que en verdad se encargaba de las labores de La Casa.<sup>37</sup> Sin embargo, pronto acusó las debilidades de toda dirección colegiada, siempre de menor coherencia y eficacia. Para colmo, el patronato estaba conformado por gente con extenuantes responsabilidades propias, lo que únicamente les permitía ejercer funciones “consultivas”.

Para remediar la falta de liderazgo y de atención exclusiva, en abril de 1939, nueve meses después de creada se nombró como presidente de La Casa a Alfonso Reyes, quien hasta poco antes había estado comisionado en Brasil pero ahora estaba próximo a quedar cesante por razones presupuestales.<sup>38</sup> La designación presidencial acababa sólo temporalmente con su angustia e incertidumbre, pues seguramente se advirtió a Reyes que el proyecto de La Casa era por breve tiempo. Así se explica que haya dicho a su amiga argentina Victoria Ocampo que su nombramiento lo iba a “acaparar por más de un año”,<sup>39</sup> que era lo que faltaba del sexenio cardenista. Reyes se encontraba amenazado por la jubilación diplomática a una edad temprana —50 años— y sin oferta alguna de empleo en México;

<sup>37</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 16 de marzo de 1939, en proceso de edición. Reyes consideraba a Cosío como el “*factotum*” de La Casa. Véase memorándum citado en la nota 34.

<sup>38</sup> Reyes había sido embajador en Brasil entre 1930-1935, pero en la segunda mitad de 1938 había vuelto a ese país para tratar de venderle petróleo, luego de que se estableciera un boicot internacional contra el petróleo mexicano, como represalia por la expropiación hecha por Cárdenas en marzo de ese año.

<sup>39</sup> Carta de Alfonso Reyes a Victoria Ocampo, 27 de abril de 1939, en *Cartas echadas. Correspondencia Alfonso Reyes/Victoria Ocampo (1927-1959)*, Héctor Perea (presentación y comp.), México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009, p. 63.



ni siquiera sabía dónde radicaría. Por un lado contaba con una invitación de la Universidad de Austin, institución que lo requería como profesor de literatura hispanoamericana. Sin embargo, además de que la docencia exclusiva no le atraía, estaba convencido de que lo que le ofrecían en Austin era “para llorar de aburrimiento, para descastarse, para acabarse en una miserable labor automática y sirviendo a intereses contrarios a los de nuestra cultura”.<sup>40</sup> Según contó a su amigo y confidente permanente, Pedro Henríquez Ureña, el ofrecimiento era vitalicio y bien remunerado, pero no quiso desterrarse, “volverme pocho [...] volver la espalda a mi destino de mexicano”.<sup>41</sup> También había la posibilidad de radicarse en Buenos Aires, donde podía conseguir empleo en alguna de las empresas editoriales cercanas a él —Sur y Losada, de Victoria Ocampo y Guillermo de Torre, respectivamente—,<sup>42</sup> pero el clima ideológico y político de Argentina no le resultaba agradable, como lo demuestran las amargas experiencias que tuvo durante su segunda embajada porteña, entre 1936 y 1937.<sup>43</sup>

<sup>40</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 2 de abril de 1939. Respecto a dicha invitación dijo a su amiga argentina que “aceptarla supone para mí enterrarme de por vida en un ambiente al que no estoy hecho, y que no concorda mucho con mi sentimiento europeo y francés de la vida. Supone, además, entregarme a la enseñanza de cosas literarias y lingüísticas elementales, con sacrificio de mis letras y de mi temperamento. Pero es un último recurso: ¿cree usted que me seduce encerrarme en el pueblo de Austin, en Texas? Quiero tentar antes otra posibilidad”. Carta de Alfonso Reyes a Victoria Ocampo, 15 de agosto de 1938, en *Cartas echadas*, p. 61.

<sup>41</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 22 de marzo de 1939, en Fernando Curiel, *El cielo no se abre. Semblanza documental de Alfonso Reyes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 209.

<sup>42</sup> En la carta citada en la nota 40, Reyes dijo también a Victoria Ocampo: “celebro el desarrollo de la Editorial Sur, con que hace tanto tiempo soñábamos, y le agradezco el haber pensado en mí desde el primer momento”, p. 60.

<sup>43</sup> Cfr. Curiel, *El cielo no se abre*. Véase también *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires, 1936-1937*, Alberto Enríquez Perea (comp., introd. y notas), México, El Colegio de México–Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.



Acaso la designación de Reyes fue resentida por Cosío Villegas como un desplazamiento, pero lo cierto es que en éste recaía la responsabilidad del Fondo de Cultura Económica. Para evitar potenciales reclamos y desavenencias, se dispuso que Cosío Villegas permaneciera en la nueva institución como patrono secretario, “por ser quien ha llevado las riendas [...], conocer todos sus antecedentes y haber mantenido el contacto con los profesores”, pero era obvio que el gobierno deseaba tener al frente de la institución a alguien dedicado a ella exclusivamente, alguien que “intensificara la vida de La Casa”.<sup>44</sup>

Si bien entre Reyes y Cosío habría algunos problemas por sus obvias diferencias de personalidad y por la distinta visión que cada uno de ellos tenía de las características que debía tener La Casa, en general la dupla resultó complementaria. Comprensiblemente, la relación entre ellos reflejó las vicisitudes del trabajo diario. Por ejemplo, Cosío reconocía como admirable cualidad de Reyes el dirigir La Casa con una autoridad imperceptible y con una cordialidad evidente. A su vez, Reyes reconocía que Cosío Villegas era imprescindible para La Casa: en una ocasión en que éste se ausentó, aunque brevemente, temió que la institución se derrumbaría. Sin embargo, hubo días en que el carácter de Cosío enfadó a Reyes, al grado de que en su *Diario* llegó a consignar que en ocasiones no lo ayudaba y que no se interesaba en iniciativas que no fueran suyas. Pese a todo, su colaboración se mantuvo hasta la muerte de Reyes, veinte años después de iniciada la aventura de construir La Casa, y su sucesor El Colegio de México.<sup>45</sup>

Las diferencias entre ellos tienen explicaciones biográficas e históricas. De joven, Reyes había estado involucrado en el intento de transformación de la cultura porfiriana, junto con sus compañeros

<sup>44</sup> Véase memorándum citado en la nota 34.

<sup>45</sup> Carta de Cosío Villegas a Reyes, 2 de diciembre de 1939; carta de Reyes a Cosío Villegas, 5 de diciembre de 1939, en *Testimonios de una amistad. Correspondencia Alfonso Reyes-Daniel Cosío Villegas, 1922-1958*, Alberto Enríquez Perea (comp. y notas), México, El Colegio de México, 1999, pp. 70 y 72. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 14 y 18 de junio de 1939.



del Ateneo de la Juventud.<sup>46</sup> Si bien es cierto que en 1939 Reyes desconocía el ambiente y la situación de la educación superior nacional, como buen ateneísta estaba convencido de la necesidad de esforzarse en la difusión cultural y de introducir en el país la mayor dosis posible de cultura occidental. Por otra parte, estaba convencido de que la nueva institución debía privilegiar la investigación sobre la docencia, y prefería las obras de naturaleza cultural sobre aquellas que pertenecían a las disciplinas científicas, ya fueran ‘du-ras’ o sociales.

Por su parte, Daniel Cosío Villegas tenía una distinta trayectoria biográfica y una diferente experiencia histórica. Varios años más joven que Reyes —como diez—, su generación, conocida como la de “1915”, se distinguía por su afán de participar en la reconstrucción del México posrevolucionario.<sup>47</sup> Su visión de la educación era más instrumental que culturalista: debía ser práctica; debía ayudar a resolver los problemas del país. A diferencia de Reyes, Cosío Villegas conocía bien la estructura y las necesidades en educación superior;<sup>48</sup> además, tenía contactos con un buen número de políticos y funcionarios mexicanos, especialmente en los sectores educativo y financiero. Sobre todo, tenía una idea más precisa de las circunstancias y los problemas nacionales. Por si esto fuera poco, Cosío Villegas poseía una vocación administrativa de la que Reyes carecía. Sin lugar a dudas fueron complementarios, aunque tuvieran un diferente proyecto institucional.

<sup>46</sup> Juan Hernández Luna (coord.), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962; José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979, y Fernando Curiel, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001. Sobre todo debe consultarse a Susana Quintanilla, *Nosotros. La juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets Editores, 2008.

<sup>47</sup> Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1976.

<sup>48</sup> En 1929 había sido secretario general de la Universidad Nacional.



## LOS AFANES ALFONSINOS

Cuando Reyes fue nombrado presidente de La Casa por Lázaro Cárdenas ni siquiera conocía a la joven institución. Recuérdesse que ésta había sido diseñada por Cosío Villegas y que había nacido mientras Reyes intentaba vender petróleo nacionalizado en Brasil. Paradójicamente, alguien había recomendado a Cosío Villegas que integrara a Reyes a La Casa un par de meses antes de que el presidente Cárdenas lo pusiera al frente de ella, argumentando que se encontraba “en disponibilidad en el servicio diplomático”, por lo que podía servir como un consejero “eficaz”.<sup>49</sup> Como quiera que fuese, si bien Reyes tenía una buena opinión de Cosío Villegas<sup>50</sup> por su “cada vez mas firme” labor al frente del Fondo de Cultura Económica, y si ciertamente celebraba que estuvieran protegidos en México varios amigos españoles suyos, como Díez-Canedo, José Gaos, Juan de la Encina y Agustín Millares Carlo,<sup>51</sup> lo cierto es que hasta su regreso definitivo a México, en febrero de 1939, La Casa le pare-

<sup>49</sup> Carta de Pedro de Alba, subdirector de la Unión Panamericana, a Daniel Cosío Villegas, 2 de febrero de 1939, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Informes CE, c. 2, exp. 5, ff. 1-2.

<sup>50</sup> Consúltese *Testimonios de una amistad*, p. 31. La correspondencia conservada entre ambos inició a finales de 1922, cuando Reyes acusó recibo y felicitó calurosamente a Cosío Villegas por su libro *Miniaturas mexicanas*.

<sup>51</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 3 de mayo de 1938 y 21 de febrero de 1939, en [Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes], *Epistolario íntimo, 1906-1946*, 3 tt., Juan Jacobo de Lara (recop.), Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1983, III, pp. 444 y 460. Reyes era amigo de Díez-Canedo desde sus años españoles, y lo había vuelto a frecuentar durante su segunda embajada en Buenos Aires, pues Díez-Canedo también era el representante de su país en Argentina. Cfr. *Alfonso Reyes y el llanto de España*. Respecto a su amistad con el latinista y bibliógrafo canario, véase *Contribuciones a la historia de España y México. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Agustín Millares Carlo, 1919-1958*, Alberto Enríquez Perea (comp., presentación, bibliografía y notas), México, El Colegio Nacional, 2005.



cía una “nebulosa” llena de “vaguedades”. Así se explica que Reyes se haya preguntado, luego de su designación por Cárdenas: “¿Qué pitos tocó yo?”, en una institución “que no planeé ni concebí”.<sup>52</sup>

Su designación no podía ser más atinada, pues conocía personalmente y era amigo de casi todos los intelectuales españoles ya integrados a la naciente institución. Recuérdese que Reyes había salido del país veinticinco años antes, en 1913, como empleado menor de la legación huertista en Francia. El triunfo de los revolucionarios en México y el estallido de la Primera Guerra Mundial lo obligaron a dejar París un año después y a radicarse en España, donde vivió como exiliado político hasta 1920, cuando reingresó al servicio diplomático a la caída de Venustiano Carranza; permaneció en Madrid todavía por cuatro años, y luego fue destinado a Francia, Argentina y Brasil.<sup>53</sup> Para 1939 Reyes era ya uno de los mayores intelectuales del país, y sin lugar a dudas el más conocido en el extranjero, para lo que habían influido grandemente sus labores como diplomático.

Lo más importante era que Reyes conociera a muchos de aquellos españoles desde sus largos años de estancia en Madrid, entre 1914 y 1924. Así, el destino le permitía pagar la deuda moral que tenía con quienes lo habían ayudado a sobrevivir y sobrellevar su propio exilio.<sup>54</sup> Por eso la nueva responsabilidad le pareció “modesta

<sup>52</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 16 de marzo y 13 de junio de 1939.

<sup>53</sup> Véanse Javier Garciadiego, *Alfonso Reyes*, México, Planeta DeAgostini, 2002 (Grandes Protagonistas de la Historia Mexicana), y Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, Argentina, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1976. Véase también Garciadiego, “Alfonso Reyes. Cosmopolitismo diplomático y universalismo literario”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998, pp. 191-222.

<sup>54</sup> Véanse mis ensayos “Alfonso Reyes en España”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las primeras jornadas, celebradas en la Residencia de Estudiantes en noviembre de 1994*, Madrid, El Colegio de México–Residencia de Estudiantes, 1998, pp. 55-66; “Alfonso Reyes, diplomático en España. Años cómodos pero insatisfactorios”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas, celebradas en El Colegio de México en*



pero hermosa”.<sup>55</sup> Los españoles exiliados percibieron inmediatamente la naturaleza protectora de la designación en favor de Reyes hecha por Cárdenas: José Gaos, quien ya tenía varios meses en México, celebró “tan indicado nombramiento”, por “la fraternidad” que desde hacía varios años tenía Reyes con “todos mis compatriotas de esta Casa”.<sup>56</sup> Asimismo, el poeta Pedro Salinas le dijo que su designación era “la máxima garantía de que La Casa andaré cada vez mejor”, pues “nos conoce en lo más íntimo y sabrá comprender nuestros errores”.<sup>57</sup>

Es incuestionable que Reyes era la persona ideal para dirigir La Casa, pues todo parece indicar que Cosío Villegas no simpatizó con varios de los españoles transterrados.<sup>58</sup> Además, como diplomático Reyes había apoyado denodadamente la lucha del gobierno republicano español y la respectiva política cardenista.<sup>59</sup> Si en tér-

---

*noviembre de 1996*, México, El Colegio de México—Residencia de Estudiantes, 1999, pp. 341-367, y “Destinos compartidos: Alfonso Reyes y los intelectuales republicanos emigrados a México”, en *Revista de Occidente*, Madrid, Fundación Ortega y Gasset, 245, octubre de 2001, pp. 68-74. Además consúltense Barbara Aponte, *Alfonso Reyes and Spain; his dialogue with Unamuno, Valle Inclán, Ortega y Gasset, Jiménez y Gómez de la Serna*, Austin, University of Texas, 1972; Arturo Souto, “Reyes y los escritores españoles transterrados en México”, en *Alfonso Reyes. Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, y Héctor Perea, *España en la obra de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

<sup>55</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 22 de marzo de 1939, en *Epistolario íntimo*, III, p. 462.

<sup>56</sup> Carta de José Gaos a Alfonso Reyes, 15 de abril de 1939, en *Itinerarios filosóficos. Correspondencia José Gaos/Alfonso Reyes, 1939-1959 y textos de José Gaos sobre Alfonso Reyes, 1942-1968*, Alberto Enríquez Perea (comp. y notas), México, El Colegio de México, 1999.

<sup>57</sup> Carta de Pedro Salinas a Alfonso Reyes, 21 de mayo de 1939, en AHCM, Subsección La Casa de España, Serie Correspondencia Institucional y documentos de trabajo, c. 23, exp. 1, ff. 15 y 16.

<sup>58</sup> De hecho, en su *Diario*, cuaderno 7, 18 de junio de 1939, Reyes consigna haber descubierto ciertas actitudes hispanóforas en Cosío Villegas. En efecto, lo acusa de padecer “un instintivo antiespañolismo en el fondo”.

<sup>59</sup> Cfr. *Alfonso Reyes y el llanto de España*.



minos de jerarquía administrativa su nombramiento era justificado, pues tenía rango de embajador y contaba con una apreciable experiencia diplomática, en lo relativo a la academia su designación estaba aún más justificada, pues Reyes tenía una cultura que trascendía las estrecheces y los recelos nacionalistas del México pos-revolucionario: conocía las literaturas española, francesa, inglesa y sudamericana;<sup>60</sup> además, conocía personalmente a los principales escritores de los países en donde había tenido encargos diplomáticos.<sup>61</sup> Por si esto fuera poco, conocía la literatura ‘clásica’ grecolatina. En pocas palabras, su lealtad política era incuestionable y era el mexicano de cultura “occidental” más plena y cabal.

Sin arredrarse por su nulo conocimiento del sector educativo mexicano, Reyes aceptó el nombramiento con un enorme entusiasmo. Inmediatamente escribió a su amigo y maestro Pedro Henríquez Ureña, asegurándole que procuraría dar “verdadera vida” a La Casa de España, “conservándole su carácter de centro universitario y de investigación científica”. Además de saldar la deuda moral que tenía con muchos españoles por el apoyo que le habían dado durante su exilio madrileño, y además de poder cumplir su viejo anhelo ateneísta de colaborar en beneficio de la cultura del país, Reyes también estaba

<sup>60</sup> Respecto a su conocimiento de la literatura española, véanse las obras de Aponte, Perea y Souto citadas en la nota 54; respecto a la literatura francesa, consúltese Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México, 1990.

<sup>61</sup> Desde un principio Reyes había concebido su encargo diplomático como una doble responsabilidad: la representación oficial gubernamental y la mediación literaria entre México y el país de su destino diplomático. Reyes fue incluso acusado de dedicar tiempo laboral a asuntos literarios. Varios ejemplos de esto en su expediente. Cfr. Archivo Histórico “Genaro Estrada”, Secretaría de Relaciones Exteriores, Fondo de Concentraciones, 25-6-70 (1). Advertencias similares pueden encontrarse en varias cartas de su amigo Genaro Estrada; un ejemplo es la fechada el 26 de enero de 1926, en la que le dice que da “muchacha mayor importancia a sus trabajos meramente literarios que a los más directamente relacionados con la gestión diplomática”. Cfr. *Con leal franqueza*, 1, p. 359.



feliz de haber sido incorporado al sector educativo, pues le daba una inmensa alegría “poder llamar a las cosas por su nombre, sin la cortapisa diplomática”. En efecto, a sus cincuenta años Reyes descubrió un ámbito de la vida pública en el que disfrutó de enorme libertad.<sup>62</sup>

Ignorante de las presiones políticas que enfrentaría y de las rutinas administrativas que tendría que cumplir, Reyes estaba confiado de que no le iba a absorber “mucho tiempo”.<sup>63</sup> De cualquier manera, desde un principio Reyes y La Casa de España tuvieron que enfrentar y resolver varios problemas graves: la falta de vinculación oficial de La Casa con el sistema educativo mexicano, pues dependía directamente del presidente del país;<sup>64</sup> la falta de instalaciones propias, lo que la obligó a alojarse en las pequeñas oficinas que le prestó el Fondo de Cultura Económica, aunque al principio esto favoreció el trabajo de los españoles exiliados, pues varios empezaron rápidamente a escribir y traducir para esta editorial;<sup>65</sup> las dificultades para que se le asignara y entregara el presupuesto, en tanto que no tenía una ubicación precisa en el aparato gubernamental; la incorporación de varios médicos que tenían más un carácter de

<sup>62</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 22 de marzo de 1939, en Curiel, *El cielo no se abre*, pp. 210-211.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 210.

<sup>64</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 20 de marzo de 1939. En efecto, desde que se ofreció a Reyes la dirección de La Casa se acordó que “tomará órdenes directamente del señor presidente Cárdenas, y directamente le someterá sus sugerencias”. Cfr. Alfonso Reyes, “Informe sobre La Casa de España en México”, 22 de marzo de 1939, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Informes CE, c. 2, exp. 2, f. 3.

<sup>65</sup> Al principio su dependencia del Fondo de Cultura Económica pareció no molestar a Reyes, pues las consideraba “instituciones gemelas que nos repartimos entre Daniel [Cosío Villegas] y yo. Despachamos en oficinas contiguas, pasamos el día trabajando juntos”. Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 2 de diciembre de 1939, en *Epistolario íntimo*, III, p. 465. En otra carta, firmada por todos los directivos del Fondo y dirigida a Alfonso Reyes, del 3 de mayo de 1940, se reconoce que las relaciones entre ambas instituciones eran “íntimas y cordiales”. Cfr. *Testimonios de una amistad*, p. 77.



profesionistas que de académicos, y las presiones de algunos políticos y militares vinculados a personalidades como Manuel Azaña, Juan Negrín o Indalecio Prieto, los que recibieron claro apoyo de la oficina presidencial cardenista para que fueran incorporados a La Casa;<sup>66</sup> por último, y como se lo había advertido Pedro Salinas, Reyes tuvo que servir como mediador en muchos conflictos personales y políticos entre los españoles, conociendo así “su ropa sucia”.<sup>67</sup> Fue de tal magnitud “el chismerío” entre ellos; fueron tantos sus pleitos, que un día, harto y desesperado, Reyes se permitió consignar en su *Diario* “¡Con razón perdieron éstos a la República!”.<sup>68</sup>

Obviamente, sería un inmenso error creer que Reyes no simpatizó con sus viejos amigos una vez que éstos arribaron a México. Al contrario, su trato con ellos fue más que amistoso, y con algunos, hasta familiar. Su *Diario* refleja el cariño que se profesaron las familias Reyes y Díez-Canedo, y documenta el apoyo personal, más que institucional, que Reyes brindó a varios de ellos: recuérdese que José Gaos solía ‘me-

<sup>66</sup> Ante el crecido número de médicos que fueron recomendados para La Casa, Reyes señaló la conveniencia de “salvaguardar carácter” de la institución, evitando “plétora médicos entre nuestros miembros”. Respecto a los políticos, considérese que Manuel Rivas Cherif, cuñado de Azaña, y Felipe Sánchez Román, colaborador de Indalecio Prieto, fueron personalmente invitados por el presidente Cárdenas. Recuérdese también que el general Mija solicitó la incorporación de cuatro ayudantes, a lo que Cárdenas accedió. Cfr. *ARLC*, pp. 75-76, 134, 194 y 205.

<sup>67</sup> Carta de Pedro Salinas a Alfonso Reyes, 9 de mayo de 1940, en Eric Bou, “Correspondencia Pedro Salinas-Alfonso Reyes”, *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, Madrid, vii, 13-14, mayo de 1993, pp. 149-151. En su *Diario* Reyes consigna dificultades con Gonzalo Lafora (“horrible exhibición de grosería y aun de falta de equilibrio mental”) y con Recaséns Siches (“impertinencias” por sentirse insuficientemente “honrado”). Cfr. Cuaderno 7, 18 de junio y 1 de agosto de 1939. De hecho, Lafora terminó por ser desligado de La Casa. *Ibid.*, 3 de noviembre de 1939, y *ARLC*, pp. 265-266. Para la queja por la vanidad de Recaséns véase también carta de Alfonso Reyes a Daniel Cosío Villegas, sin fecha, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Correspondencia Institucional, c. 3, exp. 49, f. 6.

<sup>68</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 16 de octubre de 1940.



render' todos los domingos en la casa de los Reyes. La amistad entre ambos era plena y cabal. Reyes llegó a reconocer que contaba con "pocas cosas mejores en este momento de mi vida que los diálogos con Gaos".<sup>69</sup>

#### COMPLICACIONES MAYORES

Las peores dificultades enfrentadas por La Casa procedieron de los contextos políticos de España y México. Para comenzar, la derrota definitiva del bando republicano, a principios de 1939, hizo que la inicial invitación a unos cuantos intelectuales españoles se convirtiera en una urgente respuesta a una forzada y cuantiosa emigración. La docena original de integrantes pronto vio cómo aumentaban los miembros: a finales de mayo de 1939 La Casa tenía ya veinte elementos, destacando entre los nuevos colegas el poeta y secretario particular de Manuel Azaña, Juan José Domenchina; el sociólogo José Medina Echavarría, y Joaquín Xirau, filósofo y pedagogo.<sup>70</sup> A éstos tendrían que sumarse los que ya estaban en México "sin convite [...] pero de posible incorporación", como el astrofísico Pedro Carrasco; los que habían sido invitados pero aún no se incorporaban, como los pedagogos Domingo Barnés<sup>71</sup> y Juan Roura Parella, y los que eran vistos como "prospectos". Tres meses después, hacia agosto, los miembros eran casi cuarenta, habiéndose enriquecido con gente como el

<sup>69</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 7 de octubre de 1940.

<sup>70</sup> También se habían incorporado recientemente los químicos Antonio Madinaveitia y Francisco Giral, el fisiólogo Jaime Pi Suñer y el oftalmólogo y cuñado de Azaña, don Manuel Rivas Cherif. Cfr. *ARLC*, p. 94. Véase también el libro citado de Martí Soler, y el diccionario biográfico de la obra *El exilio español en México*. Para las obras de los dos científicos sociales véase Adolfo Guirriero (selección y estudio preliminar), *La obra de José Medina Echavarría*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1980, y Joaquín Xirau, *Obras completas*, 4 vols., Barcelona, Fundación Caja Madrid y Editorial Anthropos, 1998-2000.

<sup>71</sup> *ARLC*, p. 96. En verdad, Barnés, "viejo amigo editor de *La Lectura*, falleció apenas llegado a México". Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 11 de junio de 1940.



naturalista Ignacio Bolívar, el biólogo Fernando de Buen, el químico José Giral y el médico Manuel Márquez, e incluso con becarios como los historiadores José Ma. Miquel i Vergés y Ramón Iglesia.<sup>72</sup>

Sin embargo, el aspecto más preocupante consistía en que eran numerosísimas, y para colmo crecientes, las solicitudes de nuevas incorporaciones. Como lo advirtió con pena Cosío Villegas, “todos los días sin excepción” se recibían “angustiosas” solicitudes de aceptación, con casos verdaderamente “urgentes”.<sup>73</sup> Desgraciadamente tuvo que llegar el momento, ante las limitaciones presupuestales e institucionales, en que Reyes y Cosío Villegas acordaron, con el respaldo de la presidencia del país, que ya no hubiera más incorporaciones a La Casa.<sup>74</sup> En relación con este problema, Reyes mostró su doble personalidad: por un lado, la de dirigente máximo de una institución imposibilitada de recibir a más exiliados; por el otro, la de decidido simpatizante de la causa republicana, pues tan pronto sobrevino el triunfo de los franquistas Reyes escribió un muy sentido artículo, titulado significativamente “El llanto de España”.<sup>75</sup>

<sup>72</sup> *ARLC*, pp. 235 y 301-332. Respecto a Iglesia véase Andrés Lira, “El hombre Ramón y otros papeles (nota sobre un expediente)”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 184, abril-junio de 1997, pp. 871-887. Consúltese también Álvaro Matute, “Ramón Iglesia: el factor humano y la crítica”, en *Historiografía española y norteamericana sobre México (Coloquios de análisis historiográfico)*, Álvaro Matute (introd., ed. e índice), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, pp. 99-104.

<sup>73</sup> Carta de Daniel Cosío Villegas a J.B. Trend, de la Universidad de Cambridge, Inglaterra, 23 de febrero de 1939, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Actividades de La Casa de España, c. 2, exp. 6, ff. 5-6.

<sup>74</sup> En su *Diario* Reyes consignó: “las cuentas dicen que no hay que convidar a más gente” (21 de junio de 1939). En efecto, ya para mediados de 1939 La Casa de España resolvió que su plantilla quedaba “cerrada por este año”. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Daniel Cosío Villegas, 18 de agosto de 1939, en *Testimonios de una amistad*, p. 67.

<sup>75</sup> El artículo se lo solicitó Vicente Lombardo Toledano para la revista *Futuro*. Aunque fue revisado por Cosío Villegas y por Enrique Díez-Canedo, Reyes quedó muy insatisfecho, pues apareció “lleno de erratas y atrozmente mutilado”. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 16 y 17 de marzo y 3 de abril de 1939.



Es innegable que la joven institución se vio rebasada, forzada a modificar su diseño original. La derrota republicana obligó a mayores erogaciones gubernamentales y a nuevas pruebas de humanitarismo, al tiempo que complicó el proceso de incorporación, pues era mucho mayor el número de intelectuales españoles deseosos de refugiarse en México que la capacidad de éste para seleccionarlos, ubicarlos, trasladarlos, acomodarlos y aprovecharlos debidamente. No sólo tenían que redoblar esfuerzos, sino que tenían que actuar rápidamente, pues muchos intelectuales españoles estaban pasando “situaciones difícilísimas”.<sup>76</sup> Recuérdese que muchos tuvieron que ser rescatados de ‘campamentos de concentración’ en Francia, lo que obligaba a una negociación con el gobierno francés,<sup>77</sup> y que otros tuvieron que ser buscados desde Inglaterra hasta el norte de África.

De otra parte, Reyes era consciente de que aumentar el número de españoles refugiados en La Casa aumentaría los enojos y envidias de una parte del sector cultural y educativo mexicano.<sup>78</sup> De hecho, Reyes tuvo que dedicar buena parte de su tiempo a la defensa de La Casa contra varios “denuestos” e “infamias” de algunos intelectuales mexicanos,<sup>79</sup> los que sumados llegaron a ser una auténtica “guerrilla de envidias”.<sup>80</sup>

Ante el crecido y creciente número de intelectuales y académicos que tuvo que cruzar entonces el Atlántico, La Casa de España se vio forzada a multiplicar sus servicios de intermediaria entre aquéllos y las principales instituciones mexicanas de educación su-

<sup>76</sup> Cfr. Carta de Daniel Cosío Villegas a Luis Montes de Oca, 23 de febrero 1939, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Creación CE, c. 1, exp. 2, ff. 9-13.

<sup>77</sup> Sobre las vicisitudes padecidas por los españoles refugiados en Francia, y sobre los admirables esfuerzos de las autoridades mexicanas, véase el conmovedor testimonio *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, México, El Colegio de México–Secretaría de Relaciones Exteriores–Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2000.

<sup>78</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 27 de junio de 1939.

<sup>79</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 5 y 13 de junio, 26 de julio de 1939.

<sup>80</sup> Carta de Alfonso Reyes a José Loredó Aparicio, citada en la nota 35.



perior y cultura.<sup>81</sup> Para resolver el asunto de las nuevas incorporaciones se llegó a pensar que algunos integrantes de La Casa fueran absorbidos definitivamente por alguna universidad de provincia.<sup>82</sup> La consecución de nuevas visas y recursos económicos trajo mayores preocupaciones. El propio Reyes confesó que pocas veces había tenido que laborar tan intensamente: la multiplicación de los refugiados le generó, una “inmensa trabajera”.<sup>83</sup>

El contexto político mexicano también incidió en la necesidad de diseñar cambios sustantivos: a finales de 1939 no sólo se habían agravado las condiciones en España sino que se acercaba el final de la presidencia de Lázaro Cárdenas, avizorándose, además, elecciones conflictivas.<sup>84</sup> Cualquiera que fuera el resultado de éstas, habría un cambio en la orientación política mexicana por el declive del proyecto reformista<sup>85</sup> y por el reciente estallido de la Segunda Gue-

<sup>81</sup> Véase Adolfo Martínez Palomo, “Médicos”, en *Científicos y humanistas del exilio español en México*, México, Academia Mexicana de Ciencias, 2006, pp. 127-141.

<sup>82</sup> “Informe sobre La Casa...”, de Alfonso Reyes, 22 de marzo de 1939, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Informes CE, c. 2, exp. 2, ff. 1-4. Véase también carta de Daniel Cosío Villegas a Francisco Vera, 20 de marzo de 1939, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Actividades CE, c. 2, exp. 7, f. 4.

<sup>83</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 18 de abril de 1939. Considérese que dos meses después Reyes asentó en su *Diario*: “el exceso abrumador de trabajo me viene de las muchas personas que quieren entrar en La Casa...” (27 de junio de 1939). Confesó “nunca” haber tenido “más actividad”, pero lo peor era que se trataba de un “inferior trabajo oficinesco” (19 de junio y 25 de septiembre de 1939).

<sup>84</sup> Para un análisis de las elecciones de 1940, que tuvieron como principales contendientes a Manuel Ávila Camacho y a Juan Andreu Almazán, véase Silvia González Marín, “Candidatos y campañas: la elección presidencial de 1940”, en Georgette José (coord.), *Candidatos, campañas y elecciones presidenciales en México. De la República Restaurada al México de la alternancia: 1867-2006*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, en prensa.

<sup>85</sup> Recuérdesse que desde finales de 1938 y principios de 1939 decayeron las decisiones progresistas, y sobre todo, que Cárdenas prefirió como sucesor al moderado Manuel Ávila Camacho sobre el progresista Francisco J. Múgica.



rra Mundial. Hombres avezados e imaginativos, Reyes y Cosío Villegas propusieron a Cárdenas que la institución se desligara del presidente y se convirtiera en una asociación civil, ajena a las presiones políticas.<sup>86</sup> Imposibilitada de seguir siendo un refugio temporal y exclusivo para intelectuales españoles, ahora tendría que convertirse en un centro educativo permanente y debería ensancharse, incorporando a investigadores mexicanos y a extranjeros no españoles.<sup>87</sup> En rigor, La Casa estaba obligada a cambiar hasta de nombre.<sup>88</sup> El objetivo era clarísimo: reducir la vulnerabilidad de una institución que había sido diseñada para ser temporal, incluso efímera, y que para colmo estaba personal, ideológica y políticamente identificada con el presidente saliente, quien fue el primero en entender y aceptar la necesidad del cambio, demostrando una vez más que era un gobernante realista. La transformación era obligada, inevitable; además era urgente, pues era muy conveniente hacerla todavía durante la presidencia de Cárdenas, que finalizaría el último día de noviembre de 1940.

#### ESCRIBO “MUY ACTIVAMENTE”

¿En verdad sólo dedicó Reyes los años de 1939 y 1940 al “inferior trabajo oficinesco”, como tantas veces lo lamentó?<sup>89</sup> Su queja debería matizarse si se contempla el número de páginas literarias es-

<sup>86</sup> Una semana antes de las elecciones, y con una evidente incertidumbre sobre sus resultados, Reyes confió a Pedro Henríquez Ureña: “estamos viendo nuestra institución a través del puente de las elecciones”. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 25 de junio de 1940, en *Epistolario íntimo*, III, p. 471.

<sup>87</sup> Entre otros, Reyes deseaba incorporar a Ángel Rosenblat y a Karl Vossler, ambos filólogos.

<sup>88</sup> Al principio se pensó en rebautizarla como Junta de Estudios Superiores “o alguna cosa semejante”. Cfr. *ARLC*, p. 296.

<sup>89</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 19 de junio y 25 de septiembre de 1939.



critas en ese lapso de tiempo. Resulta incuestionable que a lo largo de su carrera diplomática Reyes había aprendido a cuidar ciertas horas para dedicarlas a sus labores literarias. De hecho, dedicaba tanto tiempo a su trabajo de escritor que ello le había generado algunas llamadas de atención de las autoridades en la cancillería.<sup>90</sup> Si se revisan sus horarios de trabajo, la asiduidad literaria de Reyes sólo merece buenos adjetivos calificativos: admirable, conmovedora, ejemplar.

Para decirlo brevemente, sus trabajos como literato durante los dos años que duró La Casa de España fueron extenuantes: le quitaba horas al sueño; esquilma horas a la oficina, y los ‘fines de semana’ escribía “afanosamente”.<sup>91</sup> Además de que nunca interrumpió la escritura de su obra poética, el simple inventario de las principales obras en prosa hechas por Reyes durante esos dos años permite afirmar que procedió como un escritor adiestrado a compaginar sus responsabilidades de funcionario público con su vocación literaria. Por ejemplo, al regresar definitivamente a México trabajó en la organización de un libro, a titularse *Capítulos de literatura española (primera serie)*, conformado por sus principales artículos sobre literatura española ‘clásica’ elaborados entre 1915 y 1919, cuando fue colaborador de la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos de Madrid, encabezada por don Ramón Menéndez Pidal. Los temas del libro —el arcipreste de Hita, Lope de Vega, Quevedo, Ruiz de Alarcón y Gracián— seguramente serían del agrado de los españoles que desde hacía meses estaban trabajando en La Casa, algunos de los cuales los conocían por haber sido parte también del equipo de Menéndez Pidal, como Díez-Canedo, Millares Carlo y Moreno Villa. Acaso pueda verse como premonitorio que este libro le había sido solicitado por Cosío Villegas antes de que se incorporara a La Casa de España.<sup>92</sup>

<sup>90</sup> Véase nota 61.

<sup>91</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 28 de abril de 1939.

<sup>92</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 17 y 20 de febrero, 18 y 23 de abril de 1939.



Además de en numerosos artículos para diversos periódicos y revistas,<sup>93</sup> lo que Reyes llamaba ‘morralla’, se puso a trabajar en un libro a titularse *Páginas de historia*, el que pensaba proponer a la editorial Porrúa.<sup>94</sup> También se puso a organizar “un volumen de notas europeas que tal vez llamaré *A lápiz*”.<sup>95</sup> De otra parte, si bien pensó continuar la publicación de su periódico *Monterrey*,<sup>96</sup> pronto se dio cuenta de que al radicarse en México perdía la razón de ser su legendario correo literario. Por si esto fuera poco, a mediados de 1939 estuvo trabajando en *Los siete sobre Deva*,<sup>97</sup> y casi simultáneamente comenzó la redacción de su célebre ensayo autobiográfico y memorialístico *Pasado inmediato*, texto elaborado para conmemorar el Congreso de Estudiantes de 1910, en el que Reyes había representado a la Escuela de Jurisprudencia de Nuevo León.<sup>98</sup> Durante esos meses también estuvo “muy laborioso” en un libro antológico que pensaba titular *Entre el norte y el sur*,<sup>99</sup>

<sup>93</sup> Para una bibliografía exhaustiva de Reyes, véase James Willis Robb, *Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974.

<sup>94</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 28 de junio, 4 de julio y 25 de septiembre de 1939.

<sup>95</sup> *Ibid.*, 4 de julio de 1939. *A lápiz* fue publicado por Editorial Stylo en 1947; posteriormente se publicó en *Obras completas*, VIII.

<sup>96</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 4 y 6 de marzo de 1939. *Monterrey*. “*Correo literario de Alfonso Reyes*”, 14 números, Río de Janeiro-Buenos Aires, 1930-1937.

<sup>97</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 14 de mayo de 1939. *Los siete sobre Deva* fue publicado en 1942 en la colección Tezontle del Fondo de Cultura Económica y reapareció en el vol. XXI de sus *Obras completas*.

<sup>98</sup> *Ibid.*, 22 de agosto y 6 de septiembre de 1939. *Pasado inmediato* fue publicado, junto con otros ensayos, en 1941. Entre éstos destaca “El reverso de un libro”, concluido en octubre de 1939 y que se refiere a sus recuerdos sobre cómo elaboró los trabajos que conformaron *Capítulos de literatura española*. Véase el vol. XII de sus *Obras completas*. Para la participación de Reyes en el Congreso de Estudiantes, véase Garcíadiego, *Rudos...*, p. 50.

<sup>99</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 20 de noviembre de 1939. Fue publicado con el título *Norte y sur* en 1944 por la editorial Leyenda; posteriormente se publicó en el vol. IX de sus *Obras completas*.



y comenzó a preparar la segunda serie de sus *Capítulos de literatura española*, libro en el que habría de incluir sus ensayos sobre esos temas —Calderón de la Barca, Ruiz de Alarcón, San Juan de la Cruz y Pérez Galdós, por ejemplo— escritos entre 1917 y 1943: aunque copiar sus viejos trabajos sobre literatura española del ‘siglo de oro’ pudiera parecer una labor sencilla, Reyes aseguró que resultó “un lío eso de desenredar lo mío y lo ajeno en las reseñas anónimas de la *Revista de Filología Española*”.<sup>100</sup>

Sobre todo, Reyes dedicó las últimas semanas de 1939 y las primeras de 1940 a escribir “todo el día” su “Fastos de Maratón”, texto en memoria de su padre que planeaba utilizar como discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua y que habría de ser respondido por Enrique González Martínez.<sup>101</sup> También preparó durante ese tiempo su prólogo a la *Evolución política del pueblo mexicano*, de Justo Sierra.<sup>102</sup> Durante la primera mitad de 1940, y a pesar de que dedicó mucho tiempo a diseñar la institución en que habría de transformarse La Casa de España, Reyes pudo quedarse muchas veces “estudiando [...] encerrado en casa”. Los principales textos en los que trabajó entonces fueron un ensayo titulado “La Ciencia de la Literatura”, el que reconoce que se le “atascó un poco”, y las *Memorias de cocina y bodega*, bosquejadas en esos días.<sup>103</sup>

<sup>100</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 27 de noviembre y 2 de diciembre de 1939.

<sup>101</sup> El tema del discurso era un íntimo homenaje a su padre, pues siendo Reyes niño, su padre, destacadísimo militar, gustaba de explicarle esa antigua batalla. *Ibid.*, 26 de noviembre de 1939. La sesión de ingreso tuvo lugar el 19 de abril y se desarrolló en un ambiente “excelente y cordial”. La parte medular de ese discurso la publicó en *Junta de sombras*, México, El Colegio Nacional, 1949, pp. 144-167. Posteriormente apareció en el vol. xvii de sus *Obras completas*.

<sup>102</sup> *Ibid.*, 21 de diciembre de 1939.

<sup>103</sup> *Ibid.*, 24 y 27 de mayo, 4 y 10 de junio, 1 de julio, 6 y 15 de septiembre de 1940. *Memorias de cocina y bodega* fue publicada en la colección Tezontle del Fondo de Cultura Económica en 1953 y después reapareció en el vol. xxv de sus *Obras completas*.



El apreciable número de páginas publicadas entonces por Reyes se abultaría de considerar sus proyectos editoriales fallidos. Por ejemplo, durante esos dos años trabajó en un libro que debió haberse titulado *Orientaciones*, el que confió a un “falso editor”, y concibió un nuevo libro, *Analecta*, “con carácter de recuerdos”. Afortunadamente esos escritos no se perdieron sino que aparecieron tiempo después con otros títulos. Por ejemplo, *Orientaciones* pasó a llamarse *Tentativas y orientaciones* y fue publicado en 1944. Asimismo, partes de *Analecta* se convirtieron en *Pasado inmediato y otros ensayos*, pero aún queda la duda de cuál fue el destino de sus *Páginas de historia*.<sup>104</sup> Considérese además que la vida intelectual de Reyes no se reducía a la literatura. Si bien nunca se había dedicado con asiduidad a la docencia, lo cierto es que era un conferenciante muy dotado, versátil y accesible, de un saber enciclopédico. Esto explica que desde mediados de septiembre comenzara a preparar un “cursillo” que debía impartir en la Facultad de Filosofía y Letras en enero y febrero del año siguiente, con el tema de “La crítica en la era ateniense”.<sup>105</sup>

En síntesis, Reyes volvió a demostrar su capacidad para, simultáneamente, resolver los desafíos políticos y administrativos inherentes a su cargo y desarrollar su obra estrictamente literaria. Esto es, contó con la vocación y la estrategia necesarias para lograr que sus labores nunca fueran un rutinario trabajo burocrático.<sup>106</sup> De otra forma no

<sup>104</sup> En *Analecta* pensaba incluir “Reverso de un libro”, “Memoria a la Facultad”, “Pasado inmediato”, “Soldados de plomo”, “Historia natural de las Laranjeiras” y tal vez “Los sueños”. Respecto a *Orientaciones*, véase su *Diario*, cuaderno 7, 11 de febrero, 28-30 de marzo, 24 de abril y 18 de octubre de 1939. Se publicó como *Tentativas y orientaciones*, México, Nuevo Mundo, 1944, y luego en el vol. xi de sus *Obras completas*.

<sup>105</sup> *Ibid.*, 18 y 25 de septiembre, 6 y 13 de octubre de 1940. El curso fue publicado por El Colegio de México como libro en 1941, con el título *La crítica en la edad ateniense*, y después fue reproducido en el vol. xiii de sus *Obras completas*.

<sup>106</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 7, 19 de junio y 25 de septiembre de 1939.



se explicaría lo amplio y pródigo de su obra, pues ésta evidentemente pertenece a un escritor y lector de tiempo completo, incluidas largas jornadas en las madrugadas de sus muchos insomnios.

Como quiera que fuera, a mediados de 1940 la prioridad era garantizar la continuidad de La Casa, para lo que era obligado una reforma sustantiva. Afortunadamente, además de su resistencia para el trabajo literario, también asombra su sensibilidad y capacidad políticas. Como decía Cosío Villegas de su forma de dirigir La Casa —“autoridad que no se siente, cordialidad que sí se siente”—,<sup>107</sup> la principal virtud de la estrategia política de Reyes es que la aplicaba en forma imperceptible.

#### LA GRAN TRANSFORMACIÓN

El proceso de cambio se prolongó casi un año, quedando constituido El Colegio de México entre septiembre y octubre de 1940. Sus miembros ya no serían exclusivamente españoles afectados por la Guerra Civil y contaría con propósitos educativos propios, sin obligación de colocar a sus miembros en labores temporales —y en ocasiones incluso extracurriculares— en otras instituciones educativas y culturales del país. Además, tendría instalaciones propias, estaría integrado al sistema educativo público del país y quedaría limitado “a cosas de tipo escolar o investigaciones científicas”.<sup>108</sup> Sobre todo, ya no sería una institución vinculada al proyecto político del presidente Cárdenas. El obligado giro atemorizó a algunos de los españoles, los que llegaron a elucubrar sobre la conveniencia y posibilidad de que ellos permanecieran administrando una institución

<sup>107</sup> Carta de Cosío Villegas a Alfonso Reyes, 2 de diciembre de 1939, en *Testimonios de una amistad*, p. 70.

<sup>108</sup> “Estoy muy atareado en la reorganización de El Colegio”, le confió Alfonso Reyes a su amigo Martín Luis Guzmán el 22 de noviembre de 1940. Cfr. *Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, Fernando Curiel (ed. pról., notas y apéndice), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 152.



propia, distinta a la de Cosío y Reyes. Al enterarse este último de dicha aspiración, exclamó que era una intriga “necia” y “ridícula”.<sup>109</sup>

En rigor, más que de un cambio se trataba de una auténtica redefinición —“mudanza total”<sup>110</sup> la llamó Reyes—, pues se buscaba desligarla del gobierno y convertirla en una ‘asociación civil’, para darle autonomía, aunque al mismo tiempo se buscaba integrarla cabalmente al sector educativo nacional.<sup>111</sup> De otra parte, sólo permanecerían los humanistas y los científicos sociales, quedando fuera los dedicados a las llamadas ciencias ‘duras’ y los dedicados a la profesión médica.<sup>112</sup> También se decidió que se incorporaran intelectuales de otras nacionalidades. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos realizados no fue posible atraer a los franceses Paul Rivet y Jules Romain, ni al dominicano Pedro Henríquez Ureña,<sup>113</sup> por lo que la institución siguió siendo étnica y culturalmente hispana, aunque en rigor los intelectuales españoles exiliados en México se habían ‘europeizado’ gracias a las becas de la Junta de Ampliación de Estudios, por lo que no trajeron a México una cultura meramente nacional.<sup>114</sup> De cualquier modo, una característica compartida por La Casa y El

<sup>109</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 16 de octubre y 27 de noviembre de 1940.

<sup>110</sup> *Ibid.*, 26 de octubre de 1940.

<sup>111</sup> Memorándum “Antecedentes para la transformación...”, citado en la nota 34.

<sup>112</sup> Reyes afirmó claramente que en la nueva institución no tendrían cabida aquellos elementos “que habían comenzado a ejercer su profesión, por no ser verdaderos elementos académicos”. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a José Loredo Aparicio, citada en nota 35. Ya desde finales de 1939 Reyes había informado al presidente Cárdenas de las quejas de los médicos mexicanos por la competencia laboral generada por sus pares españoles. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 10 de noviembre de 1939. Véase también *ARLC*, pp. 269-270.

<sup>113</sup> Los intentos por incorporar al célebre dominicano, en Beatriz Garza Cuarón, “La herencia filológica de Pedro Henríquez Ureña en El Colegio de México”, *Revista Iberoamericana*, México, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 142, enero-marzo de 1988, pp. 321-330.

<sup>114</sup> Para la Junta de Ampliación de Estudios, véase el número monográfico del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, IIa. época, 63-64, diciembre de 2006.



Colegio fue el origen común de sus miembros. Si bien otros intelectuales españoles se radicaron en algunos países latinoamericanos o en Estados Unidos, trabajaron en forma aislada en diversas universidades, por lo que tuvieron un impacto menor, más diluido. En cambio, La Casa y El Colegio permitieron la concentración física de los intelectuales españoles, dándole una muy particular identidad a ambas instituciones, una personalidad muy característica, obteniendo como resultado una labor más eficiente y cohesionada.

Es incuestionable que los nuevos contextos exigieron que la institución que se llamaría El Colegio de México buscara un sitio propio en la educación superior mexicana. Acertadamente, no se constituyó como una escuela universitaria típica sino que optó por convertirse en una institución que sólo ofreciera posgrados y en la que su personal pudiera dedicarse más a la investigación que a la docencia. Así, sería complementaria y cubriría un espacio urgente de atender: la investigación y la enseñanza de alto nivel en humanidades y ciencias sociales, para lo que tuvo que desprenderse de los científicos ‘duros’. Dado que tenía que limitarse a labores estrictamente educativas, también sufrieron el recorte los músicos, pintores y creadores literarios: el primero en abandonar La Casa fue el poeta León Felipe.<sup>115</sup> Si a los físicos, químicos, biólogos o médicos se les encontró acomodo en la Universidad Nacional, en el Politécnico y hasta en el sistema hospitalario mexicano,<sup>116</sup> los escritores

<sup>115</sup> Cfr. Soler, *La casa del éxodo*, pp. 11-12. Respecto al pintor Antonio Rodríguez Luna, La Casa le concedió una beca a cambio de que hiciera una exposición, misma que fue inaugurada en diciembre de 1940 y de la que Rodríguez Luna obsequió a la institución un cuadro que habría de escoger Alfonso Reyes. Cfr. AHCM, Subsección La Casa de España, Serie Correspondencia Institucional y documentos de trabajo, c. 20, exp. 12, ff. 1, 2, 5 y 7.

<sup>116</sup> Para su incorporación al Politécnico, véase la obra citada en la nota 2. Para su integración a la Universidad Nacional, véase María Luisa Capella, *El exilio español y la UNAM*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. Véase también *Cincuenta años del exilio español en la UNAM*, México, Coordinación de Difusión Cultural, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.



habrían de encontrar cobijo en diversas editoriales, ya fuera el Fondo de Cultura Económica, o empresas creadas por ellos mismos, como la editorial Séneca.<sup>117</sup> Considérese que desde un principio se vaticinó que los intelectuales españoles beneficiarían enormemente a la todavía pobre industria editorial mexicana.<sup>118</sup>

La transformación era obligada, pues se preveía la merma de apoyos económicos y políticos con la salida del presidente Cárdenas. Sus dos directivos estaban convencidos de que no había opciones a medias ni subterfugios posibles. Sabían perfectamente el riesgo que amenazaba a la institución; por eso Reyes señaló que lo más importante en esa coyuntura era “salvar el tránsito político”.<sup>119</sup> Con todo, la transformación no acabó con los ideales originales, y El Colegio pudo seguir siendo una institución pequeña y altamente profesionalizada, integrada ya al sistema educativo nacional pero sin duplicidades con otras instituciones, riesgo en todo caso menor, pues no existían los posgrados ni la investigación profesionalizada en humanidades y ciencias sociales.<sup>120</sup>

El impacto de La Casa fue profundo a pesar de su corta vida. Gracias a ella mejoraron la ciencia, la cultura y la educación supe-

<sup>117</sup> Cfr. Díaz Arciniega, *Historia de la casa...*, véase también su “Séneca, por ejemplo. Una casa para la resistencia, 1939-1947”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas, celebradas en El Colegio de México en noviembre de 1996*, México, El Colegio de México–Residencia de Estudiantes, 1999, pp. 209-254. También debe consultarse el trabajo citado de Fernando Serrano Migallón, *Inteligencia peregrina*.

<sup>118</sup> Carta de Pedro de Alba, subdirector de la Unión Panamericana, a Daniel Cosío Villegas, 2 de febrero de 1939, en AHCM, Subsección DCV, Subserie Informes CE, c. 2, exp. 5, f. 1. De Alba le aseguró que con los españoles México podría convertirse “en un centro editorial de primera categoría”.

<sup>119</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 25 de junio de 1940, en *Epistolario íntimo*, III, p. 471, y carta de Alfonso Reyes a José Loredó Aparicio, citada en la nota 35.

<sup>120</sup> Para la historia de los institutos de investigación, véase VV. AA., *Las humanidades en México, 1950-1975*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.



rior mexicanas, haciéndolas más modernas y dándoles mayores fundamentos y mejores raíces. Su impacto no puede ser minimizado. Trajo a México el nuevo pensamiento europeo, el que estaba ausente de México desde que coincidieron la Primera Guerra Mundial y la nacionalista Revolución mexicana.<sup>121</sup> Los exiliados que colaboraron en La Casa de España no solamente introdujeron en México a los principales intelectuales mundiales de la época sino que permitieron el conocimiento de los autores ‘clásicos’ de varias disciplinas, pues su labor de traducción fue tan intensa como su función docente: considérese que un par de años después de su llegada a México empezaron a aparecer traducciones de Husserl, Kant, Adam Smith, Hume, Vico, Cicerón y otros clásicos grecolatinos.<sup>122</sup> La modernización del conocimiento fue tan intensa, que hasta incluyó la secularización del latín y de la crítica de arte sacro.<sup>123</sup> También trajeron algunas carreras científicas poco practicadas aquí, y profesionalizaron disciplinas humanísticas que en México solían ser practicadas por aficionados. Sobre todo, revirtieron el nacionalismo cultural impuesto por la Revolución mexicana. Gracias a los intelectuales españoles la cultura mexicana se hizo más cosmopolita.

<sup>121</sup> Acaso el intento anterior por traer al país lo más moderno del pensamiento occidental fue el del Ateneo de la Juventud, hacia 1910, aunque en términos literarios éste también fue el objetivo del grupo de *Contemporáneos*, a finales de los años veinte.

<sup>122</sup> Como ya se dijo, desde el momento de su llegada comenzaron a colaborar en el Fondo de Cultura Económica, ya fuera coordinando colecciones o traduciendo grandes obras, tanto antiguas como modernas. Entre los más importantes destacaron Josep Carner, José Gaos, Eugenio Ímaz, José Medina Echavarría, Manuel Pedroso y Joaquín Xirau, entre otros. Cfr. Díaz Arciniega, *Historia de la casa...* Véase también Luis González, “Historiadores”, pp. 366-367. Para conocer los nombres de las obras y de sus traductores, cfr. *Autores y traductores del exilio español en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

<sup>123</sup> En este aspecto destacan las labores de Agustín Millares Carlo y de José Moreno Villa. Para un atinado alegato en favor de la obra de este último, véase Luis González, “Historiadores”, p. 367.



Aunque La Casa de España apenas duró escasos dos años, su memoria y su prestigio serán imperecederos. Se le recordará por sus motivos humanitarios y por sus frutos intelectuales. Sobre todo, dejó tres grandes lecciones: que la pertinencia de una institución depende de lo atinado y lo imaginativo de su proyecto fundacional; que la calidad de las instituciones no depende ni de su tamaño ni de su presupuesto, y que juntas, inteligencia, disciplina y vocación, son capaces de vencer los peores obstáculos. Dado que todos los miembros de La Casa habían sido miembros de alguno de los diversos esfuerzos vinculados a la Institución Libre de Enseñanza —la Junta de Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes o el Centro de Estudios Históricos, entre otros—, heredaron su ‘espíritu’ y sus ‘principios’: compromiso a ultranza con la labor docente y prioridad absoluta al rigor en los estudios e investigaciones de temas auténticamente académicos.<sup>124</sup> Hoy, a setenta años de distancia, La Casa sigue siendo aleccionadora. No requiere una historia mítica, bronceada: fue una institución con problemas reales y con aciertos concretos. Es preciso conocer ambos para obtener mejor provecho de su legado.

También es importante reconocer la capacidad gestora de Alfonso Reyes, para tener una visión más cabal de su biografía. Contra lo que pudiera pensarse, Reyes no fue solamente un hombre libresco, un ‘picado de la araña’,<sup>125</sup> encerrado en su ‘capilla’ como si ésta fuera una hermética ‘torre de marfil’. Alfonso Reyes fue también un habilísimo diplomático,<sup>126</sup> y un admirable creador y director de instituciones, como lo prueba su gestión en La Casa de España y

<sup>124</sup> Para todo lo relacionado con esta extraordinaria labor educativa española de entresiglos, véase Antonio Jiménez Landi, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, 4 vols., Madrid, Editorial Complutense, 1996.

<sup>125</sup> Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán, de 19 mayo de 1953, en *Medias palabras*, pp. 163-164. Reyes le explica: ‘picado de la araña’ significa “dado a la poesía, que vivía en las nubes y no entendía de cosas prácticas”.

<sup>126</sup> Véase Javier Garcíadiego, “Alfonso Reyes. Cosmopolitismo diplomático y universalismo literario”, citado en la nota 53.



luego en El Colegio de México. Es preciso reconocer, por último, que Reyes vivió intensamente sus tiempos, que fue un hombre auténticamente preocupado por su país y por el mundo.<sup>127</sup> También en este sentido debe entenderse el epíteto que sostiene que Reyes fue un mexicano universal.

<sup>127</sup> A poco de fundado El Colegio, para estudiar la problemática generada por el estallido de la Segunda Guerra Mundial se creó la colección Jornadas. Algunos de los primeros títulos fueron *Prólogo al estudio de la guerra*, de José Medina Echavarría; *Efectos sociales de la guerra*, de Vicente Herrero; *Efectos económicos de la guerra*, de Josué Sáenz, y *La prevención de la guerra*, de Manuel M. Pedroso.







## ALFONSO REYES, HELENISTA MEXICANO\*

*En recuerdo de don José Luis Martínez,  
reyista y helenista*

Para intentar dilucidar la naturaleza del helenismo de Alfonso Reyes debemos conocer sus antecedentes y sus inicios, así como sus alcances, objetivos y carácter: ¿Cuándo empezó Reyes su acercamiento al mundo griego? ¿Cuáles fueron las fuentes de su conocimiento de la cultura, el pensamiento y la historia de la Grecia antigua? ¿Fue el suyo un conocimiento académico, erudito? ¿Cuáles fueron sus principales aportaciones al conocimiento y a la difusión de aquel momento esplendoroso, cuna de la llamada civilización occidental? ¿Fue el suyo un interés meramente intelectual? ¿Qué fue en verdad Reyes, un humanista o un helenista? ¿Cuál fue su impacto? ¿Cuál es su legado?

## I

Para responder los anteriores cuestionamientos acudo a la perspectiva biográfica, comenzando por recordar que Alfonso Reyes nació en la industriosa ciudad de Monterrey a finales del siglo XIX, siendo su padre un muy destacado político y militar. El hombre más poderoso en todo el noreste de México, se decía que era uno de los más probables

\* Texto inédito. La versión original fue leída el 19 de diciembre de 2011 como discurso de aceptación del *Doctorado Honoris Causa* que me otorgó la Universidad de Atenas, en Grecia.



sucesores de Porfirio Díaz.<sup>1</sup> A su muerte, la figura del general Bernardo Reyes fue abiertamente sublimada por su hijo el escritor, quien adjudicó a su padre una apreciable cultura histórica y literaria. Lo recordaría explicándole, siendo él todavía un niño, la batalla de Maratón y las campañas militares de Alejandro Magno y Julio César. Generoso con el padre inmolado, Reyes llegó a decir que él despertó su curiosidad por la Antigüedad clásica en aquellas lecciones hogareñas.<sup>2</sup>

Al terminar su adolescencia Reyes se trasladó a la Ciudad de México para concluir los estudios preparatorianos y hacer la carrera de Derecho, primero en la Escuela Nacional Preparatoria y lue-

<sup>1</sup> Bernardo Reyes nació en Guadalajara, Jalisco, en 1850. Participó en la defensa contra la Intervención francesa; fue jefe de Operaciones Militares en varios estados de la República; estuvo al frente de la pacificación del noreste del país como jefe de la Tercera Zona Militar y destacó como gobernador del estado de Nuevo León. En 1900 fue secretario de Guerra y Marina, pero hacia finales de 1902 fue excluido del gabinete de Porfirio Díaz y tuvo que reincorporarse a la gubernatura de Nuevo León. Por su lealtad al presidente, rechazó la propuesta de sus seguidores de lanzarse como candidato a la vicepresidencia en 1910 y, en cambio, accedió a viajar a Europa para estudiar la organización y los sistemas de reclutamiento militar. El objetivo de Díaz era excluirlo de la contienda electoral. Luego del triunfo revolucionario de Francisco I. Madero, Reyes regresó a México en 1911 y fraguó una rebelión, por lo que fue encarcelado. Junto con Félix Díaz, quien también se encontraba preso, organizó un nuevo levantamiento, mediante el que fue liberado por sus partidarios el 9 de febrero de 1913; sin embargo, ese mismo día, durante la refriega en Palacio Nacional, murió en combate.

<sup>2</sup> Alfonso Reyes explica en su texto *Fastos de Maratón* que “entre los papeles” de su padre había encontrado “cierto dibujo o esquema sobre la batalla de Maratón. A la sugestión de aquel simple trazo fueron creciendo mis lecturas, mis notas”; en *Parentalia* señala que “los temas de las charlas eran variados. Tratábamos de poesía y de historia, que eran las lecturas predilectas de mi padre [...] La heroica antigüedad era su constante pasto espiritual, y el arte, una afición sólo interrumpida por los apremios del deber público”. Cfr. Alfonso Reyes, *Obras completas*, 26 tt., México, Fondo de Cultura Económica, 1955-1993, xvii, p. 350, y xxiv, pp. 401-402 (en adelante *OC*). También consúltese Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1976, p. 35.



go en la de Jurisprudencia. Comprensiblemente, encontró poco estimulante el positivismo imperante en ambas instituciones, pues era una filosofía pedagógica que no daba cabida a las humanidades, y menos a la lectura de los ‘clásicos’ antiguos.<sup>3</sup> El ya aspirante a escritor tuvo que colmar sus inquietudes humanísticas fuera de aquella desabrida docencia. Primero se integró al grupo de jóvenes que hacían la revista *Savia Moderna* y luego fue uno de los creadores de la Sociedad de Conferencias y Conciertos.<sup>4</sup> Junto con otros de sus miembros fundadores —Ricardo Gómez Robelo y Jesús T. Acevedo— Reyes comenzó a leer a los ‘clásicos’ griegos.

¿En qué condiciones leyeron Reyes y sus amigos a los autores de la Antigüedad? ¿En qué ediciones lo hicieron? ¿Cuáles eran sus objetivos? ¿Cuáles fueron sus resultados y consecuencias? Dado que en su educación formal no recibían instrucción alguna sobre la antigua literatura griega —¡mucho menos de la lengua helénica!—, su lectura comenzó siendo rudimentaria, propia de autodidactas, sin apoyo institucional alguno. Como México carecía de una tradición de helenistas,<sup>5</sup> las pocas referencias que estos jóvenes tenían del mundo cultural griego procedían de algunos poetas y escritores modernistas, como el nicaragüense Rubén Darío y el orador mexicano Jesús

<sup>3</sup> A finales de octubre de 1901, siendo secretario de Instrucción Pública Justino Fernández, subsecretario Justo Sierra y director de la Escuela Nacional Preparatoria Manuel Flores, se implementó una serie de cambios al plan de estudios preparatorio: se eliminó el latín como asignatura obligatoria, pues se trataba de “una lengua muerta”, y se aumentó a cuatro años el estudio del inglés. Cfr. Clementina Díaz y de Ovando, *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días, 1867-1910*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, p. 225; Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, 2, p. 70. Para un análisis general de la educación durante el gobierno de Díaz véase Mílada Bazant, *Historia de la educación durante el Porfiriato*, México, El Colegio de México, 1993.

<sup>4</sup> Javier Garciadiego, *Alfonso Reyes*, México, Planeta DeAgostini, 2002, pp. 21-28.

<sup>5</sup> Cfr. Carlos Montemayor, “El helenismo de Alfonso Reyes”, *Vuelta*, 13, 154, septiembre de 1989, pp. 12-16.



Urueta.<sup>6</sup> También sabían de los reconocimientos que le hacían los poetas parnasianos franceses, el italiano Gabriel D'Annunzio y, sobre todo, sabían de los elogios que a principios del siglo xx le había tributado el pensador uruguayo José Enrique Rodó.<sup>7</sup>

Contaron, sí, con la guía de Pedro Henríquez Ureña, joven dominicano avecindado en México y quien aventajaba a sus compañeros por su rigurosa formación y su amplio abanico de lecturas.<sup>8</sup> Amigo y preceptor de todo el grupo, Henríquez Ureña pidió a su padre, un hombre de notable cultura,<sup>9</sup> que le enviara de Europa libros de los autores griegos fundamentales, así como algunas reconocidas obras de crítica, a lo que respondió enviándole un paquete de libros, básicamente en inglés, entre los que estaba el *Greek Studies*, de Walter Pater, publicado a finales del siglo xix.<sup>10</sup>

<sup>6</sup> Jesús Urueta nació en la ciudad de Chihuahua en 1867. Fue seguidor del movimiento revista, diputado del bloque renovador en la XXVI Legislatura y, entre 1914 y 1915, fungió como responsable de las relaciones exteriores de la facción encabezada por Venustiano Carranza. Escribió, entre otras obras, *Alma poesía*, texto en el que abordó el tema de la literatura griega. Murió en 1920, en Argentina. Probablemente fue profesor de Reyes en la Escuela Nacional Preparatoria.

<sup>7</sup> Véase Alfonso Reyes, *Rodó*, en *OC*, III, pp. 134-137.

<sup>8</sup> Para su estancia en México véanse Alfredo Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, y de Enrique Krauze, "El crítico errante: Pedro Henríquez Ureña", en *Memoria del Segundo Encuentro sobre Historia de la Universidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, pp. 13-49, y *Pedro Henríquez Ureña*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000.

<sup>9</sup> El padre de Pedro, Francisco Henríquez y Carvajal, destacó como médico y político. Fue ministro de Relaciones y en 1916 asumió la presidencia de la República Dominicana. Poco después tuvo que salir al exilio por una serie de situaciones hostiles con Estados Unidos. Su esposa —y madre de Pedro— fue la notable poetisa y pedagoga Salomé Ureña.

<sup>10</sup> La traducción al español que hizo Pedro Henríquez Ureña de *Greek Studies* se publicó en 1908, por entregas, en la *Revista Moderna de México*. Cfr. Susana Quintanilla, *Nosotros: La juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets, 2008, pp. 70 y 300.



Emprendedor, e indiscutiblemente autoritario, Henríquez Ureña decidió que deberían organizar un ciclo de conferencias, acorde con el objetivo de su asociación, la Sociedad de Conferencias, pronto convertida en el Ateneo de la Juventud. Para prepararlas debidamente debían hacer lecturas colectivas, con sus respectivas discusiones. La lista de autores y obras fue precisa: “doce cantos épicos, seis tragedias, dos comedias, nueve diálogos, Hesiodo, himnos, odas, idilios y elegías”.<sup>11</sup> Además, Henríquez Ureña dispuso que se leyera a los principales estudiosos de la literatura griega: Karl Otfried Müller, John Ruskin, Walter Pater y Gilbert Murray, entre otros.<sup>12</sup>

El listado de Henríquez Ureña era preciso y excluyente, al grado de advertir a Reyes que no leyera toda la obra de Platón sino sólo los *Diálogos* dispuestos: *La República*, *Las Leyes*, *Fedro*, *Fedón*, *El Banquete*, *Protágoras*, *Gorgias*, *Parménides*, *Timeo*, *Teeteto* y *Critias*.<sup>13</sup> La ausencia de Homero no era un olvido de Henríquez Ureña, sino que suponía que todos los amigos lo habían leído. Por lo menos Alfonso Reyes lo había hecho desde finales de 1907, en la traduc-

<sup>11</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 31 de enero de 1908, en *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Epistolario íntimo (1906-1946)*, 3 vols., Juan Jacobo de Lara (comp.), República Dominicana, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1981-1983, I, pp. 35-40 (en adelante *Epistolario PHU-AR*).

<sup>12</sup> El alemán Karl Otfried Müller destacó por su conocimiento sobre historia de Grecia clásica, fue profesor de literatura antigua y entre sus obras destaca *Geschichter hellenischen Stämme und Städte*. John Ruskin, de nacionalidad inglesa, destacó por su calidad como escritor y crítico de arte; estudió e impartió clases en Oxford; autor, entre otras obras, de *Modern Painters* y *The Seven Lamps of Architecture*. Walter Pater, inglés, fue historiador de arte y notable ensayista; estudió filosofía griega en Oxford; influyó en Oscar Wilde y George Moore. Entre sus trabajos más importantes destacan *Marius the Epicurean* y *Plato and Platonism*. Gilbert Murray nació en Australia; se dedicó al estudio de la antigua cultura griega; impartió clases de griego en las universidades de Glasgow y Oxford; autor, entre otras obras, de *The Rise of the Greek Epic* y *Five Stages of Greek Religion*.

<sup>13</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 31 de enero de 1908, en *Epistolario PHU-AR*, I, pp. 35-40.



ción francesa en prosa de Leconte de Lisle, y no en la “inmunda traducción” española de José Gómez Hermosilla.<sup>14</sup>

Si bien el ciclo de conferencias no fue finalmente organizado, algunos de los miembros del grupo, Reyes entre ellos, cumplieron con sus lecturas y participaron en las discusiones. A él le había correspondido el tema de la tragedia griega. De las lecturas colectivas quedó un vívido recuerdo. Sucedió que una noche leyeron *El Banquete* de Platón, representando cada uno de los presentes a algún personaje del diálogo. Como al Quijote, la noche se les pasó “de claro en claro”. Concluyeron al amanecer y sólo entonces se dieron cuenta de que había llovido toda la noche.<sup>15</sup>

De aquellos primeros años en que Alfonso Reyes vivió en la Ciudad de México, sus mayores experiencias fueron haber comenzado su definitiva amistad con quienes conformaron el Ateneo,<sup>16</sup> y haber entrado en contacto con la literatura griega. Como le dijera Reyes a un amigo de la infancia que ya tenía aspiraciones poéticas: en la capital del país había encontrado “¡nada menos que a la Grecia!”.<sup>17</sup>

El descubrimiento de la literatura griega por el joven Reyes puede definirse como una fascinación inmediata. Su arrobamiento fue tal, que sus amigos comenzaron a apodarlo Euforión, porque era

<sup>14</sup> Efectivamente, en la Capilla Alfonsina se encuentra la *Iliada* traducida por De Lisle. En la Capilla Alfonsina también se encuentra la traducción de Gómez Hermosilla, publicada en Madrid en 1877. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Ignacio H. Valdés, 24 de octubre de 1907, en *Correspondencia Alfonso Reyes-Ignacio Valdés, 1904-1942*, Aureliano Tapia Méndez (ed.), Monterrey, Nuevo León, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2000, pp. 215-219 (en adelante *Correspondencia AR-IHV*).

<sup>15</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Pasado inmediato*, en *OC*, XII, p. 212. Respecto al tema de su conferencia, véase carta de Alfonso Reyes a Ignacio Valdés, 30 de noviembre de 1908, en *Correspondencia AR-IHV*, pp. 233-235.

<sup>16</sup> Véanse Fernando Curiel, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, y Susana Quintanilla, *Nosotros: La juventud del Ateneo de México*.

<sup>17</sup> Carta de Alfonso Reyes a Ignacio Valdés, 4 de marzo de 1906, en *Correspondencia AR-IHV*, p. 146.



apto para “todo noble ejercicio del alma”.<sup>18</sup> Si bien al principio leyó a Platón en una de las modestas ediciones de la “Biblioteca Económica Filosófica”, que publicara don Antonio Zozaya en Madrid a principios del siglo xx, pronto Reyes encargó a Europa varios libros antiguos: una *Antologie Grecque*, Tucídides, Lucano, Luciano de Samósata, Platón y Ovidio completos.<sup>19</sup> Las secuelas de dichas lecturas fueron inmediatas. Para comenzar, buscó en los preceptos platónicos la orientación de su actividad no sólo literaria sino vital, decidiendo desde entonces que buscaría siempre la medida, no por prudencia sino por estética.<sup>20</sup> Además, impactó su propia poesía, tanto en la temática como en el estilo. Pedro Henríquez Ureña, su amigo, mentor y primer crítico literario, encontró en su poesía temprana que la “explosión” juvenil —“primaveral”, dice Henríquez Ureña— se templaba “con la serenidad del estudio”, y que su precoz “educación estética” era producto del “cultivo de la poesía arcaica”.<sup>21</sup>

Comprensiblemente, los estudios realizados para la frustrada conferencia dieron lugar a un ensayo de temática griega. En efecto, el primer libro de Reyes, *Cuestiones estéticas*, comienza con un escrito sobre “Las tres Electras del teatro ateniense”, fechado en 1908, cuando Reyes aún no cumplía los veinte años, y dedicado, como era previsible, a Henríquez Ureña. Desde entonces conoció a Esquilo, Sófocles y Eurípides; desde entonces se enamoró de Electra, distinta en cada uno de ellos: en el primero, una figura “delicada”, tenue y hasta

<sup>18</sup> En la conferencia leída por José Vasconcelos en la Universidad de San Marcos, en Lima, Perú, el 26 de julio de 1916, se refiere a Alfonso Reyes como Euforión. Véase la reproducción de ésta en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna (pról., notas y recopilación de apéndices), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, p. 131.

<sup>19</sup> Carta de Alfonso Reyes a Ignacio Valdés, 1 de octubre de 1907, en *Correspondencia AR-IHV*, pp. 209-210.

<sup>20</sup> Carta de Alfonso Reyes a Ignacio Valdés, 24 de diciembre de 1907, en *ibid.*, pp. 224-225.

<sup>21</sup> Véase el artículo de Pedro Henríquez Ureña, “Genius platonis (Alfonso Reyes en 1907)”, en *Revista de la Universidad de México*, 2-3, octubre-noviembre de 1980, p. 12, que incluye una nota preliminar de José Emilio Pacheco.



patética, la pura “representación del dolor”; en el segundo, una virgen “rebelde, tenaz y despótica”; en el último, Electra tiene “color humano”, “toda la admirable complicación de las cosas del mundo”.<sup>22</sup>

## II

La temprana asiduidad de trato que Reyes tuvo con la literatura griega no pudo prolongarse. La política familiar primero y la violencia revolucionaria después redefinieron sus actividades. Entre 1908 y 1909 hubo un gran movimiento sociopolítico en favor de que su padre fuera el sucesor de Díaz, y no un miembro de la otra facción porfirista escogida por éste; frustrada esta posibilidad, hubo quienes pretendieron que el general Bernardo Reyes compitiera contra Díaz en las elecciones de 1910. El curso de la historia sería distinto: ese año estalló la violencia revolucionaria y Alfonso Reyes pasó de gozar días *alciónicos* a padecer días aciagos,<sup>23</sup> cuando su padre se rebeló contra el presidente Madero. Derrotado y encarcelado, luego fue liberado por sus partidarios para que encabezara un golpe contrarrevolucionario. Bernardo Reyes murió en su intento de tomar Palacio Nacional.

A pesar de la muerte del general Reyes, triunfó el intento contrarrevolucionario y en el gobierno usurpador figuró el hermano mayor de Alfonso, Rodolfo.<sup>24</sup> Para eludir toda colaboración con el nuevo

<sup>22</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Las tres electras*, en *OC*, t. I, pp. 15, 17, 23, 31, 38.

<sup>23</sup> Para Alfonso Reyes y Antonio Caso los días “alciónicos” eran aquellos “dedicados al cultivo de la amistad, la lectura, las disquisiciones filosóficas y la experimentación literaria”; para Pedro Henríquez Ureña eran “los días singulares que vivió en compañía de Caso y Reyes”. Cfr. Susana Quintanilla, *Nosotros: La juventud del Ateneo de México*, pp. 68-76. Respecto al término “aciago”, véanse los días 3, 7, 15 y 16 de septiembre de 1911 de su *Diario*, en los que señala que existía una “atmósfera impropicia (¿o propicia?) a mis ejercicios espirituales”. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario I*, Alfonso Rangel Guerra (ed.), México, Fondo de Cultura Económica—El Colegio de México, 2010, pp. 3-8.

<sup>24</sup> Véase Javier Garciadiego, *Política y literatura: las vidas paralelas de los jóvenes Rodolfo y Alfonso Reyes*, México, Centro de Estudios de Historia de



gobierno, Alfonso Reyes aceptó un puesto diplomático menor en la legación de México en Francia.<sup>25</sup> Todo indicaba que su destino sería padecer los errores políticos cometidos por su familia. Al triunfar los revolucionarios a mediados de 1914, el personal diplomático fue cesado. Para colmo, en Europa estallaba la Primera Guerra Mundial, por lo que se hizo imposible permanecer en París. Reyes se radicó en la neutral España, donde podría encontrar mejores posibilidades laborales. Para mantener a su familia tuvo que convertirse en un ‘ga-leote literario’:<sup>26</sup> escribió periodismo cultural, editó ‘clásicos’ como el *Mío Cid*, y a Juan Ruiz de Alarcón y Baltasar Gracián; tradujo a autores como Robert Louis Stevenson y Gilbert K. Chesterton; además, colaboró con el equipo de filólogos del Centro de Estudios Históricos, encabezado por don Ramón Menéndez Pidal;<sup>27</sup> incluso escribió crítica cinematográfica bajo el seudónimo de Fósforo.<sup>28</sup>

Comprensiblemente, durante esos años de difícil supervivencia Reyes pareció olvidarse de la literatura griega.<sup>29</sup> Sin embargo, a mediados de 1920 hubo un cambio político en México que le permi-

México Condumex, 1990. También consúltese Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas*, 2 vols., Madrid, Biblioteca Nueva, 1929-1930.

<sup>25</sup> Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México—Gobierno del Estado de Nuevo León, 1990.

<sup>26</sup> Javier Garcíadiego, “Alfonso Reyes y España: exilio, diplomacia y literatura”, en *Reyes, Borges, Gómez de la Serna: rutas trasatlánticas en el Madrid de los años veinte*, Julio Ortega (comp.), México, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey—Orfila, 2011, pp. 75-96.

<sup>27</sup> Cfr. José María López Sánchez, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

<sup>28</sup> Véanse Héctor Perea, *La caricia de las formas (Alfonso Reyes y el cine)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1988, y *Fósforo, crónicas cinematográficas. Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán*, Héctor Perea (pról.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000.

<sup>29</sup> Durante sus años españoles Alfonso Reyes publicó una página semanal en *El Sol* y en *España*. Estos breves textos están agrupados en las cinco series de *Simpatías y diferencias*, publicadas entre 1921 y 1926. Hacia 1945 Editorial Porrúa las publicó en dos volúmenes, con prólogo de Antonio Castro Leal.



tió recuperar su puesto diplomático, dejando así su condición de exiliado. El problema es que Reyes comenzó entonces a colaborar con el gobierno posrevolucionario mexicano, el que era íntima y profundamente contrario a su familia. Alfonso Reyes decidió entonces enfrentar su destino, resuelto a dejar de pagar culpas ajenas. Acudió entonces, otra vez, a la literatura griega: entre agosto y septiembre de 1923 escribió un “poema dramático” titulado *Ifigenia cruel*.<sup>30</sup>

El mito de Ifigenia, bien conocido desde los tiempos antiguos,<sup>31</sup> fue recreado por Reyes, adaptándolo de una manera muy personal: Ifigenia habría de ser sacrificada por su padre, Agamenón, quien deseaba que los dioses le dieran a cambio buenos vientos en su trayecto a Troya. Ifigenia fue salvada por la diosa Artemisa, quien la hizo su oficiante en el templo de Táuride, convirtiéndose en una cruel y amnésica sacerdotisa. Por su parte, Clitemnestra, adúltera en Micenas durante la ausencia bélica de Agamenón, a quien odiaba por su arrebato filicida, terminó por asesinarlo a su regreso de Troya.<sup>32</sup> No concluyó así el derramamiento de sangre entre familiares: Orestes asesinó a su madre Clitemnestra, y tiempo después, víctima de la locura por el matricidio cometido, llegó a Táuride en un viaje de expiación ordenado por los dioses. Allí se reencontraron los hermanos, y gracias a un proceso de *anagnórisis*, o reconocimiento, Ifigenia recuperó la memoria, pero se negó a volver a su patria, Micenas, pues le horrorizaba saberse “hija de una casta criminal”: “Huyo de mi recuerdo y de mi historia”, le hace decir Reyes a Ifigenia.<sup>33</sup>

Las similitudes entre los avatares de Ifigenia y los suyos son abiertamente expuestos por Reyes, quien había quedado también obli-

<sup>30</sup> La primera edición del poema se publicó en Madrid, en 1924, en la Biblioteca Calleja; en México apareció hasta 1945 y fue publicado por Ediciones La Cigarra. Véase Alfonso Reyes, *OC*, x, p. 12 y 311.

<sup>31</sup> Dos grandes escritores que también se ocuparon de Ifigenia fueron Jean Racine y Goethe.

<sup>32</sup> Lo asesinó ayudada por su amante Egisto.

<sup>33</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Ifigenia cruel*, en *OC*, x, pp. 341 y 358.



gado “a llorar ajenos males”.<sup>34</sup> El dolor por la muerte de su padre provenía de tres heridas: la primera, la insensatez de su proceder, el desvío del último instante, que borraría toda una vida de lauros políticos y militares.<sup>35</sup> Además, agravó su pesar el hecho de que su hermano Rodolfo hubiera incitado a su padre a rebelarse contra el gobierno, participando incluso en la asonada. Lo que hacía realmente insoportable su pena era que Alfonso Reyes se sentía responsable de la muerte de su padre, pues el gobierno le había ofrecido que lo liberaría si éste se comprometía a abandonar cualquier intento ilegal y violento de actuación política. Reyes se excusó de intentar dicha mediación, alegando que carecía de influencia sobre su progenitor. Nunca se perdonó no haber intentado apaciguarlo.<sup>36</sup>

Reyes prefirió radicarse en Europa y vivir con las amarguras y estrecheces de un exiliado, hasta que su viejo amigo ateneísta José Vasconcelos lo invitó a integrarse al aparato gubernamental. Su aceptación provocó un terrible enfrentamiento con su hermano, quien le reclamó trabajar para un gobierno que había sucedido al responsable de la muerte de su padre. Reyes, calladamente, sabía que los responsables eran otros: el airado hermano y el propio general. Según Reyes, su padre participó “a destiempo en los acontecimientos que lo condujeron a un fin trágico”. La culpabilidad del hermano era gravísima, y Reyes claramente señaló que su padre procedió así por “las incitaciones de otras personas mayores, que después se han arrepentido al punto de negar su responsabilidad”.<sup>37</sup> Su decisión fue

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 348.

<sup>35</sup> Alfonso Reyes sentenció que “el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo”, en *Oración del 9 de febrero*, en *OC*, xxiv, p. 30.

<sup>36</sup> Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán, 19 de mayo de 1953, en Guzmán/Reyes, *Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, Fernando Curiel (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, pp. 163 y 164.

<sup>37</sup> Alfonso Reyes inculpa a su hermano Rodolfo en *Oración del 9 de febrero*, en *OC*, xxiv, pp. 399 y 400.



doble: trabajar como diplomático y no regresar por un tiempo a México, donde su apellido estaba identificado con los criminales contrarrevolucionarios de 1913.

Así había procedido Ifigenia, quien prefirió radicar en Táuride antes que volver a su tierra y a su hogar, a la “tradición de su casa”. Para ella, permanecer alejada era el “único medio cierto y práctico de eludir y romper las cadenas que la sujetaban a la fatalidad de su raza”. Esto es, Ifigenia decidió “rehacer su vida [...] oponiendo un ‘hasta aquí’ a las persecuciones y rencores [...] de su tierra”. Reyes estaba consciente de que antes de poder escribir sobre el “amargo día” en el que su padre muriera tenía que “cerrarse un ciclo” de su vida, el del exilio en Madrid y su riguroso cisma fraternal.<sup>38</sup>

Un año después de escribir *Ifigenia cruel* Reyes seguía reflexionando sobre el tema. Prueba de ello es que le agregó un ‘Comentario final’ en el que abiertamente reconoce que el poema “encubre una experiencia propia”, y que conocer el mito y reescribirlo le había traído consecuencias “redentoras”, ayudándolo “a pasar la crisis”, con “un modo de curación, de sutil mayéutica, sin la cual fácil fuera haber naufragado”.<sup>39</sup> Como confiara a su gran amigo Genaro Estrada, escribir *Ifigenia cruel* lo ayudó “a emanciparse” de los lastres familiares y de las malquerencias de México.<sup>40</sup>

En un texto coetáneo de muy diversa factura, Reyes se dirigió al subsecretario de Relaciones Exteriores para responder a las críticas que algunos políticos y periódicos le hacían por sus antecedentes familiares. Le anunció que estaba preparando una “memoria secreta [...] que acaso servirá para defenderme algún día”. Por lo pron-

<sup>38</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Ifigenia cruel*, en *OC*, x, pp. 313, 316 y 352, y *Oración del 9 de febrero*, en *OC*, xxiv, p. 39.

<sup>39</sup> Cfr. Alfonso Reyes, “Comentario a la *Ifigenia cruel*”, en *OC*, x, pp. 351, 354 y 359.

<sup>40</sup> Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 12 de enero de 1926, en *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, 3 vols., Serge I. Zaitzeff (comp. y notas), México, El Colegio Nacional, 1992-1994, I, p. 357 (en adelante *Correspondencia AR-GE*).



to había escrito un texto, “de un solo tirón”, titulado *Mi óbolo a Caronte*. La muerte de su padre y los problemas laborales y personales que le provocaban las deudas políticas de su familia son otra vez explicados en términos griegos.<sup>41</sup> En este torrencial e íntimo texto Reyes se ufano de haber realizado “su sueño de hombre libre”, viviendo “de su propio trabajo independiente” y negándose a compartir el destino de su familia.<sup>42</sup> Bien lo entendió su viejo amigo José Vasconcelos, quien señaló que *Ifigenia cruel* “era su propia biografía, su posición vital expresada bajo el velo del antiguo mito”.<sup>43</sup>

### III

Ya en el ejercicio pleno de su libertad y buscando construirse un futuro propio, Alfonso Reyes decidió ser un escritor y diplomático cuya reputación dependiera de sus labores y sus obras. Poco después de publicar *Ifigenia cruel* fue designado responsable de la legación de México en Francia, con el grado de ministro. Posteriormente, ya con el rango de embajador, estuvo en Argentina y en Brasil.<sup>44</sup> Fue un diplomático responsable, que actuó como un irre-

<sup>41</sup> Alfonso Reyes, *Mi óbolo a Caronte (Evocación del general Bernardo Reyes)*, Fernando Curiel (ed.), México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2007. Véase también carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 22 de octubre de 1925, en *Correspondencia AR-GE*, I, p. 345.

<sup>42</sup> Véase Reyes, *Mi óbolo a Caronte*, p. 179.

<sup>43</sup> Vasconcelos estuvo presente en la primera lectura pública. Cfr. *El desastre*, en *Memorias*, México, Fondo de Cultura Económica, II, 1982, p. 466.

<sup>44</sup> Para su estancia en Francia véase la obra de Paulette Patout, citada en la nota 25; para Argentina, Javier Garciadiego, “Alfonso Reyes, embajador en Argentina”, en *Diplomacia y Revolución. Homenaje a Berta Ulloa*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 97-121; para Brasil, consúltense Fred P. Ellison, *Alfonso Reyes y el Brasil (un mexicano entre los cariocas)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000, y Alberto Enríquez Perea, *Alfonso Reyes en los albores del Estado nuevo brasileño (1930-1936)*, México,



ductible defensor de las posturas asumidas por los diversos gobiernos posrevolucionarios, ya fuera Plutarco Elías Calles el presidente, o Lázaro Cárdenas. Defendió al gobierno mexicano ante el desafío presentado por los cristeros; encubrió, hasta donde pudo, la vergonzosa campaña electoral de 1928, en la que los tres aspirantes a la presidencia murieron violentamente;<sup>45</sup> elogió la política educativa y cultural posrevolucionaria, la reforma agraria y, sobre todo, la posición de México ante la Guerra Civil española.<sup>46</sup>

En todo caso, su desempeño generó otro tipo de reclamos. Eran muchos los que en México creían que Reyes desatendía sus obligaciones diplomáticas por cumplir con su vocación literaria. Las advertencias y llamadas de atención estaban justificadas, y el mismo Reyes lo reconocía, afanándose siempre para cumplir con su afición y sus deberes.<sup>47</sup> En España, Francia, Argentina y Brasil Reyes hizo siempre una doble diplomacia: gubernamental y literaria. Se esforzó con denuedo para que los escritores de estos países conocieran la literatura mexicana, y buscó que los mexicanos conocieran las literaturas europea y sudamericana. Sus amistades literarias fueron incontables. Como ejemplo basta un puñado: de Azorín a Valle Inclán, pasando por Federico García Lorca, Ramón Gómez

---

El Colegio Nacional, 2009. Una visión general en Javier Garciadiego, “Alfonso Reyes. Cosmopolitismo diplomático y universalismo literario”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998, pp. 191-222.

<sup>45</sup> Consúltase *Alfonso Reyes en Argentina*, Eduardo Robledo Rincón (coord.), Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires–Embajada de México, 1998.

<sup>46</sup> *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires 1936-1937*, Alberto Enríquez Perea (ed.), México, El Colegio de México–Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.

<sup>47</sup> El funcionario que le llamaba la atención era su gran amigo Genaro Estrada, y Reyes le respondió con absoluta sinceridad: “Sigo haciendo libros. Voy publicando los de cinco o diez años atrás: tan cargado voy”. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada, 9 y 19 de octubre de 1929, en *Correspondencia AR-GE*, II, p. 244.



de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Ortega y Gasset y Miguel de Unamuno; también fueron sus amigos Paul Claudel y Paul Valéry, y luego Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges.<sup>48</sup>

A finales de 1938 y principios de 1939 la vida de Alfonso Reyes dio otro vuelco mayúsculo. Concluyó su etapa diplomática y regresó a México, después de veinticinco años de ausencia, para radicar en el país definitivamente. Se construyó una casa, con una biblioteca aldeaña, o viceversa, la llamada ‘Capilla Alfonsina’. Su producción, hasta ese momento desperdigada en editoriales de los países donde había residido, pasó a tener una gran coherencia editorial: a partir de entonces publicaría, preferentemente, en el Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México y El Colegio Nacional. Sobre todo, volvió para encabezar El Colegio de México —antes La Casa de España—. <sup>49</sup> Esto es, pasó de diplomático a académico.

Reyes aceptó regresar, pues su apellido ya no provocaba las animadversiones de antes. No lo hizo para tener una rigurosa vida académica, oficio que nunca había ejercido y sobre el que tenía enormes reservas.<sup>50</sup> Más que dar clases, dirigir tesis y hacer investigaciones eru-

<sup>48</sup> Para un recuento biográfico de Reyes, véase Javier Garcíadiego, *Alfonso Reyes*, citado en la nota 4. También consúltese “Alfonso Reyes. Cosmopolitismo diplomático y universalismo literario”, citado en la nota 44.

<sup>49</sup> Javier Garcíadiego, *Alfonso Reyes y la Casa de España*, Monterrey, Nuevo León, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2009.

<sup>50</sup> Con motivo de unas ofertas recibidas por universidades estadounidenses, Alfonso Reyes reconocía que de aceptarlas significaría “enterrarme de por vida en un ambiente al que no estoy hecho”, y que dedicarse “a la enseñanza de cosas literarias y lingüísticas elementales” implicaría un “sacrificio de mis letras y de mi temperamento”. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Victoria Ocampo, 15 de agosto de 1938, en *Cartas echadas. Correspondencia Alfonso Reyes/Victoria Ocampo, 1927-1959*, Héctor Perea (ed.), México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009, pp. 60-61. De otra parte, en los primeros meses de 1939, tras el ofrecimiento hecho por la Universidad de Texas que consistía en impartir “una cátedra bien remunerada” y estar al frente de “la dirección de un Instituto Latino-Americano”, le confesó a Pedro Henríquez Ureña su negativa de aceptar tales propuestas señalando que “no quiero



ditas, deseaba continuar construyendo su obra literaria, tanto poética como ensayística. Como atinadamente señalara un espíritu afín al suyo, Antonio Gómez Robledo, también helenista y también diplomático,<sup>51</sup> Reyes regresó definitivamente a México en cabal plenitud, a sus cincuenta años, sabio de experiencias, lecturas y reflexiones:

Terminadas sus peregrinaciones en servicio [...] de México, pudimos aun tenerle entre nosotros dos buenas décadas, que fueron por cierto las más fecundas en su larga carrera de escritor. Volvió, como Odiseo, en el *acmé* —punto álgido— de su vida, en toda la fuerza de su poder creador y con la sabiduría que da el largo comercio con las ideas y con los hombres.<sup>52</sup>

Los últimos veinte años de su vida, los de su residencia en la capital del país, los dedicó a dirigir El Colegio de México, a reflexionar en términos teóricos sobre el quehacer literario,<sup>53</sup> a cuidar su biblioteca y a ordenar la edición de sus *Obras completas*, de las que alcanzó a supervisar los primeros diez volúmenes. Como escritor,

---

desterrarme, volverme pocho, y ser un instrumento más de absorción de los elementos latino-americanos por aquella gente”. Véase carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 22 de marzo de 1939, en *Epistolario PHU-AR*, III, pp. 461-463.

<sup>51</sup> Antonio Gómez Robledo nació en Guadalajara, Jalisco, en 1908. Colaboró en publicaciones periódicas como *Ábside*, *Cuadernos Americanos*, *Jus* y *Letras de México*. Fue miembro de El Colegio Nacional. Escribió, entre otras obras, *Sócrates y el socratismo* y *Platón, los seis grandes temas de su filosofía*. Fue embajador en Grecia entre 1975 y 1977. Murió en la Ciudad de México en 1994.

<sup>52</sup> Véase “Discurso de homenaje al doctor Alfonso Reyes por el doctor Antonio Gómez Robledo”, en *Homenaje de El Colegio Nacional a Alfonso Reyes. Uno de sus miembros fundadores, 8 de febrero de 1965*, México, El Colegio Nacional, 1965, p. 28.

<sup>53</sup> Véase Alfonso Reyes, *La experiencia literaria y Tres puntos de exegética literaria*, en *OC*, XIV; véanse sobre todo *El deslinde* y *Apuntes para la teoría literaria*, en *OC*, XV.



siguió componiendo libros con ensayos breves y misceláneos,<sup>54</sup> hizo sus primeros intentos memorísticos y autobiográficos<sup>55</sup> y se dedicó, sobre todo, a leer y a escribir sobre la Grecia antigua. Sus *Obras completas* terminaron por alcanzar 26 volúmenes, seis de los cuales son de temática helénica. Más de 3 000 páginas, todas ellas escritas entre 1939 y 1959, para libros, artículos, prólogos, traducciones, cursos y conferencias. Puede decirse, de manera rotunda, que “Grecia fue la obsesión de sus últimos años”.<sup>56</sup>

Su primera expresión como helenista fue muy significativa. Durante su larga ausencia de México había sido electo como miembro de la Academia de la Lengua, pero hasta que regresó al país pudo pronunciar su discurso de ingreso. La ceremonia tuvo lugar en abril de 1940, pero comenzó a prepararlo desde noviembre del año anterior. El tema fue la batalla entre persas y atenienses, encabezados por Milcíades, la que pudo entender gracias a un croquis hecho por su padre; la tituló “Fastos de Maratón”. El recuerdo de las viejas lecciones paternas y su afición por Grecia definieron su alocución.<sup>57</sup>

Su discurso sobre la batalla de Maratón fue sólo el comienzo. En tanto que miembro de El Colegio de México, Reyes tenía que ocuparse de un tema académico, pero no deseaba competir con sus colegas, expertos en pensamiento y literatura hispanoamericana. El estudio de la literatura mexicana no le atraía mayormente, pues Reyes quería dedicarse a temas nuevos, aparentemente ajenos y distantes, para enriquecer la vida cultural del país mitigando el nacionalismo

<sup>54</sup> Publicó, entre otros, *A lápiz*, en 1947; *Grata compañía*, en 1948, y *Sirtes*, en 1949.

<sup>55</sup> De éstos pueden señalarse *Pasado inmediato* [1941], en *OC*, xii, pp. 173-278; *Parentalia. Primer libro de Recuerdos* [1957], y *Crónica de Monterrey. I. Albores. Segundo libro de Recuerdos* [1959], en *OC*, xxiv, pp. 353-589.

<sup>56</sup> Cfr. “Discurso de homenaje al doctor Alfonso Reyes por el doctor Antonio Gómez Robledo”, p. 31.

<sup>57</sup> Véase su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, *Fastos de Maratón*, en *OC*, xvii, pp. 350-370. La batalla fue parte de las Guerras Médicas.



imperante.<sup>58</sup> En plena búsqueda de tema, empezó a preparar un curso que habría de impartir a principios de 1941 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México, sobre la crítica literaria entre los antiguos griegos.<sup>59</sup> En realidad, Reyes estaba buscando el fundamento histórico de su oficio, la crítica literaria, asunto al que pensó dedicarse profesionalmente. Sin embargo, desde que comenzó a estudiar *Las Tesmoforias* y *Las Ranas* de Aristófanes, la opinión que la poesía le merecía a Platón o la *Retórica* de Aristóteles, entre otros textos, se definió su “afición por Grecia”. El curso dio lugar a un libro, su primer estudio sobre la cultura helénica, que apareció a finales de 1941 con el título de *La crítica en la edad ateniense*, en la que buscó analizar “cómo la palabra se enfrenta con la palabra y le pide cuentas y la juzga”. Su conclusión es contundente: en Grecia había nacido la crítica literaria, la que analizó desde la era presocrática hasta Isócrates y Teofrasto.<sup>60</sup>

Inmediatamente después Reyes inició la preparación de otro curso, cuyo tema sería la antigua retórica, vinculado al anterior. El objetivo parecía sencillo: “estudiar la retórica en sus principales códigos de la Antigüedad, en forma sintética y atendiendo sólo a sus manifestaciones más eminentes”. Entre sus protagonistas destacaban Aristóteles, Demóstenes, Cicerón y Quintiliano. El libro apareció en junio de 1942 y tenía un objetivo claramente “didáctico”, considerando “sumariamente, la teoría y la técnica de la retórica [...] su esencia y su función”.<sup>61</sup>

Obviamente, su “afición por Grecia” no habría de concluir con estos dos libros, ambos de carácter académico y en buena medida pedagógicos. Después comenzó a integrar muchos “ensayitos sueltos” con temática helénica. El libro se tituló *Junta de sombras* y apareció en

<sup>58</sup> Cfr. Garcíadiego, *Alfonso Reyes*, pp. 125 y 126.

<sup>59</sup> Comenzó a preparar el curso desde septiembre de 1940. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, septiembre de 1940 y enero de 1941.

<sup>60</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *La crítica en la edad ateniense*, en *OC*, XIII, pp. 8-11, 17 y 29.

<sup>61</sup> Alfonso Reyes, *La antigua retórica*, en *ibid.*, pp. 354, 374 y 381.



1949. Igual que en los dos casos anteriores, los ensayos que conformaban *Junta de sombras* dieron lugar a un curso, impartido a mediados de 1944 en El Colegio Nacional, recién fundado.<sup>62</sup> Los ensayos de *Junta de sombras* tenían un carácter menos formal; además, sus temas eran muy diversos. Por eso resultó un libro “encantador”.<sup>63</sup>

No cabe duda de que durante la primera mitad del decenio de los cuarenta Reyes dio prioridad a la temática helénica. Para muchos, dedicarse al estudio de la historia antigua cuando el mundo padecía la Segunda Guerra Mundial era un intento de escapar de la realidad. Reyes opinaba lo contrario: si se estudiaba la guerra de Troya —o cualquier otra de la Antigüedad—, resultaba “más actual de lo que parece”.<sup>64</sup> Convencido de la utilidad de su tarea, a finales de 1945 comenzó a preparar el curso que habría de impartir al año siguiente, ahora sobre la religión griega. Como si dispusiera de tiempo libre, por entonces empezó a traducir con regularidad libros escritos por académicos helenistas occidentales, preferentemente angloparlantes.<sup>65</sup> Tal pareciera que sus esfuerzos eran agotadores. Sin embargo,

<sup>62</sup> Alfonso Reyes, *Junta de sombras*, México, El Colegio Nacional, 1949. Es de notarse que el libro había quedado preparado desde finales de 1943. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 9, 1 y 27 de diciembre de 1943 y 14 de junio de 1944. Poco antes de que apareciera *Junta de sombras*, Reyes volvió a aprovechar sus materiales para impartir otro curso, en la segunda mitad de 1948. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 10, 9 de septiembre de 1948.

<sup>63</sup> En carta enviada a Reyes, el célebre helenista alemán Werner Jaeger le expresa que su *Junta de sombras* le había resultado “encantador”. Cfr. Carta de Werner Jaeger a Alfonso Reyes, 19 de diciembre de 1949, en *Un amigo en tierras lejanas. Correspondencia Alfonso Reyes/Werner Jaeger (1942-1958)*, Sergio Ugalde Quintana (ed.), México, El Colegio de México, 2009, p. 73.

<sup>64</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 9 de mayo de 1941.

<sup>65</sup> En marzo de 1946 apareció en México el libro de Alexander Petrie, *Introducción al estudio de Grecia. Historia, antigüedades y literatura*, publicado por el Fondo de Cultura Económica; un año después comenzó a traducir la *Antigua literatura griega*, de Maurice Bowra, y en julio de 1948 inició la traducción de la biografía de Eurípides, de Gilbert Murray, al que consideraba el “patriarca del helenismo contemporáneo”. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 11, 23 de septiembre de 1949.



siempre disfrutó leer y estudiar los libros de la Grecia clásica;<sup>66</sup> de “mis griegos”, como acostumbró decirles desde un principio.<sup>67</sup>

#### IV

A finales del decenio de los cuarenta Reyes se embarcó en uno de sus proyectos helénicos más ambiciosos; también fue uno de los más polémicos: su traducción de la *Iliada*, de Homero. Las críticas parecían contundentes: ¡Alfonso Reyes no manejaba el griego!<sup>68</sup> En efecto, nunca leyó directamente a ‘sus’ griegos. Siempre lo hizo mediante traducciones al español, francés e inglés. Una de sus fuentes más confiables era la colección de Guillaume Budé.<sup>69</sup> Hoy que está disponible el catálogo de su biblioteca se confirma el tipo de ediciones en las que Reyes leyó la antigua literatura griega.<sup>70</sup> Seguramente consultó los ejemplares bilingües que empezaba a publicar la Universidad Nacional Autónoma de México, pues sus traductores —los exiliados españoles Juan David García Bacca y Agustín Millares Carlo, amigos y compañeros suyos— le hacían llegar personalmente los libros.<sup>71</sup>

<sup>66</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 10, 24 de octubre de 1946.

<sup>67</sup> Véase Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 8, 13 de octubre de 1940.

<sup>68</sup> Antonio Alatorre señalaba que “don Alfonso no sabía griego, ni estuvo nunca en Grecia”. Cfr. Antonio Alatorre, “Un momento en la vida de Alfonso Reyes (y una poesía suya inédita)”, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, 220, abril de 1989, p. 8; por otro lado, Carlos Montemayor aseguraba que Reyes “no sabía el griego suficiente para traducir”. Cfr. “El helenismo de Alfonso Reyes”, p. 12, citado en la nota 5.

<sup>69</sup> Reyes no ocultó su felicidad cuando completó la colección. Cfr. *Diario*, cuaderno 10, 29 de agosto de 1947.

<sup>70</sup> Consúltase *Capilla Alfonsina. La biblioteca de Alfonso Reyes. Catálogo bibliográfico*, Carolina Olguín García y Jorge Saucedo (eds.), México, Fondo de Cultura Económica–Universidad Autónoma de Nuevo León, 2011.

<sup>71</sup> Véase Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 10, 17 de agosto y 15 de septiembre de 1947.



El propio Reyes confesó su limitación lingüística: “no leo la lengua de Homero; la descifro apenas”,<sup>72</sup> son las palabras con que inicia el prólogo del libro en el que publicó, con breves comentarios suyos, las primeras nueve rapsodias de la *Iliada*, las que tituló “Aquí les agraviado”. Citando a Cicerón, pues también estaba familiarizado con los clásicos latinos,<sup>73</sup> advirtió que no tradujo palabra por palabra, pero alegó haber conservado “el valor y la fuerza de todas ellas”. Reyes alegaba que su versión tenía objetivos filosóficos, históricos y, sobre todo, literarios, no lingüísticos. No estaba dirigida a filólogos y estudiosos de la gramática griega, sino al lector aficionado, a quien “ahuyentan y fatigan” las versiones académicas. Advertía que la suya no era una traducción sino una traslación.<sup>74</sup> Obviamente, su versión es la de un poeta, en versos alejandrinos rimados, lo que no obsta para que estuviera sustentada en los principales y más novedosos estudios homéricos.<sup>75</sup> Como bien lo dijera otro gran helenista mexicano, él sí traductor académico del griego,<sup>76</sup> lo importante no era traducir vocablo por vocablo, lo que puede lograrse con un diccionario y los rudimentos de ambas gramáticas, pues

<sup>72</sup> El editor del volumen XIX de las *Obras completas* de Reyes, en el que se encuentra su versión de la *Iliada*, argumenta que Reyes “sabía el griego lo suficiente para hacerse a la empresa”. Cfr. Ernesto Mejía Sánchez, “Estudio preliminar”, en *OC*, XIX, p. 7. Véase también Alfonso Reyes, prólogo a *La Iliada de Homero*, en *OC*, XIX, p. 91.

<sup>73</sup> Véase Tarcisio Herrera Zapién, “Reyes y Virgilio, voces de la Patria”, en *Alfonso Reyes. Homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, pp. 147-154, y del mismo autor, *Lengua y poetas romanos en Alfonso Reyes*, Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.

<sup>74</sup> Cfr. Alfonso Reyes, prólogo a *La Iliada de Homero*, en *OC*, XIX, pp. 91 y 92.

<sup>75</sup> *Ibid.*, pp. 92 y 93.

<sup>76</sup> Antonio Gómez Robledo tradujo de Aristóteles la *Ética Nicomachea* y *Política*; de Platón, *La República*, y de Marco Aurelio, los *Pensamientos*, todos para la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana de la Universidad Nacional Autónoma de México.



eso sería calcar, no traducir. Lo importante era trasladar al nuevo texto “los valores yacentes [...] en el original”. Así, Reyes logró “el prodigio” de darnos “la plenitud [...] del léxico homérico”.<sup>77</sup> Lo mismo dijo José Moreno Villa —poeta, pintor y crítico de arte: la *Iliada* de Reyes es “la versión de un poeta”. Según Moreno Villa, quien conocía a Reyes desde sus años madrileños, su traslación de Homero era “la culminación de sus hazañas”.<sup>78</sup>

Cierto; aquella labor de Reyes fue una hazaña, sobre todo si se considera que paralelamente se dedicó a estudiar rigurosamente a Homero, dejando inéditas más de un centenar de concienzudas y documentadas cuartillas críticas. El propio Reyes lo dijo metafóricamente: a finales de los años cuarenta trabajó sobre Homero “como un león”. Como si esto fuera poco, escribió un largo poema titulado *Homero en Cuernavaca*, en alusión a la vecina población en la que se reclusa para trabajar sin interrupciones y para cuidar su maltrecha salud.<sup>79</sup>

A diferencia de cuando escribió *Ifigenia cruel*, veinticinco años antes, recién concluida la Revolución mexicana, a mediados del siglo xx Reyes ya era un escritor consagrado y uno de los intelectuales más destacados del país. En septiembre de 1945 había recibido el Premio Nacional de Literatura, otorgado por su trayectoria aunque el jurado destacó su *Crítica en la edad ateniense*,<sup>80</sup> y había recibido

<sup>77</sup> Cfr. “Discurso de homenaje al doctor Alfonso Reyes por el doctor Antonio Gómez Robledo”, p. 29.

<sup>78</sup> Cfr. José Moreno Villa, “Con la *Iliada* vertida por Reyes”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, 8 vols., Alfonso Rangel Guerra (comp.), México, El Colegio Nacional, 1996, II, pp. 199 y 201. En otra reseña, Bernabé Navarro concluye de la misma forma: se trataba de “un poeta, y grande, vertiendo a un poeta”, por lo que el resultado es “una obra poética reflejo y recreación de otra”. Así, más que una traducción, Reyes hizo un “traslado poético”. Cfr. “La *Iliada* de Alfonso Reyes”, en *ibid.*, pp. 208 y 211.

<sup>79</sup> Véase Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 10, 13 de diciembre de 1948. Véase también el “Estudio preliminar” de Ernesto Mejía Sánchez, pp. 7-20, citado en la nota 72.

<sup>80</sup> La comisión del Premio Nacional de Literatura estuvo integrada por Jaime Torres Bodet, Alejandro Quijano, Julio Torri, Ignacio Dávila Garibi,



varios doctorados honoríficos —Berkeley, Harvard, Tulane—. <sup>81</sup> Era un hombre pleno, gracias a lo cual pudo escribir su *Homero en Cuernavaca*, texto “prosaico, burlesco y sentimental”, escrito como “ocio o entretenimiento al margen de la *Ilíada*”, <sup>82</sup> pero en el que se permitió justificar su traslación, cuando dijo:

no importa el balbuceo, sí el poema;  
no la oculta raíz, sino la rosa. <sup>83</sup>

## V

¿Cuáles fueron las principales obras y actividades helenísticas realizadas por Reyes durante los últimos años de su vida? Entregada su *Ilíada* a la imprenta a principios de 1950, <sup>84</sup> inmediatamente después empezó “a pergeñar” un “manualito” de mitología griega, para la nueva colección Breviarios del Fondo de Cultura Económica. <sup>85</sup>

José López Portillo, Enrique González Martínez y José Vasconcelos. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 9, 27 de septiembre de 1945.

<sup>81</sup> Luego recibiría los siguientes: Princeton, 1947; Yale, 1951; Michoacán, 1953; Pennsylvania, 1955; París, 1958.

<sup>82</sup> Véase Alfonso Reyes, *Homero en Cuernavaca*, México, Fondo de Cultura Económica (Tezontle), 1952, p.7.

<sup>83</sup> Cfr. *ibid.*, p. 16.

<sup>84</sup> En noviembre de 1949 Reyes consideraba que había concluido su labor de traducción, faltándole únicamente los “retoques”, meras “puntas y ribetes”. Primero entregó el texto a la Imprenta Universitaria, pero meses después lo recogió y pasó al Fondo de Cultura Económica. Cfr. *Diario*, cuaderno 11, 26 y 30 de noviembre de 1949.

<sup>85</sup> Véase Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 11, 28 de mayo de 1950. Hacia noviembre de 1948 Arnaldo Orfila, entonces director del Fondo de Cultura Económica, presentó la colección Breviarios, nombre que se le ocurrió a Juan José Arreola. Cada uno de los volúmenes por publicarse tendría el propósito de dar a conocer “un tratado breve y completo” sobre temas generales y “llevar la universidad al hogar mismo de quienes [...] no pueden asistir a sus aulas”. Cfr. Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la Casa. Fondo de*



También retomó un proyecto iniciado hacía años pero suspendido por la prioridad que dio a su traducción de la *Iliada*. Me refiero a un texto sobre la religión griega que había iniciado entre finales de 1945 y principios de 1946, como cursillo en El Colegio Nacional. A diferencia de otros proyectos, éste careció de continuidad: padeció un azaroso proceso de elaboración, terminando por quedar inconcluso. En efecto, lo retomó a principios de 1948, pero volvió a suspenderlo a mediados de ese año, cuando inició su traslación de Homero. Al concluir ésta inició su texto didáctico sobre la mitología, pero muy pronto quiso integrar ambos textos, religión y mitología.<sup>86</sup> Al principio le pareció una “faena deliciosa”, pero al poco tiempo cambió el enfoque del trabajo y se puso a rehacer lo que ya tenía escrito, por parecerle “extenso y erudito”. La labor fue “dura” y se identificó con Penélope en su tarea destructiva frente al telar.<sup>87</sup> Peor aún, pronto comenzó a referirse a él como “el condenado” manualito y llegó a cuestionarse la conveniencia de continuar el trabajo, pues estaba cansado de elaborar libros didácticos y deseaba volver a la creación literaria.<sup>88</sup>

No puede negarse: inició la redacción del manual de mitología con mucha ilusión y terminó escribiéndolo con “desgano”, al grado de abandonar la redacción durante un año, de finales de 1951 al término del año siguiente. El casi siempre optimista Reyes retomó el trabajo “con fe”, lo que fue determinante para que a mediados de 1953 hubiera concluido la primera parte, dedicada a los dioses, lo

---

*Cultura Económica, 1934-1994*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 109 y 110.

<sup>86</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuadernos 9, 10 y 11, 9 de noviembre de 1945, 4 de abril de 1946, 19 de marzo de 1948, 14 de abril de 1948, 20 de agosto de 1948, 1 de junio de 1950 y 2 de julio de 1950.

<sup>87</sup> Véase Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 11, 1 junio, 2, 3 y 13 de septiembre de 1950.

<sup>88</sup> Acaso éste explique que en esos momentos Reyes se haya lanzado a rehacer y completar su *Homero en Cuernavaca*, pues consideraba que la primera edición era “deplorable”. Cfr. *Diario*, cuaderno 11, 2 de noviembre de 1950, 26 de abril, 5, 10 y 15 de mayo de 1951, y 10 de enero de 1952.



que le permitió iniciar la segunda mitad, referida a los héroes. Si bien en esta ocasión la labor le resultó “grata”, lo cierto es que el proceso de redacción fue notoriamente largo. Es un hecho que al mediar la década de los cincuenta Reyes dedicó buena parte de su tiempo a la elaboración de otros libros,<sup>89</sup> pero lo cierto es que fue hasta 1957 cuando concluyó su mitología. El problema fue que el Fondo de Cultura Económica le solicitó algunas modificaciones editoriales, lo que le provocó “arreglos trabajosos”. Para enero de 1959 seguía laborando en ello, y dos meses antes de morir consideraba que la tarea iba “avanzada”.<sup>90</sup> Tanto su texto de religión griega como las dos partes de su mitología quedaron inconclusas, aunque fuera por elementos secundarios, publicándose cinco años después de su muerte.<sup>91</sup>

Otro proyecto importante fue el de elaborar una introducción —¡otro manual!— a la filosofía griega. Aunque el resultado fue positivo, el proceso tampoco estuvo exento de interrupciones, cambios y dudas. Como acostumbraba, combinó cursos y conferencias con publicaciones. Así, a principios de 1954 consignó en su *Diario* que estaba concluyendo un “librito” sobre filosofía griega, cuyo material le sirvió para sus cursos en El Colegio Nacional de los años 1954 y 1955. Lo curioso es que haya entregado el texto a la imprenta hasta principios de 1959. La explicación la da el propio Reyes: la obra había sido suspendida varios años por simple “pereza”. Más que aburrimiento, cansancio o hartazgo, tenía dudas sobre la justificación de publicar este manual, pues no era filósofo. Segura-

<sup>89</sup> En 1953 escribió sus *Memorias de cocina y bodega*; en 1954 editó *Trayectoria de Goethe, Parentalia y Marginalia* (segunda serie); en 1955 publicó el tomo I de sus *Obras completas* y para 1956 publicó los tomos II, III y IV. Véanse Alfonso Reyes, *Diario*, cuadernos 11 y 12, 16 de diciembre de 1950, 6 de abril de 1953 y 28 de julio de 1954, y Javier Garciadiego, *Alfonso Reyes*, pp. 140 y 141.

<sup>90</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuadernos 11, 12, 14 y 15, 16 de diciembre de 1950, 27 de mayo de 1952, 28 de diciembre de 1952, 6 y 23 de abril de 1953, 9 y 10 de agosto de 1953, 28 de julio de 1954, 19, 20, 22, 25 y 26 de febrero de 1957, 8, 15 y 16 de marzo, y 25 de octubre de 1957, 5 y 11 de enero de 1959.

<sup>91</sup> Consúltase el “Estudio preliminar” de Ernesto Mejía Sánchez, en *OC*, xvi, pp. 7-16.



mente por esto le había pedido a un joven filósofo amigo —Ramón Xirau— que lo previniera contra las partes “demasiado poco originales”. Como quiera que haya sido, Reyes alcanzó a ver, tres meses antes de morir, su breviario *La filosofía helenística*.<sup>92</sup>

Meses antes de su fallecimiento trabajó en un proyecto que, por los esfuerzos que le dedicó, puede asegurarse que fue de su total agrado. Sucedió que en julio de 1959 la Editorial Porrúa le solicitó sendos prólogos para la *Iliada* y la *Odisea*, que planeaba publicar en su benemérita colección ‘Sepan Cuantos...’. Reyes se puso a trabajar inmediatamente, concluyendo el prólogo para la *Iliada* tres meses después. Si bien alcanzó a revisar las pruebas tipográficas seis semanas antes de morir, el libro apareció a la venta después de su muerte.<sup>93</sup> Se desconoce si alcanzó a hacer algunos avances para el prólogo a la *Odisea*.<sup>94</sup> No fue aquél su único libro helenista póstumo, pues también había dejado listo para la imprenta *La afición de Grecia*.<sup>95</sup> No deja de ser significativo que al morir estuviera trabajando sobre Homero, acaso su temática más longeva y constante.

<sup>92</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuadernos 12, 14 y 15, 22 de febrero de 1954, 15 de marzo de 1954, 29 de abril de 1954, 31 de mayo de 1955, 10 y 25 de septiembre de 1958, 6 y 12 de noviembre de 1958 y 10 de septiembre de 1959. Otro amigo de Reyes que le comentó su *Filosofía helenística* fue José Gaos, quien se “impresionó” con su “teoría”. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 15, 1 de marzo de 1959.

<sup>93</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 15, 21 de julio, 18 y 25 de octubre, 7 y 8 de diciembre de 1959.

<sup>94</sup> En ausencia de Alfonso Reyes, el prólogo a la *Odisea* lo escribió el mexicano Manuel Alcalá, doctor en letras por la Universidad Nacional Autónoma de México y durante varios años director de la Biblioteca Nacional; posteriormente, Alcalá fue vicepresidente del Consejo Consultivo de la UNESCO, embajador en Paraguay y Finlandia, así como miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. Fue autor de *Del virgilianismo de Garcilaso de la Vega*, *César y Cortés* y *El cervantismo de Alfonso Reyes*, entre otros libros.

<sup>95</sup> *La afición de Grecia* se encontraba en preparación a finales de 1959 para El Colegio Nacional y no se publicó sino hasta los primeros meses del año siguiente. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 15, 11 diciembre 1959.



## VI

Antes de concluir debo hacer tres reflexiones. La primera se refiere al impacto y a la recepción que tuvo —y tiene— la labor helenística de Alfonso Reyes, para lo cual hay que distinguir entre la respuesta a su bibliografía y la que tuvieron sus cursos, conferencias y artículos periodísticos. Dado que México carecía de cualquier tipo de tradición helenística, la labor de Reyes debe verse como un esfuerzo personal, heroico. Así, el público de sus conferencias fue desigual: en ocasiones le pareció poco preparado y minúsculo, al grado de que en una ocasión decidió suspender un curso porque sólo asistían “cuatro gatos”; en otras, en cambio, le pareció que la respuesta era entusiasta, con numerosa concurrencia, aunque esto, significativamente, le resultaba “inesperado”.<sup>96</sup> En cualquier caso, las cantidades absolutas eran reducidas, pues sus conferencias y cursillos fueron impartidos en sitios elitistas, como El Colegio Nacional,<sup>97</sup> El Colegio de México y la Universidad Nacional de México, la que todavía no era una universidad masificada. La suya no era una docencia regular, por lo que careció de discípulos y tesis. En otras palabras, Reyes no hizo escuela como helenista.

Algo parecido podría decirse respecto a sus libros, publicados en editoriales para lectores avanzados. Comprensiblemente, sus obras con mayor índice de ventas fueron las impresas en colecciones o casas editoras de gran proyección, como su breviario *La filosofía helenística* y su edición de la *Iliada* en Porrúa.<sup>98</sup> Si bien oca-

<sup>96</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuadernos 8, 9, 10, 11 y 15, 14 de enero de 1941, 3 de marzo de 1942, 7 de julio de 1944, 15 de febrero de 1945, 20 de agosto de 1948, 27 y 28 de junio de 1951 y 3 de marzo de 1959.

<sup>97</sup> Véase *Alfonso Reyes en la memoria de El Colegio Nacional*, Alberto Enríquez Perea (comp. y pról.), México, El Colegio Nacional, 2009.

<sup>98</sup> Hasta 1987, *La filosofía helenística* se había reimpresso en tres ocasiones; mientras, la *Iliada* llevaba 38 reimpresiones hasta 2013.



sionalmente publicó en la prensa artículos sobre tema griego,<sup>99</sup> es un hecho que Reyes no utilizó los grandes medios de comunicación, como la radio y la televisión, para difundir sus conocimientos helenísticos.

Sin embargo, aunque numéricamente su impacto fue reducido, Reyes logró algo incuantificable: a pesar de que en el México de mediados del siglo xx predominaba la ideología nacionalista, gracias a él Grecia dejó de sernos extraña. ¡Al menos teníamos un helenista! Esto explica el agradecimiento y el beneplácito de la mayoría de sus comentaristas y reseñistas.<sup>100</sup> Quienes criticaron sus esfuerzos por vincular a México con el origen de la civilización occidental fueron vistos por Reyes como provincianos que padecían “incultura” y “atraso mental”.<sup>101</sup> Por eso sorprende la postura de algunos escritores amigos, como Antonio Castro Leal y Manuel Toussaint, quienes le pidieron que abandonara la temática griega y volviera a su obra de creación personal.<sup>102</sup> No cabe duda, la labor helenística de Reyes exigió grandes dosis de abnegación y esfuerzo. Recuérdese que no fueron pocos los ataques en los que se le acusaba de ser un escritor extranjerizante, ajeno y distante de México.<sup>103</sup>

<sup>99</sup> En 1949 Fernando Benítez le solicitó a Reyes que colaborara con algunos materiales sobre Grecia para el suplemento del periódico *Novedades*. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 10, 16 de febrero de 1949.

<sup>100</sup> Existe una generosa recopilación de reseñas y comentarios hecha por James Willis Robb. Cfr. *Más páginas sobre Alfonso Reyes*, iv, segunda parte, México, El Colegio Nacional, 1996.

<sup>101</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 11, 25 de mayo de 1950.

<sup>102</sup> Véase *ibid.*, 22 de julio de 1952. En cambio, el futuro escritor Sergio Pitol recuerda con gratitud y agrado aquellas charlas helenísticas de Alfonso Reyes. Cfr. Sergio Pitol, *Una autobiografía soterrada (ampliaciones, rectificaciones y desacralizaciones)*, México, Almadía, 2010.

<sup>103</sup> Véase la vieja acusación que le hizo Héctor Pérez Martínez de ser un autor extranjerizante y alejado de México, en Alfonso Reyes, *A vuelta de correo*, en *OC*, viii, pp. 427-449.



¿Cuál fue la naturaleza del helenismo de Alfonso Reyes? Si reconoció que no manejaba el idioma griego, también aceptó que sus escritos, aunque debidamente fundamentados y actualizados, nada enseñaban al especialista, puesto que estaban dirigidos “al lector general”.<sup>104</sup> Así iniciaba sus *Estudios helénicos*, advirtiendo al lector que los suyos eran ensayos y notas “elementales [...] destinados a la divulgación y a la enseñanza”. El mismo Reyes aceptó que en ocasiones publicó simples resúmenes de “páginas ajenas”,<sup>105</sup> lo que dio lugar a ciertos reclamos que ponen en duda su honestidad intelectual,<sup>106</sup> a lo que respondió que usaba lo ajeno sólo como “instrumentos de [...] trabajo”.<sup>107</sup> Es más, llegó a confesar que le avergonzaba que le llamaran helenista, puesto que era tan sólo un “cazador furtivo”<sup>108</sup> de temas griegos: “Yo no soy un verdadero especialista en filología clásica —dijo—; mi viaje a través de este campo es el de un cazador furtivo que anda procurando robarse lo que le conviene”.<sup>109</sup>

Acaso donde mejor se aclara el tipo de helenista que fue Reyes es en la explicación que sobre su vida y obra dio al célebre estudioso alemán Werner Jaeger, el autor de la *Paideia*, a quien confesó que sólo era “un aficionado”, no un helenista profesional. Sin embargo, Reyes estuvo lejos de ser un simple divulgador. En el fondo quería cooperar para que los mexicanos se civilizaran mediante el trato con la literatura clásica griega. Lo que realmente buscaba era infundir en los mexicanos la razón y la belleza procedentes de la Grecia antigua, para así “elevar el tono de la vida na-

<sup>104</sup> Véase Alfonso Reyes, *Religión griega*, en *OC*, xvi, p. 19.

<sup>105</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Estudios helénicos*, en *OC*, xviii, p. 21.

<sup>106</sup> Por ejemplo, Reyes firmó como propio *Libros y librerías en la antigüedad*, que realmente era la traducción de *The world of books in classical antiquity*, de H.L. Pinner.

<sup>107</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *La jornada aquea*, en *OC*, xviii, p. 290.

<sup>108</sup> Véase el “Estudio preliminar” de Ernesto Mejía Sánchez, en *OC*, xx, p. 30.

<sup>109</sup> Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Werner Jaeger, 26 de noviembre de 1943, en *Un amigo en tierras lejanas...*, pp. 52-53.



cional, nuestro carácter, nuestras valoraciones”, hasta poner “por encima de todo, la razón, la sabiduría y el equilibrio interior”.<sup>110</sup> Más que un helenista, Reyes fue un humanista, un civilizador. Sólo así se explica que considerara su *Cartilla moral*, escrita en 1944 a petición del secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet, como “lo más auténticamente griego” que había escrito en su vida, pues además de ser “un buen acto social”, tenía un fin “noble y hermoso”.<sup>111</sup>

¿Cuál era la Grecia de Alfonso Reyes? En cierta ocasión, cuando el joven escritor mexicano Jaime García Terrés<sup>112</sup> le comentó que acababa de regresar de Grecia, Reyes le preguntó, a bocajarro, “¿y... qué se siente?”. No lo interrogó sobre los lugares visitados, o acerca de la comida y las mujeres, ambos temas muy atendidos a lo largo de su vida. “¿Qué se siente?” es una pregunta que demuestra que para Reyes Grecia era una entidad espiritual antes que un espacio geográfico. Su legado cultural le resultaba más interesante que su presente.<sup>113</sup> Reyes, el helenista mexicano, no sólo no entendía el griego sino que jamás estuvo en Grecia, a pesar de que en una

<sup>110</sup> Véase “Discurso de homenaje al doctor Alfonso Reyes por el doctor Antonio Gómez Robledo”, p. 31.

<sup>111</sup> Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 14, 25 de septiembre de 1958.

<sup>112</sup> Jaime García Terrés nació en la Ciudad de México, en 1924. Gracias a Reyes publicó *Panorama de la crítica literaria en México*. También escribió *Reloj de Atenas*. Destacó como poeta y traductor. Entre 1965 y 1968 se desempeñó como embajador en Grecia. Posteriormente dirigió el Fondo de Cultura Económica y la Biblioteca de México. Murió en la Ciudad de México, en 1996.

<sup>113</sup> Véase Jaime García Terrés, “Nueva Junta de sombras. Alfonso Reyes en Grecia”, en *Presencia de Alfonso Reyes. Homenaje del X aniversario de su muerte (1959-1969)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, pp. 40-44. Esta afirmación es más metafórica que cierta. En agosto de 1953 se mostró muy activo en la campaña de apoyo a Grecia por los desastres naturales sufridos en las Islas Jónicas. Además, en cierta ocasión se soñó representante diplomático de México en Grecia. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 12, 23 de agosto de 1953.



ocasión la Secretaría de Relaciones Exteriores de México le ofreció organizarle un viaje, y de que el gobierno griego, en otra, lo invitara a hacer un *tour* junto con un grupo de personalidades amigas de Grecia.<sup>114</sup> El interés de Reyes por Grecia era más espiritual e intelectual que físico. Para él la cultura griega era “un alimento del alma”,<sup>115</sup> el mejor camino para llegar a la sabiduría y a la virtud, que fueron sus ideales vitalicios.

<sup>114</sup> Ambas invitaciones tuvieron lugar con un Reyes envejecido y con mala salud. La primera la rechazó por sus “achaques y deberes”; la segunda, por sus intenciones políticas. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario*, cuadernos 13 y 14, 18 de noviembre de 1955 y 6 de agosto de 1957.

<sup>115</sup> Alfonso Reyes, “Comentario a la *Ifigenia cruel*”, en *OC*, x, p. 351.







EUGENIO ÍMAZ, EL SÓCRATES DEL EXILIO.  
BREVE SEMBLANZA BIOGRÁFICA\*

*Para Andrés Lira,  
sabio en los temas de los  
intelectuales españoles exiliados*

Eugenio Ímaz, hijo y nieto de vascos, nació en 1900 en San Sebastián, población que poco antes había dejado su carácter pueblerino para convertirse en una ciudad turística, por lo mismo abierta, cosmopolita e incluso culta.<sup>1</sup> Su familia vivía en condiciones socioeco-

\* Texto publicado como presentación de Eugenio Ímaz, *Obras reunidas*, 2 tt., México, El Colegio de México, 2011, I, pp. 13-36.

Salvo referencias específicas, la fuente para esta pequeña semblanza, cuyo único propósito es presentar a Eugenio Ímaz al lector de hoy, es el libro de José Ángel Ascunce, *Topías y utopías de Eugenio Ímaz. Historia de un exilio*, Barcelona, Anthropos Editorial, 1991. Fueron igualmente útiles, para el periodo mexicano de Ímaz, los repositorios documentales de las instituciones en las que trabajó: El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica.

<sup>1</sup> Numerosos intelectuales y artistas acostumbraban veranear en San Sebastián. Un estudioso del tema asegura que durante los tres primeros decenios del siglo xx, la ciudad gozó de progreso económico y cultural. En referencia a este último aspecto, su tendencia europeizante no implicaba forma alguna de secularización, pues la modernización intelectual de San Sebastián no supuso abandonar su catolicismo. Asimismo, junto a su tendencia cosmopolita hubo un apreciable rescate de la cultura local popular. Cfr. Iñaki Adúriz, "Eugenio Ímaz y sus contemporáneos donostiarras", en José Ángel Ascunce (comp.), *Eugenio Ímaz: hombre, obra y pensamiento*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 17-25; véase también Juan Antonio Garmendia, "El San Sebastián cultural de Eugenio Ímaz (1900-1936)", en José Ángel Ascunce y José Ramón Zabala, *Eugenio Ímaz. Asedio a un filósofo*, San Sebastián, Editorial Saturrarán, 2002, pp. 49-59.



nómicas difíciles: el padre era un artesano de ideología liberal que mejoraba sus ingresos como velador; su madre pertenecía a una familia —Echeverría— de campesinos pobres y católicos que vendían sus productos en uno de los mercados locales. La situación económica se tornó grave al morir el padre. Desafortunada pero comprensiblemente, la madre tuvo que aumentar sus jornadas laborales, por lo que descuidó a Eugenio, hijo póstumo, el último de once vástagos, quien creció bajo la vigilancia de las hermanas, lo que provocó en él un permanente sentido de orfandad e inseguridad. De otra parte, la naturaleza rural de la madre explica que Eugenio Ímaz creciera como un niño bilingüe, que hablaba el castellano y el euskera.

Sus primeros estudios los hizo en las escuelas municipales, hasta que cierta mejoría en la economía familiar, gracias a las remesas que enviaban los hermanos mayores, quienes habían emigrado a Filipinas y Argentina, le permitió ingresar al prestigiado colegio del Sacré-Coeur, obviamente católico. Posteriormente se matriculó en el Instituto General y Técnico de Guipúzcoa, en el que su buen desempeño le permitió obtener una beca del ayuntamiento local para realizar sus estudios profesionales en la Universidad Central de Madrid —hoy Complutense—, donde cursó la carrera de Derecho a partir de 1917. Su alejamiento del entorno familiar, su estancia en una urbe de las dimensiones de Madrid y su falta de vocación jurídica fueron un duro reto para su estabilidad emocional y seguramente explican sus desiguales resultados académicos.

Su experiencia universitaria madrileña fue interrumpida por una estancia semestral en la Universidad de Lovaina, poco después de concluida la Primera Guerra Mundial. El viaje a Bélgica lo hizo junto con Xavier Zubiri,<sup>2</sup> su gran amigo, aconsejados ambos por el sa-

<sup>2</sup> El filósofo Xavier Zubiri nació en San Sebastián, en 1898. Fue sacerdote, pero obtuvo una dispensa por la que volvió a la vida civil. Estudió en la Facultad de Filosofía en Madrid; fue alumno de José Ortega y Gasset, Manuel García Morente y Juan Zaragüeta. Fue profesor en las universidades de Madrid y Barcelona. Escribió en la revista *Cruz y Raya* y fue uno de los pensadores que introdujo en España la filosofía fenomenológica. Al estallido de



cerdote y filósofo vasco Juan Zaragüeta, y gracias al apoyo de su profesor de Derecho Romano, José Castillejo, quien era secretario de la Junta para Ampliación de Estudios, institución que costeó su estancia en Bélgica.<sup>3</sup> Aquellos meses en Lovaina le sirvieron para confirmar que su vocación intelectual era filosófica, no jurídica, certeza que le provocó un comprensible desajuste vocacional. Para colmo, poco después enfrentó una severa crisis religiosa. Aunque apenas cumplía con las exigencias sacramentales, Eugenio Ímaz era creyente y cristiano. Sin embargo, su descubrimiento de la filosofía afectó los fundamentos de su fe religiosa. Como bien dice su biógrafo,

en la medida en que iba profundizando en el mundo de las ideas iba resquebrajándose el universo de sus creencias, hasta llegar a experimentar íntimamente una pugna frontal entre fe y razón, entre religión y lógica, entre principios teológicos y razones filosóficas. El resultado final de este dilema interior fue el [...] detrimento de la fe.<sup>4</sup>

la Guerra Civil se exilió en Roma y luego en París. A su regreso, en 1940, impartió clases en instituciones privadas. Véase Jordi Corominas y Joan Albert Vicens, *Xavier Zubiri: la soledad sonora*, Madrid, Taurus, 2006.

<sup>3</sup> José Castillejo fue jurista y pedagogo. Nació en la provincia de Ciudad Real, España, en 1877. Impartió clases de Derecho romano en las universidades de Sevilla, Valladolid y Madrid. Colaboró largo tiempo en la Junta para Ampliación de Estudios. En 1937, durante la Guerra Civil, se exilió en Inglaterra. Murió en Londres en 1945.

<sup>4</sup> Ascunce, *Topías y utopías...*, p. 52. Su amigo y compañero de trabajo, el historiador exiliado José Miranda, advirtió atinadamente que “cuando apenas empezaba a asomarse al mundo y a cobrar conciencia algo segura de las cosas, vino la crisis religiosa, y las acendradas creencias que en el seno de la familia adquirió se desplomarían pronto con mortal angustia de quien perdía su único asidero espiritual”. Según Miranda, Ímaz renunció “a lo que de razón había en la fe, pero no en lo que había de sentimiento, a la íntima y profunda piedad; abandonó la religión, pero conservó la religiosidad”. Consúltase su breve pero profunda nota: “Eugenio Ímaz. Petición y rendición de cuentas”, *Las Españas. Revista Literaria*, México, vi, 19-20, 29 de mayo de 1951, pp. 21-22.



Para su desgracia, no concibió el declive de su fe como un proceso de maduración. Al contrario, Ímaz entró en una clara etapa de desequilibrio emocional, que había comenzado con sus incertidumbres vocacionales. Así, entre los 21 y 22 años de edad enfrentó serios problemas depresivos y nerviosos que lo obligaron a interrumpir sus estudios. Luego de unos meses de reposo retornó a la universidad, decidido a concluir a la brevedad posible su carrera de abogado, lo que repercutió negativamente en sus calificaciones. Su recuperación psicológica incluyó adoptar una actitud religiosa en la que tenían cabida las críticas y las dudas. A partir de entonces, en lugar de contraponer la razón a la fe, o sea la filosofía a la religión, Ímaz comenzó a integrarlas. De hecho, el resto de su vida se caracterizaría por su muy personal síntesis de razonamiento y creencia, en lo filosófico y lo religioso, en lo político y lo social.

Concluir sus estudios de Derecho, a finales de 1924, no supuso iniciar inmediatamente su práctica profesional. De hecho, titularse de abogado y rechazar su ejercicio fueron actos simultáneos; más aún, decidió dedicarse íntegramente a la filosofía. Con una nueva beca de la Junta para Ampliación de Estudios marchó a Alemania, donde estudiaría en las universidades de Friburgo, Múnich y Berlín, en las que pudo escuchar a filósofos como Edmund Husserl y Martin Heidegger.<sup>5</sup> Además, durante su estancia en Alemania acrecentó su amistad con Xavier Zubiri, aún guiados ambos por Juan Zaragüeta.<sup>6</sup> Su experiencia alemana no fue sólo académica: a Ímaz le tocó ver las primeras

<sup>5</sup> Aunque de ninguna manera pueda considerarse un reporte oficial, Américo Castro, por entonces en la embajada del gobierno republicano en Berlín, le informó a Castillejo que el joven Ímaz se manejaba bien en el idioma alemán, leía “muchísimo” y era “de una integridad moral a toda prueba”; sin embargo, también le parecía “poco enérgico, y necesitado de que se le estimule para la acción”. Cfr. Carta de Américo Castro a José Castillejo, 21 de noviembre de 1931, en *Epistolario de José Castillejo*, 3 vols., Madrid, Editorial Castalia, 1999, III, p. 660.

<sup>6</sup> El sacerdote y filósofo Juan Zaragüeta nació en Orio, Guipúzcoa, en 1883. Escribió, entre otros libros, *La intuición de la filosofía de Henri Bergson*, Pe-



expresiones de lo que luego sería la violencia nazi y comprobar la debilidad del impulso democrático traído por la República de Weimar.<sup>7</sup>

Su etapa germana se prolongó de 1924 a 1931, tiempo suficiente para que lograra el dominio del idioma alemán, como antes había aprendido el francés en Bélgica. Dado que al regresar a España también dominaba el inglés, puede suponerse que durante esos años tuvo algunas estancias en la Gran Bretaña. De Alemania volvió con esposa, Hildegarde Jahnke, de religión protestante, evangelista. Sin embargo, retornar a su país no fue lo mismo que regresar a casa, pues Eugenio Ímaz y su esposa se radicaron en Madrid, no en San Sebastián, considerablemente alejados de la familia Ímaz, la que no aprobó que se casara “con una extranjera”.<sup>8</sup> En términos laborales, tradujo libros para Revista de Occidente, editorial para la que había empezado a trabajar aun estando en Alemania.<sup>9</sup> Sin embargo, las suyas no eran meras traducciones profesionales. Si bien era la única forma que tenía de lograr la manutención de su familia, también era

el medio más cualificado de asimilación científica y de maduración filosófica. Cada título traducido significaba una dosis mayor de conocimiento y un paso adelante en el arduo e interminable camino del saber filosófico. Lo que era medio de vida y de subsistencia se convierte en instrumento eficaz de sabiduría.<sup>10</sup>

*dagogía de la religión y Cuarenta años de periodismo*, obra que le mereció el Premio Nacional de Literatura. Falleció en San Sebastián en 1974.

<sup>7</sup> Lorenzo Corchuelo, “Topía y utopía del profesor Ímaz”, en *El Nacional*, Caracas, 18 de julio de 1947.

<sup>8</sup> Así lo recordaría el hijo menor de Eugenio Ímaz, Víctor. Véase su testimonio, “Éste es el hijo de mi mejor amigo”, en Jordi Corominas y Joan Albert Vicens, *Conversaciones sobre Xavier Zubiri*, Madrid, Editorial PPC, 2008, pp. 155-164.

<sup>9</sup> Entre las traducciones hechas para la editorial Revista de Occidente destaca la obra clásica de Jacob Burckhardt *Historia de la cultura griega*, tomos I y II, que dejó inconclusa por el estallido de la Guerra Civil, terminándola en 1944 Antonio Tovar. También son de señalarse las traducciones de Adam Müller, *Elementos de política*; Arthur Schopenhauer, *Sobre la libertad humana*; Georg Simmel, *Cultura femenina y otros ensayos*, y Othmar Spann, *Filosofía de la sociedad*.

<sup>10</sup> Ascunce, *Topías y utopías...*, p. 68.



La España que reencontró Ímaz era muy distinta a la que había dejado: si al irse comenzaba el periodo de la dictadura de Primo de Rivera, al regresar acababa de triunfar la Segunda República, con cuyo proyecto cultural y político rápidamente se identificó. Sin embargo, la primera mitad del decenio de los treinta no fue un periodo tranquilo. Fueron años tensos y de grandes confrontaciones, tanto entre los políticos como entre los intelectuales interesados en los asuntos públicos, como lo era Ímaz. Al poco tiempo hizo una gran amistad con el poeta y ensayista José Bergamín, también cristiano.<sup>11</sup> Juntos emprendieron la aventura intelectual y empresarial de editar la revista *Cruz y Raya*, aparecida entre abril de 1933 y el estallido de la Guerra Civil. Bergamín fue el director; Ímaz, el secretario. *Cruz y Raya*, revista cristiana y democrática, de temas culturales, cercana ideológicamente a la publicación francesa *Esprit*, dio cabida a los escritos de Ímaz, publicándole once artículos de género ensayístico y cinco traducciones de temas políticos y filosóficos. Acaso la principal característica de *Cruz y Raya*, y de los escritos iniciales de Ímaz, es que eran críticos tanto del socialismo como del nacionalsocialismo.<sup>12</sup>

Además de dedicar casi todo su tiempo a *Cruz y Raya*, a su editorial adjunta e incluso a su tertulia, Ímaz colaboró con otra revista, en la que participaban muchos de los autores de *Cruz y Raya*: se titulaba *Diablo Mundo*, de orientación claramente política, en defensa del régimen republicano, de la que sólo llegaron a publicarse nueve números.<sup>13</sup> En *Diablo Mundo* Ímaz concentró sus críticas a la ascendente Alemania nazi en sus aspectos culturales, económicos, ideológicos, políticos y sociales. El poco tiempo que le quedaba lo dedicó a impartir clases particulares de filosofía, ya que carecía de una cáte-

<sup>11</sup> Al margen de que hubieran coincidido durante sus estudios abogadiles en la Universidad Central de Madrid, quien los presentó fue Xavier Zubiri, amigo de ambos.

<sup>12</sup> Antonio Jiménez García, "Los primeros escritos de Eugenio Ímaz", en Ascunce (comp.), *Eugenio Ímaz...*, pp. 53-65.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 65-69. Para un análisis de la revista véase Nigel Dennis, *Diablo Mundo: los intelectuales y la República*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1983.



dra universitaria, y a colaborar con la *Revista de Occidente*, ya fuera con algunas traducciones o escribiendo para ella un par de ensayos.<sup>14</sup>

Los convulsos años de la Segunda República se tornaron dramáticos abruptamente, en julio de 1936, cuando el alzamiento de los militares golpistas dio inicio a la Guerra Civil. Las estimulantes y gratas actividades profesionales de Ímaz, todas ellas intelectuales, acabaron súbitamente. Peor aún, terminó el breve periodo de su vida en el que había predominado un cierto optimismo, tanto personal como social. El impacto de la cruel y generalizada violencia sobre la frágil personalidad de Ímaz fue brutal. Como él mismo lo dijera, quedó “descabalgado y en el aire [...] Eché pie a tierra y, a mis años, aprendí a andar entre ríos de fuego y de sangre”. Su precisa síntesis es insuperable: sería un “hombre de letras rehecho por la guerra”.<sup>15</sup>

Aunque sin previo activismo político, y mucho menos militancia partidista, en tanto demócrata y liberal, Ímaz se dispuso a colaborar con el bando republicano sin adoptar posiciones faccionales ni sumirse en conductas cercanas a la resignación.<sup>16</sup> Ímaz lo entendió a cabalidad: eran tiempos de “heroísmo y entrega”. Por eso se dedicó a cuestionar a los intelectuales indecisos ante el conflicto, por no mencionar a quienes avalaron a los sublevados. Para comenzar, a finales de 1936 fue firmante de la “carta abierta” que su amigo y compañero de *Cruz y Raya*, José Bergamín, dirigió “A los intelectuales antifascistas del mundo entero”, que sirvió como manifiesto fundacional de la Alianza de Intelectuales Antifascistas.<sup>17</sup> Asimismo, aunque no como

<sup>14</sup> Luis de Llera, “Ímaz y el contexto cultural de los años 20 y 30. Las revistas”, en Ascunce y Zabala, *Eugenio Ímaz...*, pp. 115-149.

<sup>15</sup> Eugenio Ímaz, “Pensamiento desterrado”, *España Peregrina*, México, Junta de Cultura Española, 3, abril de 1940, p. 107.

<sup>16</sup> Francisco José Martín, “Eugenio Ímaz y el nuevo liberalismo”, en Ascunce y Zabala, *Eugenio Ímaz...*, pp. 233-251.

<sup>17</sup> De hecho, desde el mismo julio de 1936 Ímaz había firmado la carta colectiva de “Los intelectuales españoles contra el criminal levantamiento militar”. Posteriormente, en enero de 1937 suscribió la “Protesta de los católicos españoles contra el bombardeo de Madrid”. Véase Ascunce, *Topías y utopías...*, p. 123.



ponente sino más bien dedicado a colaborar con Bergamín en su organización, en junio de 1937 participó en el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, que tuvo tres sedes: Valencia, Madrid y Barcelona. En dicha reunión se ahondaron los reparos de Ímaz a los comunistas,<sup>18</sup> tal como le había sucedido respecto a los católicos. La postura de la Iglesia, que como institución se declaró partidaria del alzamiento, y en particular la de sus amigos Juan Zaragüeta y Xavier Zubiri, el primero proclive a los sublevados y el otro neutral, tuvieron terribles repercusiones en el estado emocional de Ímaz: consideró que sus actitudes eran una traición a los más elementales principios éticos, lo que explica que la ruptura con ellos fuera total.<sup>19</sup>

Incapaz de servir al gobierno republicano como soldado, Ímaz tuvo varias responsabilidades político-culturales. A fin de aprovechar su manejo de idiomas extranjeros, a mediados de 1937 fue enviado a París para colaborar en asuntos culturales y propagandís-

<sup>18</sup> Todo parece indicar que Ímaz se molestó por la negativa del Congreso a que, por presión de la Unión Soviética, participara el escritor francés André Gide; asimismo, el protagonismo de los escritores prosoviéticos también enojó a Ímaz.

<sup>19</sup> En un libro de testimonios biográficos sobre Zubiri, Víctor, el hijo menor de Eugenio Ímaz, asegura que su padre y Zubiri se conocieron “en torno a 1915”, probablemente en la iglesia de San Vicente, en San Sebastián, donde ayudaban en algunos servicios pastorales al cura Juan Zaragüeta. A partir de entonces fueron “inseparables” y se quisieron “más que dos hermanos”: “juntos estudiaron en Lovaina, Friburgo, Múnich y Berlín, y juntos vivieron de 1932 a 1935 en el piso que Zubiri alquilaba en Madrid”. En él nació el primogénito de Ímaz, Carlos, para el que Zubiri sería “más que un tío”, pues “lo meció muchas veces”. Por esos años fundaron la revista *Cruz y Raya*, con José Bergamín. Ímaz “fue el confidente de Zubiri en los tragos más amargos de su vida. Lo acompañó durante su larga y penosa crisis religiosa, de la que da testimonio una patética correspondencia juvenil en la clandestinidad de sus primeros amoríos con Carmen Castro y en el duro proceso de secularización”. Sin embargo, “sus diferentes posiciones ante la Guerra hicieron que la amistad y cariño inmenso que se tenían se rompieran en añicos”. A pesar de ello, el suicidio de Ímaz “fue una espina que Zubiri llevó siempre en su corazón”. Véase el testimonio de Víctor Ímaz, “Éste es el hijo de mi mejor amigo”, citado en la nota 8.



ticos, así como en el apoyo a los españoles que estaban huyendo hacia Francia, emigración que fue aumentando conforme evolucionaba el proceso bélico. Poco antes de que concluyera la contienda, ya con un resultado negativo inevitable, Ímaz fungió como secretario de la Junta de Cultura Española, presidida por Juan Larrea, que se ocuparía de proteger a los intelectuales españoles, sobre todo buscando su traslado a Hispanoamérica.<sup>20</sup>

Obviamente, la evacuación incluía a los miembros de la propia Junta de Cultura Española. En el caso de Ímaz, la salida de París debe haber tenido lugar en julio de 1939, pues arribó a México, país que le pareció “quijotesicamente hospitalario”, a finales de agosto.<sup>21</sup> A diferencia de casi todos los intelectuales españoles llegados a México en 1939, Ímaz no se incorporó a La Casa de España, que se convertiría a finales de 1940 en El Colegio de México. Ciertos es que se pensó en él para sustituir a María Zambrano, cuando ésta dejó los cursos de filosofía que La Casa le había conseguido en la Universidad de Michoacán. De hecho, su máximo dirigente, Alfonso Reyes, reconoció que se hicieron “infructuosas gestiones” para que Ímaz asumiera dichos cursos en Morelia, a lo que éste se negó, pues tenía “compromisos” que lo retenían en la Ciudad de México.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> En ocasiones se ha dicho que Ímaz sólo fue vicesecretario de la Junta. Lo cierto es que con otros compañeros Ímaz se encargaba de la edición del boletín *Cultura Española*. Desgraciadamente no ha sido posible conseguir ejemplares de este boletín, por lo que esta edición de los escritos de Ímaz carece de los textos que publicó durante sus dos años en París.

<sup>21</sup> Atravesó la frontera de Nuevo Laredo el 29 de agosto, después de pasar unas semanas en Nueva York, con su esposa Hilde y sus dos pequeños hijos, Carlos y Víctor, este último nacido en París. Véase su tarjeta de ingreso en el Archivo General de la Nación/Secretaría de Gobernación/Departamento de Migración/Espanoles, caja 125, expediente 119, y también en Francisco Giner de los Ríos, “Mis recuerdos mexicanos de Eugenio Ímaz”, en Ascunce (comp.), *Eugenio Ímaz...*, p. 31.

<sup>22</sup> Véase el “Informe sobre los trabajos de La Casa de España en México. 1939”, en Alberto Enríquez Perea (comp.), *Alfonso Reyes en La Casa de España en México (1939-1940)*, México, El Colegio Nacional, 2005, p. 295.



¿Cuáles eran esos “compromisos” que lo retenían en Ciudad de México, que también impidieron que impartiera una serie de conferencias durante la última semana de agosto de 1940 en la Universidad de San Luis Potosí?<sup>23</sup> Todo parece indicar que Ímaz dedicaba buena parte de su tiempo a colaborar con el SERE (Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles), organización que ayudaba a los compatriotas que enfrentaban problemas económicos, sociales y culturales en su proceso de integración a México. Sobre todo, el año de 1940 lo dedicó a la edición de *España Peregrina*,<sup>24</sup> órgano de la Junta de Cultura Española, de la que Ímaz era miembro directivo. Dirigida por José Bergamín, en dicha revista predominaron los temas del fenómeno del exilio y de la Guerra Civil española. Como secretario de *España Peregrina*, Ímaz publicó en ella algunos de sus artículos más significativos sobre la contienda armada, la situación de España y su nueva condición de exiliado.<sup>25</sup> Desgraciadamente, serias desavenencias entre el grupo directivo y José Bergamín respecto a la Segunda Guerra Mundial dieron al traste, demasiado

<sup>23</sup> Véanse “Índice de trabajos realizados por los miembros residentes de La Casa de España en México en 1939” y los “Planes de trabajo... para 1940”, en *ibid.*, p. 327. Recuérdese que La Casa de España no tenía actividades docentes propias, sino que sólo era una institución que coordinaba y sufragaba las labores de sus integrantes, a quienes enviaba a impartir cursos y conferencias a diversas universidades del país. Cfr. Clara E. Lida, José Antonio Matesanz, Josefina Zoraida Vázquez, *La Casa de España y El Colegio de México. Memoria, 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000.

<sup>24</sup> Un compañero de trabajo y amigo de Ímaz confirma que al principio sus actividades se concentraron en el Centro Republicano presidido por Enrique Díez-Canedo; en la Junta de Cultura Española, de la que era secretario, y en la edición de *España Peregrina*. Cfr. Giner de los Ríos, “Mis recuerdos mexicanos...”, p. 31.

<sup>25</sup> El auténtico conductor de *España Peregrina* fue el poeta y ensayista vasco Juan Larrea. Respecto a la colaboración de Ímaz, véase Iñaki Adúriz, “La primacía del hombre y de la conciencia a través de la historia: Eugenio Ímaz en *España Peregrina*”, en Ascunce (comp.), *Eugenio Ímaz...*, pp. 70-86.



pronto, con la nueva revista.<sup>26</sup> Para Ímaz resultó dolorosísimo que así terminara una amistad tan profunda y prolongada.<sup>27</sup>

Ímaz, Larrea y León Felipe intentaron remediar la desaparición de *España Peregrina* participando en un nuevo proyecto editorial, encabezado por el mexicano Jesús Silva Herzog y en el que colaboraron españoles y latinoamericanos. Fue así como en 1942 nació *Cuadernos Americanos*, a la que Ímaz se mantendría cercano el resto de su vida, y en la que publicaría una veintena de ensayos y notas.<sup>28</sup> Si se recuerda su colaboración en *Cruz y Raya*, *Diablo Mundo* y *Revista de Occidente*, puede concluirse que Ímaz expresó su talento y su oficio de escritor en ensayos breves, publicados en numerosas revistas: además de en *España Peregrina* y *Cuadernos Americanos*, desde su llegada a México publicó también en *Las Españas*, *Romance*, *Litoral* y *Letras de México*,<sup>29</sup> así como en *El Noticiero Bibliográfico*, del Fondo de Cultura Económica, y en el periódico *El Nacional*; asimismo, durante su estancia de dos años en Venezuela publicó

<sup>26</sup> En un testimonio de Víctor Ímaz se da una distinta versión, acaso más realista, de la crisis de *España Peregrina*. Según éste, el motivo fue que Bergamín “dilapidó los fondos de la revista”, pues “era un *bon vivant*”, al grado de que Ímaz llegó a decirle a Juan Larrea: “Oye, coge la máquina de escribir porque Bergamín ya no ha dejado nada más”. Véase su testimonio en la obra citada en la nota 8.

<sup>27</sup> Ascunce lo sintetiza en epigramática frase: de tener “vidas paralelas”, Ímaz y Bergamín pasaron a transitar por sendas “que se separan y se bifurcan”. De otra parte, la pérdida de la amistad con Bergamín se subsanó con la creciente intimidad con los poetas León Felipe y Juan Larrea. Con este último colaboraba desde su periodo parisiense en la Junta de Cultura Española.

<sup>28</sup> Eugenio Ímaz participó en la Junta de Gobierno de *Cuadernos Americanos* desde la publicación de su primer número. Véase la sección “Palabras de aniversario”, en *Cuadernos Americanos*, México, xx, 2, marzo-abril de 1945, pp. 65-69, en la que se reprodujo, sin título, su “Discurso en el Club Suizo (a modo de epílogo)”; véanse las pp. 332-335 del presente volumen.

<sup>29</sup> Para un breve recuento de las revistas publicadas por exiliados españoles en México, véase el capítulo de Luis Suárez, “Prensa y libros, periodistas y editores”, en *El exilio español en México 1939-1982*, México, Fondo de Cultura Económica-Salvat, 1982, pp. 601-621.



varios trabajos en la *Revista Nacional de Cultura* y en el periódico *El País*. Otros géneros mediante los que se expresaba Ímaz fueron el de los prólogos y el de las noticias bibliográficas, algunas muy breves y otras que bien merecían ser consideradas reseñas.<sup>30</sup>

Para muchos, sin embargo, Ímaz fue más un traductor que un autor. En efecto, si bien dejó “un inmenso caudal de claras y pulcras traducciones”, por otro lado era un “pensador de fuste”, pero uno que, “por desgracia, no pudo desplegarse tanto”.<sup>31</sup> Como antes en España, en México su principal ocupación, su *modus vivendi*, fue la traducción, predominantemente de obras de filosofía, historia, psicología y sociología. Sin embargo, como bien dijera José Gaos, las traducciones de Ímaz, “que descuellan por su cantidad y calidad”, deben considerarse como parte de su obra de creación personal, pues están hechas con una “auténtica originalidad”.<sup>32</sup> Los elogios a su labor como traductor fueron unánimes.<sup>33</sup> Es más, para José Miranda, más que un traductor era un “alumbrador”, y

<sup>30</sup> Recuérdese que una sección de *Topía y utopía* se tituló “Ideas solapadas”, en referencia a los breves textos de Ímaz para las solapas de algunos libros. Según su gran amigo y compañero de trabajo Julián Calvo, en sus reseñas bibliográficas Ímaz era aficionado a “expresar en ellas sus mejores ideas”. Cfr. Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica, Primera sección, expediente 300, clave topográfica 28-S-13-C/3, f. 7 (en adelante AHFCE, P. s.).

<sup>31</sup> Miranda, “Eugenio Ímaz...”, p. 21.

<sup>32</sup> José Gaos, prólogo a Eugenio Ímaz, en *Luz en la caverna. Introducción a la Psicología y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951, p. xiii.

<sup>33</sup> Por ejemplo, su traducción de la *Filosofía de la Historia*, de Kant, fue considerada “escrupulosa”. Cfr. Carta de Carlos D. Valcárcel E. (Lima) a Daniel Cosío Villegas, 18 de marzo de 1943, en AHFCE, P. s., exp. 340, clave topográfica 28-S-13-C/3, f. 6. En un estudio reciente se subrayó la labor de edición de Ímaz al haber conjuntado varios textos dispersos de Kant de tema histórico; también se dice que el prólogo de Ímaz es un auténtico “regalo”. Cfr. Luis Jiménez Moreno, “Filosofía en las traducciones de filósofos alemanes realizadas por Eugenio Ímaz”, en Ascunce y Zabala, *Eugenio Ímaz...*, pp. 341-353.



para Max Aub, más que un traductor era un partero, que “daba luz a lo de los otros”.<sup>34</sup>

Sus trabajos como traductor los hizo, sobre todo, para el Fondo de Cultura Económica, institución en la que comenzó a colaborar en la segunda mitad de 1941, en el Departamento Técnico, además de que para 1942 ya aparecía, junto con José Gaos, como coordinador de la colección de Filosofía.<sup>35</sup> Como atinadamente dijera su compatriota, colega y amigo Juan David García Bacca, el Fondo sería para Ímaz “su lugar propio, su ambiente, y aun su empresa individual y colectiva”.<sup>36</sup> Si bien se había fundado para imprimir libros de temática económica, la llegada de varios exiliados españoles políglotas<sup>37</sup> permitió a la joven editorial extenderse a temas filosóficos, historiográficos, politológicos y sociológicos.<sup>38</sup> Eugenio Ímaz fue uno de los protagonistas de dicho cambio, como conocedor de varios idiomas, como humanista auténtico, diestro en varias disciplinas —filosofía, historia, sociología y psicología, entre otras— y como hombre con experiencia en los aspectos técnicos del ámbito editorial.<sup>39</sup>

<sup>34</sup> Max Aub, “Balada cruel de Eugenio Ímaz”, *Universidad de México*, x, 9, mayo de 1956, p. 31.

<sup>35</sup> Resulta comprensible que pronto Ímaz se convirtiera en un elemento clave del Departamento Técnico, por su capacidad intelectual y por su experiencia “como traductor y como editor”. Cfr. Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa: Fondo de Cultura Económica, 1934-1994*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 92-93.

<sup>36</sup> Cfr. Carta de Juan David García Bacca (Quito), 11 de abril de 1987, en Ascunce, *Topías y utopías...*, p. 176.

<sup>37</sup> Recuérdese que tanto José Gaos como José Medina Echavarría y Eugenio Ímaz fueron becados por la Junta para Ampliación de Estudios para que hicieran su posgrado en algún país de Europa.

<sup>38</sup> Para un mayor acercamiento a este tema véase Díaz Arciniega, *Historia de la casa...* Consúltese también Enrique Krauze, “El Fondo y don Daniel”, en *Libro conmemorativo del primer medio siglo. Fondo de Cultura Económica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 12-39.

<sup>39</sup> Ímaz estaba asignado al Departamento Técnico del Fondo, junto con los también exiliados Vicente Herrero, Julián Calvo y Francisco Giner de los



Su capacidad como traductor era notable. De hecho, sus amigos y colegas le obsequiaron una fotografía de Dilthey, con una dedicatoria en la que lo llamaban “traductor eximio”.<sup>40</sup> Además de “eximio”, el número de las traducciones hechas por Ímaz, muy superior a lo hecho por sus colegas —con la excepción de Wenceslao Roces—,<sup>41</sup> justifica que también se le considere “el campeón” de los traductores.<sup>42</sup> Más aún, también se encargaba de revisar traducciones hechas por otros.<sup>43</sup> Incluidas sus versiones para Revista de Occidente, hechas antes de trasladarse a México, Ímaz tradujo en total cerca de cuarenta libros y una veintena de artículos, sobre todo del alemán al español, aunque también tradujo unos diez li-

Ríos, con quien compartió despacho por algunos años. Véase el artículo de este último, “Mis recuerdos mexicanos...”, pp. 26-39.

<sup>40</sup> Entre los firmantes son identificables los nombres de Daniel Cosío Villegas, Joaquín Díez-Canedo, Sindulfo de la Fuente, José Medina Echavarría, José Moreno Villa y Alfonso Reyes. La fotografía fue reproducida en José Ángel Ascunce (pról. y ed.), *La fe por la palabra*, San Sebastián, Universidad de Deusto, 1989, p. 9.

<sup>41</sup> Wenceslao Roces, abogado, filósofo, político y traductor, nació en Oviedo, España, en 1897. Fungió, entre otros cargos, como subsecretario de Instrucción Pública durante el gobierno republicano. Antes de salir de España había comenzado a traducir las obras de Karl Marx, trabajo que concluiría al llegar a México, donde se incorporó al Fondo de Cultura Económica. Impartió clases en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y tradujo, entre otros libros, *De Leibnitz a Goethe y Vida y poesía*, de Wilhelm Dilthey; *Vida y cultura en la Edad Media*, de Johannes Bühler; *Alejandro Magno*, de Johan Droysen; la *Fenomenología del espíritu*, de Hegel; *El asalto a la razón*, de Georg Lukács; *El mundo de los césares*, de Theodor Mommsen; *Pueblos y Estados en la historia moderna*, de Leopold von Ranke; *Escritos de juventud*, de Federico Engels, y *El capital*, la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía* y muchas otras obras de Marx. En 1977 fue senador constituyente por Asturias en las Cortes Españolas. Murió en la Ciudad de México en 1992. En un pequeño catálogo titulado *Autores y traductores del exilio español en México*, México, Fondo de Cultura Económica, s./a., pp. 24-26 y 36-39, se consignan treinta libros traducidos por Ímaz para esta editorial y 38 de Roces.

<sup>42</sup> Krauze, “Mis recuerdos mexicanos...”, p. 18.

<sup>43</sup> Giner de los Ríos, “El Fondo y don Daniel”, p. 33.



bro del inglés.<sup>44</sup> Si bien predominaron algunos ‘clásicos’ de historia y filosofía, también tradujo títulos de psicología, sociología y ciencia.<sup>45</sup> Quien concentró sus esfuerzos fue Wilhelm Dilthey, con ocho de los diez tomos que le publicara el Fondo.<sup>46</sup> Detrás de él quedaron grandes ‘clásicos’ de la historiografía, como Leopold von Ranke, Jacob Burckhardt y Johan Huizinga; científicos sociales como Max Weber —partes de los libros II y III de *Economía y sociedad*—, Georg Simmel, Ferdinand Tönnies y Ernst Troeltsch, así como los filósofos Ernst Cassirer, R.G. Collingwood y John Dewey, los dos últimos del inglés. No cabe duda de que con sus traducciones Ímaz colaboró en forma decisiva a la puesta al día de toda la

<sup>44</sup> Cfr. Teresa Rodríguez de Lecea, “Las traducciones de Ímaz en lengua inglesa”, en Ascunce y Zabala, *Eugenio Ímaz...*, pp. 355-365.

<sup>45</sup> Para una lista completa de las traducciones hechas por Ímaz, véase su bibliografía al final del segundo volumen de la edición de sus *Obras reunidas*. Para una reflexión del propio Ímaz sobre los límites y las virtudes de su oficio, véase su texto “¡Pobre traductor!”, pp. 534-535 del presente tomo.

<sup>46</sup> En rigor, Ímaz tradujo y prologó los siguientes libros de Dilthey: *Introducción a las ciencias del espíritu*, *Hombre y mundo en los siglos XVI y XVII*, *Hegel y el Idealismo*, *El mundo histórico*, *Psicología y teoría del conocimiento*, *Teoría de la concepción del mundo* y la *Historia de la Filosofía*. Los primeros cuatro aparecieron en 1944, los siguientes dos en 1945 y el último fue publicado en 1951, poco después de la muerte de Ímaz. Además participó, junto con José Gaos, Wenceslao Roces y Juan Roura Parella, en la traducción del libro *De Leibnitz a Goethe*. Asimismo, prologó y anotó *Vida y poesía*, traducido por Roces, ambos publicados en 1945. Muchos años después, en 1963, el Fondo de Cultura Económica publicaría otro tomo de las obras de Dilthey, *Literatura y fantasía*, traducido por Emilio Uranga y Carlos Gerhard. El trabajo de editar, prologar y traducir casi toda la extensa pero poco integrada obra de Dilthey fue considerada por un conocedor del tema como una labor “colosal”. Cfr. Andrés Lira, “El retiro imposible. Eugenio Ímaz, 1900-1951”, *Los Universitarios*, noviembre de 2002, pp. 18-23. Antonio Jiménez García concluye que por sus traducciones, Ímaz y Dilthey “son dos nombres indisolublemente unidos”. Véase su “Eugenio Ímaz, intérprete y traductor de Dilthey”, en Ascunce y Zabala, *Eugenio Ímaz...*, pp. 305-339.



cultura hispanoamericana,<sup>47</sup> a su encuentro con la civilización occidental.<sup>48</sup> Acaso la explicación sea que Ímaz tradujo autores que estaban entre “sus inclinaciones filosóficas más hondamente sentidas”.<sup>49</sup>

En cuanto a su propia obra, de temas filosóficos, culturales y políticos, se ha dicho que fue magra, a todas luces escasa. En realidad, Ímaz escribió una “infinitad de enjundiosos” ensayos, artículos, prólogos, notas y reseñas bibliográficas. El problema es que se preocupó poco de publicarlos en forma sistemática, aunque pudo personalmente compilar y reordenar algunos de esos escritos breves para conformar sus dos primeros libros. Comenzó con el *Asedio a Dilthey*, publicado en 1945 en la colección Jornadas de El Colegio de México, diseñada por su coterráneo, el sociólogo José Medina Echavarría.<sup>50</sup> Al año siguiente publicó otra recopilación de escritos breves, seleccionados y ordenados por el propio Ímaz, con el título de *Topía y utopía*. Disímiles por sus géneros y procedencia, los textos que la integraron tenían una unidad filosófica: su talante humanista y su perspectiva historicista. Su temprana muerte, cinco años des-

<sup>47</sup> Es innegable que durante el largo periodo franquista pudo leerse en España a autores como Marx y Heidegger gracias a los libros del Fondo de Cultura Económica que clandestinamente llegaban desde México. Es ya un lugar común decir que los exiliados se mantuvieron vinculados a España mediante sus libros y traducciones.

<sup>48</sup> José Gaos señaló que las traducciones de Ímaz eran “parte de la historia de la cultura de lengua española contemporánea”, en prólogo a *Luz en la caverna*, p. xiv. José Miranda señaló, en forma similar, que sus traducciones de pensadores europeos eran el “pasto espiritual diario de los estudiantes y estudiosos de filosofía, tanto en España como en América”. Cfr. Miranda, “Eugenio Ímaz...”, p. 21. Finalmente, Mariano Picón-Salas asegura que sus traducciones estaban dejando “una singular siembra en la conciencia hispanoamericana”. Véase Mariano Picón-Salas, “Memoria de Eugenio Ímaz”, *Cuadernos Americanos*, México, LVII, 3, mayo-junio de 1951, p. 147.

<sup>49</sup> José Luis Abellán, *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 343.

<sup>50</sup> Véase la reseña de José Gaos, “La Jornada de Dilthey en América”, *Cuadernos Americanos*, México, XXIII, 5, septiembre-octubre de 1945, pp. 132-140.



pués, impidió a Ímaz hacer nuevas recopilaciones de otros trabajos suyos. Sin embargo, esta labor la hicieron algunos de sus amigos,<sup>51</sup> quienes en 1951, pocos meses después de fallecido, editaron el libro *Luz en la caverna*, con materiales escritos durante su etapa americana y publicados en diversas revistas y periódicos de México y Venezuela,<sup>52</sup> a los que agregaron buena parte del libro que habría de titularse *Introducción a la Psicología* y que tenía comprometido con el Fondo de Cultura Económica para su nueva colección Breviarios.<sup>53</sup> Igual que el libro precedente —*Topía y utopía*—, éste se caracterizó por sus variopintos temas, géneros y orígenes, aunque otra vez lo unificaba su raigambre humanística y su posición historicista y vitalista.

Además de estos tres libros conformados a partir de sus escritos breves, Ímaz escribió materiales suficientes para otros dos libros misceláneos, publicados póstumamente.<sup>54</sup> O sea, un total de cinco li-

<sup>51</sup> Debería ya decirse que el responsable auténtico de la conformación de *Luz en la caverna. Introducción a la Psicología y otros ensayos* fue Julián Calvo, responsable de todo el trabajo editorial. Alfonso Reyes y José Gaos fueron sólo los prologuistas del libro, mientras que Calvo fue el “coordinador y realizador” de la obra. Cfr. AHFCE, P. s., exp. núm. 320, clave topográfica 28-S-13-C/3, ff. 8-9, y exp. núm. 376, clave topográfica 28-S-14-C/4, ff. 121-122.

<sup>52</sup> Para la ubicación de los materiales publicados en Venezuela se contó con la ayuda de Ángel Rosenblat, filólogo polaco que por un tiempo vivió en Argentina y luego se radicó en Venezuela, donde fundó el Instituto de Filología Andrés Bello, que dirigió durante varios años. Véase carta de Julián Calvo a Ángel Rosenblat (Caracas), 21 de febrero de 1951, en AHFCE, P. s., exp. núm. 300, clave topográfica 28-S-13-C/3, ff. 6-7. Véase la respuesta de Rosenblat, del 7 de marzo, en *ibid.*, ff. 8-9.

<sup>53</sup> A su muerte, la *Introducción a la Psicología* “quedó trunca”. Carta de Julián Calvo a José Medina Echavarría (Puerto Rico), 1 de marzo de 1951, en Adolfo Castañón y Álvaro Morcillo Laiz (selec. y notas), *José Medina Echavarría: correspondencia*, México, El Colegio de México, 2010, p. 249. Respecto a la atención que Ímaz puso en esta disciplina, véase José María Gondra Rezola, “La psicología de Eugenio Ímaz”, en Ascunce (comp.), *Eugenio Ímaz...*, pp. 131-148.

<sup>54</sup> Me refiero a *La fe por la palabra*, en el que José Ángel Ascunce reunió sus artículos del periodo español, publicados en Cruz y Raya, *Diablo Mundo*



bro de dimensiones “estimables”, de contenido invertebrado, pero que “iluminan más” que muchas obras filosóficas sistemáticas. En resumen, considerar a Ímaz un autor parco o un pensador secundario no sólo es una “injusticia” sino también un “error”.<sup>55</sup> Aunque como autor fue acaso desordenado, hoy resulta impostergable rescatar al Ímaz “escritor y filósofo” de su “leyenda de gran traductor y editor”;<sup>56</sup> por su parte, José Gaos sostuvo, atinadamente, que la obra de Ímaz es doble: la de traductor y la de autor de “trabajos originales”, ajenos a la “filosofía sistemática” pero inmejorables ejemplos de la “filosofía problemática”, cuyo tema recurrente era la crisis de su tiempo. En rigor, Gaos reconoce que había un triple Ímaz. El tercero se expresaba en la conversación filosófica:

¿A qué se deberá este tan repetido quedarse en una dispersión de trabajos menores y variados y de palabras puramente orales y ocasionales, en vez de articular un sistema por escrito? ¿Simplemente [...] a que sentiría como Platón que lo más personal y objetivamente verdadero [...] no podría comunicarse por medio de la palabra escrita, sino [...] administrando el santo sacramento de la conversación?<sup>57</sup>

Gaos llegó a pensar que esa renuencia a escribir obras sistemáticas de filosofía se debía a su “honradez a carta cabal”, pues Ímaz se

---

y *Revista de Occidente*, y a *En busca de nuestro tiempo*, en el que Iñaki Adúriz rescató cerca de cuarenta textos publicados en México y en Venezuela, que no habían sido incluidos en *Luz en la caverna. Introducción a la Psicología y otros ensayos*.

<sup>55</sup> Miranda, “Eugenio Ímaz...”, p. 21. Este autor afirma que las particularidades de su pensamiento filosófico eran “misticismo en el sentimiento, realismo en el enfoque, humanismo en el objeto, pues se enrosca en el hombre, llaneza en el pensar y en el decir, y espontaneidad en el motor de ideas y conceptos”.

<sup>56</sup> Cfr. Giner de los Ríos, “Mis recuerdos mexicanos...”, p. 30. Es de reconocerse que desde hace muchos años José Luis Abellán señaló que Ímaz padecía un “olvido injustificado”. Véase su libro *Filosofía española en América (1936-1966)*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1967, pp. 229-247.

<sup>57</sup> Gaos, prólogo a *Luz en la caverna*, p. xxi.



negaba a engañar a los demás —y de paso a engañarse a sí mismo— “acerca del verdadero valor de los juegos constructivos de la pura teoría frente a la seriedad radical, y no sólo circunstancial, de la vida desbordante”. Según Gaos, la concepción de la filosofía de Ímaz vincula ésta “lo más posible a los problemas vitales del ciudadano medio de la cultura occidental y actual”. Así, ve en Ímaz a un seguidor de Platón, tanto en su didáctica filosófica como en su propia filosofía, que buscaba “introducir la luz blanca y sedante del espíritu en la caverna oscura y ferina que es el mundo de nuestros días, [...] con reverente sentido de lo limitado de toda iluminación para el misterio infinito del universo”.<sup>58</sup> De cualquier modo, al margen de sus numerosos artículos, ensayos y notas, Ímaz publicó un libro orgánico, *El pensamiento de Dilthey*, editado en 1946. Así, tampoco se limitó a traducir y editar a Dilthey sino que también lo estudió; más aún, lo escudriñó, pues lo conocía y comprendía “como nadie”, al grado de elaborar el primer gran estudio sistemático sobre Dilthey hecho por un pensador hispanoamericano.<sup>59</sup>

Además de sus esfuerzos y logros como ensayista y traductor, Ímaz dedicó buena parte de su tiempo a la docencia, faceta que inició al llegar a México, pues en España nunca había tenido la responsabilidad de una cátedra en una institución educativa. Comenzó a impartir cursos —de psicología— en la Academia Hispano-Mexicana, uno de los colegios fundados con recursos del gobierno republicano español para que allí pudieran estudiar los niños, adolescentes y jóvenes que comenzaban a llegar con los primeros flujos de exiliados. Obviamente, su labor docente la desarrolló, sobre todo, en El Colegio de México, donde impartió cursos de alemán y de filosofía de la historia.<sup>60</sup>

<sup>58</sup> *Ibid.*, pp. xxi y xxii.

<sup>59</sup> Miranda, “Eugenio Ímaz...”, p. 21. Para una larga y severa apreciación de este libro, véase José Gaos, “El Dilthey de Ímaz”, *Cuadernos Americanos*, México, xxxiii, 3, mayo-junio de 1947, pp. 131-150. Véase también el texto de Antonio Jiménez García citado en la nota 45.

<sup>60</sup> Un viejo alumno, el escritor y crítico literario Arturo Souto, recuerda las clases de Psicología de Ímaz en la Academia Hispano-Mexicana “con



Debido a que El Colegio de México nunca tuvo un programa docente concentrado en la filosofía, y dado que en la Universidad Nacional Autónoma de México ya había dos españoles enseñándola, José Gaos y Eduardo Nicol, Ímaz tuvo que limitarse a enseñar otras materias, como psicología.<sup>61</sup> El año de su muer-

fascinación”. En una carta de Alfonso Reyes a Daniel Cosío Villegas, director del Fondo de Cultura Económica, se transparenta la dualidad laboral que padecía Ímaz en México, al grado de que Reyes abiertamente confiesa: “quiero quitarle a usted la mitad del trabajo de Ímaz. Que dé a usted medio día en traducciones y corrección de traducciones, y que nos dé en el Centro de Estudios Históricos un curso de filosofía de la historia, o si usted prefiere, criteriología de la historia”. Así, “con eso tiene usted lo que de veras le hace falta del trabajo de Ímaz para el Fondo”. Demostrando Reyes que conocía el dilema profesional que agobiaba a Ímaz, al final de su carta a Cosío Villegas reconoció que en México se estaba “desperdiciando a Ímaz en otras cosas que puede sernos muy útil”. Carta de Alfonso Reyes a Daniel Cosío Villegas, 2 de enero de 1945, en Alberto Enríquez Perea (comp. y notas), *Testimonios de una amistad: correspondencia Alfonso Reyes/Daniel Cosío Villegas, 1922-1958*, México, El Colegio de México, 1999, p. 139. Véase también Archivo Histórico de El Colegio de México, s. C. E., c. 11, exp. 25, f. 7 (en adelante AHCM).

<sup>61</sup> Al menos desde 1941 impartió un curso de psicología en la Universidad Nacional de México. En su temario Ímaz aseguró que el objetivo del curso era “subrayar el carácter científico de la psicología”, disciplina “joven” —ciencia, la llama él— con “métodos y resultados positivos”. Ímaz estaba muy satisfecho por “el contento” de los alumnos. Véase AHCM, s. C. E., c. 11, exp. 25, ff. 1-3. Gaos intentó justificar la marginación docente que padeció Ímaz, alegando que más bien se trató de una automarginación, pues aunque tenía “la aptitud para enseñar, no tuvo la vocación de profesor”. Según Gaos, Ímaz prefirió “puestos de secretario de revista y empleado de editorial a la cátedra, hasta el punto de haber vuelto a ellos desde la cátedra universitaria, a la que renunció más de una vez, sin necesidad absoluta, a poco tiempo de ejercerla”. Véase su prólogo a *Luz en la caverna*, p. xix. Respecto a su aptitud docente, tómese en consideración el testimonio de un joven alumno norteamericano, David Bary, quien vino a México en 1944 y 1945 para estudiar español y entrar en contacto con la cultura hispanoamericana. Bajo la dirección del chileno Arturo Torres Riosco, con el tiempo se convertiría en un experto en la poesía de Vicente Huidobro, César Vallejo y Juan Larrea. Entre sus maestros en la Facultad de Filosofía y Letras, todavía en el edificio



te tenía planeado impartir un curso sobre filología en El Colegio de México.<sup>62</sup>

Eugenio Ímaz tuvo una vida muy ocupada en México, tal vez hasta extenuante, pero no siempre satisfactoria. Más como especulación que como explicación, puede afirmarse que resintió que se le tratara como traductor y no como filósofo; seguramente lamentó también que los cursos superiores de filosofía, así como las direcciones de tesis, estuvieran monopolizadas por filósofos como José Gaos, Eduardo Nicol y Juan David García Bacca.<sup>63</sup> Esto explica que Ímaz haya buscado infructuosamente trasladarse a Puerto Rico para trabajar como profesor en su universidad, y que luego hubiera pasado un par de años —de 1946 a 1948— como docen-

de Mascarones, Bary recordaba a Ímaz, quien le produjo “una impresión imborrable de una persona superior, que en cierto sentido cifraba, por su persona y por su situación, lo que eran los refugiados”. Cfr. Juan Larrea, *Epistolario. Cartas a David Bary, 1953-1978*, Juan Manuel Díaz de Guereña (ed.), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2004, p. xviii. Asimismo, sus alumnos en Venezuela lo recordarán durante muchos años como un profesor admirable, pleno de sabiduría, sencillez, fresca y espontaneidad. Cfr. Carlos Ímaz Jahnke, Eugenio y Carlos Ímaz Gispert, “Recuerdos y vivencias de un exilio”, en Asuncce y Zabala, *Eugenio Ímaz...*, p. 68.

<sup>62</sup> Carta de Eugenio Ímaz a Alfonso Reyes, 26 de septiembre de 1950, en AHCM, s. C. E., c. 11, exp. 25, f. 17.

<sup>63</sup> Respecto al dominio incontrovertible del primero, véase Teresa Rodríguez de Lecea (ed.), *En torno a José Gaos*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2001 y, sobre todo, Leopoldo Zea, *José Gaos, el transterrado*, Madrid, Las dos orillas, 2000. Véase también Eusebio Castro, *Vida y trama filosófica en la UNAM (1940-1960)*, México, s.e., 1968, cap. vi, pp. 110-127. Para la influencia del segundo consúltese Juliana González y Lisbeth Sagols (eds.), *El ser y la expresión. Homenaje a Eduardo Nicol*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990. Véase también Ignacio Izuzquiza, *El proyecto filosófico de Juan David García Bacca*, Barcelona, Anthropos Editorial, 1984. Una evaluación de la influencia de los tres en América, en Abellán, *El exilio filosófico...* Para analizar su trayectoria docente en México consúltese el libro *Setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.



te en la Universidad Central de Venezuela, gracias a la invitación que le hizo García Bacca, su viejo amigo y colega, para colaborar en la creación de una sección de filosofía y humanidades. Además, su trabajo en el Fondo de Cultura Económica ya no le resultaba placentero, por algunas diferencias con su director, don Daniel Cosío Villegas.<sup>64</sup> El cambio estaba plenamente justificado: ir a Venezuela lo liberaba del esclavizante trabajo editorial y prometía servir para colmar una vieja vocación docente hasta entonces secundaria.<sup>65</sup> En Caracas enseñó también psicología, y su desempeño fue calificado como “brillante”, al grado de que provocó los celos de algunos colegas venezolanos. Su ideario pedagógico consistía en rechazar la enseñanza “escolástica”, buscando más bien formar a los alumnos para que fueran “hombres éticamente comprometidos y humanamente responsables”, apoyándose más en la “inspiración personal” que en “manuales” sistemáticos pero “desentonados”.<sup>66</sup> Desafortunadamente, al poco tiempo sintió que había “dado todo lo que podía dar, y producido todo el efecto que podía producir”, por lo que sería “ocioso” prolongar su estancia. Además, la soledad, sin familiares y amigos, había hecho mella en su ánimo.<sup>67</sup>

En términos profesionales, la labor de Ímaz tendría que haber sido satisfactoria: escribía, enseñaba y traducía. Sin embargo,

desde las lejanas tierras de su residencia americana, suspiraba por el ambiente jaranero de su Madrid [...] y añoraba la melancólica na-

<sup>64</sup> Díaz Arciniega, *Historia de la casa...*, p. 100. Otro exiliado de San Sebastián, aunque una generación menor que Ímaz, Federico Álvarez, confirma las desavenencias con Cosío Villegas. Véase su testimonio “Cincuenta años después”, en Ascunce y Zabala, *Eugenio Ímaz...*, p. 90.

<sup>65</sup> Ímaz salió rumbo a Venezuela luego de terminar la revisión de las galeas de su libro *El pensamiento de Dilthey*. Cfr. AHFCE, P. s., exp. núm. 235, clave topográfica 28-R-14-C/2, f. 35.

<sup>66</sup> Giner de los Ríos, “Mis recuerdos mexicanos...”, p. 37.

<sup>67</sup> Su esposa y su hijo menor permanecieron la mayor parte del tiempo en México. Carta de Eugenio Ímaz a Alfonso Reyes, 23 de agosto de 1948, en AHCM, s. C. E., c. 11, exp. 25, ff. 13-14.



turalidad de su Donostia natal. Y en medio de sus quehaceres profesionales y de sus añoranzas emocionales, seguía sufriendo la ausencia y la desposesión de una tierra dramáticamente amada y de un país pasionalmente sentido.<sup>68</sup>

Desgraciadamente, el contexto histórico que le tocó vivir, su circunstancia, agravó su desilusión y pesimismo: dos guerras mundiales, el ascenso del fascismo europeo, la Guerra Civil española y el exilio. Su tiempo le pareció un auténtico “cataclismo histórico”; para colmo, estaba seguro de que los amenazaba un futuro “perverso”. En síntesis, la realidad desmentía su visión utopista. Esto es, Ímaz padecía una “disparidad dramática” entre sus ideas y principios y sus experiencias vitales. Si bien la Primera Guerra Mundial la vivió desde una España neutral y siendo él todavía muy joven, la segunda la padeció intensamente a pesar de encontrarse en México, por su convicción democrática y por la nacionalidad alemana de su esposa. Su peor experiencia fue la Guerra Civil española, no sólo por la violencia y la derrota, sino por su consecuencia, el exilio, del que pronto se convenció de que sería prolongado, incluso definitivo. Ambas experiencias, guerra y exilio, “habían quedado grabadas a fuego en el corazón” de Ímaz. Su percepción, hacia 1950, de que el régimen franquista se consolidaba, nacional e internacionalmente, terminó abatiendo su espíritu.<sup>69</sup>

Después de su estancia en Venezuela, entre 1946 y 1948, Ímaz regresó a México. En reconocimiento a su calidad profesional y humana, volvió a laborar en El Colegio de México y pudo reintegrarse al Fondo de Cultura Económica, ya dirigido por el argentino Arnaldo Orfila Reynal.<sup>70</sup> Una de sus nuevas responsabilidades fue la traduc-

<sup>68</sup> Ascunce, *Topías y utopías...*, p. 195.

<sup>69</sup> Véase *ibid.*, pp. 208-209, 212 y 216.

<sup>70</sup> A pesar de las diferencias previas, Cosío Villegas lo ayudó a regresar a México y a colocarse otra vez en El Colegio de México y en el Fondo de Cultura Económica. Al saber de sus tristezas en Venezuela lo instó a que se regresara “cuanto antes”, asegurándole ser “su viejo amigo de siempre”. Cfr. Carta de Daniel Cosío Villegas a Eugenio Ímaz, 2 de agosto de 1948, en



ción, junto con I. Villanueva, de la obra de Erich Auerbach, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, aparecida en 1950 para inaugurar la serie Lengua y Estudios Literarios. Asimismo, al reincorporarse al Fondo colaboró con un cambio que sería fundamental: la aparición de la colección Breviarios, que no tenía una definición temática. Sin embargo, a pesar de su fácil reacomodo en México, Ímaz cayó “en un estado de gran desazón y profundo desánimo”.<sup>71</sup>

Su ser y su alma se sublevan ante tanta ignominia [...] Sin ilusiones y sin esperanzas, va entrando en un estado de abatimiento profundo. Ya no tiene capacidad para remontar la crisis. Son demasiados golpes [...] desposesiones y rupturas, que su ánimo cae deshecho y roto. [...] La fe en lo que deberían ser el mundo y el hombre, y la conciencia amarga de lo que son, le van postrando en la más amarga y patética de las situaciones emocionales. Como consecuencia de su hundimiento emocional, vuelve a sufrir graves desequilibrios psicológicos.<sup>72</sup>

Así, a principios de 1951 —el 28 de enero— Ímaz apuró su muerte.<sup>73</sup> Como asegurara su amigo y colega José Miranda, la elección del lugar, el puerto de Veracruz, podría tener significados profundos: “frente a España”, deseando “embarcar hacia ella cuerpo y

---

AHCM, s. C. E., c. 11, exp. 25, f. 12. Véase la solicitud hecha al secretario de Relaciones Exteriores, Jaime Torres Bodet, el 18 de septiembre de 1948, para que se autorizara su entrada al país. Cfr. AHFCE, P. s., exp. núm. 331, clave topográfica 28-S-13-C/3, f. 1. Respecto a su regreso al Fondo de Cultura Económica véase Díaz Arciniega, *Historia de la casa...*, pp. 109-110.

<sup>71</sup> Ascunce, *Topías y utopías...*, pp. 208-209, 212 y 216. Véase Lira, “El retiro imposible...”, p. 23.

<sup>72</sup> Ascunce, *Topías y utopías...*, pp. 217-218. Leopoldo Zea, quien lo conoció y trató, aseguraba que su depresión se debía “al inútil soñar en que el mundo podría ser de otra manera”. Véase su texto “Eugenio Ímaz”, en Ascunce y Zabala, *Eugenio Ímaz...*, p. 33.

<sup>73</sup> VV. AA., *Recopilación de artículos y notas sobre la muerte de Eugenio Ímaz*, México, ILSA, s.f.



alma para verterlos en el río de su historia”.<sup>74</sup> Su muerte dejó desconsolados a su esposa e hijos, uno aún niño, el otro adolescente, a quienes para colmo dejó en una muy difícil situación económica.<sup>75</sup>

<sup>74</sup> Miranda, “Eugenio Ímaz...”, p. 21.

<sup>75</sup> Sobre la condición económica en que quedó la familia véase carta de Julián Calvo a Ángel Rosenblat, 21 de febrero de 1951, en AHFCE, P. s., exp. núm. 300, clave topográfica 28-S-13-C/3, ff. 6-7. Para resolver tan “triste situación”, El Colegio de México acordó pagar a su viuda, por tres años, el salario de Ímaz. Véase carta de Hildegarte Jahnke a Alfonso Reyes, 29 de enero de 1954, en AHCM, s. C. E., c. 11, exp. 25, f. 24. A su vez, el Fondo acordó editar *Luz en la caverna. Introducción a la Psicología y otros ensayos*, y entregar todo el producto de su venta a la viuda, “para aliviar de algún modo la penosa situación en que quedaba”. Véase Carta de Julián Calvo a Jesús Silva Herzog, 11 de agosto de 1951, en AHFCE, P. s., exp. núm. 320, clave topográfica 28-S-13-C/3, ff. 8-9. En efecto, la publicación de *Luz en la caverna. Introducción a la Psicología y otros ensayos*, tenía un doble motivo: recoger en un volumen “de homenaje” sus trabajos, publicados e inéditos, de sus “últimos años”, y poner el producto de su venta “a disposición de sus familiares”. Se harían tres tipos de ejemplares, con diferente papel y tiraje, unos empastados, otros no, accesibles unos mediante “suscripción” y otros “libremente”. Obviamente, los tres se venderían a distintos precios, todos “algo elevados”. Para mayor beneficio de su viuda, se había conseguido “la generosa cooperación” de la Gráfica Panamericana y de la Encuadernación Cabrera. Para aumentar el número de suscriptores y compradores, se contó con el apoyo de Ángel Rosenblat, en Venezuela, y de José Medina Echavarría, en Puerto Rico. La respuesta fue muy positiva, pues medio año después de haber sido publicados sólo quedaba un puñado de las dos versiones más caras. La significativa aportación de Venezuela “fue una confirmación del cariño y la adhesión que supo despertar Ímaz durante su actuación en ese país”. Respecto a Puerto Rico, el encargado de promocionar el libro reportó que todos los amigos de Ímaz “colaboraron con cariño”; comprensiblemente, las aportaciones fueron menores que en Venezuela, donde había dejado numerosos alumnos. El objetivo se logró plenamente: pocas semanas después de haberse anunciado la suscripción del libro se tenían comprometidos \$17 000; además, se sabía que “muchas gentes no comprarían el libro hasta verlo publicado”. El optimismo era grande, pues el papel había sido obsequiado “y la imprenta y la encuadernación trabajarán gratis”, por lo que “el importe íntegro de la venta” será útil para la familia. Se buscaba alcanzar una cifra cercana a los \$30 000, para que ésta “pueda vivir



Sus numerosos amigos, ya fuera en México, España o Venezuela, lamentaron su muerte.<sup>76</sup> El “desgraciado acontecimiento” fue especialmente doloroso para sus amigos del Fondo de Cultura Económica, tanto para sus viejos compañeros del Departamento Técnico, como Vicente Herrero y José Medina Echavarría, para entonces ya dispersos, como para el nuevo director, Arnaldo Orfila Reynal. Según éste, la muerte de Ímaz fue una de esas “desgracias que dejan aplastado el ánimo”, por “la gran amistad que habíamos establecido y por la colaboración cercana e irremplazable que aquí daba”.<sup>77</sup>

durante tres o cuatro años, hasta que los hijos se encuentren orientados y en condiciones de hacerse cargo de todo”. Cfr. *ibid.*, exps. 300 y 320, ff. 8-9 y 39, y exp. 376, clave topográfica 28-S-14-C/4, ff. 121-122. Véanse también las cartas 114 a 118 entre José Medina Echavarría y Julián Calvo, en *José Medina Echavarría: correspondencia*, pp. 248-257. Al cumplirse los tres años, la viuda de Ímaz agradeció a El Colegio de México “por su muy valiosa ayuda”, al tiempo que aseguró que sus dos hijos estaban creciendo “en rectitud y amor al estudio y al trabajo”. Carta de Hildegarde Jahnke a Alfonso Reyes, 29 de enero de 1954, en AHCM, s. C. E., c. 11, exp. 25, f. 24.

<sup>76</sup> Si bien sus hermanos habían perdido todo contacto con Ímaz desde que salió para México exiliado, cuando su viuda y sus hijos regresaron a España los “ayudaron mucho”, acaso para “compensar su comportamiento anterior”. Por su parte, a Zubiri, su viejo amigo, la fatal noticia le produjo un gran “dolor”. Véase el testimonio de Víctor Ímaz, “Éste es el hijo de mi mejor amigo”, pp. 159 y 162. Respecto a Venezuela, la noticia de “la tremenda determinación” de Ímaz resultó “desoladora” para los amigos que había hecho durante su estancia en este país. Cfr. Carta de Mariano Picón-Salas a Arnaldo Orfila Reynal, 3 de febrero de 1951, en AHFCE, P. s., exp. núm. 285, clave topográfica 28-R-14-C/2, ff. 91-92.

<sup>77</sup> Cfr. Carta de Arnaldo Orfila Reynal a Carlos Sánchez Viamonte (Buenos Aires), 20 de febrero de 1951, en *ibid.*, exp. 307, clave topográfica 28-S-13-C/3, ff. 48-49. En el mismo sentido, Orfila reconoció que la muerte de Ímaz le había quitado “una de mis más grandes amistades y más inteligentes colaboradores”. Cfr. Carta de Arnaldo Orfila Reynal a Norberto Frontini (Buenos Aires), 23 de febrero de 1951, en *ibid.*, exp. 118, clave topográfica 28-R-13-C/1, f. 120. Un año después, en el Fondo de Cultura Económica seguían lamentando la pérdida de Ímaz, que produjo en todos un “doloroso efecto”. Cfr. Carta de Julián Calvo a Luis E. Nieto Arteta (Embajada de Colombia en Buenos Aires), 4 de enero de 1952, en *ibid.*, exp. 235, clave topográfica 28-R-14-C/2, f. 77.



Para muchos su suicidio fue inexplicable; para otros fue una “muerte anticipada”, pues llevaba una “desazón perenne”<sup>78</sup> porque había llevado una vida “atrozmente desgarrada”, lo que explicaba su “permanente crisis interna”.<sup>79</sup> Por otra parte, su muerte dio lugar a que sus amigos hicieran un inventario de sus virtudes: “llano, recto, cumplidor y desprendido; en suma, espejo de virtudes que, por lo raras en el mundo, lo transmutaban en personaje irreal” (José Miranda). Alegre, inteligente, reflexivo, sensible, sencillo y trabajador, “que con su camaradería absoluta nos daba, como sin saberlo, cotidiana lección y ejemplo, con su sola y extraordinaria estatura moral” (Francisco Giner de los Ríos). Según don Fernando de los Ríos, Ímaz era “lo más persona que se podía ser”.<sup>80</sup> Para Alfonso Reyes era “salubre y sencillo”, compañero “para todas las horas, que nada pedía y se daba íntegro”; era auténtico, “limpio, puro, genuino”, brusco y dulce a la vez, “alma entera y apasionada, hombre de una pieza”. Intelectualmente fue definido con acierto: “filósofo en anchura, filósofo del espacio abierto y no del aula, era un despertador de conciencias”. La sentencia final de Reyes es incontrastable: la muerte de Ímaz fue “una equivocación del destino”.<sup>81</sup>

Ímaz murió dejando inconcluso un texto de introducción a la psicología,<sup>82</sup> comprometido con el Fondo de Cultura Económica para traducir un libro de Albert Schweitzer y habiéndole prometi-

<sup>78</sup> Así la considera Mariano Picón-Salas, su gran amigo venezolano, en su “Memoria de Eugenio Ímaz”, pp. 146 y 148. Andrés Lira señala: “Dicen quienes lo conocieron y trataron que de aquel final hubo advertencias, intentos...”, en “El retiro imposible...”, p. 23.

<sup>79</sup> Según José Miranda, “no habiendo sido comprendidos debidamente sus méritos” como filósofo, “se vio obligado a ganarse la vida como operario intelectual”; esto es, como traductor. Cfr. “Eugenio Ímaz. Petición y rendición de cuentas”, p. 22.

<sup>80</sup> Cfr. Giner de los Ríos, “Mis recuerdos mexicanos...”, p. 31.

<sup>81</sup> Alfonso Reyes, prólogo a Eugenio Ímaz, *Luz en la caverna. Introducción a la Psicología y otros ensayos*, pp. xi-xii.

<sup>82</sup> Cfr. Carta de Julián Calvo a José Medina Echavarría, 1 de marzo de 1951, en *José Medina Echavarría: correspondencia*, p. 249.



do a Alfonso Reyes que en 1951 haría “un estudio a fondo” de la obra del filósofo norteamericano John Dewey.<sup>83</sup> Si bien en términos amplios puede decirse que Ímaz quedó a deber varios libros a sus colegas, alumnos y lectores, su obra, en tanto inacabada, debe ser considerada trunca pero no exigua. Dejó tras de sí miles de páginas traducidas de historiadores “clásicos” del siglo XIX y de filósofos de su época, como Dewey y el neokantiano Ernst Cassirer; dejó también un riguroso estudio sobre Dilthey y un hermoso libro —*Topía y utopía*— integrado por una veintena de notables ensayos y notas; por último, dejó cientos de páginas dispersas en prólogos, reseñas bibliográficas, artículos y ensayos, que permitieron a su amigo Julián Calvo conformar rápidamente un libro póstumo —*Luz en la caverna*—,<sup>84</sup> así como otros dos —*La fe por la palabra* y *En busca de nuestro tiempo*— que fueron armados casi

<sup>83</sup> AHCM, s. C. E., c. 11, exp. 25, ff. 17, 20-21. Ímaz le aseguró a Reyes, en una carta de diciembre de 1950, alrededor de un mes antes de su muerte, que estudiar a Dewey no era una elección “arbitraria en el sentido de que sólo mi afición la inspirara”, sino porque lo consideraba “el filósofo actual de más envergadura de los Estados Unidos y culminación clásica de la corriente norteamericana más representativa y peculiar”. Le dijo, además, que el estudio de Dewey “puede servir para fijar los rasgos de la filosofía por antonomasia norteamericana, en contraste con la filosofía europea e hispano-americana, una toma de conciencia que puede ser muy útil si se tiene en cuenta que el pensamiento de Dewey está influyendo considerablemente en nuestra América, aunque no con toda su generosa amplitud, por la vía pedagógica”. Respecto a la fallida traducción de Schweitzer, véase AHFCE, P. s., exp. núm. 317, clave topográfica 28-S-13-C/3, f. 1. El plan de trabajo de Ímaz para el año de 1951 en El Colegio de México fue respuesta a una cariñosa solicitud de Alfonso Reyes, quien el 20 de septiembre de 1950 le dijo que era conveniente que hablaran sobre planes y trabajos, “cuando quiera, donde quiera”. Cfr. AHCM, s. C. E., c. 11, exp. 25, f. 16.

<sup>84</sup> Fue publicado en noviembre del mismo 1951, escasos diez meses después de su muerte, celeridad que se explica en el colofón: el libro fue cuidado por todos sus amigos del Departamento Técnico del Fondo de Cultura Económica. En una conmovedora carta dirigida a Alfonso Reyes, la viuda de Ímaz, Hildegard Jahnke, agradeció a todos “nuestros amigos” que “con



cuatro decenios después de su muerte por dos filósofos coterráneos suyos, José Ángel Ascunce e Iñaki Adúriz. Hoy, a sesenta años de su muerte, El Colegio de México publica, con un ordenamiento temático y cronológico, prácticamente todos sus escritos,<sup>85</sup> con dos objetivos: que la obra de Ímaz pueda ser conocida por los lectores de hoy y de mañana, y que su pensamiento pueda ser revalorado como uno de los más profundos y originales del exilio español en México.

su labor y cooperación generosas” hicieron posible la publicación de *Luz en la caverna. Introducción a la Psicología y otros ensayos*, pues “nada ayuda tanto en una pena tan honda como la que mis hijos y yo sufrimos que el saber que sus amigos y compañeros de trabajo le rinden este homenaje tan consolador”, en AHCM, s. C. E., c. 11, exp. 25, f. 23.

<sup>85</sup> Recuérdese que faltan sus colaboraciones en el boletín de la Junta de Cultura Española en París, donde trabajó de mediados de 1937 a mediados de 1939.







ALFONSO REYES Y CARLOS FUENTES.  
AFINIDADES PERSONALES, DESLINDES  
GENERACIONALES Y DIFERENCIAS LITERARIAS\*

*Para Alicia Reyes,  
nieta y amiga, respectivamente*

ANTECEDENTES FAMILIARES

Una imagen dice más que mil palabras. Dos imágenes dicen mucho más que dos mil palabras. Las fotografías son de sobra conocidas. Ambas fueron tomadas en Río de Janeiro, entre 1930 y 1931.<sup>1</sup> En una están todos los funcionarios de la embajada mexicana en Brasil, con sus cónyuges. Al centro, Alfonso Reyes y su esposa Manuela. A su derecha aparecen Rafael Fuentes y su esposa Bertha Macías. En los brazos de ésta destaca un niño como de dos o tres años de edad, obviamente con pantalones cortos. En la otra fotografía, con distin-

\* Una primera edición, con el título *Alfonso Reyes y Carlos Fuentes. Una amistad literaria*, fue publicada en febrero de 2014 por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey; una versión posterior, notablemente enriquecida, la editó el mismo año El Colegio de México. El presente texto corresponde a esta última. Ambas publicaciones fueron no venales, sin distribución comercial. Agradezco la colaboración de María del Rayo González Vázquez, tan trabajadora como Fuentes y tan afable como Reyes. Agradezco también el apoyo de los becarios Sara Canales, Karina Flores, Fernando López, Brenda López, Aníbal Peña, Omar Urbina y Fernando Velázquez; ojalá que esta investigación les haya servido para redoblar sus lecturas de Reyes y Fuentes.

<sup>1</sup> Una descripción diferente, pero coincidente, de ambas fotografías, en Georgina García-Gutiérrez, “Vínculos biográficos y diálogos intertextuales entre Alfonso Reyes y Carlos Fuentes”, en María José Rodilla y Alma Mejía (eds.), *Memoria y literatura. Homenaje a José Amezcua*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2005, pp. 352-353.



ta ropa y en diferente locación, pero también en Río de Janeiro, aparecen dos matrimonios, en orden descendente de estatura: el primero, Rafael Fuentes; el último, Alfonso Reyes; junto a éste, el mismo niño, cubierto ahora con un pequeño abrigo y con una gorra entre las manos.<sup>2</sup> Su nombre era Carlos Fuentes Macías; con el tiempo se le conocería, simplemente, como Carlos Fuentes.

Las fotografías son fácilmente explicables. Rafael Fuentes Boettiger, nacido en Veracruz en 1901, había ingresado al servicio diplomático mexicano en 1925, donde comenzó a colaborar en la Comisión General de Reclamaciones entre México y Estados Unidos. Poco tiempo después fue comisionado a Ecuador y Panamá, país donde nació el niño que aparece en las fotografías; posteriormente fue destinado como segundo secretario a Brasil; ahí estuvo desde principios de agosto de 1930 hasta principios de noviembre de 1931,<sup>3</sup> quince meses durante los cuales trabajó bajo las órdenes del embajador Alfonso Reyes.

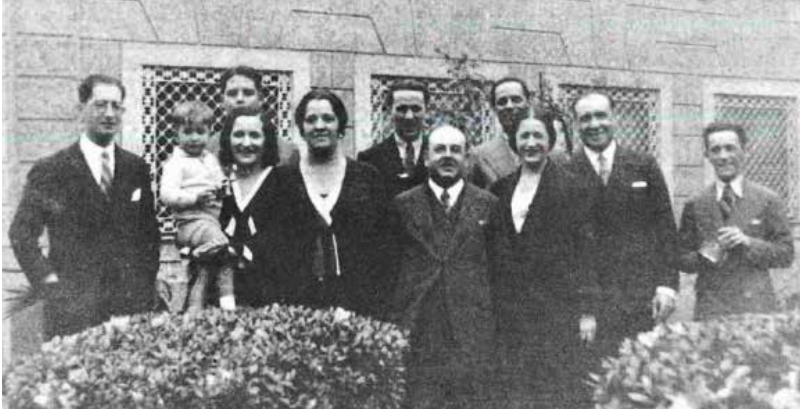
Se sabe que la relación laboral entre ellos fue fructífera y ordenada, y que hasta surgió un sincero aprecio entre ambos. Su feliz entendimiento no resulta extraño: el joven diplomático Rafael Fuentes hablaba con soltura inglés, francés y portugués, y tenía una clara “inclinación cultural”, especialmente literaria, al grado de haber publicado algunos artículos en *El Universal Ilustrado* y en *Revista de Revistas*, y de haber impartido algunas conferencias en Panamá y Ecuador sobre la “literatura mexicana moderna”.<sup>4</sup> Probablemente esto explica que Reyes haya hecho tan encendidos elogios de él: “espontáneamente laborioso”, “metódico y sereno”, “sencillo y claro”. Respecto a su vida

<sup>2</sup> Xavier Guzmán Urbiola, Héctor Perea y Alba C. de Rojo (investigación iconográfica, documental y selec. de textos), *Alfonso Reyes. Iconografía*, México, Fondo de Cultura Económica–El Colegio Nacional–El Colegio de México, 1989, pp. 127 y 130.

<sup>3</sup> Archivo Histórico Genaro Estrada, de la Secretaría de Relaciones Exteriores, expediente personal de Rafael Fuentes Boettiger, núm. 31-27-3 (I), ff. 12, 14 y 16, y 31-27-3 (II), ff. 46, 58 y 86 (en adelante AHGE, exp. RFB).

<sup>4</sup> AHGE, exp. RFB, núm. 31-27-3 (I), f. 13.





*De izquierda a derecha:* Rafael Fuentes, Carlos Fuentes, Bertha de Fuentes, Alfonso Reyes hijo, Manuela, Fermín Peribáñez, Alfonso Reyes, Gerónimo Héctor Álvarez Gigeen, Lucía de la Lama, Adolfo de la Lama, Nicolau Barbeito. Río de Janeiro, 1931.



*De izquierda a derecha:* Rafael Fuentes, Manuela, Bertha de Fuentes, Alfonso Reyes y Carlos Fuentes.

*Fotos tomadas de* Xavier Guzmán Urbiola, Héctor Perea y Alba C. de Rojo (investigación iconográfica, documental y selecc. de textos), *Alfonso Reyes. Iconografía*, México, Fondo de Cultura Económica–El Colegio Nacional–El Colegio de México, 1989, pp. 127 y 130.



social, le parecía un hombre “que gana la simpatía de la gente por su trato justo y sencillo, sin extremos”. Obviamente, en su ánimo influyó sobre todo que fuera un “aficionado [...] a la buena lectura”, y que incluso fuera autor de “algunos artículos literarios de tono informativo y sin pretensiones”. La definición que hizo de él es enigmática pero contundente: le parecía “un buen sustantivo sin adjetivos”.<sup>5</sup>

Por todo esto, aunque resultara pernicioso para la buena marcha de su embajada, Reyes lo recomendó para que fuera ascendido a encargado de Negocios en Uruguay.<sup>6</sup> En efecto, informó a la superioridad que Fuentes contaba con “las mejores y más recomendables condiciones en su persona, su conducta [...], su vida social [...] y su desempeño oficial”. En tanto hombre animoso, leal, discreto y eficiente, inmediatamente se hizo “acreedor” a la “estimación” de Reyes, quien reconoció su “entusiasmo sereno” y apreció “su concepto general de la vida”.<sup>7</sup> Aunque no volvieron a coincidir en ningún destino diplomático, se mantuvieron en contacto por mucho tiempo, conservando cada uno la mejor opinión del otro.<sup>8</sup> No hay la menor duda: el fino trato social, el cosmopolitismo y la afición a la lectura fueron un legado del padre diplomático al hijo escritor.

#### VOCACIÓN INCUESTIONABLE

La existencia del pequeño hijo de su colaborador no habría de pasar inadvertida para Reyes, pues cierto día fue informado de que al niño le había picado en una mano un alacrán, lo que le había he-

<sup>5</sup> *Ibid.*, núm. 31-27-3 (II), f. 338.

<sup>6</sup> El 4 de noviembre de 1931 Reyes consignó en su *Diario*: “Aunque lamentando separación, considero Fuentes más adecuado hacerse cargo legación Montevideo”. Cfr. Alfonso Reyes, *Diario III*, Jorge Ruedas de la Serna (ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 47.

<sup>7</sup> Cfr. AHGE, exp. RFB, 31-27-3 (II), f. 342.

<sup>8</sup> Alfonso Reyes y Rafael Fuentes mantuvieron un cariñoso epistolario hasta la muerte del primero.



cho gritar, retorcerse y hasta echar espuma por la boca.<sup>9</sup> Pasaron varios años para que Reyes volviera a mencionar, ahora por su nombre, al hijo de su antiguo compañero de trabajo. Lo significativo del hecho consiste en que confirma la precoz vocación literaria de Carlos Fuentes, al menos parcialmente heredada de su padre.<sup>10</sup> La mención data de mediados de 1947, antes de que cumpliera los diecinueve años. Según Reyes, el viernes 11 de julio fue visitado en su casa por Rafael Fuentes y su hijo, para anunciarle que este último estaba decidido a dedicarse “a las letras”. Siempre generoso, y endulzado por el viejo recuerdo brasileño, don Alfonso comenzó por prestarle algunos libros, uno de ellos de Dickens, los que el precoz y ya voraz lector devolvió a las pocas semanas.<sup>11</sup>

El encuentro entre el patriarca de nuestras letras y el aspirante a escritor es altamente significativo para la historia cultural mexicana de la segunda mitad del siglo xx. Podemos suponer que Reyes no se imaginó que el hijo de su colaborador en Brasil se convertiría en uno de los escritores esenciales de México, que lo igualaría en el número de páginas publicadas<sup>12</sup> y lo superaría en el número de lectores. Dicho encuentro prefiguraba, además, la continuidad de la literatura mexicana y el relevo generacional entre nuestros escritores.

El propio Fuentes se encargó de difundir que su primer contacto con la literatura había estado relacionado con los tratos familiares que en su más tierna infancia había tenido con Reyes en Brasil, y con desenfado aseguró que su primera lección literaria la

<sup>9</sup> Reyes, *Diario III*, 30 de agosto de 1931, p. 41.

<sup>10</sup> Carlos Fuentes consigna haber tenido un tío escritor, y reconoce que su padre le obsequió sus primeros libros.

<sup>11</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 10, 11 y 23 de julio y 20 de agosto de 1947, en Capilla Alfonsina.

<sup>12</sup> Las obras literarias completas de Reyes fueron publicadas en una colección de 26 volúmenes. Por su parte, la Editorial Planeta publicó hace algunos años la Colección Carlos Fuentes, que llegó a los treinta tomos. Véase <<http://www.cronica.com.mx/notas/2002/29482.html>>.



había recibido sentado sobre las piernas de don Alfonso.<sup>13</sup> Como metáfora, resulta más que grata; como mito, verosímil. Sin embargo, lo cierto es que la relación de la familia Fuentes con Reyes apenas se prolongó poco más de un año, y que la infancia y adolescencia de Carlos Fuentes transcurrieron en Estados Unidos y Chile, sin contacto alguno con Reyes.<sup>14</sup> En rigor, su vocación se definió a solas y en fechas muy tempranas: a los siete años hizo una revista con un tiraje de un solo ejemplar; luego escribió una obra de teatro para ser representada en su colegio en Washington, D.C., y después, ya en Chile, entre los doce y los trece años de edad escribió algunos cuentos y su primera novela.<sup>15</sup> Desde sus primeros escauceos el joven Fuentes —apenas adolescente— fue muy esforzado, ávido de ir consolidando su incipiente cultura literaria, notable para su edad y producto de su capacidad, su curiosidad y su disciplina.

Esto explica que poco después de haber llegado a México, “con varios textos en su equipaje”, al estudiar la preparatoria con los hermanos maristas del Colegio Francés Morelos, el joven Fuentes haya

<sup>13</sup> “Carlos Fuentes recuerda a don Alfonso. Muchachas, libros y obligaciones diplomáticas”, entrevista de Graciela Gliemmo realizada el 20 de septiembre de 1998, en Eduardo Robledo Rincón (coord.), *Alfonso Reyes en Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1998, p. 33. Véase también Carlos Fuentes, “How I started to write”, en *Myself with others*, Londres, André Deutsch Limited, 1985, p. 18.

<sup>14</sup> Acaso su infancia nos sea develada en el manuscrito inédito que acaba de ser encontrado en su archivo, titulado *Los días de la vida*, consistente en las memorias de su niñez.

<sup>15</sup> Cfr. Carlos Landeros, “Con Carlos Fuentes”, en Carlos Landeros, *Los Narcisos*, México, Oasis, 1983, p. 39. El mejor recuento de su arqueología literaria en Jorge Volpi, “El alquimista y el atleta. Un retrato de Fuentes adolescente”, en Cristina Fuentes y Rodolfo Mendoza (eds.), *Carlos Fuentes y la novela latinoamericana*, Xalapa, Veracruz, Universidad Veracruzana, 2013, pp. 84-85. Volpi precisa que en Chile hizo sus primeros esbozos literarios y que aquella novela inicial la escribió junto con su condiscípulo Roberto Torretti.



enviado tres trabajos, con tres diferentes seudónimos, al Concurso Anual —1947— de Literatura, obteniendo con ellos los tres primeros lugares. El veredicto del jurado fue, además de preciso, un atinado augurio: la “extensa y variada” cultura del “talentoso compañero” Carlos Fuentes, sus facultades literarias y su genuina y resuelta vocación por las letras “auguran para él grandes triunfos literarios en un porvenir no muy lejano”.<sup>16</sup> Su arrolladora participación en el concurso prueba que su vocación y su primer aprendizaje trascendían a Alfonso Reyes, y que su decisión no era resultado de un descubrimiento reciente o de un súbito impulso, pues cuatro años antes, en 1943, y teniendo apenas catorce años, había publicado en Chile su primer texto, titulado escuetamente “Estampas mexicanas”.<sup>17</sup> Las calificaciones que obtuvo en la secundaria y la preparatoria confirman sus capacidades e intereses: en la primera sólo en literatura, civismo e inglés tuvo evaluaciones consistentemente altas, en tanto sus resultados en las otras materias fueron entre mediocres y deficientes; en la segunda mejoró su desempeño general, pero otra vez sus mejores calificaciones las obtuvo en literatura.<sup>18</sup>

<sup>16</sup> Los títulos de los tres trabajos enviados y premiados —entre 103 concursantes, “la mayoría en prosa”— eran: “Rondalla del Sur”, “Senderos” y “Nueve más uno”. Véase *Reforma*, 15 de mayo de 2013. Nueva precisión de Volpi: obtuvo los primeros cuatro lugares con cuatro escritos; el único texto sobreviviente es el del cuarto sitio, y su tema y estilo se reflejan en uno de los cuentos de *Los días enmascarados*, publicado en 1954. Estando con los maristas escribió su segunda novela al ‘alimón’, ahora con su compañero Enrique Creel. Cfr. Volpi, “El alquimista y el atleta...”, pp. 84-87.

<sup>17</sup> Apareció en el Instituto Nacional de Chile. Cfr. *Reforma*, 15 de mayo de 2013.

<sup>18</sup> Archivo Histórico de la UNAM, Sección Estudiantes, expediente número 67524 (en adelante AHUNAM, S. Est.). Dos o tres precisiones: estudió la secundaria en el Colegio México entre 1943 y 1945, y la preparatoria, de 1946 a 1947, en el Colegio Francés Morelos, ambos de hermanos maristas. Cursó el bachillerato de Derecho y Ciencias Sociales y como idioma extranjero tomó francés.



## APRENDIZAJE

Más que a anunciarle su decisión vocacional, en realidad los Fuentes fueron aquel verano de 1947 a consultar a Reyes sobre la posibilidad y conveniencia de que el hijo se convirtiera en escritor, toda vez que los padres preferían que estudiara Derecho, alegando que se iba a morir de hambre si intentaba vivir de la literatura en México. Como lo hizo en otras ocasiones, Reyes recomendó que el joven obtuviera un título, de abogado preferentemente,<sup>19</sup> pues éste era “un país formal”, por lo que de no tener un diploma universitario parecería “una taza sin asa”. Es sabido que Fuentes aceptó el consejo de don Alfonso y de sus padres, y que comenzó a estudiar Derecho, aunque armonizando sus responsabilidades escolares con su vocación literaria.<sup>20</sup>

Por esto fueron una gratísima influencia los cursos de don Manuel Pedroso, un exiliado español que combinaba un asombroso conocimiento jurídico y politológico, sobre todo por su manejo cotidiano de los ‘clásicos’, con una notable cultura literaria.<sup>21</sup> Para delicia de Fuentes, de entrada Pedroso aseguró a sus alumnos que no podía entenderse el Derecho Penal sin haber leído *Crimen y castigo*, que el Derecho Mercantil resultaría excesivamente tedioso si no se le enriquecía con la lectura paralela de Balzac y que el Código Na-

<sup>19</sup> Alfonso Reyes dio el mismo consejo a Antonio Alatorre, pero Daniel Cosío Villegas, que estaba presente en la conversación, lo interrumpió diciéndole: “mire, Alfonso: usted y yo tenemos título de abogados, y ¿quiere decirme para qué carajo nos ha servido?”. Cfr. Antonio Alatorre, *Estampas*, México, El Colegio de México, 2012, p. 12.

<sup>20</sup> Cfr. “Bajo la nieve”, entrevista de Alfred MacAdam y Charles Ruas, realizada en el invierno de 1981, en Jorge F. Hernández (comp. e introd.), *Carlos Fuentes: territorios del tiempo. Antología de entrevistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 56. Véase también Carlos Fuentes, “Radiografía de una década: 1953-1963”, en Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1971, p. 56.

<sup>21</sup> Véase el recuerdo de Fuentes sobre Pedroso en “Magister dixit”, en Carlos Fuentes, *Personas*, México, Alfaguara, 2012, pp. 55-68.



poleónico estaba siempre presente en las novelas de Stendhal.<sup>22</sup> Gracias a la incontenible energía que desde entonces le caracterizaría, durante los años en que asistió a la Facultad de Derecho Carlos Fuentes pudo escribir *La región más transparente*, cuyo tema surgió de las hediondas y oscuras entrañas de la Ciudad de México, las que frecuentaba con su proverbial puntualidad.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> De ninguna manera puede pensarse que los cursos de Pedroso estaban dirigidos a los jóvenes diletantes o a quienes buscaban evitar los temas jurídicos. El propio Fuentes recordaría que Pedroso “no admitía la simulación” y “exigía trabajo y crítica”. Con todo, su mayor enseñanza fue de orden cultural y moral: “nos enseñó la lealtad a la vocación. [...] el sentido de la ética solidaria. Nos enseñó a percibir las correspondencias entre las cosas del mundo, a gozar en las ideas y, también, en la vida”. Cfr. Carlos Fuentes, “Recuerdo de don Manuel”, en Manuel Pedroso, *La aventura del hombre natural y civil*, México, Joaquín Mortiz, 1976, pp. 12-13. Para confirmar la naturaleza de la docencia de Pedroso y la fuerza de su influencia sobre sus alumnos, resulta iluminador el testimonio de otro discípulo con vocación literaria: Sergio Pitol. Según éste, lo que “más nos seducía era la capacidad del maestro para mover los grandes cuadros historiográficos de la teoría política, utilizando no sólo a las fuentes esenciales: los juristas y creadores del concepto de Estado, sino a los testigos: los escritores, los filósofos, los artistas. Shakespeare, Goya, Balzac, Dante, Dostoievski”. Su reconocimiento es absoluto: “nadie como él fue tan decisivo en mi formación intelectual”. Cfr. Sergio Pitol, *Escritos autobiográficos*, en *Obras reunidas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, iv, p. 24. Véase también Julio Ortega, *Retrato de Carlos Fuentes*, Barcelona, Galaxia Gutenberg—Círculo de Lectores, 1995, p. 48.

<sup>23</sup> En un texto póstumo, el propio Fuentes narra sus aventuras y desenfrenos juveniles en la Ciudad de México de mediados del siglo xx, conducta que mereció duras reprimendas de su padre, quien le advirtió que, de no enmendarse, sería un “fracasado”. Véase Carlos Fuentes, “Camino a *La región más transparente*: eres un fracasado, dijo mi padre”, *Nexos*, 449, mayo de 2015, pp. 52-65. En cuanto a sus recuerdos de don Manuel Pedroso, al recibir ante los reyes de España el Premio Cervantes, ya fuera por cortesía o como deslinde político, lo cierto es que Fuentes aseguró que a Pedroso, su “viejo profesor”, era a quien más debía en su formación. De otra parte, su condiscípulo Sergio Pitol afirma que al llegar a la Facultad de Derecho Fuentes ya traía una “profunda pasión” por la literatura y un “inmenso bagaje” de lecturas y



Seguramente no fue tan asiduo a sus clases de Derecho. En efecto, cursó la carrera de 1948 a 1956, aunque se sabe que en 1950 no se inscribió, pues lo pasó en Ginebra, como colaborador de la Secretaría de Relaciones Exteriores y tomando unos cursos en el Instituto de Altos Estudios en Asuntos Internacionales.<sup>24</sup> También se sabe que en 1955 prácticamente no tomó curso alguno, que fueron varias las materias aprobadas mediante exámenes “extraordinarios” y que un par de ellas las tuvo que repetir. Lo suyo no era la abogacía sino la literatura: mientras estudió Derecho publicó su primer libro, en 1954, *Los días enmascarados*, que reunía seis cuentos y que fue publicado en aquella colección, Los Presentes, que dirigía Juan José Arreola y en la que impulsó a varios escritores primerizos. Asimismo, codirigió —con Emmanuel Carballo— la *Revista Mexicana de Literatura*.<sup>25</sup> Debe destacarse que durante esos años Fuentes

---

experiencias vitales. Cfr. Sergio Pitol “Carlos Fuentes, nuestro Virgilio”, en Fuentes y Mendoza (eds.), *Carlos Fuentes y la novela latinoamericana*, p. 68.

<sup>24</sup> Ortega, *Retrato de Carlos Fuentes*, p. 48.

<sup>25</sup> Véase AHUNAM, S. Est., exp. 67524. Los cursos que tuvo que repetir, seguramente por no haber aprobado el examen extraordinario, fueron dos de Civil y uno de Romano. Por otra parte, en 1948 se inscribió en la Facultad de Filosofía a un curso sobre el Pensamiento Contemporáneo, como alumno “especial” alcanzando la máxima calificación. Volpi precisa que se tituló de abogado con una tesis “poco literaria”, titulada “Bosquejo jurídico-histórico de la *Doctrina rebus sic stantibus*”. Cfr. Volpi, “El alquimista y el atleta...”, p. 88. Sin embargo, también es posible que ese escrito lo haya presentado como trabajo escolar en el Instituto de Altos Estudios en Asuntos Internacionales, de Ginebra. En este caso carecería del título de abogado, como permite suponer su expediente universitario. Asimismo, en el obituario publicado en *El Universal*, se destaca que Fuentes “fue licenciado en Derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México y más adelante obtuvo un doctorado en el Instituto de Estudios Internacionales de Ginebra, Suiza”. Sin embargo, en el *curriculum* que aparece en la página de El Colegio Nacional, se señala, escuetamente: “Estudios universitarios: en las facultades de Derecho y de Filosofía y Letras de la UNAM, y en el Instituto de Altos Estudios Internacionales, de Ginebra, Suiza”. Cfr. <<http://obituarios.eluniversal.com.mx/Obituarios/Cel/b2f627fff19fda463cb386442eac2b3d.html>> y <<http://>



vislumbró dedicarse también a la diplomacia, como su padre, pero más como Reyes o como su nuevo amigo y maestro, Octavio Paz, ambos escritores-diplomáticos. Después de participar en diversas delegaciones mexicanas en Ginebra, colaboraría con el secretario de Relaciones Exteriores Luis Padilla Nervo; durante la gestión de éste, Fuentes creó el Departamento de Relaciones Culturales de la Cancillería.<sup>26</sup> Sin embargo, lo suyo tampoco era la diplomacia, sino dedicarse a la literatura profesionalmente, de tiempo completo.

Auspiciada la versión por el propio Fuentes, predomina la idea de que su formación literaria procede de Reyes. Es preciso, historiográficamente hablando, matizar esta afirmación. Un condiscípulo en la carrera de Derecho asegura que desde muy joven Fuentes era “un pistolita”; esto es, el compañero de la generación que había leído más libros, que había visto más películas, que tenía más experiencias vitales y que ejercía un liderazgo natural entre los compañeros.<sup>27</sup>

*www.colegionacional.org.mx/SACSCMS/XStatic/colegionacional/template/pdf/1972/23%20-%20Carlos%20Fuentes\_%20 Curriculum%20vitae.pdf*>. A mi modo de ver, el propio Fuentes acaba con las dudas al respecto. En la “Cronología personal” escrita por él mismo reconoce que su carrera de abogado fue “pronto abandonada a favor de la curiosidad excitante que le provoca la Ciudad de México, su vida nocturna, prostíbulos, cabarets, magos y mariachis: la materia prima de su primera novela. En cambio lee, como antidoto de seriedad, una obra deslumbrante: *Los sonámbulos*, de Hermann Broch”. Cfr. Ortega, *Retrato de Carlos Fuentes*, p. 105. Incluso, de manera más explícita, y en su propia voz, Fuentes declara, en el documental *Carlos Fuentes: identidad y genio*: “No terminé la carrera porque me era imposible saltar la barrera del Derecho Mercantil”. Cfr. <*http://www.youtube.com/watch?v=w8nXL1wPTiM*>.

<sup>26</sup> Véase Eduardo Medina Mora, “Remembering Carlos Fuentes: His Legacy to Diplomacy and Literature”, en <*http://mision.sre.gob.mx/oil/images/stories/pdf/emmi.pdf*>. José María Pérez Gay, “Los años con Carlos Fuentes”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2000, II, p. 299.

<sup>27</sup> Véase Volpi, “El alquimista y el atleta...”, p. 88. Parece que el comentario fue hecho por Porfirio Muñoz Ledo, también estudiante en esos años y miembro del grupo ‘Medio Siglo’, del que formaron parte futuros intelectuales y



Aun considerando lo anterior, es imposible negar que en el aprendizaje literario de Fuentes repercutieron sus encuentros con Alfonso Reyes, muchos de los cuales quedaron consignados en el *Diario* de éste. La frecuencia de sus visitas es apreciable a partir de 1952, sobre todo en la Capilla Alfonsina, aunque es un hecho que la confianza y el cariño que Reyes tenía a su familia pronto los heredó el aspirante a escritor, permitiéndosele que visitara a don Alfonso en Cuernavaca, su sitio de convalecencia, descanso y aislamiento. Al principio, para Reyes Carlos Fuentes era “Carlitos”, o incluso “el chico de Rafael Fuentes”.<sup>28</sup>

La asistencia de Carlos Fuentes a ‘la Capilla’ podía ser individual o en grupo. Las primeras veces solía ir junto con Jaime García Terrés, Ramón Xirau u Octavio Paz, en ocasiones acompañados de sus novias o jóvenes esposas. Los motivos y pretextos iban desde felicitarlo por el inicio o el final del año, su cumpleaños o celebrarle algún premio o reconocimiento, hasta llevarlo a su casa después de sus conferencias en El Colegio Nacional.<sup>29</sup> Pareciera que en esos en-

---

políticos como Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, el propio Muñoz Ledo y, obviamente, Carlos Fuentes, su líder natural.

<sup>28</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 11, 16 de enero de 1950 y 17 de mayo de 1952. Por ejemplo, las ‘noches patrias’ del 14 y 15 de septiembre de 1953 las pasó “Carlitos” con don Alfonso en Cuernavaca. Para confirmar la familiaridad del trato, nótese que varias veces Carlos Fuentes fue a ‘la Capilla’ con alguno de sus padres o con su hermana Berta, y que en ocasiones se quedaba “a merendar”. Cfr. *ibid.*, cuaderno 12, 14 de septiembre de 1953, 26 de julio y 2 de noviembre de 1954; cuaderno 13, 1 de febrero de 1956; cuaderno 14, 19 de marzo de 1957.

<sup>29</sup> Algunas copias de esas felicitaciones en Carlos Fuentes Papers, Princeton University, caja 122, folder 29 (en adelante CFP). Véase también Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 11, 17 y 22 de mayo y 16 de agosto de 1952; cuaderno 12, 3 de enero de 1953, 24 de enero y 26 de diciembre de 1954; cuaderno 13, 26 de noviembre de 1955. Sergio Pitol, también estudiante de Derecho y, como Fuentes, devoto discípulo de don Manuel Pedroso, solía igualmente asistir a las conferencias de Reyes en El Colegio Nacional. Cfr. Pitól, *Escritos autobiográficos*, p. 26. Aunque Reyes no lo registra, todo parece indicar que Pitól también asistía “asiduamente” a ‘la Capilla’. Cfr. Fuentes, “Radiografía de una década: 1953-1963”, p. 57.



cuentros en ‘la Capilla’ Reyes escogía y preparaba futuros relevos generacionales o simplemente reclutaba a algunos becarios para El Colegio de México.<sup>30</sup> Por lo tanto, resulta comprensible que con el paso del tiempo las visitas fueran teniendo mayor contenido literario. Por ejemplo, se hicieron frecuentes en 1955, pues Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo le consultaban muchos asuntos para beneficio de la dirección de la *Revista Mexicana de Literatura*, cuyo primer ejemplar le llevaron a finales de agosto. De hecho, el número 2 les provocó grandes angustias a los jóvenes directores, pues “al corregir pruebas” se dieron cuenta de lo inapropiado que resultaba un artículo crítico sobre la poesía de don Alfonso, lo que éste mismo resolvió facilitándoles un ensayo adecuado “para sustituirlo”, del crítico colombiano Rafael Gutiérrez Girardot.<sup>31</sup>

Los últimos años de don Alfonso registran un notable aumento en su aprecio por Fuentes. Aunque en ocasiones lo siguió llamando ‘Carlitos’, cada vez fue más frecuente que se refiriera a él como Carlos. Además, sus visitas dejaron de ser familiares,<sup>32</sup> pues comen-

<sup>30</sup> En una ocasión Reyes preguntó a Fuentes su opinión sobre Julieta Campos, “con miras futuras, no inmediatas, hacia El Colegio de México”. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Carlos Fuentes, 10 de mayo de 1957, en Capilla Alfonsina, Expediente Carlos Fuentes (en adelante Exp. C.F.).

<sup>31</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 12, 6 de enero y 23 de marzo de 1955; cuaderno 13, 31 de agosto, 17 de octubre, 12 de noviembre y 23 de diciembre de 1955. Rafael Gutiérrez Girardot fue un constante estudioso de la obra de Reyes, como lo prueba el hecho de que haya sido el escogido para editar la antología de don Alfonso para la célebre editorial venezolana Biblioteca Ayacucho, la que apareció en 1991 con el título de *Última Tule y otros ensayos*. La *Revista Mexicana de Literatura* comenzó a publicarse en 1955. Durante sus dos primeros años fue dirigida por Fuentes y Carballo; esto es, los primeros doce números. Reyes colaboró en el segundo con el texto “La danza griega”. Fue en este número en el que apareció el artículo de Gutiérrez Girardot sobre la imagen de América en Reyes.

<sup>32</sup> Al menos en una ocasión Reyes firmó una carta que le dirigió como “tu viejo padrino”. Cfr. Carta de Alfonso Reyes a Carlos Fuentes, sin fecha, en Capilla Alfonsina, Exp. C.F.



zó a acudir a ‘la Capilla’ a solas o con un pequeño grupo de amigos: si al principio solía buscar a Reyes junto con García Terrés, Xirau y Paz, además de con Emmanuel Carballo, luego se agregaron Pablo González Casanova, José Luis Martínez, Joaquín Díez-Canedo, Alí Chumacero, Ernesto Mejía Sánchez y Víctor Flores Olea.<sup>33</sup> El reconocimiento creciente de don Alfonso por Fuentes tuvo motivos estrictamente literarios: en una ocasión le leyó el texto *Los tres tesoros* y Fuentes descubrió en él “feos errores y supresiones”; poco después una visita suya le resultó “deliciosa”.<sup>34</sup>

Más aún, en 1955, para conmemorar los cincuenta años de escritor de don Alfonso,<sup>35</sup> Carlos Fuentes y Roque Javier Laurenza, diplomático y escritor panameño, le prepararon un pequeñísimo “folleto de parodias” titulado *Nueva junta de sombras*, del que se editaron sólo doce ejemplares.<sup>36</sup> Reyes no pudo ocultar su satis-

<sup>33</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 12, 14 de mayo de 1955; cuaderno 13, 17 de abril y 1 de diciembre de 1956; cuaderno 14, 1 de diciembre de 1957.

<sup>34</sup> Véase *ibid.*, cuaderno 12, 13 de marzo y 2 de abril de 1955. *Los tres tesoros* es un cuento largo, de aproximadamente 80 páginas, en el que Reyes tomó como punto de partida *The Treasure of Franchard*, de Robert Louis Stevenson, aunque el resultado fue una ficción muy alejada de ésta. El cuento fue publicado en 1955, en la colección Tezontle del Fondo de Cultura Económica, y luego en el vol. XXIII de sus *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 495-550.

<sup>35</sup> Recuérdese que su primera publicación fue el poema *Duda*, que apareció en el periódico regiomontano *El Espectador* en 1905.

<sup>36</sup> En efecto, un grupo de amigos entre los que estaban Jorge Portilla, Manuel Calvillo, Ramón Xirau, Jomí García Ascot, María Luisa Elío, Roque Javier Laurenza y el propio Carlos Fuentes, acordó elaborar dicha *Nueva junta de sombras* “como ejercicio paródico y homenaje a nuestro maestro Alfonso Reyes”. Lo imprimió Juan José Arreola y el tiraje fue de tantos ejemplares “como letras tiene —12— el nombre del maestro”. Nótese la reiteración del trato magisterial a don Alfonso. Por el colofón queda claro que el folletito fue impreso el día de su cumpleaños: 17 de mayo. Para un análisis del obsequio de aquellos jóvenes véase Gonzalo Celorio, “Palabra que sí”, *Nexos*, núm. 370, octubre de 2008, p. 46. Véase también Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 12, 18 de mayo de 1955.



facción: el impreso le pareció “una preciosidad”, empezando por el retrato “a línea” de don Alfonso en la portada, hecho por el propio Fuentes.<sup>37</sup> El dibujo expresa una virtud más, una destreza más, ciertamente poco conocida, de aquel joven de incontables facultades.<sup>38</sup> También se hace evidente su capacidad poética. En efecto, la *Nueva junta de sombras* consistía en varios poemas paródicos, escritos por algunos de los jóvenes admiradores de Reyes a la usanza de algunos grandes poetas, nacionales y extranjeros, los que supuestamente eran autores de unos versos en homenaje a Reyes.<sup>39</sup> El firmado con el nombre de “Octavio Paz” fue obra del propio Fuentes y muestra, además de una apreciable destreza poética, una gran familiaridad con la obra alfonsina:<sup>40</sup>

<sup>37</sup> El original del dibujo se encuentra en CFP, caja 122, fólder 29. Afortunadamente, el Instituto Tecnológico de Monterrey y el Fondo de Cultura Económica reimprimieron este rarísimo folleto en marzo de 2001. Una conocida estudiosa de Fuentes asegura que cuando don Alfonso cumplió setenta años, en mayo de 1959, Fuentes le hizo “un *comic* de ocho caricaturas en las que Reyes es el personaje de la Historia Universal”, pues en cada dibujo se muestra “la graciosa figura de Reyes en diferentes épocas y con vestimentas distintas”. Cfr. García-Gutiérrez, “Vínculos biográficos y diálogos intertextuales entre Alfonso Reyes y Carlos Fuentes”, pp. 356-357. Véase también Celorio, “Palabra que sí”, p. 46.

<sup>38</sup> Es un hecho incuestionable que de joven Fuentes practicó mucho el dibujo: los cuadernos escolares de su etapa chilena están llenos de “retratos satíricos de políticos mexicanos”; también hizo un *comic* con “una fabulosa y distinguida historia del mundo”, atribuida a un tal “Sir Charles Fontaine”. Cfr. Volpi, “El alquimista y el atleta...”, pp. 84-86. En una reciente exposición fotográfica montada en el vestíbulo del Palacio de Bellas Artes como parte del homenaje por el primer año de su fallecimiento, se expuso un ‘mural’ que incluía decenas de caricaturas hechas por Fuentes.

<sup>39</sup> Entre los falsos autores del homenaje a Reyes también estaban Geoffrey Chaucer, François Villon, Luís Vaz de Camões, Luis de Góngora, Lord Byron y Stéphane Mallarmé, además de Paz.

<sup>40</sup> Está confirmado que Reyes le obsequiaba a Fuentes sus novedades bibliográficas. Es más, Fuentes le dijo en una ocasión a don Alfonso que en su biblioteca tenía una sección “alfonsina”, la que “ya se acerca al centenar de



# NUEVA JUNTA DE SOMBRAS

*es para la junta de  
luz de mi  
aviso*



17 DE MAYO DE 1955

*[Handwritten signature]*





*Tomado de Carlos Fuentes Papers, Princeton University, caja 122, f6lder 29.*





*En esta página y la siguiente, dibujos tomados de Georgina García-Gutiérrez (comp.), Carlos Fuentes. Relectura de su obra: Los días enmascarados y Cantar de ciegos, León, Universidad de Guanajuato–El Colegio Nacional–Instituto Nacional de Bellas Artes, 1995, pp. 285 y 286.*







*Palabra que sí*

Las sombras de la junta se hacen resplandecientes  
 En los anclajes los peces se vuelven rojos  
 Las vísperas de España son vísperas de sangre.  
 ¿Clamará Otra Voz sus ecos de rumores?  
 Calendarios que son días que son lunas que son llanto  
 Un tren de ondas vaga sobre el rocío  
 La navaja del día recorta el plano oblicuo  
 Saben las yerbas del Tarahumara a soles calcinados  
 La asamblea de animales reza un padrenuestro  
 En el golfo de México dos gaviotas se incendian.  
 “Octavio Paz”

Otra vinculación significativa entre don Alfonso y Fuentes fue su común gusto por el cine. De hecho, a mediados de los años cincuenta éste comenzó a escribir crítica cinematográfica, como lo había hecho Reyes en España cuarenta años antes. Más interesante resulta saber que si don Alfonso firmó tales escritos con el seudónimo de “Fósforo”, Fuentes lo haría con el de “Fósforo II”. Obviamente, no se trató de una mera coincidencia. Reflejaba la benevolencia de uno y la admiración del otro.<sup>41</sup>

---

volúmenes”, aunque aún adolecía de algunos “huecos”. Véase carta de Carlos Fuentes a Alfonso Reyes, 18 de mayo —seguramente por su cumpleaños— de 1953, en CFP, caja 122, folder 29. Véase también Celorio, “Palabra que sí”, citado en la nota 36.

<sup>41</sup> García-Gutiérrez, “Vínculos biográficos y diálogos intertextuales entre Alfonso Reyes y Carlos Fuentes”, pp. 345-348; Georgina García-Gutiérrez, “Apuntes para una biografía literaria”, en Georgina García-Gutiérrez (comp.), *Carlos Fuentes. Relectura de su obra: Los días enmascarados y Cantar de ciegos*, León, Universidad de Guanajuato—El Colegio Nacional—Instituto Nacional de Bellas Artes, 1995, p. 61. La labor cinematográfica de Fuentes no se redujo a la publicación de reseñas críticas, como en Reyes, sino que incluso llegó a escribir varios guiones de películas, en parte por afición pero también para complementar sus ingresos económicos. Por ejemplo, *Los caifanes* (1965) y



Por último, Reyes no reparó en elogios para el número 4 de la *Revista Mexicana de Literatura* —“muy bueno” — y con gusto hizo una carta de recomendación para que el Centro Mexicano de Escritores concediera una beca al joven Fuentes,<sup>42</sup> apoyo que utilizaría para redactar su primera novela.<sup>43</sup> La certificación definitiva: en 1955, en una carta mecanografiada que Alfonso Reyes dirigiera a don Rafael Fuentes, manuscrito al calce anotó: “Carlitos está muy cerca de mí”.<sup>44</sup>

#### UNA GRAVE DIFERENCIA

La última referencia a Fuentes en el *Diario* de Reyes es escueta y reveladora.<sup>45</sup> Cierra el círculo iniciado once años antes, cuando consignó que el hijo de su antiguo colaborador deseaba dedicarse a la literatura. Ahora simplemente anotó: “Carlitos Fuentes me trae su libro *La región más transparente*”,<sup>46</sup> cuya publicación generó las únicas diferencias —y hasta reclamos— entre ambos. Desgraciadamente, Alfonso Reyes no registró la opinión que le mereció la primera novela de Fuentes. De hecho, pocas veces estampó en su *Diario* opiniones cualitativas sobre las obras de otros escritores,

¿*No oyes ladrar los perros?* (1974). Para el Reyes cinéfilo, véase Héctor Perea (pról.), *Fósforo, crónicas cinematográficas. Alfonso Reyes/Martín Luis Guzmán*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000.

<sup>42</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 13, 17 de abril y 20 de junio de 1956.

<sup>43</sup> Cfr. Ortega, *Retrato de Carlos Fuentes*, p. 50.

<sup>44</sup> Carta de Alfonso Reyes a Rafael Fuentes, 12 de marzo de 1955, en Capilla Alfonsina, Exp. C.F.

<sup>45</sup> En realidad hay una mención posterior, al consignar que el 11 de julio de 1958 (cuaderno 14) se apareció ‘Carlitos’ Fuentes con un reportero gráfico de la revista *Life*.

<sup>46</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 14, 29 de marzo de 1958. En el colofón de la primera edición se consigna que el libro terminó de imprimirse el mismo 29 de marzo, lo que nos obliga a imaginarnos a un Fuentes que corrió con un ejemplar de la imprenta a ‘la Capilla’, lo que confirmaría su gran aprecio por don Alfonso y la influencia que éste tenía en su inicial ‘carrera’ literaria.



pues más bien lo usaba como una bitácora de trabajo, como una agenda social y profesional con ocasionales observaciones y reflexiones de asuntos familiares o personales. Sin embargo, el propio Carlos Fuentes develó el misterio al confesar haber recibido una carta “fulminante” de Reyes en la que le decía que *La región más transparente* le había parecido “una porquería”, de una “vulgaridad espantosa”; en síntesis, “un insulto a la literatura”.<sup>47</sup>

Ciertamente, la aparición de *La región más transparente* dio lugar a una clara desavenencia entre ambos, aunque acaso deba decirse que en el fondo se trataba de un deslinde por motivos estéticos. Para comenzar, desapareció el paternalismo que hasta entonces había marcado la relación. Fuentes se había convertido abruptamente en un autor importante, el más prometedor representante de la generación emergente; más aún, en adalid de una nueva literatura. El desencuentro puede ser resumido en pocos renglones: sucedió que algunos periodistas y críticos intentaron enfrentarlos, afirmando que Fuentes desafiaba a Reyes al titular su novela con una famosa frase de éste,<sup>48</sup> a lo que Fuentes respondió que don Alfonso hablaba de un México pasado y que él daba “el contraste” con el México de sus días. La respuesta satisfizo a Reyes, quien se había referido al paisaje físico del Valle de México que encontraron los conquistadores españoles, mientras que la novela de Fuentes se refería “al ambiente humano del México contemporáneo”. Sin embargo, ciertamente lamentó haberle permitido “bautizarla con mis palabras”, pues —señaló— no faltarán los lectores y críticos “malévolos” que supongan que el joven escritor había intentado “lanzarme un sar-

<sup>47</sup> “Carlos Fuentes recuerda a don Alfonso...”, p. 40.

<sup>48</sup> La frase completa dice: “Viajero: has llegado a la región más transparente del aire”, y es el epígrafe de *Visión de Anáhuac*. La primera edición fue publicada en 1917 en Costa Rica, por la Imprenta Alsina, en la colección “El Convivio”, de Joaquín García Monge. Luego fue reimpresa en un par de ocasiones, así como en un tomo temprano de sus *Obras completas*, donde pudo haber sido leída por Fuentes. En efecto, véase Alfonso Reyes, *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, II, p. 13.



casmo”. Don Alfonso, reflejando su muy diferente concepción de la literatura, le dijo: “yo hubiera preferido que no empañaras mi frase, aplicándola a un objeto tan turbio”.<sup>49</sup> Tal parece que la solicitud para titular así su libro fue verbal y que Fuentes no quiso hacer del reclamo personal una controversia pública.<sup>50</sup>

El nombre de la célebre novela de Fuentes da lugar a varias interpretaciones disímboles. Para unos, se trató de una muestra de cariño personal a Reyes, de su franca admiración literaria, de un auténtico homenaje.<sup>51</sup> Más que eso, desde sus respectivas visiones, la de uno lírica y colorida, la del otro sórdida y oscura, ambos ponen a la Ciudad de México como punto nodal del país, como su centro geográfico, político, histórico y cultural.<sup>52</sup>

<sup>49</sup> Carta de Alfonso Reyes a Carlos Fuentes, sin fecha, en Capilla Alfonsina, Exp. C.F. En una entrevista dada por Reyes poco después de aparecida *La región más transparente*, aseguró que “por suerte” no era purista, por lo que no rechazaba, de entrada, ni el lenguaje popular ni la descripción de los barrios bajos de México. Cfr. “Don Alfonso en su palomar”, entrevista de Elena Poniatowska, en *Universidad de México*, 9, mayo de 1959, pp. 19-24. Para la preparación y realización de la entrevista véase Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 15, 7, 24 y 27 de abril de 1959.

<sup>50</sup> Para complicar aún más el asunto del título de la célebre novela, Octavio Paz alega haberle sugerido a Fuentes “el título de su primer libro”, si bien no especifica a cuál se refería. Véase entrevista de Silvia Cherem a Octavio Paz, “Soy otro, soy muchos...”, en Octavio Paz, *Miscelánea III. Entrevistas*, en *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 15, 2003, p. 374.

<sup>51</sup> Cfr. García-Gutiérrez, “Vínculos biográficos y diálogos intertextuales entre Alfonso Reyes y Carlos Fuentes”, pp. 343, 353 y 358. Según esta autora, el título “vincula a los dos escritores y a sus obras con un parentesco explícito”. No hay mejor confirmación de esa actitud de Fuentes, del reconocimiento de sus deudas literarias, que la dedicatoria manuscrita que estampó en el ejemplar que obsequió a don Alfonso, “maestro y amigo en todas las horas, en todas las páginas”. Agradezco esta información a la directora de la Capilla Alfonsina de la Universidad Autónoma de Nuevo León, la escritora Minerva Margarita Villarreal.

<sup>52</sup> Véase Georgina García-Gutiérrez (ed.), Introducción a Carlos Fuentes, *La región más transparente*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1982, p. 29.



*letras mexicanas*

38

LA REGIÓN MÁS TRANSPARENTE

A Don Alfonso, maestro  
y amigo en todas  
las horas, en todas  
las páginas: la  
devoción de  
*José María*

*marzo 1951*

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.



Lejos de haber quedado lastimado por los reparos de Reyes, Carlos Fuentes disfrutó que su intento por romper “los cánones de la pulcritud literaria” hubiera sido exitoso, pues tal era su “propósito”.<sup>53</sup> Así, el reclamo no le incomodó, puesto que sabía que Reyes tenía un “sentido muy clásico de la vida y de la literatura”, contrario a sus experimentos renovadores. Además, le quedaba claro que las objeciones no eran por falta de talento, pues estaba informado de que Reyes decía que él había “querido conscientemente hacer un libro turbio y feo”, para lo que aprovechó una notable cualidad: su “mirada de águila que acierta a ver todas las extravagancias y fantasías cotidianas”.<sup>54</sup> Como Fuentes lo reconoció inmediatamente, disfrutó “como un tigre” el notable impacto de su libro,<sup>55</sup> que “transgredió órdenes diversos”, pues era “una creación verbal, abigarrada y caótica como la ciudad de México de entonces”, abiertamente provocadora.<sup>56</sup> Comprensible y previsiblemente, cuando Fuentes publicó su segunda novela, *Las buenas conciencias*, de estructura y estilo más tradicional, de intención “galdosiana”, recibió una carta de felicitación de Reyes por haber “encontrado el camino” para escribir novelas.<sup>57</sup>

<sup>53</sup> Fuentes sabía que escribir sobre “los pelados”, “los teatros frívolos” y “los prostíbulos”, utilizando el lenguaje popular de la ciudad y el “lenguaje prostituido de la nueva burguesía mexicana”, implicaba “romper ‘las formas literarias’”. Cfr. “Carlos Fuentes recuerda a don Alfonso...”, p. 40.

<sup>54</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Carlos Fuentes citadas en las notas 32 y 49. Véase también “Carlos Fuentes recuerda a don Alfonso...”, p. 40.

<sup>55</sup> Elena Poniatowska, “Carlos Fuentes, un tropel de caballos desbocados”, en Georgina García-Gutiérrez (comp.), *Carlos Fuentes desde la crítica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México–Taurus, 2001, pp. 31 y 37.

<sup>56</sup> Georgina García-Gutiérrez, “Carlos Fuentes desde la crítica”, en *ibid.*, pp. 10 y 15.

<sup>57</sup> Véase “Carlos Fuentes recuerda a don Alfonso...”, p. 40. El colofón de *Las buenas conciencias* señala que la obra terminó de imprimirse el 16 de octubre de 1959, dos meses antes de la muerte de don Alfonso, lo que nos obliga a pensar en una inmediata lectura de éste. Por otra parte, en varias ocasiones Fuentes señaló que empezó a escribir primero *Las buenas conciencias*, pero



Aunque Fuentes asegurara que no guardó rencor alguno por las opiniones negativas de Reyes respecto a su emblemática novela, al menos en una ocasión profirió un argumento claramente defensivo, y hasta cuestionó a don Alfonso al asegurar que “la región más transparente” era una frase que el autor de *Visión de Anáhuac* había tomado de Alexander von Humboldt, quien a su vez “lo tomó de una exclamación de Sófocles”. Esto es, era un título “con historia”.<sup>58</sup>

La controversia no debe limitarse a un asunto de títulos, y menos a una simple serie de malentendidos. Se trataba de un episodio decisivo en la transformación de la literatura mexicana, nada menos que el paso de su etapa moderna a la contemporánea. Fue un auténtico ‘parteaguas’: llegó una nueva generación de escritores, y también de lectores. Piénsese que al año siguiente de la aparición de *La región más transparente* murieron José Vasconcelos y Alfonso Reyes, los escritores más importantes de la primera mitad del siglo xx, y que a lo largo de ese decenio se publicaron las versiones definitivas de *El laberinto de la soledad* y *Libertad bajo palabra*, de Paz; los dos libros de Juan

---

que la tuvo que interrumpir para escribir *La región más transparente*, cuyo tema y tono le parecieron más relevantes. Por un error, el catálogo impreso de la biblioteca de Reyes no consigna que éste poseyera un ejemplar de dicha novela; en cambio, reconoce la existencia de un ejemplar de *La región más transparente* y otro de *Los días enmascarados*, publicado en 1954. Cfr. Carolina Olguín García y Jorge Saucedo (eds.), *Capilla Alfonsina. La biblioteca de Alfonso Reyes*, México, Universidad Autónoma de Nuevo León–Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 361. Sin embargo, es un hecho que la Capilla Alfonsina de la Universidad Autónoma de Nuevo León sí posee un ejemplar de *Las buenas conciencias*, cuya dedicatoria dice: “a don Alfonso, maestro permanente; a Manuelita, el cariño invariable de...”.

<sup>58</sup> Cfr. Silvia Lemus, “Carlos Fuentes en Princeton”, en Silvia Lemus, *Tratos y retratos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 308-309. En dicha entrevista Fuentes admitió que luego usó de nuevo a Reyes para el epígrafe de otro libro suyo, *Agua quemada*, “obra compañera” de *La región más transparente*. En efecto, dicho epígrafe dice: “¿Es ésta la región más transparente del aire? ¿Qué habéis hecho, entonces, de mi alto valle metafísico?”, y procede de Alfonso Reyes, “Palinodia del polvo”. Véase *Agua quemada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.



*letras mexicanas*

53

LOS NUEVOS: LAS BUENAS CONCIENCIAS

a Don Alfonso,  
maestro perma-  
nente, a Manuelitas  
el camino in-  
variable de

*Fernando*



Rulfo y, obviamente, la primera novela de Fuentes, sin lugar a dudas los tres escritores más importantes de la segunda mitad de ese siglo.

Comoquiera que haya sido, durante varios años no hubo expresión pública alguna de Fuentes sobre don Alfonso, a pesar de que el propio Fuentes acostumbraba decir que se había iniciado en la literatura “sentado en las rodillas de Alfonso Reyes”,<sup>59</sup> influencia hecha realidad al radicarse en México, cuando tuvo “acceso a su persona y a su biblioteca”, con provechosísimas conversaciones casi semanales, de “por lo menos una hora o dos”,<sup>60</sup> siempre “estimulantes y fructíferas”. Esto explica que Fuentes después reconociera que Reyes le había dado “muchísimas orientaciones” de escritura y lectura, Stendhal la primera.<sup>61</sup> Sin lugar a dudas su mayor enseñanza la recibió antes de cumplir veinte años, cuando Reyes lo reprendió por ser muy “parrandero” y le recomendó que siguiera la línea de conducta de Goethe: levantarse temprano, escribir varias horas y luego completar el día dedicado a otros intereses, incluida la política. Otra enseñanza que don Alfonso había tomado de Goethe y que transmitió a Fuentes, más por el ejemplo que mediante sermones,

<sup>59</sup> Se asegura que existe una fotografía del niño Carlos Fuentes sentado en las piernas de don Alfonso, lo que le quitaría el carácter metafórico a la frase. Véase CFP, caja 54, folder 9.

<sup>60</sup> En otra ocasión Fuentes reconoció que lo visitaba “mes con mes”, periodización más verosímil pero que también refleja una notable asiduidad, sobre todo tratándose de dos personas separadas por más de cuarenta años. Cfr. “Carlos Fuentes recuerda a don Alfonso...”, p. 33, y la conferencia inaugural de la Cátedra Alfonso Reyes que pronunció el propio Fuentes en 1999, “Un nuevo contrato social para el siglo xxi”, en *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, 8, 2000, p. 124.

<sup>61</sup> Ésta es otra manifestación del mítico inicio literario de Fuentes bajo el influjo de don Alfonso. Lo cierto es que en “su primer proyecto de libro”, esbozado en Chile a los quince años de edad, antes de su relación con Reyes, aparece Henri Beyle —nombre real de Stendhal— para guiar al personaje —como un nuevo Virgilio— a través de un viaje por la historia de la literatura, periplo que concluía en el reino de la creación. Cfr. Volpi, “El alquimista y el atleta...”, p. 85.



fue la de entregarse por entero a la literatura: habiendo elegido este oficio, debe vivirse de y para las letras, construyendo con todos los otros intereses un único y auténtico “universo literario”.<sup>62</sup>

Además de su sabiduría y generosidad, Fuentes disfrutó la inagotable “simpatía” de Reyes, acompañada siempre de su legendaria sencillez: a pesar de la diferencia de edades, más que un trato magisterial Reyes le ofreció una relación de amistad:

a mí se me impone sobre todo el recuerdo de un compañero de conversación, de un maestro que me enseñó muchísimo, pero un maestro sin pedantería, sin ampulosidad.<sup>63</sup>

#### RECUERDOS Y RECONOCIMIENTOS; CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS

Una vez registrada la imagen que sucesivamente tuvo Alfonso Reyes de Carlos Fuentes, desde la confesión de su vocación hasta que se convirtió en un prometedor escritor, y una vez reconstruidas sus relaciones, conviene ahora analizar los recuerdos que durante más de cincuenta años guardó Fuentes de Reyes. También resulta preciso destacar las influencias que tuvo sobre el primero un autor cuarenta años mayor y quien tenía intereses temáticos, posturas estéticas, preferencias estilísticas y posiciones políticas diametralmente distintas a las suyas.

<sup>62</sup> “Carlos Fuentes recuerda a don Alfonso...”, pp. 33-35. En efecto, siempre aceptó que el “consejo fundamental” que le dio Reyes fue que la disciplina iba “por delante”.

<sup>63</sup> *Ibid.*, pp. 35 y 39. Fuentes mantuvo siempre esta imagen de Reyes, como lo prueba que en una ocasión posterior insistiera en ello: “no creo haber conocido a otro hombre que reuniese tanta afabilidad humana con tanta agudeza intelectual”. Véase su conferencia “Un nuevo contrato social para el siglo XXI”, p. 121, leída al inaugurar en 1999 la Cátedra Alfonso Reyes en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.



Es un hecho incontrovertible que a pesar de la gran diferencia de edades, y no obstante los distintos contextos históricos y geográficos en los que ambos vivieron, Reyes y Fuentes tuvieron muchas similitudes. Obviamente, eran más las diferencias. En tanto escritores, Reyes fue sobre todo poeta y autor de incontables ensayos de temática disímbola y extensión variada, que escribió algunos cuentos pero que jamás se aventuró en la elaboración de una novela. Fuentes, en cambio, nunca publicó poesía,<sup>64</sup> y su obra, al margen de algunos ensayos y no pocos cuentos,<sup>65</sup> fue abrumadoramente novelística. Sobre todo, los distinguían sus temas y tonos, sus estilos. Mientras que Reyes era comedido y balanceado, Fuentes fue un escritor desmedido, sin límites.<sup>66</sup>

Además de por los géneros literarios que practicaron, Reyes y Fuentes son claramente distinguibles por sus posiciones ideológicas: renuente a la política mientras vivió su padre, el poderoso general porfirista Bernardo Reyes,<sup>67</sup> don Alfonso fue un leal aunque siem-

<sup>64</sup> Un gran conocedor de la vida y obra de Fuentes asegura que éste tenía “un profundo conocimiento de la poesía y un desmedido gusto por leerla”. Cfr. Celorio, “Palabra que sí”, p. 46. Elena Poniatowska coincide con esta opinión, y asegura que Fuentes fue, a todo lo largo de su vida, “un gran lector de poesía”. Véase su texto “*La campaña de Carlos Fuentes*”, en García-Gutiérrez (comp.), *Carlos Fuentes. Relectura de su obra: Los días enmascarados y Cantar de ciegos*, p. 202. En su última evaluación sobre él, Poniatowska insiste en que si bien Fuentes no escribió poesía, ésta siempre “late en el ritmo de sus frases”. Cfr. Elena Poniatowska, “No te vayas, Carlos Fuentes”, en Fuentes y Mendoza (eds.), *Carlos Fuentes y la novela latinoamericana*, p. 74.

<sup>65</sup> En 2013 el Fondo de Cultura Económica publicó sus *Cuentos completos*, compilación conformada por 56 textos en poco más de 900 páginas.

<sup>66</sup> Jesús Silva-Herzog Márquez, “Fuentes y Reyes”, en *Reforma*, 9 de abril de 2014, p. 21.

<sup>67</sup> Como se sabe, el general Reyes murió en febrero de 1913 al inicio del cuartelazo contra el gobierno de Francisco I. Madero. Como también se sabe, el suceso fue un doloroso parteaguas en la vida de don Alfonso. Cfr. E.V. Niemeyer, *El general Bernardo Reyes*, México, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1966; Josefina G. de Arellano, *Bernardo Reyes y el movimiento reyista en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia,



pre discreto y considerablemente distante funcionario diplomático y cultural del gobierno mexicano posrevolucionario.<sup>68</sup> Fuentes, en cambio, fue más bien un crítico de éste, a veces abierto y tajante. Más aún, don Alfonso nunca publicó textos meramente políticos, mientras que el ensayismo y el periodismo políticos de Fuentes fueron para él géneros socorridos y un compromiso constante.<sup>69</sup> Por otro lado, resulta incuestionable que Reyes tuvo una mayor presencia y participación en la vida académica del país, mientras que Fuentes fue mucho más influyente en el ámbito internacional: uno dedicó la mitad de su vida adulta a El Colegio de México, y rechazó una oferta para ser profesor en la Universidad de Texas, en Austin;<sup>70</sup> al otro, en cambio, no se le conoce colaboración regular alguna con las instituciones universitarias mexicanas, labor que sí desarrolló en varias universidades extranjeras.<sup>71</sup>

Sus convergencias y semejanzas, siendo muchas, deben matizarse. Para comenzar, ambos fueron escritores prolíficos, de obra amplia y diversa. Sin embargo, en la época de Reyes era casi imposible

1982, y Artemio Benavides Hinojosa, *El general Bernardo Reyes. Vida de un liberal porfirista*, México, Castillo, 1998. Muy recientemente apareció un nuevo acercamiento al general: Ignacio Solares, *Un sueño de Bernardo Reyes*, México, Alfaguara, 2013.

<sup>68</sup> Para la labor internacionalista de Alfonso Reyes véase Víctor Díaz Arciniega (comp. y pról.), *Alfonso Reyes. Misión diplomática*, 2 vols., México, Secretaría de Relaciones Exteriores–Fondo de Cultura Económica, 2001.

<sup>69</sup> Acaso el mejor ejemplo sean sus libros *Tiempo mexicano*, México, Joaquín Mortiz, 1971, y *Nuevo tiempo mexicano*, México, Aguilar–Nuevo Siglo, 1994.

<sup>70</sup> Alfonso Reyes contó a Pedro Henríquez Ureña que había rechazado un ofrecimiento de la Universidad de Texas para impartir clases, pues “no quiero desterrarme, volverme pocho, y ser un instrumento más de absorción de los elementos latino-americanos por aquella gente”. Cfr. Carta de 22 de marzo de 1939, en *Espistolario íntimo (1906-1946)*, Juan Jacobo de Lara (recop.), República de Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1983, 3, pp. 461-462.

<sup>71</sup> Fuentes impartió clases en las universidades de Brown, Harvard y Princeton, entre otras.



vivir económicamente de la literatura, por lo que se tenía que trabajar en la diplomacia o como funcionario cultural.<sup>72</sup> A Fuentes le correspondieron otros tiempos, por lo que sí pudo vivir como un profesional de las letras. De otra parte, los dos fueron diplomáticos. Sin embargo, Reyes representó por casi dos decenios a los gobiernos del México posrevolucionario, comprometidos con varias reformas sociales y con los principales elementos de la convivencia internacional. Para Reyes, por ejemplo, la defensa del gobierno republicano español fue un triple compromiso: moral, biográfico y diplomático. Según Fuentes, durante esos años “era muy fácil identificarse [...] con los ideales de la Revolución mexicana”, a diferencia de cuando él fue diplomático, época en la que el régimen mexicano había pasado de revolucionario a autoritario, con una política exterior menos audaz y autónoma.<sup>73</sup> Esto fue, precisamente, lo que hizo que la experiencia diplomática de Fuentes fuera tan breve, a diferencia de la de don Alfonso.<sup>74</sup> En todo caso, ambos fueron diplomáticos que dieron especial importancia a las relaciones culturales internacionales. Además, si Reyes tuvo en la Guerra Civil española su mayor encargo, los de Fuentes fueron durante los tiempos en los que México fue un activo negociador de la pacificación centroamericana.

<sup>72</sup> Recuérdese que Reyes fue diplomático entre 1920 y 1938, y que desde su regreso definitivo a México, a principios de 1939, hasta su muerte, 20 años después, presidió La Casa de España y El Colegio de México.

<sup>73</sup> “Carlos Fuentes recuerda a don Alfonso...”, pp. 36-39. Para el Reyes representante internacional véase mi texto “Alfonso Reyes. Cosmopolitismo diplomático y universalismo literario”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, 1, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998, pp. 191-222. Véase la antología que sobre el tema le hizo Bernardo Sepúlveda, citada en la nota 95.

<sup>74</sup> Siendo muy joven, Fuentes trabajó por un tiempo en la Secretaría de Relaciones Exteriores, puesto al que renunció pues se le presentó la oportunidad de estudiar por un tiempo en Ginebra. Casualmente, su jefe en la cancillería era un sobrino de Alfonso Reyes. Su carta de renuncia, fechada el 26 de octubre de 1955, en CFP, caja 122, fólder 30.



## EL MUNDO, Y SUS MUNDOS

Cercano al tema de la diplomacia está el del cosmopolitismo, aunque deben diferenciarse; en efecto, el cosmopolitismo de ambos trascendió sus experiencias diplomáticas. De hecho, el de Fuentes fue congénito, en tanto hijo de diplomático,<sup>75</sup> mientras que Reyes viajó por primera vez al extranjero cuando estaba próximo a cumplir veinticinco años. Además, vivió cuando la literatura mexicana no tenía presencia en el extranjero, pues su larga estancia fuera de México se dio cuando la Revolución aisló al país y le impuso una cultura nacionalista, única y excluyente. En cambio, a Fuentes le tocó ser protagonista del *boom* de la literatura latinoamericana,<sup>76</sup> lo que le permitió tener muchísimos más lectores que Reyes en el espacio hispanoamericano, así como ser traducido a numerosos idiomas, convirtiéndose en un autor cabalmente internacional. Es incuestionable que los contextos fueron determinantes para ambos: a Fuentes le tocó vivir en un México más globalizado y en un mundo estrechamente comunicado, con empresas editoriales bien consolidadas y de geografías comerciales inimaginables a mediados del siglo xx.

<sup>75</sup> Según Elena Poniatowska, “gracias a la carrera paterna” Fuentes pudo ver a México desde Chile, Argentina o Washington. Véase su texto “Carlos Fuentes cumple 75 años”, en *Letras Libres*, noviembre de 2003, en <<http://www.letraslibres.com/revista/letrillas/carlos-fuentes-cumple-75-anos>>.

<sup>76</sup> Recientemente Mario Vargas Llosa señaló que si bien el *boom* comenzó comercialmente en 1962 con la publicación de su novela *La ciudad y los perros*, como corriente la nueva literatura latinoamericana había surgido cuatro años antes, con la publicación, precisamente, de *La región más transparente*, de Fuentes. Cfr. *El Universal*, 21 de noviembre de 2012, en <<http://www.eluniversal.com.mx/notas/884833.html>>. Véase también el video del discurso de Mario Vargas Llosa pronunciado al recibir el Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español, Biblioteca México, 21 de noviembre de 2012, 39 min., 22 seg., consultado en <<http://www.youtube.com/watch?v=456S4jvqGfw>>.



El cosmopolitismo y la internacionalización de un autor también se miden y calibran por sus lecturas. En este tema la inmensidad de Reyes fue inabarcable. Su contacto con la literatura occidental fue posible gracias a su prolongada ausencia del país, pues en cada destino diplomático actuó como un doble embajador, gubernamental y literario. También fue resultado de su ambición geográfico-literaria y de la amplitud de su visión cultural: desde joven decidió apropiarse, hacer suya, toda la literatura universal, la pasada y la presente, la cercana y la lejana. Precisamente, lo que Fuentes más apreció de Reyes fue su capacidad para retomar los textos clásicos y darles “validez actual”, obsequiándonos así “una visión contemporánea”, sin distancias, de la Grecia antigua y de la literatura española del siglo ‘de oro’, lo mismo que de Goethe o de las letras clásicas francesas. Dicho reconocimiento no necesita sobrestimarse: según Fuentes, Reyes “nos enseña a entender hoy, en una prosa de hoy, lo que heredamos del pasado”. Su aportación no era académica, mucho menos erudita: lo que buscaba era enriquecer la creación literaria con “un pasado que la informe”. No hay la menor duda: don Alfonso abrevaba de todos los escritores ‘clásicos’, antiguos y modernos, por puro placer, conocimiento y gozo que quería difundir y compartir con todos, ya fueran escritores o lectores. Fuentes *siempre* consideró que el esfuerzo de Reyes por “traducir la cultura de occidente” a términos nuestros había sido “gigantesco”. Subrayo el *siempre*: así lo pensó poco después de morir don Alfonso,<sup>77</sup> y así lo pensaba cincuenta años después, poco antes de morir él.<sup>78</sup>

<sup>77</sup> En su primer texto específico sobre Reyes lo dijo muy claro: el mayor valor de éste era haber traducido “a términos mexicanos y latinoamericanos la *summa* de la cultura occidental”, gracias a lo cual pudo superarse “el retraso secular” con el que América Latina había llegado “a los banquetes de la civilización”. Cfr. Carlos Fuentes, “Alfonso Reyes”, en Carlos Fuentes, *Casa con dos puertas*, México, Joaquín Mortiz, 1970, p. 95. Un análisis de este texto en García-Gutiérrez, “Vínculos biográficos y diálogos intertextuales entre Alfonso Reyes y Carlos Fuentes”, pp. 354-355.

<sup>78</sup> Cfr. Carlos Fuentes, “Alfonso Reyes”, en Fuentes, *Personas*, pp. 17 y 22. El valor de este escrito radica en que ya no se trata de lo dicho por un emo-



El cosmopolitismo literario de ambos fue distinto, con diferentes causas, predilecciones y expresiones. El de Reyes se caracterizó, además de por su afición a los grecolatinos, por ser hispánico y francés, parcialmente latinoamericano, pero con muy poca presencia de literatura angloamericana, a pesar de que llegó a traducir a Laurence Sterne, Robert Louis Stevenson y Gilbert K. Chesterton.<sup>79</sup> Sobre todo, el suyo fue un cosmopolitismo ganado a sus responsabilidades diplomáticas,<sup>80</sup> pues es evidente que Reyes las aprovechó para dedicarse, con intensidad, a conocer la literatura del país de destino oficial —España, Francia, Argentina o Brasil—, al grado de merecerle algunas llamadas de atención desde la Cancillería.<sup>81</sup>

El cosmopolitismo de Fuentes comenzó desde su nacimiento. Más aún, dado que por el trabajo de su padre pasó casi toda su niñez y adolescencia en Estados Unidos, Fuentes aseguró que llegó a ser un auténtico joven bicultural,<sup>82</sup> condición que nunca perdió, a pe-

cionado Fuentes joven, sino de la evaluación de un hombre “en plenitud” y “madurez”, que ya conocía “la experiencia del triunfo”. Cfr. García-Gutiérrez, “Vínculos biográficos y diálogos intertextuales entre Alfonso Reyes y Carlos Fuentes”, pp. 354-355.

<sup>79</sup> De Stevenson tradujo *Olalla*; de Chesterton, los siguientes libros: *Ortodoxia*, *Pequeña historia de Inglaterra*, *El candor del Padre Brown* y *El hombre que fue Jueves*; de Sterne, *Viaje sentimental por Francia e Italia*. Todas estas traducciones fueron hechas en Madrid entre 1917 y 1922, aproximadamente, para aliviar su situación económica. Véase James Willis Robb, *Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974, p. 13.

<sup>80</sup> El poeta Juan Ramón Jiménez le preguntó, con admiración, que “¿desde dónde venía, así preparado de lo ajeno...?”. Cfr. Juan Ramón Jiménez, *Espanoles de tres mundos. Viejo mundo, nuevo mundo, otro mundo (caricatura lírica) (1914-1940)*, Buenos Aires, Losada, 1942, p. 91.

<sup>81</sup> El secretario Genaro Estrada, gran amigo suyo, le llamó la atención por desatender los asuntos de la embajada. Cfr. Serge I. Zaïtzeff (comp. y notas), *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, México, El Colegio Nacional, 1993, II, p. 273.

<sup>82</sup> Carlos Fuentes llegó a comentar: “como yo crecí en dos culturas, la hispanoamericana y la anglosajona, gocé de dos listas de lecturas”. Véase



sar de haber vivido varios años en París como embajador. De hecho, los últimos años de su vida los pasó, indistintamente, en México y Londres. Por último, a diferencia de Reyes, Fuentes fue un inmenso conocedor de la novelística moderna y contemporánea,<sup>83</sup> incluida la de Europa del Este, y en su labor ensayística es obvia la preferencia por la literatura latinoamericana de sus días<sup>84</sup> pero escasa atención a los clásicos grecolatinos, aunque siempre tuvo especial cariño por Cervantes.<sup>85</sup>

---

la entrevista de María Victoria Reyzábal, “Mantener un lenguaje o sucumbir al silencio”, en Jorge F. Hernández (comp. e introd.), *Carlos Fuentes: territorios del tiempo. Antología de entrevistas*, p. 116. Según Elena Poniatowska, Fuentes “conoce bien las dos Américas”; véase su texto “Carlos Fuentes cumple 75 años”, citado en la nota 75.

<sup>83</sup> La Colección Carlos Fuentes fue publicada por la Universidad Veracruzana hacia 2004, y consta de diez de sus novelas favoritas: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra; *Bestiario*, de Julio Cortázar; *Los tres mosqueteros*, de Alexandre Dumas; *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez; *Cuentos de San Petersburgo*, de Nikolai Gógol; *El Llano en llamas*, de Juan Rulfo; *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson; *Drácula*, de Bram Stoker; *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain, y *Viaje al centro de la tierra*, de Julio Verne. Además de realizar un “prólogo general a la colección”, Carlos Fuentes redactó los de las obras de Cervantes, García Márquez y Gógol. Véase “Presenta la editorial UV Colección ‘Carlos Fuentes’”, en *Universo. El periódico de los universitarios*, Xalapa, Veracruz, Universidad Veracruzana, 153, 27 de septiembre de 2004, en <<http://www.uv.mx/UNIVERSO/153/infgrall/infgral08.htm>>. Asimismo, al inicio de su carrera literaria Fuentes había prologado, para la colección ‘Nuestros Clásicos’ de la Universidad Nacional Autónoma de México, la clásica obra de Herman Melville, *Moby Dick*.

<sup>84</sup> De entre la vasta producción ensayística de Fuentes cabe mencionar: *La nueva novela hispanoamericana*; *Valiente mundo nuevo: épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*; *Geografía de la novela*; *Jorge Luis Borges: la herida de Babel*; *Machado de la Mancha*; *Transformación = Transformation*, y *La gran novela latinoamericana*.

<sup>85</sup> Fuentes fue un lector asiduo de *El Quijote* —decía leerlo cada año—, al que le dedicó varios trabajos; por ejemplo, *Cervantes o la crítica de la lectura*, México, Joaquín Mortiz, 1976. También lo prologó, como mencionamos



## DIFERENCIAS POLÍTICAS E IDEOLÓGICAS

Mencionar la novelística latinoamericana de su tiempo implica convocar a la generación de Carlos Fuentes, con sus retos y sus sueños. Da la impresión de que el contexto histórico-político posterior a Reyes —con la Revolución cubana, la guerrilla guevarista, la guerra de Vietnam, los movimientos estudiantiles de 1968, el triunfo de Allende en Chile, las dictaduras pinochetista y de otros países sudamericanos, así como el triunfo sandinista— provocó que la mayoría de los escritores latinoamericanos, entre ellos el mismo Fuentes, asumieran posiciones políticas que podrían caracterizarse como de ‘izquierda’. En algunos casos hubo claros distanciamientos con los escritores cuyas posiciones políticas eran diferentes: en México el caso emblemático sería el de Octavio Paz, pero deben considerarse también otros escritores anteriores, como Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, o Jaime Torres Bodet y Agustín Yáñez. La distancia con los autores de la generación precedente, como Alfonso Reyes, era fácil de señalar, pues a las diferencias políticas se sumaban las estéticas y culturales. Con todo, el ‘izquierdismo’ de la mayoría de estos escritores, incluido Fuentes, tendió a menguar, o por lo menos a matizarse, en los últimos dos decenios del siglo xx, por el deterioro de los regímenes cubano y nicaragüense, la caída del socialismo real en Europa, el desprestigio del guerrillerismo y el regreso de la democracia al subcontinente latinoamericano. Esta moderación posterior explica el reencuentro de Fuentes con Reyes.

antes, para la Universidad Veracruzana, y le dedicó su discurso de ingreso a El Colegio Nacional. Cfr. Carlos Fuentes, *Palabras iniciales*, Octavio Paz (presentación), México, El Colegio Nacional, 2013. Obviamente, don Quijote fue el tema de otros dos discursos académicos suyos: al obtener en 1987 el Premio Cervantes y al recibir, en Toledo, el Premio Internacional Don Quijote de la Mancha. Comprensiblemente, su aprecio por la clásica obra de Cervantes data de su adolescencia. Cfr. Volpi, “El alquimista y el atleta...”, p. 85.



Además de por los reparos provocados por el título, tema y estilo de su primera novela, sus diferencias generacionales, que eran tanto políticas como estéticas, expresadas ideológica y literariamente, explican que a pesar del cariño familiar y de su agradecimiento por el apoyo inicial, Fuentes haya pasado cerca de dos décadas sin mencionar públicamente a Reyes. Durante su primer decenio como escritor reconocido sólo le dedicó un breve ensayo de seis páginas, fechado entre 1960 y 1969, o sea de menos de una página por año y escrito, obviamente, a la muerte de don Alfonso. Resulta significativo que aunque aceptara haber querido “entrañablemente” a Reyes, se resistiera durante esos años a referirse a él, a mencionarlo siquiera. En aquel breve texto le reconoció su disciplina como escritor, su integridad intelectual y su “superioridad espiritual”, y afirmó que la suya era la vocación literaria “más firme y frondosa” que había dado el país; le reconocía también la “flexibilidad” y “precisión” de su prosa, pero se deslindó de él en términos generacionales, al llamarlo, así fuera con afecto y cariño, “el viejo don Alfonso”. Muy significativo resulta que entonces haya hecho una lectura de Reyes más política y cultural que estrictamente literaria, al afirmar que el conjunto de su obra era “un programa de cultura política” que buscaba dar a la sociedad mexicana su plena “conciencia cultural”. A partir de estas premisas, un todavía joven Fuentes concluyó que la obra de Reyes era “una carga de dinamita a largo plazo”. En síntesis, es indudable que en un primer momento Fuentes destacaba más al Reyes civilizador que al escritor,<sup>86</sup> al educador sobre el hombre de letras.

En efecto, Fuentes se refiere más al Reyes ensayista, y sobre todo al intermediario entre México y la literatura universal, que al autor de literatura de invención. Obviamente, esto no significa que desconociera este aspecto de la obra de don Alfonso, pues fue lector “acucioso” de toda ella. Simplemente le parecía más importante el

<sup>86</sup> Carlos Fuentes, “Alfonso Reyes”, en Fuentes, *Casa con dos puertas*, pp. 93-98.



otro legado, la otra faceta. Sin embargo, además de su influjo vocacional y de sus lecciones disciplinarias, y al margen de su servicio como modelo en tanto autor poliédrico, las páginas de literatura fantástica de Reyes —apreciables en número— ciertamente influyeron en la obra de Fuentes. Por ejemplo, los expertos han encontrado ecos y huellas de *El plano oblicuo* y de *La cena* en su primer libro, *Los días enmascarados*, y en su novela *Aura*, de 1962.<sup>87</sup>

Hay otra vinculación entre Reyes y la obra de invención de Carlos Fuentes: en su novela *Cristóbal Nonato*, publicada en 1987,<sup>88</sup> aparece un personaje que claramente alude a ciertos elementos de don Alfonso. Se trata de Homero Fagoaga, quien además de su nombre helénico “todo lo sabe” y “con todos queda bien”: “servidor de la Lengua Española [...] él la pule, él la fija, él le da esplendor”; además, tenía faz “cachetona” pero “perfectamente acicalada” y era un gran conocedor de Luis de Góngora. En determinado momento, otro personaje, Ángel Palomar, sobrino de Homero Fagoaga, se pregunta “qué aire respirará el niño de la región más transa del ídem”. En otro, el mismo Palomar gritó ante Fagoaga, en una declaración de principios literarios puntualmente sostenidos por Fuentes: “¡Viva Alfonso Reyes! ¡La literatura mexicana será buena por ser literatura, no por ser mexicana!”.<sup>89</sup> En síntesis, Reyes estaba presente en la novelística de Fuentes, y mediante Homero Fagoaga y su sobrino Ángel Palomar compartieron un par de rasgos irrenunciables y distintivos en ambos.

<sup>87</sup> La dedicatoria manuscrita de *Los días enmascarados* ejemplar que se encuentra en la Capilla Alfonsina de la Universidad Autónoma de Nuevo León, es prueba clara de tal influencia, pues lo llama “tu duca, tu signore, tu maestro”. Esta frase es el epígrafe usado por Reyes en su célebre texto “Discurso por Virgilio”. Respecto a la influencia de la obra de ficción de Reyes, véase García-Gutiérrez, “Vínculos biográficos y diálogos intertextuales entre Alfonso Reyes y Carlos Fuentes”, pp. 345 y 354.

<sup>88</sup> *Cristóbal Nonato* fue publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1987 y luego fue ubicada al final de su gran ciclo novelístico titulado *La Edad del Tiempo*.

<sup>89</sup> Cfr. Fuentes, *Cristóbal Nonato*, pp. 68, 87, 139, 151 y 538.



CARLOS FUENTES

**los *DIAS EN-*  
*MASCAR*Ados**

México      **14698**      1954  
LOS PRESENTES

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.



*Tu duca, tu signore, tu maestro*

*Antonucci*

*México, 22 Nov. 1954.*

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.



Por lo mismo, resulta muy significativo que a finales de 1972, al ingresar a El Colegio Nacional, no haya mencionado en su discurso ritual a Alfonso Reyes, al menos para recordar que acostumbraba escuchar sus cursillos y conferencias en dicho recinto. Podría argumentarse que el tema de su discurso —titulado *Palabras iniciales*— tenía que ver con la novela como género, y en particular con Cervantes y James Joyce, pero lo cierto es que sí menciona a dos poetas, Octavio Paz y José Gorostiza, así como al ensayista y filósofo español José Ortega y Gasset.<sup>90</sup> Más que buscar una justificación, es preciso reconocer un alejamiento temporal. Cinco años después, al recibir uno de sus primeros grandes premios literarios, el Rómulo Gallegos, Fuentes pasó revista a la novelística latinoamericana de entonces. Sin embargo, en esta ocasión sí mencionó a Reyes, a quien llamó su maestro, aunque otra vez lo trató no como un escritor creativo sino como un intelectual que nos servía de puente con la vasta tradición literaria occidental, en tanto propiedad de quienes se atreven y sean capaces de conocerla. Ilustrativamente, en aquel discurso en Venezuela Fuentes adujo un gran compromiso político con Latinoamérica, la que pasaba entonces, según él, por “una de las noches más negras, largas y tristes de su historia”.<sup>91</sup>

#### EL FELIZ REENCUENTRO

Fue durante los últimos tres decenios de su vida cuando Carlos Fuentes se reencontró cabalmente con don Alfonso. Cuatro momentos son identificables en este proceso reconciliatorio: el primero, cuando Fuentes hizo un brindis formal en la ceremonia pública en la que el cubano Alejo Carpentier recibiera el Premio Alfonso Reyes, a finales de 1976.

<sup>90</sup> Fuentes, *Palabras iniciales*, citado en la nota 85.

<sup>91</sup> Cfr. Carlos Fuentes, “Discurso al recibir el Premio Rómulo Gallegos”, en Caracas, Venezuela, 3 de agosto de 1977, en Carlos Fuentes, *La novela y la vida. Cinco discursos*, México, Alfaguara, 2012, pp. 51 y 64.



La intervención de Fuentes se debió a una feliz coincidencia, pues Carpentier radicaba en París y él era entonces el embajador mexicano en Francia. En su breve discurso, pero de ninguna manera improvisado, Fuentes rememoró dos momentos entrañables, hizo un par de contundentes revelaciones, así como una atinadísima evaluación del valor y legado de Reyes. Recordó sus frecuentes visitas a don Alfonso en Cuernavaca y, sobre todo, que el propio Reyes le hubiera obsequiado, una veintena de años atrás, el libro *Los pasos perdidos*, de Carpentier: “toma —le dijo— lee esto. Un nuevo tiempo de la novela hispanoamericana se inicia con esta obra”. Entre memoria y mito familiar, Fuentes volvió a decir que “su primer contacto con la literatura” había sido haberse sentado “en las rodillas de don Alfonso”, cuando su padre había sido su colaborador en la embajada mexicana en Brasil. Por lo mismo, concluyó que Reyes y Carpentier estaban “en el origen” de su “experiencia literaria”. Así, gracias al brindis por Carpentier pudo decir, seis años después de publicado su hasta entonces único texto sobre Reyes, que éste había realizado una “gigantesca tarea”: “traducir la totalidad de la civilización occidental a lenguaje, tono y matiz hispanoamericanos”, y “reclamar para todos nosotros dicho legado”. En síntesis: Fuentes reconocía una doble deuda: en lo personal, Reyes “decidió mi vocación de escritor”; como mexicano y latinoamericano, don Alfonso fue nuestro “gran civilizador”.<sup>92</sup>

Un par de años después pudo explayarse sobre su viejo introductor a la literatura, al obtener él mismo el Premio Alfonso Reyes, en 1979. Para comenzar, aseguró que recibir dicho galardón implicaba “un honor enorme [...] por razones afectivas, estéticas, literarias y morales”, y porque su apego y admiración por Reyes no tenían límites: en síntesis, el premio le resultó “una delicia”; más aún, “la gloria”.<sup>93</sup> En la ceremonia de premiación repitió la afortunada frase sobre las rodillas de Reyes, y volvió a reconocer que éste había

<sup>92</sup> Véase CFP, caja 54, fólder 9.

<sup>93</sup> “Carlos Fuentes recuerda a don Alfonso...”, p. 41.



“decidido” su vocación de escritor. Sin embargo, en esta ocasión fue más explícito y memorioso, al grado de recordar que don Alfonso le había enseñado a leer a Stendhal y a Pérez Galdós, así como a Chesterton y a Laurence Sterne: “la lección, por fortuna, no ha terminado”, alcanzó a decir. En dicho discurso Fuentes también reconoció las enseñanzas disciplinarias recibidas. Su alocución estuvo marcada por la humildad y el buen humor: reconoció que la obra y la lección de Reyes habían sido incomprendidas durante su vida, y agradeció que se le honrara con un premio “con el nombre de un hombre al que siempre he tratado de honrar”. Según Fuentes, recibir dicho galardón fue “como volverme a sentar en las rodillas de don Alfonso”.<sup>94</sup>

La tercera expresión del reencuentro tuvo lugar en 1999, veinte años después, y consistió en la coordinación hecha por Fuentes de la Cátedra Alfonso Reyes, en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, y en la supervisión de una amplia antología de la obra de Reyes, auspiciada por la misma institución, que intentaría abarcar sus principales géneros y temas. Prevista inicialmente su publicación en once tomos pequeños, Fuentes eligió los asuntos y a los antologadores.<sup>95</sup> Por lo mismo, la colección muestra

<sup>94</sup> Discurso leído a mediados de enero de 1980, pero redactado a finales de 1979. Cfr. CFP, caja 54, fólter 9.

<sup>95</sup> La publicación de la colección estuvo sometida a distintos avatares, como el cambio de varios colaboradores. La muerte de Carlos Fuentes obligó a hacer otros ajustes. El estado actual de la colección es el siguiente: 1. *México*, con prólogo y selección de Carlos Monsiváis; 2. *Teoría literaria*, Julio Ortega; 3. *América*, David Brading; 4. *Nueva España*, Gonzalo Celorio; 5. *Memoria*, Margo Glantz; 6. *Literatura española*, Vicente Quirarte (quien suplió a Juan Goytisolo); 7. *Relaciones internacionales*, Bernardo Sepúlveda; 8. *Grecia*, Teresa Jiménez Calvente (originalmente iba a colaborar Emilio Lledó); 9. *Periodismo*, Federico Reyes Heróles (tomo no contemplado en el proyecto original). Aunque anunciados en primera instancia con prólogos del propio Carlos Fuentes, José María Pérez Gay y José Emilio Pacheco, respectivamente, faltan por publicarse *Autobiografía*, *Literatura universal* y *Poesía*, además de otro tomo de textos breves, algunos incluso aforísticos,



los temas favoritos de Fuentes entre los que él consideraba prioritarios en Reyes. Entre otros, aparecen las cuestiones helénicas y las literaturas española y europea; también se incluyen sus ideas sobre América Latina. Sobre todo, es notable el peso que Fuentes asigna a las reflexiones mexicanistas de Reyes.<sup>96</sup> Comprensiblemente, también rescató la importante labor diplomática de don Alfonso, así como sus páginas memorialísticas, pues en ellas convergían las vidas y los escritos de ambos.

Es de señalarse que además de la publicación de esta útil, generosa y comprehensiva antología de Reyes, accesible por el tamaño de cada tomo, el objetivo de la cátedra no se limitaba al estudio del escritor, sin duda alguna el principal humanista originario de Monterrey. En el discurso inaugural de las labores de la cátedra Fuentes dejó bien claro que su objetivo era, al amparo del nombre de don Alfonso, conciliar el estudio de los asuntos tecnológicos con los del espíritu, para evitar que el siglo *xxi* repitiera los errores del siglo *xx*, que por esas fechas concluía, pues “nunca fue mayor el abismo entre el prodigioso desarrollo material y científico y el deprimente retraso político y moral”. En síntesis, Fuentes asignó a la Cátedra Reyes dos retos: colaborar en la definición de una agenda de participación social para el siglo *xxi*<sup>97</sup> y difundir entre los estudiantes los sabios, variados y gratos escritos de Reyes.

prologado por Jesús Silva-Herzog Márquez, que recientemente se agregó al proyecto original. Sobra decir que el reto más difícil consiste en elegir a los nuevos responsables de los tres tomos que quedaron huérfanos, pero cuyos temas eran capitales para Reyes. Todo parece indicar que el tomo autobiográfico lo hará el conocido reyista Alberto Enríquez Perea.

<sup>96</sup> Es muy significativo que Fuentes haya decidido que el primer tomo de la multivoluminosa antología estuviera dedicado a México.

<sup>97</sup> La conferencia inaugural fue leída el 16 de febrero de 1999, y se titula “Un nuevo contrato social para el siglo *xxi*”. Para sus datos bibliográficos véase la nota 60. Obviamente, Fuentes aprovechó la ocasión para reiterar su deuda y su cariño a Reyes. Además de a su legendaria amabilidad y su “inteligencia cordial”, Fuentes hizo referencia a la monumental obra de don Alfonso, “con raíz pero sin fronteras”, escrita en la mejor prosa hispanoamericana



## CRÍTICAS COMPARTIDAS

La última confesión de su deuda con Reyes resulta muy significativa. Tres características la distinguen: fue escrita por un Fuentes que rebasaba los ochenta años, con gran madurez y todo tipo de experiencias, la mayoría gratas aunque finalmente dominarían las tristes; fue un escrito íntimo, que se asomó al alma de don Alfonso, y fue producto de un deseo personal de escribirla, sin estimulantes externos, ya fueran premios o cátedras. Esto explica que sea la más hermosa y profunda de sus semblanzas de Reyes.

Se trata del capítulo inicial del último libro entregado por Fuentes a la imprenta, el que fuera publicado pocos días después de su fallecimiento, a principios de 2012. Construido con semblanzas de amigos y escuetamente titulado *Personas*, el libro puede verse como un testamento espiritual, pues refleja nítidamente los intereses de Fuentes. Incluye recuerdos de escritores, cineastas —Luis Buñuel— y políticos. Entre los primeros destacan las presencias de Reyes, Neruda y Cortázar. También fueron dibujados algunos escritores ajenos al lenguaje hispanoamericano: André Malraux, Arthur Miller y William Styron, confirmando que en su cosmopolitismo predominaban lo angloamericano y lo francés. A Fuentes siempre le interesó la política, y lo refleja con las semblanzas de un par de estadistas, ambos ‘izquierdistas’: mexicano uno, Lázaro Cárdenas; francés el otro, François Mitterrand. Producto de su intermitente experiencia universitaria, como alumno o como profesor, Fuentes recuerda primero su trato con Mario de la Cueva y Manuel Pedroso,<sup>98</sup> para luego pasar revista a su amistad con el economista norteamericano John K. Gal-

---

del siglo xx. Trasladando a Reyes al siglo xxi, Fuentes aseguró que la idea de la cultura de don Alfonso estaba “imbuida de un respeto hacia el pluralismo”, en tanto que era “diversificada” y “dinámica”. Cfr. *ibid.*, pp. 122, 124, 141.

<sup>98</sup> Es muy revelador que se remonte sesenta años para recordar a Pedroso, quien en su discurso al recibir el Premio Cervantes —de 1987— fue mencionado, comprensiblemente, como su mayor y mejor influencia juvenil.



braith, el historiador estadounidense Arthur Schlesinger Jr., la crítica cultural Susan Sontag y la filósofa María Zambrano.

Varias preguntas se imponen respecto a este tardío escrito de Fuentes sobre Reyes:<sup>99</sup> ¿por qué inicia, precisamente, con la semblanza de Reyes? ¿Por qué le impuso al libro un orden cronológico y temático? ¿Cuáles eran los rasgos de don Alfonso que le resultaban más significativos a Fuentes al término de su vida? ¿Cuál fue su valoración final de don Alfonso? Lo que más llama la atención de su única semblanza biográfica de Reyes, de su único retrato escrito sobre él, son las profundas similitudes que los identificaban. Significativamente, en este texto tardío Fuentes omitió cualquier referencia a las posiciones políticas de ambos. En su apreciación final, Fuentes se identifica con Reyes en dos aspectos capitales de sus vidas: uno le mereció juicios explícitos; el otro, una atinada, profunda, bella y respetuosísima sentencia.

Seguramente pensando más en él mismo que en don Alfonso, Fuentes destaca el cosmopolitismo de Reyes, su conocimiento de otras literaturas, sus largas estancias en diferentes países y su reconocimiento internacional: tener lectores mexicanos y extranjeros. De hecho, cita dos veces una misma frase de Reyes, identificándose plenamente con ella: “Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno, aunque siempre algo náufrago del planeta”.<sup>100</sup>

Lo verdaderamente significativo es que Fuentes reconociera que para ambos el cosmopolitismo resultó causa de fuertes reclamos. En efecto, nos recuerda que Reyes fue “muy atacado [...] por los chauvinistas y nacionalistas que abundan en nuestros países”. En particular menciona las acusaciones del escritor y político campechano

<sup>99</sup> En el texto Fuentes subraya que escribió dicha semblanza el mismo 2012. Cfr. Carlos Fuentes, “Alfonso Reyes”, en Fuentes, *Personas*, p. 21.

<sup>100</sup> La frase de Reyes procede de su texto *Parentalia*, publicado originalmente en 1954 por Los Presentes, cuando la cercanía entre ellos era intensa, y luego en *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, xxiv, p. 362.



Héctor Pérez Martínez contra don Alfonso por su supuesta falta de “color local”, de vinculación con México.<sup>101</sup> Indignado, Fuentes advierte lo equivocado de tal aseveración, a la que llama “despropósito amnésico”, considerando que Reyes—recuérdese, escritor “con raíz pero sin fronteras”—había sido el autor de *Visión de Anáhuac* y de cientos—acaso miles—de páginas con tema mexicano. Para Fuentes no había duda: “el ataque nacionalista olvida, reduce”, pues Reyes nunca fue ajeno a la cultura mexicana, aunque sí constante crítico de su parroquialismo.<sup>102</sup>

En rigor, agradece a don Alfonso su lucha por combatir toda reducción a lo nacional, por ser “generosamente universal” (“ser mexicano es un hecho, no una virtud”), pues con ello permitió a los escritores que le sucedieron, él como primer beneficiario, mantenerse vinculados con la cultura mundial “sin necesidad de dar las explicaciones que Reyes dio por todos nosotros”.<sup>103</sup> En este aspecto Fuentes encuentra sólo una diferencia: Reyes estaba más atento,

<sup>101</sup> Cfr. “Carlos Fuentes recuerda a don Alfonso...”, p. 38. Véase también Alfonso Reyes/Héctor Pérez Martínez, *A vuelta de correo. Una polémica sobre literatura nacional*, Silvia Molina (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México–Universidad de Colima, 1988.

<sup>102</sup> Cfr. Carlos Fuentes, “Alfonso Reyes”, en Fuentes, *Personas*, pp. 20-22, y la conferencia “Un nuevo contrato social para el siglo xxi”, p. 122.

<sup>103</sup> Véase “Un nuevo contrato social para el siglo xxi”, p. 122, y Carlos Fuentes, “Alfonso Reyes”, en Fuentes, *Personas*, pp. 21-22. Este alegato en favor de Reyes se encuentra presente desde el primer escrito que le dedicó Fuentes, en el que lo recordaba “atacado a menudo por la mezquindad y la ceguera chovinistas”, sin que se entendiera el alto valor de sus reclamos respecto a que todas las expresiones culturales del mundo “eran nuestras por derecho propio”, pues “sólo podíamos ser provechosamente nacionales siendo generosamente universales” y porque “sólo nos es ajeno lo que ignoramos”. Cfr. Carlos Fuentes, “Alfonso Reyes”, en Fuentes, *Casa con dos puertas*, pp. 94-95, y Fuentes, “Discurso al recibir el Premio Rómulo Gallegos”, p. 64. Más de veinte años después Fuentes volvió a agradecer a Reyes haber hecho que, aunque tarde, América Latina se sumara al “banquete de la civilización” occidental. Cfr. Carlos Fuentes, *El espejo enterrado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 302.



y por lo mismo era más vulnerable, a las críticas de los “chovinistas irredentos”.<sup>104</sup> Fuentes también fue objeto de críticas similares, y fue constantemente acusado de falto de nacionalismo, de escritor cosmopolita en el sentido xenófobo del término.<sup>105</sup> Uno más de sus paralelismos con Reyes: a Fuentes también le han agradecido algunos su decisiva influencia en la internacionalización de la literatura mexicana. En efecto, recientemente se ha dicho que “gracias a él —y a Octavio Paz, agregaría— ya podemos caminar por el mundo sin necesidad de presentar ningún pasaporte cultural identitario”.<sup>106</sup>

<sup>104</sup> Fuentes alega que Reyes, quien padecía severos males cardíacos, probablemente murió por el enojo que le provocaron los insidiosos ataques de una revista. Cfr. Carlos Fuentes, “Alfonso Reyes”, en Fuentes, *Personas*, pp. 22-23, y “Carlos Fuentes recuerda a don Alfonso...”, pp. 38-39.

<sup>105</sup> Otra crítica recurrente fue asegurar que su obra temprana era superior a sus novelas tardías, sin reparar en que prácticamente en cada nuevo libro Fuentes innovaba en cuanto a temas, estilo y técnica novelística. En otras palabras, dichos críticos no apreciaron su permanente carácter renovador. Resultaría inadecuado asociar a todas estas críticas la puntillosa evaluación que le hiciera Enrique Krauze, pues si bien fue severa también fue rigurosa y muy documentada, aunque se enfocara en el intelectual público más que en el escritor. Cfr. Enrique Krauze, “La comedia mexicana de Carlos Fuentes”, en *Vuelta*, 139, junio de 1988, pp. 15-27. Sobra decir que esta crítica provocó un gran revuelo en el ámbito cultural mexicano. Por ejemplo, generó un par de polémicas de Krauze con Fernando Benítez y Gastón García Cantú, así como amplios reportajes en las principales revistas del país. Véanse Fernando Benítez, en el suplemento *La Jornada Semanal* del 26 de junio de 1988, p. 3; Armando Ponce, “El ensayo de Krauze contra Fuentes, entre la desmitificación y el insulto”, en *Proceso*, 612, 25 de julio de 1988, pp. 46-51; Rafael Pérez Gay, “El debutante”, en *Nexos*, 127, julio de 1988, pp. 23-25; Gastón García Cantú, “En el país de la obsidiana”, en *Excelsior*, 22 de julio de 1988, y Enrique Krauze, “Los disparos del centinela”, en *ibid.*, 31 de agosto de 1988.

<sup>106</sup> Cfr. Gonzalo Celorio, “Sin Carlos Fuentes”, en *Revista de la Universidad de México*, 112, junio de 2013, pp. 24 y 25. Este autor señala otro paralelismo entre ambos: como Reyes, Fuentes también fue un “humanista moderno”, un extraño caso de “intelectual ecuménico”.



## ENTRAÑABLE COINCIDENCIA

Un dolor mucho mayor que el de las críticas y los rechazos gremiales terminó hermanando a Reyes y a Fuentes. En una epigramática frase, que supone un profundo conocimiento del otro, Fuentes aseguró que don Alfonso había sido “un hombre risueño” que “no fue feliz”.<sup>107</sup> Ciertamente: el propio Reyes confesó que desde el amargo día en que murió su padre, a principios del remoto 1913, no volvió a ser feliz. A partir de entonces sólo fue amable y risueño, pero “cauto”. Dos remedios encontró para contrarrestar su “inmensa pérdida”: la literatura y resucitar a su padre en su interior: “en mí te llevo, en mí te salvo”.<sup>108</sup> Don Alfonso tuvo muchos otros motivos de dolor: los problemas profesionales de su único hijo, un amor no consumado en Brasil, su constante mala salud y los problemas burocráticos que tuvo que enfrentar. Sin embargo, la muerte de su padre fue su pena mayúscula y definitiva.

¿A qué se refería Fuentes cuando definió perfectamente a Reyes: fue risueño pero no feliz? ¿En quién pensaba? ¿Acaso en él mismo, hombre risueño, intenso, jovial, influyente y exitoso, que con su dedicación cabal a la literatura y a sus muchos otros intereses resucitaba también sus inmensas pérdidas?<sup>109</sup> Al aludir a este aspecto

<sup>107</sup> Carlos Fuentes, “Alfonso Reyes”, en Fuentes, *Personas*, p. 17.

<sup>108</sup> Véase *ibid.*, pp. 15 y 17. La frase de Reyes procede de su poema “9 de febrero de 1913”, en Alfonso Reyes, *Constancia poética*, en *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, x, 1959, p. 147.

<sup>109</sup> Carlos Fuentes, “Alfonso Reyes”, en Fuentes, *Personas*, p. 17. Mario Vargas Llosa, viejo amigo de la pareja, subrayó durante el discurso pronunciado al recibir el Premio Internacional Carlos Fuentes, que su esposa Silvia Lemus había compartido con él de manera “abnegada” y “leal”, “la felicidad y los quebrantos de su vida”: “En las buenas y en las malas, Silvia [...] fue para Carlos el brazo derecho indispensable, fuente de inspiración, paño de lágrimas, consejo lúcido, amor inalterable. Sin ella, difícilmente hubiera nacido esa obra monumental [...]”. Cfr. Discurso de Vargas Llosa citado en la nota 76.



de Reyes, Carlos Fuentes reconoció el inmenso provecho de la doble lección balsámica de don Alfonso. La primera: la literatura como curación, para lo que se requería trabajar intensamente, escribir todos los días. En un revelador párrafo de su *Diario*, Alfonso Reyes confesó que logró “irse curando” de sus penas “a punta de pluma”.<sup>110</sup> La segunda, asumir siempre una actitud positiva ante los infortunios de la vida, postura propia de los espíritus lúcidos y valientes. Algunos escritores cercanos a Fuentes reconocen también su notable fortaleza espiritual. Así, a despecho de su “pena impronunciable”,<sup>111</sup> la “fatalidad esencial” que padeció en los últimos años de su vida resultó “el más valioso combustible de su enorme actividad creadora”.<sup>112</sup> Otro escritor cercano a Fuentes asegura que una de sus mayores cualidades fue “la templanza”.<sup>113</sup> Para sus amigos era evidente: la mayor felicidad de Fuentes consistía en escribir. A diferencia de Reyes, era más escéptico de la capacidad curativa de la literatura. Sin embargo, durante sus últimos años gustaba de tener espiritualmente a su lado a sus dos hijos “en el momento de escribir”.<sup>114</sup>

La mayor lección de ambos, su principal enseñanza, fue mostrarnos que la verdadera educación, la mayor virtud humana, implica saber “enfrentarse a los problemas radicales de la vida”.<sup>115</sup> Siendo

<sup>110</sup> Alfonso Reyes, *Diario*, cuaderno 9, 20 de enero de 1942.

<sup>111</sup> La muerte del cónyuge se define como viudez; la muerte de los padres, como orfandad. Sin embargo, no hay concepto, no hay palabra que se refiera a la muerte de los hijos; o sea, es impronunciable, carece de nombre.

<sup>112</sup> Ignacio Padilla, “Carlos Fuentes. Su voluntad, nuestra fortuna”, en *Revista de la Universidad de México*, 114, agosto de 2013, pp. 8 y 9.

<sup>113</sup> Celorio, “Sin Carlos Fuentes”, pp. 23 y 25.

<sup>114</sup> Elena Poniatowska, “La campaña de Carlos Fuentes”, en García-Gutiérrez (comp.), *Carlos Fuentes. Relectura de su obra: Los días enmascarados y Cantar de ciegos*, p. 199. Véase sobre todo “Intento exorcizar la violencia”, entrevista de Román Piña a Carlos Fuentes, en <[http://www.elcultural.es/version\\_papel/LETRAS/18551/Carlos\\_Fuentes](http://www.elcultural.es/version_papel/LETRAS/18551/Carlos_Fuentes)>.

<sup>115</sup> Véase Carlos Fuentes, “Alfonso Reyes”, en Fuentes, *Casa con dos puertas*, p. 97.



así, el prematuramente envejecido Reyes y el eternamente joven Fuentes<sup>116</sup> siempre serán maestros auténticos y decisivos para sus lectores, pues enseñan a superar los graves obstáculos de la existencia humana, a doblegar los mayores infortunios, con trabajo y buena disposición vital; con garra y con ánimo; con voluntad y fortaleza; con sabiduría y con plena hombría.<sup>117</sup>

<sup>116</sup> Además de hombre “de temple”, tuvo el privilegio “de no envejecer nunca”, de morir “sin agonía”, “sin decadencia”. Cfr. Celorio, “Sin Carlos Fuentes”, pp. 23 y 25.

<sup>117</sup> Obviamente, esta última palabra sólo tiene connotación genérica, no sexual.



# CUEVAS, EL NIÑO TERRIBLE VS. LOS MONSTRUOS SAGRADOS

1 DE ABRIL DE 1958  
MÉDICO ANÁLISIS

473

## MEXICO en

RENDIR: ME GUSTABA DE  
GANAR DE HACER ALGO  
COMICO CON INGRID Págs. 9



## artes • espectáculos • ciencias

Elaboración: GONZALO  
GARCÍA GONZÁLEZ  
DISEÑO: GONZALO  
GARCÍA GONZÁLEZ

## la CULTURA

LA ADOABLE LOCA MANUELA  
POR GERMAN ARCEINIEGAS Pág. 3  
Suplemento de NOVEDADES

Por primera vez

### REYES

presenta la historia  
de su infancia

Por EMERSON CARRASQUIN

El señor Alfonso Reyes, nacido el 15 de febrero de 1889 en la ciudad de México, es un hombre que ha vivido una vida muy interesante y que ha dejado una gran obra literaria. En esta ocasión, nos presenta la historia de su infancia, una obra que es un testimonio de su vida y de su pensamiento. Reyes, un hombre de letras, un hombre de ideas, un hombre de corazón, nos cuenta su vida desde su infancia hasta su presente. Su obra es una obra de arte, una obra de ciencia, una obra de filosofía, una obra de literatura. Reyes, un hombre de letras, un hombre de ideas, un hombre de corazón, nos cuenta su vida desde su infancia hasta su presente. Su obra es una obra de arte, una obra de ciencia, una obra de filosofía, una obra de literatura.



ALFONSO  
REYES  
el decano



CARLOS  
FUENTES  
el autor novel

## HABLAN

uno con  
SABIDURIA  
de su pasado

otro con  
FURIA  
de su porvenir

## PRESENTANDO los dos extremos de nuestra literatura

"El ser escritor llegó a convertirse el alivio más natural del mundo..."  
"¡Eh! Miras, no solo teases de Fido!"  
"No entiendo la generación de la vida: la vida de la vida..."  
"No quiero ser de todo una vez más de mi vida. No te atrevas que expulsi que no se para ti. El se lo heyo!"  
"Frustrado de toda guerra que no sea la vida!"

"El escritor moderno es un poeta..."  
"¡A mi me interesa dar la del dolor y de las esperanzas de México..."  
"La generación que nos precede, nos legó una responsabilidad y una nueva abstracción..."  
"La modernidad más profunda de la literatura: el mundo de la vida y la vida por su vida..."  
"La literatura mexicana tiene el sentimiento mundial del existencialismo..."

### Carlos FUENTES,

un tropel de  
caballos desbucados

Por ELENA PONTIERRE

Carlos Fuentes, un hombre de letras, un hombre de ideas, un hombre de corazón, nos cuenta su vida desde su infancia hasta su presente. Su obra es una obra de arte, una obra de ciencia, una obra de filosofía, una obra de literatura. Fuentes, un hombre de letras, un hombre de ideas, un hombre de corazón, nos cuenta su vida desde su infancia hasta su presente. Su obra es una obra de arte, una obra de ciencia, una obra de filosofía, una obra de literatura.

Carlos Fuentes, un hombre de letras, un hombre de ideas, un hombre de corazón, nos cuenta su vida desde su infancia hasta su presente. Su obra es una obra de arte, una obra de ciencia, una obra de filosofía, una obra de literatura. Fuentes, un hombre de letras, un hombre de ideas, un hombre de corazón, nos cuenta su vida desde su infancia hasta su presente. Su obra es una obra de arte, una obra de ciencia, una obra de filosofía, una obra de literatura.







*Autores, editoriales, instituciones y libros.*

*Estudios de historia intelectual*

se terminó de imprimir en julio de 2015  
en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V.,  
5 de Febrero 2309, Col. San Jerónimo Chicahualco,  
52710 Metepec, Estado de México.

Portada de Enedina Morales Hernández.

Tipografía y formación: Socorro Gutiérrez,  
en Redacta, S.A. de C.V.

Cuidó la edición Ulises Martínez.



*Autores, editoriales, instituciones y libros. Estudios de historia intelectual*, de Javier Garciadiego, recoge once ensayos cuyo denominador común es el abordaje de pasajes de la historia intelectual del siglo xx mexicano.

Por sus páginas, el lector verá transitar a multitud de intelectuales, desde Justo Sierra y Ezequiel Chávez hasta José Emilio Pacheco, pasando por Félix Palavicini, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Daniel Cosío Villegas y Carlos Fuentes, entre muchos más, con una atención especial en Alfonso Reyes y en la presencia de los intelectuales españoles exiliados en nuestro país a partir de finales de los años treinta.

Su lectura llevará también al lector a seguir los procesos de construcción de instituciones educativas y culturales como la Secretaría de Educación Pública, La Casa de España y El Colegio de México, así como al recuerdo de gestas culturales ahora legendarias, como las campañas educadoras de Vasconcelos en los años veinte.

Algunos inéditos, otros publicados en revistas o como capítulos de libros, estos once textos hoy se presentan juntos con el fin de hacer accesibles unos y rescatar otros.

ISBN: 978-607-462-793-0

